

JULIE KLASSEN

La hija del boticario



Libros de
seda



Copyright foto © Farrow Media

Biografía de Julie Klassen

Julie Klassen ama todo lo que tiene que ver con Jane —*Jane Eyre* y Jane Austen—. Licenciada por la Universidad de Illinois, trabajó en el mundo editorial durante dieciséis años y ahora se dedica a escribir a tiempo completo. Tres de sus libros: *La institutriz silenciosa*, *En la casa del guarda* y *Fairbourn Hall* han ganado el premio Christy a la mejor novela histórica. *El secreto de Pembroke Park* ganó el premio Minnesota a la mejor historia de ficción. Julie ha ganado también el premio Midwest y el Christian Retailing Best, y ha resultado finalista en los premios RITA y en los premios

ACFW's Carol. Ella y su marido tienen dos hijos y viven en las afueras de St. Paul, Minnesota. Para saber más, visite su página: www.julieklassen.com.



Mientras Lilly trabaja en la botica de su padre, preparando hierbas y remedios de memoria, nunca deja de pensar en su madre, que les abandonó cuando ella era todavía una niña. Todo el mundo en el pueblo murmura sobre lo sucedido, pero nadie le cuenta nada y su padre tampoco habla del asunto.

Al vivir en un mundo tan pequeño, Lilly no deja de pensar en la vida más allá de Bedsley Priors, en viajar, en vivir aventuras, en el amor... Y en descubrir qué sucedió cuando era niña para que su madre les abandonara.

Cuando sus tíos de Londres se presentan en casa ofreciéndole la oportunidad de mudarse a Londres, recibir una educación esmerada y ser presentada en sociedad, no se lo piensa dos veces. Quiere saber quién fue su madre y qué le reserva el futuro a ella. Sin embargo, será mucho lo que deje atrás, aunque no sea consciente. ¿Volverá? ¿Encontrará a su madre? ¿Conocerá el amor?

*La hija
del boticario*

La hija del boticario

Título original: *The Apothecary's Daughter*

Copyright © 2009 by Julie Klassen
Originally published in English under the title:
The Apothecary's Daughter
by Bethany House Publishers,
a division of Baker Publishing Group,
Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.
All rights reserved

© de la traducción: Emilio Vadillo

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo
Maquetación: Rasgo Audaz
Conversión en epub: Booqlab

Imagen de cubierta: © Paul Toole/Arcangel Images

Primera edición digital: abril de 2018

ISBN: 978-84-16973-50-7

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Julie Klassen

*La hija
del boticario*



Libros de
seda

A la memoria de mi padre, siempre divertido, ingenioso y trabajador.

HAROLD «BUD» THEISEN
(octubre de 1937–agosto de 2008)

Bolsa de pastor

«Esta planta es uno de los ejemplos más notables de que la providencia, en su infinita sabiduría, ha hecho que las cosas más comunes suelen ser también las más útiles y que, por esa misma razón, nuestra estupidez nos conduzca a despreciarlas...».

CULPEPER

Herbolario completo para uso médico

Prólogo

Lo recuerdo con toda claridad, aunque ya hace mucho tiempo. Pero me acuerdo de todo.

Corría el año 1810. Yo era una niña de quince años asomada al arco del puente de Honeystreet, cosa que solía hacer a menudo cuando mi padre no me necesitaba en la botica. Miraba las embarcaciones que lo cruzaban, generalmente pintadas de vivos colores. Una gabarra azul, una barcaza blanca y amarilla... En realidad, estaba buscando. Me fijaba en las caras de todas y cada una de las personas que iban a bordo de cada barca, y eran muchas desde que, hacía poco, se había abierto a la navegación el nuevo canal K y A. No había muchas mujeres, pero sí algunas. Y es que, aunque prácticamente todos los pilotos, marineros y comerciantes eran hombres, a veces se podían ver familias enteras viviendo a bordo de las barcazas, ya que las esposas y los hijos resultaban ser tripulaciones más baratas que las formadas por profesionales.

Hacía dos meses que mi madre había desaparecido en una de esas embarcaciones, o al menos eso era lo que murmuraba la gente del pueblo cuando pensaba que yo no estaba escuchando. Me imagino que yo confiaba en que regresara igual que se había ido, confesando contrita que su huida solo había sido una broma, una aventura, un error... lo que fuera. ¿Cuántas horas me había pasado allí? ¿Cuántas embarcaciones había visto pasar bajo el puente con nombres como *Britannia*, *Radiante* o *Perseverancia*?

Siempre me preguntaba de dónde vendrían y hacia dónde se dirigirían. También qué llevarían a bordo. ¿Serían quizás especias procedentes de las

Indias Occidentales o té de China? ¿Carbón de las Midlands o madera de lugares tan lejanos como Noruega? Fueron incontables las veces que soñé con saltar a una de esas barcazas para dejar Bedsley Priors en busca de lo desconocido, de un lugar brillante y atractivo, aunque solo fuera por su lejanía.

No obstante, ese día miré la barcaza blanca y amarilla por otra razón. Un chico larguirucho y desgarrado que llevaba una bolsa al hombro saltó a duras penas desde la embarcación. Mi padre, que estaba de pie en la orilla, levantó la mano para saludarlo justo en el momento en el que el muchacho se inclinaba, al parecer para vomitar.

Pestañeeé. Lo cierto es que para un aprendiz no era una forma muy apropiada de empezar. Los zapatos de mi padre no salieron bien parados.

Suspiré. Estaba claro que debía ir con ellos. Seguramente mi padre no me había visto, pues de haberlo hecho me habría llamado para que los ayudara. Siempre lo hacía. Sin mi madre, y siendo mi hermano un tanto lento de entendederas, muchas de las tareas del hogar y de las responsabilidades de la tienda habían recaído sobre mí.

Pero no. Esperaría un poco para presentarme al joven señor Baylor, para darle tiempo a que se recuperara. Le prepararía una infusión de jengibre y limpiaría los zapatos de padre con un trapo viejo. Pero antes me apetecía pasar otro rato mirando desde el puente.

Varios minutos después, otra gabarra, en este caso pintada de azul y rojo, se aproximó desde el oeste, quizá procedente de Bristol y de camino al Támesis y a Londres, que estaba a unos ciento treinta kilómetros hacia el este. Por el camino lateral, un hombre a caballo tiraba de la embarcación desde la orilla. Solo había una persona en la cubierta inclinada. Un poco más allá, en la cabina de popa, había dos tripulantes de pie junto al timón.

Según se acercaba, pude ver que la persona de cubierta era una mujer que estaba echada hacia delante, como si rezara. O quizás estuviera leyendo. Llevaba un gran sombrero para protegerse del sol, que le daba de frente, por eso no pude distinguir sus rasgos. Me dio un vuelco el corazón. Había algo en la postura de la mujer, en la forma que tenía de inclinar la cabeza, que me

resultaba familiar. A mi madre le encantaba leer...

Me asomé todo lo que pude por el puente, aguzando la vista y con el corazón desbocado. La barca se acercaba. Pude ver que el hombre que iba a caballo estaba muy moreno y era muy ancho de hombros. ¿Nos habría dejado por él? Desapareció de mi vista al adentrarse en la franja de terreno que había bajo el puente. El bote llegó a mi altura y uno de los tripulantes alzó la mirada, aunque apenas me fijé en él. Lo que sí vi fue el nombre de la embarcación, pintada con letras muy bonitas y decorativas en uno de los lados: *La gitana*. No pude evitar pensar en lo adecuado de la denominación. No obstante, me resultó imposible ver la cara de la mujer.

Me di la vuelta y corrí hacia el otro lado del puente con la esperanza de que el ángulo de visión fuera más adecuado y pudiera verla según pasaba.

Pensé que quizá ni siquiera se habría dado cuenta de por dónde estaba pasando, tan embebida como estaba en su lectura. ¿Debería llamarla?

Pero me limité a mirar, temiendo portarme como una estúpida delante de la mujer y de los hombres que trabajaban en el aserradero cercano. ¡Si al menos pudiera verle bien la cara...!

—¡Lilly!

La barcaza avanzó por el canal y se fue alejando con su pasajera.

«¡Levanta la cabeza!», ordené silenciosamente. «¡Mírame!».

La mujer se levantó y miró hacia arriba, pero no hacia mí, sino en dirección contraria, hacia delante, al hombre y al caballo. Una parte de mi mente captó pisadas que se acercaban deprisa. La voz que había oído se volvió más urgente. ¿Me estaría llamando?

—¡Lilly!

—¡Estoy aquí! —grité.

La mujer se dio la vuelta y usó la palma de la mano derecha a modo de visera para protegerse del sol. Levantó las cejas, perpleja. Yo saludé con la mano.

Por su parte, ella también levantó la mano, despacio y de forma dubitativa. No fue un saludo afectuoso, sino más bien sombrío. El

movimiento me permitió verle la cara sin impedimentos: era una cara desconocida. No llevaba un libro en la mano, sino un trozo de tela. Estaba remendando.

Noté que una mano me sacudía el hombro.

—¿Lilly?

Algo atontada, dejé de mirar a la figura que se alejaba por el canal y me volví. Charlie, mi hermano pequeño, estaba de pie a mi lado. Lo noté asustado. Respiraba con dificultad.

—Te estaba llamando. ¿Por qué no me has contestado?

—Yo... pensaba que... —Pestañeeé al pensar en lo lamentable que había resultado mi esperanza de recuperar a mi madre y me encontré de frente con su rostro asustado y surcado de lágrimas—. ¿Qué pasa, Charlie?

—Es Mary. ¡No para de temblar! Padre me ha enviado a buscarte. Necesita... —Hizo una pausa y miró al cielo.

—¿Qué necesita? —Con el pulso acelerado, lo agarré de los brazos, muy frustrada por sus limitaciones para concentrarse y recordar.

El muchacho hizo una ligera mueca y se mordió el pronunciado labio inferior.

—¿Valeriana? —le urgí—. ¿Hisopo?

Negó con la cabeza, casi bizqueando en su intento por acordarse.

—¿Esencia de almizcle? ¿Peonía?

—¡Eso es! —gritó—. ¡Sí, peonía!

Me quedé pasmada e incrédula.

—¡Pero si tenemos jarabe de peonía en la estantería! En la etiqueta del frasco pone «*J: Peonía*».

—¡Padre dice que está vacío!

«¡Santo Dios, no!», pensé.

—¡Lilly, por favor! ¡No sabes cómo se queja! ¿Se va a morir?

—¡No! —exclamé, esta vez en voz alta. Salí corriendo por el puente, volviéndome para gritarle a mi hermano—: ¡Dile a padre que ponga agua a

hervir!

Solo conocía un sitio en el que conseguir raíces de peonía: un jardín bastante cercano en el que crecía esa planta. Empecé a sudar, no debido a la carrera, sino al miedo que me invadió. Miedo por mi mejor y más antigua amiga. Miedo por mí misma. Miedo porque si entraba en ese jardín violaría la ley y quizá tuviera que enfrentarme a la ira de «él». Pero estaba fuera, en la universidad. ¿O no? ¡Por Dios, que no estuviera en casa!

No paré de correr.

Siempre me había gustado correr, por el valle o por las colinas calizas que rodeaban Bedsley Priors. Pero esa vez no disfruté en absoluto de la carrera. Corría porque no tenía más remedio, pues me habría llevado mucho más tiempo ir a casa y preparar la calesa. La verdad es que la señora Mimpurse me había reñido muchas veces al verme correr por el pueblo, pues ya prácticamente era una señorita y debía comportarme como tal. Pero también sabía que, cuando supiera la situación, no me diría nada. Y es que Mary era su hija.

Recorrí Sands Road a toda velocidad y doblé hacia la calle High, donde estuve a punto de chocar con un hombre que acababa de bajarse de una carreta.

—¡Perdone, señor Hughes! —grité sin parar de correr.

Aceleré cuando llegué al parque, rodeé el jardín de la iglesia, atravesé la granja de los Owen y subí por el sendero hacia Marlow House. Ya allí, empecé a recorrer la valla de piedra, agachada para evitar que me vieran, pero sin dejar de correr, hasta alcanzar la puerta del jardín. El miedo casi me paralizó, pero solo tuve que imaginarme a Mary retorciéndose de dolor para decidirme a empujar la puerta, que me costó bastante abrir, pues era grande y pesada. Me dirigí a la cabaña del jardinero y agarré la primera pala que vi. Me acerqué a la zona de las peonías, las muy apreciadas peonías de *lady* Marlow, y tragué saliva. Estaba claro que no tenía tiempo para hacer las cosas con limpieza y evitar que se notara el desaguizado que seguramente iba a causar.

Cuando empecé a cavar con la pala oí la primera exclamación de alarma.

Un hombre me instó a voz en grito a parar, pero no lo hice, al contrario: cavé con más fuerza todavía. Oí pasos y juramentos al otro lado de la valla. Supongo que sería el señor Timms, el siempre malhumorado jardinero de la finca. En unos segundos alcanzaría las raíces. Me apoyé en la pala y cavé a la mayor velocidad que pude. Deprisa, deprisa...

Justo en el momento en el que agarraba la planta por las raíces vi aparecer por encima de la valla la cabeza de un individuo. No era el señor Timms. Era alguien mucho peor.

—¡Quédate donde estás! —ordenó el joven—. Son de mi madre.

Procuré tranquilizarme, recuperar la voz, explicarme, pero me di cuenta de que no podía hablar. Sabía que Roderick Marlow colocaba cada primavera un gran ramo de peonías en la tumba de su madre. Y también sabía que era infame y cruel.

—Solo necesito una... —pude decir finalmente con la voz ronca—. Es para una amiga.

—¡No te muevas! Voy a llamar al alguacil.

No tenía tiempo ni para explicarme ni para esperar al alguacil del pueblo. Salí corriendo por el jardín y le oí de nuevo maldecirme. Por el rabillo del ojo vi que saltaba la valla. Oí sus pisadas sobre la grava mientras salía corriendo a por mí. Seguro que a cada zancada recorría el doble de espacio que yo con las mías. Corrí y cerré la puerta con todas mis fuerzas. Sentí muy cerca sus gritos de dolor y de rabia. También vi a un mozo que llevaba por la brida un gran caballo negro, ya ensillado.

¡No, por favor!

Oí que se abría la puerta de nuevo. Roderick Marlow silbó.

—¡Trae mi caballo, deprisa! —gritó.

Cambié inmediatamente de dirección. Sabía que si regresaba por las mismas calles por las que había ido, amplias y accesibles, me alcanzaría en pocos segundos, y no podía permitirlo. Así que me adentré en el bosque, haciéndome rozaduras en los brazos y en las piernas con las ramas y los arbustos. Salí de la espesura y me adentré en un estrecho sendero. Justo por

delante había una valla para impedir el paso a las ovejas. La salté y, por supuesto, tropecé, pero seguí corriendo. Detrás de mí, el jinete y el caballo saltaron la valla sin el más mínimo problema. Pero aún tenía una oportunidad. Ante mí apareció el alto seto de aligustres que rodeaba el jardín de la iglesia. Y más allá, el pueblo. Mi perseguidor se acercaba al galope. ¿Querría alcanzarme y dejar que su caballo me diera una coz? ¿Cómo era posible? ¿Por una simple planta por la que mi padre pagaría el doble de su valor sin poner ninguna pega? Seguro que sí, no me cabía la menor duda.

Corrí a lo largo del seto y allí estaba. Me detuve inmediatamente, con la espalda pegada a la espesa y al parecer impenetrable pared de aligustres. Demasiado alta para saltarla. Demasiado tupida para atravesarla. Roderick Marlow se bajó del caballo y se acercó a mí con la fusta en la mano y los ojos llenos de ira. Tragué saliva y me alegré de llevar un vestido largo que me protegiera de los arbustos que tenía a la espalda. Esperaría a que estuviera un poco más lejos de su caballo. Solo un segundo más...

De repente, me volví y me zambullí en un hueco del seto por el que apenas cabría un crío pequeño. Recordé que lo había hecho el perro del vicario persiguiendo animalillos. Me invadió el pánico al ver la mano de Roderick intentando agarrarme. Hasta logró tocar con los dedos un extremo de la falda, pero pude pasar al otro lado sin contratiempos. El tipo blasfemó con fuerza mostrando su frustración y me di cuenta de que no se iba a dar por vencido, ni mucho menos. Rogué a Dios que el caballo saliera corriendo, pero dudaba mucho de que un animal tan bien entrenado hiciera algo así. Por lo menos le llevaría unos segundos volver a montarlo. Corrí por el jardín de la iglesia como alma que lleva el diablo y salí por la puerta principal para adentrarme en la calle High. Vislumbré el cartel del comercio de mi padre justo en el momento en el que, por detrás de mí y bastante cerca, volví a oír los cascos del caballo. ¡Tenía que llegar a la botica y entregar la planta! Después podría hacer conmigo lo que le pareciera bien. ¡Lo importante era llegar a tiempo para atender a Mary!

Llegué a la puerta y la cerré de golpe, pero Roderick Marlow llegó inmediatamente después y la empujó. Las campanillas sonaron como si se

hubieran vuelto locas. Me agarró del brazo antes de que pudiera darle la peonía a mi padre, que contemplaba la escena asombrado.

Roderick me arrancó literalmente la planta de la mano.

—¡Roderick Rupert Marlow! —exclamó Maude Mimpurse con voz autoritaria—. ¡Suelta eso! ¡Y a la muchacha! ¡Lillian Grace Haswell! ¿Cuántas veces te he dicho que no debes ir corriendo por ahí como una loca?

Roderick se quedó helado, y la verdad es que me quedé impresionada cuando bajó el brazo de forma sumisa y sin decir palabra. Sentí un alivio inmenso. Nuestra vecina, morena y de constitución fuerte, había trabajado durante bastantes años en la guardería de los Marlow. Su capacidad de persuasión era legendaria en el pueblo.

—¡Es una ladrona y una vándala! —gruñó Marlow, lleno de ira—. ¡Se ha metido sin permiso en nuestro jardín y ha arrancado la planta!

—Fui yo quien la mandó a buscar raíz de peonía, caballero —explicó padre con gesto preocupado—. Es una emergencia. La señorita Mary ha sufrido uno de sus peores ataques de epilepsia.

En ese momento pude fijarme en el resto de la habitación, y por la puerta que daba a la sala de curas vi a mi querida amiga tendida sobre la camilla. Completamente inmóvil.

—¿He llegado demasiado tarde? ¿Está...?

—Se está recuperando. Creo que, después de todo, la valeriana le ha hecho efecto y ha superado el ataque —explicó mi padre.

—Se ha quedado dormida, la pobre —dijo la señora Mimpurse, esta vez con su habitual voz, suave y tranquilizadora—. Estaba exhausta.

Levanté la planta con su raíz, su tallo y sus hojas.

—Entonces... ¿he robado esto para nada?

—¿«Robado»? ¿Cómo se te ocurre decir eso, por Dios? —espetó la señora Mimpurse—. Somos vecinos, ¿no?

—Yo se lo pagaré a su familia, joven —afirmó mi padre al tiempo que extendía el brazo y ponía la mano sobre el hombro de Marlow—. De todos modos, tenemos que preparar jarabe de peonía, se nos ha acabado. O, si lo

prefiere, podemos volver a plantar la que se ha llevado mi hija.

Roderick Marlow apartó la mano de mi padre de muy malos modos.

—No. Limítense a no acercarse a nuestros jardines. —Me dirigió una fría mirada y no pude evitar estremecerme—. Ni a mí.

Obedecí esa orden durante casi tres años.

No fueron suficientes, en absoluto.

Primera Parte

«La casa de un boticario [debe tener] una habitación oculta desde la que pueda comprobar sin ser visto a través de una ventana enrejada si los aprendices o mancebos ocupan el tiempo trabajando o si, por el contrario, lo pierden lastimosamente...».

C. J. S. THOMPSON

Arte y misterio de la botica



«Y es que el arte se escapa de mí como un bello sueño, pese a que lo persigo en vano por los prados y los arroyos».

GEORGE LINLEY,
compositor

Capítulo 1

Lirio del valle

«Fortalece el cerebro, refuerza la memoria frágil y ayuda a pensar con claridad».

CULPEPER

Herbolario completo

Sabiendo que iba a pasar todo el día encerrada entre cuatro paredes, Lilly Haswell se levantó temprano para respirar el aire de la mañana otoñal de Wiltshire, tan fragante y revitalizador. Saludó con un gesto silencioso a la señora Fowler, que ya estaba trabajando en la cocina, mientras salía despacio por la puerta trasera del jardín en dirección al centro del pueblo. Sin embargo, en cuanto dio la vuelta en la esquina de la vicaría empezó a hacer lo que de verdad quería: apretó el paso hasta llegar a las afueras de Bedsley Priors y comenzó a correr por la colina sin que le importara resbalar de vez en cuando por la hierba, a esa hora empapada de rocío, y disfrutó de la presión que sentía en las piernas y en los pulmones. No paró hasta llegar a la cima de la colina Grey, que tampoco era demasiado alta. Allí se detuvo y se inclinó un poco hacia delante para recuperar el resuello. El pelo, castaño oscuro, le caía libremente por los hombros. No se había molestado en peinárselo ni sujetárselo con horquillas, aunque sabía que debería haberlo hecho ahora que ya había cumplido dieciocho años.

Se incorporó enseguida y contempló con el mismo placer de siempre la magnífica vista de Persey Vale, con sus terrenos calizos, sus enormes y centenarios árboles y, a lo lejos, el caballo blanco recién tallado en la cresta situada entre las colinas Milk y Walker. Había oído que el rector de Alton Barnes se llevaba muchas veces su telescopio terrestre a Adam's Grave, el pequeño montículo que emergía sobre la colina Walker, y que desde allí lograba ver la catedral de Salisbury. Lilly deseaba subir a esa colina algún domingo después de los oficios religiosos, cuando podía disponer de toda la tarde para hacer lo que quisiera. Le gustaría ver la aguja de la catedral. Estaría dispuesta a dar casi lo que fuera para poder visitar en persona ese y otros lugares incluso más lejanos. Se preguntaba a menudo por las experiencias que estaría viviendo su madre, estuviera donde estuviese, tres años después de su desaparición.

Lilly forzó la vista para mirar el pueblo, situado al pie de la colina, con su torre sajona, sus tranquilas calles y las verdes praderas salpicadas de ovejas paciendo. Bedsley Priors parecía un lugar de lo más pacífico. Y también muy pequeño e insignificante.

En el momento en que su madre desapareció Lilly había sentido muchas emociones distintas: perplejidad, pena y, fundamentalmente, culpa. Y es que creía que su marcha podría haberse debido a algo que la propia Lilly hubiera hecho o dicho. Pero, en lo más recóndito de su corazón, sentía cierta emoción, de la que se avergonzaba. Algo había cambiado. Su propio cambio provocó otros cambios y esperaba más. Aunque Lilly seguía rogando fervientemente por el regreso de su madre, de algún modo sabía que, si no se hubiera ido, su vida habría transcurrido sin cambios. Se habría quedado atrapada para siempre, trabajando en una tienda insustancial de un pueblo insustancial. Y Lilly sabía que eso no sería suficiente para ella, en absoluto.

Dio un suspiro y comenzó a descender la pendiente que conducía de nuevo al pueblo y a las interminables responsabilidades que debía asumir como hija del boticario.

Tras rodear de nuevo la vicaría, recorrió la calle a paso tranquilo, mirando la carnicería, la tienda de ultramarinos y la cafetería. Desde dentro, Mary le

hizo un gesto con la mano para indicarle que se detuviera. Lilly así lo hizo y esperó a su amiga, que se apresuró a llegar a la puerta. Por fortuna, llevaba casi un año sin tener una crisis.

—Buenos días, Lill. —Mary llevaba en la mano algo caliente envuelto en un papel—. Toma esto, por favor. Seguro que necesitas un bocado después de tu largo... paseo. —La sonrisa cómplice de Mary hacía que sus ojos, de color azul pálido, brillaran y contrastaran con el ligero tono rojizo de su rostro.

—Muchas gracias —dijo Lilly con una sonrisa y aceptando el trozo de bizcocho—. ¿De pasas de Corinto?

—¿De qué, si no? Vamos, que llegas tarde. Nos vemos después.

Le hizo a su amiga una reverencia en broma y siguió andando hacia la tienda de su padre. Por enésima vez miró el cartel con la rosa identificativa de la botica y las palabras «Charles Haswell, boticario» y pensó que ya iba siendo hora de sustituirlo por otro. También vio que la pintura blanca de las ventanas se estaba descascarillando. Tendría que sugerirle a su padre que pusiera un cartel nuevo y que contratara a un pintor.

Durante un momento permaneció fuera de la tienda mirando por la ventana, como solían hacer los clientes, comiéndose el trozo de bizcocho. Sobre el estante que había junto a la ventana estaba el gran frasco de boticario, muy adornado y ceremonioso, que había pertenecido a su abuelo y que lucía el escudo de armas de los Haswell. A su lado había varios frascos de diversos colores cuyas etiquetas, escritas con letras historiadas, identificaban su contenido: «Colirio para el escozor de ojos», «Polvos de Gaskoin», «Auténtica melaza veneciana» y muchas más.

Tres de las cuatro paredes de la botica estaban completamente cubiertas de estanterías llenas de frascos de cerámica de Lambeth, principalmente de colores azules, cremas y blancos. Cada uno de ellos estaba etiquetado con el nombre de lo que contenía en latín y su uso principal: «*C: ABSINTHII*, conservada en ajeno. Contra la hidropesía». «*O: VULPIN*, grasa de zorro destilada con agua de arroyo. Contra los problemas de pecho».

Y bajo las estanterías, montones de cajones contenían muestras de hojas, semillas y raíces.

El mostrador delantero servía para prensar comprimidos y cortar píldoras en segmentos, mientras que en el trasero se acumulaban los instrumentos necesarios para preparar los medicamentos. También había muchos libros de consulta, como el *Nuevo dispensario* de Lewis o el *Herbolario completo* de Culpeper, y morteros de diversos tamaños, limpios y listos para ser utilizados, además de balanzas, escalas, tarros con medidas, escarificadores y vasos para recoger sangre, aparte de sanguijuelas en agua, que se mantenían siempre hambrientas.

A la izquierda del mostrador trasero estaba la puerta del laboratorio-cocina en el que su padre calentaba y destilaba compuestos pasándolos por alambiques de cobre de diversos tamaños. Y a la derecha se encontraba la puerta de la sala de curas en la que pasaba consulta a los clientes o les realizaba sangrías y otras pequeñas operaciones.

En esos momentos, la botica ya era un hervidero de actividad. Su padre tenía la mano sobre el hombro de Arthur Owen, el dueño de la granja de cerdos, y le hablaba en tono admonitorio, aunque suave y amablemente. El hermano de Lilly, Charlie, tres años más joven que ella, limpiaba el polvo de las estanterías. El aprendiz Francis Baylor, de diecisiete años, se afanaba con un mortero en el mostrador principal. Le gustó ver a los dos muchachos atareados y haciendo algo útil.

Abrió la puerta de la tienda sin apenas darse cuenta del familiar sonido de la campanilla. Fue recibida por el conjunto habitual de voces y olores. El aire estaba lleno de aromas de tesoros procedentes de tierras lejanas o de campos cercanos, desecados, machacados y destilados, y resultaba atractivo y exótico. Solo en esos instantes, recién llegada de las colinas abiertas y ventosas, podía notar y disfrutar las fragancias complejas y siempre cambiantes que invadían la botica.

De las vigas de madera del techo colgaban, perfectamente alineadas, ristras de flores y hojas de amapola, camomila, menta y salvia puestas a secar. Entre ellas se encontraba un viejo caimán con sus enormes dientes asomando. No obstante, le faltaban algunos, por lo que no resultaba tan intimidante como en principio podía parecer.

Una vez dentro, Lilly se dio cuenta del porqué del aparente y poco habitual entusiasmo del aprendiz. Estaba preparando algo para Dorothea Robbins, una muchacha extraordinariamente coqueta, hija del dueño del aserradero y del nuevo muelle para barcazas que se había construido en el pueblo vecino de Honeystreet.

—No es para mí, por supuesto —dijo la señorita Robbins—. Yo me encuentro perfectamente.

Francis Baylor asintió con la cabeza, completamente arrobado.

—Ya lo veo.

La muchacha soltó una risita y Lilly puso los ojos en blanco. Francis la miró y, al darse cuenta de la cara que estaba poniendo, tuvo la decencia de ruborizarse.

—¿Sería tan amable de excusarme un momento, señorita Robbins?

—Claro que sí.

El joven, desgarrado y larguirucho, salió de detrás del mostrador y se detuvo al lado de Lilly.

—Me parece que debería cambiarse de vestido, señorita Lilly. No creo que quiera que la señora Mimpurse vea que tiene barro en los dobladillos.

Lilly miró inmediatamente hacia abajo.

—¡Oh! No me había dado cuenta.

Pero una sola mirada le bastó para saber que la muy guapa y arreglada Dorothea Robbins sí que se había dado cuenta. La muchacha, cuyo cabello tenía el color de la miel, semicubierto por un gracioso sombrerito, no apartaba los ojos del dobladillo del vestido de Lilly sin molestarse en esconder una sonrisa entre burlona y condescendiente.

El ruido de un frasco al romperse distrajo a Lilly y a todos los demás. Charlie se quedó rígido con el plumero en la mano.

—¡Vaya por Dios! —Se inclinó y empezó a recoger los afilados trozos del frasco, que había contenido una pomada—. Otra vez no...

Lilly se acercó a él.

—No pasa nada, Charlie, ha sido un accidente. Ya te ayudo a limpiarlo. ¡Ojo con los dedos, no te vayas a cortar!

Dorothea Robbins pasó por su lado con un pequeño paquete en sus manos enguantadas y una sonrisa de suficiencia en sus bonitos labios. Francis estuvo a punto de tropezarse con ellos por las prisas por abrirle la puerta.

Lilly sacudió enfadada la cabeza y llevó los trozos del frasco a la cocina, donde la señora Fowler estaba lavando los cacharros del desayuno. Pensó en subir al piso de arriba para cambiarse de vestido y recogerse el pelo con unas horquillas, pero cuando apenas había soltado los trozos y se había enjuagado las manos sonó de nuevo la campanilla que anunciaba la entrada de un cliente.

—Buenos días, señora Kilgrove —oyó decir a Francis—. Bienvenida a Haswell's.

—No deberías comportarte como si la tienda te perteneciera, jovencito —le riñó la dama. La vieja señora Kilgrove era famosa por su lengua afilada, que utilizaba para dirigirse a todo el mundo, excepto a Charlie.

—Por supuesto que no, señora. Estoy muy agradecido por tener la oportunidad de ser aprendiz en este reputado establecimiento. ¿En qué puedo servirle, señora?

—¿Tú? Apañado vas si piensas que voy a contarte a ti mis problemas para que inmediatamente los conozca todo el mundo. Ni siquiera voy a permitir que me des ni una simple píldora. ¿Dónde está la señorita Haswell?

Lilly suspiró. Adiós a la posibilidad de cambiarse de vestido.



Esa tarde, mientras Francis estaba usando la perforadora de corchos para preparar tapones, Lilly estaba muy aburrida. Limpió el mostrador delantero fantaseando con que de un momento a otro entraría un caballero que iba de viaje, a ser posible herido o magullado, y se enamoraría de ella a primera vista. En ese momento iba por la parte en la que le rogaba que huyera con él, pero cuando llegó con el paño al frasco con forma de oso que estaba al final

del mostrador, el sueño se desvaneció. Se detuvo un momento mientras volvía a la realidad. Y, una vez más, se preguntó por qué su padre se empeñaba en guardar ese potingue inútil.

—¿Hemos vendido grasa de oso últimamente? —preguntó con malicia.

—Sí, justo ayer, a varios caballeros —respondió Francis, que se detuvo un momento en su tarea.

—¿Tú la usarías si la necesitaras?

—¿Y por qué? —preguntó, haciendo una mueca—. Tengo mucho pelo en la cabeza.

Lilly pensó que demasiado al fijarse en la mata de color castaño y ondulante.

Su padre salió de la sala de curas y se plantó delante del joven con los brazos cruzados.

—Señor Baylor —empezó, con voz y cara de enfado—, ¿no le había pedido que preparara otro lote de diurético de Pierquin?

Lilly vio que el muchacho se quedaba lívido.

—Es cierto. Lo siento, señor.

—¿Recuerda siquiera las instrucciones que le di la semana pasada para prepararlo?

Lilly contuvo el aliento.

—Por supuesto que las recuerdo, señor. Al fin y al cabo, me lo explicó la semana pasada —respondió tartamudeando un poco. Dirigió una rápida mirada a Lilly con los ojos muy abiertos como evidente demanda de ayuda.

La muchacha salió de detrás del mostrador con el paño en la mano y empezó a hablar sin darle la menor importancia.

—La verdad es que ese preparado es bastante sencillo. Solo son tres ingredientes.

—Eso es, tres —repitió Francis como un loro—. Muy sencillo.

Lilly casi sintió físicamente la mirada de su padre en la nuca mientras se ponía a limpiar las ventanas.

—No soporto preparar el Pierquin —dijo, sin apartar la mirada de la ventana y el paño. Movi6 los dedos confiando en que Francis se estuviera dando cuenta de lo que quer6a decir—. Es mil veces peor que cualquier otro.

Francis lo entendi6.

—Desde luego que debe de serlo, con todos esos... milpi6s, o sea, cochinillas.

—Exactamente —contest6, mostrando desinter6s—. Por eso me sent6 muy aliviada cuando padre te pidi6 a ti que lo prepararas.

Ech6 un r6pido vistazo por encima del hombro y vio que su padre estaba otra vez mirando a Francis y d6ndole la espalda a ella, as6 que ech6 vaho en un cristal y escribi6 con el dedo la palabra «bayas».

—As6 no tendr6 que prepararlo hasta junio. —Despu6s levant6 el me6ique e hizo el gesto de beber.

Despu6s de mirarla subrepticamente, Francis proclam6:

—El diur6tico de Pierquin. Cochinillas maceradas y bayas de jun6pero, o sea, de enebro, hervidas con t6.

—Con vino blanco, se6or Baylor —dijo Charles Haswell entre dientes—. ¡T6, qu6 disparate! Tendr6 que esforzarse y estudiar mucho si de verdad quiere aprovechar su aprendizaje. —Le dedic6 una dura mirada a Lilly, aunque se podr6a decir que estaba enfadado, pero tambi6n orgulloso como padre—. La profesora Lilly no va a poder acudir siempre al rescate, jovencito.

—Es verdad. Lo siento, se6or.

Su padre sali6 negando con la cabeza y recog6 el correo del d6a para leerlo y, de paso, echarse una siestecita, pens6 Lilly.

Francis, con los hombros ca6dos, la mir6.

—¿C6mo lo haces? Yo tengo que leer y releer las cosas m6s de diez veces para recordarlas y en muchos casos ni siquiera as6 lo consigo. Y sin embargo, a ti te resulta muy f6cil.

—Supongo que lo llevo en la sangre —respondi6, encogi6ndose de hombros.

—No es solo eso. ¿Hay algo que no seas capaz de recordar?

Se acercó al viejo mapamundi circular que había en una estantería del rincón y le pasó el paño con cuidado.

—Imagino que muchas cosas.

—No me lo creo. ¡Rápido, el licor de Godfrey!

—Francis, ese es facilísimo. Sabes que es muy popular, y lo preparamos todas las semanas: sasafrás, anises, comino, opio, azúcar...

—¿El licor amargo de Godfried?

Pasó el dedo por las Indias Occidentales.

—Raíz de genciana, piel de naranja, rojo de cochinilla...

—¿En qué página del herbolario de Culpeper está, digamos... el azafrán?

—No lo sé. —Se puso a pensar mirando hacia arriba—. ¿En la ciento cuarenta y cuatro, quizá?

—¿Y cuál es la entrada que sigue al azafrán?

—¿No vas a comprobar si he acertado?

Él negó con la cabeza y esperó. Ella, por su parte, suspiró.

—Bueno, vamos a ver: azafrán silvestre, por supuesto, y después la hierba de las cucharas en todas sus variedades, prunela, salvia, barrilla... Bueno, ya sabes, está ordenado por géneros.

Se la quedó mirando, completamente asombrado.

—Tú deberías ser la aprendiz, no yo.

—Sabes que las mujeres no pueden ser boticarias. Solo podría ser asistente —dijo, dirigiéndose al mostrador.

—Por suerte para mí, porque si no, no podría optar al puesto de ninguna de las maneras: me das mil vueltas.

Lilly empezó a quitar el polvo del mostrador trasero.

—No te preocupes. No pienso trabajar aquí toda la vida, ni aunque pueda.

—Pero Lilly, con esa capacidad natural que tienes... —insistió el muchacho, que parecía incluso afligido.

—Ya has oído a mi padre —le interrumpió—. Incluso él sabe que no me

quedaré aquí para siempre.

Para alivio de Lilly, la campanilla de la entrada sonó y puso fin a la conversación, que le estaba resultando incómoda.

Pasó aproximadamente una hora y su padre no salía de la sala de curas, lo que preocupó un tanto a Lilly. Sus siestas vespertinas apenas llegaban a durar media hora. Así que llamó a la puerta con suavidad. No hubo respuesta, por lo que la abrió.

—¿Padre?

Estaba sentado en el escritorio con la cabeza entre las manos.

—¿Padre, qué le pasa? ¿Está bien?

—No. Me parece que no.

Alarmada, Lilly entró en la pequeña sala y cerró la puerta.

—¿Qué ha pasado?

Levantó la cabeza y la miró.

—He recibido una carta.

Lilly se quedó mirando la hoja de papel, al parecer de buena calidad, que estaba encima del escritorio.

—Ya veo. —Tragó saliva ruidosamente—. ¿Es de... madre?

—Es de los señores Elliott, Jonathan y Ruth.

—¿Elliott? —No conocía a nadie con ese apellido.

—Tus tíos, los Elliott. Él es el hermano de tu madre.

Estuvo a punto de preguntar inmediatamente si la habían visto, pero lo pensó mejor y no lo hizo. No quería afectar todavía más a su padre, que estaba muy afligido.

—No recuerdo a ningunos tíos de apellido Elliott —se limitó a decir.

—Lógico. Ni siquiera los conoces. Pero lo harás. Este mismo viernes vienen de Londres a hacernos una visita, me guste o no.

—¿Y por qué no iba a gustarle? Al fin y al cabo, son familia, ¿no es así?

—Supongo que eso depende de cómo se defina ese término —dijo, mirando a través de la ventana de la sala de curas.

—Pero supongo que usted sí los conoce.

—Sí, los conocí hace muchos años, pero no los he vuelto a ver desde entonces —explicó con el ceño fruncido—. No fue una situación agradable.

—¿Saben que...? —No hizo falta terminar la frase ni hacer sufrir más a su padre poniéndole palabras a la situación, cosa que habitualmente evitaba.

—Sí. Les escribí contándoselo poco tiempo después de que ocurriera.

—¿Por qué vienen? ¿Qué cree que pueden querer?

—Me dan escalofríos solo de pensarlo. —Su padre contrajo la cara de forma visible.

Al verlo tan afectado, Lilly le puso una mano sobre el hombro para animarlo.

—Puede que lo único que quieran sea reanudar la relación con nosotros.

La miró y sus ojos azules centellearon a la pálida luz del sol vespertino que entraba por la ventana.

—Me alegra tu optimismo, querida. Pero no tengo más remedio que advertirte de que tengas cuidado. Recuerda lo que voy a decirte, Lilly: vamos a lamentar esta visita durante muchos años.

Capítulo 2

«Cuando Edward [el hermano de Jane] tenía dieciséis años, los Knight lo adoptaron y lo nombraron heredero. No era raro que los parientes ricos se hicieran cargo de un niño perteneciente a una rama menos adinerada de la familia».

La sociedad estadounidense en tiempos de Jane Austen

Desde una de las ventanas del piso de arriba Lilly vio la llegada de una calesa de la que tiraban dos alazanes muy parecidos entre sí. Cuando el postillón se bajó de su montura y abrió la puerta del carruaje, descendió de inmediato un hombre alto y algo rollizo con sombrero y gabán. Inmediatamente se volvió para ayudar a una mujer de aspecto refinado que vestía una capa rematada en piel y se tocaba con un elegante sombrero. Lilly se apresuró a bajar las escaleras y se asomó por la puerta de la cocina-laboratorio mientras su padre abría la del establecimiento.

—Elliott. Ruth —dijo—. Sed bienvenidos.

El hombre miró a su padre con detenimiento.

—Haswell. Debo decir que tienes buen aspecto. Pareces en forma.

—Ventajas de mi profesión, supongo. Pasad —invitó, tomando los abrigos y apartándose para cederles el paso.

—¿Vives aquí, en la tienda? —preguntó Ruth Elliott dubitativa después

de echar una mirada al interior.

—Pues sí, en las habitaciones de al lado y en el piso de arriba. ¿Por qué?

—¿Es habitual que las personas de tu profesión lo hagan? —preguntó ella.

—Sí. De hecho, creo que es lo habitual en el caso de todos los comerciantes. Y ahora, por favor, pasemos al cuarto de estar.

Lilly se volvió a apresurar para precederlos escaleras arriba. Puso derecho el pequeño retrato de su madre, que estaba en un extremo de la mesa, y, presa de un gran nerviosismo, se quedó de pie junto al tresillo mientras su padre acompañaba a los invitados.

—Bueno, pues aquí estamos. Sentaos, por favor, donde deseéis. ¡Ah, aquí estás, querida! Permitidme que os presente a mi hija Lilly. Lilly, tu tío y tu tía, los señores Elliott.

—¿Cómo están? —dijo Lilly, haciendo una pequeña reverencia de cortesía—. Estoy encantada de conocerles.

—¿Lilly? —repitió Ruth Elliott con aire escéptico mientras se sentaba en un sillón.

—Sí. Mi nombre es Lillian, pero la familia y los amigos me llaman Lilly —explicó.

—¡Ah, claro, como madre! —dijo Jonathan Elliott al tiempo que se sentaba—. Quiero decir tu abuela, claro.

Lilly sonrió. No lo sabía.

—La verdad es que prácticamente nadie me llama así en el pueblo.

—Lillian, una joven debe utilizar su nombre completo —dijo su tía—. Eres demasiado mayor para diminutivos infantiles, ¿no te parece?

La sonrisa se le heló en la cara.

—Bueno, deben de estar cansados y hambrientos tras el viaje. ¿Les apetece tomar el té? —Señaló las tazas, la tetera y una bandeja con pastas, galletas y pastelitos.

—Tenéis cocinera, por lo que veo —dijo su tía.

—La señora Fowler cocina y hace la limpieza —confirmó Lilly—, pero todo esto nos lo ha preparado una vecina muy amable. Una antigua amiga de madre, a decir verdad. Permítanme que les sirva el té. —Empezó a hacerlo, intentando poner en práctica todo lo que su madre le había enseñado hacía mucho tiempo. De hecho, lo había ensayado la tarde anterior y la señora Mimpurse le había corregido con gentileza algunas cosas. Pese a ello, le temblaban las manos.

Sintió casi físicamente la mirada de su tía, atenta a todos sus movimientos. Al final, colocó la taza a su lado.

—¿Y dónde está el muchacho? —preguntó el tío Elliott—. El joven Charles, creo recordar. En tu carta lo mencionabas.

—Sí —respondió su padre mientras recogía la taza que le ofrecía Lilly—. Lo espero de un momento a otro.

—¿Qué edad tiene ahora el joven Charles? —preguntó Jonathan Elliott—. ¿Trece años? ¿Catorce?

—Quince —respondió Lilly al ver que su padre no lo hacía.

—Quince —repitió el tío—. ¿Y confías en que algún día pueda hacerse cargo de la tienda?

Charles Haswell miró detenidamente la taza antes de contestar y no levantó la vista.

—Eso deseaba, pero ahora no estoy seguro.

Los Elliott se miraron y Jonathan sonrió.

—Bien, me alegra saberlo.

—¿Y se puede saber por qué? —dijo su padre, frunciendo el ceño.

—Bueno, Haswell, al grano. Primero tenemos que ver al muchacho, por supuesto, y comprobar qué tal nos llevamos, pero he de decirte que la señora Elliott y yo hemos pensado que va siendo hora de adoptar un heredero. Dado que la providencia no nos ha bendecido con un hijo propio y al menos yo me voy haciendo mayor —afirmó, sonriendo y mirando a su esposa—, creo que debemos ir pensando en el futuro.

Lilly estuvo a punto de derramar el té de la impresión.

—Pero Charlie tiene familia —dijo inmediatamente—. Nosotros.

—Por supuesto que la tiene, querida —confirmó de inmediato su tía—. Y eso no cambiará nada.

—Es muy habitual, ya sabes —volvió a intervenir el tío Elliott moviendo la mano como si le quitase importancia—. Una adopción legal por motivos hereditarios. Muy habitual.

—No lo había pensado —murmuró Lilly.

—No sería como separarlo por completo de vosotros —aseguró su tía, mirándola fijamente. Después se volvió hacia su cuñado—. Supongo que no sería difícil acordar un régimen de visitas que nos viniera bien a todos. Suponiendo que tanto tú como el joven Charles estuvierais dispuestos, naturalmente.

—¿No tienen más parientes? —preguntó Lilly, que empezaba a asustarse de verdad.

El tío Elliott cambió de postura, inquieto, en el incómodo tresillo.

—Tengo un primo joven que podría ser adecuado por la edad, pero tiene un carácter despreciable. No obstante, independientemente de eso, prefiero un sobrino. Y, al fin y al cabo, Charles es el hijo de mi hermana. —Los miró a ambos con una enorme sonrisa, como si con ella pudiera esconder su desesperación e incredulidad.

Mientras miraba la cara sonriente de Jonathan Elliott, Lilly pensó en lo extraño que resultaba que este hombre de mediana edad, tan grueso y ceremonioso, fuera hermano de su madre. Parecía mucho mayor que ella, pues Rosamond Haswell siempre había tenido un aspecto muy juvenil, tan guapa y delgada. Aparte del cabello y los ojos marrones, no era capaz de encontrar ningún parecido, ni con el retrato de la mesa ni con los recuerdos que tenía de su madre.

La idea de que Charlie se marchara, de que los dejara, de limitarse a verlo solo de vez en cuando y de visita, le parecía angustiada. ¿Su hermanito viviendo en Londres sin su padre? ¿Sin Mary ni la señora Mimpurse? ¿Sin ella misma?

Miró a su padre en busca de ayuda, deseando que, de inmediato, rechazara de plano y sin paliativos la propuesta de los Elliott. Esperaba que lo hiciera. Pero, enseguida, se le pasó otra idea por la cabeza. ¿No sería esta la oportunidad para Charlie por la que tanto había rogado a Dios? Con los medios de sus tíos, igual sería posible encontrar una escuela que se adaptara a las necesidades de su hermano pequeño, aunque su padre decía que ese tipo de centros no existían. O bien un tutor que fuera capaz de lograr que Charlie comprendiera las cosas, que se adaptara a sus limitaciones... en fin, que creciera.

Lilly se puso de pie.

—Padre, ¿puedes venir abajo un momento conmigo?

—¿Cómo...? ¡Ah, sí, por supuesto! —Se levantó—. Disculpádnos un momento, por favor.

La siguió hasta el piso de abajo y entraron en la cocina-laboratorio.

—Sé lo que estás pensando, Lilly —empezó, hablando muy bajo.

—¿De verdad? Creo que sería una excelente oportunidad para Charlie.

La miró con gesto de desconfianza.

—Sí, ya lo sé —continuó ella—. Mi primera reacción fue de rechazo, de mantener a nuestro querido Charlie con nosotros a toda costa. Pero eso sería muy egoísta por nuestra parte, ¿no cree? ¿No piensa que deberíamos permitir que Charlie tuviera todas las oportunidades posibles para aprender y desarrollarse? El señor Marsh apenas hizo nada por él. Usted y yo lo intentamos como podemos, pero seguro que en Londres hay escuelas y tutores con nuevas ideas, métodos y conocimientos que tardarían décadas en llegar aquí, a Bedsley Priors. Por favor, no rechace su oferta por revanchismo.

—Cualquier hombre, cualquiera —gruñó, y empezó a elevar la voz—, querría vengarse por el hecho de que la familia de su esposa hubiera cortado toda relación con ella simplemente por el hecho de haberse casado conmigo. Y esa afrenta seguida de cerca de veinte años de frío silencio. Y ahora se presentan de repente y quieren llevarse a uno de mis tesoros más queridos...

—Se le quebró la voz y se pasó la mano por el cabello pelirrojo. A partir de ese momento habló en voz muy baja, casi susurrando—. Pero si de verdad creyera que le haría bien a Charlie...

—Padre, sé que le preocupa, pero...

—Lilly, no me preocupa Charlie —afirmó, hablando con firmeza y tomándola de las manos—, no de la forma que tú crees. No me preocupa que se vaya, que nos abandone, porque nunca lo haría de verdad. Lo que me preocupa es que se alimenten sus esperanzas y que sus sentimientos se destrocen por no poder cumplirlas.

—Pero...

—Lilly, los Elliott nunca lo adoptarán como heredero. En cuanto descubran cómo es en realidad, no...

—¡Hola, padre! —Charlie entró corriendo por la puerta del jardín con las mangas llenas de polvo y una gran sonrisa en la cara—. La señora M. me ha dicho que tenía que volver a casa enseguida. Estaba donde el señor Fowler. Ha tenido una camada de cachorrillos. ¡Son una preciosidad!

Lilly se mordió los labios y sonrió a su hermano.

—Seguro que sí. Y ahora lávate bien las manos y ponte una camisa limpia, ¿de acuerdo?

—Y después sube al cuarto de estar —dijo su padre, dirigiéndose hacia la puerta.

—Y Charlie, escucha: procura con todas tus fuerzas mantenerte en calma y hablar despacio. Demuéstrales lo dulce y amable que es el joven Charles Haswell.

Su hermano arrugó el entrecejo.

—¿Y quién es ese?



—Bueno, aquí estamos de nuevo. —Lilly acercó otra bandeja con pasteles y galletas, aunque nadie había tocado siquiera nada de la primera—. ¿Alguien

quiere más té?

—Yo no, gracias —. La tía Elliott apenas se rozó los finos labios con la servilleta.

—Gracias —dijo el tío, acercándole la taza—. Sé que debe haber sido una gran sorpresa para vosotros, la familia de Rosamond presentándose de sopetón después de tanto tiempo. Si sirve de algo, sentimos mucho no haber estado en contacto, de verdad.

Padre se sentó de nuevo, asintiendo con un gesto.

—Debo decir que me sorprendió mucho recibir tu carta, sobre todo después de decirte que Rosamond... ya no estaba con nosotros.

—Sí... —El tío Elliott se miró las manos mientras que su esposa hacía exactamente el mismo gesto. Lilly se preguntó si no sabrían algo de su madre, incluso si se habrían puesto en contacto.

Su padre se aclaró la garganta.

—Creo de verdad que vuestras intenciones respecto a Charlie son honorables y sinceras, pero debo decir que no creo que sea factible llegar a un acuerdo en tal sentido.

—¿Pero por qué? —exclamó el tío Elliott, levantando las cejas y asombrado—. ¿Te das cuenta de la oportunidad que le estás negando a tu hijo?

—No le estoy negando nada en absoluto. Mira, mi hijo es el muchacho más adorable y dulce que uno podría encontrar en la vida, pero...

La puerta del cuarto de estar se abrió de par en par y Charlie entró como una exhalación. Su aspecto era de lo más presentable: se había puesto una camisa blanca limpia y se había dejado los bombachos. Su enorme sonrisa realzaba la frescura de su agradable rostro juvenil. Hasta se había peinado el pelo, rubio cobrizo, cosa que solo hacía los domingos para ir a la iglesia.

Su padre se levantó.

—Os presento a mi hijo Charlie. Charlie, saluda a tus tíos, los señores Elliott.

Charlie alargó la mano derecha hacia su tía, que sonrió, aunque sin perder

el gesto de escepticismo al tocar ligeramente la de Charlie con su mano enguantada.

—¡Hola! —dijo el muchacho—. Antes no tenía tías ni tíos. Nuestra amiga Mary tiene dos de cada, ¿se lo pueden creer?

Los Elliott se miraron y sonrieron simultáneamente.

—Por lo que nos ha dicho tu padre, joven Charles —empezó el señor Elliott—, tienes quince años.

—Pues sí. Pero el resto de los muchachos dice que parezco más pequeño y que me comporto como si lo fuera —relató, y se rio con ganas, como si hubiera contado un chiste muy gracioso.

—Bueno, tienes un montón de años por delante para crecer. ¿Has pensado alguna vez qué te gustaría ser de mayor?

—¿Ser de mayor? —repitió Charlie, inclinando la cabeza dubitativamente.

—Sí, como profesión. Abogado, por ejemplo. O vicario.

—¡Ah, no, qué va! Ni siquiera pienso en lo que voy a hacer mañana, ni soy capaz de acordarme de lo que hice ayer. Pero Lilly sí, ella se acuerda de todo —respondió, volviéndose hacia su hermana—. ¿Verdad, Lilly?

—Bueno... —balbució Lilly, negando con la cabeza.

—¡Que sí, que es verdad! —insistió Charlie—. Francis, que es el aprendiz de padre, de vez en cuando la pone a prueba. ¡Escoge un número de cualquiera de los libros de padre y ella es capaz de acordarse de todo lo que dice la página! ¡De todo!

—De todo no, Charlie, no exageres —intervino ella, avergonzada—. Nuestros tíos, los señores Elliott, no han venido aquí para oír bobadas sobre mi memoria. ¿Por qué no les hablas de tu trabajo en el huerto de plantas medicinales?

—Solo hago lo que padre me dice que haga —respondió, encogiéndose de hombros.

—Pero el huerto nunca ha tenido mejor aspecto que desde que tú lo cuidas —afirmó, mirando a los Elliott con intensidad—. Si el año no

estuviera tan avanzado, se lo enseñaría —continuó, apretándole el hombro a su hermano—. Tienes muy buena mano para las plantas, Charlie, no seas tan modesto.

Antes de que el muchacho pudiera decir nada, el tío Elliott intervino de nuevo.

—¿Vas a la escuela, Charles?

—Antes sí, pero creo que ya aprendí todo lo que sabía el señor Marsh. Dijo que ya no podía hacer nada más por mí.

—Sí, Charlie, claro que sí —dijo su padre amablemente—. Algunos muchachos tienen capacidad para aprender de los libros, mientras que otros están dotados para trabajar con sus manos. En eso es en lo que tú destacas, hijo. Cuando te enseñé cómo hacer algo en el huerto o en el laboratorio, pones todo tu empeño en aprender, mucho más que cualquier otro muchacho que yo conozca.

Charlie sonrió encantado al oír el elogio de su padre, mientras que Lilly notó que se le saltaban las lágrimas. Su padre no lo elogiaba todo lo que debiera. Ni tampoco ella.

Los Elliott no sonreían, en absoluto. Se miraron el uno al otro, y después a padre, con las miradas llenas de decepción y duda. Charles Haswell respiró hondo.

—Charlie, ¿por qué no te acercas a casa de la señora Mimpurse a darle las gracias por sus estupendos pasteles?

El muchacho se puso de pie de inmediato.

—Si voy a felicitarla, antes tendría que tomarme uno para ver si están tan buenos como dice.

—¡Por supuesto! Llévate una bandeja, si quieres.

—¡Ten cuidado! —Lilly se levantó inmediatamente y ayudó al muchacho a agarrar una de las bandejas abriéndole la puerta para que pasara. Cuando salió, cerró de nuevo con cuidado. En el pequeño cuarto de estar, la tensión podía cortarse con un cuchillo.

En la escalera se oyó el ruido de un golpe metálico en el suelo de madera

seguido de un grito ahogado y unas palabras nerviosas.

—¡Estoy bien!

Una vez pasado el momento, Jonathan Elliott se aclaró la garganta.

—Creo que he ido demasiado deprisa. No sabía que...

—¡Pues claro que no lo sabías! ¿Cómo ibas a saberlo?

Cuando la pareja bajó la cabeza con gesto avergonzado, padre se apresuró a continuar.

—Solo quería decir que, cuando os escribí, lo único que dije fue que Rosamond me había dejado con... quiero decir, que me había abandonado...

—Suspiró de pura frustración—. Que tenía dos hijos, un niño y una niña. No mencioné las... limitaciones de Charlie. —Apoyó los codos sobre las rodillas—. Mirad, el parto de Charlie fue muy complicado para Rosamond. De hecho, el pobre bebé tardó mucho en inhalar el aire que necesitaba, tenía el cordón umbilical alrededor del cuello. Creo que el retraso en el desarrollo de su inteligencia no es un defecto innato, sino debido a lo que sucedió en el parto.

—Pero no es, digamos, un tarado mental, ni nada semejante —se apresuró a explicar Lilly—. Solo un poco lento, creo que esa sería la mejor manera de definirlo. También creo que con el tiempo podría ser capaz de superarlo.

—Lilly, eso no lo sabemos, son especulaciones —dijo su padre en tono admonitorio—. Creo que no sería justo infundar esas esperanzas ni a él ni a los demás, por mucho que nosotros nos agarremos desesperadamente a ellas por lo mucho que lo queremos.

—Pero si se le educara, si accediera a una tutoría especializada... —Lilly miró a los Elliott de forma implorante—. Estoy segura de que en Londres tiene que haber muchas oportunidades de aprendizaje adecuadas para un muchacho como Charlie.

—Dudo de que ese sea el caso —dijo el tío Elliott mirando a padre con expresión adusta—. E, incluso si las hubiera, debo ser sincero y decirte que no creo que deba designar a tu hijo como heredero. Aunque no dudo de que

eso le reportaría ciertos beneficios, en primer lugar debo pensar en la protección de mi patrimonio. Debo escoger a alguien que sea capaz de gestionarlo adecuadamente.

Ahora le tocó a Lilly bajar la cabeza, apesadumbrada.

—Querida. —La voz de su tía le pareció sorprendentemente cálida—. Debo decirte que tu preocupación por tu hermano es encomiable y que me ha conmovido profundamente. Una muchacha menos sensible habría considerado que el problema de un hermano como el tuyo significaba en realidad una gran oportunidad para ella misma y su propio futuro.

Lilly levantó la cabeza y negó con un gesto tranquilo y firme.

—Jamás.

—Voy a prometerte solemnemente una cosa —dijo Ruth Elliott—. Si descubrimos una escuela o un tutor especializados en muchachos de características, digamos, «especiales», quiero decir, como las de Charlie, te escribiré personalmente.

—¡Muchísimas gracias!

Su tía no apartó la mirada de ella.

—No te lo tomes a mal, querida, pero no puedo evitar el deseo, claramente imposible de cumplir, de que fueras un muchacho y no una muchacha.

Ambas compartieron una sonrisa abatida.

—Y bien, ¿de verdad eres tan brillante como proclama tu hermano, o solo es pasión fraternal?

Capítulo 3

«En Bartholomew Lane venden una bebida llamada “café” que contribuye a cerrar el orificio del estómago, entona el cuerpo y aligera el movimiento del corazón... Se puede adquirir durante toda la mañana y a partir de las tres de la tarde».

Anuncio público en Londres, 1657

A la mañana siguiente, en la cafetería, Lilly estaba sentada en su banqueta habitual. Desde que podía recordar, y hacía muchísimo tiempo de eso, siempre se sentaba en ese sitio. En la otra habitación se oían los sonidos típicos: el fregoteo de los cacharros y algún que otro golpe de la loza o la porcelana. O sea, el resultado de los quehaceres habituales de Jane, la pinche de cocina. En medio de ese apacible repiqueteo, Lilly le estaba contando a su amiga Mary, que estaba de pie cortando galletas de jengibre sobre la enorme mesa de trabajo, los pormenores de la visita de sus tíos, los Elliott. En un rincón, y sin hacer el menor caso, Charlie, sentado ante una mesa pequeña, se entretenía quitándole las semillas a un trozo de pastel. Las retiraba con mucho cuidado, de una en una, y las iba colocando en un platito.

— No tienes por qué comerte el pastel de semillas si no te gusta, Charlie —dijo Mary. Tanto su voz como la expresión de sus ojos, de color azul claro,

denotaban algo de tristeza y, a la vez, cierta irritación.

—Noventa y nueve semillas, Mary, ni una más ni una menos. ¡Eso está bien!

Mary se apartó del pálido y lechoso rostro un mechón pelirrojo.

—Sabes perfectamente que no me gusta desperdiciar lo que preparo porque es muy bueno. Por lo menos dale las semillas a los pájaros, ¿de acuerdo?

—A los pájaros les gustan las semillas —afirmó Charlie, asintiendo. Se puso el abrigo y se llevó el plato fuera, al jardín.

—¡Acuérdate de traer el plato! —le dijo Mary en voz alta.

Aunque era un día otoñal, en la cocina siempre hacía calor, por lo que la ventana estaba entornada. Lilly vio que su hermano se sentó en un banco debajo de la ventana, y por eso pudo oír cómo se ponía a contar de nuevo las semillas.

—Una, dos, tres...

Movió la cabeza, disgustada.

—No te preocupes por Charlie —dijo Mary con tranquilidad—. Seguramente algún día terminará encontrando un puesto de contable en un banco y acumulará más dinero que los mismísimos Marlow.

Lilly oyó pasos rápidos por el camino de piedra que atravesaba el jardín. Inmediatamente sonó una voz con tono punzante.

—Charlie Haswell, eres un merodeador y un espía.

Lilly se quedó con la boca abierta y se volvió hacia la puerta de la cocina. Sin embargo, Mary le puso la mano en el hombro y negó con la cabeza silenciosamente, poniéndose el dedo índice sobre los labios.

—Si le dices a alguien lo que has visto...

—No he visto nada —respondió Charlie—. Estaba detrás de un árbol.

—Pues entonces lo que has oído. O lo que creas que has oído. —La muchacha procuraba susurrar, pero no pudo evitar levantar la voz debido a su agitación. Lilly la reconoció de inmediato: era Dorothea Robbins—. Debo

decirte que lo único que le he permitido ha sido que me diera un beso en el guante. ¿Lo entiendes?

—Sí, señorita.

—Y tienes que prometerme que no le vas a decir nada a nadie. Y que ni siquiera mencionarás mi nombre.

—De acuerdo, señorita.

—De todas formas, ¿qué hacías en el bosque? —preguntó, frustrada y enfadada.

—Nada. Estaba sentado, contando.

—¿Contando? ¿Contando qué?

Lilly y Mary intercambiaron una mirada cómplice.

—El número de hojas rojas que había en un árbol.

—¿Y se puede saber para qué?

—Pues porque me gusta hacerlo, nada más.

—Pero eso no es natural. —La voz de la señorita Robbins sonaba incrédula.

—¡Pues claro que sí, señorita! Los árboles son muy naturales. Por eso me gustan tanto.

Los pasos se alejaron igual que habían venido. Cuando el sonido se apagó del todo, Mary se acercó a la puerta y la abrió.

—Charlie, ¿va todo bien?

—Eh... sí, Mary. —Lilly notó que el muchacho dudaba.

—¿Has dado de comer a los pájaros?

—Pues... sí.

Lilly se levantó y se colocó junto a la puerta, al lado de Mary. Vio a Charlie de pie, sacudiéndose las semillas de los pantalones.

—Bueno, adiós —dijo, y empezó a alejarse con sus andares desmañados.

—¿Charlie? —lo llamó Lilly.

El muchacho se volvió y la miró, claramente azorado. Lilly se mordió un labio.

—No, nada, puedes irte. Ya nos veremos después.

Las dos muchachas volvieron a sus sitios junto a la mesa. Lilly le dio un pequeño bocado a su trozo de pastel de semillas.

—A propósito del hombre con el que estaba la señorita Robbins en el bosque: me da la impresión de que era Francis.

Mary no dejó de mirar las galletas mientras las colocaba en la sartén.

—¿Eso piensas? Pues yo creo que no.

—Si los hubieras visto coquetear en la tienda igual pensarías lo mismo que yo.

—Yo creo que lo de coquetear va con su manera de ser —dijo Mary encogiéndose de hombros—. Puede que después de esto tenga algo más de cuidado.

—Lo dudo —dijo Lilly, y de repente se acordó de que Francis había estado enfermo el día anterior. La señorita Robbins no había mencionado cuándo se produjo el encuentro, pero lo más probable era que hubiera sido recientemente. Así que puede que, después de todo, no se tratara de Francis...

—No vas a preguntarle nada a Charlie sobre esto, ¿verdad? —preguntó Mary.

Lilly dudó.

—No lo hagas, Lilly. No le obligues a romper la promesa que le ha hecho a una dama, ni siquiera aunque la susodicha sea Dorothea Robbins.

—Me imagino que tienes razón. ¿Pero es que siempre tienes razón, Mary?

De forma muy melodramática, Mary se colocó el puño cerrado a la altura del corazón.

—Es una maldición de la que no me puedo librar. —Después miró el plato de Lilly—. Bueno, ¿te vas a terminar de comer el pastel o no?



Esa tarde, el diminuto Jack Dubin entró en la tienda con una carta con lacre de cera en la mano.

—Una carta que porta un mensajero especial, que soy yo, para una tal señorita Lillian Haswell. No conocerán a alguien que se llame así, ¿verdad?

Lilly pensó que era un muchacho bastante insolente. Rodeó el mostrador y le arrebató la carta.

—Sabes perfectamente que soy yo, Jack —dijo, dándole una moneda—. Esto es por las molestias.

El muchacho miró hacia la palma de su mano.

—¡Qué poco!

—Bueno, pues la próxima vez no te hagas el gracioso.

Lilly se escabulló por la puerta de atrás y se tomó su tiempo antes de romper el lacre de cera roja. Era la primera vez que recibía una carta por medio de un mensajero. En realidad, era la primera carta personal que recibía en su vida. Había esperado con ansiedad alguna de su madre, pero seguía sin llegar ninguna.

La abrió y, tal como se imaginaba, era de los tíos Elliott, que escribían desde Honeystreet, que estaba a escasa distancia.

Querida sobrina:

Disfrutamos mucho nuestro encuentro de ayer, pese a que las circunstancias resultaran difíciles para todos. ¿Nos harías el honor de cenar con nosotros esta noche a las siete, aquí en The George? Nos apetece mucho profundizar en nuestra relación contigo antes de que regresemos a Londres.

*Sinceramente tuyos,
Señor y señora Elliott*

Con la carta todavía en la mano volvió a la tienda y se sorprendió de que Jack Dubin estuviera aún allí.

—¿Qué me dices, querida? —preguntó—. Tengo que llevar tu respuesta.

—¡Ah! —Dudó. ¿Debería rehusar por lealtad a su hermano, al que habían rechazado? ¿O por el largo abandono de su madre y de su padre? Al fin y al cabo, para ella eran unos extraños... por decisión propia.

Aunque, al parecer, habían decidido dejar de serlo, también por su propia elección.

—Diles que acepto.



Lilly había comido antes en The George, pero hacía bastante tiempo. Durante los primeros meses tras la desaparición de su madre, su padre, agobiado por tener que atender la botica y cuidar a sus hijos, los llevaba a comer al por entonces nuevo establecimiento cada vez que la señora Fowler se tomaba el día libre. Con el tiempo, él y Lilly, con la ayuda de la señora Mimpurse, aprendieron a prepararse comidas sencillas sin ayuda.

Tras la desaparición de su madre, la cocina fue convirtiéndose lenta, pero paulatinamente, en una mezcla de cocina y laboratorio, ya que los aparatos para destilar y elaborar compuestos la fueron invadiendo una vez que desaparecieron los límites que su madre había impuesto. Ahora, pese a las protestas de la señora Fowler, el horno, los vasos, los demás cacharros y las mesas se utilizaban casi indistintamente para cocinar y para preparar medicinas. Lilly se preguntaba muchas veces cuándo prepararían por accidente una comida con arsénico o digitalina en lugar de sal mientras sus pacientes no terminarían de curarse solo a base de tomillo o ajo.

Mary, a la que se le daban muy bien ese tipo de cosas, se había presentado hacía un rato para ayudar a Lilly a arreglarse el pelo y había logrado embridar su larga melena en un precioso y elegante moño del que salían algunos rizos que daban alegría al conjunto. Se puso su mejor vestido para la ocasión, el de muselina con lazos en los lados, que generalmente reservaba para ir a la iglesia en las ocasiones importantes. Bajó por las escaleras con un cuarto de hora de antelación con la capa sobre el brazo.

La puerta de la habitación de Francis estaba abierta y se asomó a saludar al pobre aprendiz, que llevaba enfermo y en cama desde el día anterior. Tenía la cabeza apoyada sobre las almohadas y mostró una alegría evidente cuando entró. Además, al fijarse en su atuendo, levantó las cejas y abrió mucho los ojos.

—¿Adónde vas a estas horas?

—A cenar con mi tío y mi tía. En The George.

—¡Ah, ya! —dijo, pero siguió mirándola.

Entró en la habitación, en realidad una estrecha despensa reconvertida que se había utilizado durante mucho tiempo como dormitorio del aprendiz. Lilly se sentó al borde de la estrecha cama y le quitó la toalla húmeda de la frente.

—¿Qué tal te encuentras?

—Pues, digamos... dos terceras partes mareado y una débil. Por lo demás, mejor.

Le puso la mano en la frente.

—Creo que la fiebre te ha bajado bastante.

Se levantó y sumergió la toalla en una palangana que había sobre el único armario con cajones de la mínima habitación.

—También tienes mucho mejor color. Creo que padre tiene razón: el paciente sobrevivirá, después de todo.

—¿Y el diagnóstico le alivia o le decepciona?

—¡Le alivia, por supuesto! —Sonrió al decirlo—. Ten en cuenta que, si ocurriera una fatalidad, tendría que devolver el dinero que ha recibido por tu aprendizaje.

—Pensaba que estaría decepcionado —dijo él sin sonreír—, teniendo en cuenta que no soy, ni de lejos, el mejor aprendiz que podría encontrar.

—Anda, calla. Cada día vas mejorando —dijo, estirándose el vestido.

—¿Y a ti, Lilly? ¿Te alivia que no vaya a desaparecer del mapa?

—Bueno —empezó, inclinando la cabeza hacia un lado—, para empezar

no estaría mal disponer otra vez de esta despensa, y tampoco me importaría equilibrar un poco el número de mujeres y hombres en la casa. Estoy en absoluta minoría.

Francis, aunque estaba acostumbrado a las bromas y las seguía con soltura, esta vez no parecía muy divertido. De hecho, todo lo contrario: tenía aspecto de estar deshecho.

—Discúlpame, Francis. Ya veo que estás bajo de forma y que no tienes ánimo para devolver las bromas como sueles. Por supuesto que estoy contenta de que te encuentres mejor. Y de que vayamos a contar contigo durante muchos años, los que tú quieras.

Francis sonrió con tristeza y cerró los ojos antes de hablar.

—Nunca eres tan amable conmigo cuando estoy bien. Tendré que ponerme enfermo más a menudo.

—Espero que no, Francis, de verdad. Ya sabes lo que dice padre... Francis levantó la barbilla e imitó la voz baja y ronca de Charles Haswell.

—«No es adecuado que se ponga enfermo un hombre que se dedica a curar.»

—¿Ves? ¡Te has acordado, palabra por palabra! Cuando quieres, tienes buena memoria. —Volvió a colocarle la toalla en la frente—. Seguro que, cuando te recuperes del todo, serás capaz de recordar sin problemas todas las recetas de hierbas y medicamentos.



Cuando entró en el comedor de The George, tenuemente iluminado por las velas, su tío se levantó de inmediato de la mesa que ocupaba, situada en un rincón tranquilo y reservado. Jonathan Elliott era bastante alto, de modo que al levantarse para recibirla rozó con la cabeza las flores artificiales que colgaban del techo, formado por travesaños de madera.

—Lillian, estamos encantados de que hayas podido venir con nosotros esta noche.

Su tía extendió a su vez la mano, aunque sin levantarse, y ella le tocó los dedos a modo de saludo.

—Yo también me alegro.

—Tienes un aspecto estupendo. Ese peinado te sienta maravillosamente.

—Gracias. Es obra de mi amiga Mary. —Lilly se sentó al tiempo que su tío empujaba la silla para su comodidad.

—Nos hemos tomado la libertad de pedir la cena. Espero que te guste el solomillo con alcachofas.

No recordaba la última vez que había tomado semejante delicia.

—Suenan magnífico.

Aparte de ellos, los únicos clientes que había en el local eran dos granjeros que tomaban cerveza cerca de la chimenea. La señora Dubin que, con indisimulada curiosidad, era quien atendía personalmente a Lilly y a sus dos acompañantes tan bien vestidos, les sirvió la cena con pragmática eficacia.

Una vez que les hubieron servido la cena y tras hablar de cuestiones generales e intrascendentes, su tía entró en materia.

—Como sabes, vinimos aquí con la intención de adoptar a tu hermano, lo que, desgraciadamente y tras conocer las circunstancias, no es posible. No obstante, tanto tu tío como yo pensamos que nuestro viaje no ha sido en vano, ya que el hecho de conocerte, además de a tu hermano y de volver a ver a tu padre, claro, ha sido un auténtico placer. Pero he de decirte que estamos especialmente impresionados contigo, querida.

—Muchísimas gracias —dijo Lilly, que no pudo evitar sentir un gran placer al oír el cariñoso cumplido.

—Ahora, como ya os dijimos, tu tío tiene la indeclinable obligación de nombrar heredero de sus propiedades a uno de sus parientes masculinos. Sin embargo, disponemos de cierta capacidad de maniobra en lo que se refiere al legado de algunos efectos personales, como joyas, muebles e incluso una asignación anual. De hecho, ese tipo de propiedades podrían legarse, digamos por ejemplo, a una joven que fuera especial para nosotros. Lillian, no es mi

intención en absoluto sobornarte, ni nada que se le parezca, pero lo que sí me gustaría es que tuvieras en cuenta la oportunidad que se te presenta. En resumen: nos gustaría que vinieras a Londres a vivir con nosotros. Contrataríamos para ti los mejores tutores para que te formarás en la práctica de deportes, dibujo, expresión oral y escrita, baile, etcétera, y para que te enseñaran todo lo que necesites para comportarte como una joven dama de la alta sociedad.

A Lilly se le aceleró el pulso hasta límites insospechados. Cuando su madre se marchó, dejó de acudir a la escuela Shaw, una institución privada para señoritas. ¿Podría completar su educación? Era lo que llevaba ansiando desde hacía mucho tiempo.

—Si quisieras, podrías traer a esa joven amiga tuya como dama de compañía, sirvienta o lo que fuera. Sería un verdadero privilegio para nosotros acompañarte durante una o dos temporadas en Londres para presentarte en sociedad... Puede que hasta conocieras a tu futuro marido.

—Bueno, Ruth, dejemos que las cosas sigan su ritmo natural —intervino Jonathan Elliott con un ligero tono de reproche.

El corazón y la cabeza de Lilly estaban casi fuera de sí y sentía una amalgama de sensaciones: alegría, esperanza y temor. Se había quedado sin palabras.

—¿No te gustaría conocer Londres? —preguntó el tío Elliott—. ¿Ni completar tu educación? Ver los museos, acudir a los mejores conciertos, ir a los bailes más selectos. Incluso viajar a Italia y a España.

¡Viajar! Se le pasó repentinamente por la cabeza una imagen. Ella misma, mucho más joven, y su madre, con las cabezas inclinadas sobre un mapamundi.

La joven siguió sin decir palabra, limitándose a mirar con asombro a su tía, que seguía hablando, pero cuyas palabras no escuchaba.

Finalmente, pudo decir algo, más bien balbucir.

—P-pero ¿por qué?

—¿Por qué? —repitió su tía, sin comprender.

—¿Por qué harían eso por mí? ¿Qué esperarían a cambio? Yo no tengo nada que ofrecerles.

Los delicados rasgos de su tía adquirieron una expresión de cálida sinceridad.

—No estoy de acuerdo en absoluto con lo que has dicho, Lillian. Ni por un momento. Tu felicidad, tu éxito, el desarrollo personal que te mereces, es la mayor recompensa que podríamos desear. —Se inclinó sobre la mesa para darle un ligero toque en la mano—. Si consiguiéramos ganarnos parte de tu afecto, no podríamos pedir nada más.

Lilly hizo un gran esfuerzo para contener el entusiasmo que sentía. ¿No era precisamente eso que le estaban ofreciendo lo que llevaba deseando desde que tenía uso de razón? ¿Lo permitiría padre? Se atrevió a preguntar.

—¿Han hablado de esto con mi padre?

Su tío negó con la cabeza.

—No habría sido adecuado hacerlo sin antes saber si a ti te interesaba. Pero lo haríamos en caso de que así fuera.

La tía Elliott la miró con intensidad. Creyó ver esperanza en esa mirada.

—¿Lo hacemos, Lillian? ¿Hablamos con él?

Lilly respiró hondo, tragándose los cientos de preguntas que estaba deseando hacer, sobre todo a sí misma. Solo planteó una.

—¿Cuándo?

Capítulo 4

«Un boticario debe ser, en primer lugar y sobre todas las cosas, un hombre piadoso, temeroso de Dios, libre de envidias y malicia, competente...y sin tendencia a engordar».

C. J. S. THOMPSON

El misterio y el arte de la farmacia

Nada más llegar de la cena en The George, Lilly se encontró con su padre de pie ante la mesa del laboratorio-cocina utilizando una espátula de cuerno para limpiar uno de sus morteros. Dejó a un lado el instrumento y se limpió las manos con un paño.

—¡Lilly, me alegro de que hayas vuelto! Necesito que vengas conmigo a Marlow House.

Todas las palabras de entusiasmo que se agolpaban en sus labios se cortaron de raíz.

—¿A Marlow House? ¿Para qué?

—Uno de los criados de *sir* Henry me ha mandado llamar. Parece que su amo tiene muchos dolores.

—Ya, pero sé que *sir* Henry ha estado llamando últimamente al doctor Foster.

—Tienes razón. Lo que pasa es que Foster está en la cama con la misma enfermedad que aqueja al señor Baylor —explicó mientras introducía un vial en su maletín médico y lo cerraba.

Inspiró profundamente y soltó el aire ahuecando las mejillas.

—Entiendo.

—¿Por qué no te apetece? Son buenas noticias para nosotros. ¿No te he dicho muchas veces que no es bueno que alguien que se dedica a la medicina se ponga enfermo? Afecta al negocio, se pierden pacientes... Por eso yo no me pongo nunca enfermo. —Le sonrió, pero ella no devolvió el gesto.

—Igual debería quedarme aquí por si Francis, o Charlie, necesitaran algo.

—La señora Mimpurse está de camino. Venga, vámonos. Solo tienes que llevar dos tarros. No quiero que se caigan o choquen el uno con el otro mientras conduzco la calesa.

Su curiosidad natural le ganó el pulso a la inquietud.

—¿Qué remedio estás pensando aplicar?

—He preparado los polvos tradicionales para la gota, por supuesto.

Una vez desatada, su mente pensó de inmediato en los ingredientes: raíz de genciana roja, aristoloquia, hojas de camedrio y centáurea.

—Pero, dependiendo de los síntomas —continuó su padre mientras se ponía el abrigo— puede que tenga que prescribirle algo más potente.

—¿Los polvos del doctor James? —preguntó.

—Demasiado fuerte para el caso, creo.

—¿Jarabe de ipecacuana?

—¿Quieres decir...? —entrecerró los ojos, pensando en la propuesta de su hija.

Opio, nitrato de potasio, tártaro vitriolado, regaliz, ipecacuana. Le dio el nombre antiguo.

—Polvo de Dover.

—¡Ah, claro, lo tengo!

Lilly empezó a estirar los dedos como solía hacer antes de ponerse a

trabajar en un preparado.

—Puedo llenar unos viales con cantidades pequeñas, padre. Así los podrías llevar en el maletín.

—Preferiría no retrasarme.

—Pero...

Su padre la miró a los ojos.

—No seguirás teniendo miedo del hijo de *sir* Henry, ¿verdad?

—No. Bueno, no si tú estás allí, conmigo.



La señora Mimpurse, tan rolliza y enérgica como siempre, llegó enseguida y los empujó literalmente hacia fuera como haría una gallina con sus polluelos. Lilly se subió a la calesa y su padre le pasó los tarros antes de rodear el carruaje por detrás y subirse al asiento del cochero. Puso a *Pennyworth*, la yegua, al trote y condujo en la ventosa noche hasta llegar a Marlow House. Al contrario que a su hija, a Charles Haswell no le gustaba caminar. Sobre todo si hacía frío.

Lilly se pasó todo el camino intentando pensar en cómo sacar a colación la increíble oferta que le habían hecho sus tíos, pero no fue capaz de decir ni una palabra. Decidió que no era el momento. Además, en cualquier caso, el viento se llevaría sus palabras, haciendo imposible mantener una conversación tan importante. Ya habría tiempo más adelante, cuando la actual crisis hubiera pasado y pudiera hacer acopio de valor suficiente como para enfrentarse al dolor que le causaría a su padre cuando le dijera que tenía el ferviente deseo de aceptar la oferta.

Cuando llegaron, el mayordomo de *sir* Henry, el señor Withers, los recibió y recogió sus abrigos. Después los condujo por la amplia casa, centro de la hacienda campestre, y los precedió por una enorme escalera. Lilly iba detrás de su padre, transportando con mucho cuidado los dos tarros. Al final del pasillo, Withers llamó suavemente a la puerta de una habitación y la

abrió, apartándose e invitándoles a que pasaran.

Atravesaron el vestidor exterior y a continuación entraron en el dormitorio. Desde la cama con dosel, el *baronet*¹ levantó el brazo débilmente para darles la bienvenida.

—Haswell, me alegro de verle.

—Yo también, *sir* Henry. Le presento a la señorita Haswell, mi diligente ayudante.

Pese a que el dolor se traslucía en su cara, el hombre de pelo gris compuso una educada sonrisa levantando la cabeza de la almohada, lo que dejó al descubierto sus patillas plateadas. Ella sabía que tenía cincuenta y tantos años, pero parecía mayor.

—Ah, sí, su hija. ¿Cómo está, señorita?

Lilly hizo una torpe inclinación.

—Muy guapa —dijo *sir* Henry, que volvió la mirada hacia su padre—. Cada vez se parece más a su madre, ¿verdad?

—Bastante, sí. —La miró un momento e, inmediatamente, apartó la vista.

—¿Todavía sin noticias? —preguntó *sir* Henry mirando a su padre, que parecía turbado.

—No, ninguna. —Su padre dejó el maletín en el suelo y se incorporó con brusquedad—. Y ahora, veamos qué podemos hacer para aliviar su dolencia...

Lilly esperó a una educada distancia de la cama mientras el padre de la joven le hacía preguntas en voz baja al barón sobre sus síntomas. A su requerimiento, sacó dos veces sendos viales del maletín y llenó un vaso de agua, que colocó en la mesilla.

El boticario hizo una pausa al iniciar el gesto de levantar las sábanas para dejar al descubierto las piernas del enfermo.

—Lilly, creo que a partir de este momento ya no te necesito en la habitación. ¿Por qué no bajas a la cocina y me esperas allí? Si la señora Tobias todavía está despierta, seguro que te ofrece una taza de chocolate. Y si no, de todas formas no tendrás frío gracias al fuego.

—Muy bien, padre.

—Trae una vela.

Asintió, extrajo la vela de uno de los candelabros y salió de la habitación.

No quiso hacerles saber que no sabía cómo bajar a la cocina desde la habitación de *sir* Henry. Ya había estado antes en Marlow House, pero siempre se había quedado en la cocina mientras su padre subía a ver a *sir* Henry o a *lady* Marlow antes de su fallecimiento.

Así que levantó la vela y empezó a avanzar por el largo y oscuro pasillo. En las paredes distinguió retratos de los antepasados de los Marlow, vestidos con ropa formal casi todos, pero algunos con atuendo militar. Y las mujeres, con vestidos de fiesta y joyas. También había cuadros con escenas de caza, caballos encabritados, sabuesos enseñando los dientes y zorros con cara asustada o expresión de dolor.

En esa oscuridad, los ojos de las personas y de los animales parecían mirarla con malas intenciones. Se estremeció.

Dejó atrás la escalera principal y avanzó hasta el final del pasillo, pensando que por allí encontraría la escalera de servicio, que la llevaría a los aposentos de la servidumbre y a la cocina.

De repente, oyó un ruido a su espalda. Se dio la vuelta de inmediato y colocó la vela como si fuera una espada. Pero el pasillo estaba vacío.

Siguió avanzado hasta que oyó pasos a su izquierda. Se dio la vuelta en esa dirección, pero solo vio la pared, llena de cuadros y tapices.

Empezó a andar más deprisa.

Oyó una especie de roce, y pudo atisbar un ligero movimiento delante de ella y a continuación un soplo de aire. La vela se apagó antes de que pudiera identificar lo que había visto. Y, con la vela apagada, dejó de ver por completo. Solo quedó la más absoluta oscuridad.

—¿Quién está ahí? —musitó con voz gutural.

Intentó dar un paso atrás, hacia su padre y la seguridad que representaba, pero un brazo la sujetó por detrás y una mano le tapó la boca, impidiendo que gritara o hablara siquiera.

—Shh... —susurró una voz masculina—. ¿Ha oído algo?

Durante un tenso segundo, el brazo siguió rodeándole la cintura y una mano tapándole la boca, pero con la misma rapidez con la que se había iniciado, el contacto se rompió y la soltaron.

El miedo dio paso a la indignación. Las que le habían tocado no eran las manos de ningún fantasma.

—Sí, claro que he oído algo. A usted, sin duda. Se ha divertido asustándome, ¿verdad?

Se abrió una puerta cercana; unos pasos se alejaron y volvieron a acercarse casi inmediatamente. Roderick Marlow apareció por el pasillo con una lámpara cuya vela emitía una potente luz. Seguramente la habría sacado de la habitación, y encendió con ella un candelabro que colgaba de la pared. Ahora pudo darse cuenta de que era bastante más alto y ancho que la última vez que lo vio, aunque el pelo y las cejas seguían igual de oscuros. ¿Qué edad tendría? ¿Veintitrés? ¿Veinticuatro?

—¿Por qué iba usted a oscuras por el pasillo? —preguntó, inclinando la cabeza hacia un lado y mirándola detenidamente—. ¿Se ha perdido?

—No. Simplemente iba de camino a la cocina.

—¿Qué pasa, que donde usted vive la cocina está en el piso más alto?

—Pues claro que no —respondió bruscamente y suspirando—. Iba a bajar.

—Pues se ha pasado la escalera.

—Buscaba la de servicio...

—¿Es usted criada?

—No. Soy la hija del boticario.

—¡Ah, ya me acuerdo! La ladrona con la cara manchada.

Le irritó enormemente la referencia tan malévola y poco caballerosa a sus pecas. Pero él siguió hablando antes de que pudiera decir nada.

—Eso explica que esté merodeando por aquí. Puede que deba mirar en sus bolsillos —dijo, acercándose un paso— para comprobar si se ha tomado

la libertad de apoderarse de algo valioso.

—¡Nunca he robado nada, en toda mi vida! —exclamó, dando un paso atrás.

—Salvo una peonía.

—Sí, es cierto, salvo una peonía —concedió.

—¿Cómo se llama? No me acuerdo...

—Lilly Haswell.

—¡Ah! Por supuesto, Haswell.

Él seguía avanzando y ella retrocediendo, como si estuvieran bailando de forma extraña y desmañada.

—¿Y hace usted milagros, Lilly Haswell, igual que dicen de su padre?

Dudó y negó con la cabeza.

—No.

—¿No cree usted en los milagros?

—Sí.

—¿Y por qué? ¿Acaso no ha rezado por el regreso de su madre?

Se tragó el doloroso nudo que se le había formado en la garganta.

—Sí.

—¿Y ha regresado?

—Todavía no.

Él se rio de forma seca.

—¿Todavía espera que lo haga?

—Todos los días, sin excepción.

—Esa fe tan firme... —dijo, parándose—. Y sin embargo, nada. ¿Tan extraño es que yo no crea en los milagros?

—No sería extraño. Sin embargo, si fuera verdad, sería triste —afirmó, dejando de moverse a su vez.

—Yo también recé por mi madre, seguro que lo habrá adivinado, pero eso no la salvó de la muerte. Por aquel entonces, ¿dónde estaban los milagros de

su padre?

—Lo siento —susurró—. Solo hacemos lo que podemos.

—Y esa es la razón por la que debemos hacer todo lo que deseemos en esta vida. Buscar nuestro propio camino sin esperar a que un angelote gordo y calvo nos sirva nuestros sueños y deseos en bandeja de plata. —Levantó la lámpara y la miró a la cara—. ¿La estoy ofendiendo?

—Sí. Estoy segura de que esa es su intención, y no otra.

—Tiene razón, se me da muy bien ofender —dijo él, riéndose de nuevo—. Al contrario que mi padre, al que le gusta llevarse bien con todo el mundo, no molestar nunca. Y el suyo, una especie de curandero o un farsante, no estoy del todo seguro. Y usted, señorita Lilly Haswell, ¿qué es usted?

Al ver que ella dudaba, hizo un gesto de suficiencia y se volvió. Estaba claro que no esperaba respuesta de una muchacha asustada.

—Alguien capaz de recordar.

Se detuvo en seco y se volvió hacia ella, mirándola de nuevo con curiosidad. Probablemente sorprendido al ver su gesto, tan serio y convencido.

—¿A qué se refiere? —preguntó. El desprecio y la suficiencia habían desaparecido de su cara por completo.

Ella tragó saliva y respondió con tranquilidad.

—Lo recuerdo todo, siempre, quiera o no quiera.

Se miraron y él dio otro paso hacia ella. De repente, al fondo del pasillo, se abrió la puerta por la que ella había salido. El joven la agarró de la muñeca y la introdujo por una estrecha puerta que ni siquiera había visto. Resopló, pero no gritó.

—Esta casa es muy antigua y tiene montones de pasajes y de puertas secretas —susurró, conduciéndola por un estrecho pasadizo e iluminándolo con la luz de la lámpara.

—¿Adónde me lleva?

—¿No me ha dicho que quería ir a la cocina?

Llegaron a una puerta de madera y él se detuvo para iluminar una estrecha y empinada escalera. Un tanto asustada por estar sola con él en un lugar tan lóbrego y secreto, Lilly empezó a bajar los escalones, pese a que su propia sombra le impedía ver dónde ponía los pies. Cuando llegó a la puerta que había al final intentó abrirla, pero no fue capaz. Se volvió, y ahí estaba él.

—A veces se atasca —afirmó, pero no hizo ademán de abrirla. Por el contrario, acercó la luz a la cara de la muchacha. A ella le pareció que tenía el ojo derecho más oscuro que el izquierdo—. Debo decirle una cosa, Lilly Haswell. —Hablabas en voz baja y ronca—. Con pecas o sin ellas, puede que con el tiempo se convierta usted en una auténtica belleza.

La rodeó y empujó con fuerza la puerta. Al hacerlo, su mano quedó muy cerca de la espalda de ella, así como sus caras.

Con la puerta abierta, e imaginando la calidez del fuego y la probable seguridad de la presencia de la señora Tobias, se atrevió a sonreírle con dulzura.

—Bueno, usted sabrá.

Se volvió y entró en la cocina. La sonrisa de triunfo desapareció inmediatamente de su cara. La cocina estaba vacía, y del fuego solo quedaban las brasas.

En dos zancadas se colocó delante. Ella ponía cara de enfadada. De nuevo dio un paso hacia ella, que reculó otra vez.

—¿Lilly? —Su padre entró en la cocina y Roderick se detuvo.

—¡Oh, padre! ¡Me ha asustado!

—¿De verdad? —La miró, y después a Roderick, frunciendo el ceño al ver al joven tan cerca de su hija.

—¿Estás... bien?

—Sí, perfectamente —contestó, después de tragar saliva—. Se me apagó la vela pero, muy amablemente, el señor Marlow ha encendido una lámpara y me ha acompañado hasta aquí.

Su padre miró de forma escéptica al joven.

—¿Eso hizo, de verdad? —Continuó mirando con dureza a Roderick

Marlow durante un momento y tomó de la mano a su hija—. Vamos, querida. Creo que es hora de que nos vayamos.



Durante el regreso a casa su padre no dijo nada, pero se le veía desasosegado. Ya no hacía viento, pero Lilly no encontró el coraje suficiente como para hablarle del ofrecimiento de sus tíos.

—Los Elliott —empezó su padre repentinamente—. ¿Quieren llevarte con ellos a Londres?

Con los nervios a flor de piel, se armó de valor y se volvió para mirarlo y asentir con solemnidad.

Pero en vez de la discusión y las advertencias que se esperaba, él volvió a fijar la mirada en el camino. Su única reacción fue un profundo suspiro.

—Después de todo, quizá sea conveniente que te vayas durante un tiempo.

Durante unos momentos miró el perfil de su cara, esperando que añadiera algo, pero no dijo nada más. Se rindió y apoyó la cabeza sobre su hombro durante el resto del camino a casa.

1 Nota del Trad.: El de *baronet* es el título hereditario de menor rango de la nobleza inglesa. Aunque lo concede el monarca, no da derecho a ser miembro de la Cámara de los Lores.

Capítulo 5

El carminativo perfecto de Dalby

«Superior a todos los demás remedios para los gases. Doña Frances Gell, hija del difunto señor Joseph Dalby, boticario, es quien prepara esta inestimable medicina».

The Edimburgh Evening Courant, 1815

El lunes por la mañana Francis ya se encontraba perfectamente, por lo que volvió a trabajar con Lilly en la tienda. Ella lo observaba mientras se afanaba con la mano y el mortero, aunque no conseguía mezclar adecuadamente los ingredientes. ¿De verdad tendría que enseñarle otra vez la manera de hacerlo?

—Francis, no agarres la mano con todos los dedos —le dijo—. Solo con dos, como si fuera una pluma estilográfica para escribir. Pero, eso sí, aprieta con fuerza los ingredientes, haz un movimiento circular. —Él siguió haciéndolo igual que antes. Enfadada, se colocó junto a él y le agarró la mano derecha—. Así —dijo, sosteniéndole la mano, más grande que la suya, y guiando sus movimientos.

Aunque era algo menos de un año más joven, ya era más alto que ella. Cuando la miró desde arriba, estando tan cerca como estaba, la muchacha sintió su cálido aliento en la sien. Se inclinó más y la miró a los ojos.

—Cómo disfruto con tus demostraciones prácticas —susurró.

Se alejó, muy enfadada por su descaro, y decidió que era el momento adecuado de contarle sus planes.

—¿Que te vas? —Francis elevó la voz—. Hace solo dos días me dijiste que dentro de poco tiempo sería «capaz de recordar sin problemas todas las recetas de hierbas y medicamentos». —Repitió sus palabras sarcásticamente, imitando incluso su voz melosa.

Nunca había visto a Francis tan fuera de sí y se alegró de que la tienda estuviera vacía.

—No podré ayudarte durante toda la vida, Francis. Sé que saldrás adelante por ti mismo si te tomas en serio tus obligaciones.

—Lo intento.

—Pasas más tiempo intentando aprender a coquetear con Dorothea Robbins que recordando cómo debes hacer las cosas.

No hizo caso del comentario.

—¿No te acuerdas de las otras cosas que me dijiste? Claro que sí, porque te acuerdas de todo. Dijiste, más o menos, «me alegro de que vayamos a contar contigo durante muchos años, los que tú quieras». ¿Qué me dices de eso?

—¿Cómo iba a adivinar que los Elliott iban a darme semejante oportunidad?

—¿Una oportunidad para qué? ¿Para llevar vestidos de seda y tomar el té levantando el meñique, y de paso la nariz?

—¡No! Quiero conocer mundo, o por lo menos Londres. Quiero aprender cosas nuevas. Quiero dormir en una habitación que no huela a menta, consuelda y ruda. —Pensó durante un momento añadir que quería encontrar a su madre, pero no lo dijo—. Para ti es diferente. Tú quieres trabajar aquí, pero yo no quiero pasar aquí toda mi vida, siendo para siempre la hija del boticario, preparando píldoras y limpiando la tienda. Pensaba que me comprenderías. Tú dejaste tu casa para ser lo que querías ser. ¿Te arrepientes de no haberte quedado toda la vida en Saltford?

—No, no me arrepiento de estar aquí. O al menos hasta ahora no me he arrepentido.

Su reacción la desconcertó.

—No te entiendo, Francis.

—No, Lilly. Está claro que no me entiendes.



Mary Mimpurse entró en la tienda sin su habitual delantal. Los lunes, la cafetería de su madre cerraba a la una, por lo que tenía la tarde entera libre. Arrastró una banqueta y la colocó junto al mostrador en el que Lilly contaba pastillas de regaliz y las empaquetaba en pequeñas bolsas de papel. Mary tomó una de las pastillas y se la metió en la boca.

—¡Oye, esas pastillas son para uso médico! —dijo Lilly a modo de reprimenda—. Me da la impresión de que no tiene usted un resfriado, señorita Mimpurse.

—Pues entonces ponles una etiqueta que indique que son medicamentos —dijo Mary encogiéndose levemente de hombros—. Yo las considero golosinas. ¿Qué llevan, miel o azúcar?

—Miel.

—¡Deliciosas!

Mientras Mary paladeaba la tableta, Lilly le contó sus planes de irse a Londres cuando pasaran las Navidades. Al igual que había ocurrido con Francis, Mary mostró mucho menos entusiasmo del que ella esperaba.

—¿Cuál es el problema? —preguntó, al ver la expresión un tanto resentida de su amiga.

—Ninguno, de verdad. Me alegro mucho por ti —dijo, hablando muy deprisa y sin apenas despegar los labios—. No me cabe la menor duda de que lo pasarás muy bien y de que pronto te olvidarás de nosotros.

—¡Menuda tontería! Yo nunca me olvido de nada, y menos de mis amigos de toda la vida.

Mary no la miró a los ojos.

Lilly puso la mano sobre el antebrazo de su amiga y percibió su fuerza, conseguida a base de utilizar el rodillo, batir y meter las bandejas en el horno. Más o menos como su brazo, de tanto utilizar la mano y el mortero.

—Te voy a echar mucho de menos, Mary —dijo.

Mary asintió levemente y, por un momento, puso la mano sobre la de Lilly.

—Y yo a ti.

—Pues entonces ven conmigo. —Lilly deslizó una caja hacia ella para que la sellara, mientras que ella a su vez sellaba otra—. La tía Elliott me dijo expresamente que podías acompañarme, como dama de compañía, o lo que fuera.

Mary se quedó quieta mientras sellaba la caja. La miró boquiabierta.

—¿En serio? Bueno, me sorprende muchísimo —dijo cuando su pequeña boca pudo volver a emitir sonidos—. Sorprendida de que tu tía sepa siquiera quién soy.

—Le gustó mucho mi peinado y le dije que era obra tuya. Le hablé también del resto de tus muchas habilidades. —Mary acercó la mano a su cara y le dio un pellizquito en la nariz.

Su amiga no sonrió ni respondió a la broma con otra.

—Entonces también le dirías que estoy demasiado ocupada trabajando como una negra en una humilde cafetería como para marcharme a Londres. De hecho, tengo bastantes cosas que hacer ahora —afirmó, levantándose y yendo hacia la puerta—. Sin duda, la señora necesita que le limpien los muebles, que pelen patatas para ella...

—¡Mary! No te ofendas. Ni se me ocurriría que vinieras conmigo como criada.

—¿Ah, no? —dijo su amiga, volviéndose rápidamente—. Sé que siempre te has considerado superior a mí, cuando en realidad...

—¡Eso no es verdad!

—¡Es increíble! —dijo Mary, negando con la cabeza y con los ojos

húmedos—. No me duele el hecho de que tu tía te propusiera algo así, pero que tú, tú misma, mi gran...

—¡Mary, ni se me ocurrió hacerte de menos! Lo único que pensé es que podrías venir conmigo. ¡Lo siento, perdóname, por favor...!

Pero la siempre dulce y dócil Mary ya había salido por la puerta.



Sin importarle el fresco de octubre, Lilly estaba de pie en el puente de Honeystreet asomada al canal, iluminado por la pálida luz del crepúsculo. Un gato atigrado descansaba sobre el puente, disfrutando del calor que habían absorbido los ladrillos a lo largo del soleado día. Y de las ocasionales caricias de la muchacha. Suspiró, pensando que su día no había sido tan agradable como el del peludo felino.

La luz de unos faroles se reflejaba en el agua, aunque no era capaz de calcular las dimensiones del barco. ¿Era un bote pequeño o una barcaza que ya estaba lista para amarrar y pasar la noche? Se quedaría un poco más para averiguarlo cuando se acercara un poco más. De pronto le asaltó un pensamiento súbito. ¡Quizá no debería marcharse! ¿Y si volviera su madre y no la encontrara allí?

Notó que había alguien a su lado y vio que se trataba de Charlie, con los hombros apoyados en la cornisa del puente y los ojos perdidos en las lejanas luces.

—¿Me estabas buscando? —preguntó Lilly.

—Siempre te busco por aquí —respondió, mirándola durante un momento, y después otra vez hacia la lejanía.

Seguramente padre ya se lo habría dicho.

—Pero Charlie, no puedo vivir toda la vida con padre y contigo, haciendo de ama de casa para vosotros. Sé que puede sonar egoísta, pero quiero algo más de la vida. Simplemente me voy a ir con los tíos Elliott a vivir a Londres. Ellos te gustan, ¿verdad?

—Son muy agradables —murmuró.

El gato se incorporó, arqueó el lomo y se restregó contra las piernas de Charlie. Lilly agradeció la interrupción.

—Con suavidad —le aconsejó al muchacho cuando se inclinó para acariciarlo.

Charlie asintió y empezó a jugar con el felino.

—Sé quién eres: el gato de la señora Kilgrove.

El animal agradeció sus atenciones ronroneando y mirando al muchacho con los ojos entreabiertos.

—Le gustas —afirmó Lilly sonriendo.

Mientras observaba al gato y a su hermano, Lilly se acordó de algo que había ocurrido en el pasado y en lo que no pensaba desde hacía mucho tiempo. Quizá fue la circunstancia de ver juntos a Charlie y al gato ahí, en el puente, donde ella solía inspeccionar las embarcaciones que llegaban o pasaban.

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, el muchacho empezó a hablar.

—Yo tuve un gato, pero se escapó.

No quiso hacer hincapié en la parte triste del recuerdo.

—¿Te acuerdas de aquellas Navidades en las que padre te regaló el gatito? Creo que tenías ocho años.

—¡Sí! Venía en una caja con envoltorio y con agujeros para que entrara el aire. Y no paraba de mover las patitas, quería jugar.

Lilly sabía que la idea de su padre era tener un gato que se ocupara de los ratones y demás bichos inadecuados para la tienda, pero Lilly no era capaz de acordarse de ver a Charlie más feliz que aquel día.

El muchacho se mordió el labio.

—Después se comió un trozo del muslo del pato de Navidad, y ella se enfadó mucho.

¿Ella? Hacía solo tres años que se había marchado su madre, pero a veces

la memoria de Charlie no era demasiado buena. ¿De qué se acordaba en realidad?

—¿Te acuerdas de lo que dijo el señor Mimpurse cuando le enseñaste el gato?

—El señor Mimpurse... —murmuró Charlie, de repente un tanto desconcertado—. Ya no está.

—Lo sé.

El señor Mimpurse había fallecido hacía más de seis años. Sin embargo, intentando que Charlie se divirtiera un poco con la anécdota, insistió.

—¿Pero te acuerdas de lo que dijo?

Cuando Charlie negó con la cabeza, se lo recordó.

—Dijo: «Recuerda esto, Charlie: que sea un gato feliz». ¡Acuérdate!

—¡Es verdad!

—Y por eso lo llamaste *Jolly*.²

—*Jolly* —repitió Charlie, al que se le humedecieron los ojos con el recuerdo.

Charlie se acordó con cariño del pobre gato. El muchacho siempre estaba detrás de él, intentando tenerlo en su regazo constantemente, que durmiera con él en su cama y abrazándolo con tanta fuerza que Lilly llegó a temer que pudiera llegar a ahogar al animal, que se iba volviendo cada vez más asustadizo. Charlie no era cruel, ni mucho menos. Simplemente le faltaba un poco de control. Los gatos van contigo cuando ellos quieren. Necesitan tiempo para ellos, estar escondidos durante el día para dormir sus siestas, que les permiten estar despiertos para cazar por la noche. Pero Charlie era Charlie, y además era pequeño, así que no lo entendía, aunque sus padres se lo dijeran constantemente y con mucha dulzura.

Lilly se quedó quieta de repente. ¿Sería precisamente eso lo que hicieron ellos?, se preguntó. ¿Intentar retener a madre con su insistencia, no permitirle los momentos de soledad que necesitaba? ¿Ahogarla con su exceso de afecto?

Cuando esa misma primavera las puertas y ventanas de la casa empezaron a abrirse más a menudo, *Jolly* se marchó un día y no regresó. Y, sin que

pasara ni siquiera una semana, Charlie empezó a llevar a casa gatos perdidos que apenas se parecían a *Jolly*, e incluso a veces el gato de algún vecino, que se había acercado al jardín de la casa para inspeccionar.

—¿Es *Jolly*? —preguntaba siempre, con la mirada brillante, esperanzada.

—No, Charlie, por desgracia no. —Madre sonreía llena de comprensión y volvía a entrar en la cocina.

Pronto empezó a llevar gatos de todo tipo: atigrados, lisos y moteados. Estaba claro que ya no recordaba cómo era su gato. Pero madre tenía la paciencia de fingir que los estudiaba con interés antes de indicarle que no era el que buscaba, pese a que Charlie siguió haciéndolo durante el verano y el otoño casi a diario.

Mientras recordaba todo eso, Lilly se preguntó si madre no podría haber mentido, aunque solo fuera una vez, y haberle dicho a Charlie que sí, que había encontrado a su *Jolly*. Pero lo cierto es que nunca hizo tal cosa.

En ese momento, la lejana embarcación empezó a moverse. Según se acercaba, Lilly pudo comprobar que era un bote bastante estrecho y que el farol de proa formaba sombras y reflejos a lo largo del canal, tanto en el agua como en las orillas, así como en el puente cuando finalmente lo alcanzó. Lilly aguzó la mirada para poder ver con la mayor claridad posible a los rudos hombres que formaban la tripulación, que no paraban de gesticular y hablar entre ellos. Por sus voces y risas, intuyó que acababan de pasar un rato en *The George* trasegando unas cuantas jarras de cerveza.

No había ninguna mujer a bordo.

Lilly se dio cuenta de que, con esa manía de observar todas las embarcaciones que pasaban, se estaba portando de una forma igual de patética que Charlie cuando tenía ocho o nueve años, esperando que todos los gatos del pueblo, e incluso los de más allá, fueran el desaparecido *Jolly*. Y allí estaba ella, a los dieciocho años, observando a fondo las caras de cada mujer nueva que veía, esperando encontrar a la madre que había perdido. ¡Hasta Charlie se rindió en su momento y dejó de buscar a su gato! Su padre y su madre acordaron no comprarle ninguna otra mascota por miedo a que se repitiera la situación melodramática. El asunto desapareció de las mentes de

todos y la vida siguió su curso. ¿Por qué no era ella capaz de hacer lo mismo? Pues sí, lo haría; tomó la decisión en ese mismo instante. Se marcharía a Londres. Inmediatamente después de Navidad.

En silencio, Charlie y ella se volvieron y miraron la luz del farol de la embarcación hasta que desapareció.

De repente, Charlie se acercó en silencio y la tomó de la mano, cosa que no hacía casi nunca.

—Quédate.

Las lágrimas se le agolparon inmediatamente en los ojos.

—No me lo estás poniendo fácil, Charlie —dijo, apretándole la mano—. No te pongas triste. No me voy a marchar para siempre. Os visitaré a menudo.

De nuevo miró hacia el horizonte; hacia ninguna parte, en realidad.

—Es lo mismo que dijo ella.

—¿Cómo? —El pulso de Lilly se aceleró.

Charlie ni se volvió a mirarla ni contestó.

—¿Te refieres a madre? ¿Te dijo que se marchaba?

—No quiero que se marche nadie más. No quiero que te marches tú —susurró.

—¿Qué más te dijo? ¿Lo recuerdas?

—No te vayas, Lilly.

Se sentía desgarrada: por una parte deseaba con todas sus fuerzas extraer todo lo que pudiera de la memoria de su hermano, pero por otra no quería preocuparlo más. Finalmente, decidió no insistir.

—Vamos, Charlie. Padre nos estará esperando para cenar.



Al volver se encontró la cocina-laboratorio más desordenada de lo habitual.

—¡Padre, ha vuelto a dejar el alambique grande dentro del horno! —

exclamó—. Por favor, ayúdeme a retirarlo si quiere cenar algo esta noche.

Charles Haswell salió de la sala de curas con las manos llenas de cartas y documentos.

—Lo siento, lo siento. ¿Lilly, dónde está ese pedido para Shipton?

—Lo puse en el escritorio hace dos días —respondió Lilly, que sacó la sopera de la alacena.

—¿Sí? Pues no lo encuentro por ninguna parte.

—Si ordenara las cosas y tirara a la basura las que no sirven en vez de dejarlo todo encima del escritorio de cualquier manera...

—Pero he buscado por todas partes.

—Padre, no tengo ganas de pasarme otras dos horas escribiendo ese dichoso pedido.

—¿Entonces podrías buscarlo, por favor?

—Sí, sí, después de que caliente la sopa. ¿Me puede pasar el cazo?

Empezó a mover los cacharros haciendo un ruido infernal. Retiró el alambique y lo puso todo por medio: un caos total.

—¡Soy incapaz de encontrar nada! ¡Que Dios nos ayude cuando te vayas!

—Por favor, padre, usted también no. Hoy he discutido con tres de las personas que más me importan. No soportaría defraudarle también a usted. Si de verdad quiere que me quede, no tiene más que decirlo.

—¿Que te quedes? ¿Para limpiar todos los desastres que voy dejando a mi paso, simplemente porque soy desorganizado y no pongo atención? No, en absoluto. Vete y vive tu vida, lo mereces.

—¿De verdad quiere que me vaya?

—Bueno, lo que no quiero es que te quedes y te pase lo mismo que le pasó a tu madre.

Lilly emitió un grito ahogado.

—¡Padre!

Se detuvo y la miró muy serio.

—Lo que quiero decir es que... no quiero que te quedes aquí y estés

siempre añorando lo que podrías haber hecho. Descúbrelo ahora, antes de que...

—¿Antes de qué?

—Antes de que tengas un marido y quizás unos hijos a los que abandonar —respondió, suspirando.

—¡Oh, padre! —Por segunda vez en la tarde, lloró emocionada. Le apretó el brazo, y ambos compartieron un inhabitual momento de comprensión mutua. Después él se aclaró la garganta y reanudó su atolondrada búsqueda.

Lilly se acercó a la despensa y cortó un trozo de pan de centeno. Intentó hablar con un tono lo más ligero posible.

—Charlie me ha dicho que madre habló con él antes de marcharse. Al parecer le dijo que volvería, que no se iba para siempre. ¿Cree usted que eso es posible?

—¿Que su plan era una ausencia breve? —Negó con la cabeza—. No lo sé. Un día estaba aquí y al siguiente había desaparecido. A mí no me dijo una sola palabra. Puede que le mintiera a Charlie para no herirlo y para aliviar su conciencia. O quizá Charlie haya cambiado el recuerdo de forma inconsciente o se lo haya imaginado y ahora piense que es real. Dudo mucho de que lo averigüemos alguna vez.

Lilly empezó a remover la sopa con una cuchara de madera, pero pensaba en otras cosas, bien distintas.

—Puede que ella mintiera simplemente para no hacerlo sufrir. Porque yo misma le he dicho hoy que no me voy para siempre y eso tampoco es verdad. Y es que no tengo ni idea de si volveré o no. Así que he mentido, ¿no? Y si vuelvo pronto será porque he fracasado, porque he sido incapaz de aprender lo que los tutores hayan procurado enseñarme y porque me habré convertido en una carga insoportable para los Elliott.

—Eso no va a ocurrir de ninguna de las maneras.

—Espero que no, pero ¿y si ocurre lo contrario? Si todo marcha bien, aunque sea mínimamente, me quedaré en Londres uno o dos años. La tía habló de dos temporadas.

—Pero si las cosas te van muy bien... —No terminó de expresar sus pensamientos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues que encuentres un marido que te convenga, por supuesto.

Sus palabras impactaron a Lilly.

—Mi objetivo principal no es ese, ni mucho menos, aunque supongo que tiene razón, que podría ocurrir.

—Si nos ponemos en el lugar de tus tíos, y más concretamente de tu tío, ¿qué otra cosa podría ser más adecuada para él? Si tuvieras éxito, eso significaría que muchos solteros interesantes y de buena familia podrían pedirte en matrimonio, lo que implicaría más relaciones económicamente interesantes para él y sus negocios. Y, dado que vive en Londres, no sería raro que tu potencial marido viviera allí también, y tú con él, para siempre.

Lilly no pudo evitar una oleada de entusiasmo ciego y sonrió. Esos sueños de adolescente de encontrar al hombre de sus sueños, joven, guapo y rico, parecían estar más cerca que nunca.

—Lo cual no deja de ser un panorama bastante triste para tu cada vez más anciano padre... Aunque así es la vida, y no es razonable intentar detenerla o variar su curso. Afortunadamente, entre Londres y este pueblecito hay carreteras transitables y ahora tenemos el canal. —Sacó el cazo de la alacena haciendo un gesto de triunfo—. Bueno, ¿cuándo tienes pensado marcharte?

2 Nota del Trad.: *Jolly* significa «feliz, alegre».

Segunda Parte

«El arte de la farmacia en este país forma parte de su sistema de educación, con el objetivo de atender a los enfermos, y en general goza de mejor consideración en las universidades inglesas que los estudios de Medicina... los boticarios suelen ser más eficientes que los médicos a la hora de ayudar a los enfermos».

JEREMIAH JENKINS

*Comentarios sobre la situación actual de la práctica
médica, 1810*



«Dado que nuestros frágiles y mortales cuerpos están expuestos a una enorme cantidad de enfermedades, Dios, en su infinita caridad, bondad y misericordia con nosotros los pecadores, tuvo a bien hacer que en nuestros jardines, delante mismo de nuestras casas e incluso en los bordes de nuestros caminos, crecieran plantas medicinales capaces de aliviar nuestros sufrimientos...».

CULPEPER

Herbolario completo para uso médico

Capítulo 6

«No era una mujer de familia noble, eso estaba claro, pero sí bien educada, con grandes cualidades, rica y completamente enamorada, incluso en exceso».

JANE AUSTEN
Persuasión

Lillian Grace Haswell se estaba mirando en el espejo del vestidor de la habitación que era suya desde hacía ya más de un año. La doncella de su tía le colocó el último adorno en la elegante tiara que le sujetaba el pelo, de color cobrizo, que brillaba a la luz de las velas.

—Bueno, señorita, yo creo que ya está.

—Muchas gracias, Dupree.

Al levantarse, Lilly se alisó el corpiño del vestido, color amarillo junquillo, allá donde se arrugaba ligeramente al envolver su esbelta figura y empezó a andar. La doncella le tendió los largos guantes blancos y la ayudó a colocarse una capa ligera sobre los hombros. No necesitaría abrigo en una tarde primaveral tan suave de primeros de mayo.

—¡Mi querida Lillian, estás preciosa! —exclamó la tía Elliott.

—Magnífica, de verdad —corroboró el tío Elliott, estirándose las solapas de la levita sin conseguir que cubrieran su gran contorno.

La tía Elliott le dirigió una sonrisa a su marido.

—¿No es la pura imagen de la perfección?

—Una imagen cercana, querida. Pero no de la perfección completa.

—¿Y eso? —preguntó la tía Elliott, inclinando la cabeza con gesto sorprendido.

—Falta algo.

Lillian se detuvo en el descansillo para mirarse. Llevaba los guantes, el ridículo y las elegantes bailarinas que asomaban bajo las faldas de su vestido de fiesta. ¿Qué se le había olvidado?

—Enseguida vais a ver de qué se trata. —Jonathan Elliott se volvió hacia la mesa del amplio vestíbulo e inmediatamente después se dirigió a Lilly con algo entre las manos. Se detuvo ante ella y le ofreció una cajita de terciopelo marrón—. Modera tus expectativas, querida. No es ni mucho menos «el último grito» de la temporada, como se dice ahora. Me temo que es bastante antiguo, de hecho.

Los Elliott intercambiaron una sonrisa que puso de manifiesto que la tía estaba al tanto de lo que su marido le estaba ofreciendo.

Abrió la caja y le enseñó el juego de joyas que contenía.

—¡Qué preciosidad! —La exclamación de Lilly fue sincera, pues en el interior de la caja, forrada de seda, había un maravilloso colgante amarillo azafrán engarzado en una cadena de oro y un brazalete de topacio a juego.

—Perteneían a Lillian Elliott —dijo su tío—. Tu abuela.

Se le encogió el corazón ante semejante muestra de afecto.

—No pueden ser más bonitos. ¡Cómo me hubiera gustado conocerla!

—Estoy seguro de que te habría querido muchísimo.

Su tía se acercó y le colocó el collar mientras Lilly se ponía el brazalete.

—Tendré muchísimo cuidado con ellos y se los devolveré sin daños.

—Son tuyos, querida. Aunque creo que sería más seguro que se guardaran bajo llave en el joyero cuando no los uses. Todo cuidado es poco con estas cosas.

—Basta con que me permitas llevarlos, tía. No es necesario que me los regales.

—¡Tonterías! Hace tiempo que teníamos intención de regalártelas. ¿Por qué crees que te aconsejé que escogieras un vestido amarillo?

—No pueden ser más adecuadas. ¡Muchas gracias, tía! Es muy amable — dijo, y le dio un beso muy suave en la mejilla—. Y usted también, tío. —El corpulento individuo se inclinó también para recibir su beso.

—Vamos, vamos. No tienes por qué agradecer nada, querida. Y ahora, vámonos.



El baile lo ofrecía la familia Price-Winters y a Lilly le apetecía mucho ir, porque la temporada anterior había entablado amistad con los dos hermanos.

—Buenas tardes, señor y señora Price-Winters —saludó Jonathan Elliott ceremoniosamente cuando le llegó el turno—. Supongo que recuerdan a nuestra sobrina, la señorita Haswell.

—¡Por supuesto! Ella y nuestra hija Christina disfrutaron mucho de la temporada el año pasado.

Lilly se dio cuenta de que la señora Price-Winters no había mencionado a su hijo William. La tía Elliott había intentado durante dicha temporada que ella y el hermano de Christina iniciaran un noviazgo, pero le defraudó que el muchacho se casara finalmente con otra. En cualquier caso, Lilly hizo la inclinación de rigor y dedicó una sonrisa a los padres de su amiga. De hecho, la única amiga de verdad que tenía después de dieciséis meses en Londres.

Siguió a sus tíos una vez que se alejaron de los anfitriones y rodearon el perímetro de la pista de baile, que ya estaba abarrotada. Lilly saludó a lo que le parecieron cientos de personas manteniendo siempre la sonrisa y la cortesía, pero procurando localizar a Roger Bromley, un admirador que a su tía le parecía muy bien.

Un caballero de pelo canoso y vestido de uniforme se dirigió a ella con

una inclinación.

—Señorita Haswell, probablemente no me recuerde, soy...

—¡Almirante Asher, por supuesto que le recuerdo! ¿Qué tal está su hija Dora?

El almirante Asher era tío de Roger Bromley y tuvo buen cuidado de ser especialmente amable con él. El maduro militar sonrió y le informó de que su hija acababa de obsequiarlo con un adorable nieto y de que ambos se encontraban perfectamente. Lilly le aseguró que estaba encantada de recibir tan buenas noticias y se retiró cortésmente.

Su tía fue con ella a la mesa de los refrescos. Se les acercó una dama muy elegante. Lilly se dio perfecta cuenta de las arrugas que se formaron en el entrecejo de Ruth Elliott al empezar a hablar.

—Lillian, ¿conoces a...?

—La señora Langtry —interrumpió con suavidad—. Por supuesto. Nos conocimos el verano pasado, en casa de los Willoughby.

—¡Qué amable por recordarlo! —dijo la dama, elevando las cejas por la sorpresa—. Y también me alegro de volver a verla, señorita...

—Haswell.

—Sí, claro.

Cuando su tío se alejó para conseguir una bebida que no fuera ponche o ratafia Lilly aprovechó para excusarse también y dejó a su tía y a la señora Langtry para saludar a su amiga, que se estaba acercando.

—¡Christina, qué alegría verte! ¡Me encanta tu vestido!

—No tiene ni punto de comparación con el tuyo y lo sabes. No seas modesta.

—Bobadas.

Christina Price-Winters era un año mayor que Lilly, bastante más rellenita y muy bien dotada. Su vestido de color malva era muy escotado y mostraba bastante los pechos, canalillo incluido; Lilly no se sentiría cómoda en absoluto con semejante atuendo en caso de que tuviera tanto que enseñar como su amiga, claro. Christina tenía una cara bastante ancha, los ojos algo

saltones y unas cejas muy expresivas que elevaba bastante a menudo para subrayar algunas de sus afirmaciones al conversar. Lo cierto es que era bastante ácida, incluso sardónica, en sus comentarios sobre las personas cuyo comportamiento no consideraba adecuado o leal.

—*Su tggaje se mañific* —dijo Cristina, imitando con gracia el acento de su modista francesa—. *Oh, la, la! Tgansfogma completemant a votre hijja, señoa, tan gggacsil, tan elegant...* —Christina terminó la imitación dando un gruñido de enfado—. Se le da mucho mejor esquilmar el bolso de mi madre que coser o diseñar, eso tenlo por seguro.

—Supongo que eso explica que tu escote sea tan... generoso —dijo Lilly, tomándole el pelo—. ¿O es que *madame* Froissant se quedó sin tela?

—A ver si así consigo que Edward me pida de una vez en matrimonio —respondió Christina, sonriendo ante la broma de su amiga—. ¿Crees que es una buena táctica?

Lilly echó un vistazo discreto al caballero, ya bastante calvo aunque de familia noble, que en ese momento miraba embelesado a su amiga.

—Me da la impresión de que ya no necesitas tácticas, querida.

Aunque no era una belleza, la familia, las relaciones y la amplísima dote de Christina la convertían en un magnífico partido para casi cualquier soltero. Muchos más que los que podría siquiera soñar Lilly.

William, el pelirrojo hermano de Christina, cruzó la habitación para unirse a ellas. Lilly, en su momento y en secreto, compartió la profunda decepción de su tía cuando se anunció el compromiso de boda del joven. Fue el primer hombre de todos los que había conocido en Londres que le llamó la atención y le hizo concebir esperanzas. Le parecía divertido y de buen corazón y en algún momento pensó que él compartía sus sentimientos. Puede que así fuera. Pero, tanto con Will como con los demás pretendientes que le siguieron, pronto se dio cuenta de que no poseía ni la jerarquía social ni la riqueza necesarias para mantener el interés de los caballeros de la mejor categoría, ni de sus padres, que eran los que manejaban los aspectos económicos. A los hombres les gustaba bailar y coquetear con ella, pero al final se casaban con muchachas con mejores relaciones y dotes más

abundantes.

Will Price-Winters le hizo una reverencia.

—Señorita Haswell.

—Buenas noches, señor Price-Winters —respondió, inclinándose a su vez—. Es un baile magnífico. ¿Dónde está su adorable y reciente esposa?

—Creo que ha ocurrido alguna calamidad cósmica con su peinado, o algo así. Supongo que bajará dentro de poco. —Miró hacia alguien por encima de sus cabezas y frunció el ceño—. Por cierto, ¿quién es ese?

Christina miró en la dirección que señalaba y puso los ojos en blanco.

—El señor Alban.

—¿Tu antiguo tutor?

—Y el de Lillian, al menos últimamente. —Christina inclinó la espalda hacia delante, se frotó las manos e imitó los gestos y el tartamudeo del señor Alban—. Se-se-señorita Has-a-s-well, por fa-favor, conjugue e-e-ese verb-o-o o-o-tra ve-vez.

—¡Christina, por favor! —le riñó Lilly. La imitación de su amiga rozaba la perfección, pero Lilly no quería herir los sentimientos ni la reputación del profesor.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó William.

—Prácticamente mendigó una invitación —contestó Christina encogiéndose de hombros— y madre no fue capaz de negársela.

El señor Oscar Alban era bien educado, tranquilo y muy paciente. También era bajo y estaba medio calvo, llevaba unas lentes bastante gruesas y, generalmente, la ropa que vestía le sentaba como un tiro. Así que no era raro que los padres le confiaran la educación de sus hijas.

El señor Alban se inclinó ante los padres de Christina, que en ese momento conversaban con la tía de Lilly y otras dos parejas mayores.

—Señor y señora Price-Winters. Gracias por su genero-o-o-osa in- invitación. No recuerdo haberme divertido tanto nun-nunca an-antes.

La señora Price-Waters le contestó con cierta parquedad.

—De nada, señor Alban.

El tutor se volvió hacia el grupo y se dirigió a ellos con entusiasmo.

—Tuve el honor de instruir a la señorita Price-Winters hace unos años. Y ahora trabajo con la señorita Has-s-well. Es un auténtico privilegio poder trabajar con unas damas tan elegantes y dotadas.

—Gracias, señor Alban.

—El progreso de la señorita Has-s-well con las lenguas romanas cualquier expectativa, aunque la señorita Price-Winters puede presumir de un excelente acento.

—Así es Christina, nuestro pequeño ruiseñor.

—No obstante, te tengo que decirles que la señorita Has-s-well ha memorizado el vocabulario del francés y del italiano más deprisa que ninguna otra estudiante que haya tenido el placer de enseñar en toda mi vida.

William se inclinó ligeramente hacia Lilly y le tomó el pelo hablando muy bajito.

—¡Marisabidilla!

—Me imagino que sus antecedentes y su conocimiento del latín...

La tía Elliott le interrumpió bruscamente.

—Señor Alban, ¿por qué no baila con mi sobrina? Estoy segura de que para ella será un placer hablar con usted de su formación.

—Ah... bien... Lo cierto es que no se puede decir que domine la técnica del baile. Pero por supuesto que es estaré encantado de bailar con la señorita Has-s-well. —Se volvió hacia ella—. Si tiene la bondad...

—Por supuesto —respondió Lilly, forzando una sonrisa.

Mientras la acompañaba hacia la pista de baile, el hombre le preguntó en voz baja, claramente turbado.

—¿Qué es lo que he dicho para que su tía se sintiera ofendida?

—Disculpe a mi tía, señor Alban. Lo que pasa es que prefiere que no se

hable mucho de mis... antecedentes. No todo el mundo considera que el conocimiento del latín, de la medicina y de las ciencias naturales sea adecuado para las mujeres jóvenes.

—Ya v-v-veo.

—Quizá no debería haberle contado nada sobre mi pasado. Solo lo hice porque... como se sintió tan sorprendido con mis progresos y no quería que pensara que...

—¿Que soy un profesor mejor de lo que realmente soy? —dijo, esta vez sin tartamudear y con cierta aspereza.

—¡No! De ninguna manera quería decir eso...

—Vamos, vamos, señorita Has-s-well. La entiendo. No se preocupe, a partir de ahora me atribuiré todo el crédito de sus asombrosos progresos.



Al terminar la pieza, Lilly se excusó con el señor Alban y volvió a reunirse con Christina y su hermano.

—¿Y dónde está esta noche el señor Bromley? —preguntó Christina.

—Todavía no lo he visto —dijo Lilly. Aún albergaba esperanzas respecto a ese pretendiente. Roger Bromley no parecía tener la intención de alejarse de ella debido a que no era noble ni poseía una gran riqueza. Pero también era cierto que ni él ni sus padres sabían que su padre tenía una tienda, ni conocían las desgraciadas circunstancias de su madre. Lilly se preguntaba si su interés se mantendría cuando lo supiera todo.

—Ahí llega —dijo Will—. Mirad, en la puerta.

Lilly miró hacia donde señalaba su amigo y vio al señor Bromley, que llevaba un magnífico frac negro y el correspondiente chaleco blanco. Precedía a una esbelta dama rubia con un vestido azul de satén y una elegante capa blanca de entretiempo.

—¿Con quién está hablando?

—Con Susan Whittier... —susurró Will, abriendo mucho los ojos.

Lilly también miró con intensidad y sintió un escalofrío de temor.

—Es la primera vez que la veo.

—Estuvo fuera gran parte de la temporada pasada —explicó Christina—. De viaje por Italia, creo.

—Es muy guapa —reconoció Lilly, y tragó saliva mezclada con envidia.

—¿De verdad? —dijo Will, fingiendo inocencia—. Pues no me había dado cuenta.

Lilly no fue capaz de contener el sarcasmo.

—Por lo que veo, el señor Bromley tampoco.

—Bueno, hace dos años intentó conquistarla, pero fue rechazado con absoluta nitidez —dijo Christina agitando la mano de forma desdeñosa—. No tienes nada que temer de ella, Lillian.

¿Seguro que no? Lilly observó la expresión fascinada del señor Bromley y no se sintió segura, en absoluto.

Todos pudieron ver que Roger Bromley le ofrecía el brazo a la señorita Whittier. Ella le dio unos golpecitos, como si estuviera acariciando la cabeza de un niño, se rio y se dio la vuelta haciendo oscilar el satén azul. Pese a estar en el otro extremo de la habitación, Lilly pudo ver sin dificultad el semblante alicaído del joven.

Él miró hacia donde estaba.

Los tres empezaron a hablar a la vez con la intención de fingir que no habían presenciado la escena. Cuando Bromley se acercó llevaba una brillante sonrisa en su atractiva cara.

—Price-Winters, viejo zorro —empezó—. Ya te veo, monopolizando a las dos señoritas más hermosas del baile. Tengo la impresión de que tu esposa no aprobaría este comportamiento. —Se inclinó en dirección a Christina—. Señorita Price-Winters.

—Bromley.

—Y señorita Haswell —dijo, volviéndose hacia Lilly—. ¡Qué maravilla! Espero que al menos me haya reservado un baile.

—Por supuesto —respondió ella amablemente.

El señor Bromley se había convertido en uno de sus compañeros de baile más habituales. Era un joven delgado y elegante, de estatura mediana y unos modales excelentes. Tenía el pelo castaño y sus rasgos eran muy británicos. Además, era el único hijo de una familia rica, cosa que su tía le recordaba bastante a menudo. Como si Lilly necesitase que se lo recordaran.

—Excelente —dijo—. Pues entonces, si no le importa, me reservo el próximo y el último, y todos los que pueda haber entremedias, cuando las carabinas estén despistadas.

Ella le dedicó una sonrisa, y la que él le devolvió apenas llegó a sus ojos. Lilly no dejaba de preguntarse qué había entre él y la adorable señorita Susan Whittier.



Al final del baile, Lilly estaba sola, buscando subrepticamente al señor Bromley entre la enorme cantidad de gente que había en la sala. Recordaba perfectamente que le había pedido bailar con ella la última pieza. Empezaron a sonar los acordes lentos y ceremoniosos de un minué.

William Price-Winters iba andando rápido. Al pasar a su lado se detuvo.

—Señorita Haswell. No se irá a perder este baile, espero... ¡Ah, ya recuerdo! Bromley le pidió el de cierre. ¿Dónde se ha metido?

—No lo sé.

En ese mismo momento, Roger Bromley y Susan Whittier pasaron andando y se pusieron a bailar. Will también los vio.

—¡Ah, vaya! ¡Qué fastidio!

—Parece que finalmente ella ha accedido a bailar —dijo Lilly—. Me alegro por el señor Bromley.

Will no se dejó engañar por su actitud aparentemente despreocupada.

—Lo siento mucho, señorita Haswell. Mi esposa me está esperando. De no ser así, yo...

—No se preocupe, señor Price-Winters. Me lo he pasado muy bien esta noche, he bailado casi todas las piezas.

—¡Un momento! —exclamó Will en tono alegre—. Graves bailará con usted.

—No es necesario, de verdad...

Will agarró del brazo a un hombre que estaba al lado, al que ella no había visto nunca, y le obligó a darse la vuelta. Y la verdad es que era una cara de lo más atractiva. La nariz no muy grande, el pelo rubio peinado hacia el lado derecho y un pequeño bigote, aunque no de los que estaban de moda ese año.

—Permítame que le presente a Adam Graves. Estuvimos juntos en Oxford. Te presento a la señorita Haswell, la dama más sensata de la sala, te lo puedo asegurar. —Will le guiñó un ojo a Lilly—. Y eso que es amiga de mi hermana.

Lilly saludó al desconocido con la inclinación debida. Cuando lo miró, el rubio individuo seguía de pie sin moverse y con gesto de cierta rigidez, mirándola con sus ojos azules bastante sorprendido. Transcurrieron unos tensos instantes y, finalmente, el señor Graves asintió con cierta torpeza.

—¡Buen muchacho! —Will le dio unas palmaditas de felicitación en el hombro y salió casi corriendo a encontrarse con su esposa, que había terminado apareciendo en el baile.

Pese a todo, el caballero siguió sin moverse. Ni le ofreció el brazo ni abrió la boca para hablar. El silencio que se produjo era francamente incómodo y Lilly sintió que le ardían las mejillas. ¡Era una situación de lo más mortificante!

Se movió un poco, para evitar de ese modo estar completamente frente a él. Miró sin ver a las parejas, que se movían con delicadeza a los acordes de la pieza.

—No hay problema, señor Graves —dijo sin mirarlo—. No se sienta obligado a bailar conmigo. El señor Price-Winters estaba desempeñando el papel de hermano protector. No me importa no bailar, se lo digo de verdad.

—¡Graves! —oyó sisear a Will cuando pasaron por las cercanías su

esposa y él, aunque de inmediato se alejaron.

Finalmente, el señor Graves le ofreció el brazo de forma bastante rígida.

—¿Quiere bailar, por favor?

Hacía tiempo que Lilly había decidido no decir nunca que no a un hombre que reuniera el valor suficiente como para solicitarle un baile. No obstante, en este caso no le salió la respuesta automática: «Será un placer». Se limitó a tragar saliva y responder en voz muy baja:

—Muy bien.

Se incorporaron al minué. La condujo a una zona un poco más despejada de la pista de baile y empezó a realizar los movimientos de forma mecánica y con la precisión mínima. Lilly ajustó sus movimientos a los de él, que evitaba su mirada.

Suspiró. Tanto durante la temporada anterior como esta había bailado con docenas de hombres a los que consideraba desagradables y faltos de atractivo. Pero estaba segura de que nunca ninguno había mostrado de una manera tan clara y directa su desinterés de la forma que el señor Graves estaba haciendo en ese momento. Seguro que todo el mundo se estaría dando cuenta de lo reacio que era a bailar con ella.

Miró discretamente al resto de las parejas. Frente a ellos estaban Roger Bromley y Susan Whittier. Roger no le quitaba ojo a su pareja, mientras que Susan miraba a un punto indeterminado, más allá. Pensó que la señorita Whittier y el señor Graves deberían estar bailando juntos, puesto que ambos parecían sentirse igual de incómodos.

De repente, por encima de la cabeza de Roger, Lilly reconoció un rostro familiar. Se quedó asombrada, soltó un suspiro y volvió la cara. No había confusión posible respecto a esa figura imponente y esos rasgos tan marcados. ¿Roderick Marlow? ¿Aquí? ¿Ahora? ¿Para ser testigo de su humillación? ¿Para revelar su identidad de hija de boticario y mortificar a sus tíos, pues no era más que la hija de un humilde tendero?

En la siguiente vuelta echó otro vistazo. Roderick Marlow estaba de pie, hablando con el señor y la señora Prince-Winters. Iba del brazo de una mujer

imponente con una cabellera magnífica de color rojo arce. El señor Marlow volvió a mirar entrecerrando los ojos. Ella volvió la cara otra vez. ¿La habría visto?

Cuando la orquesta llegó a los últimos acordes, Lillian se acercó a su pareja.

—Por favor, señor Graves, discúlpeme. Me temo que debo irme.

Él dejó de bailar y se quedó allí de pie. Abrió la boca, pero ella ya se había dado la vuelta para marcharse. Estando a varios metros de distancia oyó un «desde luego» en tono sorprendido. En condiciones normales odiaba ser tan maleducada, pero en este caso concreto suponía que el hombre con el que había bailado se sentiría enormemente aliviado de no tener que acompañarla y darle las gracias de manera falsa y antinatural. Volvió a ver el rostro del señor Marlow, que destacaba sobre la multitud. No podía estar del todo segura, pero... ¿no estaba intentando abrirse camino hacia ella? Por si acaso, se dirigió al guardarropa de señoras, lugar en el que sin duda estaría a salvo.

Su tía la encontró unos minutos más tarde.

—¡Ah, querida, aquí estás! ¿Te encuentras bien?

—Sí. Solo cansada.

—Tu tío y yo estamos preparados, siempre y cuando no desees quedarte un poco más, claro.

—Yo también estoy preparada.

Recogieron sus chales y se dirigieron a la puerta a dar las gracias a los anfitriones. La mano de un hombre tocó discretamente su brazo enguantado y dio un respingo. Pero solo se trataba de Will Price-Winters. Por una vez, su semblante era serio.

—Señorita Haswell, espero que no se haya tomado la actitud de mi amigo como una afrenta. Debo decirle que Graves es el individuo más reservado y tímido que he conocido en toda mi vida.

Antes de contestar, echó un vistazo rápido a su alrededor.

—No piense más en ello. Buenas noches, señor Price-Winters.

—¿Seguro que está usted bien? —dijo mirándola con los ojos

entrecerrados.

—Seguro, gracias. Despídase de Christina de mi parte.

—Cuenta con ello.



En el viaje de vuelta a casa, la tía Elliott le apretó la mano.

—Enhorabuena, querida.

—¿Por qué lo dice?

—Eres la dama que más veces ha bailado con Roger Bromley.

Pensó que no precisamente porque fuera su deseo.

—Sí, ha sido muy amable.

—Más que amable, querida —insistió su tía—. Es evidente que está prendado de ti. Y, dado que se trata de un caballero con una gran fortuna, no tiene ninguna necesidad de encontrar una esposa de la alta sociedad. Sé que la temporada pasada quedamos decepcionadas, querida, pero creo que en esta nos irá muy bien.

Lilly se limitó a sonreír sin demasiado entusiasmo. Eso mismo pensaba ella, sí... pero antes del baile de esta noche. Antes de ver cómo miraba Bromley a la señorita Whittier. ¿Acaso su tía no se había dado cuenta? ¿Es que solo veía lo que quería ver?

Ruth Elliott continuó hablando.

—Me preocupé un poco cuando te vi bailando la pieza de cierre con ese caballero rubio.

—¿Sí? ¿Por qué?

—¿Te refieres al individuo del bigote? —intervino el tío Elliott—. Alguien debería decirle que no es tan importante como él se cree. Parece que nos mira a todos por encima del hombro.

Su tía no dejó el asunto.

—¿Lo conocías de antes?

—No. Me lo presentó el hermano de Christina. Un tal señor Graves, creo. Estuvieron juntos en Oxford.

—Ah... Ese es Graves —dijo su tío con tono reticente—. Ya sé de quién se trata. El señor Price-Winters me contó que espera obtener la licenciatura en el Real Colegio.

Lilly se quedó mirando a su tío sin entender.

—El Real Colegio de Médicos, querida —aclaró el tío Elliott.

Se quedó asombrada.

—No tenía la menor idea.

—¡Santo cielo! Espero que no os pasarais la velada hablando de enfermedades y achaques —espetó su tía, estremeciéndose.

—No hablamos de nada en absoluto —dijo Lilly—. Apenas hola y adiós.

—Mejor —dijo su tía, relajándose en el asiento—. Afortunadamente no ha habido daños.

Capítulo 7

«Así que los boticarios modernos procuran desempeñar el papel que corresponde a los médicos; y sin hacer lo que deben, cobran sus facturas, recetan y aplican, pero de sus errores no responden».

ALEXANDER POPE

La tarde siguiente, los Willoughby ofrecían un recital en su majestuosa casa de Grosvenor Square. La artista era una joven soprano a la que Lilly y los Elliott ya habían visto actuar la temporada anterior. Lo cierto es que a Lilly, en su momento, no le gustó demasiado el altísimo tono del *vibrato* de la cantante, pero se abstuvo de hacer comentarios negativos. Conocía bien a su tía, y ni por un momento se le pasó por la cabeza no aceptar una invitación que proviniera de los Willoughby aunque fuera para andar descalzos sobre brasas ardiendo.

Esa tarde se puso un elegante vestido de fiesta de satén color nácar y se adornó el pelo con una pequeña tiara de perlas. De esa guisa siguió dócilmente a sus tíos al entrar en la impresionante vivienda. Todo un ejército de sirvientes se afanaba en recoger los chales y capas de los invitados y Lilly, tras entregar la suya, se dio cuenta de que se había separado de sus tíos y estaba sola. Daba igual. Sabía perfectamente dónde podía encontrarlos: justo frente a la artista, en la fila delantera o la segunda.

Siguiendo el ritmo del grupo de personas, Lilly pasó por las enormes puertas dobles que separaban el vestíbulo del enorme salón. En ese punto se formaron grupos, pues los caballeros se saludaban entre ellos y las damas buscaban un lugar estratégico que les permitiera ver, y en su caso criticar lo más ácidamente posible, los vestidos de las demás invitadas, así como estar al tanto de los movimientos de los potenciales pretendientes de sus hijas. Lilly se detuvo y se hizo a un lado, huyendo de la marea humana, al tiempo que intentaba localizar a sus tíos..... Por el rabillo del ojo vio a un caballero apoyado de espaldas contra la pared y con los brazos cruzados. Se volvió y se quedó muy sorprendida al darse cuenta de que se trataba del señor Graves, que la miraba fijamente. Su pelo rubio casi ceniza era inconfundible.

Sin saber muy bien qué hacer, se limitó a inclinar la cabeza y continuó buscando a los Elliott. ¿Dónde estaban? Un momento más tarde, casi pudo sentir que los ojos del caballero seguían clavados en ella. Lo último que deseaba era que él pensara que se estaba quedando a propósito por allí para que se diera cuenta y se dirigiera a ella. Lo miró con frialdad por encima del hombro antes de hablar.

—Estoy intentando localizar a mis tíos. Hemos llegado juntos, pero los he perdido en la marabunta del vestíbulo.

El individuo asintió con la que al parecer era su habitual rigidez y no dijo nada.

—¿Por qué me mira así? —preguntó Lilly con cierta aspereza—. Si lo que intenta es acordarse de qué le sueno, soy la dama con la que bailó la pieza de cierre de ayer.

—No la había olvidado. No obstante, me parece que decir que yo bailé no se adecúa demasiado a la realidad.

—En realidad lo hizo, aunque bajo coerción —respondió ella de inmediato.

Su interlocutor abrió y cerró los ojos, azules, y la boca, aunque sin decir nada. Finalmente, volvió a pestañear.

Lilly también se cruzó de brazos y se volvió de espaldas a él intentando reanudar su búsqueda; de todas maneras, le costaba mucho concentrarse, pues

empezaba a estar muy enfadada y nerviosa sabiendo que esos fríos ojos azules no dejaban de mirarla.

Un momento después se sorprendió al ver que Graves daba un paso y se colocaba delante de ella... ¡para hablarle!

—Lo único que quería decirle es que mi triste intento difícilmente podría definirse como bailar.

—Pues parecía que dominaba los pasos —le desafió.

—Es cierto —dijo, bajando la barbilla con gesto contrito—. No puedo alegar que no haya recibido formación al respecto.

—Pero lo que sí me quedó claro es que no estaba a gusto.

—No. Yo... —Se aclaró la garganta—. Señorita Haswell, le ruego que me perdone por mi comportamiento de ayer por la tarde. No creo que haya un solo hombre tan estúpido en el mundo que necesite que lo obliguen a bailar con usted.

Se quedó mirándolo, asombrada. Notó que despegaba los labios, pero ahora fue ella la que no pudo pronunciar una sola palabra. Y cuando creyó que podía hacerlo, él ya se había perdido entre la multitud.



Lilly procuró por todos los medios no hacer ningún gesto visible cuando la señorita Augusta Fredrickson llegó a la nota más alta de su aria. Pero, de todos modos, no logró evitar levantar más la ceja mientras la soprano se esforzaba por alcanzar la octava. La verdad es que oyó un grito, más que una nota, y le costó unos segundos darse cuenta de que dicho grito no procedía de la cantante, sino de algún lugar detrás de ella. Mientras la soprano reanudaba su actuación se volvió en su asiento. Estaba claro que pocas personas en la sala habían sido capaces de notar que el alarido no formaba parte de la actuación.

Lilly se levantó de la silla e, inclinándose un poco, se apresuró a ir al fondo de la habitación. Se oyó otro grito, esta vez acompañado de palabras.

—¡Ayuda, por favor! ¡Qué alguien llame a un médico!

Era la señora Price-Winters, que estaba arrodillada al lado de su marido. Este yacía en el suelo, bocabajo y respirando con dificultad.

Finalmente, la cantante dejó también de gritar.

La anfitriona, la señora Willoughby, se levantó.

—¿No hay ningún médico en la sala?!

Agachada junto a la señora y el señor Price-Winters, Lilly buscó frenéticamente con la mirada al señor Graves, pero no logró encontrarlo.

Se envió a un criado vestido de librea a buscar a un médico. Otro criado estaba de pie junto a las puertas de la sala moviéndose nervioso y sin saber qué hacer.

—¡Usted, por favor! —lo llamó Lilly—. ¡Tráigame el botiquín médico de la casa!

El criado se la quedó mirando, medio atontado.

—¿No tiene uno la señora o el ama de llaves?

El criado asintió.

—¡Pues dese prisa!

El joven salió corriendo y Lilly se inclinó para examinar al padre de sus amigos.

El criado volvió con el maletín en menos de un minuto y dejó la caja de madera de caoba al lado de Lilly y del enfermo. Lilly la abrió inmediatamente. Había un montón de botellas cuadradas con etiquetas indicando su contenido: láudano, alcohol, polvos para la fiebre, etcétera. Lilly se dio cuenta de que era un modelo antiguo que ya había dejado de venderse en la botica de su padre. Abrió el cajoncito del fondo, en el que había un par de lancetas, gasas, alcohol, vendas y... ¡por fin!, una sonda esofágica, esto es, una aparato largo y flexible que servía para eliminar cualquier cuerpo extraño alojado en la garganta o el esófago y que impidiera respirar o tragar.

El primer criado volvió en ese momento.

—El médico está de camino.

—¿Cuánto tardará? —preguntó Lilly.

—Calculo que unos minutos.

La cara del señor Price-Winters se estaba poniendo azul.

—¡No puede esperar unos minutos! Ayúdeme a ponerlo bocarriba. —El criado lo hizo. La señora Price-Winters estaba demasiado histérica como para ayudar, y los demás asistentes se habían quedado completamente helados. Nadie se movía. Tendría que actuar sin esperar, y sabía perfectamente qué era lo que tenía que hacer. De hecho, ya había tenido que usar la sonda esofágica más de una vez con la pobre Mary. Primero la utilizó para abrir del todo la boca del caballero y después se la fue introduciendo poco a poco por la garganta.

—¡Retírense, por favor! ¡Necesito más luz!

Alguien acercó una lámpara de aceite para alumbrar. ¡Allí estaba! un objeto blanco alojado en la garganta. Con mucho cuidado, pero también con rapidez, rodeó con la sonda el objeto teniendo la precaución de no empujarlo más. Presionó la parte superior de la sonda como si fuera una palanca y empujó y tiró simultáneamente. La maniobra, acompañada por la tos refleja, fue suficiente para que el señor Price-Winters lograra expectorar el objeto.

—¡Ya salió! —anunció exultante, señalando el objeto, que no era otra cosa que un caramelo de menta casi redondo.

El señor Price-Winters no paraba de toser, de expectorar y de aspirar todo el aire que podía mientras se iba recuperando con rapidez. Su esposa, arrodillada sobre la alfombra, lo abrazó con torpeza, procurando no apretar mucho.

—¡Gracias a Dios!

«Amén», corroboró Lilly para sí, agradeciendo que el padre de su amiga Christina pudiera seguir respirando. Empezó a notar los murmullos a su alrededor y a ver cómo muchos de los asistentes la miraban, unos mostrando censura y otros admirados. Se levantó, intentando encontrar a sus tíos, pero se topó con la mirada del señor Graves. Estaba detrás, inexpresivo y muy pálido. ¿Habría estado allí todo el rato? ¿Por qué no había intervenido?

—¡Ha llegado el doctor! —exclamó alguien.

Entró un caballero de aspecto fatuo y vanidoso vestido con ropa de calle y portando un maletín.

—¡Dejen paso, dejen paso!

Abrió mucho los ojos al ver el botiquín abierto, la sonda esofágica y a la joven arrodillada junto al accidentado.

—¿Qué ha pasado aquí?

Lilly notó el olor a alcohol en el aliento del médico. Evidentemente, había salido a toda prisa de una cena o de una reunión de amigos.

—El señor Price-Winters tenía un caramelo de menta alojado en la garganta, obstruyéndola —explicó con tranquilidad—. No podía respirar.

La señora Price-Winters señaló el instrumento médico con la mano flácida.

—Ella ha utilizado eso y se lo ha extraído.

—¿Una sonda esofágica? ¡Por el amor de Dios, muchacha! ¿En qué estaba usted pensando? ¡Podría haberle perforado el esófago!

—Ya estoy bien —afirmó el señor Price-Winters con la voz ronca—. Pero me duele muchísimo la garganta.

—¡No me extraña! —El médico se volvió hacia Lilly—. ¿Quién se cree que es para atreverse a operar a un hombre?

Lilly estaba asombrada. ¿Por qué estaba tan enfadado? ¿Estaría afectando el alcohol su buen juicio?

—Lo siento mucho, doctor Porter —dijo la señora Willoughby tranquilamente—. Pero nadie sabía qué hacer.

Lilly dudó. Tenía claro que no había hecho nada inadecuado.

—No vi otra alternativa...

—De haber sabido que usted iba a llegar tan rápido —siguió la anfitriona, dirigiendo una fría mirada a la muchacha—, la habríamos detenido.

El doctor Porter también la miró con una mezcla de frialdad y agresividad.

—Podría haberlo matado.

—La situación es exactamente la contraria, señor. —El que habló fue Adam Graves, que se había acercado—. Si ella no hubiera actuado como lo hizo, el caballero probablemente habría muerto.

—Graves... ¿Usted ha aprobado esto?

—No exactamente...

Sus palabras se perdieron, ahogadas entre las órdenes e instrucciones que empezó a dar el doctor Porter, incluyendo una dosis de láudano que a Lilly le pareció absolutamente excesiva e innecesaria.

Una vez superada la crisis, la gente se dirigió en tropel a recoger bolsos, capas y abrigos.

La señora Price-Winters le ofreció la mano a Lilly.

—¡Muchas gracias, querida!

Lilly se inclinó hacia delante y abrazó a la madre de su amiga.

—¡Me alegro de que esté bien! —Después le habló en voz baja—. Que se enjuague tres veces al día con agua de sal y una gota de láudano, así la garganta se le curará muy rápido.

En cuanto se retiró, oyó al doctor Porter, absolutamente desquiciado.

—¿Qué le ha dicho? —Lilly no fue capaz de entender la respuesta de la dama, pero sí los gritos del doctor Porter dirigiéndose a ella—. ¿Pero quién se cree usted que es? ¿Cómo se atreve primero a operar a un hombre y después a prescribirle un tratamiento?

El señor Graves se aclaró la garganta y empezó a hablar con la voz débil.

—Debo decirle, doctor Porter, que la señorita actuó mucho más rápido que yo, que hizo lo que debía y, además, muy bien. Salvó al caballero, así que deje de menospreciarla.

Lilly pensó en silencio que ojalá el señor Graves hubiera dicho algo así un poco antes, cuando la multitud la criticaba.

—¿Que salvó al caballero? ¡La mocosa estuvo a punto de atravesarlo!

—Sigue andando, Lillian —le ordenó su tía, hablando entre dientes.



Ya en el carruaje, la tía Elliott suspiró.

—Lillian, sé que actuaste siguiendo tus impulsos y de buena fe, pero, de verdad, ¿no podrías haberte reprimido?

—¿Qué quería que hiciera? ¿Sentarme y quedarme quieta, sin hacer nada? Si alguien se hubiera acercado a ayudar, me habría abstenido de intervenir.

—Uno de los caballeros presentes era quien tenía que haber actuado, no tú. Ese individuo, Graves, estaba allí, según parece, y el doctor también venía de camino. Lo que has hecho ha sido usurpar su derecho a intervenir, ya que son hombres instruidos en medicina.

—Podría haber muerto.

—No seas tan dramática. ¡No era más que un caramelo de menta, por el amor de Dios!

—Seguramente se asustó y se lo tragó cuando esa soprano alcanzó la nota más aguda —dijo el tío Elliott secamente—. Yo también estuve a punto de atragantarme.

—Señor Elliott, todo esto no tiene ninguna gracia. Todo el gasto en modistas y en lecciones de baile, todas las horas de clase de lengua, de dibujo y de deporte... Todos nuestros esfuerzos se han ido por la borda.

—¿Y ahora quién se está poniendo dramática, querida señora? No va a ser tan espantoso. Nuestra Lillian se convertirá en una heroína, al menos a los ojos de los que tengan la cabeza para algo más que para llevar sombrero. Con un cerebro, por ejemplo.

—No sabe usted lo que dice, señor Elliott.

—¡Venga ya! Incluso aunque algunos supuestos expertos se tomen a mal su intervención de esta tarde, pronto se olvidará todo.

—Pues yo opino todo lo contrario. —La voz de su tía sonó al mismo tiempo altiva y derrotada—. A ese respecto, la alta sociedad y Lillian tienen mucho en común. Las dos se acuerdan de todo, siempre.

Capítulo 8

«El arte de la medicina consiste en distraer a los pacientes mientras la madre naturaleza cura las enfermedades».

VOLTAIRE

Dos días después, durante una agradable tarde de finales de primavera, Lilly acompañaba a Christina Prive-Winters en un paseo a caballo por Berkeley Square a bordo de un landó descubierto. La plaza estaba rodeada de grandes árboles junto a cuyos troncos florecían los narcisos. El aire estaba lleno de cantos de pájaros y de risas contenidas.

Christina contaba chistes y hacía confidencias como si el cochero fuera sordo o tan inteligente como los dos caballos que conducía.

—¡Mira! —exclamó Christina, señalando hacia el otro lado de la plaza—. ¡Ahí está William!

La muchacha saludó agitando la mano y lo mismo hizo Lilly. William corrió hacia ellas cruzando el jardín. Para su sorpresa, el señor Graves lo seguía a unos metros, a menor velocidad.

—¡Pare ahí, Barker! —le gritó Will al cochero, que frenó a los dos alazanes. Una vez llegó, agarró el pomo de la puerta y las miró encantado—. Le dije a Graves que os encontraríamos paseando por el parque para atraer la atención de los admiradores.

—¡No es esa nuestra intención, ni mucho menos! —protestó Christina con expresión divertida.

El señor Graves se unió por fin a ellos con aspecto de sentirse incómodo. Por su parte, Will miró a Lilly, decidido a tomarle el pelo.

—¿O la señorita Haswell ha decidido buscar una nueva vida que salvar?

—No, nada que se le parezca —respondió Lilly echando un somero vistazo a Graves.

Will no pareció notar su incomodidad.

—Acabamos de visitar a padre. Me alegra muchísimo informarle de que está muy bien, tanto físicamente como de ánimo.

—Ya lo sé —dijo Lilly—. Esta mañana he ido a visitarlo y me alivió mucho comprobar que se ha recuperado.

—Así que visitando a su paciente, ¿no es así? —preguntó Will sonriendo.

Una vez más miró a Graves, que había permanecido callado durante toda la conversación.

—No. Solo para estar segura de que su padre se encontraba bien.

—Por supuesto que sí, y gracias a usted —dijo Will, dando unos golpecitos en el borde del landó—. Lo cierto es que se encontraba perfectamente hace ya algún tiempo, pero le apetecía seguir teniendo a madre tan pendiente de él. Si continúa con la garganta algo irritada, no me cabe duda de que es porque no para de ponerla por las nubes.

Lilly notó que se ruborizaba.

—Bueno, propongo que vayamos a tomar un helado a Gunter's, pero paseando —propuso Will con tono de urgencia—. Hace un día perfecto para caminar, ¿no os parece?

—Como quieras —contestó su hermana.

Will abrió la puerta del carruaje y ofreció la mano a las damas para ayudarlas a bajar.

—Espérenos, Barker —le dijo al cochero—. Volveremos a casa en el carruaje.

—Muy bien, señor.

El señor Graves seguía callado. Will le echó una mirada e, inmediatamente, le ofreció el brazo a su hermana.

—Chrissy, vamos a adelantarnos y a invitar a un helado a nuestros amigos.

—No hace falta que... —empezó a protestar Lilly.

—Es lo menos que podemos hacer —insistió Will, aunque después se puso irónico—. A no ser que desee mandarnos la factura, claro.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Lilly, notando que se volvía a ruborizar.

Los dos hermanos empezaron a alejarse. Christina echó un breve vistazo hacia atrás y se sintió desconcertada a la vez que se preguntó cuáles serían las intenciones de su hermano. Lilly se preparó para una espera silenciosa e incómoda.

—¿Le apetece pasear por los jardines, señorita Haswell? —preguntó el señor Graves de repente.

—Sí, muchas gracias —respondió, inhalando profundamente de puro alivio.

Esquivando con cuidado tanto los carruajes que estaban aparcados a ambos lados como los excrementos de los caballos, abandonaron el pavimento y cruzaron hacia los jardines centrales de la plaza. Empezaron a pasear a la sombra de los enormes arces, ambos con las manos en la espalda.

Tras varios minutos, el señor Graves rompió el silencio.

—Es obligado felicitarla por su rápida intervención de la otra tarde, señorita Haswell.

—Gracias —contestó, mirando su atractivo e indescifrable perfil.

—¿Puedo preguntarle por qué sabía perfectamente qué era lo que había que hacer?

Lilly dudó. Su tía le había aconsejado desde el primer momento que, en sociedad, no hablara ni de sus conocimientos ni de la profesión de su padre. Y solo Dios podía saber qué podría pensar ese médico, formado en Oxford,

de los boticarios, y mucho menos de la hija de uno de ellos. Además, su forma de actuar durante el concierto no se debía precisamente a su aprendizaje como hija de boticario. O, por lo menos, no de manera directa. Si se hubiera tratado de un ataque al corazón o de una arritmia y hubiera tenido que administrarle digitalina, la cosa habría sido completamente diferente.

—Mi mejor amiga sufre convulsiones —contestó, decidiéndose por contar la parte de la verdad más relevante en relación con este caso concreto.

—¿Epilepsia? —Le lanzó una mirada rápida y desalentada—. Lo siento mucho. ¿Está ingresada en alguna institución?

—¡No, por Dios! ¿Por qué iba a estarlo?

—Aquí, en Londres, es lo que se suele hacer, siempre en función de la intensidad y frecuencia de los ataques.

—Ya, pero en Bedsley Priors no se encierra a una persona encantadora e inteligente solo porque, de vez en cuando, sufra una convulsión que no puede controlar.

El señor Graves se tomó su tiempo para contestar, como si quisiera a su vez darle tiempo a ella para controlar su reacción, claramente de enfado.

—No era mi intención ofenderla, señorita.

—¿Y cómo no voy a sentirme ofendida ante semejante idea? Mary Mimpurse es una bendición para todo el que la conoce. Ayuda a todo el que lo necesita y no le hace ningún mal a nadie.

—¿A nadie salvo a sí misma, quizá? —preguntó en voz baja.

Lilly suspiró, haciendo un enorme esfuerzo por hablar con tranquilidad.

—Alguna vez se ha desplomado y se ha torcido una muñeca o un tobillo, aparte de hacerse pequeñas contusiones. O se ha tragado algo que le ha ocluido la garganta. Un par de veces he sido yo, porque su madre no estaba, quien ha tenido que extraerle cosas que se le habían quedado atrapadas en la garganta y no le dejaban respirar.

—Entiendo. Eso explica cómo sabía lo que había que hacer para ayudar al señor Price-Winters. —Hizo una pausa—. Pero no por qué lo hizo.

A Lilly le sorprendió mucho la pregunta.

—El padre de mi amiga necesitaba ayuda.

Él detuvo la marcha y ella hizo lo mismo, volviéndose a mirarlo.

—Señorita Haswell, creo que sus amigos son muy afortunados por el hecho de serlo.

A Lilly le pareció que su expresión era realmente sincera. Con su pelo rubio, su nariz perfecta y sus pestañas doradas, que protegían unos ojos color azul cielo, el señor Graves era la viva imagen de un ángel. Las únicas imperfecciones que descubrió fueron un par de líneas verticales entre las cejas. Estaba claro que fruncía el entrecejo con mucha frecuencia, quizá demasiada.

—Haría lo mismo por cualquiera —dijo la muchacha.

—¿Incluso por alguien como yo? —dijo, y la intención jocosa solo le resultó perceptible por los hoyuelos que se formaron en sus mejillas.

—Incluso por usted, sí. —¡Por favor! Si no fuera por ese bigotillo pasado de moda, no podría ser más guapo.

Durante un rato continuaron paseando en silencio, disfrutando de la soleada tarde primaveral y el ambiente festivo del parque. El joven se aclaró la garganta.

—Fue usted muy considerada al no dejarme en evidencia.

—Y usted fue muy amable al defenderme.

—Yo no fui amable, señorita Haswell —indicó, respirando por la nariz—. Mi intervención fue un imperativo moral. No obstante, estuve a punto de no hacerlo por miedo a que se me recriminara mi no intervención. Me da la impresión de que el doctor Porter estaba demasiado enfadado con usted como para caer en la cuenta.

«O demasiado bebido», pensó ella sin decirlo.

—¿Por qué estaba tan enfadado? —preguntó.

—Me temo que, en estos tiempos, la mayoría de los médicos están a la defensiva. Puede que no esté usted al tanto, pero hay muchos enfrentamientos entre los que practican las distintas ramas o aspectos de la medicina, es decir, médicos, cirujanos y boticarios. Los médicos son los más cualificados para

prescribir y tratar a los pacientes, pero eso no implica que los demás no puedan tener sus propias opiniones, que a veces son coincidentes con las de los médicos y a veces no.

Lilly se mordió el labio, no solo porque lo dicho por Graves le dio que pensar, sino también para evitar romper una lanza a favor de los derechos y la capacidad de su padre y de otros boticarios.

—Incluso en estos momentos —continuó Graves— en el Parlamento se está debatiendo quién tiene derecho a hacer qué. Si fuera por el doctor Porter y los que piensan igual que él, los boticarios deberían limitarse a despachar las recetas que hacen los médicos, ni más ni menos.

Lilly se enfadó muchísimo, pero solo se le notó en el rubor de las mejillas.

—¿Y usted está de acuerdo con esa postura, caballero?

—Todavía no tengo una opinión completamente formada al respecto —respondió, encogiéndose de hombros—. Los médicos solo lo son si reciben formación universitaria. Sin embargo, cualquiera puede denominarse a sí mismo «boticario» y poner un cartel en un local si sabe manejar adecuadamente un almirez y preparar supuestos remedios.

—Pero hay una larga tradición de aprendizaje para ejercer esa profesión —repuso ella meneando la cabeza—, y también formación que imparte la Asociación de Boticarios, que tiene su propio laboratorio de prácticas y un excelente jardín de plantas medicinales.

Él se paró y la miró de hito en hito.

—Sí, eso tengo entendido.

Ella siguió andando y cambió inmediatamente de tema.

—Si no le importa que le pregunte... ¿por qué no intervino para atender al señor Price-Winters?

—Pues por lo de siempre, mi viejo y peor enemigo... el miedo, una vez más.

—¿Miedo de qué?

—Le temo a todo, señorita: a la autoridad, a equivocarme, a las

consecuencias... —Se encogió de hombros—. Hasta a bailar con una mujer hermosa.

—¡Por Dios! —exclamó, quedándose casi sin aliento, y se le encogió el estómago—. Me pregunto si, siendo así, de verdad quiere ser usted médico.

—Es lo que desea mi padre para mí. Ha sido él quien ha decidido la futura profesión de cada uno de nosotros. Mi hermano mayor será quien herede el negocio inmobiliario familiar, aunque él hubiera preferido ser vicario. El mediano es abogado a la fuerza y ejerce aquí, en la ciudad. Y yo voy a ser médico. —Respiró profundamente antes de continuar—. Todavía no me he licenciado, señorita Haswell. Tengo la esperanza, y me aferro a ella, de que cuando finalmente tenga en la mano el documento que proclame ante todo el mundo mi cualificación completa como médico capaz y en condiciones de ejercer tenga las agallas suficientes para comportarme como tal.

Lilly tembló por dentro.

—¿Y si no fuera así? —preguntó en voz baja.

—No me permito planteármelo siquiera. Mi familia, mi padre... No, debo salir adelante y lograrlo.

La muchacha agachó la cabeza.

—Entonces rezaré por usted, doctor Graves. —Vio que hacía una mueca—. ¿Acaso no le gusta que rece o que le llame «doctor»?

—Perdóneme. Si lo desea, puede dirigirse a mí como el médico que aún no soy, pero me temo que pasará bastante tiempo hasta que logre acostumbrarme.

Will Price-Winters los saludó, y ella y el doctor Graves se acercaron a los hermanos, que tenían un vaso con un helado de bayas para cada uno.



La semana siguiente, Lilly fue a una partida de cartas con sus tíos, para la que se puso otra vez el vestido amarillo y las joyas de topacios. Acudió bastante

gente al acontecimiento, pero su tía tenía dolor de cabeza y la propia Lilly tuvo que enfrentarse a miradas frías e incluso de reproche, así que no se quedaron mucho rato. Además, tampoco tuvo excesivo interés para ellas, ya que no acudió Roger Bromley.

Una vez que hubieron regresado a casa, Lilly acompañó a su tía a su habitación antes de bajar a la cocina a preparar algo con lo que aliviarla. Cuando regresó, unos minutos más tarde, Dupree salía del cuarto con el vestido de su tía en los brazos.

—¿Todavía está despierta? —preguntó.

—Sí, señorita.

Viendo que Lilly llevaba una bandeja, Dupree llamó a la puerta por ella. Lilly le dio las gracias con una sonrisa y entró.

Ruth Elliott estaba sentada en la silla del vestidor, con el camisón y la bata puestos, cepillándose el largo cabello, en el que solo había escasos mechones grises. Cuando dejó el cepillo y se puso de pie, Lilly apoyó con suavidad la bandeja en la mesa y agarró del brazo a su tía para acompañarla a la cama.

—Gracias, querida mía.

—¿Qué tal el dolor de cabeza?

—Por la mañana estaré bien, no te preocupes.

—Espero que no le importe, pero me he tomado la libertad de prepararle el remedio de los Haswell contra el dolor de cabeza. —Menta, cardo bendito, hierba santa y extracto de corteza de sauce. ¿Hacía cuánto que no pensaba en esos términos de botica?

Su tía cerró los ojos y exhaló un suspiro.

—Querida, tienes que haber notado la frialdad, las miradas torcidas y los comentarios negativos acerca de lo que hiciste la semana pasada en casa de los Willoughby. Sabes que preferiría...

—Sé que quiere que, en público, deje a un lado esa parte de mi vida, pero no creo que haya ningún problema si preparo algo aquí, en casa.

Su tía se la quedó mirando.

—Aquí, en su casa, quiero decir —rectificó Lilly algo azorada.

—No, hija mía. Me gusta oírte hablar así. Ahora esta es tu casa, durante todo el tiempo que quieras.

—Gracias, tía. Es usted extraordinariamente amable conmigo. —Lilly le dio un beso en la mejilla—. Y ahora, por favor, bébase esto —la invitó, ofreciéndole la taza de la bandeja.

La tía tomó la tacita, pero no pudo evitar echarle una mirada algo recelosa.

—¿Puedo preguntar qué es?

—Simplemente una infusión de menta y otras hierbas. —Lilly le ofreció también dos píldoras—. Quizá debería preocuparse más por esto. Es un poco amargo.

—¿Qué son?

—Será mejor que no lo sepa —dijo Lilly en tono de broma—. Vamos, no se preocupe. He puesto bastante miel en la infusión para que no sepa mal.

Mientras su tía bebía la infusión y se tragaba las píldoras, Lilly tomó también un par de paños de la bandeja.

—También he traído un poco de hielo envuelto en paños. —Lilly colocó uno de los paños sobre la almohada y su tía apoyó la cabeza al lado, con el paño tocándole la sien—. Eso es: uno para la sien y el otro para los ojos.

—¡Qué descanso! —murmuró Ruth Elliott.

Mientras permanecía allí en silencio, Lilly rezó para que a su tía se le pasara cuanto antes el dolor de cabeza. Se pasó los dedos por el cuello y tocó el collar.

—Había pensado que volviéramos a colocar los topacios en el joyero, pero no sé si es mejor dejarlo para mañana.

Su tía le respondió con voz somnolienta.

—¿Te importa ponerlos tú misma, querida? Prefiero no tener que levantarme.

—Por supuesto, descanse. ¿Guardo también sus anillos?

—Pues sí, si no te importa. Si tienes algún problema, pide ayuda a tu tío —dijo, señalando débilmente la llave, que estaba en la mesilla de noche—. Supongo que todavía se quedará un rato levantado.

—De acuerdo, eso haré.

Lilly fue al vestidor de su tía y abrió el joyero, que tenía multitud de cajoncitos de terciopelo. Los fue abriendo para encontrar uno vacío. Y entonces se quedó helada y le dio un vuelco el corazón. ¿Qué diablos...?

Con mucho cuidado, dejó las joyas que tenía en la mano y agarró lo que sin duda era una especie de espejismo. Una mala pasada de su imaginación. Sus dedos rozaron el ónice negro y suave y se pusieron a temblar. Abrió los ojos como platos y el corazón se le aceleró mientras levantaba la gargantilla, cuyo entramado era muy poco corriente, y la pieza octogonal de ónice. La hubiera reconocido en cualquier parte. Era la gargantilla que llevaba siempre su madre. La mismísima que llevaba el día que Lilly la vio por última vez. ¿Cómo había ido a parar a ese joyero?

Quiso ir inmediatamente a pedirle explicaciones a su tía, pero estaba enferma. Tomó la gargantilla y fue a ver a su tío, pero resultó que su tía se había equivocado y estaba completamente dormido en su sillón favorito de la biblioteca. Volvió al vestidor, guardó con cuidado todas las piezas en sus respectivos cajones y cerró con llave el joyero. El mueble había adquirido ahora un valor inestimable para ella. Las preguntas podían esperar.

Pero no demasiado.

Capítulo 9

«Corre a Bucklersbury y trae dos onzas de agua de dragón, blanco de ballena y melaza».

WESTWARD HO, 1607

Por la mañana su tía no estaba mejor y seguía en la cama.
—Pero puedes ir de compras, tal como teníamos pensado —le dijo—. Llévate a Dupree, si quieres.

—Las compras no corren prisa, pueden esperar —dijo Lilly, quitándose los guantes y sentándose en la cama de su tía—. Me quedaré y le leeré algo.

—Lo único que quiero es dormir, querida —afirmó su tía—. Y me sentiría mejor sabiendo que lo estás pasando bien.

—¿Está segura?

—Pues claro, querida. Me temo que tu tío se ha llevado el carruaje, pero...

—Tomaré un coche de punto, no me importa en absoluto. —De hecho, se sintió aliviada. Así solo una persona del servicio sabría dónde había pasado el día.

Acompañada por la doncella de su tía, Lilly se subió al primer coche de punto que pasó y le dijo al cochero que las condujera a Bucklersbury, concretamente a una fila de tiendas que recibía el nombre familiar de «calle

de los boticarios».

Dupree la miró sorprendida.

—Pensaba que íbamos a ir de compras.

—Pues sí, a eso vamos. Pero no a comprar telas, sombreros, vestidos y esas cosas.

—¿No se siente bien, señorita?

—Sí, perfectamente. Solo siento curiosidad.

Ya había pensado una o dos veces en ir a visitar la calle, aunque al final no lo había hecho. Pero, de alguna manera, su conversación con el doctor Graves sobre médicos y boticarios y su descubrimiento de la noche anterior habían hecho que se sintiera algo intranquila y echara de menos su casa.

Cuando llegaron a Bucklersbury, cerca de la zona oriental de Cheapside, las dos damas se bajaron y Lilly pagó al cochero.

Cuando se volvió vio como Dupree estiraba el cuello para asomarse por una callejuela estrecha, alejada de las boticas.

—¿Qué pasa, Dupree?

—Conozco esta zona, señorita. Mi hermana vive en esta calle pequeña, un poco más arriba.

—¿De verdad? Pues entonces no deje de ir a visitarla mientras yo recorro las tiendas de esta calle.

—¿Usted sola, señorita?

—Tranquila, voy a estar por aquí, no voy a correr ningún peligro ni me voy a perder. Nos encontraremos otra vez justo aquí, digamos... dentro de una hora.

—Pero la señora...

—Nos guardaremos para nosotras los detalles de cómo hemos pasado la mañana. ¿Está de acuerdo?

—Muy bien, señorita —contestó Dupree sonriendo.

Lilly vio a Dupree avanzar por la estrecha callejuela e inmediatamente cerró los ojos y aspiró el aire con fuerza. Notó olores familiares, pero también

otros que no conocía. Y oyó sonidos. Su padre le había hablado sobre esta calle de los boticarios londinenses en la que prácticamente en cada casa había una botica o una tienda de productos químicos. Mucho tiempo, de los dos años que estuvo en Londres durante su aprendizaje en la Sociedad de Boticarios, lo había pasado en esta calle y en los jardines de la sociedad, en el barrio de Chelsea. Pero, de momento, iba a conocer Bucklersbury.

Empezó a caminar por la calle y vio escaparates muy parecidos al de su casa. Se fijó en los anuncios de las nuevas medicinas o específicos y sonrió encantada al ver ciertos expositores de lo más exóticos y originales: un tiburón colgando de la marquesina de una tienda, un pez globo de otra... Allí una estatua de un nativo americano, allá un rinoceronte esculpido en madera (el rinoceronte era uno de los símbolos del escudo de la sociedad de los farmacéuticos). Una madre, vestida con un elegante traje de paseo y un sombrerito con un estampado de frutas, sostenía a su bebé justo encima del animal de madera, y el niño se agarraba encantado al cuerno delantero, mientras que le tocaba la naricita.

Al contrario que en casa, se oían los gritos de los comerciantes anunciando sus productos, ofreciendo muestras gratuitas y presentando bálsamos que lo curaban todo. Cuanto más avanzaba por la calle, más crecía el clamor. Estaba a punto de volver cuando una tienda que hacía esquina captó su atención. La moldura de madera descascarillada de la ventana y el discreto cartel le recordaron mucho a la botica Haswell's. Se acercó un poco más y leyó el cartel, que decía simplemente «L. Lippert, boticario». Después miró a través del escaparate. La verdad es que era muy parecida a la suya: expositores tradicionales y nada ostentosos, mostradores immaculados ¡y hasta un caimán colgado del techo! Su corazón empezó a acelerarse al ver a una joven sentada en un pequeño escritorio semiescondido en un rincón de la tienda. Estaba sola. No había ni boticario ni clientes. En ese momento salió de una habitación trasera un hombre con chaleco y delantal. Llevaba lentes y parecía un poco mayor que su padre, pero su aspecto era tan competente como el de él. Cuando el hombre se detuvo para hablar con la joven, se inclinó para colocarle un mechón de pelo que se le había soltado, haciendo un

gesto cálido y cariñoso. En ese momento a Lilly se le saltaron las lágrimas. Se sentía feliz con los Elliott, pero de repente le dio un ataque de nostalgia. Echaba muchísimo de menos a su padre. Los echaba muchísimo de menos a todos.

Cuando empujó la puerta, y como no podía ser de otra manera, sonó la campanilla, quizás un poquito más estridente que la de su botica. La muchacha la miró con expresión agradable. Sus rasgos eran delicados, pero firmes, y aparentaba ser solo uno o dos años mayor que Lilly.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Solo estoy echando un vistazo, gracias.

—Está usted en su casa.

—Si quiere hacer alguna pregunta, estaré encantado de responder — intervino el boticario.

—El señor Lippert, supongo.

—El mismo.

—Me encanta su botica. Me ha atraído tanto que no he podido evitar entrar.

—Vaya, pues mucho me temo que es de las pocas personas a las que les pasa —dijo, pasando un paño por el ya de por sí reluciente mostrador.

—Me recuerda a la de mi padre.

—¡Ah! Bueno, espero que al menos sea más frecuentada.

—Pues sí, pero claro, es que es la única que hay en el pueblo.

—¿De verdad? ¿Y podría preguntarle el nombre de ese pueblo?

—Bedsley Priors. Está en Wiltshire.

—¡Lo conozco! —se volvió hacia la joven—. Tus abuelos viven cerca de allí, Polly.

—Sí, en Little Bedwyn —recordó la muchacha, sonriendo—. ¿Lo conoce?

—Por supuesto que sí.

—He pasado muchas horas felices con mis abuelos en ese precioso valle.

Lilly sonrió ante la genuina calidez de sus palabras.

—Cuando empecé —continuó el señor Lippert, agarrando un antiguo mortero—, pensé que volvería a Little Bedwyn. Pero aquí, en Londres, las oportunidades eran mucho mayores. Aunque ahora ya ve lo que hay —dijo, haciendo un gesto con la mano para señalar la ventana—. Mi hijo afirma que, si quiero competir, debo cambiar de estilo: actualizar el equipo y los expositores, importar medicinas exóticas de las Indias Orientales y Occidentales y tener existencias de las modernas medicinas patentadas y específicos más populares. Mi hijo tiene cabeza para los negocios, no me cabe duda. Por desgracia, prefiere dedicarse al flete de barcos en lugar de a la medicina. Todo lo contrario que Polly. El dueño de la mercería le ha ofrecido un trabajo, pero no quiere ni oír hablar de ello.

—Quiero estar aquí, padre. ¿Qué pasa, que quiere librarse de mí?

—Pues claro que no, querida mía. De todas formas, yo creo que el de la mercería necesita más una esposa que una empleada.

Polly sonrió con una mezcla de timidez y malicia.

—Ese puesto tampoco me interesa.

Lilly oyó gritos fuera y se volvió a mirar. Al final de la calle vio a un hombre con un cartel anunciador, que levantaba una botella, proclamando las virtudes de su contenido como un predicador itinerante.

—¿Quién es?

—Uno de esos falsos médicos que venden medicinas curalotodo, pero que no sirven para nada —respondió Polly con desprecio.

—¡Y tan falso! No es más que un vendedor ambulante, un charlatán de feria, un embaucador —dijo el señor Lippert.

—¿Qué vende?

—El vigorizante de *lady* Rutger. No me pregunte de qué se trata. Dice que está a la espera de recibir la patente. Absolutamente inútil, me temo.

—Usted no lo vende, ¿verdad?

—Pues tengo que confesarle que sí —respondió el hombre con cierto pesar—. Mi hijo dice que si los clientes lo piden, tengo que tenerlo. —

Anduvo un momento por la tienda, buscó en un estante, tomó una botella y se la pasó—. Esta estupidez es muy popular.

Lilly miró la etiqueta.

—No hay ni lista de ingredientes, ni instrucciones respecto a la dosis, ni advertencias ni contraindicaciones.

—Exactamente, solo promesas. Lo he estudiado un poco por mi cuenta. Contiene opio, eso es seguro. Por el olor creo que también extracto de rosa, y alguna cosa más... —Abrió la botella y le ofreció el tapón para que lo oliera. Se inclinó para hacerlo.

—Romero —dijo—. Y peonía. Reconocería esa fragancia en cualquier parte.

El boticario alzó las cejas impresionado.

—No me extraña que la tal *lady* Rutger disfrute con su vigorizante. Con él consigue oler bien y ponerse como un tiro... —Hizo una mueca—. Discúlpeme, he sido un poco rudo.

—Pero claro y directo, y ha dicho la verdad —dijo Lilly—. Mire, aprovechando que estoy aquí voy a molestarle a propósito de unas píldoras de hierba santa y de corteza de sauce. Mi tía suele sufrir con frecuencia dolores de cabeza, y ya casi se me han acabado las que traje de casa.

—¡Sin problemas! Aunque deberá esperar unos minutos a que las prepare, si no le importa.

—No, en absoluto —dijo, siguiéndole hasta el mostrador de atrás—. ¿Tiene usted hierba santa de mar?

—No, me temo que solo de maíz, y también la común, claro. —La miró por encima de las lentes—. Me sorprende que conozca las variedades.

—No importa. La común servirá. ¿Y corteza de sauce blanco?

—Sí, muy bien.

—¡Madre mía! —exclamó Polly—. Me está poniendo en vergüenza como hija de boticario.

—En absoluto, querida —dijo el boticario dirigiéndose a ella. Después miró a Lilly para explicarse—. Polly se dedica a hacer todo el trabajo

administrativo y a llevar los libros de cuentas. A ella no se le dan bien las hierbas, y a mí me pasa lo mismo con los números.

—Bueno, pues así se complementan ustedes estupendamente —afirmó Lilly sonriendo.

El hombre empezó a comprobar las fórmulas y a preparar el instrumental. Mientras trabajaba, Lilly se dio cuenta de que tenía los dedos artríticos.

—Supongo que no me va a permitir que las prepare yo misma. Nunca pensé que iba a echar de menos este trabajo, pero... ¿por los viejos tiempos?

—Pues claro, querida; si lo desea, adelante. Además, me apetece verla trabajar. —Hizo un gesto de invitación con el brazo para que se colocara en sus dominios.

Dejó a un lado el ridículo y se colocó tras el mostrador. Pesó los polvos haciendo movimientos rápidos y los introdujo en el mortero que había sacado el señor Lippert.

—¿Y para fraguar las píldoras? —preguntó.

—Pues... goma vegetal, si tiene.

Se la acercó. Con mucha destreza, Lilly añadió el líquido, agarró la mano y empezó a apretar y a remover. Cuando logró que la mezcla tuviera la consistencia adecuada, la pasó a la superficie del mostrador, la enrolló, la extendió, la colocó en un antiguo molde para píldoras y finalmente las extrajo, una vez formadas.

—¡Caramba, es un hacha! —exclamó Polly, admirada.

—¿La cubierta de qué la quiere? ¿De talco, de azúcar o de resina plateada?

—La verdad es que la hierba santa y la corteza de sauce tienen un sabor muy amargo —dijo Lilly.

—Entonces azúcar, deduzco.

Utilizando una cuchilla plana, Lilly pulió las ásperas píldoras, les dio forma redonda y las recubrió finalmente con azúcar. Después les pasó un papel suave para eliminar el exceso de azúcar y las introdujo en un recipiente.

—¡Madre mía! —exclamó el señor Lippert—. Si fuera usted un

muchacho, le ofrecería trabajo inmediatamente. Bueno, no pretendía ofenderla, querida.

—No me ofende, todo lo contrario —respondió sonriendo—. Pero no aceptaría ni aunque lo fuera. Para mí, esos tiempos han pasado.

—¡No sabe lo que me alivia oír eso! —dijo Polly, pero su sonrisa dejó claro que en ningún momento se había sentido amenazada por los elogios que su padre le había dedicado a Lilly.

—¿Qué le debo por las píldoras? —preguntó Lilly.

—No creo que sea adecuado hacerle pagar el precio completo, pues ha sido usted quien ha hecho el trabajo —reflexionó el señor Lippert—. ¿Le parece bien seis peniques?

—Eso es muy generoso por su parte. Empiezo a entender por qué no es usted el boticario más rico de la calle... Sin embargo, apostaría a que es el más amable.

—Muchas gracias, querida. Vuelva a vernos cuando lo desee, será un placer.

—¡Sí, hágalo, por favor! —dijo Polly—. Los lunes cerramos a las cuatro. Venga a tomar el té con nosotros.

—Sería muy agradable. Gracias.

Introdujo el paquetito en el bolso de mano, se despidió deseándoles lo mejor a Polly y al señor Lippert y salió de la tienda, deteniéndose un segundo para disfrutar del sonido de la campanilla, que tan familiar le resultaba.

Después cruzó la calle para oír lo que decía el pseudodoctor para ensalzar las virtudes de su irregular pócima.



El rollizo individuo estaba subido a un cajón de madera, cerca de su carreta. Levantaba una jarra recubierta con una etiqueta de papel marrón, intentando mantener la atención de la pequeña multitud que se había congregado a su alrededor.

—El vigorizante de *lady* Rutger restaura la sangre, equilibra los humores corporales, realza la complexión y despeja la mente.

—¿Se puede usar para equilibrar, o cuadrar si lo prefiere, los libros de contabilidad? —espetó sarcásticamente un joven y elegante caballero, y Lilly procuró reprimir su espontánea sonrisa.

Levantó la mano y habló:

—¿Podría hacerle una pregunta?

El gordito la miró con los ojos brillantes.

—Por supuesto, mi preciosa y joven dama. No tengo nada que esconder.

—¿Cuál es el principio activo de su producto?

Entrecerró los ojos, pero sonrió abiertamente con la boca.

—¿Por qué? ¿Piensa usted fabricarlo en su propio laboratorio?

La multitud rio.

—No, por supuesto que no—respondió con voz inocente.

—Claro, claro, solo era una broma. Bien, señorita, estaría más que dispuesto a divulgar los principios activos del producto, así como las cantidades y porcentajes de la mezcla, pero me temo que resultaría difícil captar toda la información. El mundo de la medicina es para hombres con formación, científicos, médicos, maestros...

—¿Y usted a cuál de esos grupos pertenece, caballero? —preguntó el joven, señalando al hombre con su bastón.

El vendedor ambulante hizo una pausa durante la cual se le heló la sonrisa.

—Pues a todos los que he nombrado, espero.

—¿Y dónde recibió su formación? —insistió Lilly.

—En la escuela de la vida, señorita. He viajado por todo el mundo y he descubierto remedios aún desconocidos en Inglaterra. He tratado a pacientes en cabañas y en castillos. En el campo y en la corte.

—¡Qué bien habla usted, caballero! —exclamó Lilly con burlona admiración—. No sabe lo que me gustaría oír con esa voz tan melodiosa y

cultivada la lista de ingredientes del vigorizante de *lady* Rutger.

—La lengua de la medicina es el latín, señorita. Ni siquiera, aunque le recitara de memoria el tratado *De materia medica*, cosa que, por supuesto, podría hacer, sería usted capaz de entenderlo.

—¿Me permitiría intentarlo al menos? —insistió.

—Muy bien —concedió, y siguió hablando de forma rápida y con pretendida autoridad—. Se trata de un específico aromático patentado que contiene Rosar, Poeniae, Anthos y Bryonia dioica.

Frunció el ceño y elevó una de las comisuras de la boca en gesto de suficiencia.

Lilly le correspondió con una dulce sonrisa antes de hablar.

—O sea, en lenguaje llano, agua de rosas, peonía, romero y brionia común.

Empezaron a temblarle las aletas de la nariz y la boca. Por su parte, Lilly notó casi físicamente la mirada de la multitud, pero mantuvo la suya fija en el charlatán.

—En otras palabras, se trata de plantas de la que esta buena gente puede disponer libremente en sus jardines y setos. O que podrían comprar, digamos, en la botica del señor Lippert, por mucho menos dinero del que usted pide por su producto, ¿no es así?

El vendedor ambulante se bajó del pequeño cajón, avanzó hacia ella y le habló casi en las narices.

—No sé quién es usted —dijo entre dientes—, pero está consiguiendo irritarme, y eso es peligroso. ¿Para quién trabaja? ¿Para el viejo Lippert? ¿Se trata de un último y desesperado esfuerzo por salvar su mustia botica?

Sintió una punzada de temor y dio un paso atrás, pero proyectó la voz de forma que todo el mundo pudiera oírla.

—No trabajo para nadie, y he tenido el privilegio de conocer al señor Lippert hoy mismo, hace solo un rato. Pero debo decirle, caballero, que en ese escaso tiempo me he dado cuenta de que en esta calle no hay ningún otro boticario, ni pseudodoctor que me dé más confianza que el señor Lippert.

—¡Eh, «doctor» Poole! —dijo un señor mayor, pronunciando el título con retintín—. Si no le importa, devuélvame hasta el último de mis once chelines.

—¡Y a mí también! —gritó una dama bien vestida.

Poole dio un paso amenazante hacia Lilly y ella sintió la necesidad de echar a correr. Se atrevió a buscar con la mirada al joven caballero, pero tanto él como su elegante bastón se batían en retirada. Lilly pensó para sí que era una estúpida. ¿Cómo se había atrevido a hacer algo así estando sola?

El doctor Graves surgió de la multitud como una aparición mágica, con una expresión de fría confianza.

—Vamos —dijo tranquilamente—. Llegamos tarde. —La tomó del brazo y la alejó del charlatán y de la multitud.

Por supuesto, Lilly no se resistió.

—Es más que suficiente, supongo. Muchas gracias —susurró una vez que hubieron cruzado la calle.

Él se detuvo, la soltó y emitió un sonoro suspiro.

—Debo decirle, señorita Haswell, que ha cometido una auténtica estupidez. Habría corrido menos peligro poniéndose delante de un perro callejero que buscara su hueso. Él volverá dentro de una hora, y mañana, y la semana que viene, y... ¿piensa montar guardia y enfrentarse a él todas las veces?

—No, claro que no. Pero no he podido soportar ver cómo engatusaba a esa pobre gente.

—Yo también lo he visto. Había venido a comprar algunas cosas para el hospital cuando la vi con la cara casi pegada a la de ese charlatán de feria. No me podía creer lo que estaba viendo. —La miró intensamente—. Ni tampoco lo que estaba oyendo. Solo pude oírla a retazos, señorita Haswell, pero su dominio del latín es impresionante. Me sorprende que su tutor incluyera esa lengua en su formación.

Ella dudó por un momento.

—He aprendido muchas cosas desde que llegué a Londres —dijo, lo cual no dejaba de ser verdad—, pero una de ellas no ha sido el latín precisamente.

Él miró hacia la calle, en la que había unos cuantos carruajes esperando.

—Supongo que no habrá venido sola hasta aquí, ¿verdad?

—No. He venido en un coche de punto con la doncella de mi tía. Volverá en cualquier momento.

—Entonces, ¿me permitiría tener el honor de llevarlas a casa sanas y salvas?

—Por supuesto, doctor Graves —respondió ella aliviada, e inclinó la cabeza para observarlo—. Para ser una persona que le teme a tantas cosas, debo decirle que hoy ha demostrado mucho valor. Le agradezco que me rescatara.

Sus pálidas mejillas se ruborizaron de puro placer al oírla y hasta le pareció que su delgado cuerpo se ensanchaba con el cumplido.

—Entonces, perfecto —dijo—. Estoy muy contento de haber podido ayudarla.

Capítulo 10

«Deme un poco de almizcle, amigo boticario, que quiero endulzar mi imaginación».

SHAKESPEARE

Esa misma tarde, cuando Lilly entró en las habitaciones de su tía, Ruth Elliott estaba sentada ante la mesa de tocador, y desde allí la miró y le dedicó una gran sonrisa.

—¡Aquí estás por fin, querida! —dijo, dando un golpecito en la silla vacía que había junto a la suya—. Ven y enséñame todo lo que te has comprado.

—Creo que no he encontrado nada que colmara mis expectativas. Ir de compras no es lo mismo sin su consejo. Y usted, ¿qué tal se encuentra?

—Muchísimo mejor.

—No sabe cuánto me alegro.

—Dormir es la mejor medicina y no la venden en las boticas. Creo que hasta me voy a vestir para cenar.

—Tía, ¿puedo preguntarle...? —El corazón de Lilly se aceleró con solo pensar en la gargantilla negra. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para hablar con calma—. ¿Puedo preguntarle sobre algo que vi en su joyero?

—¡Ah! Viste algo que te llamó la atención y te gustó, ¿verdad?

—Bueno, en cierto modo...

—Vamos a mirarlo —dijo su tía, levantándose con energía—. Sea lo que sea, estoy segura de que no habrá ningún problema para que te lo pongas. ¿Cuál es nuestro próximo compromiso? Se me ha olvidado... ¿la cena en casa de los Caldwell?

—No estoy segura —dijo Lilly con vaguedad, pues sus pensamientos iban por otro lado.

Ruth Elliott seleccionó una de las muchas llaves de la historiada cadena en la que las almacenaba.

—Aquí está la llave.

Lilly la siguió hasta el vestidor y vio que lo abría.

—Bueno, dime qué te ha llamado tanto la atención.

Al abrir el cajón, Lilly notó que tenía las palmas de las manos húmedas. ¿Seguiría estando allí o lo habría soñado?

Allí estaba, negro, con la cadena afiligranada y el ónice, también negro. Lo agarró con mucho cuidado y se lo mostró a su tía. Ruth Elliott lo tomó con cuidado entre sus manos y frunció el ceño.

—Nunca lo habría adivinado. Es un poco serio, ¿no te parece? Muy elegante para vestir de luto, supongo. Pero no hace juego con ninguno de tus vestidos...

—No quiero llevarlo. Lo que pretendo es saber cómo ha llegado hasta aquí.

Ruth Elliott la miró confundida. ¿Sería posible que Ruth Elliott no supiera que esa joya había pertenecido a su madre? ¿O simplemente dudaba, intentando encontrar una explicación plausible?

—¿Qué quieres decir, querida?

Lilly no podía concebir que su tía fuera capaz de engañarla, y su pregunta, tan inocente, le pareció completamente sincera.

—¿De dónde procede?

—Pues... en realidad, no lo sé. Creo..., si no recuerdo mal, que la

adquirió tu tío.

—¿Qué la adquirió? ¿De quién?

La mujer miró la gargantilla haciendo un gesto de enorme concentración, como si la propia joya pudiera darle la respuesta.

—Creo que dijo que la había conseguido en una subasta. No recuerdo dónde.

—¿Una subasta? —¿Sería posible? A Lilly le costaba mucho creer que se hubiera podido producir una coincidencia de tal calibre. A no ser que su tío hubiera pujado por la joya precisamente porque la hubiera reconocido—. ¿Cuándo? ¿Hace cuánto tiempo?

—Tendrás que preguntarle a tu tío. Pero me parece que esta joya lleva aquí unos cuantos años. Yo no me la he puesto nunca. Ni siquiera puedo imaginarme por qué se le ocurriría comprarla, aunque nunca he tenido el valor de preguntárselo.

Su tía le agarró los brazos con cara de preocupación.

—¿Qué pasa, Lillian? ¿Por qué tienes tanto interés en saberlo?

Tenía la respuesta de que la gargantilla había pertenecido a su madre prácticamente en la punta de la lengua, pero se tragó las palabras. ¿Cómo iba a decírselo a su tía si su propio marido no lo había hecho? Probablemente tendría sus razones. Así que Lilly tragó saliva.

—Es una joya muy poco habitual, eso está claro. Ya le preguntaré sobre ella al tío, tal como me ha sugerido.

—Pero...

—Perdóneme, tía. Debo darme prisa, porque si no, no voy a ser capaz de vestirme adecuadamente para la cena.

—Muy bien, querida.

No obstante, notó la preocupación de su tía mientras salía del vestidor.



Cuando estaban en la mesa del comedor, usando la cuchara de forma elegante

y en silencio para tomarse la magnífica sopa de primavera, su tía sacó a colación el asunto. Era de esperar...

—Querido, Lillian quería preguntarle algo sobre una gargantilla que hay en el joyero.

—¿Sí?

—Se trata de esa joya tan poco habitual, negra y con un colgante de ónice.

El rostro de su tío se turbó y se quedó mirando fijamente el mantel, aunque seguramente sin verlo. ¿O acaso se lo estaba imaginando?

—Querida, me temo que no estoy en condiciones de recordar todas y cada una de las joyas que posees.

—No, claro que no. Pero esta creo que sí la recordarás. De filigrana negra, y el ónice es octogonal. Creo que me dijiste que la habías comprado en una subasta hace varios años.

—¿De verdad? —Dejó la cuchara sobre la mesa con gesto de controlada irritación y se echó hacia atrás en la silla—. Vamos a terminar la comida en paz y después me enseñas la pieza en cuestión, ¿de acuerdo?

—Sí, claro. —Su tía se había quedado bastante sorprendida.



Después de la cena, los Elliott desaparecieron en las habitaciones de su tía y Lilly se retiró a la suya, esperando con ansiedad. Se sorprendió a sí misma pensando en el día de la desaparición de su madre. Cuando llegó a casa y se encontró a su padre caminando de un lado a otro y a Charlie escondido tras las cortinas fue al dormitorio de su madre y empezó a mirar por los cajones y el guardarropa, buscando una carta o algo que le permitiera saber o intuir por qué se había ido y adónde. Lilly pensaba que conocía las razones, o al menos parte de ellas. Ni siquiera ahora podía quitarse de la cabeza el sentimiento de culpa, la terrible idea de que su discusión había sido la gota que había colmado el vaso.

Ya en esa primera revisión, Lilly se había dado cuenta de que su madre se había llevado las joyas y sus mejores vestidos. Y también de que el mapa no estaba, ese mapa del mundo que ella y su madre revisaban con gran interés las tardes de lluvia, un rectángulo de papel marrón muy resistente. En él había representadas dos esferas: en la de la derecha el Viejo Mundo y en la de la izquierda el Nuevo. Como niña que era, Lilly no podía creer que esa pequeña isla con forma de ratón fuera Inglaterra y que las orejas correspondieran a Escocia. ¡Qué pequeño era su mundo en comparación con la inmensidad del resto! Su madre le daba la razón, y durante horas trazaban las líneas que indicaban la latitud y leían los nombres de lugares lejanos: las islas Canarias, Trinidad y Tobago, el océano Glacial Antártico..., e imaginaban en voz alta cómo serían. Su madre parecía conocer el tiempo que duraba un viaje a la nueva *Terra Australis*, a la que se enviaba a los convictos, o al cabo africano de Buena Esperanza, o al cabo de Hornos de América del Sur.

Al marcharse, Rosamond Haswell se llevó con ella el manido mapa. ¿Adónde lo habría llevado? ¿Lo seguiría utilizando para decidir su próximo destino?



Media hora después, Lilly seguía caminando de lado a lado de su habitación cuando la criada llamó a la puerta con los nudillos y le pidió que fuera a la biblioteca a reunirse con el señor Elliott. La muchacha bajó de inmediato.

Su tío estaba solo, de pie y con una mano apoyada sobre la repisa de la chimenea.

—Pasa, querida. Siéntate.

Así lo hizo, en una de las sillas de la mesa de la librería, con las manos apretadas. Una lámpara de aceite iluminaba la mesa, de madera de caoba, haciendo que la superficie brillara.

Su tío avanzó despacio hacia ella y abrió el puño que hasta ese momento había estado cerrado. Vio la joya negra. La dejó sobre la mesa, entre los dos.

Él suspiró mientras miraba la pieza.

—Para serte completamente sincero, había olvidado que estaba allí... o, al menos, me lo había quitado de la cabeza.

—Era de mi madre, ¿verdad? —preguntó en un susurro, después de tragar saliva.

La miró, y sus ojos de perro de caza mostraron una enorme tristeza.

—Sí, lo era. Aunque me sorprende que la recuerdes con tanta claridad. ¡Ah, claro, se me olvidaba! Tu infalible memoria...

—No es infalible —rectificó, agachando la cabeza.

—No es mi intención censurarte, en absoluto. Ya me gustaría a mí que mi memoria fuera la mitad de buena que la tuya. —Se sentó en una silla y volvió a suspirar—. Tu tía no sabía que era de tu madre. No se lo había dicho hasta esta noche.

Por una parte, Lilly se sintió aliviada por el hecho de que su tía no hubiera mentado, pero seguía sin poder evitar sentirse confundida.

—¿Por qué?

—Porque tu madre no quería que Ruth lo supiera.

—No... no lo entiendo. ¿Qué control podría tener ella sobre una subasta?

—No fue una subasta pública, aunque eso fue lo que le hice creer a Ruth. Tu madre vino a verme en secreto.

—¿Cuándo?

—Hace unos cuatro años. En ese momento yo no sabía que os había dejado. De forma muy arrogante, asumí que tu padre pasaba por dificultades económicas. Tan grandes como para que ella acudiera a mí para pedirme dinero.

Lilly tuvo dificultad para respirar.

—Me dijo que prefería ofrecerme a mí la joya antes que a un extraño, dando por hecho que yo la valoraría más y mejor. Lo que yo supuse fue que prefería que se quedara en la familia. Lógico y honorable, aunque no dejó de sorprenderme su descaro por el hecho de pedirme dinero a cambio de algo

que, al fin y al cabo, le habían dado nuestros padres.

—¿Qué más le dijo? ¿Dónde vivía?

—Como ya te he contado, asumí estúpidamente que había venido de Wiltshire a conseguir dinero. No hice preguntas. Aunque lo que sí hice fue decir cosas bastante crueles.

—¿Cruelles?

—Sobre que tu padre no fuera capaz de mantenerla a ella y a vosotros, sus hijos. Sobre el hecho de que ya le había advertido de que no se casara con él. Me avergüenza lo que le dije en ese momento.

—Me pregunto si vivía en Londres o simplemente estaba de paso, o si solo vino a ofrecerle la joya a cambio de dinero. ¿Estaba sola?

—Sí.

—¿Y le pidió que no se lo dijera a la tía?

—Ella y Ruth habían sido amigas de pequeñas. Supongo que le avergonzaba que Ruth lo supiera.

—O quizá pensó que la tía haría más preguntas que las que hizo usted. Preguntas a las que ella no querría responder.

—Es posible.

—¿Le pidió dinero en alguna otra ocasión?

Dudó durante un segundo.

—No, querida. Solo me pidió dinero esa vez. Supongo que no tenía nada más de valor y que era muy orgullosa como para pedir sin dar nada a cambio.

Lilly negó con la cabeza al imaginarse la difícil escena entre dos hermanos a los que las circunstancias habían alejado tanto.

—Lo siento, Lillian. Nunca ha sido mi intención engañarte. Lo que pasa es que sabía que te iba a preocupar saberlo. Dime que lo entiendes.

—Claro que lo entiendo. —Se levantó despacio—. ¿Y la tía? ¿Lo entiende o está enfadada con usted?

—Más bien decepcionada, creo —respondió, encogiéndose de hombros.

Lilly se acercó a la ventana. Le temblaban las piernas. Fuera, en la calle,

la luz de las lámparas brillaba sobre el pavimento mojado por la lluvia.

—¿Vas a estar bien? —preguntó su tío.

—Por supuesto. Gracias por contármelo.

—Por favor, quédate con la gargantilla, Lillian —dijo su tío mientras se ponía de pie—. Estoy seguro de que tu madre querría que la tuvieras.

Lilly no estaba tan segura de eso. ¿Acaso podía saber alguien lo que realmente quería su madre?

—De momento, dejémosla guardada en el joyero.



Por la mañana, su tía entró en su habitación cuando Lilly aún no se había quitado el camisón. Agarró las manos de Lilly, fuertes, con las suyas, mucho más delicadas.

—Querida mía, lo siento. No puedo ni imaginarme lo que estarás sintiendo.

—La verdad es que no sé ni cómo sentirme.

—¿Puedo ayudarte de algún modo? —preguntó, apretándole las manos.

—Contándome todo lo que sepa —respondió Lilly después de inspirar con fuerza.

La tía Ruth dudó un momento antes de empezar a hablar.

—Tu madre y yo éramos muy amigas de niñas y de adolescentes y teníamos una gran confianza mutua, pero sé muy poco sobre lo que pasó después de que se casara con tu padre.

—¿Y antes?

—Bueno, no creo que debas... No creo que a nadie le guste conocer las historias románticas que atañen a sus padres, quiero decir, las que no impliquen a su otro progenitor.

—De todas formas, le ruego que me cuente lo que sea. —Lilly se sentó sobre la cama, ya hecha, e invitó a su tía a que hiciera lo mismo en el sillón

de al lado. Tía Elliott así lo hizo, aunque no parecía estar cómoda en absoluto.

—Tu madre se enamoró perdidamente de un hombre antes de conocer a tu padre. ¿No te lo contó?

Lilly negó con la cabeza.

—Un hombre muy elegante. Marino militar, un oficial. Y pensaba que tenía la intención de casarse con ella —continuó su tía.

—¿Cómo se llamaba?

Ruth Elliott mostraba su nerviosismo dándole vueltas a sus anillos.

—Supongo que, a estas alturas, a nadie le supone ningún problema que lo sepas. Se llamaba Quincy, capitán Ernest Quincy. Pero todo el mundo lo llamaba Quinn.

El nombre no significaba nada para Lilly.

—Ella solía decirme que Quinn pretendía tener su propia flota algún día y viajar por todo el mundo. Y que le prometió llevarla con él.

Lilly asintió pensativamente. Podía entender perfectamente que un hombre así, y una promesa de ese tipo, hubieran hecho mella en su madre. ¿Acaso no se pasaba horas mirando su querido mapamundi?

—Rosamond era muy feliz en aquellos tiempos —continuó Ruth—. Pero, de repente y sin previo aviso, *The Times* publicó el compromiso matrimonial de Quinn con Daisy Wolcott. Supongo que era un partido mucho mejor para él, ya que su padre era muy rico. Rosamond se quedó destrozada.

»No obstante, poco después me dijo que había conocido a otro hombre y que el tal Charles Haswell poseía todas las cualidades que le faltaban a Quinn. Evidentemente, consideraba a Rosamond la criatura más deseable y perfecta de la Creación. Un auténtico bálsamo para su alma herida, sin duda. Pero, como seguramente ya sabes, la familia no consideraba a Charles un buen partido para ella. No era ni rico ni de buena familia, y tampoco tenía buenos contactos. —Miró a Lilly con los ojos apenados—. Lo siento, pero así fueron las cosas —confirmó, respirando hondo—. Por supuesto, Rosamond no hizo caso de nada de eso. Argumentó que pronto haría dinero y

prosperaría. Pero, sobre todo, sabía que tu padre la sacaría de Londres, que consideraba el escenario de su desgracia. Y a mí me parece que eso era lo que más le atraía de la relación.

»Pidió su mano en cuestión de días y Rosamond aceptó de inmediato. Todos intentamos disuadirla de una decisión tan precipitada. De haber estado vivo tu abuelo, jamás lo hubiera permitido, pero para entonces ya había fallecido. Rosamond rogó a Jonathan que adquiriese una licencia especial de matrimonio para que ella y Charles pudieran casarse lo más rápido que fuera posible y, finalmente, se casaron dos días antes de la boda del propio Quinn. A la ceremonia solo acudimos Jonathan, su madre y yo. Supongo que Rosamond se pasó bastante tiempo imaginándose el arrepentimiento que sentiría Quinn al descubrir que ella se había casado con otro. Durante la ceremonia la vi mirar de reojo hacia la puerta, como si pensara que Quinn fuera a hacer su aparición en cualquier momento para poner objeciones y que el matrimonio no se celebrara.

Ruth Elliott negó con la cabeza, como si ella misma estuviera arrepentida.

—Tu tío decidió que no se informara a ninguno de nuestros amigos y conocidos sobre la profesión de tu padre. Cuando nos preguntaban hacíamos una mención general y ambigua a sus «propiedades» en la zona de Wiltshire. Tras la boda, la pareja se marchó de inmediato, siento decir que para alivio de Rosalind y de todos, la verdad.

Su tía dejó de hablar y en la habitación se produjo un denso silencio. Podía oírse el tictac del reloj, el sonido de una puerta que se cerró en algún lugar de la planta baja y el ruido de los cascos y de las ruedas de los carruajes que pasaban por la calle traspasando sin problema los gruesos muros de la vivienda y las cristalerías de las ventanas.

—Ahora entiendo sus dudas sobre si debía contármelo —dijo Lilly—. No es una historia muy romántica, por lo que puedo deducir, ¿verdad? Me pregunto si mi pobre padre tenía la menor idea de lo que estaba pasando.

—Pues no lo sé, querida mía.

Lilly se levantó. Se sentía bastante agitada e intentaba reordenar sus pensamientos tras las revelaciones de su tía y desechar las ideas que antes

tenía, completamente erróneas según acababa de descubrir.

—Y... ¿entonces, el tal Quinn consiguió barcos propios y navegar a lugares lejanos?

—No, que yo sepa —respondió Ruth sin levantarse—. Sigue casado con la que de soltera era la señorita Wolcott, aunque no parece que el matrimonio sea feliz. Veo a Daisy de vez en cuando y casi siempre está sola. Según los cotilleos, a los que suelo dar crédito por lo que te he contado, él ha tenido, y parece que sigue teniendo, un buen surtido de amantes.

—¿No crees que madre...?

La tía Elliott se recolocó nerviosa en su asiento, la miró y después fijó la vista en el infinito.

—Por lo que sé, su relación se cortó de forma radical hace más de veinte años. —Hizo una pausa—. Pero tengo que confesarte que cuando recibimos la carta de tu padre en la que nos contaba que Rosamond lo había dejado, a mí la noticia no me sorprendió tanto como lo hubiera hecho de no haber sabido el precedente de la relación con Quinn. Tenía la esperanza de que Rosamond viviera feliz con tu padre, pero en el fondo nunca creí que llegara a lograrlo de verdad. —Suspiró—. Y me temo que no sé nada más, querida. Al menos, nada concreto. No tengo la menor idea de adónde se fue ni de dónde está ahora.

Lilly se quedó mirando por la ventana del segundo piso, desde la que veía el tráfico y, algo más allá, los árboles de Hyde Park.

—Siempre me la he imaginado navegando por los siete mares o viviendo una gran aventura en un lugar remoto.

—¿De verdad?

Lilly se volvió y adivinó en la cara de su tía una emoción nada familiar y bastante lúgubre dentro de su comedimiento habitual.

—Entonces tu imaginación es mucho más generosa que la mía.

Capítulo 11

«Y es que, si los jóvenes nunca se cansan de equivocarse en su conducta, los mayores tampoco paran de equivocarse en sus juicios».

FANNY BURNEY

Cecilia, 1782

Durante ese día y esa noche Lilly no paró de pensar y de hacerse preguntas de todo tipo. A la mañana siguiente estaba preocupada e inquieta. Quería correr. Necesitaba correr. ¿Pero en qué lugar de Londres podía hacer algo así? ¿En qué lugar no se encontraría con miradas dispuestas a censurarla y bocas proclives a dar pábulo inmediato a su conducta, inadmisibles en una dama?

En ninguna parte.

Suspiró, tomó la taza de chocolate de la bandeja que la criada había colocado en la mesilla de noche y dio un sorbo. El chocolate siempre le ayudaba a asentar su estado de ánimo, pero no le sirvió para calmar el ansia de sus extremidades.

Después del desayuno, Lilly recibió una carta y se la llevó a la sala de estar, pues deseaba hacer compañía a su tía mientras hacía su hora de costura diaria. La tía le sonrió y Lilly le devolvió la sonrisa. No necesitaban hablar.

Estaban lo suficientemente a gusto la una con la otra y disfrutaban en igual medida de la charla y del silencio.

La carta era de Mary. Al abrirla, Lilly se dio cuenta de que hacía varias semanas que no recibía carta de su vieja amiga.

Al principio de su estancia en Londres, Mary le escribía sin falta una vez cada quince días, e incluso algunas veces hasta una vez por semana. Y Lilly siempre contestaba, aunque a veces no tan rápido como hubiera debido. Aquel primer año le resultó difícil, pues estaba muy ocupada con sus estudios. Y ahora... Bueno, tenía tiempo por la mañana temprano, antes de que empezaran las ocupaciones cotidianas: hacer ejercicio en el parque, el té, los interminables acontecimientos sociales de la tarde y de la noche, etcétera, así que apenas tenía tiempo de escribir a casa.

Ojeó por encima las líneas escritas con la pequeña y cuidada caligrafía de Mary y experimentó la agradable calidez de siempre al leer los alegres informes sobre nuevas recetas de galletas, el tema del sermón del domingo o los avatares de la última fiesta al aire libre a la que había acudido con Charlie, Francis y la señorita Robbins.

Sabía que debía contestar a su carta, pero... ¿qué podría decirle? No le apetecía describir sus vestidos nuevos, ni los bailes, ni las compras con la señorita Price-Winters en la calle Bond o Pall Mall, ni los museos, ni los conciertos. Tampoco iba a describirle a Roger Bromley ni su amabilidad con ella, puesto que Mary nunca había tenido a nadie que la cortejara.

—¿De casa? —preguntó la tía Elliott sin levantar la vista de la labor.

—Sí. De Mary.

Lilly no quería fingir que sus días eran tan normales y sencillos como sin duda eran los de Mary, que seguía con su vida rural y tranquila.

Suspiró.

Su tía, tras pasar un hilo azul cobalto por el lienzo para bordar, la miró brevemente al oírla.

—¿Va todo bien?

—¡Sí, claro! Los asuntos de siempre, muy agradables —respondió,

volviendo a doblar la carta—. Me gusta ese azul.

Decidió que contestaría al día siguiente. O al otro.



—El señor Adam Graves —anunció Fletcher, que inmediatamente se retiró de la sala de estar.

Lilly se levantó de repente, muy sorprendida, y la carta se le cayó de las manos.

El doctor Graves entró y la saludó con una reverencia.

—Señorita Haswell.

Ella lo saludó a su vez y aprovechó para recoger torpemente la carta mientras se inclinaba.

—¿Se acuerda usted de mi tía, la señora Elliott? —dijo Lilly, deseando fervientemente que no mencionara su reciente encuentro en la calle de los boticarios.

—Por supuesto que sí. Señora, mis respetos. —Se inclinó otra vez. Le cayó sobre la cara un mechón de pelo rubio que volvió a su sitio cuando se puso derecho de nuevo.

Su tía asintió, pero ni se levantó, ni habló, ni dejó la labor.

—Con su permiso, señora, he venido a preguntar si la señorita Haswell podría acompañarme a dar un paseo por el parque. He pensado en mañana por la tarde, por ejemplo.

La expresión de su tía al mirar al joven fue afable y tranquila, pero cuando se volvió a mirar a Lilly era de sorpresa y duda.

—Creo recordar, aunque no estoy segura, que mañana por la tarde teníamos un compromiso. ¿No esperábamos a los Langtry, querida? ¿Lo recuerdas?

Lilly se dio cuenta de lo inteligente de la intervención de su tía. Le estaba proporcionando una excusa para negarse, si lo deseaba. Sabía que ella preferiría que no le diera esperanzas al joven, aunque tampoco iba a

prohibirle que lo frecuentara. Al menos se había educado en Oxford, por lo que su familia tenía que ser razonablemente rica. Tragó saliva.

—Creo que esa visita va a ser el viernes, tía. No recuerdo que mañana por la tarde tengamos ningún compromiso.

—¿De verdad? Bueno, me fío de ti. ¡Menuda memoria tienes! A veces pienso que no sé si me gustaría tenerla y no ser capaz de olvidar nada.

El doctor Graves se aclaró la garganta.

—Excelente. Alquilaré un carruaje inmediatamente. El mío no lo tengo en la ciudad.

La tía Elliott levantó las cejas.

—He estado utilizando el de mi hermano, pero mañana lo va a usar él.

Lilly se mordió el labio. ¿Acaso no sabía que los carruajes de alquiler no tenían permitido circular por Hyde Park?

—No se preocupe, doctor Graves. Me gusta pasear andando.

—¿De verdad? ¿Está usted segura?

—Completamente. Cuando estaba en casa solo había una cosa que me gustara más que un paseo andando por el campo.

—¿Y cuál era?

Miró a su tía y cambió de tema.

—¿A qué hora lo espero?



El doctor Graves llegó absolutamente puntual a recoger a Lilly para el paseo acordado por Hyde Park, que estaba a escasa distancia de casa de sus tíos. Él llevaba un abrigo de entretiempo color burdeos, chaleco estampado y pantalones beis. Su tía no podría quejarse en absoluto de su atuendo, que era de lo más formal.

Lilly se puso un vestido de paseo de color marfil de muselina y encima una prenda de satén color lila. Tal como le sugirió su tía, se puso también un

gran sombrero Oldenburg, quizá para evitar que los conocidos del señor Bromley la reconocieran al verla con otro hombre.

No obstante, no parecía muy probable que se encontraran con nadie conocido, ya que Hyde Park era poco frecuentado a primera hora de la tarde. La gente de la alta sociedad no se dejaba ver por lo menos hasta pasadas las cinco y media, momento en el que llegaban casi en masa en magníficos carruajes y vistiendo espléndida ropa de paseo para deambular, murmurar y coquetear hasta que llegara el momento de volver a casa y cambiarse para la cena.

Tampoco había ningún tipo de parada militar o de reunión de jinetes que pudiera romper la tranquila soledad en la que Lilly y el doctor Graves paseaban por los senderos en dirección al Serpentine, el lago artificial que estaba más o menos en el centro del parque. La muchacha procuró mantener una conversación trivial, pero animada, señalando las flores en plena eclosión, las ardillas de los árboles e incluso un solitario y elegante faetón que cruzó a cierta distancia. El doctor Graves se limitaba a asentir o a murmurar su aquiescencia a los comentarios, pero se le notaba distraído. Hasta que finalmente se decidió a hablar.

—Señorita Haswell, en una conversación previa me preguntó acerca de mis miedos.

—No hace falta que...

—Sí, hace falta —insistió, y soltó el aire con fuerza—. Creo que me he autodiagnosticado la causa del problema. Pero no el pronóstico ni el tratamiento. Como ya le había mencionado, soy el más joven de tres hermanos. Los tres fuimos enviados a un internado, muy famoso por su estricta disciplina. Pero, en ese aspecto, el director no era nada si se le compara con mi padre. O hacíamos lo que él nos decía, o las consecuencias eran tremendas. Y hasta en este mismo momento de mi vida me cuesta muchísimo enfrentarme a la autoridad o actuar oponiéndome a algo, lo que sea, incluso aunque no me guste o no esté de acuerdo con ello. No he tomado una decisión propia e importante para mí hasta los veinticinco años.

Lo miró y preguntó con precaución.

—¿Y cuál fue, si me permite preguntárselo?

Abrió y cerró sus deslumbrantes ojos azules.

—Pues... cortejarla, señorita Haswell.

Notó que se sonrojaba y el corazón empezó a latirle deprisa, pero también con suavidad. Caminaron en silencio durante varios minutos antes de que él volviera a hablar. Y lo hizo de forma brusca.

—Creo que debo decirle que estuve comprometido una vez, pero que la dama rompió dicho compromiso.

—¡Oh! —Se quedó de piedra—. Lo... lo siento.

La miró brevemente y después volvió a dirigir su mirada hacia delante.

—A ella la eligió mi padre, pero me temo que ni a la señorita ni a su madre les agradaba la profesión que había escogido. Pensar en hospitales, heridas y enfermedades... les disgustaba profundamente a ambas.

Lilly asintió comprensiva.

—Sé que la medicina es bastante... desagradable —prosiguió él—. Forúnculos y tumores. Infecciones y fluidos corporales... —Se detuvo y se volvió hacia ella con expresión contrita—. ¡Perdóneme!

—No se preocupe por mí —dijo Lilly con amabilidad.

—¿No le molesta esta conversación?

—No. Aunque debo confesarle que tampoco es que sea mi tema de conversación favorito para una cena, pongamos por caso.

—¡Por supuesto! ¿Pero no va a desvanecerse, ni marearse, ni ponerse enferma?

Lilly negó con la cabeza.

Se detuvo en medio del sendero, flanqueado por grandes árboles, y la miró con auténtica admiración. Ella se sintió tentada de contarle la razón por la que el tema de la medicina no le era extraño ni le disgustaba. Pero la voz de su tía, previniéndola acerca de tal franqueza, resonó con fuerza en su cabeza.

—En ese caso —dijo él, sonriendo enigmáticamente—, hay un lugar que

me encantaría mostrarle.

Su franca sonrisa transformó completamente sus facciones. Desaparecieron las arrugas de preocupación de la frente, los ojos le brillaron y los hoyuelos se hicieron más profundos.

—«Oh, por Dios... » —exclamó Lilly para sí, y sintió calor en las mejillas al mirarlo, alegrándose de que no pudiera leerle el pensamiento.

Capítulo 12

«Perderte en la lejanía, disiparte, olvidar lo que, perdida entre el follaje, no supiste nunca: la fatiga, la fiebre y la congoja que, unos junto a otros, los hombres, al gemir, escuchan».

JOHN KEATS,
poeta y boticario con licencia *Oda a un ruiseñor*,³ 1819

El doctor Graves alquiló un coche de punto que los llevó hasta el sudeste de Londres, donde se encontraba el enorme e impresionante hospital Guy's.

—Me gustaría enseñarle el lugar en el que, durante el último año, he pasado la mayor parte de mis días y bastantes noches. Es por aquí por donde voy de sala en sala para adquirir experiencia. Oficialmente soy un médico aprendiz y pago un buen dinero por dicho privilegio. O más bien es mi padre quien lo hace. —Sonrió de forma torcida, aunque le brillaban los ojos—. Como le expliqué, hace poco que me he examinado para obtener la licenciatura y dentro de poco sabré si la he obtenido o no.

Una vez que llegaron a la puerta, pagó al cochero y ayudó a bajar a Lilly del carruaje. Ella aprovechó la oportunidad para tocar la mano del joven con la suya enguantada, aunque muy fugazmente.

Atravesaron las verjas metálicas que daban al patio abierto, flanqueado en tres de sus cuatro lados por los edificios de ladrillo gris y marrón, de cuatro pisos de altura. En el centro del patio se erguía la estatua de Thomas Guy, que hacía aproximadamente un siglo había fundado el hospital.

—Señorita Haswell, ¿sabe usted algo de Thomas Guy?

Ella negó con la cabeza.

—Solo puedo expresar admiración por él. Sus orígenes fueron bastante humildes; era hijo de un minero del carbón. Ejerció como vendedor de libros y amasó una gran fortuna gracias a la venta de biblias, entre otras cosas. La lista de lo que hizo y de lo que donó a la comunidad es interminable.

Entraron en el edificio pasando por una gran arcada sujeta con columnas. El doctor Graves parecía revivir dentro de esas paredes. No tenía nada que ver con el hombre indeciso y poco amable con el que coincidió en el baile. Por el contrario, la acompañó haciendo una entusiasta visita a las dependencias del centro hospitalario: el gran vestíbulo principal, la capilla, el aula magna y dos de las doce salas que albergaba.

—Es un hospital para aprender —explicó—. Boticarios, cirujanos en formación, médicos aprendices y enfermeros acuden aquí para formarse y hacer prácticas.

Captó su atención la referencia a los boticarios, pero por esta vez mantuvo la boca cerrada.

Un joven cargado con un montón de libros y papeles surgió de repente de un rincón ante el doctor Graves, que estiró las manos para protegerse del choque inminente. El joven no pudo evitar que los libros y papeles cayeran al suelo.

—Keats, debería tener más cuidado.

—Lo siento, señor. —El joven señor Keats se arrodilló para recoger los papeles. Lilly también se agachó y recogió una hoja que había ido a parar junto a su bota. La miró y le sorprendió ver estrofas de un soneto escritas con letra primorosa. Pudo leer algunas frases: «*¡Oh, soledad!..... sube conmigo la cuesta... las floridas faldas de las colinas...*».

Al levantarse, Lilly miró al joven, que parecía de su misma edad y tan distraído y nervioso como un gorrión.

Le ofreció la hoja de papel, y al darse cuenta, el joven detuvo sus incesantes movimientos y la miró con cautela. Ella siguió ofreciéndosela sin hacer ningún comentario, y el joven la recogió y la escondió de inmediato entre las páginas del voluminoso libro que tenía encima de los demás.

—Gracias, amable señorita.

—Señorita Haswell, le presento al señor John Keats.

El joven, mientras sostenía su carga, se las apañó para hacer una inclinación.

—Encantado. ¿Cómo está?

—El señor Keats se está formando para ser boticario. ¿No es así, Keats?

—En efecto... aunque también tengo otros intereses —indicó el joven, inclinando la cabeza.

Graves echó un vistazo al librote con el que cargaba Keats.

—Poesía lírica... No recuerdo que esa materia esté incluida en los programas.

—No, señor. Lo leo durante mi tiempo libre, señor.

Keats le dedicó una nueva inclinación a Lilly y echó a andar a toda prisa por el pasillo.

El doctor Graves lo miró y negó con la cabeza.

—Un estudiante magnífico, pero me temo que un poco soñador. Pretende ser poeta. En los márgenes de sus trabajos escribe bastantes tonterías...

Graves olvidó el encuentro con Keats e invitó a Lilly a subir dos tramos de escaleras.

—Si hubiera programada alguna operación no podría enseñarle el aula magna, aunque creo que quizá pueda gustarle, aun estando vacía. —Empujó la puerta y la invitó a entrar. Nada más hacerlo, notó un denso olor que inmediatamente reconoció como el de la sangre. El aula parecía un teatro con forma de herradura, con tres hileras de bancos que lo recorrían entero y

alcanzaban bastante altura.

Bajando por una de las escaleras, la condujo hacia la especie de escenario en el que se realizaban las operaciones quirúrgicas. En el centro había una estrecha mesa de madera iluminada por dos lámparas de gas y una claraboya que dejaba pasar la luz del día. Bajo la mesa había un par de cubos llenos de serrín y supuso que eran para recoger la sangre. Al lado, una silla y otra mesa más pequeña, llena de instrumentos quirúrgicos. Una escoba apoyada en la pared y un cubo completaban la escena.

Desde esa zona, el doctor Graves señaló las filas de bancos que se elevaban alrededor.

—En las dos primeras filas se sientan los que estudian enfermería, y detrás los demás alumnos. Todos sin excepción tienen que presenciar las operaciones programadas, independientemente de que en un futuro vayan a ser cirujanos, médicos generales o boticarios.

De repente, la puerta por la que habían entrado se abrió dando paso a un torrente de jóvenes que comenzaron a ocupar los asientos, hablando animadamente y bromeando.

Graves frunció el ceño y la miró con cara de disculpa.

—Al parecer sí que hay una operación. Puede que se trate de una urgencia. Será mejor que nos vayamos.

Antes de que pudieran hacerlo, se abrió la puerta lateral y entraron dos hombres con delantal llevando en una camilla a una persona tapada con una sábana.

Lilly subió los escalones muy deprisa, pero a medio camino no pudo evitar echar una mirada hacia atrás. Después de los dos asistentes entró otro hombre, que identificó como el cirujano por el oscuro hábito que vestía, completamente manchado de sangre, tanto fresca como seca.

—Señorita Haswell —le exigió desde detrás el doctor Graves—. Dese prisa, por favor.

Siguió subiendo hasta la parte alta del aula con Graves pisándole los talones. En ese momento, los estudiantes estaban apelotonados como píldoras

en un frasco y se empujaban unos a otros para poder ver lo mejor posible lo que estaba ocurriendo en la mesa de operaciones.

Cuando algo les impedía la visión, fuera porque sus compañeros se movían o porque el cirujano se situaba en una zona que ocultaba lo que estaba haciendo, se oían gritos exigiendo que se quitaran de en medio. La atmósfera era densa y casi se podía mascar la expectación, aparte de un coro de risas nerviosas, silbidos y bromas entre compañeros y amigos. Más parecía que fueran a asistir a un macabro espectáculo deportivo que a una operación quirúrgica, posiblemente a vida o muerte.

Nada más cerrar la puerta, su acompañante se disculpó con mucha seriedad.

—Por favor, señorita Haswell, le ruego que me perdone. Si hubiera tenido la más mínima pista de que hoy había una operación... yo... de verdad, no tenía intención de que viera semejantes cosas.

Conmovida por la preocupación que notaba en sus ojos y en su rostro, respiró hondo y pensó en lo que acababa de presenciar y en toda la visita.

—Tengo que reconocer que me he sentido aliviada por no tener que ver la operación, pero el aula en sí misma, las salas, el dispensario... en fin, todo el hospital me ha parecido extremadamente interesante.

—¿De verdad?

—Sí.

Él negó con la cabeza y mantuvo los ojos muy abiertos sin que Lilly supiera si era por la sorpresa o la incredulidad.

—Aunque si yo necesitara cirugía, por encima de todo pediría que no me la practicasen delante de una multitud así —dijo Lilly conforme se alejaban del griterío.

—Estoy de acuerdo. Los que acuden a este hospital suelen ser los pobres. No les importa que les operen delante de gente, pues se trata del único hospital en el que el tratamiento es gratuito. A los pacientes ricos se les opera en sus propios domicilios. Creo que en las mesas de sus cocinas.

Ella asintió sin hacer comentarios. En Bedsley Priors, la gente tenía que

llamar al cirujano de Wilcot para solicitar esos servicios. Su padre solo se ocupaba de cuestiones menores.

—Por desgracia, la tasa de mortalidad es extraordinariamente alta. Por eso estas operaciones solo se realizan como último recurso. Si puedo, limitaré mi ejercicio a la medicina general, aunque supongo que en un pueblo pequeño un médico tendrá que hacer un poco de todo.

Bajaron las escaleras y volvieron a caminar por el largo pasillo central.

—¿Su idea es establecerse en un pueblo pequeño, fuera de Londres? No me lo esperaba de usted.

El joven se encogió de hombros.

—¿La idea...? —Hizo una pausa, y finalmente superó su evidente timidez—. ¿La idea le disgusta?

—No, en absoluto. ¿Por qué iba a ser así?

Él dejó de andar y la miró de cerca.

—¿De verdad puede ser usted tan perfecta?

Lilly sintió que le ardían las mejillas. Se atrevió a mirarlo y se dio cuenta de que también se había ruborizado.

—No soy perfecta, ni mucho menos. —Estuvo a punto de nuevo de desvelarle la profesión de su padre, y hasta la desaparición de su madre. Seguramente a su tía no le parecería nada bien que le ocultara la verdad a un hombre una vez que la estuviera cortejando, ¿o sí?

Ya en el patio, y mientras volvían a respirar aire fresco, el doctor Graves volvió a dirigirse a ella.

—Si su padre estuviera vivo, le solicitaría reunirme con él.

—Pero si está vivo... —dijo, frunciendo el ceño por la sorpresa.

—¿De verdad? —preguntó él, mirándola de hito en hito—. ¡Menuda metedura de pata, por Dios! Pensaba que usted estaba bajo la tutela de los Elliott.

—Pues así es, en cierto modo. Pero no soy huérfana. Mi padre vive y goza de buena salud, allá en Wiltshire.

—Entiendo... Bueno, eso lo cambia todo. ¿Cree usted que bastaría una carta?

Ahí estaba de nuevo, la persona tímida y con baja autoestima.

Ella no quería tener la más mínima duda respecto a lo que quería decir.

—¿A qué... a qué tipo de carta se refiere?

El joven se ruborizó de nuevo.

—Pues supongo que una carta de presentación y, bueno, también para... expresar mi interés.

—¿En cortejarme? —preguntó sin rodeos. ¡Y eso que su tía se había esmerado en enseñarle a ser sutil con los pretendientes! Pero no había servido de nada.

—Bueno, sí. Por ahora.

—Entonces pienso que quizá sería mi tío, que actuaría en nombre de mi padre, la persona adecuada con la que hablar. —Pensó una vez más en revelar sus secretos. Pero si su tío no le daba su aprobación, él nunca sabría cuáles eran sus verdaderas circunstancias—. No obstante, debo advertirle que mi tía prefiere que no me relacione con caballeros que tengan que ver con profesiones relacionadas con la medicina.

—¿Por qué?

—Pues me temo que, a ese respecto, no debe de haber muchas diferencias entre ella y la madre de su antigua novia.

—Entiendo. Doy por hecho que su tía se quedará conmovida al saber dónde ha pasado usted la tarde.

—No, conmovida no —dijo, negando con la cabeza—. Pero seguro que decepcionada sí. Así que no le diré una mentira, sino la verdad —afirmó, sonriendo maliciosamente—, esto es, que hemos dado un paseo de lo más interesante.

Él le devolvió la sonrisa, y de nuevo su semblante se transformó. Era un hombre realmente adorable.



Cuando Lilly y Dupree entraron en la botica el lunes por la tarde, la campanilla sonó alegremente. Polly Lippert levantó los ojos de los libros y soltó una exclamación de alegría.

—¡Señorita Haswell! —Se levantó como un resorte y se estiró el delantal que cubría parcialmente su vestido de muselina—. Me alegro mucho de que haya vuelto a nuestra tienda.

—Espero que no les importe que haya aparecido sin avisar.

—No, usted siempre será bienvenida. En cualquier momento.

—Le presento a la señora Dupree. Señora Dupree, la señorita Lippert.

La doncella inclinó la cabeza en un gesto de cortesía, y después se volvió hacia Lilly.

—¿Le importaría que echara un vistazo por la tienda?

—No, claro que no.

La señorita Lippert condujo a Lilly hacia la cocina, que estaba mucho más ordenada que la de su casa. Lilly llegó a la conclusión de que los Lippert tenían un laboratorio aparte.

—Siento mucho que no esté aquí mi padre —dijo la señorita—. Mi hermano y él se han ido a los Docklands.

A Lilly le habría gustado conocer a George Lippert, una persona en parecidas circunstancias a las suyas, con conocimientos y práctica en la atención médica pero sin interés por dedicarse a ella.

—Acaban de llegar dos barcos de El Cabo —continuó Polly al tiempo que ponía a calentar agua en una tetera—. La noticia del periódico dice que traían un gran cargamento de rinocerontes inmensos... y vivos.

—Me habría gustado ver eso —dijo Lilly, aunque también pensó en que sus tíos se pondrían enfermos solo de pensar en ella visitando un lugar tan sucio y poco recomendable.

Polly sacó dos tazas de té de la alacena y colocó unas bolsitas en la tetera, también de menta, seguramente preparadas en la propia botica, y un plato de galletas de mantequilla. Las dos jóvenes disfrutaron mucho de la visita, que duró aproximadamente media hora. Cuando Lilly y Dupree iban a marcharse,

Polly envolvió una botella de leche de rosas de la marca Warren and Rosser tras oírle decir a Dupree que Lilly la usaba a diario para evitar que le salieran más pecas. Lilly estaba atando las cintas del envoltorio cuando oyeron un estruendo seguido del estallido de unos cristales. Polly se apresuró a asomarse por la ventana de la tienda seguida de Dupree y Lilly. Por el cristal vieron a un hombre vestido con traje azul con borlas doradas que estaba de pie en el umbral de una tienda con un gran frasco de cerámica de Lambeth en las manos.

Lilly no pudo evitar un grito ahogado al ver cómo lo estrellaba contra el suelo de la calle.

La pieza de cerámica había explotado, literalmente, y todo su contenido estaba en el suelo: aceites y jarabes corrían por encima de los restos de una especie de cofre de madera y de los trozos de cerámica azulada y marrón.

—¿Qué está haciendo? —exclamó Lilly.

—¡Vaya por Dios! Padre ya le había dicho a Hetta que tuviera cuidado.

Una mujer de mediana edad corrió histéricamente hacia la calle, dio un grito y agarró de la manga al hombre mientras él intentaba cargar otro frasco. Pareció no darse cuenta siquiera de la presencia de la mujer. Esta vez se hizo con un decorativo jarrón de farmacia con adornos azules y dorados que seguramente pesaría la mitad que él.

—¡No! —gritó la mujer.

El individuo pareció dudar por un momento, aunque quizá solo fuera el efecto del cristal ondulado por el que estaban mirando. De forma inexpresiva, lo arrojó al suelo junto al resto, de modo que la valiosísima pieza se rompió en trocitos de colores azul y oro.

Lilly corrió hacia la puerta y la abrió, pero Polly la agarró del brazo y la obligó a retroceder.

—No, señorita Haswell.

—¿No podemos hacer nada?

—¿Qué podríamos hacer? Es el alguacil de la Sociedad de Boticarios, y ese individuo de allí —dijo Polly, señalando a otro hombre elegantemente

vestido que observaba con fría indiferencia lo que estaba ocurriendo—, es el jefe de los vigilantes de la misma sociedad.

Lilly se quedó parada en la puerta, asombrada y en silencio.

—Tienen derecho a hacer lo que están haciendo —continuó Polly—. Todo el mundo sabe que Hetta diagnostica y receta remedios. La semana pasada un muchacho estuvo a punto de morir por culpa de una receta equivocada.

—¡Oh, no!

—Y no es la primera vez. Ha habido cargos previos contra esa botica por venta de medicinas con menos principios activos de los adecuados e incluso adulteradas.

—¿Pero por qué lo hacen?

—Por error —respondió Polly encogiéndose de hombros—. O para ahorrar dinero. No lo sé. ¡Pobre de su marido!

Lilly la miró levantando las cejas.

—Está atrapado, eso es lo que pasa —explicó Polly—. Nunca ha sido capaz de controlar a Hetta. Y siempre insiste en que ella está tan cualificada como cualquiera de los boticarios de esta calle.

La mujer llamada Hetta se cubrió la cara con las manos y se fue a la trastienda. Finalmente, el alguacil destruyó toda una estantería llena de hierbas secas y la amontonó sobre los escombros. Entró en la tienda y unos segundos después salió con un montón de yesca en la mano, que prendió inmediatamente. Las hierbas echaron humo durante un rato y la llama, seguramente alimentada por el alcohol de algunos de los jarabes, empezó a crepitar con fuerza. El fuego devoró las hierbas a gran velocidad emitiendo un humo denso que se extendió por la estrecha calle.

Lilly no podía apartar los ojos del triste espectáculo. Las llamas y el humo ascendieron, primero iluminando y después oscureciendo el cartel anunciador de la tienda: «J. W. Fry, boticario». Pese a que, allí de pie, le llegaba el calor del fuego, no podía dejar de temblar.

3 Nota del Trad.: Fragmento de un poema dedicado por su autor a la enfermera inglesa, aunque nacida en Italia, Florence Nigthingale, precursora del concepto actual de enfermería y que, debido a su eficaz, profesional y humanitaria actuación atendiendo a los militares británicos heridos en la guerra de Crimea alcanzó una enorme popularidad en el Reino Unido.

Capítulo 13

«Cierta noble contrajo una grave enfermedad, y su estado era crítico.

Los médicos le recomendaron el matrimonio por considerarlo el método más eficaz para recuperar la salud».

The Gentleman Magazine, 1769

Lilly revisó las cartas que había en la bandeja de plata del aparador.

—¡Qué raro! —musitó.

Su tía la miró por encima de las medias lentes que utilizaba para leer.

—¿A qué te refieres, querida?

—Escribí a mi padre hace unos quince días y aún no me ha respondido.

Lilly había escrito a su padre unas líneas el mismo día que mandó una nota de felicitación a Mary por su cumpleaños.

Su tía volvió a doblar la carta que había estado leyendo.

—Puede que esté ocupado. O que el correo se haya retrasado.

—Espero que se encuentre bien. —Pese a que no veía a su padre desde hacía más de un año, se escribían con bastante regularidad. La visita que había planeado las pasadas Navidades se había cancelado debido a que su tía pasó unos días con mucha fiebre. Lilly se quedó en la ciudad para cuidarla, y

la visita a casa finalmente no se realizó.

—¡Pues claro que sí! Si tuviera alguna enfermedad o algún problema nos habrían avisado, ¿no crees?

—Espero que sí. —Ahora que lo pensaba, las cartas de su padre cada vez eran menos habituales.

Por su parte, la tía Elliott abrió otra carta y empezó a leerla. Se le iluminaron los ojos y miró a Lilly.

—¡Querida, no te vas a creer esto!

—¿De qué se trata? Pocas veces la he visto tan contenta.

—Los Bromley han aceptado nuestra invitación a cenar el sábado. Seguramente se han dado cuenta de que Roger te prefiere a otras. Esto supone una atención muy especial, en mi opinión.

—Pero nosotros los invitamos.

—Recuerda lo que te digo, Lillian —insistió su tía, eufórica—. Roger Bromley pedirá tu mano dentro de poco.

—¡Oh, tía! No lo creo.

Lilly llevaba esperando desde el final de la temporada anterior algo así. Y es que, más allá de la buena opinión de su tía respecto a lo beneficioso que sería un enlace de esas características socialmente, el caso era que a ella el joven le gustaba de verdad. Pero ahora, con la aparición en escena de Susan Whittier, había perdido toda esperanza. Aunque en principio se había sentido deprimida ante la ausencia de galanterías por parte de Roger, el interés del doctor Graves había contrarrestado su decepción.

—Querida... —La tía Elliott se quitó las lentes—. Dime que no vas a rechazar a Roger Bromley a favor del tal Graves.

¿Lo haría? ¿Acaso no le había dado permiso para que hablara con su tío, dando por hecho que con el señor Bromley ya no había ninguna esperanza? Su tía se inclinó un poco más hacia ella.

—Lillian, si Roger Bromley pide tu mano, prométeme que no vas a dejar que la atracción que sientes por el doctor Graves, sea la que sea, destroce lo que sería un matrimonio excelente. Tu tío y yo estamos ofreciendo una dote

muy importante, aparte de una asignación anual también muy generosa. A ese respecto, estoy segura de que los Bromley no tendrían nada que objetar, todo lo contrario.

«Como otros muchos», pensó Lilly, aunque no lo dijo.

—Eso es muy generoso por su parte. No tenía ni idea.

—¿Qué más podemos hacer para demostrarte lo que sentimos por ti? —dijo, y Lilly vio que los ojos de su tía se llenaban de lágrimas—. Te queremos como si fueras nuestra hija y deseamos que seas feliz para siempre. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para verte bien casada.

Conmovida, Lilly se acercó y tomó la mano de su tía.

—Muy bien. Si el señor Bromley pide mi mano, lo tendré en cuenta con todo el interés. —Aunque dudaba de que se viera en la necesidad de hacerlo así, ya que, pese a la cena que se avecinaba, Lilly seguía pensando que Roger Bromley dirigía sus propuestas a otro objetivo.

—¡Buena muchacha! —exclamó la tía, encantada—. ¡Tienes por delante un futuro espléndido!



El sábado Lilly estaba paseando inquieta por el vestíbulo cuando oyó el sonido de la puerta de un carruaje al cerrarse. ¿Serían los Bromley, que llegaban con antelación? Esperaba que no. Su tía todavía no había terminado de vestirse y seguro que le gustaría recibir a sus invitados cuando llegaran. Lilly se acercó a la ventana. Presa del pánico, fue a abrir la puerta ella misma, y lo hizo antes incluso antes de que nadie llamara.

—¡Doctor Graves! No le esperábamos.

Él sonrió al creer que lo estaba recibiendo de forma entusiasta.

—Usted me sugirió que viniera a ver a su tío, así que aquí estoy.

—¿Eso hice? Vaya, pues me temo que no es un buen momento. Esperamos visita, y va a llegar de un momento a otro.

—¡Ah! —Él alzó las cejas, esperando que le ampliara la información,

pero la muchacha no dio ningún nombre.

—Pues sí, así que espero que sea tan amable de volver en otro momento.

—Lo que pasa es que he pasado todo el día acumulando el valor suficiente para venir —informó, frunciendo el ceño—, además de haber planchado mi mejor traje. Odio la idea de tener que hacerlo de nuevo otro día.

—Pues me temo que deberá hacerlo. —Empezó a cerrar la puerta.

—¿Lillian? —Su tío apareció en el vestíbulo y se puso detrás de ella—. ¿Dónde está Fletcher? Tú no tienes por qué... ¡Ah, buenos días! Graves, ¿verdad?

—Sí, señor. Tenía la esperanza de hablar con usted si pudiera dedicarme un momento.

—Precisamente estaba diciéndole al doctor Graves que esperamos visita dentro de nada —intervino Lilly.

—Cierto, cierto —confirmó Jonathan Elliott—. Pero, en fin, ellos aún no han llegado y usted ya está aquí. Mi esposa todavía está vistiéndose y yo ya no puedo arreglarme más, me temo —bromeó su tío—. Venga conmigo a la biblioteca, Graves, y me cuenta lo que haya venido a decirme...



Un cuarto de hora después, Lilly todavía estaba paseando nerviosa por el vestíbulo, aunque por una razón muy distinta. Había albergado la esperanza de que el doctor Graves se marchara antes de la llegada de los Bromley, pero él y su tío seguían en la biblioteca. Fletcher estaba recibiendo a los Bromley y recogiendo sus abrigos y sombreros cuando el doctor Graves y su tío reaparecieron en el vestíbulo.

—¡Graves! —dijo Roger, sorprendido—. No esperaba verte aquí.

—Ni yo a ti.

Roger se volvió hacia sus padres.

—Permitidme que os presente al señor Graves, un médico recién licenciado. Creo que ha ido a la misma escuela universitaria que el tío

Thomas, si no me equivoco.

—Educado en Oxford —dijo el señor Bromley padre, sonriendo—. Excelente.

—Mis padres —continuó Roger—, el señor y la señora Bromley.

—Sí quiere quedarse a cenar con nosotros, doctor Graves... —sugirió amablemente el tío Elliott.

—Se lo agradezco mucho, caballero, pero no me gustaría interferir.

Se produjo un silencio incómodo. Finalmente, su tía lo rompió hablando con amabilidad, pero sin la más mínima calidez.

—Por supuesto que está usted invitado, doctor Graves.



El señor Bromley padre la observaba atentamente desde el otro lado de la mesa.

—Señorita Haswell, respecto a sus padres, ¿es posible que los conozca?

—No lo creo, señor Bromley —respondió con mucha cautela—. Mi padre vivió en Londres durante un tiempo, pero eso fue hace muchos años.

Su tía intervino, procurando zanjar la cuestión definitivamente con una hábil evasiva.

—Y su madre nos dejó hace bastantes años.

—¡Oh, no saben cuánto siento oír eso! —dijo la señora Bromley, mordiendo el anzuelo—. Y el señor Haswell... —La elegante dama levantó las cejas esperando una respuesta, aunque era demasiado educada como para preguntar directamente si ejercía una profesión o, peor aún, si se dedicaba al comercio.

Ruth Elliott también eludió la pregunta con suma habilidad.

—Estoy segura de que se las arregla perfectamente solo.

El señor Bromley se sirvió un buen trozo de cerdo asado de la bandeja que tenía más cerca.

—¿En qué ocupa el tiempo su padre, señorita Haswell?

Lillian se pasó la lengua por los labios, repentinamente secos. Ya no había salida. ¿O sí? De nuevo fue su tía quien respondió por ella.

—Echando de menos a nuestra Lillian, sin duda. ¿Cuánto tiempo llevas ya con nosotros en Londres, querida? ¿Dos años?

—No tanto, pero sí más de uno.

—¿Y lo pasas bien aquí? —preguntó la señora Bromley, despistándose de nuevo.

—¡Por supuesto! La ciudad es fascinante, he conocido a mucha gente maravillosa.

—La familia Price-Winters se está tomando un interés muy especial por nuestra sobrina —añadió Ruth Elliott—. Las dos muchachas son muy amigas.

—Ya... pero ¿de dónde procede usted, señorita Haswell? —El señor Bromley insistía como un perro de presa con su pieza mientras desmenuzaba el trozo de carne con el cuchillo y el tenedor.

—De Wiltshire, caballero.

—¡Wiltshire! —exclamó con entusiasmo contenido—. Yo he estado allí, y la verdad es que nunca podré olvidar esa visita.

—No sabe hasta qué punto me llega al corazón oír eso —dijo Lilly sonriendo.

—Entonces tiene que saber la historia del milagro de Wiltshire.

—No estoy segura de qué es a lo que se refiere... —La sonrisa de Lilly se esfumó como por ensalmo.

El señor Bromley dejó a un lado los cubiertos y se echó hacia atrás en la silla, haciendo memoria.

—Debe de hacer unos ocho o diez años. Algunos caballeros fuimos a una fiesta que se celebraba en una mansión en ese condado y a disfrutar de la caza. Y también a jugar un poco, si hay que decirlo todo. Una tarde, tras un largo y fatigoso día de disparos, estábamos todos tan tranquilos disfrutando de nuestras copas y pipas cuando el dueño de la casa, el padre de mi amigo,

murió de repente. Allí, delante de todos nosotros. Thomas salió corriendo hacia él, pero nos dijo que no había solución: su padre estaba rígido como una piedra. No obstante, los sirvientes fueron rápidamente a llamar al boticario de la zona. Cuando llegó, los sirvientes trasladaron el cuerpo a otro lugar de la casa, y allá que fueron también el hijo y el boticario en cuestión. Para serles sincero, el resto de mis amigos y yo nos quedamos consternados comentando el incidente, pero, por desgracia, dándolo por cerrado. ¡Algunos hasta siguieron con su partida de cartas! De hecho, la muerte, cuando se ve de cerca, despierta el interés por la vida que aún nos queda a los demás: las buenas comidas y bebidas y la diversión, por qué no decirlo, si es cierto.

»Pero entonces, hete aquí que, menos de una hora más tarde, mi viejo amigo Marlow entra a toda prisa en la habitación diciendo que el boticario había obrado un milagro. ¡Su padre estaba vivo y bien! De hecho, exigía la cena. Bueno, debo decirles que eso echó a perder el fin de semana para todos nosotros, los invitados. Nada peor que un milagro para amargar el sabor del oporto y del tabaco de pipa.

Levantó la copa para dar a entender que ese era el final de la historia. Se oyeron divertidos murmullos de aprobación ante la historia y el humor negro que el señor Bromley utilizó al contarla, aunque fundamentalmente dejó traslucir su admiración por el hecho.

—Es evidente que el hombre no estaba muerto —declaró el doctor Graves—. Simplemente se había desmayado o estaría inconsciente.

—En circunstancias normales estaría de acuerdo con usted, caballero —dijo el señor Bromley, dejando la copa sobre la mesa—, y estaría del lado de los que tienden a burlarse de la situación. No obstante, no he mencionado un pequeño detalle: mi propio hermano confirmó que el caballero estaba muerto y bien muerto.

—Pero todo el mundo puede equivocarse...

—Es médico, joven, y profesor en el centro donde ha estudiado usted.

El doctor Graves titubeó.

—Un momento..., ¿se refiere a Thomas Bromley?

—Sí, eso es lo que le he dicho.

—Es un médico magnífico, desde luego, y está perfectamente al día — admitió Graves—. He asistido a varios de sus cursos.

El señor Bromley asintió, dando por cerrado el asunto. Después se volvió hacia Lilly.

—Siendo de Wiltshire, no me cabe duda de que conocería la historia.

Lilly apenas había despegado los labios cuando recibió una mirada de advertencia por parte de su tía, que negó con la cabeza mínimamente, indicándole así que no entrara en detalles.

—He olvidado el nombre del individuo, del boticario, quiero decir... — continuó el señor Bromley, al no recibir respuesta—. Creo recordar que su apellido era algo así como Howard, o Hatfield... Algo así.

Su tía hizo ademán de levantarse del asiento.

—¿No les parece que las damas deberíamos marcharnos y dejar a los hombres con el oporto?

—Ahora que me acuerdo, el boticario acudió con una niña pequeña.

—¿Señorita Haswell? —El doctor Graves se volvió hacia ella con el ceño muy fruncido.

Lilly tragó saliva.

—¿Conoce usted a ese hombre, a ese boticario?

—Pues... sí.

—Bueno, parece como si todo el mundo en Wiltshire lo conociera —dijo su tía, avanzando hacia la puerta—. Vamos, Lillian.

—¿Pero no recuerda su nombre? —insistió el señor Bromley—. Me molesta mucho no ser capaz de acordarme de su nombre.

Lilly dejó de andar, se volvió y, momentáneamente, se quedó quieta, como si fuera una estatua de sal. Finalmente, reaccionó.

—Su nombre es Charles Haswell, caballero —dijo Lilly—. Mi padre.

Miró rápidamente a su alrededor y pudo ver cómo Roger Bromley la miraba de hito en hito, mientras que el doctor Graves, asombrado, negaba con

la cabeza.



Una vez concluida la que terminó siendo una velada bastante incómoda, Lilly acompañó a la puerta al doctor Graves.

—Bien, ha sido una noche llena de sorpresas —empezó—. Hija de boticario... —Respiró hondo—. Ahora todo tiene sentido: su intervención con el señor Price-Winters, su familiaridad con el latín... ¿Por qué no me lo había dicho?

—Mi tía prefiere que no hable de ello.

—¿Por qué? ¿Para que pueda atrapar a un caballero basándose en falsas premisas?

Se volvió a mirarlo, sintiendo cómo el enfado y la resolución prendían en su interior.

—Por favor, doctor Graves, no se considere atrapado, bajo ningún concepto. Es usted absolutamente libre de hacer lo que desee con su vida.

Él abrió la boca como si fuera a contestar, pero la cerró inmediatamente sin decir nada. Parecía que iba a intentarlo de nuevo cuando vio a Roger Bromley salir del comedor y cerrar la puerta despacio, dejando a los otros dos caballeros dentro. Su tía y la señora Bromley seguían en el cuarto de estar. Con toda probabilidad, su tía estaría procurando minimizar los daños.

El doctor Graves se inclinó con rigidez.

—Les deseo muy buenas noches. Señorita Haswell. Bromley.



Cuando el doctor Graves se marchó y Lilly cerró la puerta, Roger Bromley la tomó del brazo y la condujo hacia un banco acolchado del vestíbulo, cercano a las escaleras. Ambos se sentaron, a invitación de Bromley.

—Siento lo que ha ocurrido. No creo que mis padres tuvieran la intención

de importunarla o de acosarla. Debo reconocer que a mi madre le importa mucho el linaje, pero mi padre está impresionado de verdad. «¡Hija de alguien que es capaz de hacer milagros!», ha dicho textualmente. «Sería interesante tener a alguien así en la familia», ha añadido. —La miró, sin duda con la intención de que tomara buena nota de las implicaciones de lo que había dicho—. Tengo que decirle que estoy completamente de acuerdo con ello —indicó, tomándole la mano al tiempo que hablaba—, aunque las razones de mi padre y de mi madre me son indiferentes.

«Pero no lo sabe todo», pensó Lilly, «porque si lo supiera sí que estaría preocupado, y mucho».

—Me gusta usted tal como es, señorita Haswell. Así que dejemos aparte todo el esnobismo y los aires de grandeza de mi familia. —Sonrió—. Y también el resto de cuestiones más o menos «milagrosas».

Por un momento se le disparó el corazón, pero entonces pensó en sus secretos, los que aún no había desvelado, y en los sentimientos no resueltos hacia otro hombre. Así que se limitó a sonreír amablemente.

—Señor Bromley, muchísimas gracias. Pero usted mismo lo ha dicho: yo le gusto. Y usted me gusta a mí, desde luego. Pero creo que usted está enamorado de otra.

—¿Se refiere a la señorita Whittier?

—No puede negarlo —dijo, enfatizando sus palabras con un movimiento de cabeza—. Su cara habla por usted cada vez que la mira.

—Pero ella nunca me aceptará —dijo él con una mueca—. Ya me lo ha dejado claro.

—Puede, pero no debe usted darse por vencido. Ella todavía no se ha casado con otro, ¿no es cierto?

—No. —La negativa sonó como un gruñido.

—Es usted un auténtico caballero, señor Bromley. Cualquier mujer debería considerar una bendición el que su corazón le perteneciera.

—Creo que la señorita Whittier no estaría muy de acuerdo con eso.

—Al menos de momento.

Lilly le apretó la mano antes de apartar la suya.

—Puede que podamos hacer algo para ayudar a que las cosas cambien.

Capítulo 14

«El receptor pagó con presteza... El cargo fue de cuatro peniques por la típica carta consistente en una larga hoja de papel doblado varias veces y sellado con cera».

SHARON LAUDERMILK y TERESA HAMLIN
The Regency Companion

Su tío entró en la biblioteca el lunes siguiente y se sentó en una silla frente a ella. Tenía los hombros encorvados y colocó los codos sobre las rodillas. Su cara expresaba una profunda preocupación.

Lilly dejó a un lado el libro que estaba leyendo, *Robinson Crusoe*, que había sacado de la sección circulante de la cercana biblioteca pública, y se preparó para un nuevo capítulo de reproches sobre su comportamiento del pasado sábado.

Durante unos momentos, su tío no dejó de mirar sus propias manos entrelazadas.

—Lillian, cuando hablamos de la gargantilla, me dejaste muy claro que te gustaría saber cualquier cosa de tu madre, incluso aunque se tratara de algo... desagradable, ¿no es así?

—Sí. —Lilly se inclinó hacia delante—. ¿Ha oído algo? ¿Se ha vuelto a poner en contacto con usted?

Negó con la cabeza.

—Lo que voy a contarte ocurrió hace unos tres años —dijo, y levantó la mano para acallar su posible protesta antes de que la formulara siquiera—. Sí, ya sé, pero antes del asunto de la gargantilla, ni se me había pasado por la cabeza contártelo. —La miró a los ojos—. Te he dicho la verdad, querida. Tu madre solo vino a verme en esa ocasión, pero...

—¿Le escribió?

—No, Lillian. Si tuviera alguna carta suya no te la ocultaría. No, ella no me escribió, pero sí que recibí una carta que tenía que ver con ella. Quiero decir, que tenía relación con una propiedad que deseaba alquilar. El arrendador quería una referencia y ella probablemente le dio mi nombre.

—¿Y usted aportó la referencia?

—Sí, lo hice. Dejé claro que no sabía nada sobre su ocupación o su conducta reciente, pero que durante el tiempo que había pasado con ella siempre había sido una buena muchacha y que era de una familia respetable.

—¿Y eso fue todo?

—Supongo que alquilaría la propiedad —dijo, encogiéndose de hombros—, pero no tengo forma de saberlo.

—¿Tiene usted la dirección? —preguntó Lilly con tono ansioso.

—A eso iba, querida. Antes de contarte esto, he comprobado si todavía guardaba la carta. Yo no la he encontrado, pero mi empleado sí, en un viejo libro de contabilidad en el que apuntó el coste del franqueo de la carta que envié por correo con la referencia. —Le pasó una hoja de papel—. El nombre de la calle y el número.

Lilly se quedó mirando con los ojos muy abiertos las letras y números, escritos con letra clara y precisa.

Le temblaba la mano y el corazón le latía a toda velocidad. ¿Podría presentarse así, de repente, y llamar a la puerta de la casa en la que vivía su madre? ¿Visitarla como si fuera una vieja amiga? ¿La recibiría siquiera? Le empezaron a sudar las manos al pensar en todo eso y dejó el papel sobre la mesa para que no se corriera la tinta.

—¿Vendría usted conmigo? —preguntó con una voz que apenas ella misma reconoció. La voz de una niña muy pequeña.



La dirección estaba en las cercanías de la calle Fleet, en una zona de casas estrechas y modestas.

Su tío utilizó el mango del paraguas para llamar, como si temiera que el roce de la puerta le ensuciara los guantes. Lily contuvo el aliento. Tras unos momentos tensos, la puerta se abrió y apareció una mujer de pelo negro con algunas hebras grises con un vestido que en sus tiempos debió de ser elegante y bonito, pero probablemente llevara más de diez años pasado de moda.

—¿Sí?

—Buenos días, señora. Estamos buscando a una persona que tiene alquilado un alojamiento aquí. Su nombre es Rosamond Haswell.

—Aquí no vive nadie con ese nombre.

—Puede que utilizase su apellido de soltera, Elliott.

—Mire, esto no es una pensión. Solo tenemos un alojado, ¿sabe?, en la habitación de arriba. Nos ayuda a vivir algo mejor, ahora que los muchachos se han marchado.

—Lo entiendo, pero en su momento usted me escribió pidiéndome referencias de Rosamond...

—¡Ah, probablemente se refiere a Rosa! Hace tiempo que se fue. Ahora es Tommy Baker el que vive con nosotros.

¿Rosa? Lilly experimentó a la vez un sentimiento de alivio y de decepción.

—¿Hace cuánto que se marchó?

—Pues yo creo que unos dos años. O quizá más. No podía con el alquiler, ¿saben? Mientras estuvo aquí recibió alumnas, hijas de comerciantes y así, pero no le pagaban mucho. No se habrá metido en ningún lío, ¿verdad?

—No, al menos que nosotros sepamos. ¿Sabe adónde fue?

—¡Cielos, no! —La mujer arrugó el entrecejo—. Se casó, me parece. Con un oficial, o al menos eso creo.

«¿Casarse? Entonces no puede tratarse de ella, ¿no?»

—Ese marido... ¿recuerda usted su nombre? —preguntó su tío entre dientes.

—Si me acuerdo de lo que he tomado con el té ya es algo, así que ni le cuento acerca de cosas que han pasado hace más de dos años.

—¿Podría ser Quincy, quizá? —preguntó Lilly, evitando la mirada asombrada de su tío.

La mujer entrecerró los ojos, intentando recordar.

—No, no me suena.

—Bueno, aquí tiene mi tarjeta —dijo el tío Elliott—. Si se acuerda de algo, por favor, hágamelo saber. Le compensaría las molestias, por supuesto.

A Lilly le pareció poco convincente el asentimiento de la mujer.

Mientras se alejaban de la casa, Lilly no paraba de darle vueltas a la cabeza. ¿Su madre «casada» con otro hombre? No se lo podía creer, bajo ningún concepto. El tío Elliott caminaba a su lado con el cuerpo rígido y con cara de desaliento. Si a ella le resultaba difícil de creer, qué decir de un hombre que acababa de enterarse de que su hermana había caído tan bajo.

—Puede que esa mujer esté equivocada —empezó Lilly—. Ella misma lo ha dicho: tiene muy mala memoria. Puede que la tal Rosa ni tan siquiera fuera madre.

—¿Te das cuenta de por qué yo era reacio a venir? —dijo, negando con la cabeza—. ¿Y de por qué he evitado implicar a tu tía en todos estos asuntos?

—Sí, me doy cuenta. De todas formas, le agradezco mucho lo que ha hecho, tío. Precisamente por lo doloroso que ha sido.

—¿Dejamos de hablar de ello de aquí en adelante, entonces?

—Muy bien.

Su tío se fijó en un establecimiento que había en la siguiente esquina.

—Mira, vamos a entrar en esa biblioteca. Me da la impresión de que ya

has leído todas las novelas que hay en la que está cerca de casa. Un libro nuevo podría ser justamente lo que necesitamos después del despropósito de hoy.

Lilly asintió sin hablar para mostrar su acuerdo. Ya estaba leyendo un libro nuevo, pero no le importaba alternarlo con otro. Tenía claro que su tío necesitaba algo para quitarse de la cabeza lo que acababan de vivir, y a ella tampoco le iba a venir mal.

Él le abrió la puerta para que pasara. La habitación tenía el techo muy alto y estaba repleta de libros por todas las paredes. La biblioteca no era tan elegante como la que solía frecuentar, pero no había duda de que su selección de títulos era amplísima.

Por el rabillo del ojo vio a un empleado que la saludaba levantando la mano.

—¡Señorita Wells! ¡Qué alegría...! Oh, lo siento. Perdóneme. —El delgado joven titubeó—. Pensaba que era otra persona, me he equivocado.

Lilly se puso inmediatamente en alerta.

—¿Quién? —preguntó bruscamente—. Una tal señorita Wells, creo que ha dicho... ¿Quién era la señorita Wells?

—Usted se parece muchísimo a ella —contestó el muchacho, moviendo la cabeza desconcertado—. ¡Henry! —dijo, elevando la voz para llamar a un compañero que estaba en una escalera móvil, colocando un libro en un estante muy alto—. Acércate un momento, por favor.

El otro empleado, un poco mayor y más entrado en carnes, bajó de la escalera y se acercó a ellos.

—¿No crees que esta joven dama se parece muchísimo a nuestra amiga, la señorita Wells? —preguntó el primero.

—Sin la menor duda. Aunque usted es más joven, por supuesto.

Lilly y su tío intercambiaron una mirada.

—Aunque hace bastante tiempo que no la veo —dijo Henry—. ¿Y tú?

—No, yo tampoco. Ya debe de hacer medio año que no la veo. Gracias, Henry.

El tal Henry volvió a las estanterías y su tío se excusó para dirigirse a la sección de Historia.

—Bueno —dijo el primer empleado frotándose las manos—. Puedo ayudarla a encontrar algún libro, señorita?

—¿Y qué cree que le pediría su amiga, la señorita Wells? —preguntó Lilly, picada por la curiosidad.

El joven se quedó pensando un momento.

—Fanny Burney es una de sus favoritas, por ejemplo. Aunque también ha pedido prestados todos los libros de Scott que tenemos, y de Coleridge. Nunca he visto a una lectora tan ávida. Creo que es profesora o algo así.

—¿Y tiene registrada su última lectura?

Se la quedó mirando, completamente perplejo.

—Pues sí, tenemos registros, pero...

Sintiéndose algo avergonzada, Lilly rectificó rápidamente su tono inquisitivo.

—No se preocupe. Solo pensaba que, ya que me parezco tanto a ella, puede que tengamos los mismos gustos literarios. Eso es todo —terminó, con una risita tímida.

—Bueno, normalmente nuestros registros son privados, pero en este caso no creo que haya ningún problema. —Dobló el dedo índice para indicarle que lo siguiera, cosa que ella hizo, por supuesto. En el mostrador central abrió un cajón, sacó un fichero de madera y empezó a pasar el dedo por las fichas que contenía—. Aquí está. El último que pidió prestado fue *La vagabunda*, de Fanny Burney.

Lilly pensó que era de lo más adecuado al caso.

—Bueno, pues entonces me voy a llevar ese, si está disponible.

El empleado todavía estaba revisando la tarjeta.

—¡Ah, vaya! Hay una pequeña deuda de dos pen...

—Permítame —dijo Lilly de inmediato, abriendo su ridículo.

—No, señorita, no es necesario.

—Sí, por supuesto que sí. Es lo menos que puedo hacer para compensar su seguramente excelente recomendación.

El muchacho asintió, mostrando su acuerdo.

—Es usted muy amable. Cuando vuelva a ver a la señorita Wells, ¿quién le digo que saldó su cuenta?

Lilly tardó un momento en contestar. Le parecía improbable que la tal señorita Wells, fuera o no su madre, volviera alguna vez a esa biblioteca, pero a pesar de ello dudó.

—No hace falta que le diga nada.

Su tío apareció de repente a su lado.

—¡Ah, Lillian, aquí estás! ¿Has terminado?

El muchacho sonrió e hizo una anotación en la tarjeta.

—La verdad es que he pensado en pedirle una cosa más —dijo Lilly de repente—. ¿Tiene las *Listas de la Marina* de Steele?

El bibliotecario abrió mucho los ojos, asombrado.

—Pues sí. De hecho, la de este trimestre acaba de llegar. ¿Sabe una cosa? La señorita Wells también las repasaba a menudo.

—¿De verdad? —A Lilly le sorprendió la coincidencia, si es que lo era—. ¿Tienen también ediciones más antiguas? ¿De hace unos cinco o seis años, por ejemplo?

—Pues me temo que no. Solo las más recientes. Aquí la tiene —dijo, entregándole el delgado volumen.

—Gracias. Me lo llevo también.

Su tío alzó las cejas, pero Lilly no le explicó nada.

Capítulo 15

«Los hombres usan espadas, las mujeres abanicos; ¡y a veces los abanicos pueden ser armas tan eficaces como las espadas!».

JOSEPH ADDISON,
escritor inglés del siglo XVIII

A Lilly le sorprendió mucho que, unos días más tarde, el doctor Graves le hiciera una visita. No se lo esperaba después de su despedida tan poco cordial tras la cena de los Bromley. Su tía estaba desayunando en sus aposentos, así que Lilly estaba sola en el cuarto de estar cuando Fletcher le anunció que el doctor Graves estaba en la puerta. Se sintió tentada de utilizar la típica mentira social y decirle a Fletcher que le dijera que no estaba en casa, pero no fue capaz de hacerlo. Aunque le asustaba un poco volver a verlo, lo cierto era que ya le había mentido bastante; al menos, por omisión.

Fletcher presentó al doctor, que entró en la estancia con el sombrero en la mano. El sirviente estiró la suya para recogerlo, pero Graves no pareció darse cuenta.

—¿Le apetece sentarse? —dijo Lilly educadamente.

—Gracias, pero prefiero seguir de pie. —Fijó la mirada en la alfombra—.

Señorita Haswell, he estado pensando. Quería decirle que... bueno, que creo que entiendo la razón por la que usted no me habló de su pasado ni de su formación. Es obvio que debía respetar los deseos de sus tutores al respecto. Quiero disculparme por mi... desafortunada reacción.

—Siento habérselo ocultado durante tanto tiempo —dijo. Estaba buscando las palabras adecuadas para contarle su otro secreto, pero él se adelantó.

—Pero, después de reflexionar bastante, ahora pienso que... —Por fin la miró—. Bueno, ¿no se da cuenta? Tiene todo el sentido del mundo. ¿No es maravilloso que usted y yo nos complementemos tan bien?

Lilly se quedó con la boca abierta, pero la cerró enseguida. Lo miró muy sorprendida y notó que sus pálidas mejillas se ruborizaban.

—Quiero decir que... yo no considero en absoluto que el negocio de su padre sea una desventaja. Su experiencia le ha permitido a usted alcanzar un nivel de conocimiento... incluso superior en horas y tiempo al que se adquiere para formarse en mi propia profesión.

La verdad es que la propuesta de matrimonio que le estaba haciendo, si es que se la estaba haciendo, era extraña, distinta, y no tenía casi nada de romántica o halagadora para una mujer. En todo caso, no sabía si le estaba pidiendo en matrimonio o si simplemente deseaba cortejarla.

En cierto modo, la idea no le parecía mal. Tener la posibilidad de entender los problemas profesionales de su marido, e incluso de ayudarlo en su trabajo, ¿no serviría para establecer un proyecto magnífico de vida en común? ¿Qué otro pretendiente con el que pudiera casarse no consideraría una completa pérdida de tiempo los años que había pasado con su padre en la botica, aprendiendo el oficio? Como médico, el doctor Graves se ganaría bien la vida y socialmente seguiría siendo considerado un caballero, por lo que tendría cabida en el mundo de su tío. E incluso de la propia Ruth Elliott.

—Hablando de mi profesión —dijo con cierta torpeza—, tengo que marcharme. No debo llegar tarde a mi turno en el hospital. Pero espero que podamos seguir hablando pronto. ¿Va a acudir a la fiesta de cartas de los Bromley? Han tenido la gentileza de invitarme.

—Creo que sí —dijo Lilly. Si es que la invitación no se había retirado tras las recientes revelaciones.

—Entonces la veré allí.



A Lilly no le gustaba jugar a las cartas, pero le apetecía ver la casa de los Bromley, pues la familia siempre estaba remodelándola y redecorándola: tiraban paredes, añadían habitaciones o las conectaban entre sí, cambiaban el suelo, etcétera. En ese momento habían optado por el estilo griego, que había vuelto a ponerse de moda, aunque en la galería y las habitaciones de la planta principal también se exhibían antigüedades egipcias, porcelana china, pinturas al óleo italianas, grabados modernos, etcétera, lo cual confería a la mansión un aire parecido al de un museo.

Lilly entró el viernes por la noche en el abarrotado vestíbulo justo a tiempo de ver a Susan Whittier negar con la cabeza, darse la vuelta y alejarse de Roger Bromley. Conforme se marchaba, la preciosa rubia se abanicó. Ese gesto, respecto a un pretendiente, tenía un significado que todo el mundo conocía: «No pierda el tiempo. Usted no me interesa».

El gesto de pena que vio en la cara de Roger conmovió el corazón de Lilly. Abriéndose paso entre la multitud, caminó hacia él y le sonrió.

—Otra vez igual con ella, ¿verdad?

—Señorita Haswell, es un placer verla. —Tras el saludo, suspiró—. Pues sí, eso me temo. Si todas las mujeres fueran tan agradables y comprensivas como usted... —Hizo una profunda reverencia. Al devolvérsela, pudo ver a sus tíos mirándolos con ansiedad.

—¿Daría usted un paseo conmigo? —propuso él, señalando la galería.

—Naturalmente.

El joven le ofreció el brazo y ella lo aceptó. Esperaba que Susan Whittier los estuviera viendo.

La condujo por la galería y señaló dos nuevos cuadros que sus padres

habían adquirido durante su última visita a Roma.

—Tiene usted razón, naturalmente —empezó Roger, hablando en voz baja—. No puedo negar que llevo mucho tiempo enamorado de Susan Whittier. Supongo que todo el mundo lo sabe y siente pena por mí. E incluyo a la propia señorita Whittier, aunque ella parece disfrutar atormentándome.

Lilly no pudo negarlo.

Un poco más adelante, se detuvo para enseñarle una antigua talla de madera que había traído de Jamaica el hermano de su madre, el almirante Roth.

Después la condujo a la biblioteca. Allí, la suave luz de las lámparas de aceite suspendidas del techo y la de otras dos que había sobre el escritorio iluminaba los estantes de madera y los volúmenes de cuero. Se volvió hacia ella y la tomó de la mano.

—Pero, de todas maneras, siento un gran aprecio por usted, señorita Haswell —afirmó, con voz algo lastimera—. Supongo que no me aceptaría como pretendiente sabiendo que mi corazón pertenece a otra...

¡Qué amable era! ¡Qué caballeroso! Por un momento, se sintió tentada de aceptar, pero inmediatamente pensó en su madre y en Quinn y sintió un escalofrío en la espina dorsal. Negó con la cabeza tristemente. Jamás se casaría con un hombre que anhelara a otra.

—Roger, estás aquí.

Su madre entró en la biblioteca. Tras ella entró también Susan Whittier que, al ver a Lilly, puso cara de duda. Lilly pensó en lo que transmitía el cuadro que formaban el señor Bromley y ella, tomados de la mano y susurrando a la luz de las velas. Deseó con todas sus fuerzas que tuviera el efecto que ella buscaba.

—Susan y yo nos preguntábamos dónde podrías estar —dijo la señora Bromley sonriendo débilmente y por compromiso.

La señorita Whittier se pasó el abanico de una mano a la otra. Traducido: «Me doy cuenta de que estás con otra mujer». ¿Se habría dado cuenta Roger de sus celos?

La señora Bromley se disculpó con Lilly, pero insistió en que Roger la acompañara a recibir a los invitados, ya que su padre había dejado su lugar para ir al salón a jugar una partida de faro.

Roger Bromley le dedicó una sonrisa a modo de disculpa y se excusó. Los dos sabían que su madre se sentía muy aliviada por haberlo «rescatado».



Cuando se quedó sola, Lilly empezó a recorrer la biblioteca; se detuvo a admirar un magnífico globo terráqueo que estaba colocado sobre un soporte de madera muy adornado. Como le ocurría siempre, la imagen del globo le trajo a la memoria el arrugado y manoseado mapamundi de su madre.

Siguió avanzando, fascinada por la enorme cantidad de volúmenes que había en la biblioteca, que no tenía nada que envidiar a cualquiera de las públicas que frecuentaba. Se quedó atónita al encontrar una estantería completa con las *Listas de la Marina* de Steele. ¿Les importaría mucho a los Bromley que las tomara prestadas? Le pareció que no tendrían por qué. Pasó los dedos por los finos lomos y pronto encontró las fechas que le interesaban. Sacó varios de la estantería y se los llevó al bien alumbrado escritorio. Abrió el primer volumen y recorrió con la vista el listado de oficiales comisionados de la primera edición, después de la segunda, de la tercera... Precisamente en la última encontró el nombre que buscaba, capitán Ernest Quincy, y un número junto a él. Buscó la página y encontró el nombre del barco correspondiente y la lista de oficiales: capitán, teniente, administrador, cirujano, artillero, contramaestre, guardiamarina...

Devolvió los volúmenes a la estantería y repitió el proceso con una edición más antigua. Y de nuevo encontró el nombre de Ernest Quincy y el barco en el que había servido, con su lista de oficiales. Capitán Ernest Quincy. Teniente James Wells.

¿Wells? ¿Se trataría de una forma de incluir a su madre en la tripulación? ¿O era una mera coincidencia que alguien llamado Wells hubiera servido con el capitán Quincy? Lilly pensó que, visto lo visto hasta ese momento, ya no

podía creer en las coincidencias.

Se sobresaltó al oír unos pasos que se acercaban y la sacaron de sus reflexiones y cerró el libro, sintiéndose sorprendida como si fuera una especie de ladrona.

—Señorita Haswell. —El doctor Graves se inclinó para saludarla. Tenía un aspecto magnífico, vestido con frac negro y chaleco blanco—. La señora Bromley ha sido tan amable de indicarme que quizá la podría encontrar aquí.

Lilly se imaginaba perfectamente las ganas que tendría la anfitriona de enviar a otro hombre que distrajera su atención. Mientras saludaba con una pequeña reverencia al doctor apretó el libro contra los pliegues de la falda esperando que no despertara la curiosidad del joven. Pero no lo logró.

—¿Qué estaba mirando? —preguntó él, que acercó la mano al volumen para darle la vuelta y leer el título. Se produjo un roce de los dedos de ambos.

Ella lo levantó, fingiendo que intentaba recordar de qué se trataba.

—Solo lo miraba por curiosidad —dijo, lo apartó y lo volvió a colocar en la estantería—. El almirante Roth es tío de Roger Bromley, como supongo que ya sabrá.

—Y, si puedo preguntarlo, ¿Roger Bromley y usted qué son?

En ese momento entraron en la biblioteca dos solteras de mediana edad, por lo que pudo evitar responder. Los cuatro intercambiaron saludos educados y elogiaron la amplísima colección de volúmenes de los Bromley hasta que el doctor Graves se aclaró la garganta.

—Señorita Haswell, sé que a los Bromley les apetece que sus invitados paseen por la terraza interior, y sobre todo por el nuevo laberinto. ¿Le apetece que vayamos allí?

Dándose cuenta de que quería hablar con ella a solas, aceptó.

—¡Por supuesto! Me encantan ese tipo de jardines.

Ambos se excusaron y, sin hablar, entraron de nuevo en la galería y continuaron por un segundo pasillo. Mientras se jugaba a las cartas en la sala de juegos, en las demás habitaciones, como el comedor, las distintas salas de estar y los otros dos salones, se había pegado el mobiliario a las paredes para

permitir a los cientos de invitados pasear sin obstáculos. Al pasar junto al comedor, cuyas puertas estaban abiertas, Lilly vio a Roger Bromley acercarle una copa de ponche a Susan Whittier mientras mantenían una conversación cercana e íntima.

Al acercarse a su destino, el doctor Graves y ella pasaron junto a una pareja que se marchaba. El caballero le susurró algo a la señorita, que rio por lo bajo. El doctor Graves frunció el ceño ante la atolondrada pareja y condujo a Lilly a la terraza interior, que imitaba el estilo gótico. Una docena de lámparas con velas enormes brillaban en la oscuridad, de modo que la luz se reflejaba en el cristal de los ventanales e iluminaba el laberinto, que tenía baldosas rojas y negras.

—¿Dónde empieza? —preguntó Lilly, contemplando fascinada la decoración.

—No estoy seguro. Permanezca usted aquí, y yo probaré desde aquel punto. Tenga cuidado con el vestido cuando se acerque a las velas —dijo, y fue hacia el otro extremo.

Lilly empezó a caminar de puntillas sobre el estrecho sendero que formaban las baldosas negras, evitando las rojas, con los brazos extendidos para equilibrarse como si estuviera caminando sobre el alambre de un circo. Los brillantes zapatos del doctor Graves prácticamente ocupaban toda la anchura del sendero, de modo que no era capaz de doblar en las esquinas sin pisar las baldosas rojas.

Lilly procuró no reírse de sus dificultades.

—Dicen que es una versión rectangular del laberinto de Hampton Court, que está hecho con setos. En miniatura, por supuesto.

—¿Sí? —preguntó él, y estuvo a punto de tropezarse con una de las lámparas—. Sea lo que sea, me parece una colosal pérdida de tiempo.

—He pensado en lo que me dijo, doctor Graves —dijo Lilly, manteniendo la vista en las baldosas—. Me refiero a que, con mi experiencia, podría ser de ayuda para usted cuando reciba pacientes e intente establecerse por su cuenta como médico.

—Bueno... ¡Vaya por Dios! —exclamó él al llegar a un punto sin salida que le obligó a volver atrás—. Quiero decir, naturalmente, que solo una esposa agradable y adecuada puede ayudar a un hombre, sea o no médico.

Lilly sintió una extraña agitación al oír de sus labios la palabra «esposa».

Continuó recorriendo con aplicación la línea y alcanzó el centro del laberinto antes que él, que retrocedió y escogió otro camino. Viendo que Lilly se había detenido, él se paró a su vez, a unos pocos pasos de ella, y mirando a las baldosas antes de escoger el camino a seguir.

—No se debe atravesar ninguna línea —le advirtió ella en un susurro.

—¿Se refiere a nosotros? —dijo él, mirándola con intención y dando un paso hacia ella.

Las velas brillaban a su alrededor, dibujando sombras sobre las formas perfectamente delineadas de su cara e iluminando el pelo dorado y los ojos azul oscuro del joven.

Casi a su lado, paseó la mirada cálida por su pelo, sus ojos y sus labios. Lilly esperaba que la besara de un momento a otro. Pese a que las rayas del laberinto no eran más que delgadas líneas trazadas en el suelo, a ella le pareció que había algo muy real que los separaba.

—Qué ojos más poco comunes tiene —susurró—. Verdes y marrones al mismo tiempo.

Se inclinó sobre ella, y notó cómo se le cerraban los párpados, sin responder a su voluntad, actuando por su propia cuenta. «¿Cómo será besar a un hombre con bigote?», se preguntó. Bueno, en realidad, besar a cualquier hombre.

Sonó el ruido de una garganta aclarándose. Lilly volvió la cabeza y vio a Will Price-Winters en el umbral mirándolos con gran interés. Lilly notó que se ruborizaba intensamente. Junto a él había un hombre alto y de pelo oscuro al que reconoció de inmediato.

—Creí verla entrar en la terraza interior con el muchacho de oro —empezó Will, que apenas era capaz de contener una sonrisa irónica. Se volvió hacia su compañero—. Permítanme que les presente a *sir* Roderick Marlow.

La verdad es que «*sir*» era el tratamiento que le correspondería a su padre, no a él, pero Roderick no lo corrigió.

—Le presento al doctor Adam Graves —continuó el hermano de Christina. Ambos caballeros inclinaron la cabeza—. Y esta adorable criatura es la señorita Haswell.

Ella hizo una reverencia y Roderick Marlow se inclinó sin despegar los ojos de ella en ningún momento.

—La señorita Haswell y yo ya nos conocemos.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Will con tono enfadado—. ¿Entonces por qué me ha insistido tanto en que la buscara para presentársela?

—Creía que mis ojos me estaban engañando —dijo el señor Marlow—. Es muchísimo más bella de lo que recordaba.

—Pero ¿cómo es que se conocen? —preguntó Will—. Usted no es londinense, ¿verdad?

—Desde luego que no. De hecho, apenas paso por la ciudad. La señorita Haswell y yo crecimos juntos en el mismo pueblo.

¿Juntos? Lilly le lanzó una mirada de incredulidad. ¡Nada de eso!

—Nacimos y crecimos en Wiltshire, ¿verdad, preciosa? —Le sorprendió el exagerado acento de Roderick Marlow, pero también lo disfrutó como si fuera música para sus oídos.

Ella sonrió sin poderlo evitar.

—La señorita Haswell y su padre han acudido varias veces a Marlow House —explicó Roderick Marlow a Will, lanzándole también una significativa mirada al doctor Graves.

«Siempre para prestar algún servicio, salvo en un caso», pensó Lilly, aunque se abstuvo de decirlo.

—Mi hermana y ella son amigas desde hace... algo más de un año, creo recordar —afirmó Will, negando con la cabeza—, y no tenía ni la menor idea.

—Bueno, es normal. La señorita Haswell es conocida por sus secretos —dijo Marlow, sonriendo con malicia—. Y también por otros delitos.

—¡Señor Marlow! —exclamó Lilly—. Debo protestar por todo lo que ha dicho.

—Muy bien, señorita Haswell. Tranquila, que sabré guardar sus secretos y no haré públicos los delitos ni aunque me torturen. No obstante, supongo que usted, doctor Graves, ya estará al tanto de ellos, ¿verdad?

Lilly se quedó con la boca abierta, pero fue incapaz de decir una palabra.

—¿Ah, no? —Marlow se inclinó hacia delante, pero siguió hablando en voz alta—. Aquí Price-Winters me ha insinuado que podría haber algo entre ustedes dos. Me alegra saber que, después de todo, no es el caso.

—Yo no he dicho nada...

De forma abierta ante los otros dos hombres, Marlow tocó un par de veces a Lilly en el labio inferior con el dedo índice.

—¡Shh...! Tus secretos siempre estarán a salvo conmigo, Lilly.

Inmediatamente después se dio la vuelta y salió de la terraza cubierta, con Will pisándole los talones.

El doctor Graves y ella se quedaron mirándolos, completamente desconcertados los dos.

—¿Lilly? —Graves repitió el nombre con una mezcla de sorpresa y disgusto.

—Sí —confirmó ella resignadamente—. Lilly.

—La llamaban así de pequeña, ¿no?

—Es mi nombre, y punto —espetó, sintiéndose muy harta de repente—. Hasta que mi tía lo cambió ante la sociedad.

—¿Le ha dado usted permiso a ese hombre para que la llame por su nombre de pila? Hasta yo...

—Nadie le ha dado permiso a ese hombre para que hiciera nada de nada. Hace lo que le da la real gana, siempre lo ha hecho. No debe importarle nada de lo que él diga.

—¿De verdad? —preguntó, mirándola intensamente.

Capítulo 16

Píldoras de la viuda galesa

«La compleja naturaleza y síntomas de los problemas femeninos tienen adecuada respuesta con estas píldoras, así que es conveniente que estén al alcance de todo aquel que conviva con mujeres jóvenes...».

The Edinburgh Evening Courant, 1815

En la siguiente visita del doctor Graves, Lilly decidió que era el momento de contárselo absolutamente todo, aunque en realidad tenía miedo de las consecuencias que podrían sobrevenir. Estaban solos otra vez en la sala de estar, dado que la tía Elliott no se había levantado después de una larga representación nocturna de teatro. Una vez que se sentaron, empezó a hablar en tono bajo.

—La otra tarde, en la fiesta de los Bromley, el señor Marlow me acusó de guardar secretos.

Él levantó las cejas con expectación.

—Hay otro «secreto» que debería contarle —afirmó, apoyando las palmas de las manos en las rodillas para evitar que le temblaran.

—Tiene que ver con ese hombre, ¿verdad? —preguntó él, asintiendo con cautela.

—No. Lo que pasa es que él lo conoce. —Respiró hondo—. Se trata de mi madre.

—Su madre ya no está, según me ha dicho —dijo él, levantando las cejas otra vez.

—Es cierto, no está. Pero no ha muerto. Al menos no que nosotros sepamos.

Se quedó mirándola, claramente perplejo.

—Se marchó hace unos cinco años. Desapareció sin decir una palabra, y tampoco dejó ninguna nota. No sabemos adónde fue, ni dónde está ahora. —Miró hacia la puerta para asegurarse de que no había nadie escuchando, y continuó en voz baja—. Mis tíos prefieren que no se hable de ella. Han hecho creer a sus conocidos que está viviendo aislada en Wiltshire o que ha muerto. No puedo echárselo en cara. Si el asunto trascendiera, nuestro buen nombre se vería perjudicado.

La expresión del joven era de incredulidad.

—¿Simplemente porque su madre ha desaparecido? Podría haber sido raptada, o le pasaría algo malo mientras hacía un recado, o...

—¿Está intentando consolarme? —preguntó, levantando una ceja.

—Perdóneme —se disculpó, cerrando la boca.

—De todas formas, dudo mucho que ocurriera eso. —Tragándose la vergüenza, Lilly continuó, siempre susurrando—. Al parecer, alguien la vio abandonando Bedsley Priors con un hombre vestido de uniforme. Puede que solo sea un rumor o un cotilleo y podría ser que se tratara solo de otro pasajero que viajaba en el mismo bote, pero como antes de casarse con mi padre estuvo enamorada de un capitán de la Armada, no deja de ser una gran coincidencia.

Su expresión se tornó muy seria, casi de alarma, y se le formaron arrugas debajo de los ojos. Pese a ello, Lilly se armó de valor.

—Recientemente he averiguado alguna cosa sobre ella —continuó—. Por ejemplo, que vino a Londres y vio a mi tío. También que vivió en la calle Fleet durante un tiempo y que dio clases particulares. —Se le escapó una risa

emocionada—. He visitado la biblioteca que frecuentaba, pero no tengo la menor idea... —se le rompió la voz—... de por qué nos dejó, de si fue por mi culpa, ni de por qué no se ha vuelto a poner en contacto con nosotros, si nos ha escrito una nota diciendo que está viva y bien...

Se le cerró la garganta y tuvo que morderse el labio para evitar romper a llorar. Tras unos segundos, pudo continuar.

—Le mentí cuando me preguntó por qué estaba mirando las listas navales. Pensamos que mi madre puede estar utilizando un nombre falso, como «Rosa Wells» o algo así. Una especie de acortamiento o derivación de su verdadero apellido de casada, Haswell. Pero lo que yo quería comprobar era si un hombre de apellido Wells había servido con el oficial con quien, en su momento, quiso casarse mi madre.

—¿Y? —preguntó, aunque Lilly, al mirarlo, se dio cuenta de que temía la respuesta. Así que suspiró con fuerza y asintió.

—Un tal James Wells embarcó con él, por lo menos una vez. No tengo ninguna prueba de que se haya reunido con mi madre, pero no deja de ser una coincidencia bastante extraña.

—¿Va a ponerse en contacto con ese James Wells?

—No lo sé —respondió, cambiando de postura y bajando los ojos—. La relación parece bastante improbable. —Se encogió de hombros—. Ni siquiera sé cómo podría encontrarlo.

Él asintió y se produjo entre ambos un silencio bastante incómodo.

—Sea como sea —dijo por fin Lilly elevando los hombros—, he pensado que usted tenía derecho a saber todo esto. Si se conociera en sociedad la desaparición, o algo peor, de mi madre, el escándalo me alcanzaría de lleno, lo mismo que a mis tíos. Así que le rogaría que... —No completó la frase, pues la idea estaba más que clara.

—Mi padre odia los escándalos, siempre los ha detestado —afirmó Graves, como si hablara consigo mismo. Se pasó nerviosamente los dedos por el pelo rubio y se aclaró la garganta—. Bien, gracias por contármelo, señorita Haswell. —Se levantó y dirigió una mirada a la puerta, como si

estuviera deseando irse. Habló con frases rápidas y escuetas—. Creo que ahora será mejor que me vaya. Tengo mucho que reflexionar. Me volveré a poner en contacto con usted enseguida.

«No, no lo hará...», pensó Lilly con tristeza y fatalismo cuando el guapo joven se dio la vuelta y se apresuró a marcharse. ¿Acaso no sabía que las cosas acabarían de esa manera con cualquier caballero con cierto rango social? «Por fin he logrado ahuyentar al último de mis pretendientes», pensó, y darse cuenta de ello la asustó más de lo que habría podido imaginar.



Cuando iba de camino a las escaleras, Fletcher le pasó una carta. Tenía que terminar de vestirse rápido, pues su tía pronto estaría lista para hacer las visitas.

Pero un cuarto de hora más tarde Lilly seguía sentada en la cama, todavía con su traje mañanero de muselina.

—Lillian —la llamó su tía desde el pasillo—. ¿Estás preparada? El carruaje nos espera.

Lilly permaneció donde estaba, con la carta entre las manos, temblorosas.

Su tía entró en la habitación mientras se estiraba los guantes. Estaba vestida de paseo, con chaleco y capote.

—¿Lillian? Vamos con retraso, querida. ¡Lillian! ¿Qué ocurre?

Le pasó la carta a su tía. Lilly ya había retenido exactamente lo que decía, no gracias a su magnífica memoria, sino por su críptica brevedad: «Vuelve a casa. Tu padre no es el mismo».

—Pero no tienes noticias de que haya ocurrido algo malo —insistió Ruth Elliott mientras Lilly recorría la habitación una y otra vez—. «Tu padre no es el mismo». ¿Qué significa eso?

—No lo sé.

—Ni siquiera sabes quién ha escrito la carta, si es que se le puede llamar así a una nota tan breve.

—Supongo que ha sido nuestra vecina, la señora Mimpurse.

—Pero, entonces, ¿por qué no te dice lo que está pasando realmente?

—¡No lo sé! —dijo Lilly en voz más alta; su tía se encogió ante la inhabitual aspereza de su voz—. Perdóneme, tía. Es que estoy muy preocupada. No he recibido respuesta a mis últimas cartas y ahora esto...

Lilly se inclinó y sacó su maleta de debajo de la cama.

—¿Qué estás haciendo?

—Debo irme, por supuesto.

—Pero... ¿qué pasa con el señor Bromley?

Lilly suspiró fuertemente.

—El señor Bromley suspira con conseguir la atención y el compromiso de Susan Whittier.

—¿Estás segura?

Lilly asintió y levantó la tapa de la raída maleta. Se trataba de la única de sus antiguas pertenencias que sus tíos no habían pensado en sustituir, seguramente confiando en que no la necesitaría.

—¡Oh, no! —La cara que puso Ruth Elliott fue de auténtico pánico, y se reflejó en su voz—. Solo quedan seis semanas de temporada. Muy poco tiempo para volver a empezar, y la próxima temporada dirán que ya ha pasado tu momento...

—¿De verdad que eso sería el fin del mundo? —preguntó Lilly, dudando.

—No, querida. Simplemente el fin de tu mejor oportunidad para asegurarte un matrimonio ventajoso.

—Ahora no puedo pensar en eso. —Pero detrás de esas palabras tan valientes, Lilly tenía en la cabeza los mismísimos pensamientos que su tía había expresado con tanta claridad. Y es que, pese a la esperanza que había albergado de casarse por amor, o de utilizar sus habilidades para ayudar a su futuro marido, la verdad pura y simple era que un buen matrimonio era algo imperativo para que una mujer se asegurara la felicidad y una vida acomodada, por no mencionar la posición social.

Empezó a doblar y a meter en la maleta sus vestidos, aunque eso debería ser trabajo de Dupree. Lilly se dio cuenta de lo mucho que le afectó a su tía el hecho de que no la contradijera.

Pero seguro que no todo estaba perdido. Volvería pronto. No le había fallado a su tía, ni había fracasado en el objetivo establecido al llevarla a Londres. Todavía no.

—Seguro que a los veinte, o incluso a los veintiuno, todavía no se han perdido todas las oportunidades. A no ser que... Perdóneme. No debería dar por hecho que van a acogerme aquí durante otra temporada más.

Por una vez, la habitual compostura de su tía se diluyó por completo.

—Si te digo la verdad, estoy agotada. Ver que todas mis esperanzas se van al garete otra vez. Todo el trabajo, los gastos...

Lilly se sintió humillada y reaccionó con rapidez.

—Perdóneme, por favor. No me había dado cuenta de que era una carga, pero no cabe duda de que lo soy. Me he portado de una forma muy egoísta, y de verdad que lo siento.

Su tía suspiró.

—No era mi intención amenazarte ni asustarte, querida. Pero con todos nuestros fracasos de esta temporada, los cotilleos, el que se haya conocido la profesión de tu padre, que Susan Whittier te haya arrebatado al señor Bromley, lo cierto es que guardo pocas esperanzas con vistas a la siguiente. Sin duda saldrá a la palestra una nueva cosecha de muchachas jóvenes y preparadas que competirán duramente por el mismo grupo de caballeros.

Lilly dejó de hacer el equipaje durante un momento y agarró la mano de su tía.

—Solo voy de visita. Una semana, dos como mucho. Eso nos dejará todavía la mejor parte del mes, ¿no le parece?

Su tía la miró a los ojos. Brillaban llenos de lágrimas contenidas, lo cual era muy poco habitual. Parecía como si quisiera creerla con todas sus fuerzas, pero no terminara de lograrlo.

Capítulo 17

«El corazón humano, sea cual sea su edad, solo se abre a otro corazón que, a su vez, se abra para él».

MARIA EDGEWORTH,
novelista del siglo XIX

Si Lilly esperaba encontrar las cosas igual en Bedsley Priors, estaba completamente equivocada. Durante el año y medio que había pasado en Londres, el pueblo, así como el vecino Honeystreet, había cambiado muchísimo debido al creciente tráfico del canal. Se habían construido edificios de oficinas nuevos y casas para acomodar a los trabajadores del aserradero, a los constructores de gabarras y a sus familias. Huntley's Yard, la zona que bordeaba el canal, era un hervidero de comercios de herramientas y pintura para barcos, e incluso había un zapatero y una funeraria. Los dos pueblos habían crecido tanto que se confundían, de modo que lo único que ahora separaba ambas comunidades era la estrecha Sands Road.

Lilly pudo ver todo esto desde la ventana del carruaje. Un caballero muy amable, que se había presentado como el propietario de una nueva tienda de sombreros del pueblo, se encargó de ilustrarla sobre las novedades.

Lilly estaba demasiado asombrada como para hablar. ¿Era esa la razón

por la que su padre no había contestado a las últimas cartas? ¿Habría tanto trabajo en la botica que simplemente no había tenido tiempo ni de escribir?

Se bajó del carruaje frente a la posada Hare and Hounds y esperó a que el cochero bajara la maleta y la bolsa de viaje. Después rodeó el alto carruaje, ansiosa por volver a ver la fachada de la tienda de su padre, el cartel con el apellido Haswell y la ventana con sus muchos paneles. También estaba deseando oler los aromas, oír los sonidos y el agradable canturreo de los tratamientos y las prescripciones recomendadas. Anduvo deprisa por la hierba del jardín y allí estaba: la ventana inclinada, pintada de blanco, y el cartel, pero ahora colgaba de una sola cadena. Se preguntó cuándo se habría soltado de la otra. Dudó al ver el escaparate, pues parecía que por dentro estaba lleno de polvo y con género escaso y mal colocado. Frunció el ceño. ¿Dónde estaban los clientes, los nuevos vecinos que le habían dicho que habían llegado al pueblo? No era domingo. ¿Por qué estaba la tienda completamente vacía?

Empezó a invadirle la preocupación. Al poner la mano en el pomo rezó una oración y cerró los ojos para empaparse del sonido de la campanilla. Afortunadamente, era el mismo de siempre. Entró, y de inmediato la invadieron los olores, que reconoció de inmediato, aunque mezclados con una pestilencia húmeda y nauseabunda que salía de las flores y las hierbas.

—¡Hola! —saludó, algo indecisa—. ¿Padre? ¿Charlie?

No hubo respuesta. Una intensa sensación de alarma le recorrió las venas.

Cruzó la botica y se dio cuenta de lo sucio que estaba el mostrador de dispensación, mientras que el de la parte de atrás estaba lleno de polvo de medicinas sin recoger, de morteros sucios, de herramientas descuidadas, etcétera. Saltaba a la vista que todo necesitaba una limpieza a fondo. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Por qué Charlie había dejado de hacer la limpieza y de quitar el polvo?

Por uno de los rincones vio asomarse un ratón y sintió un escalofrío. Con miedo creciente y más alarmada, abrió la puerta de atrás para entrar en la cocina-laboratorio y demás habitaciones privadas. El hedor por poco la hizo retroceder. Platos sucios, cacerolas sin limpiar, morteros húmedos, todo

estaba desperdigado sin orden ni concierto por las encimeras y aparadores. ¿Había dejado de ir a limpiar la señora Fowler? ¿La habría despedido su padre? Ella siempre había mantenido las habitaciones privadas muy limpias y ordenadas. Oyó ruidos extraños, de roedores o insectos, no podía asegurarlo.

—¿Padre? —Lo intentó de nuevo, esta vez con la voz rota—. Soy Lillian... Lilly.

Abrió la puerta y entró en la pequeña habitación en la que dormía Francis. Se le encogió el corazón: el catre estaba desnudo, sin ropa de cama, y las perchas sin ropa, igual que los cajones del armario, medio abiertos y vacíos.

Se acercó a las escaleras y volvió a llamar, pero no obtuvo respuesta alguna. Se acordó de la sala de curas y volvió sobre sus pasos. Al abrir la puerta y entrar, se encontró con un panorama de papeles y facturas que prácticamente inundaban el escritorio de su padre. Y, por encima, un montón de platos sucios y de bollitos de pan a medio comer.

Lilly se puso la mano en el pecho, anonadada. Por fin había encontrado a su padre. Yacía sobre la camilla de la sala de curas en mangas de camisa, con los pantalones arrugados y sucios y sin afeitarse. Tenía la boca medio abierta, y en las comisuras de los labios se acumulaban restos de saliva blanquecina. Se tapaba los ojos con un brazo mientras tenía el otro colgando. En la mano sujetaba una botella vacía.

«¡Dios del cielo...!», pensó Lilly.

—¿Padre? —Le agarró el hombro con cuidado y lo sacudió, primero despacio y después con más fuerza—. ¡Padre!

—¿Qué? ¿Qué pasa? —balbució, sacudiéndose. Se pasó la lengua por la boca—. Estaré bien contigo... —musitó.

Abrió los ojos, primero una mínima línea borrosa. Al darse cuenta de que era ella, los abrió del todo.

—¿Lilly?

—Sí, por supuesto, soy yo. ¿Qué ha pasado, padre? ¿Está enfermo?

—Es solo una siesta —gruñó.

—Es bastante más que eso, está claro. ¿Llamo al doctor Foster?

—No, a Foster no. —Rodó sobre sí mismo e intentó levantarse, pero volvió a caer de espaldas sobre el fino colchón.

A Lilly le dolió el corazón al verlo en semejante estado.

—Solo necesito dormir.

«¿Dormir la mona?», se preguntó Lilly.

Su padre nunca había bebido. ¿Qué lo había llevado a esto? Esperaba que no se debiera a su larga ausencia. Pero, entonces, ¿por qué no le había escrito? De forma espontánea le vino a la cabeza el relato del señor Bromley a propósito del «milagro de Wiltshire». El hombre famoso por haber sido capaz de levantar a alguien de lo que parecía ser su lecho de muerte ahora era incapaz de levantarse solo de una camilla.

—Padre, ¿dónde está Charlie? ¿Y Francis?

Murmuró algo, con los ojos a medio abrir y evidentemente desenfocados.

—¿Dónde está Francis? —repitió.

—En la vieja sastrería.

—¿Cómo? —¿Por qué el aprendiz de su padre estaba en la vieja sastrería? De hecho, había estado cerrada durante muchos años. Quizás habría vuelto a abrir durante su ausencia. Pero, aunque fuera así, ¿por qué se habría ido allí Francis?

Dándose cuenta de que no iba a obtener más respuestas de su padre, al menos durante unas pocas horas, lo dejó en la sala de curas y se volvió a colocar el sombrero. Se preocupó de colocar el cartel de «Cerrado».

Vio al repartidor de carbón, que caminaba por el jardín, y se apresuró a alcanzarlo en la calle High para hablar con él.

—Disculpe, señor Jones —le abordó—. ¿Ha visto a Francis Baylor?

—Sí, en la botica.

«Tiene que estar equivocado», pensó Lilly. Precisamente venía de allí.

Inclinó la cabeza educadamente y caminó, pasó por delante de la carbonería y rodeó la tienda de ultramarinos. Anduvo por la estrecha Milk Lane, en la que estaba la antigua sastrería y mercería y se paró de repente,

helada por la sorpresa. Allí, colgando de dos recias y pulidas cadenas, colgaba un cartel nuevo: «Lionel Shuttleworth, cirujano y boticario».

Con el corazón acelerado, anduvo unos pasos hasta situarse frente al gran ventanal. Se sintió como una especie de espía al asomarse para mirar el interior. Lo que vio se parecía mucho a lo que esperaba haber visto en su propia farmacia: señoras mirando las etiquetas de algunas botellas azules y de jarras marrones. Caballeros de pie, alrededor del mostrador central, esperando ser atendidos o sangrados. Las estanterías, sin una sola mancha ni mota de polvo, llenas de medicinas patentadas listas para la venta. Del techo colgaban un tiburón y un pez globo de brillantes colores, magentas y dorados.

Vio de espaldas a un hombre alto que vestía una ajustada americana verde y unos pantalones lustrosos. Tenía el pelo corto por los lados y por detrás y las patillas perfectamente arregladas. Se volvió y se dio cuenta de que era muy atractivo...

Lilly se llevó la mano a la boca, ahogando un gemido. Y es que el hombre era Francis Baylor, aunque mayor, más alto y mucho mejor vestido. En ese momento estaba ayudando a un cliente como si él mismo fuera médico.

Se volvió casi de inmediato para marcharse, pero no pudo evitar que se la quedara mirando durante un momento ni verle abrir los ojos, asombrado. Él salió de la tienda a toda velocidad y Lilly, sin volverse, oyó el sonido de la puerta al abrirse y unos pasos rápidos que la seguían.

—¡Lilly! ¡Señorita Haswell!

Le apetecía volver a verlo, ¿por qué no? Pero lo que había visto podría ser la respuesta a todas sus preguntas sin necesidad de decir ni una sola palabra.

En cualquier caso, respiró hondo, se volvió y lo miró de frente.

—Francis —lo saludó con tono frío.

—¡Gracias al cielo que has venido! ¿Has visto a tu padre?

—Sí.

—Entonces lo sabes.

—¿Qué es exactamente lo que debo saber? ¿Que el aprendiz al que ha estado enseñando durante años lo ha abandonado? ¿Que se ha ido a trabajar

para la competencia? ¿Que ha dejado a la botica Haswell's sin negocio?

—¡No! ¡Las cosas no han sido ni mucho menos así!

—¿Y cómo han sido? ¿Alguien te obligó a venir a trabajar aquí?

—En cierto modo debo decir que sí. Verás, tu padre no podía pagarme...

—¡Menuda lealtad! ¡Tenías un techo bajo el que cobijarte! ¿o no? —Miró con expresión reprobadora los anchos hombros y el fornido pecho bajo la levita—. No parece que te estés muriendo de hambre. No vistes harapos. ¿No podrías haberle concedido un poco más de tiempo?

—¡Vaya si lo hice! No me dio ni un penique durante seis meses. Mi periodo de aprendizaje ha terminado. Ahora tengo trabajo, dos para ser exactos. Y por eso gano dos salarios. Permanecí con él todo el tiempo que pude, pero tengo que ganarme la vida como todo el mundo, ¿no te parece?

—¿Y por qué? Según creo, tu madre tiene un buen negocio abasteciendo de grasa a los barcos y me da la impresión de que ella y tu hermana no han tenido dificultades durante el tiempo que ha durado tu aprendizaje.

Una mujer joven con sombrero y un bonito vestido salió de la tienda y pasó por su lado. Llevaba un paquete marrón en la mano, enguantada. Lilly la reconoció inmediatamente.

—Señor Baylor, se ha ido usted antes de que pudiera darle las gracias. Tan servicial y útil como siempre.

—No hace falta que me las dé, señorita Robbins —contestó él, después de aclararse la garganta.

«¡Madre mía, está más guapa que nunca!», pensó Lilly, que se sintió aliviada porque llevaba su mejor vestido de viaje y una capa a juego. La muchacha la miró y la saludó con una pequeña reverencia, que ella le devolvió algo envarada.

—Hola, señorita Haswell. ¿Sabe que el señor Baylor se ha convertido en un bailarín estupendo?

Lilly negó con la cabeza sin decir una palabra.

—Nunca me lo había pasado tan bien en una fiesta del pueblo como en la pasada. Bueno, señor Baylor, hasta la próxima.

Él se inclinó levemente antes de volver a centrar su atención en Lilly.

Al ver a Dorothea Robbins caminando con garbo por la callejuela, Lilly negó con la cabeza. «Hay cosas que no cambiarán nunca», pensó.

—Ya veo por qué, o más bien diría por quién, estás obligado a ganarte la vida —espetó, y dicho eso, dio media vuelta y empezó a alejarse.

Recorrió a toda prisa Milk Lane y siguió por la calle High hasta la cafetería, deseando con todas sus fuerzas que no se hubiera arruinado. ¿Qué podría hacer si también hubiera desaparecido? ¿Si la señora Mimpurse y Mary se hubieran marchado? «¡No lo permita Dios!», rezó.

Dobló la esquina y exhaló un hondo suspiro de alivio. La anciana señora Kilgrove y otra dama mayor salían en ese momento de la cafetería, y por las ventanas se veía el resplandor de las lámparas. Caminó deprisa hacia la puerta, la empujó y entró. Disfrutó al ver las mesas llenas de clientes, el crepitante fuego, el rumor de las conversaciones y percibir el olor a café, a canela y a vida.

—¡Lilly Grace Haswell!

De repente, allí estaba la señora Mimpurse, rodeándola con sus robustos brazos y envolviéndola con su habitual aroma a nuez moscada, jengibre y humo de chimenea. Lilly le devolvió el abrazo mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Sabía que vendrías, señorita Lilly. Lo sabía. ¡Gracias a Dios!

Mary salió de la cocina y se quedó de pie en el umbral, limpiándose las manos con el delantal y mirándola con cierta cautela. Lilly se zafó del abrazo de la señora Mimpurse y se acercó a Mary.

—¡No sabes cómo te he echado de menos!

—¿De verdad?

Lilly asintió, abrió los brazos y Mary se dejó abrazar.

—Mary, querida —dijo la señora Mimpurse en voz baja—, me temo que debo pedirte que atiendas la cafetería durante un rato.

Mary asintió con expresión comprensiva y apenada. La señora Mimpurse tomó de la mano a Lilly y la condujo escaleras arriba, a la pequeña sala de

estar. Se movía con gracia y energía juveniles, y eso que tenía la misma edad que su padre.

—Siéntate, querida. ¿Quieres comer algo? ¿Un café? ¿Un té?

Lilly negó con la cabeza. Tenía un nudo en la garganta, le sudaban las manos y casi temblaba ante las noticias que la señora Mimpurse estaba a punto de transmitirle.

—¿Has pasado por tu casa? —empezó por fin.

Lilly asintió. Por su parte, la señora Mimpurse sacudió ligeramente la cabeza.

—Tendría que haberte escrito antes, pero tu padre me lo prohibió. Me dijo que te dejara vivir tu vida en paz y que no te preocupara. Pero... bueno, ¿lo has visto?

Lilly volvió a asentir.

—La botica lleva días cerrada. Si no enderezas el rumbo, me temo que Haswell's se va a perder para siempre.

—¿O sea, que las cosas llevan así bastante tiempo?

—Por desgracia, sí.

—¿Y por qué ha ocurrido?

—Pues no lo sé exactamente. Lleva meses que no es el mismo. Y después apareció el nuevo cirujano y boticario y eso pareció hundirlo todavía más.

—¿Pero está...? ¿De verdad está...?

—¿Bebiendo? No sé qué le aflige. Se niega a visitar al doctor Foster.

—Lo sé. Fue lo primero que le sugerí, pero se mostró muy terco al respecto.

—Ya sabes, no se llevan nada bien, y me quedo corta.

—¡Y encima Francis se ha ido! ¿Cómo ha podido hacer eso?

—No lo juzgues sin conocer las circunstancias, querida. Al final tu padre estaba insoportable. Creo que era él el que quería librarse del muchacho, y no lo contrario. También le dijo a la señora Fowler que dejara de ir a limpiar y cocinar. Supongo que, en ambos casos, para poder dejarse ir sin testigos. No

quería que lo ayudara nadie.

—No lo entiendo.

—Bueno, ahora estás en casa. —La señora Mimpurse sonrió, animosa como siempre—. Y si alguien puede devolver Haswell's a la senda correcta, esa eres tú.

Lilly no compartía la confianza de la mujer.



La señora Mimpurse insistió en acompañarla a casa. Ella llevó una cazuela con estofado y Lilly dos barras de pan recién horneado. Recorrieron rápidamente la escasa distancia que separaba los dos establecimientos y entraron por la puerta del jardín.

—¡Madre de mi vida! —exclamó la señora Mimpurse al pasar a la cocina-laboratorio—. Es mucho peor de lo que me imaginaba.

Lilly se quitó el sombrero y se acercó a la sala de curas. Su padre estaba sentado en el borde del catre con la cabeza entre las manos y con la misma ropa que cuando lo vio por primera vez.

—Padre, ¿se siente mejor?

—Ya te lo he dicho. Estoy perfectamente. ¿Por qué has venido?

Se quedó de piedra por su adusta reacción.

La señora Mimpurse se quedó en la puerta, detrás de ella.

—Te he traído un poco de sabroso estofado de pollo con ajos para la cena.

—Ya te lo he dicho, no me agobies, Maude —espetó, de forma arisca y agresiva—. No necesito tu caridad.

—Y tanto que caridad —reaccionó Maude, indignada—. No debería malgastar mi tiempo con un salvaje maleducado como tú. La comida es para la señorita Lilly, que ha vuelto tras estar fuera muchos meses. Y si pudieras portarte mínimamente como un caballero, te sentarías a la mesa y cenarías como Dios manda con tu hija para darle la bienvenida a casa.

—Nunca me ha interesado portarme como un caballero.

—Lo sé perfectamente, y no me extraña.

Él la miró con cara de pena e irritación. No obstante, cuando la señora Mimpurse se acercó para agarrarlo del hombro, indicándole a Lilly que hiciera lo mismo con el otro, permitió que ambas mujeres lo ayudaran a ponerse de pie y lo condujeran a la cocina. Se dejó caer pesadamente sobre una silla.

—¿Contenta? —preguntó.

—Ni te imaginas cuánto —respondió la señora Mimpurse, respondiendo al sarcasmo de su padre con la misma moneda.

—¿Y ahora te vas a marchar de una vez, pedazo de entrometida?

—Con muchísimo gusto, ogro desagradecido.

La señora Mimpurse se quedó un momento dudando en la puerta y los miró a ambos. El dolor que sentía se reflejaba en su expresión, que no cuadraba en absoluto con sus agrias pullas.



Todos los platos y boles estaban sucios, pero Lilly encontró dos tazas en las que podrían tomar el estofado.

—Te escribí, ¿a que sí? —afirmó, más que preguntó su padre.

—Sí, claro. Y le agradezco mucho que lo haya hecho.

—¿Qué te decía? Lo que ha escrito ha tenido que ser grave como para que abandones la temporada en pleno apogeo.

—Lo único que me decía es que no era usted el mismo. Y me da la impresión de que se quedó pero que muy corta. ¿Qué es lo que va mal, padre? ¿Qué ha ocurrido?

—La comida se está enfriando.

Dieron unos bocados en silencio, solo roto por el tictac el reloj. Lilly echó un vistazo al viejo reloj de pared.

—¿Dónde está Charlie? ¿Por qué no ha venido a casa a cenar?

Mientras preguntaba, se daba cuenta de que últimamente no habría habido ocasión de cenar en la casa. ¿Estaría haciendo las comidas con Mary y la señora Mimpurse?

—Charlie ya no vive aquí.

Pensaba que su padre no podría ser capaz de asombrarla más, pero de hecho lo logró.

—¿Cómo dice? ¿Dónde vive?

—Se ha ido a Marlow House. Trabaja allí como ayudante del jardinero.

Dejó caer la cuchara sobre la taza. Se estremeció al pensar en su pobre y dulce hermanito a las órdenes de Roderick Marlow o de su desagradable y siempre malhumorado jardinero.

—¿Pero por qué, padre? Y ahora que, obviamente, usted necesita su ayuda más que nunca. Sobre todo desde que se fue Francis.

Se encogió de hombros y dejó a un lado la cuchara.

—Coma más, padre. Nunca lo había visto tan delgado.

El hombre negó con la cabeza. Estaba claro que sus pensamientos no tenían nada que ver con la comida.

—Siento que hayas venido.

Se le cayó el alma a los pies.

—Lo siento y, al mismo tiempo, me alegro —se corrigió. Puso la mano sobre la mesa para tomar la de ella, pero inmediatamente dudó y no lo hizo. La retiró y se levantó, titubeante. Lilly se levantó de inmediato y lo sujetó por los hombros, ayudándolo a volver a la camilla de la sala de curas.

—Padre, yo no... —Hizo un esfuerzo para no utilizar palabras de reproche—. Nunca lo había visto así.

—Y me gustaría que no me hubieras visto. Ni nadie. —Se sentó pesadamente sobre la camilla—. Dentro de un rato lo tendré controlado. Debo hacerlo.

—¿Necesita algo? ¿Puedo ayudarle? —preguntó.

—Solo necesito tranquilidad. Y estar solo durante un tiempo.

Lilly se dirigió a la puerta y se volvió a mirarlo. Vio cómo se llevaba a los labios una botella llena, después la cerraba con el corcho y se la colocaba junto al pecho mientras se tumbaba de espaldas. Ese acto la destrozó. Abrazaba la botella como si fuera un tesoro. Sin embargo, a ella no le había dado un solo abrazo.

Capítulo 18

«Se dice que el individuo que tiene el récord de pastillas ingeridas a lo largo de su vida es un tal Jessup, que murió en 1814. Se estableció que había tomado 226.934 píldoras y más de 40.000 botellas de jarabe, según indicó un boticario de Bottesford».

C. J. S. THOMPSON

Mystery and Art of the Apothecary

Lilly no paró de dar vueltas en la cama durante horas, incapaz de dormir. Por lo menos, su habitación estaba bastante limpia, aunque dudaba de que alguien hubiera aireado la cama en mucho tiempo. Pese a ello, no se sentía a gusto. Probablemente, el grueso colchón de plumas de la casa de Londres la había malacostumbrado. O quizá simplemente se trataba de que su mente era incapaz de descansar. ¿Qué iba a hacer con Charlie? ¿Y con su padre? ¿Y con la botica, que era el único medio de vida de su padre? Si se pasaba quince días limpiándola y abasteciéndola de nuevo, ¿volvería a venirse abajo en cuanto regresara a Londres? Incluso aunque Charlie echara una mano y convenciera a Francis para que volviera, ¿podrían competir con el nuevo cirujano-boticario y su moderno y perfectamente abastecido establecimiento?

Suspiró con fuerza. Le invadió un miedo avasallador. Era demasiado:

demasiada incertidumbre y demasiadas cosas que lograr en muy poco tiempo. Era necesaria una limpieza a fondo de la tienda y de la vivienda, desde el tejado hasta el sótano, y quién sabe en qué situación estaría el jardín. Seguramente habría muchos pedidos que atender, ¿pero habría dinero para comprar material, o se lo habría gastado su padre en bebida? Era demasiado para que una sola persona lo gestionara todo. Demasiado para ella, sin la menor duda. Finalmente, la pesada carga pudo más y, como única vía de escape, el sueño la venció.



A la mañana siguiente se despertó muy pronto, se puso un vestido normal, se recogió el pelo con un simple moño y fue a la planta baja. «Lo primero es lo primero», pensó. Mucho café caliente para su padre y prepararle un baño y afeitarlo.

Caminó despacio por la botica a la suave luz de primera hora de la mañana. Una vez más, la enormidad de la tarea que tenía por delante pesaba sobre ella como una losa. No había esperanza.

Empujó con cautela la puerta de la sala de curas. Su padre yacía desparramado en el colchón, más o menos como lo había dejado la noche anterior. La botella, completamente vacía, estaba a su lado, y la sujetaba con la mano. Se acercó un poco. A la escasa luz que entraba por la ventana pudo comprobar que no tenía etiqueta. «¿Qué veneno habrá escogido?», se preguntó. Se inclinó, se la quitó con cuidado y la olió con cierta precaución. Apenas sabía nada de bebidas alcohólicas, pero el punzante olor la sorprendió.

Oyó un ruido, una llamada a la puerta. No estaba preparada para atender a posibles pacientes ni para las vergonzosas explicaciones que no tendría más remedio que dar. Volvieron a llamar.

—¿Padre? Padre, despierte.

—¿Mmm?

—Padre, es hora de levantarse. Están llamando a la puerta.

No respondió.

Suspirando, salió de la sala de curas y entró en la botica preparándose para la desagradable conversación que tendría que afrontar. Por la ventana pudo ver la figura de la señora Mimpurse. ¿Por qué no habría venido por la puerta del jardín, como solía hacer? Según se acercó a la puerta, se quedó muy sorprendida al ver otras dos figuras, no, tres... ¡no, cuatro! con ella. ¿Acaso intentaba ayudarla llevándole clientes? ¿Acaso no se daba cuenta de que su padre no podía atender a nadie ni preparar ni vender remedios en la botica?

Abrió la puerta. Antes de que pudiera decir nada, la señora Mimpurse entró como un huracán acompañada por la criada que la ayudaba en la cocina, Jane, cada una cargada con un cubo, bayetas y una mopa. Tras ella, Mary transportaba una cesta de galletas y magdalenas. También les acompañaba la vieja señora Kilgrove, que tenía la lengua muy larga, el señor Baisley, el vicario, y el viejo Arthur Owen con una gallina bajo el brazo.

—Lleve esa gallina al jardín, señor Owen —ordenó la señora Kilgrove—. Hemos venido a limpiar este sitio, no a apestarlo con aves de corral.

Lilly se había quedado literalmente sin palabras.

Después llegó su hermano, que entró por la puerta como un obús.

—¡Charlie!

El muchacho estiró los brazos como si fuera a abrazarla, pero dudó y se limitó a agarrarla por los hombros.

—La señora Mimpurse me avisó de que habías venido a casa, Lilly. Me alegro mucho de verte.

—Y yo de verte ti, Charlie. ¡Cómo has crecido!

—Sí, he crecido mucho. Y voy a ver qué puedo hacer para arreglar el jardín. Solo dispongo de medio día libre, pero trabajo deprisa, ¡vaya que sí!

Quería decirle muchísimas cosas y preguntarle, pero ya se dirigía al jardín atravesando la tienda sin fijarse en nada más. Al pasar, la señora Kilgrove lo saludó con un tono de voz tan cariñoso que sorprendió a Lilly.

Estaba a punto de cerrar la puerta cuando vio acercarse a otro visitante. Se

trataba de un avergonzado Francis Baylor con el sombrero en la mano.

—¿Puedo ayudar yo también? —preguntó tímidamente.

Una vez más, se asombró de cuánto había cambiado. Habían desaparecido los rizos y mechones que siempre estaban pidiendo a gritos un buen corte de pelo. También los miembros desgarrados y larguiruchos y la ropa desajustada. A quien tenía delante era a una especie de traidor guapo y excelentemente arreglado.

—¿Y qué pasa con la botica Shuttleworth? —preguntó Lilly utilizando su tono más altivo.

—He pedido el día libre. El señor Shuttleworth es muy amable.

—¿De verdad?

—Lo siento, Lilly —dijo, mordiéndose el labio.

—Si no le importa, llámeme señorita Haswell, señor Baylor.

El joven inclinó la cabeza, sorprendido.

—Somos muy mayores como para tutearnos.

—No hace falta que me llames «señor».

—¿Y por qué no? La señorita Robbins utilizó ese tratamiento.

—Tú no eres la señorita Robbins.

—Lo tengo muy claro. —Él nunca la había tratado con tanta deferencia como a la otra. Ni con tanto temor reverencial.

—Lo único que quiero decir es que tú y yo somos viejos amigos. Al menos espero que lo seamos.

—De acuerdo, está bien —bufó—. No estoy en condiciones de rechazar la ayuda de nadie, así que puedes pasar.



Trabajaron sin parar durante varias horas. Maude dirigía las operaciones y Lilly contestaba lo mejor que podía a sus preguntas sobre dónde ir colocando cada cosa, qué guardar y qué tirar, etcétera.

—Señorita Haswell, me pregunto si su padre está enfermo... —dijo el vicario en voz baja, como temiendo preguntarle directamente—. Cada vez que le visito me asegura que se encuentra perfectamente bien, pero hace muchos meses que no viene a la iglesia.

—Siento oír eso. —Aunque tampoco estaba en situación de echarle nada en cara a nadie. Ella y sus tíos prácticamente no iban a la iglesia, excepto en las fiestas más señaladas—. Estoy segura de que usted será tan amable de rezar por él, señor Baisley.

—¡Pues claro que sí, ya lo hago! ¿Está aquí? Igual podría verlo ahora. Así rezaríamos juntos.

—Bueno... —dudó—. Deje que eche un vistazo primero. No sé si estará preparado y presentable como para recibir visitas.

Se dirigió de nuevo a la puerta de la sala de curas; antes de entrar compuso una falsa sonrisa.

—¡Padre, es estupendo! —dijo, nada más abrir, al tiempo que entraba—. Varios de nuestros vecinos han venido a ayudarnos a limpiar la tienda y la casa. Charlie está trabajando en el jardín, ¡y el señor Owen hasta nos ha traído una gallina!

—¿Tanto nos debe que no puede pagar con dinero? —preguntó con tono seco.

—No. Simplemente se está portando como un buen vecino. Y el señor Baisley también está aquí. Quiere hablar contigo y que recéis juntos. ¿Le digo que venga?

—No necesito que nadie masculle oraciones mágicas para ayudarme. Solo necesito unos días para recuperar las fuerzas.

—Pero...

—No.

Se mordió el labio y, figuradamente, la lengua. Estaba claro que no merecía la pena ni era momento de discutir. Suspiró audiblemente, salió de la habitación y se acercó al vicario.

—Me temo que no está... preparado para recibir visitas. Pero, por favor,

rece por él.

—¡Por supuesto que lo haré, señorita Haswell! —La miró amablemente—. Y también rezaré por usted.



Después de un largo día de limpieza y organización, tanto en la casa como en la botica, a Lilly le dolían la espalda y el cuello. La señora Mimpurse invitó a los voluntarios a tomar una cena temprana en la cafetería y todos aceptaron. Francis continuó trabajando, haciendo inventario y anotándolo todo en un pequeño cuaderno. Si no lo conociera bien, Lilly hasta habría pensado que estaba fisgoneando las recetas Haswell para apropiárselas.

—¿La cosa está muy mal? —le preguntó, mirando el cuaderno con aprensión.

—Tenéis unos cuantos pedidos grandes que atender. Además, tienes que reponer existencias de productos para elaborar recetas, por no hablar de las medicinas patentadas y los específicos que os faltan.

—A mí no me falta nada. No es mi botica. —A pesar de lo que dijo, extendió la mano. Él le dio dos hojas de papel. La lista era muy larga.

—¿Tanto?

—En la primera columna he incluido lo que, en mi opinión, es imprescindible. Lo de la segunda puede esperar si no tenéis... si no tenéis tiempo para pedirlo todo de una vez.

Ella entendió perfectamente lo que quería decir.

—Gracias.

—Si puedo hacer algo más solo tienes que pedírmelo.

«¿Como por ejemplo que vuelvas a trabajar aquí?», pensó, pero no tenía derecho a pedirle eso. Sí quería que Charlie volviera a ayudar en la tienda, pero había regresado a Marlow House antes de que pudiera cruzar ni siquiera unas palabras con él.

—Hay una cosa que podrías hacer —dijo, levantando un dedo para

indicarle que esperara mientras ella entraba en la sala de curas.

Volvió enseguida con una botella vacía en la mano.

El joven levantó una ceja.

—¿Te importa que esto quede entre nosotros? —preguntó.

—Por supuesto. ¿Es de tu padre?

Asintió y le tendió la botella.

—¿Qué es? ¿Puedes decírmelo?

Agarró la botella mientras fruncía el ceño, la miró por fuera y comprobó que no tenía etiqueta ni marca. Después se la pasó deprisa por debajo de la nariz, como si el olor fuera a ser fácilmente identificable para él. Pero no fue así. De hecho, arrugó aún más la frente y la volvió a oler, esta vez más cerca, hasta tres veces.

—Pensaba que... Pero no lo sé. ¿Qué piensas tú?

—Yo tampoco tengo ni idea.

—No soy experto en estas cosas. Quiero decir, dando por hecho que... — Se interrumpió y empezó de nuevo—. Voy a llevármela, a ver si Freddy Mac o el señor Shuttleworth son capaces de identificarlo.

Freddy McNeal era el dueño de Hare and Hounds, la posada con taberna del pueblo, mucho más pequeña en comparación con The George, que estaba en Honeystreet, junto al canal.

—No digas de dónde procede, ¿de acuerdo?

—Puedes confiar en mí, Lill... señorita Haswell.

Se sintió boba por haber insistido antes en que la llamara por su apellido.

—¿Vienes a la cafetería? —preguntó el joven.

—No, pero ve tú, por favor. Yo prefiero quedarme aquí a ver si consigo que padre coma algo.

Él asintió y adelantó la cabeza para mirarla más de cerca.

—Me alegro de que hayas vuelto.

—No he vuelto. Solo estoy de visita, durante unos quince días o menos.

Siguió mirándola y empezó a sentirse algo incómoda, porque no dejaba

de hacerlo. ¿Acaso había cambiado tanto? ¿Iba a decirle que tenía buen aspecto, que estaba guapa?

—¿Pasa algo malo?

—Pues que... tienes una telaraña en el pelo —contestó, sonriendo levemente.

Avergonzada, se pasó la mano por la sien.

—¿Dónde?

—Permíteme. —Acercó la mano y le pasó muy suavemente los dedos por la línea del pelo—. Aquí está. —Se la enseñó y la alejó de un soplo.

Cuando la tocó sintió un extraño hormigueo en el cuero cabelludo. Ni siquiera se le pasó por la cabeza reñirle por echar la telaraña al suelo recién limpio.

Capítulo 19

«Cabezas de adormidera bien colocadas y, al lado, un caimán disecado que colgaba...

La salvia bien guardada esperando a ser usada...

Una promesa de salud constante, pero siempre con el dinero por delante».

SIR SAMUEL GARTH

Dispensario

Utilizando parte del dinero que le había dado su tía para el viaje, Lilly contrató a una lavandera para que se hiciera cargo del enorme montón de ropa sucia que había en la habitación de su padre. Hizo un pedido de carbón y fue a la tienda a comprar algunos productos urgentes, como velas, jabón y demás. Ya se preocuparía más adelante de la comida. Con las cantidades que estaba comiendo su padre, el estofado de la señora Mimpurse y el pan de Mary aguantarían por lo menos una semana.

A la caída de la tarde, Francis volvió a la tienda. Al ver la puerta de la enfermería entreabierta, la señaló con un gesto.

—Al señor Shuttleworth le gustaría hablar contigo.

—¿Para qué?

—Sobre... —bajó la voz—, sobre la botella que me diste. Freddy Mac no

fue capaz de identificar lo que era.

—¿Y el señor Shuttleworth?

—Me dijo que necesitaba más información antes de atreverse a asegurar nada.

—Imagino que quieres decir «suponer», no «asegurar».

Francis se encogió de hombros.

—Puedes venir a la tienda, o...

—No puedo ir. Parecería que voy a espiar, o peor, que me porto de forma desleal con mi padre.

Francis parecía incómodo.

—Y tampoco puedo invitarlo a que venga aquí, pues mi padre podría oírnos... ¿Qué te parece la cafetería?

—Bien. El señor Shuttleworth es cliente.

—¿De verdad?

—Está soltero y no tiene criados.

Por alguna razón le sorprendió enterarse de eso. Por otra parte, no le gustó la idea de que la señora Mimpurse atendiera al rival de su padre.



Lilly no esperaba encontrarse con un hombre como el que se levantó a saludarla al entrar en la cafetería. Se aproximó a la mesa en la que estaban Francis y su jefe. No era alto, pero su presencia imponía. Supuso que tendría alrededor de treinta años, pero su edad era difícil de calcular. Aunque era de constitución normal, en realidad eso era lo único en él que podía calificarse como «normal». Tenía el pelo negro, formando una especie de crestas de unos cinco centímetros de ancho a o largo del cuero cabelludo. Las cejas formaban una especie de picos negros, y bajo ellas, los ojos, también muy negros, brillaban con malicia. Su forma de vestir también era sorprendente: chaleco dorado y negro que brillaba bajo una levita con solapas color borgoña y puños amarillos. El pañuelo del cuello no era como los habituales,

es decir, de color blanco o marfil, sino dorado brillante.

Se dio cuenta de que estaba mirando el pañuelo.

—¿Le gusta? —preguntó, tocándose.

—Sí. —Dudó durante un momento—. Tengo un vestido exactamente de ese color.

—Una dama con un gusto exquisito. Magnífico. —Cuando sonrió, Lilly se dio cuenta de que tenía los dientes muy largos.

—Señorita Lillian Haswell, permítame que le presente al señor Lionel Shuttleworth.

Le sorprendió mucho que Francis hubiera caído en utilizar su nombre completo.

Hizo una pequeña reverencia y el señor Shuttleworth se inclinó. Su sonrisa y el brillo de sus ojos mostraban un placer real. Fue algo raro, pues por una parte sintió calidez y por otra incomodidad.

—Señorita Haswell, es todo un placer. Desde que llegué no he parado de oír cosas extraordinarias acerca de usted, tanto por parte del joven señor Baylor, aquí presente, como de la señora y la señorita Mimpurse.

En ese momento apareció Mary, como si hubiera sabido que la nombraban. Colocó sobre la mesa una cesta con pan y una tetera.

—El pollo y las verduras salen dentro de un minuto.

Lilly se dio cuenta de que el señor Shuttleworth no le quitaba ojo a Mary. Pensó que las redondeadas mejillas de su amiga estaban más coloradas de lo que el calor de la cocina podía explicar. Llevaba un vestido azul y un delantal blanco y el pelo apenas recogido con horquillas. No se podía decir que fuera una belleza deslumbrante, pero sí era agradable y atractiva, al menos en su opinión.

Cuando Mary regresó a la cocina, el señor Shuttleworth volvió a centrar su interés en Lilly.

—Espero que venga alguna vez a conocer mi pequeña tienda. Sería un honor para mí enseñársela. Acabo de colgar un tiburón tigre y tengo una cabeza jibarizada y varios escarabajos egipcios. Sus colores son como los de

las piedras preciosas, señorita. Exquisitos, de verdad.

—¿Y utiliza usted escarabajos y tiburones para sus preparaciones? —No preguntó por el esqueleto, pues sabía muy bien que muchos boticarios utilizaban polvo de huesos, se supone que para cicatrizar heridas y tratar la epilepsia. Aunque su padre aborrecía esas prácticas, pues las consideraba una superchería, y Lilly estaba de acuerdo. En todo caso, no era algo de lo que le apeteciera hablar mientras cenaba.

El hombre hizo caso omiso a la pregunta y siguió a lo suyo.

—Cuando la tripulación atrapó el tiburón yo estaba en la cubierta, lo vi con mis propios ojos. Aunque, por supuesto, no puedo presumir de haberlo pescado yo. Sin embargo, sí que capturé los escarabajos. Los he colocado yo mismo en los expositores.

—¿Ha estado usted en Egipto? —preguntó, sin poder evitar el tono de sorpresa.

—En Egipto, en Italia, en las Indias Occidentales, en el África subsahariana...

—¡Santo cielo! ¿Puedo preguntarle cómo ha viajado tanto y tan lejos?

—Pues claro que puede. —Apoyó los codos en la mesa—. Durante varios años trabajé como cirujano en un barco mercante. Mi jefe importaba mercancías exóticas de lugares igualmente exóticos. Fue una experiencia fascinante. No solo el hecho de ver las plantas y los animales, tan raros y desconocidos hasta entonces para mí, además de la gente, claro, sino también los métodos de sanación de los distintos pueblos y culturas. Extraordinariamente interesante.

—Entonces debo plantearle la pregunta obvia, caballero —dijo Lilly—. ¿Cómo es posible y por qué ha escogido establecerse y abrir su tienda en un pequeño pueblo del interior de Inglaterra como Bedsley Priors? ¿Tiene usted familia aquí?

—No tengo familia —indicó, negando con la cabeza. Miró hacia la pared, como si estuviera reflexionando profundamente—. El trabajo de cirugía en los barcos y vivir constantemente entre hombres toscos y maleducados

terminó por hartarme. Dejé mi trabajo y saqué un pasaje para una de las barcazas que recorren el canal transportando personas y mercancías desde Bristol hasta Londres. En la ciudad empecé a trabajar con un maestro boticario y al cabo de unos meses decidí quedarme varios años. La ciudad de Londres es culturalmente muy rica y variada.

—Entiendo y comparto lo que dice de Londres, ¿pero Bedsley Priors?

Notó el silencioso gesto de disgusto de Francis y se corrigió inmediatamente.

—Es un lugar precioso, por supuesto, y a mí me encanta, pues he crecido aquí, y es donde viven mi familia más cercana y mis mejores amigos.

—Es usted muy afortunada por el hecho de tener familia y amigos, señorita Haswell. Y desde luego que se trata de un lugar precioso y encantador en el que vive gente también encantadora. De hecho, cuando pasé por Bedsley Priors de camino a Londres, encontré tres razones por las que decidí que algún día volvería y me establecería aquí.

—¿Tres razones, caballero? —preguntó Lilly, alzando las cejas.

Mary salió otra vez de la cocina, en este caso con una bandeja con platos y cubiertos.

—Aquí llega una de esas adorables razones —musitó el señor Shuttleworth, levantándose—. ¿Puedo ayudarla con la bandeja? Parece pesada.

—Puedo arreglármelas, caballero —respondió Mary, ruborizándose.

La mirada de Shuttleworth resplandeció.

—Y encima fuerte y decidida. —Siguió mirándola un momento y después fijó los ojos en Lilly—. Deberían ser hermanas. Las dos son adorables.

La fuente con el pollo golpeó la mesa con un poco más de estrépito del necesario.

—Lo siento —musitó Mary. Mordiéndose el labio, colocó en la mesa los boles de verduras con su diligencia y habilidad habituales. Lilly esperaba que no estuviera a punto de tener un ataque de epilepsia.

—¿No quieres unirse a nosotros, Mary? —la invitó Lilly, librándose de

paso de la persistente mirada del hombre.

—Ahora no puedo. Quizá después, para el café y el pudín.

Lilly se sirvió una ración de estofado de pollo y pasó la bandeja al señor Shuttleworth, que se sirvió varios trozos junto a las verduras y las patatas.

—Bueno, ahora que ha llegado la comida, hablemos del asunto, ¿le parece?

—Se refiere a la botella, claro —dijo él, inclinándose un poco más hacia la mesa y bajando la voz—. Saqué unas gotas de líquido que todavía quedaban. Definitivamente, contienen alcohol.

Se le cayó el alma a los pies. Sintió vergüenza y se sonrojó.

—Pero tengo la impresión de que su uso no busca el objetivo de emborrachar, sino de tranquilizar.

Lilly miró al hombre con cara de interrogación.

—Doy por hecho que la botella estaba en manos de su padre y que hay bastantes más.

Miró acusadoramente a Francis, pero el señor Shuttleworth levantó la mano.

—El señor Baylor no me ha dicho ni una palabra. Estoy al tanto de la reclusión que se ha autoimpuesto su padre. Hasta me acerqué a visitarlo para librarme de la preocupación.

—Lo siento.

—No se preocupe. —El señor Shuttleworth rechazó su disculpa con un movimiento del tenedor—. Lo vi por la calle hace varias semanas y me pareció que estaba extremadamente delgado. Por eso me pregunté si no estaría sufriendo mucho dolor. Y ahora estoy convencido de ello. Lo que está tomando sirve para aliviar el dolor, eso sin la menor duda. Sin embargo no estoy seguro de cuáles son sus componentes.

—¿Pero entonces usted cree que es una medicina? ¿No es simplemente... alcohol?

—Eso creo, sí. Quizás algún nuevo específico que acabe de salir al mercado, o casi seguro una mezcla elaborada por él mismo. Debería usted

intentar averiguar con qué componentes ha estado trabajando o tiene almacenados o cuyas existencias hayan menguado sustancialmente. —Bajó la cabeza con un gesto expresivo—. O pregúnteselo sin más.

En lugar de contestar, Lilly se llevó a la boca un trozo de pollo. Estaba claro que el señor Shuttleworth no conocía a su padre.



A la mañana siguiente, Lilly estudió a su progenitor con mucha atención y con más objetividad ahora que había empezado a superar la conmoción que sufrió a su llegada. Estaba sin afeitar y le crecía una barba de varios días, entre gris y pelirroja. La piel del cuello le colgaba, bastante más suelta de lo que recordaba, como los carrillos. El pelo parecía más fino, además de tenerlo muy desaliñado, y le habían salido unos cuantos mechones grises en las sienes. Le pareció que los ojos habían perdido en parte su intenso color azul y bastante luminosidad. Al mirarlo sintió una mezcla de ternura y de repulsión, esta última sin poder evitarlo. Pese a que llevaba bastante más de un año sin verlo, solo lo tenía a él y era el paradigma de la seguridad, uno de sus puntos de apoyo, el más cercano y vital. Su padre siempre había sido fuerte y capaz, por lo que la desasosegaba mucho verlo tan débil, tan... apocado.

Se acercó a él y lo abrazó suavemente. Después se sentó a su lado en el colchón de forma que pudiera mirarlo a los ojos al hablar.

—Buenos días —dijo él con la voz ronca.

—¿Cómo está hoy? —Se dio cuenta de que le había hablado con esa voz calmada y dulce que se suele utilizar con los niños. No era un niño, ni ella tampoco, pero la sola idea de perderlo le producía una angustia tremenda. Se acordó de las cometas chinas que había visto una vez en Hyde Park, flotando solas en el aire, sin rumbo fijo. Así estarían su hermano y ella si... «¡Oh, Charlie! ¿Qué iba a hacer el pobre Charlie sin su padre?».

—¿Piensa que está muy enfermo? —preguntó, después de aclararse la garganta.

Su padre se volvió a mirarla con brusquedad.

—Lo digo por las botellas. Me avergüenza confesarle que lo primero que pensé fue que se estaba emborrachando. Pero dudo de que sea la única persona del pueblo que lo piensa.

—¿Cuándo me has visto beber algo más que una copa de oporto y muy de vez en cuando?

—Nunca... hasta ahora. Pero las cosas han cambiado mucho desde que me fui, no me lo puede negar.

Su padre apartó la mirada y movió la cabeza, desalentado.

—¿De qué se trata, padre? ¿Lo sabe?

—No. Algunos días me siento casi bien, casi yo mismo. Pero otros apenas puedo levantarme. Y estos últimos se han vuelto cada vez más frecuentes. Pero lo único que necesito es encontrar la mezcla adecuada de hierbas, componentes y elixires. Lo venceré, estoy seguro.

—¿Sin un diagnóstico? ¿Cuándo ha tenido éxito con un tratamiento actuando de esa manera?

—Raramente, pero a veces pasa. A veces no sabemos cuál es la causa real del problema, pero llegamos a encontrar una cura a fuerza de muchos ensayos y errores.

—¡Pero eso es absurdo! ¡Si ni siquiera ha consultado con otro profesional médico! Déjeme llamar al doctor Foster.

—¡Ese individuo! Sería la última persona en el mundo a la que acudiría para pedir consejo. No tardaría ni un minuto en pregonar a los cuatro vientos mi debilidad y mi fracaso, como te lo digo.

Sabía que el viejo doctor Foster se había sentido resentido con su padre por tratar a algunos de «sus» pacientes. Pero, a pesar de la mala sangre entre ambos, no dejaba de ser un profesional, ¿o sí?

—Bueno, pues entonces llamaré al señor Shuttleworth.

—¿Mi nuevo competidor? ¿Crees que voy a permitirle que me eche del negocio de una vez para siempre? ¿Quieres que le entregue la pala para que cave mi propia tumba?

—Lo he conocido. Parece muy decente. Además, es boticario, un colega. Pasó varios meses formándose en la Asociación, igual que usted.

—Yo pasé allí cerca de dos años, si sumamos el tiempo en la sociedad y el verano que pasé trabajando en el jardín de los farmacéuticos. Fueron «varios meses», sí.

—Padre, por favor. Insisto en que lo visite un profesional. Si rechaza a los dos de por aquí, entonces... entonces escribiré a mi tío y le pediré que envíe a alguien de Londres.

—¿Tu tío? ¿Que piensa de mí que soy un fracasado y un inútil? No le dejaré creer que tenía razón, de ninguna manera.

—Usted no es un fracasado. Simplemente está enfermo.

—Da lo mismo.

—¡Ni mucho menos! Padre, insisto.

—Me temo, jovencita, que no tienes ningún derecho a insistir sobre nada que me concierna, en absoluto —espetó, echándole una mirada glacial con sus ojos azules.

—¿Cómo que no? —preguntó, sin dejarse intimidar—. ¿Acaso no estoy viendo a mi padre actuar de una forma irracional? ¿Haciéndose daño a sí mismo y a su adorada botica, que lleva tres generaciones pasando de padres a hijos? ¿Una tienda por la que antes habría hecho lo que hiciera falta para protegerla y mantenerla?

—¡Precisamente estoy intentando protegerla!

—No, ni mucho menos. Lo único que intenta proteger es su propio orgullo. Y ya es muy tarde para eso. Voy a llamar o al doctor Foster o al señor Shuttleworth, usted elige.

—Dame... dame un poco más de tiempo, por favor. Sé que puedo recuperarme por mí mismo. Solo un mes más. En ese tiempo seguro que habré desarrollado un tratamiento que funcione, uno que ya tengo en mente...

—Dos días.

—Quince...

—Una semana, y se acabaron los regateos.

—Muy bien —concedió, suspirando.

—De acuerdo —dijo ella, asintiendo vigorosamente. Pero se preguntó si de verdad disponían de tanto tiempo.

Capítulo 20

«J. & A. PEPLER se atreven a informar con todo respeto a las damas de DEVIZES y sus alrededores que J. P. han regresado de Londres y han traído una selección de PAMELAS, sombreros de paja y preciosos sombreritos de paseo».

Devizes & Wiltshire Gazette, 1833

Lilly estaba preparando una bandeja con el desayuno para su padre cuando oyó una fuerte llamada en la puerta de la tienda. Fue tan repentina e intensa que se le cayó el té caliente y le quemó la mano. Salió de prisa de la cocina-laboratorio, soplándose la piel abrasada para refrescarla, y se quedó muy sorprendida al ver a Francis en la puerta. La abrió y vio que llevaba en las manos un cajón bastante grande.

—¡Cómo pesa! ¿Puedo...?

—Por supuesto. Pasa.

Entró con el cajón entre las manos y lo depositó con delicadeza sobre el mostrador.

—¿Qué son? —preguntó, viendo que dentro había un montón de frascos y paquetes.

—Componentes básicos. Espero que os sirvan para ir tirando hasta que

hagáis un pedido y lo recibáis.

—Pero... ¿cómo?

—Hice otra lista para mí después de completar tu inventario y saqué esto de las existencias del señor Shuttleworth.

—Pero no podemos aceptarlo...

—No es un regalo, señorita Haswell. Se ha contabilizado hasta el último gramo. Lo pagaréis cuando estéis en disposición de hacerlo, y de la forma que podáis.

Le sorprendió la formal profesionalidad de Francis y su generosidad.

—Pero yo no voy a... —¿Por qué no pudo terminar la frase tal como la había pensado, «pero yo no voy a quedarme aquí»? Le invadió el miedo y la comprensión de todo lo que tenía por delante: pedidos, repartos, deudas, limpieza y arreglos de la tienda... Pero ¿qué pasaba con sus planes iniciales de quedarse solo quince días?

—Por supuesto que lo pagaremos —dijo con rotundidad—. Muchísimas gracias. —Se dio la vuelta bruscamente y volvió a entrar en la cocina-laboratorio para que él no pudiera ver cómo se desmoronaba su aparente valentía.



Al día siguiente, Lilly y Charlie fueron juntos al servicio religioso. La iglesia estaba de lo más acogedora en la luminosa mañana, con el sol entrando a raudales a través de las coloridas vidrieras de las ventanas, las velas encendidas y las felices voces que llenaban de vida la capilla. Se sentía bien allí, sentada en su sitio de siempre y escuchando el agradable acento de Kent del señor Baisley.

Mientras el grupo entonaba un himno, Lilly se distrajo al oír una profunda voz masculina que le llegaba de algún lugar cercano. El agradable tono de barítono mejoraba mucho la melodía, interpretada sobre todo por voces de mujeres y de hombres mayores. Lilly miró discretamente por encima del

hombro y le sorprendió ver a Francis Baylor, que estaba dos filas detrás de ella, con los ojos clavados en el vicario y cantando con mucho sentimiento. «También le ha cambiado la voz», pensó.

Después del servicio, muchos vecinos se acercaron a saludar a Lilly y a darle la bienvenida por su regreso al hogar.

Innegablemente guapo con su ropa de domingo, Francis hizo una breve inclinación al pasar a su lado.

—Señorita Haswell. Charlie. —Se habría dado la vuelta para marcharse si Charlie no se hubiera dirigido a él.

—Ayer la vi otra vez, Francis.

—¿A quién vió? —preguntó, deteniéndose—. ¿A la pelirroja angelical?

«Yo no soy pelirroja», pensó Lilly de manera automática. Castaña clara, si acaso color jengibre, pero ni mucho menos pelirroja. Instantáneamente sus mejillas se pusieron de ese color, puesto que no estaban hablando de ella, en absoluto.

—Sí, la vi bien temprano —confirmó Charlie, asintiendo—. Esperaba que viniera hoy al servicio.

—No importa, Charlie. Hay muchos otros ángeles por aquí.

Francis no siguió andando con ellos, sino que se detuvo para saludar a la señorita Robbins y a sus padres.

Una vez fuera de la capilla, Charlie se encasquetó un gorro gastado.

—Tengo que volver a Marlow House.

—Espera, Charlie. Siéntate un momento, ¿quieres?

El muchacho dudó, pero se dejó llevar hasta un banco del patio de la iglesia y se sentó junto a su hermana.

—¿No quieres volver a casa para ayudarnos a padre y a mí?

Se encogió de hombros.

—¿Qué te pasa, Charlie? ¿Tienes miedo? ¿Hay alguien de Marlow House que te asuste? —Contuvo las ganas de abrazarlo, de protegerlo de las bromas y los acosos malintencionados como había hecho siempre, desde que era muy

pequeño.

—No. Me gusta estar allí, me gusta mucho. El señor Timms es un poco cascarrabias, pero estoy aprendiendo mucho de él.

—Pero padre te necesita. Seguro que quieres ayudarlo, ¿a que sí?

—Sí, pero... —Charlie bajó la cabeza. Le asomaban las muñecas por las mangas de su vieja americana de los domingos. Igual que los tobillos, que asomaban bajo los pantalones, por encima de las botas. Un niño pequeño que había crecido mucho, eso es lo que era. Pero ese toque de terquedad era nuevo para ella.

—Hablaré con *sir* Henry, ¿de acuerdo? —dijo, forzando un tono agradable—. Y se lo explicaré, ¿te parece bien?

—A él le parecerá bien —dijo, encogiéndose de hombros otra vez—. Y a mí no me gusta incumplir mi palabra.

—¿Entonces tienes una relación de aprendizaje oficial? —preguntó, pues lo dudaba—. ¿O un contrato de algún tipo?

—Sí, soy aprendiz, eso es lo que soy. Igual que lo era Francis. —Se irguió un poco en el banco, claramente orgulloso de su situación.

¡Vaya por Dios! Eso ponía las cosas más difíciles.



Le pidió a Charlie que al menos fuera a casa a tomar el té. Aceptó, pero nada más entrar por la puerta del jardín se distrajo con un nido de avispas que colgaba del alero, cerca de la puerta trasera. Y fue a sentarse allí. Lilly sabía perfectamente que intentar hablarle mientras contaba cosas, sobre todo si volaban, era una causa perdida. Así que suspiró y decidió hablar primero con su padre a solas.

Mientras tomaban el té, le preguntó a su padre sobre la situación de Charlie. De entrada, su padre asintió.

—Supe que buscaban a un muchacho y le dije a Charlie que si le apetecía optara al puesto.

—¿Pero por qué?

—Yo no estaba siendo capaz de cuidar de él de manera adecuada, Lilly. Me avergüenza confesarlo, pero es así. —Se pasó la mano por las mejillas sin afeitarse—. Al menos estoy seguro de que, mientras esté allí, no andará vagabundeando por el condado, metiéndose en algún lío por su forma de comportarse o husmeando cualquier cosa que le interese en un momento dado.

—Él no tiene la intención de husmear o de espiar.

—Pues claro que no, ya lo sé —dijo, sacudiendo la mano para desechar la idea—, pero a quien no lo conozca se lo podría parecer. En los últimos tiempos han venido a este condado montones de familias nuevas y alguna gente bastante... poco recomendable. La mayoría no sabe lo poco peligroso y bienintencionado que es Charlie. Sin embargo, sin querer, podría ser testigo de alguna situación inadecuada y pagar un precio muy alto por ello. No me importa que piense en sus cosas ni que sea como es, lo quiero igual, pero no soportaría que le pasara algo malo.

—¡Por supuesto que no!

—Por lo menos, en Marlow House está muy ocupado y come como es debido y con regularidad. Eso es bastante mejor que lo que tenía aquí, conmigo.

Lilly empujó el plato con pan y mermelada hacia él.

—Coma algo, padre.

Dio un pequeño bocado.

—El señor Timms lo tomó como aprendiz de jardinero. Marlow no me ha cobrado la tarifa de aprendizaje a cambio de los servicios que necesite de mí en el futuro. En todo caso, empezará a cobrar un salario al cabo de seis meses, y ya lleva tres.

—Pero seguramente ahora...

—Me molesta mucho la idea de que rompa el contrato, y a él también. Aparte de que ni te cuento lo que diría Marlow al respecto. Podría pedir la tarifa completa de aprendizaje, dado que Charlie aún no ha producido ningún

beneficio. Como mínimo, habría que abonar los costes de alojamiento y manutención. Está hecho, Lilly, y es bueno para todos, especialmente para Charlie. No estaría bien que lo dejara, y menos sin avisar con la suficiente antelación.

—Aunque igual si yo hablo con él... con Marlow, quiero decir.

—¿De verdad crees que podrías lograr que Roderick Marlow siquiera te escuchase o se pusiera en nuestro lugar?

—Me refería a *sir* Henry.

—Ya ha dejado toda la gestión de la hacienda en manos de su hijo. — Levantó la taza con la mano temblorosa—. En estos momentos *sir* Henry está bastante mejor de salud que yo. Pero durante su último achaque dejó de dirigirlo todo. Roderick Marlow es el señor de la hacienda a todos los efectos.

—Bueno, hasta él debe de tener cierto buen fondo. Quizá lo entienda si le explico la situación.

—¿Y qué le ibas a explicar exactamente? Y, sobre todo, ¿cómo?

—Pues con el mayor tacto y discreción posible. Puede que tu salud y tu futuro dependan de eso.

Su padre negó con la cabeza.

—Querida, no me cabe la menor duda de que has desarrollado bien esas cualidades durante tu estancia en Londres. Si quieres, adelante, pero no te decepciones mucho si no te hace el menor caso.



Charlie estaba sentado en la puerta trasera.

—Charlie, voy a ir a ver al señor Marlow dentro de unos minutos, para ver si podemos llegar a un acuerdo que te permita dejar Marlow House y vuelvas a ayudarnos a padre y a mí. ¿Puedes preparar la calesa, por favor?

El muchacho dudó durante un momento, después asintió.

—De acuerdo.

Lilly fue a toda prisa a la cafetería. La señora Mimpurse y Mary estaban

sentadas a la mesa de la cocina tomándose un té y disfrutando de un poco habitual momento de relajación.

—Señora Mimpurse, me voy a acercar en la calesa a Marlow House a ver si puedo conseguir que liberen a Charlie de su contrato de aprendizaje. ¿Sería tan amable de acercarse un momento y cuidar de mi padre? Supongo que no tardaré más de una hora.

La señora Mimpurse la miró de arriba abajo.

—¿Vas a ir a Marlow House así vestida?

Lilly miró hacia abajo, como cayendo en la cuenta del sencillísimo y viejo vestido que se había puesto tras volver del servicio religioso.

—No se trata de una visita social. Solo pretendo hablar de negocios.

—¿Y pretendes convencer a Roderick Marlow solo con tus palabras?

—Pues sí, claro.

La señora Mimpurse negó con la cabeza.

—¡Vamos ya, señorita Lilly! ¿Pero es que tu estancia en Londres no te ha enseñado nada?



Dos horas más tarde, Lilly se levantó de la mesa de tocador y se puso los guantes. Se había puesto uno de los vestidos de Londres, uno de paseo de muselina blanca con bordados rosas en la parte delantera y tres volantes en el dobladillo. Por encima llevaba una rebeca campestre de tela gris adornada con una tira de seda rosa en el cuello para protegerse del viento relativamente fresco que sería más intenso mientras fuera en la calesa. Le hubiera gustado despachar el asunto bastante más temprano, pero, una vez puestos, prefirió bañarse y vestirse adecuadamente, incluyendo la ropa interior y el corsé. Mary la ayudó a arreglarse, sobre todo a abrochar el dichoso corsé, y después cayó en la cuenta de que también debía arreglarse el pelo, logrando que en la sien izquierda le cayeran abundantes rizos; la derecha la cubrió con una mínima pamelita de paja, de lo más elegante. Mary había sugerido que se

pusiera un sombrero muy llamativo, coronado con plumas de avestruz, pero a Lilly le habría dado mucha vergüenza pasearse por el pueblo con un atuendo tan ostentoso.

—Muchas gracias, Mary.

—¿Estás nerviosa?

—Mucho —reconoció Lilly.

—Lo peor que podría decir es que no.

Lilly contuvo el aliento.

—¿Estás segura?

—¡Claro! ¿Y quién te diría que no con lo guapísima que estás? —Mary se quedó callada un momento—. Sé que tu padre y tú necesitáis ayuda, pero tampoco sería tan malo que Charlie se quedara allí. Creo que le gusta.

—Estás intentando consolarme en caso de que no lo consiga, ya lo sé. Pero Charlie me preocupa. De hecho, me preocuparía cualquiera que trabajase para esa gente.

—Pero... bueno, da lo mismo —dijo Mary mientras le arreglaba por enésima vez uno de los rizos que le caían casi sobre la mejilla.



Lilly bajó por las escaleras y fue a la puerta de atrás. Vio a Charlie sentado, iluminado por el sol de la tarde, prácticamente en la misma postura en la que lo había dejado hacía un par de horas. Miró alrededor y no vio ni rastro de la calesa.

—¿No has preparado a *Pennyworth* ni la calesa?

—Tiene una rueda rota.

—¡Vaya! —Se contuvo para no expresar la frustración que sentía—. Pero ya sabías que quería utilizarla. Me lo tendrías que haber dicho antes.

—Vas a casa de los Marlow. Tampoco está tan lejos.

—De acuerdo —bufó—. Caminaré.

—¿Puedo ir contigo? —pidió, poniéndose de pie—. Ahora está en la casa una dama pelirroja muy guapa. No me importaría echarle la vista encima otra vez. Todos los muchachos dicen que es guapísima. Hasta Francis.

Lilly se preguntó si la pelirroja era la dama a la que vio en Londres con Roderick Marlow.

—Quédate con padre, Charlie, por favor. Si necesita algo, ve corriendo a avisar a la señora Mimpurse.

—De acuerdo. —No obstante, parecía incómodo.

—Vamos, Charlie —intervino Mary, que se había unido a ellos y notó la inquietud del muchacho—. ¿Jugamos una partida a las damas antes de que me vaya?

Esa sugerencia sí que le gustó a Charlie.

Lilly miró a Mary para mostrarle su agradecimiento e inmediatamente salió por la puerta del jardín.



Charlie tenía razón: Marlow House no estaba lejos. Había recorrido la distancia andando, e incluso corriendo, muchas veces. Pero nunca con un vestido ni unos zapatos tan elegantes, ni con un corsé tan ajustado.

Caminaba un tanto envarada esperando que el pelo, bastante bien sujeto por el sombrerito, se mantuviera en su sitio.

Se aproximó a Marlow House y se detuvo bruscamente. Allí, sobre la hierba del jardín, había un caballero que estaba quieto como si fuera una estatua de mármol. Dudó por un momento, pero después se acercó algo más, sin dejar de mirar al hombre, cuyos rasgos se volvían más familiares para ella con cada paso que daba.

Sin duda, él oyó sus pasos sobre la grava del camino y se volvió a mirar en su dirección.

—¡Me ha dado un buen susto!

«¿Roger Bromley aquí, en Bedsley Priors?». Aunque se sintió rara e

insegura acerca de cómo reaccionaría al verla, lo cierto es que se alegró de su presencia. Siempre le había gustado ese joven. Le sonrió e inclinó la cabeza hacia un lado. Dándose cuenta de que la corona de rizos también se inclinaba en esa dirección, se enderezó de inmediato.

—¿Señorita Haswell? —Roger Bromley sonrió al reconocerla y se acercó para saludarla—. No esperaba encontrarla aquí.

—Ni yo a usted.

—¡Es todo un placer! —Se inclinó, y ella le devolvió el saludo con una reverencia—. He salido un momento para respirar aire puro y librarme durante un rato de la compañía de mujeres estúpidas. No sabía que iba a venir a la fiesta.

—¡Oh...! —Titubeó—. Lo cierto es que no venía a la fiesta. Vivo aquí... en el pueblo, quiero decir.

—¡Es verdad! Se me había olvidado que usted era del mismo pueblo que Marlow.

Tragó saliva, y su ansiedad creció con la mención de su nombre. Empezó a hablar deprisa para que no se le notara.

—¿Ha venido Christina Price-Winters?

—No. Está muy ocupada comprando el vestido de boda y todo eso. Se ha comprometido con Stanton. ¿No se había enterado?

Lilly negó con la cabeza. Había imaginado que Christina no se mantendría en contacto. De todas maneras, le dolió que no la hubiera avisado de una noticia tan significativa.

—Pero hay aquí al menos dos conocidas tuyas —continuó el señor Bromley—. Toby Horton y la señorita Whittier.

—Me alegro por usted.

—¿De verdad?

—¡Ah, vaya! ¿Ha vuelto a rechazarlo?

—Bueno, no podría afirmarlo rotundamente —contestó, mirándola con expresión irónica—. Pero sí, vuelve a comportarse de una forma muy fría conmigo.

—Siento oír eso. Igual debería fingir otro compromiso inminente — reflexionó, conteniendo la sonrisa—. La última vez fue de lo más efectivo.

—¡Habla usted con una franqueza deliciosa, señorita Haswell! — reaccionó él, soltando una carcajada—. La he echado de menos, aunque reconozco que no he actuado en consecuencia.

—No se preocupe, señor Bromley —dijo, aliviada por no sentirse dolida en este caso—. No tengo ningún motivo para esperar ser correspondida.

—Tiene toda la razón... después de haberme rechazado sin la más mínima piedad —dijo, tomándole el pelo con una sonrisa.

—¿Iba usted a entrar? —dijo, ofreciéndole el brazo para acompañarla.

—No quiero interrumpir.

—No pasa nada. Falta un buen rato para que se sirva la cena.

Justo acababa de poner la mano sobre su brazo cuando Susan Whittier salió al porche.

—Roger, me empezaba a preguntar dónde te habrías metido. ¡Oh! Hola...

—Te acuerdas de la señorita Haswell, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo está usted? —saludó la hermosa rubia—. No sabía que iba a unirse a nosotros.

—La verdad es que no...

—La señorita Haswell es vecina de Marlow. ¿Por qué creías que me apetecía tanto venir a...? ¿Me podría repetir dónde estamos, por favor? Tengo la memoria fatal.

—Bedsley Priors.

—Eso, Bedsley Priors. Un lugar encantador. —Le guiñó un ojo a Lilly.

—¿Todavía no lo has encontrado? —El familiar tono de voz de Roderick Marlow logró que la sonrisa de Lilly se desvaneciera de inmediato. El corazón empezó a latirle con excesiva fuerza cuando salió a la galería vestido de gala, aunque con el pañuelo y el cabello elegantemente revueltos.

—Pues sí, lo he encontrado —dijo la señorita Whittier—. Pero, como puedes ver, está ocupado con tu señorita Haswell.

Marlow se volvió para mirarla y por un momento levantó las cejas debido a la sorpresa... ¿o al disgusto por la intromisión? Lilly notó que se ruborizaba.

—Mi señorita Haswell —repitió el señor Marlow.

—Es vecina tuya, ¿no? —dijo la señorita Whittier, casi en tono acusatorio.

Marlow inclinó la cabeza, como si lo estuviera pensando.

—Bueno, supongo que sí. Señorita Haswell, qué sorpresa —dijo, inclinando la cabeza muy formalmente.

—Perdóneme, no sabía que tenía usted invitados.

—No hay problema. No quería decir que fuera una sorpresa desagradable. Es usted bienvenida, naturalmente. Se me había olvidado que tiene amigos entre nosotros.

—La verdad es que somos conocidas —precisó la señorita Whittier—. Perdónenme, los veré en la cena. —Dicho esto, la rubia se dio la vuelta bruscamente y se marchó.

Colocando la mano sobre la de ella, Roger Bromley acompañó a Lilly hasta la galería, donde el señor Marlow permanecía de pie. Al llegar a su altura, Roger la miró con los ojos resplandecientes.

—La señorita Haswell me rompió el corazón, Marlow, ¿no lo sabías? Me rechazó de la manera más cruel.

—¿Eso hizo? —Una vez más, el señor Marlow enarcó las cejas, genuinamente sorprendido.

—Sí —contestó Roger, suspirando fuertemente—. Pero, de todas formas, estoy encantado de tener la oportunidad de volver a verla.

Al notar que Marlow la miraba de manera inquisitiva, Lilly se apresuró a intervenir.

—Solo había venido a hablar con usted unos minutos, si es que disponía de tiempo. Volveré en otro momento, pues está usted ocupado atendiendo a sus invitados.

—¡Tonterías! —insistió Roger—. Debe usted quedarse.

—Sí, por supuesto —dijo Marlow amablemente—. Adelante, señorita Haswell —la invitó, señalando la puerta—. ¿Hablamos en la biblioteca? Y después podrá volver a reunirse con su más ardiente admirador —indicó, lanzándole una mirada intencionada y astuta a Roger Bromley—. Aunque tenía la intención de recuperar mis diez libras en una nueva partida.

—Otra vez será, amigo mío —dijo Roger, encogiéndose de hombros y sonriendo—. ¿A quién se le ocurriría jugar a las cartas teniendo al lado una belleza como esta?

Lilly estuvo a punto de poner los ojos en blanco, pero se contuvo a tiempo.

—Vamos, señorita Haswell. —Roderick Marlow abrió la puerta para ella con una reverencia, como si estuviera invitando a pasar a la mismísima reina. ¿Se estaría burlando de ella?

Una vez solos en la biblioteca y con la puerta cerrada, Lilly tragó saliva preguntándose si la privacidad era una buena idea.

El señor Marlow estaba de pie, pero apoyado sobre un enorme escritorio y con los brazos cruzados. Adelantó el mentón, señalando una silla de brazos.

—¿Sobre qué quería hablar conmigo?

Se acercó un poco, pero no se sentó.

—Sobre mi hermano Charlie. —Como no parecía entender el significado real del asunto, se apresuró a aclararlo—. Su nuevo ayudante de jardinero.

—¡Ah, sí! Stedman me dijo algo al respecto. De hecho, ahora recuerdo que el muchacho está trabajando bastante bien. ¿Hay algún problema?

—No exactamente. En realidad, agradezco mucho la oportunidad que se le ha dado de trabajar aquí, pero en este momento necesitamos a Charlie en casa. El hecho de que los dos nos hayamos marchado ha dejado a mi padre sin ayuda y hay mucho trabajo que hacer.

—Sí, la verdad es que me ha llegado alguna noticia acerca de que la botica Haswell's está casi abandonada.

Reprimió una reacción airada o defensiva. Después de todo tenía razón, pero le dolió que lo afirmara como un hecho consumado.

—Sí, la verdad, y la idea es darle la vuelta a la situación lo más rápido posible. Sé que usted dispensó a mi padre de la tasa de aprendizaje, y mi hermano es muy cumplidor, por lo que no quiere romper su compromiso, ni su contrato, ni tampoco perjudicar sus opciones de empleo en el futuro. —Se sintió aliviada al comprobar que no preguntaba por qué estaba negociando en nombre de su hermano. ¿Estaría al tanto de las limitaciones de Charlie?

Se irguió por completo y acabó con sus preocupaciones con un ligero gesto de la mano, como si apartara una mosca de la cara.

—No piense más en ello, señorita Haswell. Lo entiendo perfectamente. Hablaré con Stedman y con Timms. Su hermano puede regresar a la tienda de su padre sin problemas, que no se preocupe por nada, ni usted tampoco. Hasta podría escribir una carta de recomendación, si lo desea. Y, ni qué decir tiene, podría volver aquí si la situación cambiase y dejara de ser necesario en la botica.

¿Así de sencillo, ya estaba? Le asombró la facilidad con la que se había solucionado el problema. ¿De verdad sería tan amable, o simplemente quería librarse de ella cuanto antes para poder regresar con sus invitados? En cuanto tuviera la oportunidad de hacerlo, lo preguntaría a quien correspondiera.

—Muchísimas gracias, caballero. Ha sido usted muy comprensivo y magnánimo.

Avanzó hacia la puerta, la abrió y se volvió para mirarla. Era la invitación para que se fuera. Así que empezó a andar hacia él, pero observó con sorpresa que le ofrecía el brazo. Lo miró con expresión confundida.

—¿Me permite que la acompañe al comedor? —preguntó.

—Pero yo... No, ni mucho menos pretendía ni pensaba que...

La miró muy de cerca.

—¿De verdad que rechazó a Roger Bromley?

Lilly respiró hondo antes de contestar.

—Pues... digamos que sí. Pero solo porque sabía que amaba a otra mujer. Él asintió, pensativo.

—¿Y usted está convencida de que las personas deben casarse por amor,

señorita Haswell?

—Pues no puedo ni debo hablar sobre los demás, señor Marlow. Pero en mi caso, desde luego que sí.

—¿Lo hacemos?

—¿A qué se refiere?

—Pues a que si vamos a cenar y a que si puedo acompañarla.

—¡Ah, claro! —Al decir «claro» indicaba que él se había referido a ir a cenar, no que «claro» que fuera a quedarse.

Roger Bromley apareció por el pasillo.

—Ya está bien de asuntos del pueblo, vecinos. Esperaba acompañar a la señorita Haswell al comedor para la cena.

—Llegas demasiado tarde, y yo diría que otra vez, Bromley. —Marlow tomó decididamente la mano de Lilly y la colocó sobre su brazo—. Me temo que tendrás que acompañar a la señorita Whittier y a su carabina, porque la encantadora señorita Haswell viene conmigo.

En el vestíbulo esperaba Susan Whittier acompañada de una mujer de unos cincuenta años vestida de oscuro y con cara de cansancio. Susan parecía bastante enfadada.

—¿Es que todo el mundo se ha olvidado de mí?

—Tranquila, tranquila —intervino Roger yendo hacia ella y ofreciéndole el brazo. La muchacha sonrió ampliamente y posó la mano sobre su manga. Roger miró a Lilly por encima del hombro y le guiñó un ojo otra vez.

Antes de que pudiera volver a protestar, Marlow la estaba acompañando por el enorme vestíbulo.

Desde lo alto de las escaleras, un destello de color verde captó su atención. Miró hacia arriba y vio a una mujer ataviada de seda de ese color descendiendo regiamente por las escaleras. Su porte era elegantísimo, presidido por una magnífica cabellera pelirroja y unos exquisitos rasgos de porcelana. Sí, era la mujer que había visto del brazo de Roderick Marlow en el baile de Londres. Lilly se avergonzó del sencillo vestido de paseo que se había puesto y del casi ridículo sombrero de paja que llevaba.

El mayordomo, el señor Withers, se acercó a ella para recoger las prendas de abrigo. Lilly tragó saliva. ¿Debería quedarse o no? No iba vestida adecuadamente para una cena formal. No había sido invitada. Nerviosa, se desabrochó los botones del cuello y de los hombros del mantón, se quitó el sombrero y se lo dio todo al señor Withers, que los recogió muy formalmente. Roderick dirigió la mirada hacia su garganta y su cuello antes de volver a fijarse en la cara, que seguro que estaba del todo ruborizada. ¿Por qué deseaba que se quedara? ¿Acaso no era esa mujer, que ahora se había detenido junto a ellos, la que pretendía?

—La señorita Lillian Haswell, la señorita Cassandra Powell.

La señorita Powell solo inclinó ligeramente la cabeza, y Lilly le devolvió el gesto. Al mirarla más de cerca, se dio cuenta de que era mayor de lo que aparentaba a primera vista y a cierta distancia. Quizás unos años mayor que el propio Roderick.

—Creo que los vi a ustedes dos juntos en Londres —dijo Lilly, para dar a entender que los consideraba pareja y que en absoluto quería interponerse. Pero ninguno de los dos reaccionó como esperaba.

Roderick se aclaró la garganta y la señorita Powell miró para otro lado.

—No me acuerdo de eso —dijo, abriendo un abanico lacado—. Bueno, entraré sola al comedor.

—Tonterías, Cass... señorita Powell. —Le ofreció el brazo izquierdo, manteniendo la mano de Lilly apoyada en el derecho. La señorita Powell accedió con frialdad y, de esa forma tan poco habitual, Lilly se presentó en la cena, sintiéndose como el típico corderillo que se lleva al matadero.

Capítulo 21

«No voy a vivir entre ragús y asados, aunque la historia de la humanidad deja claro que la felicidad del hombre, desde su original pecado, se basa sobre todo en las cenas, pese a aquel primer bocado».

LORD BYRON

La velada transcurrió de una forma muchísimo más agradable de lo que Lilly se hubiera podido imaginar. Roderick Marlow se comportó como un magnífico y galante anfitrión capaz de incluir con mucha habilidad a todos los invitados en la conversación, que discurrió por derroteros tan variados como la temporada de Londres, la moda, los libros, los asuntos del parlamento y la guerra con Francia. Roger Bromley era también un excelente conversador y se las arregló para estar atento tanto a Lilly como a Susan más o menos en la misma medida, de forma que, ya en el segundo plato, la señorita Whittier sonreía con auténtica calidez tanto a Roger como a Lilly. La carabina de la señorita Whittier comía de forma silenciosa, pero increíblemente voraz, lo que resultaba sorprendente para ser una mujer tan menuda. Toby Horton bebió mucho desde el primer momento y proclamó sus opiniones en voz alta; pese a ello, la cena resultó de lo más agradable. Hasta la pelirroja Cassandra Powell hizo un evidente esfuerzo por mostrar interés en los demás como si fuera ya la señora de Marlow House.

La comida en sí fue magnífica, mucho mejor que las sopas, estofados, carne de vacuno y empanadas que había preparado o que le habían servido desde su regreso al pueblo. Mejor incluso que la mayoría de las que había disfrutado como invitada durante su estancia en Londres. La primera ronda consistió en sopa de guisantes, perca asada con salsa holandesa, ternera hervida con guisantes y chuletitas de cordero con pepino. Después se sirvió una segunda ronda con ensalada de langosta, muslos de venado, capón relleno con salsa blanca, lengua a la plancha y verduras. Para terminar, hubo una tercera ronda con postres entre los que había tarta de frambuesas y pasas, crema de fresas, merengues y pudín helado. Lilly solo se sirvió pequeñas porciones de las fuentes que estaban alrededor, pero no fue capaz de comerse todo lo que se puso en el plato. Se tomó un respiro y se limpió los labios con la servilleta.

—¿La comida es de su gusto, señorita Haswell? —preguntó Roderick Marlow, alzando la copa.

—Desde luego, señor. Hay que felicitar a la señora Tobias. No he tomado nada mejor durante mi estancia en Londres.

Roderick Marlow inclinó la cabeza, agradeciendo el cumplido.

—¿Y cuánto tiempo ha estado usted en Londres? —preguntó la señorita Powell—. ¿Una quincena?

Lilly no hizo caso de su cáustica condescendencia.

—Un año y medio.

—La señorita Haswell ha vivido con sus tíos, Jonathan y Ruth Elliott —explicó Roger Bromley amablemente—. Una gente magnífica, buenos amigos de mis padres.

Hasta Susan Whittier añadió unas palabras amables.

—La señorita Haswell es muy amiga de la familia Price-Winters, Cassandra. Ha sido huésped de ellos al menos una vez, que yo recuerde.

La señorita Powell asintió levemente, pero en lugar de responder dio un sorbo a su copa de vino blanco.

Cuando las damas se fueron para dejar que los caballeros bebieran un

oportuno y fumaran en privado, la señorita Powell encabezó la pequeña comitiva hasta la sala de estar. Lilly la siguió de mala gana, aunque estaba claro que sería muy maleducado por su parte marcharse de repente, sin estar al menos un rato con las «verdaderas» invitadas. La señorita Powell se dirigió al pianoforte y se sentó grácilmente en el banco. Pasó los dedos por las teclas con un gesto muy elegante y empezó a tocar una pieza bastante animada. Susan Whittier siguió el ejemplo de su carabina y se sentó en uno de los sofás. Tomó un libro que estaba en el brazo del mueble, pero lo volvió a dejar enseguida. Ella y Lilly se sonrieron tímidamente. No era fácil hablar mientras sonaba la música; de todas formas, Lilly acercó una silla adonde estaba Susan y lo intentó.

—Su vestido es precioso —dijo Lilly. Era de crepé verde claro, con gasa adornada de flores.

—¿De verdad lo cree? Cuando vi el de seda de Cassandra, también verde, pensé que no había comparación.

—El suyo es muy bonito, de verdad.

—Gracias —musitó la señorita Whittier, sonriendo un poco cohibida.

Lilly casi pensó que Susan era una joven agradable, sobre todo cuando no estaba aburrída, celosa o enfadada. Al menos eso esperaba, por el bien de Roger.

Susan se inclinó un poco más hacia ella.

—No le haga mucho caso a Cassandra. Me temo que saca las garras a pasear cuando está decepcionada.

«Y la lengua viperina», pensó Lilly.

—Estuvo prometida hace tiempo, pero su novio era...

La señorita Powell se detuvo a mitad de la pieza y empezó a hablar mientras la música dejaba de resonar en la estancia.

—Qué interesante resulta verlas a las dos sentadas juntas y compartiendo secretitos, qué educadas. Dos rivales bajo el mismo techo.

—Se podría decir lo mismo de otros dos, Cassandra —respondió Susan de forma críptica.

«¿Qué habría querido decir?», se preguntó Lilly. «¿Dos pares de rivales?».

La señorita Powell entrecerró los ojos.

—Ve con cuidado, Susan, querida.

Susan Whittier se levantó.

—Discúlpenme, por favor, señoras. Voy a subir un momento a la habitación para refrescarme un poco.

—Buena idea —aprobó la señorita Powell, sonriendo con aire de superioridad. Cuando Susan y su acompañante se marcharon, la señorita Powell continuó tocando, esta vez una pieza tranquila y suave—. Pobre Susan. Solo quiere lo que no puede tener.

Lilly pensó que era un comentario muy agudo. Susan Whittier solo parecía interesarse por el señor Bromley cuando pensaba que lo había perdido.

—Usted es hija de un tendero, ¿no es cierto? —preguntó la señorita Powell de repente.

—Hija de un boticario.

La señorita Powell levantó una de las manos del teclado con gesto displicente.

—Eso explica muchas cosas. —Tocó unas cuantas notas más, después se detuvo—. Pero no todas.

Lilly se levantó tras tomar la decisión de marcharse antes de oír o decir alguna inconveniencia.

—Le deseo buenas noches, señorita Powell.

Cassandra bajó la cabeza levemente, pero mantuvo la mirada en la partitura que había delante de ella.

—Dentro de un momento yo también voy a subir. Quiero visitar a *sir* Henry. El *baronet* estuvo muy activo todo el día de ayer. Nos ganó a todos tirando con arco; también salió a cabalgar. Me temo que ahora estará exhausto. Es una pena que no se haya sentido suficientemente bien como para acompañarnos esta noche.

—Sí, una verdadera pena. Salúdelo de mi parte.

—¿Conoce usted a *sir* Henry? —preguntó Cassandra, que dejó de tocar otra vez.

—Sí, aunque llevo más de dos años sin verlo.

Ella asintió, aunque Lilly estaba casi segura de que la mujer no se molestaría en trasladar los saludos de la simple «hija de un tendero».

Lilly se marchó de la habitación y cerró la puerta.

Le preguntó a una criada que no conocía dónde podría haber puesto su capa y su sombrero el señor Withers. La muchacha hizo una reverencia y entró por una puerta. Apenas un momento después, el mayordomo apareció y sostuvo la capa mientras ella se colocaba el sombrero de paja. Roderick Marlow apareció en el vestíbulo y, al verla, se acercó muy deprisa.

—¿Ya se marcha, señorita Haswell?

—Sí, debo volver ya.

Tomó entre sus manos la capa y se la colocó él mismo. Ella tragó saliva sintiéndose bastante incómoda con su familiaridad, sobre todo teniendo como testigo al señor Withers.

Cohibida, dio un paso atrás mientras el señor Marlow le abrochaba el botón del cuello.

—Bien, pues buenas noches —dijo—. Gracias por incluirme en la cena tan generosamente.

—Ha sido un placer. ¿Ha pedido Withers su carruaje?

Roger apareció en el vestíbulo y se dirigió a ellos justo en el momento en el que la señorita Powell salía de la sala de estar. Su idea de marcharse del modo más discreto posible se había venido abajo estrepitosamente.

—No. Lo cierto es que vine andando. Mi casa no está lejos —dijo, esperando que el tono empleado fuera inaudible para todos excepto para Marlow.

Pero Roger la oyó.

—Marlow, pide tu carruaje, por favor. Yo acompañaré a casa a la señorita

Haswell.

—No te preocupes, Bromley —dijo Marlow—. Yo mismo acompañaré a casa a la señorita Haswell.

—¿De verdad, Roderick...! —dijo Cassandra Powell mientras iba camino de las escaleras—. Tienes invitados. El cochero o el mozo pueden encargarse.

—Sí, por favor —casi suplicó Lilly—. No deseo causarle más problemas. Puedo volver caminando, o si Cecil tiene tiempo...

—¿Cecil? —Cassandra se volvió como un resorte con las cejas levantadas.

—Cecil Briggs, el mozo de cuadra.

—Ah —dijo—. ¿Conoce a todos los sirvientes?

Lilly alzó el mentón antes de contestar.

—Sí, conozco a todas las personas del pueblo. O al menos las conocía antes de irme a Londres.

—¿Qué pintoresco!

—Como anfitrión, insisto en acompañarla a casa —dijo Roderick Marlow—. Bromley, ¿serías tan amable de acompañar a la señorita Whittier en mi ausencia? Me temo que Horton no está para conversar o estar con nadie siquiera... De hecho, tendré que mandar a Withers y a Stedman a acompañarle a él.

—De acuerdo —dijo Roger, como si fuera una pesada carga para él quedarse a solas con la señorita Whittier. Miró a Lilly con calidez—. Ni se imagina el placer que ha supuesto para mí verla de nuevo, señorita Haswell. ¿Tendremos la suerte de volver a contar con su compañía mañana?

—Seguramente no. Pero espero que disfrute del resto de su estancia aquí, señor Bromley. —Lilly hizo una reverencia y él se inclinó.

Cassandra Powell ya estaba subiendo las escaleras y ni siquiera se volvió.



Roderick pidió su coche de dos caballos y le indicó con un gesto al mozo de

cuadra que no necesitaba de sus servicios.

—Yo mismo llevaré el carruaje.

Lilly se sintió bastante incómoda. ¿Sola, sin carabina, con Roderick Marlow, y además por la noche? ¿Es que no se daba cuenta, o ni siquiera le importaba?

—Señor Marlow, creo que dada la hora que es...

—Por supuesto, tiene usted razón. Withers, que sea el landó, por favor, y que lo lleve Briggs. No tiene sentido avisar al cochero a estas horas.

Durante el tiempo que llevó colocar los arneses a los caballos y traer el carruaje Lilly podría haber llegado andando a su casa, y así se lo explicó a Marlow, pero él no quiso ni oír hablar de ello. Cuando por fin oyeron el sonido de las ruedas de madera sobre el camino de grava, la acompañó afuera. Cecil Briggs la ayudó a subirse al asiento y pudo ver la expresión pensativa del mozo de cuadra. Él y Charlie habían sido amigos de la infancia. Cuando el señor Marlow se inclinó hacia el mozo y le dio algunas instrucciones en voz baja, Cecil se atrevió a dirigirle una mirada que no pudo descifrar del todo. ¿Sorpresa? ¿Preocupación?

Tan pronto como el señor Marlow se hubo sentado junto a ella en el banco delantero, Cecil trepó al asiento del conductor y los caballos empezaron a moverse despacio. Era muy tarde, pero la luna brillaba en la noche veraniega, por lo que podía ver perfectamente a los dos hombres.

—Cuando la vi por primera vez en Londres —empezó Roderick Marlow — pensé que me estaba imaginando cosas. ¿Por qué huyó de mí?

—Creo que la respuesta es bastante obvia.

—¿De verdad?

—Bueno, me preocupaba que usted... —Se atrevió a mirarlo—. Quiero decir, pensé que usted se...

—¡Ah, ya! —Asintió como si comprendiera—. Pensó que me subiría a la plataforma de la orquesta y le diría a todo el mundo que la señorita Haswell no era la joven educada y privilegiada que todos imaginaban, sino más bien la dama más inteligente, adorable y leal del condado de Wiltshire.

No era esa la respuesta que esperaba de él, ni mucho menos. ¿Qué le había ocurrido a ese hombre? ¿Estaría bebido? ¿Acaso tenía que recordarle la exquisita pelirroja que le esperaba en Marlow House? Se aferró a eso.

—Cuando lo vi la primera vez en Londres, también pude ver que usted estaba con la señorita Powell.

—Supongo que resulta bastante difícil no verla.

—Es muy guapa.

Miró el paisaje iluminado por la luna.

—Sí, y ella lo sabe perfectamente.

—Tiene embobados a todos los muchachos del pueblo. Por ejemplo, mi hermano y el aprendiz de mi padre, quiero decir, su antiguo aprendiz, no le quitan ojo cuando tienen la suerte de verla.

—Me imagino que los jóvenes de por aquí habrán visto pocas veces a una mujer como ella.

—¿La van a ver... muy a menudo en el futuro? —Lilly sentía curiosidad por el antiguo novio que había mencionado Susan Whittier, pero sabía que no sería apropiado preguntarle a él por ese asunto.

La miró y sonrió con gesto de suficiencia.

—Si ella lo desea, sí. Supongo que la verán bastante a menudo. Ya sabe que nosotros, los Marlow, estamos aquí para agradar a la gente del pueblo.

Lilly levantó las cejas sorprendida por lo que acababa de oír.

—Mi padre es muy respetado entre la gente —afirmó, fingiendo indignación—. ¿O acaso lo niega usted?

—¡Por supuesto que no! *Sir* Henry es admirado por todos.

—Así que es de mí de quien no se fía, claro.

—Me da la impresión de que usted ha mejorado con la edad. Desde luego, parece usted encantador —afirmó, subrayando el «parece».

—¡Me encuentra encantador! Me agrada, y lo celebro. Pero me temo que piensa que solo es una fachada, y que debajo de ella soy... otra cosa.

La miró justo en el momento en que ella también lo miraba atentamente.

Pensó en las píldoras que hacía en la tienda de su padre, con sus cubiertas dulces y tan agradables a la vista, pero muy amargas en el interior.

—Rezo por estar equivocada.

Sorprendentemente, no contestó, y eso que había confirmado su mala opinión sobre él.

—Reza usted a menudo, ¿verdad?

—No tan a menudo como debería.

«No tan a menudo como antes», pensó.

Se dio cuenta de que Cecil cambiaba el rumbo hacia el norte, hacia Alton. ¿Por qué no iban directamente al pueblo por el camino más recto?

—¿Y qué pide usted cuando reza, señorita Haswell? ¿Qué problemas de nuestro mundo actual le preocupan? ¿Los huérfanos que mueren de hambre en Londres? ¿La esclavitud, quizá? ¿La guerra con Francia?

—No. Me temo que mis oraciones sin importancia tienen un alcance mucho menor. Mi padre. Mi hermano. Mi querida amiga Mary. —No mencionó a su madre, aunque debería haberlo hecho. Todavía estaba distraída por el inesperado rodeo.

—Aparte de la pura amistad, ¿qué es lo que le hace rezar tanto por su «querida amiga Mary»?

—Tiene epilepsia... Es una enfermedad incurable que a menudo no se nota, pero de vez en cuando le dan crisis que hay que atender.

—¡Ah, sí! Esa muchacha que a veces tiene ataques.

La preocupación de Lilly se transformó inmediatamente en enfado e irritación.

—No es solo «esa muchacha». Su nombre es Mary Helen Mimpurse, la joven más inteligente que conozco. La amiga más amable y leal que pueda tener. Hija de un héroe de guerra y de la mejor mujer que vive en Bedsley Priors... Bueno, de hecho, creo que usted la conoce, es la señora Mary Mimpurse... ¡Anda, las dos empiezan por eme! La verdad es que, dicho así, suena gracioso: señora Mary Mimpurse, señora Mary Mimpurse...

Se dio cuenta de que los dos se estaban riendo y de que se habían

internado en un camino estrecho en dirección al este. De repente, él se puso serio.

—Según acaba de admitir, la lista de beneficiarios de sus oraciones es muy limitada. ¿Estaría dispuesta a admitir a otro?

—¿Usted, señor?

Él frunció el ceño y levantó las cejas.

—¿Cree que necesito que recen por mí?

—Todos lo necesitamos, por supuesto. Aunque la verdad es que unos más que otros.

—Señorita Lillian Haswell, no sé por qué tengo la impresión de que me está tomando el pelo.

Lilly sonrió.

—La verdad es que me refería a mi padre, señorita, no a mí. Se ha puesto enfermo otra vez. El doctor Foster, ese petulante insoportable, se ha pasado media mañana reconociéndolo.

Se sintió avergonzada.

—Por supuesto que rezaré por su padre.

—Gracias. —Cabalgaron en completo silencio durante un rato. Lilly se dio cuenta de que, tras el breve rodeo, volvían a dirigirse al sur, hacia Bedsley Priors.

—De todas formas, si tuviera a bien hacer alguna mención a mí cuando hable con Nuestro Señor, aunque sea de vez en cuando, no pondría ningún inconveniente —dijo él por fin, otra vez con la sonrisa en los labios.

—Lo haré —respondió sonriendo— y le pediré que le conceda la virtud de la humildad.

Se aclaró la garganta.

—No creo que convenga pedirle a Dios que haga milagros repentinos, ¿no le parece?

Ella rio.

—Aunque, por otra parte... ustedes los Haswell hacen milagros a

voluntad, ¿no? Su padre, el sanador legendario, fue capaz de volver a traer a mi abuelo de entre los muertos, según se dice.

Lilly se mordió el labio.

—Eso fue hace mucho tiempo —susurró Lilly.

Dieron el último giro en dirección a la calle High.

—Bueno, ya estamos aquí —dijo—. Hace mucho tiempo que no disfrutaba así de un paseo en carruaje. Tanto que ni me acuerdo.

—Ni yo tampoco. Lo que pasa es que nosotros no tenemos un carruaje como este, así que en mi caso no es tan complicado.

Soltó una risa breve.

—¡Vaya! Yo pensando que voy a recibir un cumplido, y en el último momento va y me quita la silla justo cuando estoy a punto de sentarme...

Faltaba muy poco para llegar a la tienda.

—Pare aquí, Briggs, pero no se baje. —Marlow saltó del carruaje, bajó él mismo la escalerilla y le ofreció la mano. Lilly tragó saliva, pero puso su mano enguantada sobre la de él. Tiró de ella solo con la fuerza necesaria para ayudarla a bajar y la acompañó hasta la puerta principal.

Lilly retiró la mano con suavidad y lo miró de frente.

—Ahora creo que corresponde que le haga un cumplido de verdad. Muchísimas gracias por lo bien que se ha portado con mi hermano. Mucho más que bien, a decir verdad. Y también por su comportamiento tan atento y galante conmigo toda esta noche.

Él se inclinó.

—No tiene por qué darlas, ha sido un auténtico placer. —Se inclinó hacia delante y sintió su cálido aliento en la mejilla—. Y ahora vaya dentro antes de que intente hacer con usted algo bastante menos galante, se lo pido por favor.

Ella obedeció a toda prisa.



A la mañana siguiente, Lilly fue a la cafetería y entró por la puerta de la cocina, como solía hacer siempre.

—¿Qué tal te fue ayer por la noche? —preguntó Mary mientras le servía una taza de café.

—Fue de lo más agradable. El señor Marlow se portó como un auténtico caballero. ¡Hasta me invitó a que me quedara a cenar! No sabes lo que me alegro de que me ayudaras a arreglarme...

—Me refería al asunto de Charlie.

—¡Ah! —Lilly se sintió como una boba, pero contestó de inmediato—. Muy bien. Perfecto. Fue comprensivo con la situación y se portó de manera muy magnánima.

—Magnánima... —repitió Mary en tono escéptico.

—De hecho, hasta dijo que Charlie podía volver a trabajar en la hacienda cuando quisiera.

—¿Que Roderick Marlow dijo eso?

—Sí. Ya te digo, fue muy agradable.

—¿En serio? —Mary entornó los ojos. Estaba claro que no se fiaba.

Lilly se puso azúcar en el café y lo removió con la cucharilla, esperando a que la joven Jane pasara por delante de ellas con el cepillo y el recogedor y entrara en la cafetería.

—Tenía invitados, y uno de ellos era un antiguo pretendiente mío. Igual te acuerdas del señor Bromley, te hablé de él en alguna carta.

Mary apoyó los codos sobre la mesa y la miró inquisitivamente al tiempo que negaba despacio con la cabeza.

—No me parece que el tal señor Bromley sea el que haya conseguido poner ese color en tus mejillas, querida.

—Mary, no. Puedo adivinar lo que estás pensando, pero...

—¿De verdad que puedes? ¿Y te preocupa?

—No seas tan malpensada. Roderick Marlow es un hombre muy atractivo, no voy a negarlo. Y por alguna razón que no conozco, ayer por la

noche se mostró extremadamente encantador conmigo. Pero sé de sobra de lo que es capaz. No soy tan idiota como para pensar que pueda tener alguna clase de intención seria respecto a la hija de un boticario. En Londres ya he tenido una ración abundante de ese asunto. Los hombres están encantados de coquetear y bailar conmigo de vez en cuando, eso sí, mientras hacen planes para casarse con otra dama que esté a su altura social.

—¡Oh, no te preocupes, ya te casarás! —exclamó Mary melancólicamente—. Una muchacha adorable y con medios, como tú... no tendrá problemas.

Lilly miró a su amiga y notó que estaba triste.

—Lo mismo digo de ti, Mary. El señor Shuttleworth es incapaz de quitarte los ojos de encima.

—Solo porque no sabe lo que me pasa —dijo Mary encogiéndose de hombros y haciendo un gesto con la mano.

Sin saber qué decir, y para intentar paliar la melancolía de su amiga, Lilly cambió de tema y le contó lo que había averiguado en Londres acerca de Rosa Wells.

—Las dos hemos sido testigos de primera mano de matrimonios infelices. Y yo no quiero ser partícipe de uno de ellos, pese a todas las maquinaciones de mi tía. —Concluyó, tras contarle todo el asunto a su amiga. Se levantó y colocó la taza, el plato y la cucharilla en la pila—. En cualquier caso, el señor Marlow ha dejado bastante claro que va a casarse con esa belleza pelirroja.

—A Charlie se le romperá el corazón —dijo Mary en plan de broma.

—Probablemente —remató Lilly—. De todas formas, me parece que Cassandra Powell es un poco mayor de lo que aparenta. Y, por lo que me han dicho, sufrió la ruptura traumática de un compromiso.

—Pobrecilla, de verdad. No tengo palabras para expresar la pena que me da esa maravillosa dama que trae de cabeza a todos los hombres de por aquí, sin distinción de edad, sobre todo sabiendo que va a casarse con el soltero más cotizado del condado.

—¡Mary Helen Mimpurse! —le riñó Lilly, reprimiendo una sonrisa—. Es

la primera vez que te oigo decir algo casi desagradable de alguien.

—Pues, querida —dijo secamente Mary, sonriendo con suficiencia—, te advierto de que esto no ha hecho nada más que empezar.

Capítulo 22

«Inglaterra es un país de tenderos».

NAPOLÉON BONAPARTE

Con sorprendente desgana, Charlie volvió a llevar sus cosas al dormitorio que estaba al lado del de Lilly. También volvió a ocuparse de la limpieza y del trabajo del jardín. Le habría gustado decirle a la señora Fowler que volviera, y así lo haría en cuanto fueran capaces de volver a hacerse cargo de sus salarios.

Lilly estaba enfrascada en el libro de contabilidad y las facturas por pagar cuando Francis se acercó a la botica en su tarde libre. Se sentó sobre el mostrador principal y dejó colgar las piernas, lo que a ella le recordó la época en que el muchacho era aprendiz, todo brazos y piernas y con más interés en el críquet que en estudiar. Ahora destacaban sus potentes músculos, muy masculinos, que llenaban las mangas y las perneras de los pantalones. Había cambiado mucho durante su ausencia, pero se preguntaba si los cambios habrían sido solo físicos.

—¿Cómo está tu madre, Francis? —le preguntó.

—Bastante bien.

—¿Y tu hermana?

—Por fin se ha comprometido con Tom Billings. Al final, ese clérigo por

el que suspiraba se casó con otra.

—¿Tu hermana lo pasó muy mal?

—En Navidades estuvo unos días deshecha, pero ya está repuesta, o eso parece.

Lilly cerró el libro de contabilidad y se concentró en sus recuerdos.

—Solo he visto una vez a tu hermana, pero su apariencia y sus modales me parecieron muy agradables. Y también es muy guapa.

—¿De verdad que te pareció guapa? —Sonrió—. Pues dijiste que yo me parecía mucho a ella.

Prefirió no hacer caso de lo que había dicho, pese a que era verdad. Volvió a pensar en sus propios padres.

—¿Sabe el señor Billings que ella en realidad prefería a otro?

—Lo sabe, pero no le da importancia, lo considera un capricho pasajero. Supongo que el amor es así.

—¿Tu crees? Yo no sé si sería tan comprensiva si el hombre al que amo suspirara por otra hasta ese punto.

Dejó de balancear las piernas.

—¿Tú...? Quiero decir..., ¿te relacionaste con alguien mientras estabas en Londres?

—Solo con dos.

Él levantó las cejas.

—Pero las dos relaciones, que no compromisos, terminaron justo antes de marcharme. Tampoco pensaba que fueran a terminar en nada serio, ni siquiera cuando regrese, si es que lo hago.

La miró con expectación, claramente a la espera de más explicaciones.

—Uno de ellos era médico, lo cual no satisfacía en absoluto a mi tía. Era muy reservado e indeciso. No obstante, yo llegué a pensar que quizás... El otro era un caballero y, por supuesto, contaba con el apoyo incondicional de mi tía, que quería por todos los medios que lo arrastrara a pedir mi mano. Rico, único heredero, guapo, amable...

—No me extraña que rechazaras a ese petimetre —dijo Francis en tono lastimero—. Yo ya lo detesto.

Lilly le sonrió ácidamente.

—Pues te equivocas. Lo rechacé porque, aunque le gustaba, no estaba enamorado de mí.

—Con el tiempo lo habría estado —afirmó Francis en voz baja, mirándola a los ojos.

Mantuvo su mirada durante unos momentos pensando en lo que había dicho.

—Puede... Si no estuviera enamorado de otra.

—¿Y no hay posibilidades de que esa otra mujer lo acepte?

—Yo creo que sí. Si piensa que no puede tenerlo.

—Ah... entiendo —dijo Francis—. He visto eso alguna vez; me refiero a no darse cuenta de lo que uno tiene hasta que lo pierde.

Lilly asintió pensativa y paseó la mirada por la tienda.

—Eso me recuerda mucho a los días que ya se han ido, cuando tú y yo nos sentábamos juntos, preguntándonos qué estaría haciendo Charlie y apostando sobre qué le habría dado por contar esa vez. Preguntándonos dónde estarían los clientes, pero dando gracias por el pequeño respiro.

—Tu padre echando una siestecita en la sala de curas, o gruñendo porque se me había olvidado destilar cualquier cosa —continuó Francis, siguiendo el hilo.

—Y tú siempre tomándome el pelo. Éramos como hermanos. Nunca lo olvidaré.

—Me pregunto... —dijo, en tono muy bajo—. ¿Lo recuerdas de verdad, Lilly?

La pregunta le sorprendió.

—¡Pues claro que sí!

—Quiero decir con claridad.

Inclinó la cabeza y lo miró.

—Estoy segura de que alguna vez me fallará la memoria, pero me queda bastante tiempo para convertirme en una anciana.

Se bajó del mostrador y se fue acercando mientras hablaba.

—Lo que quiero decir es que tú y yo parece que recordamos esos días de maneras muy distintas. Tú te fuiste de aquí en cuanto tuviste la oportunidad, pero no sabes hasta que punto lamenté yo que ese tiempo se acabara. Todavía recuerdo cuando estaba aquí, contigo... viviendo bajo el mismo techo, comiendo juntos, hablando y riendo todo el tiempo. —La miró fijamente a los ojos—. Fueron los días más felices de mi vida.

En ese momento entró Charlie y la puerta se cerró con fuerza tras él. Lilly retiró la mirada de Francis para dar la bienvenida a su hermano, que le traía un manojo de menta para que la guardara y la secara. Francis se acercó a la puerta para marcharse.

Con la mano en el picaporte, Francis se volvió y la miró.

—Y yo jamás pensé en ti como se piensa en una hermana.



Por primera vez desde que había vuelto de Londres, Lilly estaba asomada al puente de Honeystreet. Lo había cruzado varias veces, desde luego, pero no se había detenido para asomarse. No obstante, en ese momento se vio impelida a hacerlo como si fuera a encontrar respuestas a sus dudas en el agua que fluía despacio por el canal. Sabía que debía tomar una decisión, por difícil que le resultara. La carta que había recibido de su tía le pesaba en la mente. Había escrito preguntando si regresaría a tiempo para el baile anual de los Langtry.

No te olvides del vestido nuevo que hicimos especialmente para ese baile, ni de cuánto lo hemos estado esperando. El señor Alban ha recibido una novela italiana recién publicada que está seguro de que te encantará. Contribuirá a mejorar tu dominio del idioma antes de que viajemos a Roma este

invierno...

¡Cuánto le apetecía a Lilly viajar a Italia! Visitar el Coliseo y el Panteón, las basílicas y las plazas, estar en una pequeña posada, hablar italiano con los italianos...

Suspiró, sabiendo que si se quedaba más tiempo en Bedsley Priors estaría arriesgando su futuro con los Elliott. Echaría a perder su última temporada y por ende su mejor oportunidad para encontrar un marido adecuado y residir en Londres como una dama distinguida.

Su tía también le contaba en la carta una noticia inesperada.

Tu tío insiste en que te cuente que el doctor Graves vino a visitarte. Pareció sorprenderse mucho de que te hubieras ausentado de Londres sin avisar. Dado que tú no le habías explicado nada, no creí conveniente hacerlo yo y lo dejé marchar.

Lilly se preguntó por qué la habría visitado. Había pensado que se habría sentido aliviado al poder librarse de ella después de lo que le contó de su madre. ¿Estaría equivocada? Si volvía pronto, ¿seguiría interesado en cortejarla?

Una parte de ella estaba deseando subirse al primer carruaje que viajara a Londres. Después de todo, la botica Haswell's no era su responsabilidad. Ella solo era una muchacha. Y su padre le había dejado muy claro que no deseaba que abandonara su vida en Londres por él.

Pero también sabía que si volvía a dejarlo solo habría pocas posibilidades de que sobreviviera. Aunque solo fuera por la tienda, su único medio de vida, que no saldría adelante. Su padre no estaba en condiciones de cuidar de sí mismo, y mucho menos de atender la botica y a los pacientes.

Lilly odiaba la idea de decepcionar a sus tíos, que tan generosos habían sido con ella. Le hacía sentirse desleal y desagradecida. Se estremecía al pensar cuánto se ensombrecerían sus vidas. ¿Sentirían que habrían perdido el tiempo, el dinero y el cariño que le habían dispensado para acabar dejándolos

casi sin avisar y con su habitación llena de vestidos, sombreros y esperanzas que ninguno de los dos podría mantener? Y si al menos pudiera... ¿qué? ¿Intentar sacar adelante la tienda de su padre, que obviamente estaba a punto de desplomarse, igual que su salud? Todo el mundo sabía que las mujeres no podían ser boticarias.

—Es usted como un cuadro, señorita Haswell.

Absolutamente ensimismada en sus pensamientos, se volvió y vio al señor Shuttleworth de pie, en la orilla del canal. Esta vez llevaba una levita de terciopelo rojo y el mismo chaleco y pañuelo dorados. Formó un tubo con las manos y miró hacia ella por el hueco como un capitán de barco miraría por su catalejo.

—Tiene usted exactamente el mismo aspecto que la primera vez que la vi.

—Se equivoca, caballero. Usted ni siquiera vivía en Bedsley Priors la última vez que estuve aquí.

—Tiene usted razón. ¿Pero no se acuerda de que le dije que viajé en una barcaza por este mismo canal de Bristol a Londres?

Ella asintió.

—Pasé por Bedsley Priors, naturalmente, y estuvimos varias horas amarrados cerca de The George. Ahí fue cuando vi el primer motivo que mencioné durante nuestra cena.

Apoyó los codos en el puente, a pocos metros de donde ella estaba.

—Se trataba de una adorable joven vestida de blanco que andaba por el sendero del canal. Una belleza entre los trabajadores. Una flor entre el barro.

—La señorita Robbins, sin la menor duda —dijo Lilly. ¿Es que esa muchacha embobaba a todos los hombres?

—Pues sí, aunque, por supuesto, en ese momento yo no sabía su nombre. No dejé de mirarla hasta que desapareció. Toda la tripulación se había metido en The George, y yo me di cuenta de que prefería comer como Dios manda a llenar el estómago de humo y cerveza. Así que caminé hasta Bedsley Priors y llegué a la cafetería. Y en ella me atendió amabilísimamente la adorable señorita Mimpurse. Su amiga de siempre, si no me equivoco.

—Sí, lo es. Hemos crecido juntas.

Asintió inmediatamente.

—Pero fue después, tras una buena comida, y de nuevo a bordo de la abarrotada embarcación, cuando pasamos bajo este mismo puente y contemplé el motivo más adorable de todos. Aquí, de pie, con aspecto triste y un poco perdido, bastante más de lo que parece ahora.

Abrió un poco la boca, sorprendida.

—Y fue en ese mismísimo momento y lugar cuando decidí que, tan pronto como pudiera, volvería a este pueblo tan pintoresco —continuó él antes de que pudiera decir nada—. Y que quizás abriría una tienda en él.

»Pero antes realicé mi periodo de formación en la Sociedad de Boticarios, estudié en el hospital para los pobres de Saint Thomas y en una institución privada para mejorar mis técnicas quirúrgicas. Vendí una buena parte de mi colección de objetos exóticos para poder hacer todo eso y encontrar mi lugar en el mundo. Y, mientras tanto, pasé todo el tiempo que pude viendo llegar los buques mercantes. Hubo momentos en los que conté alrededor de quinientos o seiscientos barcos esperando para poder descargar sus mercancías. Fruta procedente de Kent y de España, carbón de Newcastle, enormes ballenas de Groenlandia... ¿Sabe?, una vez vi un gran grupo de marsopas que, con la marea, llegaron cerca del puente de Londres.

Ella, asombrada, movió la cabeza.

—Y, después de todo eso, dejó Londres para establecerse aquí. Todavía me sorprende que lo hiciera.

—¿De verdad? Si no me equivoco, usted ha vivido en Londres y ha experimentado sus atractivos... y pese a ello ha regresado.

«¿De verdad lo he hecho?», se preguntó Lilly.

—Mi intención era hacer una visita corta. Pero, bueno...

—Su padre la necesita.

—Sí.

—Así que va a quedarse.

Contuvo el aliento, cerró los ojos con fuerza durante un momento y

después soltó el aire.

—Sí.

—Bien. Soy el primero que se alegra de ello. Yo nunca he estado tanto tiempo en un mismo sitio. Incluso en Londres no paré de cambiar de lugar de residencia. —La miró fijamente—. De todas formas, me pregunto... ¿No ha deseado siempre, o imaginado, echar de menos un lugar concreto?

—¿Y usted?

Sonrió tímidamente y volvió a mirar hacia el canal.

—En mi caso, es un poco pronto para decirlo.

—Tengo que advertírselo —dijo Lilly, muy seria—. Si finalmente me quedo, la botica Haswell's le dará algún que otro dolor de cabeza.

—No tengo la menor duda de que será usted una dura competidora —contestó sonriendo—, aunque no me gusta nada utilizar ese término para describirla, señorita Haswell. Y en todo caso, aspiro a que la competencia sea amistosa. Estoy plenamente convencido de que habrá suficientes clientes para ambos establecimientos si tenemos en cuenta a los trabajadores de Honeystreet, a todo el tráfico del canal y al cercano pueblo de Alton.

—Es usted sorprendentemente generoso y justo, caballero.

—La verdad es que no aspiro a poseer muchas riquezas —afirmó, encogiéndose de hombros—. Sí que me apetece viajar a cuantos más sitios mejor, vivir aventuras y amar intensamente; valoro eso mucho más que los beneficios. Aunque está claro que uno necesita estos últimos para poder permitirse lo primero.

—Me estoy dando cuenta de ello a pasos agigantados —corroboró ella riendo entre dientes.

—Y usted, señorita Haswell, ¿qué quiere?

Se quedó mirando las turbias aguas del canal. Hacía unos años, su máxima aspiración era experimentar una vida intensa, más allá de Bedsley Priors. Eso, y encontrar a su madre. Durante su estancia en Londres había conseguido un poquito de ambas cosas. Y ahora, ¿qué deseaba? En lugar de intentar verbalizar sus embrollados pensamientos, lo que hizo fue repetir las

mismas palabras que él había pronunciado antes.

—En mi caso es un poco pronto para decirlo.



Queridos tía y tío Elliott:

Siento mucho decepcionarles, pero he decidido quedarme en Bedsley Priors de momento. Mi padre está muy enfermo y la tienda pasa por grandes dificultades. Aunque él no me lo ha pedido y una buena parte de mi corazón sigue con ustedes en Londres, tengo claro que mi deber es quedarme aquí para ayudarlo y cuidar de Charlie. Me duele inmensamente separarme de ustedes y renunciar a todas las actividades, acontecimientos sociales y viajes que habíamos planeado, aunque espero que entiendan mi decisión, por muy dolorosa que resulte. Lamento muchísimo todo el dinero que se han gastado en mí y la atención y el cariño que me han dispensado, pero en mi corazón sé que no se ha malgastado. Los meses que he pasado con ustedes siempre constituirán un tesoro bien guardado en mi memoria y en mi alma. Por supuesto que disfruté de la educación y del entretenimiento que me procuraron, pero lo que más valoro es que me sentí de verdad como otro miembro de la familia. Los quiero a ambos y los querré siempre.

Mi intención es escribir a Christina P-W, pero les pido por favor que trasladen mis mejores deseos a todos los conocidos. Lo dejo en sus manos.

*Con amor y gratitud,
Lillian*

No escribió al doctor Graves, dado que no estaba bien visto que una mujer soltera escribiera a un hombre no perteneciente a su familia a no ser que estuvieran comprometidos formalmente. Si el doctor Graves le hubiera pedido permiso a su tío para escribirle, con toda seguridad se lo habría dado, aunque su tía no lo aprobara. Pero como habían pasado las semanas sin que hubiera recibido ninguna carta, tuvo claro que el doctor Graves no quería llevar más allá su relación con ella, pese a la visita que había mencionado su tía en la carta. Lilly ya se había hecho a la idea, pero de todas formas lamentó profundamente el silencio del joven.

Escribió a Christina para felicitarla por su compromiso y pedirle que hiciera extensiva la felicitación y le diera recuerdos afectuosos a toda su familia. Sabía que Christina no mantendría el contacto. Pese a que se lo habían pasado muy bien juntas, su amistad no era tan profunda como la de Mary y ella. No obstante, Lilly no pensó mal de Christina. «Ojos que no ven, corazón que no siente», y según la escasa experiencia de Lilly se trataba de una regla de conducta muy general entre las personas. A veces le habría gustado comportarse de esa misma manera, pero la verdad era que no podía.

Capítulo 23

«Las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas».

Almirante HORATIO NELSON

Lilly le había pedido a Charlie que eliminara la pintura descascarillada de las ventanas paneladas de la tienda. Al muchacho parecía que no le importaba hacer tareas repetitivas. Compró pintura en la quincallería de Huntley's Yard y se levantó muy pronto para pintar ella misma los marcos de las ventanas. Cuando terminó le dolían muchísimo los brazos, pero se sintió muy satisfecha porque así pudo ahorrar un dinero que necesitaba desesperadamente para reabastecer la botica.

La mayor parte de las mañanas, Charlie y ella trabajaban en el jardín, cuidando las plantas y recogiendo todas las flores, semillas y raíces que podían. Colgaba las flores boca abajo en el altillo y en el techo de la tienda para que se secaran y utilizaban las raíces que necesitaban de forma inmediata, almacenando las demás en el sótano. Cuando sonaba la campana de la puerta, cosa que por desgracia solo ocurría muy de vez en cuando, Lilly abandonaba a regañadientes su trabajo con las plantas y entraba en la tienda, limpiándose las manos en el delantal mientras caminaba y preguntándose preocupada qué necesitaría el cliente y si podría proporcionárselo o no. No suponía ningún problema prescribir remedios para las necesidades habituales,

como dolores de cabeza, laxantes, cremas para revitalizar el pelo, esponjas para los dientes y todo ese tipo de cosas. Pero cuando una persona, y más si se trataba de un hombre, requería atención o consejo médico, eso ya era navegar en aguas turbulentas.

—En estos momentos el señor Haswell está ocupado en la sala de curas —solía decir—, pero voy a acercarme a preguntarle qué le recomienda. —Y de hecho, le preguntaba a su padre—. ¿Qué cree que debemos darle al señor James para el reumatismo?

A veces, su padre intentaba contestar, incluso pedía aclaraciones y ofrecía consejos sólidos y profesionales. Pero cuando no era capaz, actuaba como si el hombre estuviese en condiciones.

—Sí, los mismos síntomas de siempre. ¿Cree que debe seguir con el específico Burridge, o probamos con otra cosa? Muy bien, se lo voy a decir...

Afortunadamente, no había tenido dudas a la hora de prescribir remedios o medicamentos específicos para los problemas que se le habían planteado hasta entonces, sobre todo porque se trataba de pacientes a los que conocía desde hacía mucho tiempo. Ni se le ocurriría poner en peligro la salud de nadie, pero tampoco enviaría a clientes de pago a Shuttleworth o al doctor Foster, a no ser que resultara absolutamente imprescindible.

Mientras tanto, escribió otra carta.

Querida señorita Lippert:

He vuelto a la botica de mi padre en Bedsley Priors. Al igual que ustedes, tenemos que hacer frente a una creciente competencia. Intento ayudar a mi padre a competir con ciertas garantías con un joven boticario-cirujano recién establecido en el pueblo. Recuerdo nuestra conversación acerca del gran sentido comercial de su hermano y yo misma pude comprobar sus cualidades para todo lo relacionado con los escaparates dirigidos a atraer la atención de las damas. Me pregunto si podría pedirles consejo, tanto a usted como a

su hermano y, por supuesto, a su padre.

Polly Lippert respondió enseguida e incluyó en su carta una lista de los artículos de higiene femenina, productos de tocador y perfumes más populares de su tienda. La carta incluía también una breve nota escrita por la mano temblorosa del padre de Polly indicando que estaría encantado de proporcionarle todos los consejos que necesitara y que su hijo George le escribiría una carta directamente. Y, así, apenas unos días más tarde recibió una misiva del propio George Lippert.

Siguiendo su consejo, pidió nuevos productos exóticos, genéricos y específicos recién patentados e incluso una «máquina de electricidad» que, al parecer, se había utilizado con éxito para tratar la gota, la epilepsia y otras enfermedades de los nervios. Y, haciendo caso de la lista de Polly, pidió perfumes y cosméticos franceses y otros productos de belleza que, al parecer, hacían furor entre las damas de Londres. Tiró a la basura la pútrida jarra de grasa de oso y en su lugar colocó un fragante aceite de Macassar importado de la India que aseguraba que producía en el cabello «un magnífico aroma y un brillo atractivo y duradero».

Puso al día los escaparates añadiendo toques femeninos, como pequeños floreros y una cortina de tela de alegres colores. En la tienda colocó boles con pétalos de flores secas y canela para evitar que el aire se enrareciera. También ofrecía pequeñas muestras gratuitas de diversos productos ya preparados, como lociones para la piel y pastillas para refrescar la boca y la garganta. Rezaba para que las cuentas se equilibraran y, cuando terminaba, volvía a rezar.



Francis Baylor abrió la puerta trasera de Haswell's como hacía durante los años que había vivido en la tienda. Pensó que igual habría tenido que llamar a la puerta principal, pero ya había entrado y quería ver cómo estaba el señor Haswell. Pero, fundamentalmente, lo que de verdad quería era ver a Lilly.

Cuando entró, la vio de pie frente a las alacenas de la cocina-laboratorio. Volvió la cabeza con presteza al oírle entrar.

—¡Ah, Francis! Me has asustado.

—Sí, tendría que haber llamado. Perdóname.

—No pasa nada... —Estaba distraída buscando algo en las estanterías, los cajones y las latas.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué estás buscando?

Dudó por un momento y después suspiró.

—Estaba convencida de que padre tenía una buena cantidad de fosfato de calcio. Ya he buscado por todos los rincones. ¿Tienes idea de si había cambiado el sitio donde se almacenaba?

—No, siempre ha estado en un frasco en los estantes de detrás del mostrador principal.

Lilly se tapó los ojos con la mano.

—¿Lilly...? —Francis empezó a preocuparse.

—Una familia nueva de Honeystreet tiene las fiebres. Los seis niños. La madre está ahora en la tienda. Como no tenía polvos contra la fiebre, le he dicho que se los iba a preparar en un momento. Y ahora tengo que mandarla a la botica de Shuttleworth. ¿La podéis ayudar? Es la señora Todd Hurst, que vive en una de esas casas de Chimney Lane.

—Sí, sé dónde están.

Lilly negó con la cabeza.

—¡Menudos clientes! Su marido fabrica barcazas, y al parecer de magnífica calidad. ¡Seis niños! No puedo hacerla esperar más. Tengo que decirle que no tengo lo que necesita y enviároslo a vosotros.

Francis no había encontrado a Lilly tan derrotada desde los primeros días después de su regreso y no le gustó nada lo que vio. Levantó una mano.

—No le digas nada. Calcina el antimonio y prepara los estuches.

—Pero no tenemos...

No pudo terminar, pues Francis ya había salido por la puerta a todo

correr.



Lilly andaba de un lado para el otro y se retorció las manos. Intentaba rezar, pero solo lograba preocuparse y sentirse culpable. Tratar a los niños lo antes posible era primordial, independientemente de quién proporcionara el remedio. Tendría que haber enviado directamente a la señora Hurst a Shuttleworth's. Pero estaba segura de que su padre tendría el producto. ¿Estaba equivocada intentando lograr que Haswell's siguiera siendo un negocio viable? ¿Con una simple venta? Rio para sí secamente y entre dientes. ¡Si sus amigos de Londres la pudieran ver en este momento, comportándose como una tendera pura y dura! Tenía que volver a la tienda y explicarle a la señora Hurst que no tenía los ingredientes necesarios para atenderla.

La puerta trasera se abrió de repente y Francis entró como una exhalación con un tarro entre las manos.

—¡Vamos, tenemos que preparar unos polvos! Ya me tirarás después de las orejas.

—No tengo intención de tirarte de las orejas —susurró Lilly. De hecho, lo que le apetecía era abrazarlo. Pero inmediatamente se puso a trabajar.

Mientras estaban allí, codo con codo preparando los polvos, se fijó en sus hábiles movimientos.

—Haces esto muy bien.

—Parece que te sorprende.

—Bueno...

—Debo estar agradecido de que te marcharas a Londres —dijo.

Sus palabras la sorprendieron.

—Resulta que me vino bien que te fueras —continuó—. Tuve que aprender a hacer las cosas yo solo. Cuando estabas aquí era mucho más fácil preguntarte que empezar a buscar en esos enormes tomos para encontrar las

respuestas. Lo cierto es que me llevó más tiempo, pero resulta que ahora me acuerdo de ellas.

—Me alegro de que a alguien le viniera bien que me marchara.

—Yo no he dicho que me alegrara de que te fueras. Ni que sienta que hayas vuelto.

Esa afirmación resultaba definitiva. Se limitó a asentir, sintiéndose incómoda.

—Lo que me gustaría es que tú tampoco lo sintieras —afirmó.

Ella dudó, pero no encontró una respuesta adecuada.

Francis se frotó las manos.

—Bueno, ¿y ahora qué más necesitamos?

Colocaron la medicina en paquetitos de papel individuales, listos para ser utilizados por la señora Hurst.

—Gracias —susurró Lilly, apretándole el brazo.

Con una leve sonrisa, él le apretó la mano con la suya.

Lilly volvió a la tienda, se disculpó por el retraso y le explicó a la madre las dosis que debía utilizar. Una vez que Lilly le hubiera pagado al señor Shuttleworth por el fosfato de calcio, el beneficio de la venta sería mínimo, pero con suerte Haswell's habría ganado una clienta que volvería a menudo a la botica.



A la semana siguiente, Lilly recibió una carta de su tía y se sintió algo alterada antes de abrirla. ¿Cómo habría reaccionado ante la noticia de que no iba a regresar?

Querida Lillian:

Tu carta, por una parte, nos ha amargado la vida, pero por otra nos ha producido una alegría indescriptible. Tal como

nos temíamos tu tío y yo, has vuelto a verte atrapada en tu antigua vida allí. Todos nuestros esfuerzos no han surtido efecto. Tengo que confesarte que esta es la segunda carta que he empezado después de leer la tuya. La primera era un vano intento de convencerte de que volvieras inmediatamente. Llena de detalles acerca de lo que te ibas a perder, de cómo podrían ser las cosas. Del todo egoísta, ahora me doy cuenta. Bueno, no absolutamente, pues de verdad sigo creyendo que tendrías mucho éxito en la ciudad. Pero, por supuesto, tu deber es quedarte allí mientras tu padre te necesite. Ya me di cuenta de tu nobleza la primera vez que nos vimos, cuando te mostraste anhelante por que tu hermano pudiera gozar de todas las ventajas que tú ibas a disfrutar desde entonces. En ese momento ya admiramos tu lealtad. ¿Cómo íbamos a sorprendernos ahora de que actúes de la misma manera?

Querida, qué alegría hemos sentido al leer tus amables palabras de cariño. Sé que te dije que, con toda probabilidad, esta sería tu última temporada «útil», pero bajo ningún concepto quiero creer que estos han sido los últimos días que vas a pasar con nosotros en Londres. Siempre serás bienvenida aquí, Lillian. Espero que cuando los asuntos de tu padre estén controlados puedas volver con nosotros, si no con el ánimo de conseguir un pretendiente, sí al menos para disfrutar del trato social con aquellos que siguen queriéndote y admirándote. Ese grupo lo encabezamos tu tío y yo, por supuesto.

¿Cómo están las cosas con tu padre? En tu carta fuiste algo vaga, querida, y si esa era tu intención, no quiero forzarte a que cuentes lo que no quieras o debas contar. Pero si podemos ayudar de alguna forma, solo tienes que pedirlo, por supuesto.

A ese respecto, incluyo con la carta un giro bancario. Te

pido por favor que no lo rechaces. A decir verdad, tenía toda la intención de darte esta cantidad, fuera cual fuese la situación que te encontraras en tu casa. Pero al final solo te di un poco de dinero de bolsillo, tengo que confesarte que con la intención de que estuvieras un poco corta de efectivo para hacerte volver. ¡Date cuenta de lo que añoro tu compañía! Por favor, perdona mi egoísmo y mi estupidez y recompénsame utilizando esos fondos de la manera que consideres más adecuada para tu padre y para ti.

Por favor, contesta esta carta y mantennos informados de vuestra situación.

*Aquí estamos, siempre.
Tus tíos que te quieren*

¡Qué amables eran! Más que amables: esas palabras tan cariñosas y sinceras, incluso admitiendo ciertas maquinaciones para lograr su pronto regreso, calaron muy hondo en el corazón de Lilly; tanto, que inmediatamente empezó a echar de menos a sus queridos y generosos tíos. Y, además, con los absolutamente necesarios fondos que incluyeron podría devolverle a Francis el coste de todos los materiales que le había facilitado, hacer nuevos pedidos y empezar a cancelar las deudas que había contraído su padre.

También podría terminar con las condiciones anteriores y empezar de nuevo. No obstante, tenía que admitir que la carta de su tía avivó las brasas de todo lo que echaría de menos de su vida en Londres. En todo caso, además de los Elliott, ¿habría alguien en la ciudad que realmente la echara de menos?

Capítulo 24

«Una sanguijuela habilidosa es mucho más útil que cincuenta soldados».

SAMUEL BUTTLER, escritor satírico inglés

A Lilly le sorprendió mucho que, pocos días después, el señor Shuttleworth llamara a la puerta de la botica con su bastón de paseo. Esa costumbre de llevar bastón causaba furor en Londres.

—¡Señor Shuttleworth! ¿Qué tal está?

Él se aclaró la garganta.

—Pues, la verdad, señorita Haswell, estoy... preocupado.

—¡Vaya! ¿Puedo ayudarle de alguna forma?

—Desde luego que sí. —Su habitual sonrisa estaba completamente ausente en esta ocasión—. Tengo entendido que el señor Baylor ha estado proporcionando suministros de mi tienda para que usted los utilizara.

Lilly tragó saliva.

—Sí, en alguna ocasión. Cuando había alguna urgencia.

—Bien, pues eso no me gusta nada. Es un comportamiento inadmisibile.

Nunca lo había visto tan sombrío y enfadado. ¿Acaso no le había dicho Francis que a su jefe no le importaría?

—Hemos pagado por todo. El precio completo, sin descuentos.

—Sí, ya lo sé. No estoy acusando a nadie de robar. No obstante, no puedo permitir que las cosas se hagan de esa forma.

Se sintió humillada. Como una ladronzuela cazada *in fraganti*.

—Por favor, perdóneme. Tiene usted toda la razón. Debería haberle pedido permiso a usted.

—Desde luego que sí. Y yo no lo hubiera permitido, de ninguna manera.

Se mordió el labio. Nunca había contemplado esta versión de Shuttleworth. Odiaba la idea de que su actitud de buena voluntad se torciera de cara al futuro. Y poner en peligro el trabajo de Francis.

—No volverá a ocurrir —le aseguró.

—Espero que no. La próxima vez venga a verme a mí, y yo le daré todo lo que necesite y a su precio, pero el de coste, por supuesto. ¿Acaso no somos colegas? ¿No formamos parte de la misma profesión?

Ahora lo vio. Un pequeño y travieso destello en sus ojos negros.

—Pues sí, creo que lo somos.

Dio un paso hacia ella y sonrió casi tristemente.

—Es más, ¿acaso no somos amigos? Esperaba que ya lo fuéramos.

—Tiene usted razón, señor Shuttleworth —asintió, contrita—. Una vez más le ruego que me perdone.

—Lo haré. Pero con una condición.

—Usted dirá.

—Quiero hacerle una propuesta. —Alzó la mano al ver que ella levantaba las cejas, muy sorprendida—. De negocios, por supuesto, no se preocupe innecesariamente. Vamos a ello: usted compra todo lo que necesite de mi tienda, a precio de coste, siempre y cuando no deje vacío mi almacén, claro. Tampoco quiero arruinarme. Y, a cambio, ustedes me venden las hierbas, flores y demás productos botánicos que necesite. Evidentemente, y como antes, sin que se quede usted sin el suministro que necesite, no quiero que se arruine —repitió, sonriendo con los ojos—. Baylor me ha dicho que tienen

ustedes un huerto magnífico y muy completo.

—Pero no tan fructífero como antes, la verdad. Aunque estamos trabajando mucho para mejorarlo. De hecho, esta semana hemos estado cosechando.

Se levantó un poco el sombrero con la punta del bastón.

—La verdad es que nunca se me ha dado muy bien la jardinería. Me gusta demasiado tener las manos y la ropa limpia, así que tengo que ir al mercado a comprarlo todo. Sería de gran ayuda disponer de hierbas recién recolectadas en Haswell's.

—¿De verdad?

—¡Pues claro! —Él extendió la mano para sellar el acuerdo. Era un gesto muy poco habitual entre hombres y mujeres que no estaban casados, pero muy común entre los hombres de negocios que se asociaban—. Entonces, ¿trato hecho?

Lilly le dio la mano de inmediato con una sonrisa de arrepentimiento.

—Por supuesto que sí.



Al día siguiente, su padre ni siquiera se levantó de la cama. Habían pasado quince días desde que le había hecho prometer que recibiría la visita de un médico, pero seguía negándose. No obstante, ella no podía obligarlo a hacer nada en contra de su voluntad.

—Creo que necesito una sangría —dijo—. ¿Por qué no me acercas el tarro de las sanguijuelas?

—¿Está seguro de que es una buena idea?

—Creo que sí. Lo haría yo si pudiera, pero me resulta complicado colocarlas estando en posición supina.

Lilly fue a por el tarro de las sanguijuelas. Era blanco, estaba cerrado herméticamente y tenía pequeños agujeritos para dejar pasar el aire. Las sanguijuelas, *Hirudo medicinalis*, eran capaces de introducirse por agujeros

pequeñísimos. Un médico o boticario tenía que tener mucho cuidado cuando las colocaba en la cara de un paciente para que no se introdujeran por las fosas nasales.

Abrió la cubierta. Del frasco surgió un penetrante olor a pescado podrido que le repelió. El agua se había secado y las sanguijuelas estaban muertas. ¿Cómo no se había dado cuenta al limpiar?

—Tengo que comprar sanguijuelas, padre. Le ayudaré cuando vuelva. — No se atrevió a decirle a su padre que iba a comprarle las sanguijuelas a su competidor. Le alivió darse cuenta de que no preguntaba y fue a por el bolso de mano.

—Aaron Jones va a traer hoy una carga de carbón —dijo en voz alta—. Si viene cuando no esté, dile que haremos cuentas más adelante.

—Muy bien. No tardes.

Metió unos cuantos billetes de banco en el bolso y se lo ajustó a la muñeca. Después colocó en el pomo el recién adquirido cartelito de «Vuelvo enseguida» y salió. Caminó deprisa por la calle High y torció por la estrecha Milk Lane hasta Shuttleworth's. No le gustaba ir por allí en plena hora comercial, pero no había podido evitarlo.

—¡Señorita Haswell! —El señor Shuttleworth la recibió con alegría desde detrás del magnífico mostrador—. ¡Qué sorpresa tan agradable! Me temo que el señor Baylor está fuera.

—La verdad es que venía a verlo a usted.

—Estupendo. ¿En qué puedo ayudarla?

Suspiró profundamente.

—Necesito sanguijuelas.

—Usted y toda la profesión médica. ¿No sabía que hay escasez de ellas? El último pedido he tenido que hacerlo a Alemania, nada menos. Al parecer, los franceses las están comprando por barriles.

—No tenía ni idea.

—Pero no se preocupe, mi adorable señorita. Mis sanguijuelas son sus sanguijuelas —afirmó, riendo entre dientes—. Está claro que no es la frase

más afortunada que le haya dicho a una dama.

—En este contexto, yo diría que resulta hasta caballerosa —comentó ella riendo.

El señor Shuttleworth se dirigió al mostrador de productos, en el que había un impresionante tarro de sanguijuelas de medio metro de alto decorado con volutas y motivos florales.

—¿Tiene leche en casa? —preguntó.

Ella asintió.

—Excelente. Hace que muerdan y absorban con más fuerza. A veces parecen negarse caprichosamente a adherirse. Y si alguna vez no lo consigue, siempre puede hacer una heridita con una lanceta para que salga un poco de sangre. Eso sí que no lo pueden resistir. Nunca me ha fallado ese truco.

Esperaba no tener que llegar a tanto.

Al ver cómo miraba el tarro, explicó su origen.

—Los tarros para sanguijuelas más bonitos que conozco se hacen en el condado de Staffordshire. Puedo pedir uno para usted, si lo desea.

—¡No, gracias! Me basta con admirar el suyo.

El señor Shuttleworth abrió la tapa, extrajo una sanguijuela húmeda y la sostuvo para inspeccionarla. El vermiforme animal era de color verde oscuro con algunas líneas amarillas y del grosor del dedo índice de Lilly.

—Estas criaturas, humildes, sí, pero extraordinariamente útiles y trabajadoras, merecen guardarse en el más elegante de los recipientes. —Le hizo un guiño y se estiró el chaleco—. Lo mismo que yo, ¿no le parece? Y ahora, ¿cómo va a transportar a sus nuevas amigas hasta su casa?

Un poco avergonzada, le mostró el bolso de mano.

—Esto es lo único que he traído...

Él volvió a reír entre dientes.

—¿Y por qué no? Puedo poner unas cuantas en un tarro pequeño y usted ya las colocará en un lugar más apropiado cuando llegue a casa.

—Me temo que nuestro modesto tarro no tiene nada que ver con el de

usted.

Sus largos dientes parecieron brillar con el cumplido.

—Gracias, señorita. Es usted muy amable.



Un cuarto de hora después Lilly entraba en la sala de curas de su padre con su propio tarro, limpio, y con las sanguijuelas que había traído.

—Aquí están. Cinco *H. medicinalis*, y bien gordas.

—¿Solo cinco?

—Hay escasez. Los franceses hacen pedidos enormes. Las sangrías se han puesto muy de moda allí. Al parecer los médicos utilizan hasta cincuenta de una sola vez y después las arrancan con sal abundante.

Su padre negó con la cabeza, mostrando su desaprobación.

—Eso hace que regurgiten la sangre y así se pueden usar otra vez. Pero si se utiliza excesiva cantidad de sal, mueren.

—Es verdad. Así que vamos a apañarnos con estas cinco sanguijuelas alemanas que están muy hambrientas, ¿de acuerdo?

—Muy bien.

Durante su ausencia, su padre se había lavado y secado el pecho. Lilly sacó una sanguijuela del ya húmedo tarro, y después otra, y las dejó un rato reptando por un paño para que se secaran un momento. En la mesita auxiliar había colocado una jarrita de leche, vasos de vino y una lanceta, por si acaso.

Colocó la primera sanguijuela sobre el pecho de su padre, y después la otra. Se volvió para agarrar la tercera del paño, pero vio que las dos estaban reptando: una se dirigía al cuello de su padre y la otra a su cintura.

«¡Vaya por Dios! ¡Los vasos, enseguida!», pensó.

Fue atrapándolas una por una con los vasos de vino y colocándolas en las zonas que deseaba. Se sintió como si estuviera haciendo una representación circense, corriendo para que los platos siguieran girando sobre las varas y no se cayeran. ¿De verdad había alguien capaz de hacer esto con cincuenta

sanguijuelas a la vez?

Finalmente, todas estuvieron en su sitio y ella extendió las manos, satisfecha.

—¡Ya está!

—Sí, siempre y cuando yo no haga ningún movimiento repentino —dijo su padre—. O me entre tos.

—O hable. Quédese quieto y tranquilo.

—Hacen muchas cosquillas, pero de momento no muerden.

Frunciendo el ceño, levantó uno de los vasos y depositó un poco de leche antes de volver a ponerlo.

La cosa no iba bien. Esperaba no tener que utilizar el recurso de la lanceta sangradera. La idea de tener que hacer heridas a su padre, aunque solo fueran cortes superficiales, le estremecía.

Recordó algo que había oído en la botica de Londres del señor Lippert y se volvió hacia la puerta muy deprisa.

—¡No se mueva!

—¿Adónde vas?

—A por el juego del té.

—¿Té... ahora precisamente?

Volvió con el azucarero y echó un poco de azúcar sobre la leche. La leche azucarada sí que atrajo a las sanguijuelas, y una detrás de otra fueron mordiendo la piel de su padre, haciéndole cinco pequeñas heridas.

Cuando estuvo segura de que todas se habían adherido, retiró los vasos de vino y los volvió a colocar en la mesa.

—Vamos a dejarlas que se llenen —dijo su padre—. Y que caigan por sí solas.

—Muy bien. ¿No tiene frío? —Agarró una mantita que colgaba del respaldo de una silla y le cubrió las piernas.

—Gracias, querida —dijo, y suspiró—. ¡Si hubieras sido un muchacho! El hijo al que le habría dejado mi tienda.

—¡Shh! Pronto se recuperará y seguirá al frente de la tienda, como siempre.

—¿Durante cuánto tiempo? ¿Y para qué? ¿De qué sirve un legado que no se le puede pasar a nadie? Esta tienda ha estado a cargo de un Haswell durante cerca de cien años. ¿Pero ahora...?

—Padre, Haswell's no se va a ir a ninguna parte ni se va a cerrar. Pero, de momento, lo que tiene usted que hacer es recobrar las fuerzas. Y eso no lo va a conseguir preocupándose por todo.

—¡Menuda muchacha más mandona! Hablas como los médicos.

—No, todavía peor: hablo como usted —replicó sonriendo.

Capítulo 25

«Se recomienda sangrar a los enfermos estando tumbados. Pero si una persona en tales circunstancias se desmayara, ¿qué habría que hacer para que se recuperase?».

Libro de consejos caseros de la señora Beeton

Lilly no había visto nunca a la mujer, pero a pesar de todo ahí estaba, en la sala de curas de la botica, contándole a Lilly con todo lujo de detalles sus problemas íntimos femeninos.

—Creo que lo único que necesito es una buena sangría —indicó la esposa del piloto de la gabarra—. Como digo siempre, nada mejor que equilibrar los humores. He acudido al doctor Foster, pero ese hombre es peor que un maestro de escuela enfadado. Me gusta la idea de una boticaria. Me resulta mucho más fácil hablar con usted de mis problemas femeninos sin sentirme avergonzada. Supongo que entiende lo que quiero decir.

Lilly procuró esbozar una sonrisa de circunstancias. Había insistido hasta convencer a su padre para que se fuera a descansar a su habitación en lugar de tumbarse en la sala de curas. Se tomó como una pequeña victoria que al final accediera. No solo descansaría mejor en su propia cama, sino que además así se liberaba la sala de curas para lo que estaba destinada: exámenes y charlas privadas. La idea le había parecido magnífica. Al menos en teoría.

—Entonces ya le han hecho alguna sangría —dijo Lilly, nerviosa—. ¿Puede decirme si le sacaron la sangre del codo, del tobillo o de la garganta?

—Una vez me abrieron el tobillo. Me hicieron un daño del demonio. Tampoco la saque del cuello, por favor. No quiero echar a perder el vestido.

—Bueno, pues entonces del codo. —Lilly notaba el pulso detrás de las orejas y empezó a sudar de una manera muy poco femenina. Podía apañarse con las sanguijuelas. También con las ampollas y las curas con apósitos y vendas. ¿Pero la sangradera? ¿Herir a una persona? No que le salieran unas gotas de sangre, no, sino un auténtico chorro... ¿sería capaz de hacerlo bien? Hasta podría convertirse en una auténtica catarata si utilizaba un bisturí escarificador con varias cuchillas. Se estremeció solo de pensarlo.

Empezó lavando bien el brazo de la mujer. Eso no fue difícil. Le dijo que se colocara en la silla de sangrados, por si acaso se desvanecía. Le ofreció un vaso de agua. Colocó el codo en la pequeña mesa con ruedas que se utilizaba para sangrar y hacer curas. Agarró la lanceta y el cuenco de sangrado, que tenía dos asas. Se sentó en el taburete en el que siempre se sentaba su padre para hacer este tipo de cosas. ¿Es que no iban a dejar de temblarle los dedos?

Se levantó un momento y notó que le temblaban las piernas.

—¿Me perdona usted un instante, señora Hagar?

La mujer asintió con los ojos cerrados.

—Si tuvieras un poco de ginebra, aunque sea de garrafón, no me importaría echar un traguito. Así no se nota el pinchazo.

Sin hacer caso de su solicitud, Lilly subió a toda prisa los escalones en dirección a la habitación de su padre. Al entrar, la miró asomándose por encima del libro que estaba leyendo.

—Una sangría, padre. Soy incapaz de hacerla.

—Pues claro que puedes, hija. Me has visto hacerla miles de veces.

—Que le haya visto hacerla no significa que la pueda hacer yo. —De repente pensó en el señor Shuttleworth. Quizás él la podría hacer en su lugar.

—Seguro que te sabes de memoria el procedimiento más adecuado, pues lo habrás leído en varios libros.

—Sí, pero recordar las palabras no es lo mismo que hacerlo.

—Lilly, no podemos permitirnos rechazar pacientes. Ni mandarlos a la competencia.

Así que ni pensar en pedírselo al señor Shuttleworth...

—¿Entonces podría usted bajar y hacerlo?

—Muy bien —dijo jadeando. Se apoyó sobre un codo para tomar impulso y sentarse sobre la cama. Notó que le temblaba el brazo del esfuerzo. Finalmente logró sentarse, recobró el aliento y procuró hacer acopio de la energía necesaria para levantarse.

A Lilly se le encogió el corazón al ver sus esfuerzos.

—No se preocupe, padre. Acuéstese. Yo me encargo.

Se volvió a tumbar en la cama dando un gemido.

—Puedes hacerlo, Lilly. Solo recuerda que...

—Lo recuerdo. Ahora descanse.

Volvió a bajar los escalones, repitiendo constantemente una petición al Altísimo: «Señor, ayúdame, ayúdame, ayúdame...».

Se quedó pasmada al ver una figura de pie en la cocina-laboratorio.

—¡Francis, vaya susto que me has dado!

—Perdóname. Espero que no te importe, pero...

—¡No, tranquilo! Estoy encantada de verte. ¿Podrías hacerme un favor?

—Mmm... desde luego. Lo que sea, si está en mi mano. —Sonrió con los ojos resplandecientes—. ¿Qué necesitas? ¿Que mate a un dragón? ¿Qué me bata en duelo con un villano? ¿Qué limpie alambiques?

Lo agarró por la muñeca y lo condujo a la sala de curas.

—Nada así de arduo, te lo aseguro.

—¿Entonces de qué se trata?

—Pues de hacer un agujerito.



—¿Quién es este? —preguntó la señora Hagar al verlos entrar.

—Le presento a Francis Baylor. Nuestro antiguo aprendiz. En estos momentos es oficial en...

—A su servicio, señora. —Francis se inclinó con mucha formalidad para saludar a la señora Hagar y le dirigió una sonrisa encantadora.

—¡Madre mía! —exclamó la mujer, llevándose la mano al pecho.

—Espero que no le importe que haya entrado. Puedo entender perfectamente que prefiera usted a la señorita Haswell...

La mujer agitó la mano inmediatamente, negando.

—¡Oh, no, de ninguna manera! No me importa que lo haga usted, joven, en absoluto.

—Es usted muy amable, señora Hagar. Bueno, para empezar, ¿está usted cómoda?

—Ni se lo imagina.

—Muy bien. ¿Hacemos un pequeño torniquete aquí con una venda, señorita Haswell?

Lilly le pasó inmediatamente la venda.

—Gracias. —Colocó la venda alrededor del carnosos brazo de la mujer y la ató por los extremos—. Firme, pero no demasiado apretada. ¿Está bien así, señora?

—En la gloria.

—Excelente. Ahora, vamos a echar un vistazo a sus venas. ¡Caramba! Nunca había visto unas venas tan magníficas. De verdad, señora Hagar, esto apenas nos va a costar nada de trabajo.

—¿De verdad? —preguntó la mujer, intentando echar un vistazo al brazo con cierto orgullo y un poco de vergüenza.

Francis escogió una vena y la aisló haciendo pinza con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda. Después extendió la derecha hacia Lilly.

—Yo diría que debemos utilizar la lanceta gruesa, señorita Haswell. Es decir, el mejor instrumento para una vena tan extraordinaria.

La mujer se sonrojó.

Lilly se la pasó inmediatamente, incluida la preciosa caja de caparazón de tortuga en la que la guardaba.

—Gracias. Y aquí tenemos el cuenco de sangrado. Muy bien, señorita Haswell. Por favor, señora Hagar, infórmeme de inmediato si se mareo o si se le va la cabeza.

—La verdad es que ya se me está medio yendo, joven, desde que está usted sujetándome la mano de esa forma.

Lilly lo miró a los ojos y no pudo reprimir una sonrisa.

—Me halaga usted, señora. Ahora, dígame dónde nació.

—En Stanton St. Bernard, pero no sé qué tiene eso que ver con la sangría.

—Pues nada en absoluto, señora. Mi única intención era distraerla para que no se preocupara por el corte.

—¡Vaya! Ni me he dado cuenta de que me lo ha hecho.

La sangre empezó a fluir como un pequeño torrente, sin estridencias, y a caer al receptáculo. Ni una gota escapó ni manchó el vestido. Lilly se quedó impresionada. No solo por su pericia, sino por la forma tan encantadora de tratar a la sencilla y ajada señora Hagar.

Cuando la sangre alcanzó el primer gradiente marcado por una línea en el cuenco de sangrado, Francis volvió a preguntar.

—¿Cómo se encuentra, señora Hagar?

—Pues flotando. Siento un hormiguelo. Y todo se oscurece.

—Excelente. —Con movimientos hábiles y rápidos, colocó en la herida una venda elástica almohadillada y la apretó con el dedo pulgar, dejando libre la mano de la mujer—. Bien, apriete en la herida si puede, por favor.

—De acuerdo... —dijo con voz somnolienta.

Lilly le acercó el vendaje de lino y un trozo de cordel y Francis se lo colocó a la mujer con habilidad y muy deprisa.

—Ahora descanse aquí un ratito, señora Hagar, hasta que se reponga del todo.

La mujer asintió.

—Señor Baylor, ¿estará usted aquí la próxima vez que venga?

—Quizá, señora Hagar —respondió Francis, echándole una mirada fugaz a Lilly—. Pero si yo no estoy, la señorita Haswell o su padre sí que estarán. Y yo he aprendido de ellos todo lo que sé hacer.

Dejaron a la señora descansando y salieron de la sala de curas.

—Francis —dijo Lilly suavemente.

El joven se volvió.

—¿Cómo puedo agradecértelo?

—Pues con mucha facilidad, señorita Haswell —dijo con una enorme sonrisa, después de hacer como si pensara intensamente.

Ella inclinó la cabeza, interrogativa.

El muchacho siguió mirándola y, al cabo de un momento, negó suavemente con la cabeza y torció un poco los labios. Los ojos le brillaron con una mezcla de humor y anhelo.

Ella le devolvió la mirada, clavando los ojos en su labio inferior, y sintió un deseo repentino de besárselo. ¿De dónde había salido eso? Le dio gracias a Dios por que él no pudiera adivinar sus pensamientos.

«Solo estoy agradecida por lo que ha hecho», se dijo a sí misma, tratando de convencerse. ¡Si la tía Elliott desaprobaba su hipotético compromiso con un médico, se sentiría escandalizada de que a su sobrina le atrajera un ayudante de boticario!

En ese momento sonó el timbre de la puerta de entrada y Lilly dio un paso atrás para poner entre ellos la distancia adecuada.



A la mañana siguiente, Lilly entreabrió la puerta de la cocina de la cafetería y asomó la cabeza.

—¡Hola, Mary! —saludó.

—Pasa, Lill. Me temo que me has cazado literalmente con las manos en la masa.

Lilly se acercó a la mesa de trabajo.

—Me gustaría ayudarte, pero ya sé lo que piensas de mis habilidades culinarias.

—Sí, lo sabes. Tú y tus pesos y medidas aplicadas a nuestras recetas, como si fueran asquerosos medicamentos. ¡Buf! —Fingió un estremecimiento.

Lilly se sentó sonriendo y echó un vistazo al conjunto de ingredientes y tarros.

—¿Una tarta?

—Sí, y no una cualquiera, perdona. Una tarta de novia rica.

—¿Y quién es la novia rica, si puede saberse?

Mary echó una mirada a la puerta del establecimiento y se inclinó un poco más sobre la mesa, bajando la voz.

—Una tal señorita Cassandra Powell.

Lilly sintió una oleada de disgusto. Había disfrutado con las breves galanterías de Roderick Marlow. Sabía que jamás pediría su mano, pero no pudo evitar sentirse decepcionada con la noticia, ya que no le gustaba nada la señorita Powell.

—Bueno, no debería sorprenderme. El señor Marlow dejó caer que iban a casarse.

La señora Mimpurse, con la cara arrebolada, irrumpió en la cocina procedente del comedor.

—¡Muchachas, no os vais a creer de lo que acabo de enterarme! La preciosa señorita Powell se va a casar...

—Sí, madre. Precisamente se lo estaba contando a Lilly a propósito del encargo de la tarta.

—Pero habíamos hecho una deducción errónea, Mary. —La señora Mimpurse se acercó a ellas y les habló susurrando—. La señorita Powell se

va a casar con uno de los Marlow. Pero no con Roderick, como pensábamos. Se casa con el propio *sir* Henry.

—¡No! —Mary se quedó boquiabierta después de la exclamación.

—¿Cómo es posible? —preguntó Lilly, asombrada—. Los vi juntos en Londres y, por supuesto, en la fiesta que dieron en la hacienda hace pocos días. Y cuando hablé con Roderick Marlow tuve casi la certeza de que se iba a casar con ella. —Lilly rememoró la conversación. Lo cierto era que esas no eran sus palabras exactas, pero lo que había dicho parecía de lo más claro.

—Puede que él sí quisiera hacerlo, pero que ella lo rechazara —sugirió Mary—. ¿Por qué ser simplemente la señora Marlow si puedes convertirte en *lady* Marlow?

—Pero *sir* Henry debe de rondar los sesenta —dijo Lilly—. Y no está muy bien de salud.

—De todas formas, es un hombre encantador —intervino Maude—. Siempre se portó con mucha amabilidad con la primera *lady* Marlow.

—Pobre Roderick —susurró Lilly.

—¿«Pobre Roderick»? —repitió Mary, sorprendida—. La verdad es que nunca me hubiera podido imaginar que esas dos palabras fueran a salir de tus labios, Lilly Haswell.

Lilly no hizo caso de la pulla.

—Me pregunto si esto le ha roto el corazón.

—¿Das por supuesto que tiene corazón?

—¡Pues claro que sí, Mary! —intervino la señora Mimpurse.

—Sí, aunque capaz de actuar con la frialdad más absoluta y con muchísima calidez.

—¿Cuánta calidez? —preguntó Mary, levantando una ceja.

Lilly notó que le empezaban a arder las mejillas.

—¿Cuándo es el gran día? —preguntó rápidamente.

—El jueves. —Madre e hija respondieron al unísono.

—Sí que es rica la novia —dijo Lilly moviendo la cabeza de un lado a

otro—. O al menos lo va a ser dentro de dos días.

La señora Mimpurse volvió a la cafetería con una jarra de café recién hecho y Mary siguió trabajando: echó un líquido sobre el montículo de almendras que acababa de convertir en polvo.

—¿Qué es esto?

—Agua de azahar.

Mary dejó las almendras y empezó a batir claras de huevo.

Lilly paseó la mirada por la mesa de trabajo.

—¿Dónde tienes la receta?

—Por ahí, en alguna parte —respondió Mary encogiéndose de hombros—. Parte en trocitos esas cáscaras azucaradas, por favor.

—¿Cómo de grandes? —. Lilly agarró una, la partió y le enseñó el trozo a Mary.

—Así está bien. Ten cuidado, no vayas a cortarte. El cuchillo está muy afilado.

—Sí, madre.

Mary dudó por un momento, mirándola con cierta precaución. Lilly hizo un gesto burlón, sorprendida al poder hacer un chiste como ese sin sentir añoranza.

—A los Marlow seguro que no les gustaría que hubiera restos de tu sangre en su tarta —dijo Mary, aliviada al ver que no se ponía triste.

—Seguro que no. ¿Qué más cosas va a recibir la novia rica?

—Pues dos kilos y medio de la mejor harina, otros dos de pasas de Corinto, kilo y medio de pan de azúcar, medio kilo de almendras dulces y doscientos cincuenta gramos de limón, naranja y piel de limón endulzada. Más dieciséis huevos, un chorro de vino dulce y otro de brandi, nuez moscada, macia y clavo, en cantidades a criterio de la cocinera. Y dos capas de almendra dulce, de paso.

—Muy completa, la verdad.

—Solo los ingredientes nos han costado diez libras.

Lilly abrió mucho los ojos de puro asombro y se metió en la boca un trozo de naranja.

—Bueno, ahora diez libras y dos peniques —dijo Mary, levantando las cejas otra vez.

—Ha sido solo un trocito. —Lilly se metió en la boca una pasa de Corinto—. Después de todo, un trocito no va a ninguna parte, ¿verdad?

—Pues son siete gramos, o una cucharilla de café, lo que prefieras. Pesar bien lleva su tiempo.

Lilly convirtió las medidas que le había dado Mary automáticamente y sin querer al sistema que utilizaban los boticarios.

—¿Y no necesitas la receta? —volvió a preguntar.

Su amiga se encogió de hombros.

—Pero supongo que no harás esta tarta muy a menudo, ¿verdad?

—Claro que no. La última vez que la hicimos fue para el bautizo del hijo de los Robbins. —Mary la miró de reojo—. Por supuesto, esa vez la llamamos «tarta de bautizo».

—¿Y cómo es que te acuerdas no solo de los ingredientes, sino de las proporciones y de la forma de prepararla?

—Me parece una pregunta extraña viniendo de ti —contestó.

—¡Vaya! Parece que compartimos esa capacidad —dijo Mary, riendo entre dientes.

—Es cierto. Pero lo que yo recuerdo no sirve para salvar la vida de nadie.

Sonriendo, Lilly agarró otra pasa y se la metió en la boca.

—Bueno, no estaría yo tan segura de eso.

Capítulo 26

Mordeduras de perros

«Mantenga la herida abierta durante el mayor tiempo posible. Puede hacerse poniendo en ella algunas judías y aplicando una cataplasma de harina de linaza».

Libro de consejos caseros de la señora Beeton

Con los guantes y el delantal completamente negros tras limpiar el horno y el alambique, Lilly decidió atacar también la chimenea de la tienda. Estaba pensando en su reciente encuentro con Francis, cuando la ayudó con la señora Hagar, y llegó a la conclusión de que nunca se había sentido en su presencia tan aturdida, tan... femenina.

Al arrodillarse para emprender la ardua tarea oyó ladrar a un perro fuera. Al principio apenas le prestó atención, pero pronto los ladridos aumentaron en frecuencia e intensidad.

—¡Vamos, siéntate! —gritaba un hombre, y le pareció que con falsa bravuconería—. ¡Que te sientes!

Se apresuró a descorrer el cerrojo de la puerta justo en el momento en que alguien, un hombre, la empujaba, lo que estuvo a punto de provocar que se precipitara dentro de la tienda. De hecho, se le cayó el sombrero. Lilly estiró los brazos para evitar que se la llevara por delante.

El perro lobero irlandés de los Fowler trató de entrar detrás, pero Lilly consiguió cerrar la puerta justo antes de que el peludo y enorme animal metiera sus grandes fauces en la tienda. Seguramente pesaba más que ella. El perrazo se alzó sobre las patas traseras, apoyándose sobre los cristales de la ventana, y siguió ladrando como un poseso.

—¡Vete a casa, *Bones*! —gritó Lilly—. ¡Vete a casa!

El perro gris soltó un gemido, pero inmediatamente se puso a cuatro patas y se alejó trotando.

Se volvió para contemplar a la última víctima de *Bones* y se quedó de piedra.

—¡Doctor Graves! —Estaba asombrada de volver a verlo. Y más aquí, en su tienda.

El joven se aclaró la garganta, como hacía siempre antes de hablar.

—Señorita Haswell. —Inclinó la cabeza torpemente y ella hizo una reverencia muy forzada. Ambos se agacharon al mismo tiempo para recoger del suelo el sombrero y sus frentes estuvieron a punto de chocar.

—Perdóneme —dijo ella, alzándose de inmediato—. ¡Vaya, lo siento! —insistió con más vehemencia—. ¡Le he manchado la levita con el hollín!

Él bajó la mirada hacia la prenda, que era de color marrón. Una de las mangas y la hombrera tenían manchas de huellas negras, como si fueran las garras de un animal salvaje.

—Mi sastre dice que debería vestir de verde oscuro —dijo secamente—, pero yo tengo mi propio gusto.

—Haré que se la limpien. Conozco a una lavandera excelente.

—No se ofenda, señorita Haswell —dijo él después de mirarla con atención—, pero creo que usted necesita una lavandera bastante más que yo.

Ella bajó la vista y contempló, aturdida, su aspecto, con el delantal y los guantes negros, y seguramente la cara y el pelo sucios. Por su parte, él sacó un pañuelo del bolsillo y se lo ofreció.

—Tiene usted en la mejilla un poco de... creo que es ceniza.

Levantó los guantes, completamente sucios.

—Gracias, pero no quiero mancharle también el pañuelo.

El joven dudó. ¿Estaría pensando en pasarle él mismo el pañuelo por la mejilla? Pero no, lo que hizo fue guardárselo en el bolsillo.

—Bueno, podría ser peor —dijo débilmente—. Por lo menos no tengo la nariz manchada.

—La verdad es que... —Hizo un gesto de disculpa— lo está también un poco.

Estuvo a punto de pasarse la mano por la nariz, pero recordó a tiempo el estado de sus guantes.

—Siento lo de *Bones* —dijo, hablando nerviosamente—. Normalmente no hace nada, pero no le gustan los extraños. Espero que no le haya mordido.

—No. «Perro ladrador, poco mordedor», como se suele decir. Aunque, la verdad sea dicha, nunca me ha convencido del todo ese fragmento de sabiduría popular.

—¿Le ha mordido alguna vez un perro? —preguntó.

—Pues sí. Y todavía tengo la marca que lo demuestra. —Señaló una cicatriz situada por encima de su labio superior. No era aparatosa, pero sí larga, y se extendía desde el labio hasta una de las fosas nasales—. Por eso llevo bigote, aunque no esté de moda.

Lilly asintió mientras se fijaba en los cortos pelillos dorados, un poquito más oscuros que los casi blancos cabellos y cejas. Ahora ya entendía el porqué de ese rasgo facial.

—No se nota demasiado —dijo.

—¿La cicatriz o el bigote?

Sonrió para disimular su vergüenza.

—Pues... ninguno de los dos.

El joven rio entre dientes.

—Debo decirle que en ningún momento me había imaginado que nuestro reencuentro iba a desarrollarse de esta forma.

Ella se quitó los guantes, que realmente estaban asquerosos.

—No me sorprende. ¿Qué le trae por Bedsley Priors?

Se arrepintió inmediatamente de haber hecho la pregunta. Empezó a latirle el corazón a toda marcha y sintió calor en el cuello. Pensaba que, tras contarle la situación de su madre, no volvería a querer saber nada de ella. ¿Se habría equivocado?

De momento no hizo caso a la pregunta y, con las manos en la espalda, recorrió la tienda con la mirada.

—Así que esta es la famosa botica Haswell's.

Ella, cohibida, miró hacia el suelo.

—Pues, sí. Aunque los martes suele ser un día de poca actividad.

—Hoy es miércoles.

—¡Ah! Eso quería decir.

Después de un embarazoso silencio, le asaltó una idea repentina.

—¿Puedo contarle algo personal?

—Desde luego —contestó, poniéndose en guardia y con los ojos alerta.

—Mi padre está enfermo —empezó, en voz baja.

—¿Sí? —Alzó las cejas—. Lo siento mucho. —Dudó un momento—. ¿Por... por eso se marchó?

Cuando la vio asentir, soltó un profundo suspiro.

—Entiendo.

—Pero no quiere que le visite ni el médico del pueblo ni el nuevo cirujano-boticario —continuó Lilly— por miedo a que su debilidad pase a estar en boca de todos.

—Perdone, pero no le sigo.

—Cree que eso minaría su credibilidad. Ya sabe, «médico que no sabe cuidar de sí mismo, mal médico».

—¡Ah, ya! —Asintió para demostrar que lo había entendido.

—¿Lo examinaría usted? El médico local y mi padre no se llevan nada bien, ni en lo personal ni en lo profesional.

—¿Se refiere al doctor Foster?

—¿Ha oído hablar de él?

—Pues sí. Yo...

—A veces es una persona difícil, de verdad —dijo Lilly—. Creo que tiene algún resentimiento con mi padre. Y mi padre piensa que proclamaría a los cuatro vientos sus problemas de salud solo para perjudicarlo.

—Señorita Haswell, creo que...

—Pero si le explico que usted no está más que de visita —lo interrumpió—, seguramente estaría dispuesto a que lo examinara.

—Pero no lo estoy.

Se le quedó mirando como si la hubiera abofeteado.

—¿No está dispuesto? ¿Pero por...?

—Naturalmente que estoy dispuesto, no me malinterprete —se apresuró a corregirla—. Lo que no estoy es «más que de visita». Voy a establecerme aquí.

—¿Cómo? —El corazón le martilleaba el pecho. Se puso a balbucir—. Pero... ¡oh!

—El doctor Foster buscaba un compañero, con la idea de retirarse dentro de uno o dos años. Y a mí me ha interesado la posibilidad. De momento es provisional, pero si las cosas marchan bien, podría quedarme indefinidamente.

—Usted y... el doctor Foster. ¡Oh, Dios! Estoy segura de que es un médico de lo más capaz. Lo que pasa es que...

—Señorita Haswell, por favor, no debe preocuparse respecto a mí. La situación de su padre y sus opiniones, y las de usted si vinieran al caso, me las guardaré. Son secreto profesional.

Ella suspiró.

—Gracias. ¿Entonces ya es licenciado en Medicina?

—Sí. —Volvió a inclinarse muy formalmente—. Doctor Adam Graves, a su servicio.



Tres cuartos de hora más tarde, el doctor Graves salió por fin de la sala de curas.

—¿Y bien? —preguntó Lilly, que dejó a un lado los bloques de jabón de Castilla que estaba envolviendo en papel marrón.

Cerró la puerta con cuidado y se acercó al mostrador.

—Está descansando bastante a gusto, me parece. No creo que, de momento, haya demasiados motivos para alarmarse.

—¿Pero qué le ocurre? ¿Lo sabe usted?

—No debo hablar de la situación de un paciente sin su consentimiento.

—Pero es mi padre.

—Y también un hombre adulto, y debo confesar que ciertamente terco.

Eso Lilly lo sabía demasiado bien.

—Sí puedo decirle que me va a permitir tratarlo ahora que me he establecido aquí —le informó.

—No sabe lo que me alivia saberlo.

El doctor Graves empezó a darle vueltas nerviosamente a su sombrero.

—Señorita Haswell, hay un asunto del que quiero hablarle...

Sintió un escalofrío nervioso y un rayo de esperanza. ¿Tenía la intención de seguir cortejándola? Sus pensamientos respecto a Francis le parecieron una tontería en ese momento.

El joven dudó.

—Pero veo que ahora tiene muchos asuntos de los que preocuparse y mucho trabajo que hacer. No voy a presionarla. —Una vez más, se aclaró la garganta—. Bueno, mejor me voy a deshacer el equipaje. Me alojaré en una de las habitaciones libres del doctor Foster hasta que las cosas estén... acordadas entre nosotros.

«Entre nosotros»... ¿Se refería al doctor Foster y él o...? Notó que las manos se le llenaban de sudor al pensarlo.

Cuando el doctor Graves se marchó, no sin antes prometerle que volvería pronto, Lilly llamó a la puerta de la sala de curas y entró con precaución.

—¿Cómo se encuentra, padre?

Profirió un pequeño gruñido y se incorporó para sentarse sobre la camilla.

—Pues como una masa de harina que Maude hubiera preparado estando enfadada.

—Gracias por haber dejado que lo examinara.

—¿Y a qué debo tal honor? Dice que te conoció en Londres. ¿Debo entender que está aquí para cortejarte?

—Una vez habló sobre mí con el tío, pero... —Se encogió de hombros.

—Ya me lo imaginaba. —Rio entre dientes—. Vi las marcas de tus manos sobre su ropa.

Se le puso la cara como un tomate y cambió de tema rápidamente.

—No estoy aquí para hablar de mí, sino de usted. El doctor Graves no va a contar nada. ¡Ni siquiera me ha dicho una palabra a mí!

—Espero que no lo haga.

—¡Padre, por favor!

—No hay mucho que contar. Se ha pasado la mayor parte del tiempo descartando enfermedades. No es fiebre cerebral, ni tifoidea, ni tampoco otros males que serían bastante peores que la propia muerte. No cree que sea nada contagioso, aunque no lo descarta del todo, así que sería bueno que te mantuvieras algo alejada de momento.

«¿Por eso se habrá mantenido tan distante?», se preguntó.

—¿Qué cree él que puede ser?

—Quizás una mezcla de dos fiebres, pulmonar y glandular.⁴

—¿Pero no la enfermedad de los pulmones?

—No, no cree que sea tuberculosis.

—¡Qué alivio!

—Bueno, no planifiques todavía mi sesenta cumpleaños, querida. La fiebre pulmonar en sí misma ya puede ser una enfermedad bastante seria.

Pero sí, hay esperanza. —La miró con malicia—. Así que mi miedo a que te arruinara la temporada de Londres era en vano, ¿no? ¡Con que un médico! Bueno, si no se parece en nada a Foster, vamos bien.

4 Nota del Trad.: La autora denomina «fiebre pulmonar» a la enfermedad que en la actualidad se conoce como fibrosis pulmonar, una enfermedad crónica que puede afectar a uno o a ambos pulmones. La «fiebre glandular» sigue denominándose así hoy en día, pero es mucho más común llamarla mononucleosis. Cualquiera de las dos produce síntomas como los que afectan al personaje de la novela.

Capítulo 27

«La tintura de salvia aporta a los hombres mayores la energía y las ventajas de la juventud».

DOCTOR HILL

*Guía para la salud y una larga vida de los hombres
mayores*

El jueves por la mañana, antes de iniciar su ascensión a la colina Grey, Lilly se paró en la cafetería para contarle a Mary las sorprendentes noticias sobre la llegada del doctor Graves y su posible alianza con el doctor Foster. Sabía que a Mary tampoco le gustaba nada el doctor Foster, pero no sabía si era por lealtad a su padre o si por otras razones.

—¿Estás segura de que es con Foster con quien va a «asociarse»? — preguntó Mary, levantando una ceja de una forma que le recordó muchísimo el gesto que solía hacer Christina Price-Winters.

Lilly no hizo ningún esfuerzo por ocultar su expectación.

—No tengo ninguna seguridad. Creía que las cosas habían terminado definitivamente entre nosotros en Londres.

Le prometió a Mary que volvería más tarde y continuó con su paseo.

Cuando por fin llegó a lo alto de la colina, se detuvo para recuperar el

aliento y miró hacia abajo, contemplando el pueblo. Estaban sonando las campanas de la iglesia. Pudo ver muchos hermosos carruajes delante del edificio; el primero de ellos empezó a avanzar. Sabía que era la mañana de la boda entre la señorita Powell y *sir* Henry. No había sido invitada mucha gente al desayuno de bodas, lo cual no le extrañó. Dada la avanzada edad de *sir* Henry, era bastante más decorosa una celebración privada.

—Señorita Haswell.

Lilly se dio un buen susto y se volvió inmediatamente.

—¡Señor Marlow! No le había visto...

Se levantó, sacudiéndose el polvo de los bombachos.

—Me da la impresión de que estos días resulto bastante invisible.

—¿Ha terminado ya la boda?

—Sí, ha terminado. Por lo menos mi papel en ella, que consistía en aparecer públicamente para mostrar mi apoyo incondicional a la unión de mi padre con su nueva esposa. Ahora vuelven a casa para el desayuno de celebración, pero no tengo estómago para soportarlo.

—Desde que me enteré de la... noticia me pregunté cómo se sentiría.

—¿De verdad? Bueno, pues debe de ser la única que ha tenido en cuenta mis sentimientos durante estos días.

Se acercó a él un paso, aunque prudentemente.

—¿Esperaba... esperaba usted casarse con ella?

—Quizá —contestó, encogiéndose de hombros—. Pero lo que no esperaba, bajo ningún concepto, era que ella se casara con mi padre —dijo con amargura—. Resulta tremendamente humillante.

—Lo siento.

—No se preocupe por nada, señorita Haswell. Antes o después, lo superaré.

—¿De verdad? —preguntó, observando con atención la cara de aburrimiento que tenía.

—Sí. Con el tiempo y con cierto esfuerzo, claro que lo haré.

—Igual podría enseñarme cómo se hace.

Solo había pretendido bromear, pero él la miró con mucha seriedad.

—Puede aprenderse. Soy un maestro a la hora de olvidar asuntos desagradables. Cuando los malos recuerdos te asaltan, hay que controlarlos y eliminarlos. Y si atacan de nuevo, lo que hay que hacer es sustituirlos por otros más recientes y agradables. Lo probable es que vuelvan a aparecer, son tercos, y en ese caso hay que intoxicar la mente, apagarla. Cualquier cosa con tal de impedir que te envuelvan de nuevo, que te obliguen a revivir las malas experiencias.

—Pero, entonces, ¿no podemos aprender de los errores que hemos cometido en el pasado? ¿Acaso Dios nos ha concedido la posibilidad de recordar para nada, o peor, para que suframos?

—Espero que no, se lo digo de verdad. Los recuerdos agradables aportan felicidad, o algo parecido, pero yo prefiero desactivar los otros. Con práctica y diligencia, estando siempre alerta, se puede entrenar la memoria para mantenerlos en la oscuridad, allá donde no puedan alcanzar la consciencia. Tengo que concederle que puede que no sea exactamente igual a olvidar del todo, pero es una buena imitación.

—Parece como si tuviera mucha práctica. Me pregunto qué le obliga a luchar tanto por olvidar. —Señaló con la cabeza hacia la iglesia—. Aparte de los acontecimientos más recientes, claro.

Él dudó por un momento, y en su expresión parecía haber cierto remordimiento, pero desapareció muy deprisa y fue sustituida por una sonrisa de desaliento.

—Seguro que tiene que haber algo, señorita Haswell, pero no lo recuerdo.

Lilly se sorprendió a sí misma preguntándose si ella también debería intentar el mismo método para poner coto a los recuerdos que siempre le desazonaban. Por ejemplo, llegar a casa y descubrir que su madre se había marchado, ver a su padre andando de un lado a otro como un león enjaulado diciendo que todo iría bien, que volvería dentro de pocos días. Charlie sentado delante de las cortinas de la habitación de su madre pasando los deditos por las flores estampadas y musitando una y otra vez los mismos

números: setenta y cuatro, cinco, seis, siete..., setenta y cuatro, cinco, seis...

—En cualquier caso —continuó el señor Marlow—, estoy seguro de que tiene que haber por ahí alguna mujer que no me rechace para casarse con un hombre que me dobla la edad.

—No me cabe la menor duda de que habrá muchas. —Su única intención era consolarlo, pero el súbito brillo de sus ojos le envió señales de alarma inmediatamente.

Se acercó y le echó hacia atrás un mechón de pelo que tenía sobre el cuello.

—Es usted balsámica, señorita Haswell. Absoluta y dulcemente balsámica.

—Mejor me voy —dijo, dando un paso atrás y volviéndose rápidamente para ir colina abajo.

—¿Puedo pasear con usted? —preguntó él, tras correr para ponerse a su altura.

—Iba de camino a visitar a una familia que se está recuperando de unas fiebres intermitentes. No creo que le apetezca...

—Qué noble es usted —afirmó, agarrándole la mano y colocándola sobre su brazo.

Una vez que hubieron llegado al pueblo, se separó para mantener una distancia apropiada. Al pasar por delante del jardín de la iglesia, ya desierto, él cruzó de repente la puerta de entrada. La sacó de su ensimismamiento haciéndola entrar y quedándose de pie junto al alto seto de aligustre. Se acercó mucho a ella, con un brazo sujetándola desde el hombro a la cintura y la barbilla muy cerca de su sien.

Era alto y fuerte y estaba disgustado, de modo que, durante un momento, se permitió a sí misma disfrutar de la cálida fuerza de su brazo rodeándola antes de intentar alejarse de nuevo. Con la mano libre, él trató de agarrarle la barbilla para que volviera la cara hacia él, pero se volvió.

—¡Señor Marlow, por favor!

—Tiene razón. Perdóneme.

—Entiendo que se sienta traicionado, pero... ¿de verdad piensa que jugar con una sustituta puede ser un remedio para la pena que siente?

—Al menos la haría más llevadera.

—¿Durante cuánto tiempo? ¿Y a qué coste para mí? Si nos hubiera visto alguien, entonces...

—¿Su hermano, por ejemplo?

Ella estaba pensando en el doctor Graves.

—En realidad, pensaba en...

—Porque está ahí sentado.

Se dio la vuelta muy sorprendida y vio a Charlie apoyado sobre la lápida de Grady Milton.

—¡Hola, Lilly! ¡Hola, señor Marlow!

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

—Contando muertos —contestó, encogiéndose de hombros sin darle importancia.

Lilly suspiró y pensó que de quienes debía ocuparse ella era de los vivos.

De todas maneras, le alivió ver a su hermano. Algo le decía que no habría sido tan fácil disuadir a Roderick Marlow de sus intenciones si el muchacho no hubiera estado allí.



Fiel a su palabra, el doctor Graves acudió al final de la tarde a visitar a su paciente y le prometió que le haría visitas periódicas para estar al tanto de su evolución. Además, parecía disfrutar con ello. Supuso que si el doctor Graves había acudido a Bedsley Priors para seguir cortejándola, no podría haberse inventado una excusa mejor para verla tan a menudo. Fuera como fuese, ella le agradecía muchísimo que hubiera aceptado atender a su padre.

Charlie entró y Lilly presentó a su hermano al nuevo médico.

—¿Has dicho «Graves»? —repitió Charlie, un tanto confundido—. Me

gusta la palabra «graves», aunque no sé si resulta adecuada para un médico, o por lo menos para sus enfermos, ¿no?

Se sintió aliviada al ver que el doctor no se ofendía. ¡Este Charlie...!

El doctor le pidió que le recomendara un sitio adecuado para cenar. Ella le sugirió inmediatamente la cafetería y le explicó que su propietaria era una muy querida amiga de la familia.

El joven se quedó de pie en la puerta, dudando.

—¿Sería usted tan amable de mostrarme el camino?

—Encantada, caballero —contestó ella, reprimiendo una sonrisa.

Tras tomarse su tiempo para ajustarse bien el sombrero y colocarse la capa, salió por la puerta principal hacia la calle High mientras el doctor sostenía la puerta para dejarla pasar. Anduvo a su lado por las estrechas callejuelas y continuó andando sin darse cuenta de que ella ya se había detenido a la puerta del establecimiento.

—Es aquí.

Le sonrió, y él le devolvió la sonrisa. El gesto acentuaba los hoyuelos que ella recordaba tan bien, y el azul de sus ojos, brillantes al sol del atardecer.

Lo condujo al interior y se lo presentó a la señora Mimpurse y a Mary. Su amiga miró al doctor con mayor interés de lo habitual.

El señor Shuttleworth ya estaba cenando, temprano para sus costumbres, y Lilly le presentó al nuevo compañero del doctor Foster.

—El doctor Foster me ha hablado muy bien de usted, caballero —le dijo Graves.

—Se lo agradezco mucho —contestó sonriendo el señor Shuttleworth—. Es un honor tener su confianza.

En ese momento entró Francis, con el sombrero en la mano, y se puso rígido al ver a su lado a un hombre tan bien vestido.

—Señor Baylor, ¿le gustaría acompañarme? —propuso Shuttleworth con entusiasmo—. Rara vez viene alguien de tan lejos.

—Muchas gracias, señor Shuttleworth, pero solo venía a transmitirle un

mensaje. El señor Robbins le ruega que lo visite en cuanto pueda. Uno de sus trabajadores se ha hecho daño en una pierna. Puede que la tenga rota.

—Voy inmediatamente. —El señor Shuttleworth se levantó, estrechó la mano del doctor Graves y se volvió hacia Francis—. ¿Conoce al señor Baylor, mi mano derecha en la botica?

Francis saludó muy educadamente al recién llegado, pero Lilly se dio cuenta de la expresión especulativa y preocupada de sus ojos cuando miró alternativamente al joven de tan buen aspecto y a ella.

Capítulo 28

Loción de Gowland

«Tras su aplicación se expulsan los humores eruptivos y las espinillas y las pecas desaparecen al cabo de una hora».

Ackermann's Repository, anuncio, 1809

La lluvia era incesante. Un cielo gris como el humo no paró de lanzar auténticas cortinas de agua sobre Bedsley Priors durante tres días seguidos. El doctor Graves pasó a visitar al padre de Lilly, que parecía mejorar constantemente, pero por lo demás el silencio inundaba tanto la tienda como la calle High, solo roto por el sonido de la lluvia sobre los tejados y los adoquines. Por las ventanas corrían pequeños canalillos de agua, y Lilly veía tan solo de vez en cuando a algún valiente que se atrevía a pasar por delante de la tienda, probablemente de camino a la cafetería, en la que, al parecer, había decidido refugiarse la mitad de los hombres de Bedsley Priors.

Al final de la tercera tarde se abrió de repente la puerta de la botica, sobresaltando a Lilly, que en ese momento leía un ajado ejemplar del libro de Sterne *Viaje sentimental por Francia e Italia*. Francis entró a toda prisa con un paquete envuelto en lona en las manos. El agua le caía por el abrigo y por el ala del sombrero.

—¡Dios mío! —exclamó Lilly, cerrando el libro—. ¿Qué te ha hecho

venir con la que está cayendo?

—¿Estás segura de que el buen Dios prometió no inundar el mundo nunca más? —preguntó, en lugar de contestar.

—Sí, estoy segura —respondió sonriendo—. Al menos «todo» el mundo.

—Parece que Bedsley Priors no entra en el lote.

Su padre apareció en la puerta de la sala de curas y se apoyó en la jamba.

—Hola, señor Baylor. Por lo que veo, ha estado otra vez conversando con los patos, ¿no?

Francis levantó el bulto.

—Venía a devolverle el tomo que me había prestado. No quería que se mojara.

—¿Y lo traes precisamente hoy, con esta...? —empezó a preguntar Charles Haswell con gesto de desconcierto.

—Es por el techo, ¿sabe? —le interrumpió Francis—. Ahora entiendo por qué la antigua sastrería estuvo vacía tanto tiempo. Se forman goteras en el techo siempre que llueve con fuerza. Pero con este temporal hay más agujeros que en un colador. He tenido que enrollar todas las alfombras y volver a meter en maletas y cajas toda mi ropa y mis papeles. El señor Shuttleworth está haciendo lo mismo.

—¿Y la tienda? —preguntó su padre.

Hemos colocado un montón de cubos y jarras para recoger el agua, así que al menos la botica está bastante seca.

—¡Ah! —No quedó claro si Charles Haswell expresaba alivio o decepción—. Trae todo lo que quieras salvar. Y, si quieres dormir aquí esta noche, y las que hagan falta, estás invitado.

Francis dirigió una tímida mirada a Lilly.

—No me gustaría molestar, señor.

—No hay ningún problema. Aunque a lo mejor prefieres dormir sobre un charco.

Francis negó con la cabeza.

—Antes de venir me estaba preguntando cómo iba a poder mantener en equilibrio sobre el abdomen la cacerola que hay en mi cama para recoger el agua de la gotera —dijo Francis, meneando la cabeza y sonriendo tristemente.

—Bueno, pues decidido. Pasarás aquí la noche. —Dudó un momento antes de volver a hablar—. E invita también al señor Shuttleworth. Los dos estáis invitados.



Tres cuartos de hora más tarde los dos hombres entraron en la tienda a toda velocidad tropezando el uno con el otro y con las manos llenas de cajas, maletas, fundas de sombreros y todo tipo de paquetes. Dejaron tras de sí un rastro de agua.

—Esta lluvia no la resistiría ni un búfalo de agua, así que las personas ni les cuento... —jadeó el señor Shuttleworth.

Su padre agarró su maleta con precaución.

—Vamos, Shuttleworth, lleve sus cosas a la habitación de Charlie. Ha ido a Marlow House para ayudar a arreglar los revestimientos de la casa. La verdad es que no lo hemos necesitado demasiado estos últimos días. Hemos vendido dos frascos de licor de regaliz y una caja de gasas. ¿A usted cómo le ha ido?

—Pues por ahí, por ahí.

—Bueno, bueno —dijo su padre, enseñándole el camino con un vigor poco habitual—. Conozco a un padre y a un hijo de Alton Barnes que pueden arreglar definitivamente su tejado a un precio justo. ¿Quiere que le dé sus nombres?

—Se lo agradecería muchísimo, señor Haswell.

A Lilly le sorprendió la cálida acogida de su padre. ¿Acaso estaba contento de que a su competidor no le fuera el negocio mucho mejor que a él? Se volvió hacia el umbral.

—Y usted puede utilizar su antigua habitación, señor Baylor... siempre que no le importen las estrecheces, claro.

—En absoluto, señor.

Cuando los dos boticarios desaparecieron, de camino al piso de arriba Lilly le sonrió a Francis.

—Será como en los viejos tiempos.

—¿Tú crees? —dijo, sin apartar la mirada de ella.

—Bueno, déjame que te ayude con tus cosas mojadas —lo apremió, tras un momento de duda. Agarró su sombrero mientras él colgaba el abrigo en una percha. Después la siguió hacia la cocina-laboratorio y entró en su antiguo y austero cuarto—. Me temo que no he tenido tiempo de hacer la cama.

—Pues te ayudaré.

Lilly agarró el extremo del cobertor. Entre ellos no había más que una cama de noventa centímetros de ancho. Francis agarró los otros dos extremos, los extendió y se acercó a ella para doblar el cobertor. Sus manos se rozaron. Repitieron la acción con la sábana que había puesta, pero esta vez Francis rodeó la cama para estar más cerca y hacerlo con más facilidad. Cuando ella intentó tirar de los extremos, él se quedó quieto, de forma que sus manos se tocaron y sus caras se acercaron mucho. Lilly tragó saliva, tiró de la sábana con fuerza y se la llevó.

También la ayudó a colocar sábanas limpias, a poner encima una manta y a ahuecar la almohada.

Una vez completada la tarea, él le ofreció una mano, igual que solía hacer el señor Shuttleworth.

—Es usted muy amable, señorita Haswell. Gracias.

Dudando un poco, ella puso la mano, bastante más pequeña, sobre la palma de la de él.

—No hay por qué darlas, señor Baylor.

En lugar de soltarle la mano, la mantuvo con suave firmeza. Sus ojos, grandes y pardos, parecían querer enviarle un mensaje, y brillaba en ellos un

pequeño rastro de humor.

—¿Cómo es posible que tengas las manos más frías que la temperatura de la habitación?

—Es un don —contestó, con una risa algo trémula.

Él levantó la mano de ella y se la llevó a los labios sin dejar de mirarla a los ojos. El corazón se le aceleró cuando sus cálidos labios besaron los fríos dedos. Sintió una rápida oleada de placer y cierta tensión nerviosa ante una acción tan íntima.

Él se puso algo rígido, pero siguió mirándola a los ojos.

—El doctor Graves y tú... ¿os conocisteis en Londres?

Lilly pestañeó cuando hizo mención al doctor Graves. El placer que sentía desapareció. Movié la cabeza como para alejar las emociones que la inundaban y que ahora hacían que se sintiese incómoda.

Él malinterpretó el gesto.

—¿No? —dijo, con expresión dubitativa y frunciendo el ceño.

—No. Quiero decir que sí, que coincidimos varias veces.

—¿Es el médico que a tu tía no le parecía bien?—preguntó. Se le notaba la tensión en la voz y en los gestos.

Ella asintió y retiró la mano con suavidad.

—Bueno, espero que estés cómodo. Si necesitas algo más, dímelo.

Él respiró despacio y muy hondo. Su ancho pecho subía y bajaba bastante deprisa.

—Necesito muchas cosas, señorita Haswell.

Sus ojos transmitían una extraña sensación de pena.

No le preguntó qué necesitaba. No estaba segura de querer saberlo.



La lluvia y el frío de la semana anterior dieron lugar a un montón de catarros y fiebres veraniegas entre los vecinos, lo que hizo que el señor Shuttleworth y

Francis estuvieran muy ocupados durante los siguientes días, ya cálidos y soleados.

Se encontraron con el doctor Graves, que fue a la tienda unas cuantas veces, acompañado del doctor Foster. El joven médico le pareció a Francis un tanto estirado y formal, aunque pensó que con su comportamiento rígido lo único que pretendía hacer era ocultar su inseguridad de médico novato. Francis decidió comportarse de la manera más agradable y servicial posible, pese a que estaba tratando al señor Haswell, cosa que Francis no dejaba de considerar un cierto desaire.

Mientras que el doctor Foster iba siempre a Shuttleworth's, su nuevo socio frecuentaba más Haswell's. Francis sabía perfectamente que no era precisamente «el señor» Haswell la razón principal de esa preferencia. Por supuesto, lo entendía perfectamente y no tenía nada que echarle en cara al joven médico.

Volvió a pensar en la lluviosa noche que pasó en su vieja cama, bajo la habitación de Lilly. Le evocó recuerdos agrídulces de todas las noches que había dormido allí en el pasado, contento pero a la vez ansioso al saber que ella estaba en su cama, justamente un piso por encima de él. ¿Tendría que haberle dicho hasta qué punto le afectaba eso?

Ella era la misma que antes, aunque a la vez muy distinta. Tenía la cara un poco más delgada y las curvas más pronunciadas, aunque eso probablemente se debiera al tipo de vestidos que llevaba ahora. Seguía siendo tan inteligente y tan encantadora como siempre, aunque parecía también menos accesible que antes, como si tuviera un fino envoltorio inapreciable que mantuviera su ser real fuera del alcance. Sin duda pensaba que estaba por encima de él. Probablemente siempre lo había pensado, pero su estancia en Londres había incrementado la percepción de distancia. «Puede que sea mejor así», se dijo a sí mismo. No podía permitir que su presencia lo apartara de los planes que había desarrollado con todo cuidado. Por otra parte, ¿qué posibilidades tenía en comparación con un atractivo médico londinense?



Por la mañana, muy temprano, llamaron a la puerta de la botica. Lilly todavía estaba en su habitación. Bajó lo más rápido que pudo, ya vestida, pero con el pelo sin recoger.

Quitó el cerrojo y comprobó que se trataba del doctor Graves. Se la quedó mirando bastante sorprendido por su aspecto, después miró hacia otro lado y se aclaró la garganta.

Ella se echó el pelo para atrás, bastante largo, y lo miró de frente.

—Todavía no me había terminado de arreglar.

—No importa..., eh..., tiene el pelo muy bonito —afirmó, aunque vacilante.

—Gracias —dijo ella, algo cohibida pero contenta, y lo invitó a entrar—. ¿Ha venido a visitar a padre? Porque me temo que todavía está durmiendo.

—No. A eso ya volveré más tarde. —De nuevo la miró fijamente.

—¿Necesita usted algo, alguna medicina?

Miró alrededor para comprobar que la tienda estaba vacía y siguió hablando en voz muy baja.

—Señorita Haswell, cuando llegué le dije que había algo que quería decirle.

El corazón de Lilly empezó a latir a toda velocidad.

—Usted dirá...

—He estado esperando el momento adecuado. No quería importunarla cuando me di cuenta de que su padre estaba bastante enfermo.

Ella asintió. Tenía la boca seca.

—Debo decírselo, señorita Haswell. Me quedé bastante decepcionado cuando fui a casa de los Elliott y supe que se había ido. Su tía no me aclaró las razones de su marcha tan repentina.

A Lilly no le costó nada imaginárselo.

—Pero, teniendo en cuenta... en fin, teniéndolo todo en cuenta —continuó—, creo que entiendo la razón por la que se marchó sin avisar ni decir adiós.

—No pensé que le importara después de nuestra última conversación acerca de mi madre.

—Precisamente de eso es de lo que quiero hablarle.

«¡Oh, Dios!».

—El día después de que habláramos fui a ver a mi hermano, que es abogado, como creo que ya le había contado. Por cuenta mía contrató a un detective para obtener información acerca del antiguo teniente James Wells.

Lilly se quedó de piedra. No era eso lo que esperaba oír, ni mucho menos.

—Parece que Wells trabaja ahora a bordo de un buque de transporte de reclusos y que tiene su domicilio en Cheapside, aunque raramente está allí. Él...

Hizo una pausa y Lilly contuvo el aliento, intentando adivinar los pensamientos que se escondían detrás de su boca adusta y su seria mirada azul.

—Se casó hace dos años. —Graves sacó un pequeño documento del bolsillo y lo miró—. Con una mujer alemana, según consta en el registro. De soltera Gertrude Kistingner, ahora Wells.

Le pasó la nota y la leyó en silencio. Él la miró expectante e inclinó la cabeza. No estaba reaccionando como él esperaba, eso estaba claro.

—¿No le parecen buenas noticias? Su madre no está con Wells, como usted se temía.

¿Eran buenas noticias? El hecho de que ya no estuviera con Wells, ¿acaso significaba que nunca lo había estado? ¿Y dónde estaba ahora? Su frágil vínculo con su madre, si es que se podía llamar vínculo a lo que había averiguado, se había roto con la misma facilidad que una telaraña.

—Gracias por hacer las indagaciones en mi nombre. —No obstante, se preguntó si lo habría hecho de verdad por ella o solo para evaluar si podría cernirse algún escándalo sobre él en caso de seguir cortejándola y algo más...

—Pensaba que iban a parecerle bien —dijo con tono esperanzado—. Ya no puede interponerse entre nosotros.

Ella miró sus cálidos ojos azules y su cara angelical y sintió que su propio

rostro, y su corazón, respondían asimismo con calidez. Puede que tuviera razón. Puede que, después de todo, nada se interpusiera ya entre ellos.

Sonó la campanilla de la puerta al abrirse y Lilly dio un paso atrás. Hannah Primmel entró en la tienda con ademán tímido.

—Hola, Hannah —saludó Lilly, dirigiéndose al mostrador. Esperaba que la clienta no notara que estaba arrebolada, o que, en caso de que se diera cuenta, no dedujera nada inapropiado.

—Hola, señorita Haswell. —La pobre muchacha tenía la desgracia de que le salían continuamente manchas en la cara, y los muchachos, siempre crueles, le habían puesto los mote de «Cara de Granos» o «Hannah Granos». Al ver al doctor Graves la muchacha bajó la cabeza, como hacía casi siempre, como si pensara que así la gente no le vería la cara.

—Me alegro mucho de verte —dijo Lilly—. Esperaba que volvieras.

—¿De verdad? —preguntó Hannah, mirándola con expresión ilusionada.

—Sí. —Lilly se inclinó hacia ella y le habló en tono confidencial—. Tengo algo que quiero que pruebes, y espero que te vaya muy bien.

—No tengo mucho dinero —dijo, y la ilusión se esfumó de su rostro.

—Te voy a dar una muestra gratuita. Puedes ponértela durante quince días y después contarme qué tal te ha ido. ¿Me harías ese favor?

Hannah sonrió.

—¡Naturalmente! ¡Muchas gracias, señorita Haswell!

—Ya me lo agradecerás después, si el producto da resultado.

Cuando Hannah se hubo marchado, el doctor Graves se aproximó al mostrador.

—¿Qué le ha dado? —preguntó en voz baja.

—Ni la loción de Gowland ni la camomila le han servido de nada, pese a que yo pensaba que podrían irle bien. Ahora le he dado una pomada de zumo de limón, agua de rosas y un suplemento de plata.

—Ya. El remedio de Culpeper.

—Sí, pero Culpeper también recomendaba frotar todas las mañanas con

mantequilla fresca. Y, por la experiencia que he tenido cuando me ha pasado a mí, eso en realidad agravaba el problema.

—¿Usted, señorita Haswell? Creía que usted siempre había sido perfecta.

Ella lo miró, sorprendida de que el halago no fuera acompañado de una sonrisa. Por el contrario, su expresión seguía siendo extrañamente seria.

—Por cierto —añadió—, debe tener cuidado a la hora de prescribir medicamentos o remedios.

La calidez que sentía se convirtió en enfado.

—No estaba prescribiendo nada. Se trata de un remedio muy simple y muy conocido.

—Solo le estoy recomendando cierta cautela. Que una mujer elabore medicamentos o remedios es una cosa, pero que los prescriba es otra. Si el doctor Foster hubiera visto lo que acaba de pasar, pensaría que se está usted pasando de la raya. Podría... —Hizo una mueca de disgusto—. En fin, tenga cuidado.

Capítulo 29

«Prefiero los sueños sobre el futuro a las historias del pasado».

PATRICK HENRY

Lilly recibió una carta de su tío, lo que le sorprendió bastante y, hasta cierto punto, hasta la alarmó, ya que había recibido carta de ellos solo unos pocos días antes. Deseó fervientemente que sus tíos no tuvieran problemas de salud.

Mi querida Lillian:

Sé que llegamos al acuerdo de no hablar más acerca del asunto de tu madre, aunque creo que debo informarte, ya que he recibido información adicional. ¿Te acuerdas de la señora Browning, la mujer de la calle Fleet que alquiló una habitación a «Rosa»? Recordarás también que le dejé una tarjeta mía por si tenía más información. Debo confesarte que pensé que la tarjeta iría al fuego inmediatamente y que nunca volvería a tener noticias de ella. Pero, mira por dónde, ayer recibí una carta suya, si es que se le puede llamar «carta» a

tales garabatos, ¡e incluso franqueada en origen!

Según he podido deducir de su nada fácil lectura, la señora Browning escribió a tu madre, o digamos a «Rosa», una carta de referencia, y alguien que, al parecer, tiene intención de contratarla, ha escrito recientemente a la señora Browning para verificar la adecuación de Rosa para el puesto. Supongo que, como a mí, te costará creerlo. ¿Rosamond trabajando de ama de llaves? De todas formas la pista está ahí, es reciente e igual quieres seguirla antes de que se enfríe. Por supuesto, no sé si «Rosa» consiguió finalmente el puesto, aunque yo creo que es factible, dado que, según ella misma, la señora Browning iba a escribir «una misiva de presentación quimpresionaría a quienfuera». No obstante, podría ser que una carta tuya al administrador o al mayordomo sí lo confirmaría, o no. Para el caso de que quieras saberlo, he incluido la dirección al final de esta carta. Hazme saber si quieres que haga yo algo a este respecto.

*Sinceramente tuyo,
Señor Jonathan Elliott*

Lilly pasó el dedo por la postdata, en la que figuraba el nombre de la hacienda y la dirección. Estaba en Surrey, al sur de Londres. Una parte de ella ansiaba presentarse allí. Pero otra le indicaba que no era un buen momento: su padre no estaba recuperado del todo y ahora no se podía permitir cerrar la tienda ni un solo día. Pero, de todas maneras, no tardaría tanto en hacer el viaje. En dos días iría y vendría, no harían falta más.



El carruaje alquilado la llevó hasta el final del sendero accesible para un coche de caballos. Desde allí caminó y atravesó vallas con puertas cerradas con cancelas y un camino empinado y pavimentado. La hacienda estaba en

pleno campo, más alejada de lo que había pensado.

Lilly agarró fuerte su ridículo, aun sabiendo que el sudor de las manos mancharía el suave tejido de satén, pero en esos momentos no le preocupaban ese tipo de cosas. Inspiró profundamente. Las náuseas que sentía eran debidas al largo día de viaje, o al menos eso se dijo: primero en diligencia y después en el viejo carricoche de alquiler. Se apretó la mano contra el estómago, esperando que con ese gesto lograra calmar los nervios. ¿Cómo reaccionaría su madre cuando la viera? ¿Qué sentiría al verse localizada, cuando estaba claro que no había hecho el más mínimo esfuerzo por volver a conectar con la familia que había dejado atrás? ¿Sería posible que hubiera dado por hecho que ya no querían tener nada que ver con ella? Si fuera así, lo más probable sería que a su madre, aunque no se sintiera inmensamente feliz por la visita, al menos sí le aliviara saber que su hija deseaba que estuviera bien.

Lilly se detuvo al pie de la gran escalera que llevaba a la entrada principal. Rezó para que Dios le concediera inteligencia y tranquilidad y para que las piernas le dejaran de temblar. Oyó unos sonidos, varias voces que terminaban en risas alegres. En cierto modo, los sonidos le resultaban familiares. Siguiendo un impulso, se volvió y rodeó la gran casa de campo. Las risas la guiaron como la campana de un barco guía entre la niebla.

En la zona trasera de la casa vio una gran valla de piedra que rodeaba un jardín. Al otro lado, un prado pequeño y cuidado con una mesita y varias sillas en las que estaban sentados dos niños, uno con el pelo dorado y la niña, unos años mayor, con rizos pelirrojos. Y allí, de pie entre ellos y sonriendo estaba su madre, cantando una canción infantil que los críos acompañaban dando palmas.

Tenía un aspecto muy joven y le pareció guapísima. Llevaba un vestido de paseo azul y blanco y el pelo, largo y oscuro, recogido en una coleta, muy a la moda. «¿Dónde está su sombrero?», se preguntó Lilly. «Fuera de casa siempre debería llevarlo». Lilly se reprendió a sí misma por una observación tan intrascendente en semejante momento. Mientras estaban jugando, su madre levantó la mirada y la vio, allí de pie. Desde luego, vio a alguien allí, aunque quizá no la reconociera. Dejó de cantar y su expresión se tornó seria,

casi adusta.

Lilly respiró hondo, cerró los puños y caminó siguiendo el muro del jardín. ¿La reconocería, ahora que estaba mucho más cerca? Dejó de sujetar el bolso, que se balanceó sobre la muñeca, y apoyó ambas manos en la valla de piedra.

—¿Sí? —preguntó Rosamond Haswell en tono oficioso.

—Hola, madre —saludó Lilly en voz baja.

La miró de hito en hito.

—¿Quién es esta señora? —preguntó el niño pequeño con una voz adorable.

Por su parte, la niña agachó la cabeza, por lo que Lilly no pudo apreciar sus rasgos.

—Siéntate derecha, querida, y saluda a nuestra invitada —le dijo su madre a la niña. Pero la niña no le hizo caso. Era o muy tímida o muy maleducada.

Lilly tragó saliva y dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—Pensaba que trabajabas de ama de llaves.

Su madre continuó observándola, de la cabeza a los pies, y de nuevo hacia arriba.

—Lo era. Pero la institutriz se puso enferma. —Se encogió de hombros—. Además, a mí me gustan los niños. Bueno, algunos niños...

Lilly sintió como si le hubieran golpeado en el pecho con una maza. La pequeña miró hacia arriba y resultó que su cara era absolutamente idéntica a la de Lilly a su edad. Frunció el ceño y le sacó la lengua.



Lilly se sentó en la cama, respirando con dificultad y sudando mientras el sueño se desvanecía. Sinténdose enferma, se puso el vestido y se acercó a la puerta de Charlie. La entreabrió una rendija, pero de todos modos crujió. A la luz de la luna, que entraba a raudales por la ventana, vio que Charlie dormía

profundamente, de lado y con las manos bajo una de las mejillas, con el pelo claro desplegado sobre la almohada y la frente.

Lilly entró de puntillas en la habitación y se inclinó al llegar a la cama. Muy suavemente, le retiró el pelo de la frente y de los ojos.

Necesitaba tocar algo físico, real.



Por la mañana, Lilly buscó el retrato en miniatura de su madre. Lo encontró en uno de los cajones de la cómoda del cuarto de estar, envuelto en papel marrón. Lo desenvolvió, sopló para quitarle el polvo y miró la hermosa cara, exactamente igual a la que tenía su madre en el sueño de la noche anterior. Lo habían pintado antes de la boda de sus padres, hacía más de veinte años. Lilly se preguntó cuánto habría cambiado. E intuyó que seguiría preguntándose.

Se guardó el pequeño retrato en el bolsillo del delantal. Quería tenerlo cerca. Actuaría en función de las noticias que le había hecho saber su tío. Para empezar, escribiría una carta; después, ya vería.

Una hora más tarde ya estaba en la tienda, inclinada sobre papeles y tarros, cuando llegó Francis para recoger las hierbas que quería el señor Shuttleworth. Las tenía ya preparadas, etiquetadas y listas para entregárselas.

—Excelente —dijo Francis—. ¿Están todas? —preguntó.

—¿Mmm? —Estaba distraída.

—Que si está todo lo que pidió el señor Shuttleworth...

—¡Ah! —Lo miró a él, y después el paquete—. Sí. —Miró las líneas que había escrito—. Francis, tú no conociste a mi madre, ¿verdad?

El joven enarcó las cejas, sin duda preguntándose por qué le hacía una pregunta cuya respuesta conocía perfectamente.

—No. Se marchó poco antes de que llegara yo.

Lilly asintió, golpeando con suavidad la pluma contra el borde del tintero.

—Recuerdo que me enseñaste un pequeño retrato suyo —dijo Francis—. Solías llevarlo contigo hasta que tu padre te dijo que lo guardaras.

Lilly volvió a asentir, preguntándose por qué había encontrado el retrato envuelto con papel y escondido en un cajón. Fuera del alcance de la vista.

—Recuerdo que me parecía muy guapa —continuó Francis—. Y que tú te parecías mucho a ella.

En silencio, sacó el retrato en miniatura del bolsillo del delantal y se lo acercó por encima del mostrador. Él se inclinó y se quedó mirándolo.

—Sí, os parecéis muchísimo.

Le contó lo de la gargantilla de su madre y el supuesto sobrenombre de «Rosa Wells». Mientras le hablaba, él la tomó de la mano y se la apretó, mirándola con expresión cálida y compasiva. En ese momento se abrió la puerta de la cocina-laboratorio y Francis dio un paso atrás. Al ver a su padre en el umbral, Lilly empujó el retrato para esconderlo bajo el papel de envolver.

—Buenos días, señor Haswell —saludó Francis—. Tiene mejor aspecto.

—Sí, me encuentro mejor. Al menos de momento. Dígame, señor Baylor, ¿qué tal le está yendo en el pueblo a nuestro nuevo médico? ¿El doctor Graves de Lilly?

Notó que Francis hacía una mueca de disgusto, frunciendo las cejas. Sintiéndose incómoda, protestó moderadamente.

—Padre...

Francis le echó una mirada rápida; después se dirigió a su padre.

—Bastante bien, supongo, aunque ya sabe usted cómo suelen ir estas cosas. Hay gente a la que le cuesta aceptar a los recién llegados.

Su padre asintió y se fijó en el paquete.

—¿Y esto qué es?

Temiéndose la respuesta de su padre, Lilly se adelantó a contestar.

—El señor Shuttleworth ha pedido algunas de las famosas hierbas medicinales de Haswell's, padre. Supongo que eso le gustará.

—¿Le estás dando hierbas a nuestro competidor? —dijo, completamente incrédulo.

—Se las vendo, padre, se las vendo —dijo Lilly, dándose cuenta de que su padre había vuelto a volcar su irascibilidad en el rival—. Y con un buen beneficio. —Le echó una mirada a Francis, y el joven recogió el guante.

—Las cosas son como son, y la gente de Bedsley Priors y alrededores prefiere las hierbas de Haswell's. Shuttleworth no tenía más remedio que pagar bien por ellas si quería ofrecerlas.

Aparentemente satisfecho, Charles Haswell asintió.

—Me parece lógico.

—Bueno, les deseo a ambos que pasen un buen día. —Con los labios apretados y gesto de resignación, Francis se inclinó levemente en dirección a Lilly y después al señor Haswell y se marchó.

Su padre inclinó la cabeza al ver el papel que había delante de ella.

—¿Otro pedido?

Ella dudó, pero se decidió enseguida.

—No. Es una carta. Para madre.

—¿Cómo? —preguntó con asombro.

—En realidad, a la hacienda donde creemos que está empleada.

—¿De qué estás hablando?

—Vamos, padre —dijo Lilly con suavidad—. Vamos a sentarnos y se lo explicaré.

Se sentaron en la sala de curas y Lilly le explicó el hallazgo de la gargantilla y lo que había averiguado en Londres sobre la desaparición de su madre en sus visitas. Poca cosa, en realidad. Con el ánimo de que no sufriera más, no incluyó los detalles sobre el primer amor de su madre.

—¿Por qué se marchó? —preguntó en voz baja—. ¿Lo sabe?

Su padre suspiró con fuerza.

—Yo pensaba que era feliz, al menos al principio. —Pensativo, se quedó mirando la ventana de la sala de curas—. Cuando naciste tú, pensé que todo iba a ir bien. Estaba encantada contigo. —Se removió en la silla—. Pero yo pensaba que estaba arrepentida de haberse casado conmigo. Sabía que echaba

de menos Londres y creo que se preguntaba cómo le habría ido de haberse quedado allí, con quién se habría casado, etcétera.

Ella le apretó la mano.

—Tú eres el mejor hombre que he conocido... en Londres y en todas partes.

Soltó una risa seca.

—¿Los Elliott te han llevado a «todas partes»? —Negó con la cabeza—. No, querida, no. Me temo que soy un hombre con muchísimos defectos. Incluso muchos más de los que conocía tu madre...

Dejó que sus palabras se perdieran y se inclinó hacia ella.

—Te prevengo sobre esta búsqueda que has emprendido, Lilly. Puede que no te guste lo que encuentres.

Capítulo 30

«[El boticario] es el médico de los pobres, y el de los ricos siempre que el malestar o el peligro no sean excesivamente grandes».

ADAM SMITH, 1776

Al día siguiente, Lilly y su padre estaban desayunando cuando Charlie entró de repente y colocó encima de la mesa, delante de ella, uno de los maletines médicos con tanta fuerza que por poco hace caer una taza.

—Lilly, vente conmigo a Marlow House. El señor Timms tiene un bulto y no quiere ir al médico.

Lilly hizo un gesto de disgusto. No quería volver a abrir con la lanceta el recurrente bulto de ese hombre grosero y cascarrabias ni dejar descuidada la botica.

—Igual podría ir padre —dijo mientras se ponía un poco de mermelada en la última tostada.

—No creo que hoy esté lo suficientemente bien como para hacerlo, querida —dijo Charles Haswell mirando por encima del periódico.

«¡Qué oportuno!», pensó Lilly.

—¡Vamos, Lilly! —urgió Charlie—. Le duele mucho, aunque tampoco

está muriéndose.

—¡Bueno, bueno, vamos! —bufó, dejando la tostada sobre el plato y levantándose—. Es muy amable de tu parte que te preocupe tanto el señor Timms —añadió a regañadientes al ver la cara angustiada de su hermano.

Media hora más tarde, Lilly estaba de pie en la pequeña cocina del señor Timms, en una de las casas de servicio de los Marlow en las que vivían algunos de sus sirvientes más antiguos.

—Ahora descanse un buen rato, señor Timms —le recomendó mientras guardaba los instrumentos en el maletín.

—¿Descansar? Seguro que no me vas a ver haciendo el vago. ¿Crees que las grosellas blancas se van a recoger solas? Los gamos arrasarían con todo antes de que se acabe el día.

—Yo puedo ayudar, señor Timms —intervino Charlie, que estaba sentado junto al viejo.

—No, ahora te necesitan en tu casa, muchacho. Pero de verdad que te echo de menos. Eres un buen trabajador, Charlie Haswell, y tanto que sí. No cambies, te lo digo yo.

Charlie sonrió y bajó la cabeza, orgulloso, aunque cohibido por las palabras que le había dedicado el jardinero.

—Lo siento mucho, señor Timms, pero mi padre y yo... —empezó a disculparse Lilly.

—No tiene por qué disculparse, señorita, sé lo que pasa. Por muy boticario que sea, su padre se pone enfermo, como todo el mundo.

Lilly no le dio más vueltas al asunto y se preparó para marcharse.

—Creo que con esto usted estará fuerte como una roca, al menos por un tiempo.

—¡Ni lo dude! Estoy en deuda con usted. Y no sabe cómo me alegro de haberme librado por fin de ese absceso.

Se despidieron del renqueante jardinero y salieron por la puerta.

—¿Lo ves? Ya te dije que no estaba tan mal. Aunque le dolía, eso sí —dijo su hermano.

—Tenías razón, Charlie. ¡Y no me extraña que estuviera malhumorado! Con esos dolores de día y de noche no hay quien aguante.

Hacía muy buen tiempo, así que caminaron hacia los cuidados jardines con Charlie indicándole las plantas que él había ayudado a colocar. Según andaban, Lilly oyó los ladridos de un perro, primero como si fueran una simple advertencia, y después con bastante más ferocidad. Un hombre dio una voz en la que se notaba cierto susto.

—¡Atrás! ¡Vamos, atrás!

—¡Oh, no! —Lilly rodeó el sendero y al doblar la esquina vio al doctor Graves con la espalda apoyada en un árbol. El mastín alemán de los Marlow, con su enorme cabeza, y casi del tamaño de un poni, tenía las patas delanteras apoyadas sobre el pecho del médico.

—¡*Dotty*, quieta! —gritó Lilly con autoridad, pero con calma—. ¡Abajo! ¡Ya!

Dotty gimoteó, babeó como una fuente y se puso a cuatro patas. Charlie salió corriendo y agarró por el collar al perrazo blanco con manchas negras y marrones.

—Llévala a los establos, Charlie, por favor —dijo Lilly.

—Vamos, *Dotty*, bonita —dijo Charlie tranquilamente, llevándosela de allí.

—¿Así que una perra? ¿*Dotty*? ¿Quién en su sano juicio llamaría *Dotty*⁵ a un monstruo de ese tamaño?

—Los Marlow tienen un sentido del humor un tanto especial, entre otras peculiaridades —dijo, acercándose a él. Lo observó, y aparte de un montón de huellas enormes que manchaban su abrigo marrón claro, parecía que no había sufrido daños—. ¿Está usted bien?

—¿Quiere decir aparte de la sensación de ridículo y de que el corazón me late a la velocidad del de una liebre arrinconada por los perros?

—Pues... sí.

Sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió de la mejilla las babas del perro con cara de asco.

—Solo venía a visitar a *sir* Henry. No tenía ni idea de que un acto médico tan trivial pudiera entrañar tan grave peligro.

—Tiene usted un poco de barro... —dijo, agarrando el pañuelo y limpiándole el cuello y la camisa. A él le vibró la nuez y se le dilataron las pupilas. Dándose cuenta de lo que había hecho, se ruborizó y le devolvió el pañuelo.

El médico la miró a los ojos, pero los retiró enseguida. Ella intentó mantener una expresión impávida, aunque sin duda se veía a la legua que no se sentía así.

—Es usted una mujer de lo más singular, señorita Haswell —dijo, aclarándose la garganta.

Ella se humedeció los labios, que se le habían quedado secos de repente. Se produjo entre ellos un incómodo silencio.

—Me temo que tiene manchado el abrigo —comentó ella para romperlo.

—¿Es que no le teme usted a nada? —preguntó él, al tiempo que intentaba limpiarse.

—Todo el mundo le teme a algo, o a alguien —respondió, tras pensarlo.

—¿Y a qué le teme usted?

Inclinó la cabeza hacia un lado y lo miró.

—¿Por qué? ¿Acaso saberlo le ayudaría a sentirse mejor?

—Enormemente. —Se agachó para recoger el sombrero e intentó que recuperara su forma habitual—. O por lo menos me distraería de mi sentimiento de humillación.

—Muy bien, se lo diré. Pero debe quedar entre nosotros.

—Por supuesto.

Ella sonrió con timidez.

—Preferiría enfrentarme cien veces a esa perra que una sola a su amo.

Él se quedó quieto.

—¿Roderick Marlow?

Asintió. El médico no le devolvió la sonrisa. En realidad parecía

alarmado.

—¿Acaso la ha amenazado? ¿O le ha hecho daño?

—Bueno, nunca con consecuencias, pero...

—¿Ha actuado con usted de forma inapropiada?

—Doctor Graves, esperaba distraerle a usted con mi confesión, no alarmarlo todavía más.

—Pero señorita Haswell...

—Ha habido ocasiones en las que me he sentido ligeramente... amenazada, como usted dice. Pero eso fue hace mucho tiempo. No obstante, supongo que me pasa algo parecido a lo que le pasa a usted: un solo mordisco y la cosa nos durará toda la vida. —Se apresuró a aclararlo—. Estoy hablando en sentido figurado, por supuesto. Naturalmente que él jamás me ha mordido. —Una vez más, procuró aligerar la tensión con una sonrisa, pero él siguió mirándola muy preocupado.

—Creo que una vez estuvo a punto de matar a un hombre —dijo—. En un desafío o un duelo, o algo así.

¿En serio? Ella nunca había oído esa historia.

—En cualquier caso, señorita Haswell, si en el futuro vuelve a intentar amenazarla o a molestarla, no deje que ocurra. Dígaselo a alguien. A mí, si le parece.

Se preguntó qué podría hacer el doctor Graves en tal caso. No podía imaginárselo peleando con Roderick Marlow. Con toda probabilidad el doctor Graves sería derrotado en cualquier duelo cuyas armas no fueran lancetas o trompetillas.

—Se lo agradezco, pero le repito que todo eso ocurrió en el pasado. Quíteselo de la mente.

—¿Usted se lo ha quitado?

—Por completo. Siempre que no lo tenga a la vista. —Sonrió con malicia—. O que esté bien atado.

Le brillaron los ojos, sonrió y hasta soltó una sonora carcajada. Era la primera vez que oía un sonido genuinamente alegre saliendo de su boca. Y la

verdad es que le gustó mucho.



Cuando llegó la carta de respuesta de Craybill Hall Lilly ni se atrevía a abrirla. No sería capaz de encajar la reacción negativa que podría contener. ¿Cuántas veces se había imaginado las posibles respuestas? Unas palabras frías y despectivas: «Siento comunicarle que no tengo el menor interés en que nos veamos de nuevo». O «Le ruego que no vuelva a intentar ponerse en contacto conmigo; no quiero poner en peligro mi trabajo». O incluso «Si hubiera querido verla, ya sabía dónde encontrarla, ¿no le parece?».

Pero también se atrevía a pensar en respuestas más amables. «¡Cuánto deseaba tener noticias tuyas! Pero recibir una carta escrita de tu puño y letra... ¡Querida, debes de haberte convertido en toda una mujer! Me gustaría muchísimo volver a verte. Temía que no volvieras a querer saber nada de mí...».

¿Qué diría?

Puso el aviso en la puerta de la botica y corrió hacia la cafetería, prácticamente sin ver a Jane, agachada en el huerto recogiendo habichuelas. Entró por la puerta trasera y le dio la carta a Mary.

—Léela. Yo soy incapaz.

Mary estaba moliendo café en grano, pero se detuvo para mirarla. Se secó las manos con un paño.

—¿De quién es?

—Creo que de mi madre. Escribí a la casa en la que me dijeron que podría tener un trabajo.

Mary dejó el paño y agarró la carta.

—Está dirigida a ti.

—Por favor.

Mary la miró un momento y asintió. Rompió el sello, y conforme iba leyendo las líneas su expresión varió de la perplejidad a la preocupación.

—No quiere verme, ¿verdad? —Lilly cruzó los brazos, como si se abrazara a sí misma.

Mary negó con la cabeza.

Lilly hizo un gesto de dolor. «¡Lo sabía!», pensó.

—No es de tu madre. Es del ama de llaves, una tal señora Morton. Vamos, léela tú misma.

Lilly tomó la carta y pasó los ojos por ella a toda velocidad. Después se sentó en su taburete de siempre para leer más atentamente la parte crucial.

Aquí nunca ha trabajado nadie de nombre Haswell, pero sí que tuvimos a una tal Rosa Wells. No obstante, ya no trabaja con nosotros, y yo soy la nueva ama de llaves. No puedo decirle adónde ha ido, pero sí que nos dejó después de solo unas pocas semanas, sin avisar adecuadamente. El cochero también desapareció ese mismo día. Él se llama Stanley Dugan, por si le interesara. Si llegase a encontrarlos, no se olvide de decirle al señor Dugan que devuelva la librea que se llevó, que es propiedad del dueño de la casa, aunque el amo es comprensivo y no ha presentado cargos. Rosa no se llevó nada que no le perteneciera, y Cook me ha informado de que era una buena trabajadora, aunque no estaba contenta con su puesto. Eso es todo lo que puedo decirle, dado que se marchó antes de que yo llegara.

*Señora Morton, ama de llaves
Craybill Hall*

Desaparecida una vez más. ¿Sabría su madre que la estaba buscando? ¿O es que de forma natural no soportaba situaciones que no le gustaban?

—¿No podría tratarse de otra persona? —preguntó Mary—. Que se llamara Wells, quiero decir. No se habrá casado de nuevo, ¿verdad? No es legal, estando tu padre vivo...

Lilly se encogió de hombros, sintiéndose aturdida y vacía.

—Podría tratarse de un nombre falso, de una especie de acortamiento de Haswell. O puede que tomara el apellido del hombre por el que nos abandonó, e incluso podría ser que ahora hubiera cambiado otra vez de «marido». Eso explicaría por qué ha roto todos los vínculos con una familia escondida en Wiltshire de la que no quiere que nadie sepa nada.

—No puedo creerme tal cosa —dijo Mary—. Más bien creo que se trataba de otra mujer.

—Puede —dijo Lilly, absolutamente desinflada. Arrugó la carta y la lanzó al horno. El papel ardió por un instante y se redujo a cenizas de inmediato.

Igual que sus absurdas esperanzas.

5 Nota del Trad.: La traducción al castellano de *Dotty* más cercana podría ser «Manchitas».

Capítulo 31

«Un hombre con capacidades innatas moderadas podría ser un buen médico siempre que su dedicación al trabajo fuera completa».

OLIVER WENDELL HOMES

A la mañana siguiente, cuando Lilly entró en la cafetería por la puerta de atrás, como hacía normalmente, se sorprendió al ver al señor Shuttleworth sentado precisamente en la banqueta que ella solía utilizar, junto a la mesa de trabajo.

—¡Oh! Discúlpeme.

Él se levantó y la saludó con una inclinación.

—Señorita Haswell.

—Buenos días, Lill —dijo Mary en tono agradable. Estaba muy guapa, con un vestido verde, y parecía estar perfectamente bien. Se acercó a agarrar la banqueta que había junto a la chimenea, pero el señor Shuttleworth, adivinando sus intenciones, se acercó a ayudarla y llevó la banqueta, colocándola no lejos de la que él estaba utilizando.

Las dos mujeres le dieron las gracias al mismo tiempo y él les dirigió una mirada encantada, aunque mantuvo la vista en Mary.

—Es un placer, señoritas.

Lilly se sentó en la banqueta sintiéndose un poco fuera de lugar. Mary llenó una taza de café, se la sirvió y centró de nuevo su atención en un cuenco grande, revolviendo el contenido con movimientos seguros y continuos.

—La señorita Mimpurse ha sido tan amable de invitar a desayunar a un pobre soltero —dijo el señor Shuttleworth—, aunque el establecimiento aún no está abierto.

—Mi madre está abriendo la puerta en este momento, señor Shuttleworth. Estoy segura de que preferiría sentarse en una de nuestras cómodas sillas en vez de estar sobre esta, llena de harina.

—¿Y por qué iba a preferir tal cosa? ¿Acaso no ocupo el mejor sitio de la casa?

—Yo siempre he pensado lo mismo —dijo Lilly con ironía mientras se llevaba la taza a los labios.

—Sin ninguna duda. No soy capaz de pensar que exista en el mundo un fuego más cálido ni una compañía más agradable que los que disfruto ahora.

—Y eso es mucho decir, creo yo —afirmó Lilly—, teniendo en cuenta los muchos lugares en los que ha estado usted.

—Es muy amable al recordarlo, señorita Haswell.

—Lilly lo recuerda todo, señor Shuttleworth —intervino Mary—. ¿No se lo habían dicho?

—Debo darle las gracias por la advertencia, señorita.

Sonrió, y Mary levantó los ojos del cuenco para devolverle el gesto.

Lilly sonrió también, pero le sorprendió que Mary sacara a colación el asunto de su memoria. Sabiendo lo cohibida que Lilly se sentía por ello, su amiga no solía mencionarlo delante de extraños. Aunque por supuesto, según todo apuntaba, el señor Shuttleworth ya no era un extraño.

De repente, la expresión generalmente dulce de Mary se transformó, como si tuviera un dolor repentino, y se agarró la mano izquierda con la derecha.

—Por favor, discúlpeme —dijo, y Lilly dudó de que alguien que no conociera tan bien a Mary fuera capaz de notar la tensión de su rostro—.

Acabo de acordarme de algo que debo atender sin demora.

El señor Shuttleworth se levantó con la boca entreabierta. Pero Mary había salido a toda prisa de la habitación sin decir una palabra.

Lilly, preocupada, también se levantó.

—Creo que me he quedado más tiempo del que debía —dijo con timidez—. Le ruego que me disculpe con su amiga.

—No se preocupe, caballero. Estoy segura de que no tiene nada que ver con usted.

—Salgo inmediatamente. —Abrió la puerta trasera, se despidió con un gesto y se marchó.

Tan pronto como se hubo marchado, Lilly corrió hacia el comedor pensando que Mary habría ido al piso de arriba, pero captó un destello de color verde con el rabillo del ojo al pasar por la despensa. Allí estaba Mary, medio sentada o medio reclinada sobre un saco de harina de diez kilos.

—¡Mary! ¿Vas a tener una crisis?

Asintió dando espasmos y se dobló sobre el abdomen haciendo un gesto parecido al que hacen los soldados cuando están heridos para controlar la pérdida de órganos vitales. En ese momento empezaron a temblarle los brazos e, inmediatamente, el movimiento se extendió por todo el cuerpo, incluso el cuello. Los tendones parecían sogas de barco atadas a los hombros.

Lilly se lanzó hacia el bolsillo del delantal de Mary en busca del trozo de cuero que siempre guardaba allí. Pero no estaba.

—¡Espera! ¡Voy a llamar al señor Shuttleworth!

—¡No! —gritó Mary con voz temblorosa—. No.... padre.

—Mi padre está demasiado débil. Vuelve a estar en la cama.

—Mi... —empezó Mary, y de pronto todo su cuerpo sufrió una convulsión y le resultó imposible seguir hablando.

Lilly dudó un segundo e inmediatamente entró en la cocina, agarró la primera cuchara de madera que vio y volvió con ella en la mano. Mary hizo una mueca, pero abrió la boca y Lilly pudo colocarle la cuchara entre los dientes. Se asomó a la puerta y vio a la señora Mimpurse atendiendo a un

grupo de madereros y de constructores de gabarras, entre ellos el señor Robbins.

La mujer la miró, y Lilly hizo un gesto señalando la despensa y dibujando con los labios el nombre de su amiga. Su cara de pánico comunicó el resto del mensaje, pues la señora Mimpurse, deprisa pero discretamente, se fue a la cocina.

Lilly no esperó. Con su padre en la cama y la clarísima orden de Mary de no involucrar al señor Shuttleworth, solo se le ocurrió un lugar en el que pedir ayuda.

Hasta podría pedir ayuda al doctor Foster si fuera necesario, pero cuando llamó a la puerta de la consulta vio con alivio que quien estaba allí era el doctor Graves.

—Por favor, venga deprisa. Se trata de Mary Mimpurse. Está teniendo un ataque.

La verdad es que se medio temía que, ante una emergencia, el joven médico se quedara helado, como le había ocurrido en Londres, pero le dio las gracias a Dios con todas sus fuerzas cuando vio que inmediatamente se agachaba para tomar su maletín.



El corazón de Adam Graves latía al doble de la velocidad habitual, pero no dudó ni por un momento. Las indicaciones prácticas y lógicas de la señorita Haswell lograron que se pusiera en acción rápidamente y la obedeció de forma automática, aunque su mente todavía luchaba por hacerse una idea clara de la situación.

—¿Tiene valeriana, o voy corriendo a casa para recogerla? —preguntó.

Abrió el maletín y comprobó su contenido.

—Tengo todo lo que necesito.

—Muy bien, pues vamos rápido. —Se dio la vuelta y salió sin dejarle otra opción que seguirla.

Tuvo que correr a lo largo de Milk Lane, y después por la calle High, para mantener su ritmo. No se explicaba cómo podía ella ir a esa velocidad de una forma tan fluida y sencilla.

Rodearon la cafetería y Lilly abrió la puerta de atrás, indicándole que pasara delante de ella. La señora Mimpurse había quitado todos los utensilios de cocina de la mesa de trabajo y se las había apañado para colocar a su hija tumbada sobre ella. La pobre muchacha no paraba de sufrir convulsiones, poniendo los ojos en blanco y con la cuchara de madera en la boca. Su madre, con la ayuda de una joven sirvienta, hacía lo que podía para mantenerla en su lugar. Se sorprendió a sí mismo al salir corriendo para ayudarlas sin ni siquiera pararse a pensar.

—Mi padre piensa que el mejor remedio es la valeriana —dijo la señorita Haswell, que se había colocado junto a él al lado de la mesa—. Dice que hay que administrársela precisamente cuando se encuentra en este estado.

—Bien, pues deme cincuenta gramos del extracto.

—¿Tanto? ¿La dosis habitual no está entre los diez y los veinte gramos?

—Mejor debatimos sobre eso un poco más tarde, si le parece. Por favor, señorita Haswell, dese toda la prisa que pueda.

Siguió ayudando a las dos mujeres a mantener lo más quieta posible a la señorita Mimpurse mientras Lilly vertía el líquido en un vaso con medidas y se lo acercaba.

—Por favor, ayúdenme a que mantenga la boca bien abierta. —Utilizando como palanca la cuchara de madera, las dos mujeres se las apañaron para abrirle la boca. Vertió el líquido, que olía fatal, sobre la garganta. El reflejo de tragar hizo el resto.

—Ahora vamos a intentar mantenerla lo más quieta posible mientras hace efecto. Si es que lo hace...

—Sí, funcionará. Siempre ha funcionado.

Los gestos de la joven ya se estaban suavizando, aunque no se sentía capaz de dilucidar si era por el efecto de la medicina o por el simple paso del tiempo. No le gustó que la señorita Haswell lo hubiera cuestionado, que no

confiara en su buen juicio.

Mientras ayudaba a sujetar a la señorita Mimpurse, intentó explicarse.

—Tiene razón al decir que la dosis preventiva aceptada es de diez a veinte gramos, tres o cuatro veces al día. Pero para intentar calmar una crisis tan fuerte como esta se requiere una cantidad mayor.

—Entiendo.

—En cualquier caso, no estoy seguro de que la valeriana detenga las convulsiones y, desde luego, no ayuda nada a solucionar la raíz del problema.

—¿Y cuál es la solución?

Miró a la madre, que estaba muy pálida, y después a la señorita Haswell.

—Me temo que, a día de hoy, no la hay.



Un poco más tarde, tras ayudar a trasladar a la muy debilitada señorita Mimpurse a su cama y aceptar la gratitud de su madre, Adam salió, acompañado de la señorita Haswell.

—¿Cree usted que debería tomar valeriana a diario? —preguntó la joven.

—En esta situación, no. Yo le recomendaría una infusión de escutelaria.

—¿Hierba de perro rabioso?

—Tiene varias utilidades. Funciona como antiespasmódico y relajante nervioso. ¿Sería tan amable de prepararla?

—Por supuesto —contestó. Notó que se alegraba de que se lo pidiera.

Al llegar a Haswell's, se detuvo para mirarlo. Le encantó su expresión, y la forma de corazón de la cara, enmarcada por la espléndida melena castaña-pelirroja.

—¿Le importaría no comentar este episodio? —empezó—. A Mary le avergüenza que se sepa que tiene esa enfermedad. Hacía mucho que no tenía un ataque y la pobre pensaba que el problema había pasado ya.

Se preguntó cómo podría ser capaz de negarle nada a la señorita Haswell,

pues lo tenía absolutamente cautivado. Aunque no se lo había preguntado, tenía que saber ya que ella era la razón por la que había aceptado trabajar en Bedsley Priors.

—El doctor Foster podría preguntar cómo he utilizado el tiempo, pero en cualquier caso me guardaré para mí la verdadera razón de la visita.

—Gracias.

Pensó entonces en el siguiente paso que iba a dar.

—¿Le puedo pedir algo a cambio?



En la puerta de la pequeña casa de campo los recibió uno de los nueve niños de los Somersby, además de una mezcolanza de agudos olores. Dentro, el señor y la señora Somersby estaban sentados a la mesa, rebosante de trozos de queso, arenques en vinagre y jarras de cerveza. Dos bebés estaban sentados en el suelo dando golpes en la tarima con cucharas de madera. Otros cuatro críos se movían por la habitación soplando una pluma para mantenerla en el aire. La casa familiar era pequeña y la ropa que vestían vieja, pero como Somersby se dedicaba a vender aves de corral y queso, la familia siempre comía bien. «Quizá demasiado bien», pensó Lilly.

—Perdonen la interrupción. Soy el doctor Graves, y paso visita en lugar del doctor Foster. Esta es la señorita Haswell.

Lilly sabía que el doctor Foster ya prácticamente no hacía visitas a domicilio ahora que podía endosárselas al doctor Graves.

—No se preocupe. —La señora Somersby, que era una mujer regordeta de unos cuarenta años, se levantó el delantal y se secó la boca—. Aquí Chester ha vuelto del mercado muerto de hambre. ¿Por qué no se sientan a comer? Tengo un queso muy bueno, sabroso y bien curado. Y también higaditos de pollo.

—Gracias, pero no —dijo el doctor Graves.

La pluma aterrizó en su hombro sin que él se diera cuenta. Lilly la sopló y

de nuevo empezó a flotar ante la mirada expectante de los críos.

—Muy bien, pues entonces vamos —dijo la señora Somersby levantándose—. Vamos a la habitación para librarnos de todos estos alborotadores. Les agradezco mucho que hayan venido. No es fácil moverse con todos estos críos armando escándalo.

La siguieron hacia la única puerta interior de la pequeña casa.

—El doctor Foster me ha hablado de algunos problemas típicos de las mujeres, por eso he traído conmigo a la señorita Haswell.

—Ya lo veo.

Una vez que los tres hubieron entrado en la pequeña habitación, la señora Somersby se dejó caer pesadamente sobre el borde de la cama y Lilly se sentó a su lado.

—Ahora, dígame —preguntó en voz baja—. ¿Qué le pasa?

—Últimamente no soy yo misma. Estoy muy nerviosa, y a Chester no le gusta que me queje tanto. Me duele el estómago todas las noches, y no sé qué hacer para que se me pase. —Se inclinó hacia Lilly—. Y tengo unos dolores en el pecho tremendos, aunque no me gusta hablar de ello con un hombre delante —susurró.

—Bueno —empezó Lilly sonriendo—, al fin y al cabo es médico, ¿no?

Le dieron a la mujer hierba de san Juan para calmar los nervios y el dolor de estómago y una decocción de verbena para el dolor en los pechos.

—Si no siente alivio con todo esto, venga cuando pueda a la botica e iniciaremos un tratamiento con higos recalentados. —Lilly se detuvo y miró tímidamente al doctor Graves—. Perdóneme. Puede que prefiera realizar el tratamiento usted mismo. Después de todo es su paciente.

Él dudó, quizá pensando en el extraño proceso: prensar los higos, calentarlos hasta la máxima temperatura que pueda soportar la paciente y, finalmente, aplicarlos sobre los generosos pechos de la señora Somersby. Así que se aclaró la garganta antes de hablar.

—No, en absoluto. —Se dirigió a la mujer—. Puede visitar tranquilamente a la señorita Haswell para llevar a a cabo ese tratamiento.

Mientras recogían las cosas antes de marcharse, la señora Somersby se llevó las manos a las sienes.

—¿Qué es esto? ¡De repente me he puesto fatal!

—¿Qué le pasa? —exclamó Lilly, corriendo hacia ella.

—Me... me duele la cabeza y estoy algo mareada —La señora Somersby se apoyó sobre un brazo para incorporarse y gimió—. ¿Qué me está pasando? —Inmediatamente se desplomó sobre la cama.

El doctor Graves actuó de prisa y con una calma sorprendente. Le administró una dosis de ipecacuana y, en cuanto esta provocó el vómito, le administró majuelo y un café bien cargado.

Media hora después la señora Somersby se había recuperado del todo, aunque estaba bastante nerviosa. A petición del doctor Graves, Lilly preparó una taza de camomila y le dijo al marido que, en cuanto su mujer se la bebiera, le preparara otra.

Cuando se marcharon, el doctor Graves acompañó a Lilly a Haswell's.

—¿Cree usted que fue la hierba de san Juan? —preguntó ella cuando ya estaban cerca de la tienda—. Nunca había visto que la verbena provocara una reacción así.

—Ni yo.

Abrió la puerta principal de la tienda y él la siguió.

—Sarpullidos sí —continuó ella—, pero no un desmayo. ¡Santo cielo! No sé qué habría hecho si no hubiera estado usted allí. Ha trabajado muy bien, doctor Graves.

Debido a su buen estado de ánimo, no se contuvo y extendió la mano hacia él como gesto de felicitación, como habría hecho el señor Shuttleworth. Pero en lugar de chocársela brevemente, el doctor Graves se la agarró con las dos suyas, aunque se mantuvo muy serio.

—Cuando está conmigo, me siento capaz de cualquier cosa. Usted me da fuerza, señorita Haswell.

Le permitió que mantuviera su mano entre las de él, pero negó suavemente con la cabeza.

—Yo no puedo darle fuerza a usted, doctor Graves. Eso solo puede lograrlo Dios. No estoy preparada para eso.

—¿Lo que niega usted es su capacidad o al hombre que se la pide?

Respiró hondo.

—En este momento tengo bastante con apoyar y procurar transmitirle fuerzas a mi padre y a mí misma.

Él le soltó la mano y se recompuso.

—Tiene toda la razón, y bajo ningún concepto puedo echárselo en cara. En todo caso, usted conoce perfectamente mis debilidades.

—¿Acaso no tenemos todas debilidades, doctor Graves? —preguntó Lilly con amabilidad—. Además, es obvio que usted está venciénolas desde que ha llegado a Bedsley Priors.

Levantó ligeramente el labio superior con una tímida sonrisa.

—Lo que nos lleva otra vez al inicio de la conversación, señorita Haswell.

Se desató el sombrero y dio un paso para colgarlo en una percha.

—Es evidente que trabajamos bien juntos —concedió—. Eso ha quedado claro hoy mismo.

—Desde luego, y aunque no espero que trabaje usted continuamente conmigo, sí que me gustaría... Quiero decir, que podría acompañarme cuando hubiera de por medio casos sencillos de pacientes femeninas, como el de la señora Somersby.

—¿Por qué? ¿Acaso no cree que una mujer pueda ser capaz de tener conocimientos y habilidades médicas?

—Bueno, de ninguna manera digo que eso sea imposible, si las universidades permitieran estudiar a las mujeres. Pero... no es el caso.

—Pues yo siempre ayudo a mi padre. —Se colocó detrás del mostrador.

—Lo entiendo, me parece muy bien y admiro sus cualidades. —Se acercó al mostrador y la miró fijamente—. Pero, señorita Haswell, cuando se case no tendrá necesidad de poner en práctica esas cualidades. Aunque, por supuesto,

y como señora de la casa, siempre le serían útiles los conocimientos básicos sobre cuidado de heridas, alimentación adecuada y todo ese tipo de cosas.

Debería haberse sentido aliviada por el hecho de que no esperara de ella ayuda en el ejercicio de su profesión. ¿Acaso no había querido siempre escapar de esa vida? En tal caso, ¿por qué se sentía menospreciada?

Capítulo 32

«Intento evitar mirar hacia delante o hacia atrás, siempre procuro mirar hacia arriba».

CHARLOTTE BRONTË

Lilly estaba de pie en la escalera de atrás. Echó un vistazo al jardín y al huerto y aspiró con deleite el aire de la mañana de verano inglés. A lo lejos, pasada la valla del jardín, podía ver la colina Grey, que consideraba «su» colina. Cerró los ojos gozando de la suave y cálida caricia del sol en la cara y en los brazos, pese a que sabía que no debía ponerse al sol sin llevar sombrero. «¡Bah, qué más me da una peca más, con la de ellas que tengo...!».

En el carpe y los limeros los pájaros cantaban alegremente; a lo lejos, un caballo trotaba por la calle High. Sonaron las campanas de la iglesia, y cuando terminaron, lo único que se oía era el trino de los pájaros.

No pudo evitar pensar en dónde estaba y qué hacía el verano del año anterior. Sabía que no debía dejarse llevar por la nostalgia, que no era bueno comparar este año con el anterior, pero no pudo evitarlo y los recuerdos la inundaron.

Desde la casa de los Elliott, en Mayfair, se oía el ruido de los cascos de muchos caballos. También sonaban las ruedas de los carruajes y las

campanas de las iglesias. Dupree le llevó la bandeja del desayuno y un florero de lilas amarillas para celebrar el día. Después la ayudó a ponerse un vestido nuevo de muselina estampada y le adornó el pelo con cintas.

A eso le siguió una mañana de compras con la tía Elliott y Christina Price-Winters. Roger había enviado un ramo de flores y un precioso abanico con una tarjeta de felicitación. Después cenaron en el Clarendon y acudieron al teatro Royal, donde compartieron un palco con Will Price-Winters y la que por entonces era su prometida, así como con Christina, Toby Horton y Roger Bromley. Sus tíos le habían regalado un collar de perlas y Christina un chal. Se acordaba de los regalos, por supuesto, pero no era eso lo que de verdad echaba de menos en ese momento. Lo que añoraba era la sensación de ser especial, de sentirse querida.

Se acordó de lo que le había recomendado el señor Marlow para alejar los malos recuerdos y cayó en la cuenta de que, a veces, también sería bueno poder olvidarse de los recuerdos agradables, sobre todo cuando la comparación hacía que el presente fuera más duro.

«Deja de compadecerte de ti misma, Lilly Haswell», se riñó con severidad. Se dirigió al montón de lilas que crecían junto a la valla e hizo un ramito que se colocó sobre la oreja. Se sintió mejor de inmediato.

—Te has levantado muy pronto. —Miró hacia arriba y vio a Francis junto a la valla. Sin saber por qué, se relajó todavía más.

El muchacho empujó la puerta con la cadera, pues tenía las manos ocupadas. Mientras miraba los paquetes que tenía en la mano, Lilly se sintió intrigada y reprimió una sonrisa.

—Te he traído una cosa. Espero que al doctor Graves no le importe.

Pensó que sí le importaría, pero no lo dijo. Después de todo, pensaba que nadie se acordaría. Su padre no. Tampoco Mary le había dicho nada.

—¡Qué atento, Francis! Pasa, por favor.

La siguió al interior y Lilly señaló la mesa de la cocina, aunque hizo un gesto inseguro.

—¿Aquí o...?

—Creo que sería mejor en la tienda.

Fue por delante y se hizo a un lado mientras él dejaba el paquete sobre el mostrador principal. Inmediatamente le hizo un gesto para que lo abriera.

—¡Adelante!

Desenvolvió con cuidado el papel marrón, siempre sonriendo. Y se quedó asombrada al ver el contenido, mirándolo con los ojos muy abiertos. No era una caja de regalo, sino una jaula. Una jaula con un roedor ¡vivo!

Frunció el ceño.

—¡Pero si es una rata!

—No, no es una rata, sino un cobaya. *Cavia porcellus*.

—Pues parece una rata. —Se atrevió a mirar a Francis—. Aunque mucho más agradable, eso sí que es verdad. —El animal tenía mucho pelo, sobre todo blanco con manchas de color caramelo, y los ojos bastante juntos.

—El mismísimo doctor William Harvey usó muchos de estos animales en sus investigaciones.

—¿Harvey...? —dijo Lilly mientras pensaba—. ¿El primero que describió correctamente el funcionamiento del sistema circulatorio?

—Exacto.

—No recuerdo que se mencionara a ningún... ¿cómo lo has llamado, «cobaya»?

—Creo que en sus escritos se refería a ellos como «conejillos de Indias».

Miró de nuevo al animal de la jaula.

—Esta cosita no se parece en nada a un conejo. ¡Qué raro!

—El señor Shuttleworth tenía uno en su barco. Probaba con él nuevos remedios, sobre todo sustancias que adquiriría en lugares lejanos, antes de utilizarlos con los miembros de la tripulación.

—¿Y has pensado que yo podría...?

—Bueno, como él trabajaba por su cuenta, sin ningún colega con el que discutir posibles tratamientos, mezclas o dosis, pensó que sería razonable tomar esa precaución.

—¿Y ahora tiene un... cobaya en esa tienda suya tan moderna? — preguntó Lilly, sintiéndose cada vez más interesada.

—No. —Francis sonrió con cierto remordimiento—. Ahora me tiene a mí.

—Sabes perfectamente que muchos venenos no dan la cara inmediatamente.

—No estoy sugiriendo que lo utilices como prueba infalible. Solo como precaución con sustancias potencialmente peligrosas.

Ella soltó un bufido y empezó a doblar el papel con cierta furia.

—Vamos, Lilly, no te enfades. Solo pensaba que... Sé que no quieres admitirlo, pero estás prácticamente sola aquí. También sé que, una vez que has aprendido algo, lo recuerdas inmediatamente, pero algunas cosas han cambiado. Hay nuevas sustancias exóticas, nuevos materiales, nuevos métodos.

En ese momento dudó de si Francis se había acordado de la fecha de su cumpleaños o si el «regalo» era una simple coincidencia, pero le daba vergüenza preguntárselo. Lo más probable era que no se acordara, así que decidió pensar que la casualidad jugaba este tipo de pasadas.

—De todas maneras, lo que he pensado es que te gustaría, porque es un bichito adorable —dijo él, intentando ganársela por otra vía—. La propia reina Isabel tenía uno como mascota.

—¿Lo dices en serio?

Francis asintió muy serio. Ella lo miró, después miró al cobaya un momento y de nuevo otra vez a él.

—Yo habría preferido un gato.

—Pero los gatos no...

—Como mascota, quiero decir. No como catador real.

—Creía que a los Haswell no les gustaban los gatos.

—Eso era hace mucho tiempo. Ahora los Haswell hacen cosas que nunca habrían imaginado hacer.

El joven volvió a sonreír con tristeza. Se acercó y le acarició el brazo levemente.

—Bueno; en cualquier caso, feliz cumpleaños, señorita Haswell.



Lilly cerró la tienda a la misma hora de todos los días y pasó a la cocina-laboratorio a ver qué podía encontrar en la despensa para hacer la cena. Por lo que vio, poca cosa. Más o menos un cuarto de hogaza de pan, un trozo de queso, un frasco de mermelada de grosellas blancas y sardinas en conserva.

Subió al piso de arriba para comprobar si su padre se sentía bien como para cenar. Últimamente su estado variaba constantemente. Llamó a la puerta, pero no hubo respuesta. La abrió y se encontró con la habitación vacía y la cama hecha, aunque de aquella manera.

¿Adónde habría ido? ¿Habría bajado a la sala de curas sin que ella se diera cuenta? Se detuvo en su habitación para echarse un poco de agua en la cara y mirar en el espejo cómo tenía el pelo. Todavía estaba razonablemente limpio. Se quitó el delantal, lo colocó en la cesta de la ropa sucia y volvió a bajar las escaleras.

Su padre no estaba ni en la cocina ni en la sala de curas. ¿Habría ido a visitar al doctor Graves? Salió al jardín a mirar. La tarde era cálida y sin viento, tan magnífica como había sido la mañana, y se tomó un momento para respirar hondo y disfrutar.

La cabeza de Charlie apareció por encima de la valla, dándole un susto.

—¡Lilly! ¡Ven enseguida!

Se echó a temblar.

—¿Le pasa algo a padre?

—Mary dice que te des prisa. Y padre también.

«¿Y ahora qué pasa?», se preguntó. Salió corriendo, atravesó la puerta del jardín y cruzó el prado hasta la cafetería. Abrió casi de un empujón la puerta de la cocina, pero en el umbral se quedó quieta, dudando. Mary la miraba

desde el fogón.

—¿Qué pasa? Charlie me ha dicho que tú y padre me necesitábais.

—Así es. Nos falta algo.

—¿Qué os falta?

—Pues la invitada de honor, pedazo de boba —dijo Mary, fingiendo enfado—. ¿Es que no lo habías adivinado?

Lilly negó con la cabeza.

Mary puso los ojos en blanco, la tomó del brazo y la llevó al comedor. Charlie las siguió por detrás. Y allí, en la mesa más grande, estaban su padre, con la mirada limpia y muy derecho, el señor Shuttleworth, Francis y el doctor Graves. Maude Mimpurse estaba de pie, a punto de colocar una bandeja de comida en la mesa. Y en medio había una tarta helada.

Lilly miró a Mary muy sorprendida y notó que ella compartía el placer que la embargaba en ese momento. Le apretó la mano a su amiga.

—¡Gracias! —musitó.

El señor Shuttleworth se aclaró la garganta.

—En el antiguo Egipto —empezó—, por lo menos un faraón celebró su cumpleaños matando a su repostero.

—¡Señor Shuttleworth...! —le reprendió Mary, aunque Lilly reparó en la mueca de humor de su rostro.

Él la miró fingiendo arrepentimiento.

—Aunque seguro que sus pasteles y tartas no eran tan magníficas como las tuyas.

Charlie se acercó corriendo y se sentó junto a Francis.

—Mary se va a sentar a mi lado —dijo—, pero tu sitio es ese, Lilly —afirmó, dando un golpecito en la silla que quedaba vacía—, entre Francis Baylor y Adam Graves.

Francis la miró con expresión cómplice, mientras que el doctor Graves se levantó y retiró la silla para que se sentara.

—Felicidades, señorita Haswell.

Rodeó la mesa y puso la mano sobre el hombro de su padre al pasar junto a él, que levantó la suya y se la apretó un momento. Lo miró y vio que arrugaba los ojos mientras sonreía.

—Feliz cumpleaños, querida mía.

Realmente, no se esperaba un regalo tan magnífico.



Después de la cena, Maude se levantó para cortar la tarta.

—Debo decirles que no se trata de una tarta normal —explicó—. Es una tarta inglesa muy antigua que contiene regalos en el interior, como por ejemplo monedas.

—Tengan cuidado, no se vayan a romper algún diente —advirtió Mary al tiempo que iba pasando platos en los que había servido generosas raciones para cada comensal.

Todos se miraban sonriendo a medias mientras se metían pequeños trozos en la boca y masticaban con mucho cuidado. Todos menos Charlie, que sin la más mínima precaución engullía grandes trozos de la estupenda tarta.

Al cabo de unos momentos, el señor Shuttleworth mostró una moneda.

—Pero no es una moneda cualquiera. Mírela bien —le instó Mary.

—«Italia» —leyó, tras acercarse la moneda a los ojos; después le dio la vuelta—. Me resulta familiar.

—Lógico —dijo Mary—. Es la que le pedí prestada precisamente para esta celebración. Significa que ha viajado allí en el pasado o que lo hará en el futuro.

—Ah, ya... —asintió.

—Yo también he encontrado una moneda —exclamó el doctor Graves, levantándola—. Un chelín.

—Bueno, pues eso significa que algún día será rico —pronosticó Mary.

Él la miró con un poco de sorna, aunque sin perder la seriedad en la expresión.

—¿Sería tan amable de ponerme eso por escrito?

—¡He encontrado un caramelo! —Charlie levantó triunfante el caramelo de menta, envuelto en la masa del pastel, y se lo metió inmediatamente en la boca.

—¿Qué has encontrado tú, Charles? —preguntó Maude en voz baja.

Utilizando la servilleta, su padre limpió su hallazgo con cuidado.

—Una moneda romana antigua. Se suelen encontrar bastantes por aquí. ¿Es de la colección de Harold o un nuevo hallazgo?

Maude no respondió a la pregunta de si la moneda pertenecía a la colección de su marido fallecido.

—Un tesoro del pasado —murmuró Mary.

Lilly vio que en el plato de Mary había un dedal dorado, pero también que no se lo mostraba a los demás. La señora Mimpurse también lo vio. Miró a su hija con expresión preocupada.

—No te preocupes, mi amor. Después de todo no es más que un juego.

Mary se encogió de hombros e intentó sonreír.

—¿Qué tiene usted, señorita Mary? —preguntó el señor Shuttleworth, muy interesado.

Lilly le dirigió una mirada de advertencia, pero el hombre o no se dio cuenta o no lo entendió, ya que su amplia sonrisa, que mostraba los largos dientes, no varió.

—Un dedal, ¿no? ¿Qué significa?

Un repentino e incómodo silencio inundó la habitación.

Lilly abrió la boca, pero no pudo pronunciar las palabras.

—Significa que no me casaré nunca —respondió por fin Mary con brusquedad, alzando la cabeza.

—¡Menuda bobada! —dijo el señor Shuttleworth arrugando la frente—. Debería haberle tocado la moneda de Graves —afirmó, al tiempo que le daba al doctor un golpe en el hombro tan fuerte que le hizo inclinarse hacia delante.

Lilly sabía que la mayoría de la gente pensaba que la epilepsia implicaba para una mujer la práctica imposibilidad de casarse y tener hijos. Pero ella no estaba de acuerdo.

—¿Y a usted qué le ha tocado, señora Mimpurse? —preguntó, intentando desviar la atención de su amiga.

—Pues algo que sin duda debería haberle tocado a una de vosotras dos, muchachas —respondió, enseñando un anillo al tiempo que se ruborizaba.

Todos rieron educadamente.

—Yo tengo una llave —dijo Francis—. ¿Qué significa?

Todos miraron a Mary.

—No lo sé —confesó—. ¡No pude pensar en otra cosa que cupiera en la tarta!

Todo el mundo rio.

Todo el mundo menos Lilly, que todavía seguía pinchando su trozo con el tenedor. Pero por mucho que buscó y buscó, no encontró nada.

Capítulo 33

«No creo que exista un remedio mejor y que pueda proporcionar más beneficios que recibir descargas eléctricas constantes».

JOHN WESLEY, 1781

A la mañana siguiente, cuando Lilly llegó a la planta baja ajustándose todavía una horquilla para sujetar la trenza con la que se había recogido el pelo, contempló encantada que su padre ya se había levantado y tenía buen aspecto. Puede que, después de todo, el doctor Graves estuviera acertando con el tratamiento.

—He preparado té y tostadas —indicó con cierto orgullo—. Me apetecen salchichas de sangre, así que si quieres te freiré una a ti también.

—Sabes que no las soporto, padre —contestó, estremeciéndose solo de pensarlo—. Pero lo del té y las tostadas es estupendo. —Al ver a su padre trajinando por la cocina, sonrió—. Parece que se encuentra mejor, padre.

—¡Desde luego que sí! Y le he echado un vistazo a los libros de cuentas, Lilly. Por primera vez en muchos meses he tenido el valor de hacerlo.

Puso su salchicha en un plato y se sentó a la mesa junto a ella.

—No soy capaz de expresar lo orgulloso que estoy de ti. Muy buen trabajo, Lillian Grace Haswell. Excelente, de verdad.

Ella inclinó la cabeza, escondiendo su sonrisa de placer.

—Gracias, padre.

—No, querida, en absoluto. Gracias a ti —corrigió, agarrando el tenedor.

—Bueno, pues entonces démosle gracias a Dios —sugirió—. Debo decir que me siento muy agradecida por la ayuda que nos ha prestado últimamente.

Charles Haswell se detuvo con la boca entreabierta y volvió a dejar en el plato el trozo de salchicha.

—Como quieras.

Lilly inclinó la cabeza y rezó una corta oración de agradecimiento. Tras ella, su padre asintió y entró inmediatamente en materia.

—Después de que hayamos desayunado quiero que me expliques todo lo que has hecho en la botica. Esta mañana he echado un vistazo y apenas la he reconocido. Huele como una panadería, o como una floristería. Pero tiene un aspecto magnífico, Lilly, de verdad.

La joven reprimió otra sonrisa.

—De acuerdo.

—También he pensado si no es momento de pedirle a la señora Fowler que vuelva a trabajar con nosotros —añadió—. Es demasiado trabajo para ti sola.

Lilly se alegró muchísimo de oír eso.

—Creo que es una idea magnífica. Se lo propondré esta misma tarde.

Tras desayunar y lavar los cacharros juntos, lo condujo a la tienda y le habló de la familia Lippert de Londres mostrándole los nuevos específicos, los perfumes franceses, las cintas, los coloretos y el resto de los cosméticos.

—Mire, este es uno de los que yo utilizaba en Londres. —Tomó un frasco de agua de rosas de Warren and Rosser y leyó la etiqueta—. El cosmético más maravilloso de Europa. Recomendado para mujeres distinguidas que quieran eliminar las pecas y aclarar el tono de su piel.

—Si estuviera en tu lugar, pediría que me devolvieran el dinero —dijo, mirándola y fingiendo una tosecilla.

—¡Padre! —le regañó, pero sonrió a pesar de sí misma.

Él levantó las manos a modo de disculpa.

—¡Me gustan tus pecas! —Inmediatamente después, se detuvo delante de un artilugio de aspecto bastante raro—. ¿Y se puede saber qué es esto?

El aparato, que estaba apoyado sobre cuatro patas de cristal, parecía una mesa en miniatura. Sobre ella había dos superficies de madera. En una de ellas descansaba una manivela y sobre la otra un brazo que se extendía hasta una pequeña bola metálica.

—Pues esto es la última moda médica en Londres, algo revolucionario, según George Lippert.

—Bien, pero... ¿qué es?

—Pues una máquina de electricidad cuya eficacia se ha demostrado en el tratamiento de algunas parálisis, de la gota y, quizá... también de la epilepsia.

—¿En serio?

—John Wesley ha dicho textualmente que «es el remedio más eficaz para las enfermedades de los nervios, sean las que sean».

—¡Ah, ya veo! Ese reverendo que dice de sí mismo que es un sanador, aparte de predicador.

Aparte de incredulidad, no vio atisbo de censura en la expresión de su padre.

—¿Cómo funciona? —preguntó.

—El paciente tiene que agarrar la bola, y cuando el brazo se pone en contacto con el cilindro que rota, recibe una descarga, cuya intensidad depende de la fuerza con la que se gire la manivela. Tengo las instrucciones escritas, pero todavía no he tenido el valor de probarla.

Él miró la máquina con cierta precaución y se alejó un paso.

—Bueno, vamos a dejar la prueba para otro día; hoy me encuentro bien...

—Lilly reprimió una sonrisa—. ¿Bueno, qué más me puedes enseñar?

—Charlie y yo hemos dado una mano de pintura a los marcos de la ventana del escaparate —explicó, mientras seguían andando—. Como ve,

también he actualizado los expositores. Ofrezco muestras gratuitas de remedios listos para usar, y...

—¿Y? —repitió él, al ver que dudaba.

—Y rezo. Rezo mucho.



Lilly y Mary estaban sentadas en un banco, frente a la cafetería, mirando sin entusiasmo a un grupo de jóvenes que jugaban al fútbol en el parque del pueblo. Francis estaba entre ellos.

—Ese es Nick Clark —dijo Lilly en voz baja—. Sigue sin querer hablarme.

—No me extraña —espetó Mary, al tiempo que soltaba un suave resoplido—. No creo que se le vaya a olvidar cómo lo derribaste delante de todo el equipo de críquet.

—Solo lo hice una vez.

—Dos.

—Bueno, pues mejor le habría ido si hubiera aprendido la lección a la primera.

La primera vez que Lilly zurró al muchacho fue por decirle a todo el mundo que los ataques de Mary significaban que era una bruja. Y la segunda cuando tenían quince años y el tal Nick Clark dijo que la madre de Lilly era una prostituta que se había marchado con los gitanos.

Unos minutos después de que Nick Clark se marchara, Roderick Marlow salió de la taberna Hare and Hounds. Lilly sabía que muchos vecinos del pueblo cotilleaban a propósito de que, desde el matrimonio de su padre, el hijo del *baronet* pasaba mucho tiempo allí.

Lilly se alegró de verlo caminando a paso firme por la hierba y vio que evitaba con agilidad tropezarse con uno de los jugadores.

—¡Hola, señor Marlow! —exclamó Mary antes de que Lilly pudiera evitarlo dándole un codazo.

El caballero cruzó la calle High e inclinó la cabeza ante ambas.

—Señorita Haswell, señorita...

—Mimpurse.

—Por supuesto. ¿Qué tal está su madre?

—Muy bien, señor, gracias —respondió Mary.

—Espero que la trate a usted más amablemente de lo que me trataba a mí.

Mary reprimió una sonrisa.

—Estoy convencida de que mi madre nos trata a cada uno como nos merecemos, señor Marlow.

—Ah, señorita Mimpurse, me siento herido —bromeó—. Es usted digna hija de su madre.

Mary sonrió y se volvió hacia Lilly.

—Igual al señor Marlow le apetecería venir con nosotras, ¿no te parece?

Lilly dio un respingo.

—Oh... mmm. Bueno... quizá —vaciló—. Es una idea... excelente, Mary.

Él levantó las cejas con cierta expectación.

—Vamos a hacer un pícnic, señor Marlow —explicó Mary, dándole un codazo a Lilly.

—Dudo que sea el tipo de pícnic a los que usted está acostumbrado —se apresuró a decir Lilly—, pero, naturalmente, si quiere unirse a nosotros será bienvenido. —Dejó de hablar, pero él siguió mirándola interrogativamente—. ¿Entonces...?

—¿Cuándo será? —preguntó.

—¡Ah, claro! —¡Qué estúpida, no haberse acordado de decir eso!—. El domingo por la tarde. Subiremos a la colina Walker.

—Y el señor Shuttleworth va a llevar su telescopio —añadió Mary, encantada—, así que podremos averiguar si de verdad se puede ver desde allí la torre de la catedral de Salisbury.

—Y, por supuesto, Mary traerá sus famosos dulces y pasteles —añadió

Lilly.

—Más que de sobra para todos —confirmó Mary.

El señor Marlow se dirigió a Mary.

—Si estuviera seguro de que a la señorita Haswell le apetece que vaya...

Ambos se volvieron hacia ella y Lilly tragó saliva.

—Bueno, yo... por supuesto que me encantaría. Después de todo, usted se mostró extremadamente amable al admitirme con sus invitados hace poco.

—Cierto. Por eso se lo agradezco y acepto, aunque me doy cuenta de que no era inicialmente su intención ni, me atrevería a decir, su preferencia.

—No se crea, yo...

—Si les parece, llevaré una cesta —afirmó, interrumpiéndola—. Estoy seguro de que hace mucho que la señora Tobias no tiene el placer de preparar un pícnic como Dios manda. ¿Qué prefieren? ¿Pollo frío? ¿Rosbif? ¿Ensalada de langosta?

—¡De todo, de todo! —Mary aplaudía como una niña pequeña.

—Pues claro, de todo —concedió el señor Marlow, riendo—. ¿Para cuántas personas?

—Pues... seremos siete u ocho, supongo. El señor Shuttleworth, seguro. Y Francis Baylor.

—Y el doctor Graves, me imagino —añadió él, con exagerada indiferencia.

Lilly se detuvo. ¿Por qué se había sentido rara cuando él mencionó al doctor Graves? Levantó la barbilla.

—Si no tiene trabajo, sí. Y si usted quiere venir con alguien, por favor, no dude en invitar a quien considere oportuno —se apresuró a añadir.

Charlie se asomó de repente por la ventana de la cafetería, que estaba abierta de par en par.

—¡Traiga a la señorita Powell, sí! ¡Siempre da gusto verla!

—¡Charlie! —le riñó Lilly con suavidad. Ni se había dado cuenta de que estaba cerca—. Recuerda: ahora es *lady* Marlow.

Durante unos segundos notó cómo Marlow apretaba la mandíbula, y se temió que las palabras de Charlie lo hubieran puesto furioso.

—Puede que lo haga —dijo, en tono suficientemente cortés—. También llevaré el landó y aparejos de pesca, por si a alguien le apetece. Ahora solo falta saber la hora.

Organizaron los detalles y, cuando se fue, Mary no pudo contener una risita.

—¡Mary Helen Mimpurse! —le riñó Lilly.

Mary estalló en carcajadas sin reprimirse.

Lilly negó con la cabeza, pero no pudo evitar sonreír a su vez.

—Eres mala, muy mala.



Unos minutos más tarde, el señor Shuttleworth apareció por la cafetería tras cerrar la tienda. Lilly sabía perfectamente que iba a ir, como casi siempre. Francis tenía la tarde libre, pero dejó de jugar al fútbol y se reunió también con ellos, con los pantalones manchados de hierba y en mangas de camisa.

—Hemos invitado al señor Marlow al pícnic del domingo —anunció Mary.

—¿A Roderick Marlow? —preguntó Francis, incrédulo. Todavía respiraba con dificultad por el esfuerzo del partido, y bajo la camisa blanca, bastante sudada, se adivinaba el pecho, potente y musculoso.

—¡Anímate! —dijo Lilly—. Hasta puede que se traiga a la nueva *lady* Marlow; siempre que la ves te quedas con la boca abierta.

Al oír el nombre, Charlie salió de la cafetería a toda velocidad.

—¡Ojalá!

De pie y con los tobillos cruzados, el señor Shuttleworth se apoyó sobre el bastón y miró a Francis.

—Primero Graves, y ahora Marlow. No puedo decir que nuestras posibilidades con las damas sean muy altas, señor Baylor.

—Ni yo —dijo Francis—. ¿Qué le parece si invitamos a alguna otra para equilibrar? Estoy seguro de que a la señorita Robbins le encantaría ampliar un poco sus contactos sociales.

—Es una idea excelente, muchacho —dijo el señor Shuttleworth.

Francis le dirigió a Lilly una mirada elocuente.

—Además, una invitación procedente de la señorita Haswell le supondría un placer inesperado. A no ser que, por lo que sea, prefieras que no venga.

Lilly se sintió atrapada e indignada.

—¿Y qué razón podría tener? Por supuesto que puede venir con nosotros. —Francis sabía que el doctor Graves estaba cortejando a Lilly. ¿Por qué iba a sorprenderse de que él volviera a hacer caso a la señorita Robbins?

Francis asintió y le dio un golpecito en la espalda a Charlie.

—Venga, Charlie. Vamos a jugar con los demás.

—¡Venga ya! Sabes que esos muchachos no me dejan jugar —se quejó Charlie.

—Ya verás que ahora sí.

Francis rodeó con su brazo los hombros de Charlie y avanzó con él hacia la hierba.

Lilly los vio marchar con ternura, dispuesta a perdonarle a Francis esa irritante costumbre de ponerla en contacto con personas con las que no tenía nada que ver, ni deseaba. Pero bueno... podía entender que a Francis le gustara la señorita Robbins. No se podía negar que era una muchacha muy guapa y muy bien educada.

—¡Caramba! Nuestra pequeña fiesta no para de crecer —dijo Mary, levantándose del banco—. Será mejor que prepare otra tarta.

Capítulo 34

«Si tiene problemas de corazón, no camine nunca cuesta arriba».

ISABEL I de Inglaterra

El domingo por la mañana, Lilly saludó al vicario al salir de la iglesia, después del servicio religioso.

—Buenos días, señor Baisley.

—Señorita Haswell. ¿Qué tal está su padre?

—Algo mejor, muchas gracias.

El señor Baisley asintió y se aclaró la garganta.

—Seguramente se ha dado cuenta de mi metedura de pata de esta mañana —dijo, acercándose un poco más a ella—. He notado que se ha sobresaltado, como si se despertara de repente.

Lilly notó que se ruborizaba.

—Perdóneme. Ya me he dado cuenta de que solo ha sido una confusión en la cita. Resulta que de pequeña me aprendí ese pasaje.

El hombre sacudió la cabeza, realmente impresionado.

—Tiene que ser difícil eso de recordar todo lo que se ha visto, oído o leído... ¡Santo cielo!

Lilly se removió, nerviosa.

—No lo recuerdo todo, la verdad. Solo aquello en lo que pongo atención.

—Si yo tuviera ese don, sería perfecto, lo recordaría todo —dijo, llevándose el índice a la sien—. Las Sagradas Escrituras, los himnos, el cumpleaños de mi esposa...

Ella sonrió cortésmente al oír el chiste.

—¿Y qué almacena usted en esa hermosa cabeza, señorita Haswell? —preguntó, mirándola con interés.

Se encogió de hombros quitándole importancia, aunque cada vez se sentía más incómoda.

—Pues todo lo que me ocurre, supongo.

En el rostro del vicario se dibujó un gesto de perplejidad.

—¿Pero, entonces, recuerda usted para siempre todo lo que le ocurre o, como dijo antes, todo aquello a lo que le presta atención?

—Eso parece.

Negó solemnemente con la cabeza.

—Entonces, querida, espero que tenga usted muchísimo cuidado con ello.

Lilly tragó saliva e intentó sonreír otra vez, aunque pensó que el gesto le había salido completamente forzado. «En fin, ¿en qué iglesia no se siente una un poco culpable?», pensó, justificándose a sí misma.



A la hora convenida, Lilly, Mary, Charlie y Francis estaban esperando delante de la cafetería cuando llegó la señorita Robbins procedente del vecino Honeystreet. Llevaba un bonito vestido de tonos rosas y blancos, un sombrerito francés de tul y una sombrilla. Lilly se mordió el labio. Seguramente ese parasol no aguantaría ni un minuto en la colina, que era muy ventosa. Ella y Mary se habían puesto sombreros muy sencillos, que sujetaban con cintas bajo la barbilla y unas Spencer cortas de manga larga; aunque fuera verano, en las colinas de Wiltshire solía hacer fresco.

Las damas intercambiaron saludos corteses, y Lilly charló animadamente con la señorita Robbins al ver que la muchacha estaba bastante nerviosa.

Llegó un hombre a caballo y Lilly se quedó sorprendida al reconocer al señor Marlow. ¿No había dicho que iba a traer el carruaje? Sería una caminata bastante larga. ¿Y la cesta?

Junto a ella, la señorita Robbins contuvo el aliento y dio un gritito.

—¡El señor Marlow! —Se volvió hacia Lilly con cara de susto—. Nadie me había dicho que iba a venir —le susurró a Lilly.

¿Es que todo el mundo le tenía miedo a ese hombre?

Marlow desmontó y, al ver a la muchacha, se quedó sorprendido.

—¿Señorita Robbins?

—Yo... yo no sabía que iba usted a venir —dijo, claramente a la defensiva.

—Tampoco yo sabía que vendría usted. —Hizo una pausa y pareció recobrase—. Lo que no significa que no sea una sorpresa de lo más agradable, ¿verdad?

—No, claro... —dijo ella, aún afectada.

Francis se puso al lado de la señorita Robbins, asumiendo un papel protector. Alzó los hombros y estiró los brazos a los lados, cerrando los puños. Durante un instante, Marlow lo miró con una sonrisita cínica, pero inmediatamente se volvió al oír el sonido de un carruaje que se aproximaba.

Lilly oyó a Francis susurrarle algo a la muchacha.

—No se sienta incómoda. No estará sola en ningún momento.

La llegada de un landó, conducido por el cochero de Marlow y con un criado situado en la parte trasera, distrajo su atención. El carruaje se detuvo junto a la puerta del establecimiento. El joven criado saltó de inmediato al suelo para colocar la escalerilla y abrir la puerta.

Pero los ojos de Lilly se quedaron mirando a la única persona que ocupaba el landó.

—¡Señorita Powell...! —balbució Charlie, que estaba a su lado. Y, por el

rabillo del ojo, vio que Francis le daba un golpecito con el codo en las costillas para que se contuviera.

Lady Marlow parecía uno de esos dibujos de modelos de las revistas impresas. Llevaba un vestido de paseo con mangas sujetas por cintas y un gran cinturón de color verde con un lazo que cruzaba su gran busto. Ladeado sobre la zona derecha, un sombrero de satén con plumas la protegía del sol. Al otro lado caían un montón de bucles rojos sobre la sien.

—¿Y ahora quién se ha quedado boquiabierto? —le susurró Francis al oído, inclinándose sobre Lilly.

El señor Shuttleworth llegó en su coche de dos caballos; junto a él iba el doctor Graves. A su llegada, el señor Marlow hizo las presentaciones con sencilla eficacia, como si hubiera tenido abundantes encuentros sociales con todos ellos.

—Bueno, pues ahora que todos nos hemos presentado...

Como si hubiera recibido una orden, Cecil Briggs acercó un carro abierto de cuatro ruedas con las cestas sujetas a la parte trasera.

—Si los caballeros son tan amables de utilizar este carro —dijo Marlow señalando el vehículo—, las damas podrían gozar de la comodidad del cuero y los mullidos asientos.

Francis y Charlie se subieron a la parte de atrás, pero el señor Shuttleworth y el doctor Graves prefirieron ir en el coche de caballos del boticario.

Marlow asintió e inmediatamente le ofreció la mano a Lilly.

—Señorita Haswell.

Tímidamente y un poco avergonzada por ser la primera, Lilly lanzó una mirada furtiva a las otras dos jóvenes. Mary resplandecía como si acabara de vender la tarta más cara de la cafetería, mientras que la señorita Robbins parecía como si tuviera atravesado un hueso en la garganta.

—Este paseo está resultando de lo más divertido —le dijo Marlow a Lilly en voz muy baja, mientras la ayudaba a subir al landó.



Enseguida dejaron el pueblo atrás y pasaron cerca de Alton. Lilly notó que las rosas silvestres ya habían desaparecido de los campos, y las flores de sauco se habían convertido en racimos de bayas que se recogerían en octubre.

Varias millas al norte, los carruajes se detuvieron en el borde del camino, al pie de la colina Walker. El señor Marlow se acercó a hablar con los criados mientras los demás hombres descendían. El doctor Graves le ofreció la mano a Lilly, que se dio cuenta de que Francis se apresuraba a ayudar a la señorita Robbins. Se fijó en la sonrisa reconfortante que le dirigió a la muchacha, así como en que mantuvieron las manos juntas un poco más de lo necesario.

Marlow ordenó al cochero que se quedara a cuidar de su caballo, del landó y del carruaje del señor Shuttleworth. Cecil Briggs y el joven criado ascenderían todo lo que pudieran de la colina con el carro y después transportarían las cestas y las mantas de pícnic hasta la cumbre.

Mientras el señor Shuttleworth colocaba el telescopio junto a las cestas, bien sujeto, los demás se colocaron alrededor, mirando hacia arriba.

—Esa colina es condenadamente alta —susurró Charlie.

—Sí, una buena caminata —confirmó Lilly, cubriéndose los ojos a modo de visera para mirar hacia arriba.

La señorita Robbins miró el carro con anhelo.

—Si lo desea puede subir en él, señorita Robbins —dijo amablemente Lilly.

—¿Todos ustedes tienen intención de caminar? —preguntó con timidez. El parasol ya se cimbreaaba con la brisa.

—Eso creo —asintió Lilly.

—¿Caminar? —exclamó Francis con tono fingidamente escandalizado. Se volvió hacia el señor Marlow—. ¿Qué dice usted, Marlow? ¿Hacemos una carrera amistosa? ¿Se atreve?

—¿Una carrera? —preguntó Marlow, torciendo el gesto como si no le gustara la idea.

—¿Qué pasa? ¿Teme que se le empape el pañuelo?

Lilly hizo una mueca. «Ten cuidado, Francis», pensó.

Pero Marlow reaccionó solo con palabras.

—No. Lo que temo es que se ensucie el aire.

—Yo no creo que sude —dijo Francis sin enfadarse—. ¿Y usted? —Después se volvió hacia su jefe—. ¿Qué me dice usted, señor Shuttleworth? ¿Se apunta?

—¡Santo cielo! —exclamó, frotándose las manos—. Me paso el día sentado en la sala de curas, así que no tengo la más mínima posibilidad de ganarle a nadie. Pero ¿por qué no? Procuraré correr como un gamo. —Le lanzó una mirada avergonzada a Mary—. ¿No le parezco un gamo, señorita Mary?

—Naturalmente que sí, señor Shuttleworth —dijo Mary con una sonrisa indulgente.

Se quitó el abrigo, lo dobló y lo colocó con mimo sobre las cestas. Cecil Briggs arreó el caballo, que empezó a ascender inmediatamente. La señorita Robbins lo vio alejarse con cara de disgusto.

—Si tengo mucha suerte —dijo el señor Shuttleworth—, cuando llegue a la cima me desmayaré y cuatro adorables damas se arrodillarán ante mí y me darán aire con sus abanicos. ¡Estaré en la gloria, de un modo u otro!

—Mire que es usted dramático, señor Shuttleworth —dijo Lilly, tomándole el pelo.

Marlow se guardó el pañuelo en el bolsillo y lanzó una mirada retadora al doctor.

—¿Se apunta usted, doctor Graves?

El médico negó con la cabeza.

—No cuenten conmigo. Acompañaré a las damas.

—Tengo ganas de subir andando —dijo *lady* Marlow—. Creo que el ejercicio es beneficioso para la figura femenina. ¿No está usted de acuerdo, doctor Graves?

Por toda respuesta, el doctor Graves se aclaró la garganta.

Lady Marlow volvió a mirar hacia la cumbre.

—Es una pena que mi marido no haya podido acompañarnos. *Sir Henry* tiene una reunión con su abogado; creo que lo hubiera pasado bien.

Lilly nunca habría pensado que *sir Henry* pudiera ser capaz de ascender a la cumbre. Su salud debía de haber mejorado mucho. Seguramente el matrimonio le había sentado bien.

Lionel Shuttleworth se subió las mangas.

—Vamos, Graves, no sea gallina. Permítame que pueda ganarle a usted al menos.

—Como voy a subir andando, usted va a ganarme con absoluta facilidad —dijo Graves.

—¡Pues tiene toda la razón! —dijo Shuttleworth con una sonrisa juvenil.

—Y yo también voy a ganarle, doctor Graves —dijo Charlie, mientras se agachaba para prepararse y salir corriendo—. No soy muy bueno corriendo, pero creo que sí puedo ganar a alguien que vaya de paseo.

Lilly se mordió el labio. Esperaba que su hermano tuviera razón y no le diera flato.

—Dé usted la salida, señorita Mary —pidió el señor Shuttleworth.

—De acuerdo. ¿Preparados? —Levantó su pañuelo y después lo agitó en el aire con un grácil movimiento—. ¡Que empiece la carrera!

Los hombres echaron a correr. Para empezar, Marlow estuvo a punto de caerse de un resbalón con una piedra suelta. Francis se colocó por delante enseguida. La forma de correr de Shuttleworth era bastante cómica, pues marchaba muy erguido, y Lilly pensó que se agotaría en cuanto la pendiente fuera mayor. Marlow empezó a correr con zancadas largas y potentes y pronto lo rebasó. Charlie iba por detrás, moviendo los brazos como si fueran las aspas de un molino y dando pasos inseguros.

—¡Ten cuidado Charlie! —le gritó Lilly—. ¡No vayas a tropezar y te tuerzas el tobillo!

Las otras tres mujeres, acompañadas por el doctor Graves, empezaron a

ascender por el sendero de paseo, cuya inclinación era mucho más suave.

Lilly no pudo resistirlo: se levantó el dobladillo de las faldas y salió corriendo detrás de los hombres. Alcanzó a Charlie con mucha facilidad, y estaba a punto de hacer lo mismo con Shuttleworth cuando oyó detrás de ella un pequeño grito de su hermano. Se detuvo, lo ayudó y le agarró la mano, pensando que mejor sería que lo acompañara el resto del camino. Pero el muchacho se soltó y volvió a su extraña forma de correr. Lilly se sintió un tanto herida, aunque sabía que no tenía por qué.

Francis llegó el primero a la cima y proclamó su victoria.

—¡Venga, gallinas!

—¡Vamos, Charlie, que tú puedes! —gritó Mary para animarle desde el sendero.

Al oírlo, su hermano empezó a correr mucho más deprisa y llegó a la cima antes que ella. Cuando llegó a una zona llena de rocas planas, a escasa distancia de la cima, Francis extendió la mano hacia ella para avisarla de que no tropezara y ayudarla; sus miradas se encontraron. Se preguntó por qué razón habría desafiado a Roderick Marlow. Y también por la extraña expresión que tenía en esos momentos, mezcla de triunfo, enfado y algo más que no fue capaz de identificar. De todas maneras, finalmente aceptó y le permitió que la ayudara a llegar a la cima con más facilidad. Charlie daba saltos de alegría porque había logrado ganarle a alguien. Marlow y Shuttleworth parecían gemelos, los dos doblados por la cintura y con las manos sobre las rodillas. Ella echó a andar, muy despacio, para unirse a ellos, resoplando para recobrar el aliento. Hacía mucho tiempo que ni corría ni subía a ninguna colina. El corazón parecía querer salirse del pecho, le ardían los pulmones, le dolía el abdomen. Se sentía... maravillosamente.

Capítulo 35

«Muchas veces, las lágrimas son el telescopio con el que los hombres observan la gloria».

HENRY WARD BEECHER

En la cumbre de la colina Walker, Lilly y Mary organizaron las mantas de pícnic y la comida que habían llevado.
—¿Nos acompaña, señor Briggs? —le propuso Mary al mozo de cuadras que les había ayudado a llevar las cestas.

—No, señorita, gracias —dijo Cecil Briggs, señalando con el dedo hacia los carruajes—. Mi sitio está entre los cepillos y los caballos.

—Y el mío en la cocina —dijo Mary con convicción; a Lilly le dolió la escasa autoestima de su amiga.

—Vamos, señorita —la animó Cecil—. ¡Páselo bien!

Los ojos de Mary centellearon.

—Seguro que no rechazaría un buen muslo de pollo asado y una manzana rellena, ¿verdad?

El hombre sonrió y se tocó el ala del sombrero con timidez.

—Pues eso no, por supuesto.

La cocinera de los Marlow se había superado a sí misma. Lilly calculó

que había comida por lo menos para treinta personas. Un enorme trozo de rosbif, cuatro pollos asados, dos empanadas de jamón y ternera y muchas frutas dulces en tarros, así como una bandeja de fruta fresca, lechugas, pepino y la prometida ensalada de langosta. También había distintos tipos de queso, pan, mantequilla y mermelada, tres jarras de té y otra cesta llena de botellas de cerveza, limonada y vino tinto francés, con el que Roderick Marlow empezó enseguida y después mantuvo el ritmo. En su cesta Mary llevó un gran pudin de ciruela, pasteles de mantequilla, manzanas rellenas, magdalenas con mermelada y varios tipos de galletas.

Después de comer todo lo que quisieron, las damas se sentaron sobre las amplias mantas mientras que los hombres estiraban las piernas alrededor o también se sentaban a descansar.

—No puedo ni moverme —dijo Francis con voz y expresión satisfecha.

—Una magnífica merienda, señorita Mary, señor Marlow —reconoció el señor Shuttleworth mientras se daba golpecitos en los botones del ajustado chaleco.

—Sí —añadió Lilly—. Dé las gracias de nuestra parte a la señora Tobias. Marlow asintió y alzó el vaso.



El señor Shuttleworth sacó su gran telescopio, lo colocó sobre un trípode y lo dirigió hacia el sur.

Mary se inclinó y puso un ojo en el objetivo mientras mantenía el otro tapado con la mano. El señor Shuttleworth se acercó y le movió el hombro con suavidad para que se situara en la posición adecuada para ver mejor. Se notaba que disfrutaba mucho de su papel como explorador científico, además de la oportunidad de estar cerca de las damas sin comportarse de forma impropia.

—¡Ahí está! —exclamó Mary—. O al menos creo que debe de tratarse de la catedral de Salisbury, aunque nunca la había visto antes.

—Yo sí. ¿Me permite? —Marlow dobló la cintura y miró por la lente—. ¡Sí, es cierto! La aguja de la catedral de Salisbury. Está a más de treinta kilómetros de aquí. Si no lo estuviera viendo con mis propios ojos, no me lo creería.

Mientras el señor Shuttleworth y Mary estaban de pie, el uno junto al otro, Lilly reparó en que él no apartaba la vista de la cara de su amiga. Frunció un poco el ceño y la miró todavía más de cerca.

—Nunca me había fijado en esto.

—¿En qué? —preguntó Mary, cohibida.

—Esta pequeña cicatriz de la mandíbula. ¿Una quemadura?

Lilly vio que su amiga asentía y después miraba hacia otro lado, claramente desconcertada. Se sintió un tanto incómoda por Mary. No sabía a ciencia cierta cómo se había producido la quemadura, pero no le resultaba difícil adivinarlo.

—Perdóneme, no pretendía molestarla —dijo—. Es que apenas se nota. Me he dado cuenta porque soy cirujano, ¿sabe?

—No pasa nada. Fue hace mucho tiempo. —Mary dio un paso atrás—. ¿A quién le toca?

Fueron mirando por el telescopio por turnos: *lady* Marlow, la señorita Robbins, Charlie y Francis. Lilly se mantuvo callada, observando las caras de sorpresa y placer de todos ellos. Probablemente Charlie no se hacía mucho a la idea de lo que veía, pero parecía disfrutar del momento como todos los demás.

El doctor Graves se detuvo antes de acercarse al telescopio.

—Señorita Haswell, ¿no va usted a mirar?

—Pase primero, por favor. No me importa esperar. Estoy disfrutando mucho viéndolo a través de los ojos de todos ustedes.

Finalmente, le tocó el turno a Lilly. Se acercó y no tuvo que inclinarse mucho, pues no era muy alta.

—Yo no, no veo...

—Espere. —El señor Shuttleworth se acercó y casi juntó su mejilla con la

de ella. Después apartó la cabeza para que pudiera mirar de nuevo—. Seguramente se había movido. Ya puede mirar otra vez. —Notó que apoyaba la mano sobre su hombro, como había hecho con Mary, pero no le importó. El señor Shuttleworth inspiraba confianza, y no solo a ella, sino a todo el que lo conocía. Y allí estaba. La torre más alta de toda Gran Bretaña. ¿De verdad estaba a más de treinta kilómetros? Se recordó a sí misma hacía unos pocos años, una mañana en la que subió a la colina Grey y deseó ir a este preciso lugar, observar esta vista, desear viajar allí o a cualquier sitio. Ahora ya lo había hecho. Había viajado a una distancia superior a los treinta kilómetros. Había vivido en la enorme y magnífica ciudad de Londres. Había imaginado que disfrutaría muchísimo de esos viajes. ¿Había disfrutado realmente?

Separó el ojo del objetivo y, al darse cuenta de que estaba sola con el señor Shuttleworth, se avergonzó ligeramente.

—No pretendía monopolizarlo. Por favor, úselo usted.

—Solo si se queda y me hace compañía.

—Como desee.

Los demás habían vuelto a las mantas. Cecil Briggs y el criado ya se habían llevado las cestas de comida, pero no la de los pasteles ni la de la bebida. Prácticamente hombro con hombro junto al telescopio, el señor Shuttleworth y ella volvieron la cabeza para mirar al resto del grupo.

Mary le estaba ofreciendo a Charlie la caja con las galletas mientras el señor Marlow abría otra botella de vino. El doctor Graves y Francis estaban sentados en el suelo, bastante cerca el uno del otro, con los antebrazos apoyados sobre las rodillas levantadas. Aunque ambos miraban al horizonte, mantenían una viva conversación. La luz de la tarde les iluminaba los rostros y los volvía dorados y les obligaba a entornar los ojos mientras hablaban. La señorita Robbins y *lady* Marlow estaban sentadas juntas en el otro extremo de la manta, charlando y riendo como si fueran viejas amigas. Algo completamente inesperado. La verdad es que era un grupo de lo más variopinto.

—Estamos separados de los demás, ¿verdad? —dijo el señor Shuttleworth en voz baja.

Se volvió a mirarle el semblante, buscando alguna pista sobre el significado de su extraña afirmación. Pero él también se volvió, por lo que quedaron frente a frente, con las narices casi juntas. Por cierto, su nariz era muy prominente. Ella retrocedió un paso, dejándole sitio junto al telescopio.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que nosotros dos estamos aquí, pero a la vez no estamos —dijo con suavidad. Volvió la vista hacia el oeste para mirar el paisaje, más allá de la colina Milk y hacia la línea de colinas cuya altura iba descendiendo con la distancia. El estrecho canal cortaba el valle y se perdía en el horizonte. No utilizaba el telescopio para mirar, aunque tenía una mano apoyada en él, y a su vez apoyaba la barbilla en la mano.

—¿Qué quiere ver? —preguntó, en voz tan baja como la de él.

Siguió mirando por un momento sin hablar y suspiró profundamente.

—Quiero ver el día de mañana. Y el siguiente. Y el próximo año.

Volvió a suspirar y pareció volver a ser el de siempre.

—Y no sé por qué. Mi trabajo está aquí. Me he establecido. Me gusta mi vida en Bedsley Priors. Es exactamente lo que buscaba.

No obstante, volvió a mirar hacia el horizonte, y a ella le dio la impresión de que lo entendía.

Entendió que hablaba para convencerse a sí mismo, pero también a ella. Entendió que hablaba de una verdad que era incapaz de comprender del todo.



Adam Graves se inquietó al ver a la señorita Haswell y al señor Shuttleworth en una conversación tan íntima. No pensaba que fuera un rival peligroso, pero, en cualquier caso, no le gustó que monopolizara de esa manera a la señorita. No iba a ser tan obtuso como para unirse a ellos, pero tampoco podía quedarse sentado allí más tiempo, pese a que Baylor le pareció un muchacho extremadamente agradable e inteligente. Se levantó para estirar las piernas y para dejar de sufrir la incesante cháchara de *lady* Marlow y la

señorita Robbins, dos criaturas adorables, pero extremadamente gritonas.

Mientras se alejaba del grupo, oyó una voz que lo llamaba.

—Graves.

Miró hacia atrás y vio a Roderick Marlow que se acercaba a él dando pasos inestables. Marlow lo alcanzó, lo sobrepasó y empezó a subir una pequeña pendiente que conducía a un antiguo montículo funerario que había en la colina Walker.

—¿Sabe cómo se llama este montículo? —le preguntó, pero no esperó su respuesta—. Adam's Grave.⁶ ¿Lo sabía?

—Sí, me lo habían dicho.

—Suba aquí, amigo.

—¿Para qué? —Adam se puso en guardia inmediatamente.

—Quiero enseñarle algo.

Frunció el ceño, pero de todas formas subió. Las suelas de las botas resbalaban sobre la hierba.

Una vez sobre el montículo, Roderick Marlow apoyó un pesado brazo sobre sus hombros y rio.

—Adam Graves sobre Adam's Grave. ¿No le parece gracioso? Tenga cuidado, no vaya a caerse. —Marlow rodeó con el brazo el cuello de Adam, aunque más que sujetarlo parecía estar haciéndole una llave de lucha libre—. Me pregunto qué ve en usted la señorita Haswell. —Se inclinó para mirarlo más de cerca, prácticamente tocándolo con la nariz—. No es usted feo, lo reconozco.

Adam se preguntó cuánto habría bebido Marlow. Mucho, sin duda.

—Usted está entregado a ella, ¿verdad? —preguntó Marlow.

Adam se retiró, bastante molesto.

—Y usted está entregado al vino. Francés, claro.

—Pues sí. Me lo he recetado a mí mismo. Algo puramente medicinal, se lo aseguro. —Marlow lo miró fijamente de nuevo—. ¿Ama usted a la señorita Haswell?

¿Cómo podía ser tan descarado?

—Eso no es asunto suyo, en absoluto.

Se sintió insultado y perplejo a la vez. ¿Acaso su comportamiento implicaba que él también sentía algo por la señorita Haswell? ¿Aunque todos sus pacientes cotillearan que estaba loco por la que fue señorita Powell, ahora *lady* Marlow? Pese a todo, la pregunta de Marlow supuso una especie de aldabonazo en su cabeza. ¿La amaba? Creía que sí. ¿Acaso no quería casarse con ella una vez que se hubiera establecido adecuadamente?

Adam vio a *lady* Marlow aproximándose al pie del montículo.

—¿De qué hablan ustedes dos, si puede saberse?

—No de ti, Cassandra —espetó Marlow—. Eso te lo puedo asegurar.

—¿Puedo ayudarla a subir, *lady* Marlow? —dijo Adam acercándose a ella.

—Gracias. Al menos hay un caballero por aquí.

Adam tiró de ella suavemente para que pudiera subir. El viento, bastante más fuerte a esa altura, amenazaba con arrancarle el sombrero e hizo que se le escaparan algunos rizos rojos de su recogido y le cayeran sobre la mejilla. Era realmente hermosa. No le sorprendía que Marlow estuviera tan afectado.

Marlow miró a la dama, y después a él.

—Vaya con cuidado, Graves. Esta mujer puede arrancarle la vida bastante más deprisa que una caída desde Adam's Grave.

—No le haga caso, doctor —dijo *lady* Marlow con una sonrisa displicente—. Al señor Marlow le gusta jugar al amante con el corazón roto. Pero si le hiciera un examen profesional, seguramente vería que no tiene ningún corazón que se pueda romper.

—Y si lo tengo, estate segura de que nada de lo que puedas decir o hacer le puede afectar —respondió Marlow con una expresión tan dura como sus palabras.

Ella lo miró con los ojos encendidos, desmintiendo rotundamente el suave tono que empleó.

—¿Estás seguro de ello? Tomo nota, Roderick. Y te recomiendo que lo

tengas en cuenta tú también.

6 Nota del Trad.: Juego de palabras intraducible: *Adam's Grave* significa «la tumba de Adán». Y el nombre del médico es Adam Graves. El inicio de la conversación posterior gira sobre dicho juego de palabras.

Capítulo 36

Remedio contra la epilepsia

«Utilice digital morada y helechos que crezcan entre los robles. Hiérvalos en cerveza y beba la decocción. Aquellos que tengan dos o tres ataques al mes y lo usen no volverán a tener otro en dieciséis meses».

Receta del siglo XVII,
Mistery and Art of the Apothecary

Un semana más tarde, Lilly se sentó en la iglesia junto a Mary y la señora Mimpurse. Como de costumbre, el padre de Lilly no se encontraba bien para asistir al oficio religioso y Charlie no estaba en casa, sin duda perdido en una de sus correrías habituales. Pese a no contar con la presencia de los hombres de su familia, pensó que las Mimpurse, madre e hija, agradecerían su presencia cercana en un día como este, en el que se cumplía el séptimo aniversario del fallecimiento de Harold Mimpurse.

Lilly vio que el señor Shuttleworth estaba sentado al otro lado de la iglesia y que de vez en cuando las miraba. Bueno, miraba a Mary, se corrigió a sí misma reprimiendo una sonrisa.

Cuando el señor Baisley estaba terminando el sermón, Lilly notó algo raro. Mary mantenía la postura muy erguida, pero con una rigidez antinatural.

Pese a que todos los que estaban a su alrededor pasaban las páginas de sus libros de plegarias, Mary lo sostenía sin abrirlo. Miraba hacia delante, con los ojos muy abiertos y sin pestañear.

Lilly se inclinó y le agarró suavemente la muñeca. No hubo respuesta, ni un pestañeo. Apretó más fuerte. Nada. A su alrededor, la gente pasaba las hojas del libro para buscar el himno final, se oían tosecillas para aclarar las gargantas y, a una señal del vicario, todo el mundo se puso a cantar. Pero Mary se quedó mirando al frente, absolutamente inmóvil. Lilly se estremeció. Era muy inquietante ver esos ojos inmóviles. Como si alguien se hubiera llevado la luz de detrás de ellos. Estirándose por detrás de Mary, le dio unos golpecitos a la señora Mimpurse, que cantaba con todas sus fuerzas. Inmediatamente la mujer se volvió a mirar a su hija y se dio cuenta de la situación. Dejó su libro y, con un suave movimiento, le quitó a Mary el suyo de entre los rígidos dedos. Le dirigió una mirada de súplica a Lilly, que ella creyó entender.

Una vez terminado el himno y recibida la bendición, los asistentes empezaron a seguir al vicario por el pasillo central de la iglesia. Vio a Francis andando junto a la familia Robbins y al doctor Graves, sobre cuyo brazo se apoyaba la anciana señora Kilgrove. Solo el señor Shuttleworth se había quedado quieto, sin mostrar intención alguna de marcharse. Seguramente esperaba para saludarles. Pero Lilly sabía que Mary no querría que la viera en ese estado, bajo ningún concepto.

Oyó un fuerte suspiro y vio a Mary empezar a inclinarse, mostrando una absoluta debilidad. Lilly la empujó con suavidad hacia su madre y Maude acercó su mejilla a la de su hija y le puso el brazo alrededor de los hombros, como si estuviera susurrándole algo. Lilly se levantó y cruzó el pasillo para distraer al señor Shuttleworth.

—¿Se encuentra bien la señorita Mary? —preguntó el cirujano con cara de preocupación.

—Pronto lo estará. Hoy es el aniversario de la muerte de su padre. Creo que las dos están muy melancólicas en este momento.

—No lo sabía. Lo siento mucho. ¿Puedo hacer...?

—Creo que en este momento deberíamos dejarlas solas.

—Muy bien. Estoy seguro de que usted sabe mejor que nadie lo que hay que hacer.

En ese mismo momento, Charlie entró como un huracán abriendo las puertas de golpe, y una de ellas dio un golpe contra el último banco con fuerza, sonando como un cañonazo.

—Siento llegar tarde —se disculpó.

Lilly se dio cuenta de que tenía barro en la cara y briznas de paja en el pelo.

—Ya se ha acabado el oficio, Charlie. ¿Podrías enseñarle al señor Shuttleworth dónde está la tumba del señor Mimpurse?

No pareció que a su hermano le extrañara en absoluto la petición. Y si a Shuttleworth se lo pareció, era demasiado educado como para demostrarlo.

Cuando se marcharon, Lilly se apresuró a acercarse a Mary y a la señora Mimpurse.

Se sintió muy aliviada al comprobar que su amiga había recobrado el sentido, aunque estaba sentada y con la cara muy pálida.

—¿Estás bien? —susurró.

—Eso creo. Solo cansada —respondió Mary débilmente.

A su madre le corrían las lágrimas por las mejillas.

—¡Querida mía!

Entre las dos ayudaron a Mary a levantarse y a salir al patio de la iglesia.

—Tranquila, mamá, me recuperaré —afirmó—. ¿No lo hago siempre?



Esa tarde, Lilly se pasó una hora con Mary en su habitación. Su amiga estaba sentada en la cama, apoyada sobre el cabecero y apretando contra el pecho una almohada, mientras que Lilly se sentaba en un sillón cercano a la ventana leyéndole un texto de Byron. Finalmente, Lilly no pudo contener su

curiosidad por más tiempo. Cerró el libro y miró a su amiga sin decir nada hasta que levantó los ojos para mirarla a su vez.

—¿Cómo es? —preguntó en voz baja.

—¿Mmm?

—Ya sabes, cuando te ocurre.

Mary se movió inquieta entre las sábanas.

—Tú misma lo has visto.

—Veo tu aspecto, pero no sé lo que sientes.

—¡Oh, no sé explicarlo! —dijo Mary rápidamente, dando un suspiro y mirándose las manos.

—Vamos. Quiero saberlo.

—Da gracias a Dios por no sufrirlo —respondió Mary con cierta brusquedad. Se levantó y fue a mirar por la ventana con los andares un tanto rígidos.

—Perdóname —dijo Lilly al ver el semblante sombrío de su amiga.

Mary permaneció allí, completamente en silencio y mirando por la ventana, y Lilly se arrepintió de haber preguntado.



El martes, Lilly observaba a Mary picar varias zanahorias a la vez. Las zanahorias estaban colocadas unas junto a otras, como los troncos de una balsa, pero Mary los cortaba con suma facilidad, como quien mete un cuchillo en la mantequilla.

—Si yo pudiera cortar píldoras a esa velocidad, mi padre sería muy rico.

Mary parecía que ni miraba mientras reducía las raíces a trocitos listos para cocer. De repente se detuvo.

—Me preguntaste que cómo es, que qué se siente.

Lilly había decidido no volver a sacar el asunto a colación y se sorprendió mucho de que Mary lo hiciera.

—Ya te pedí perdón.

—No tenías por qué. Lo único que pasa es que... no me gusta hablar sobre ello. —Mary se detuvo, mirando hacia ninguna parte—. Es como si el hecho de mencionarlo fuera a hacerlo volver... no sé si me entiendes.

Lilly asintió.

Mary volvió a su actividad, cortando el silencio durante varios minutos, de modo que Lilly pensó que había cerrado el asunto definitivamente.

—No es siempre igual —empezó Mary, de nuevo inopinadamente—. A veces, como me pasó el domingo, simplemente... me voy. Estoy sentada, o de pie, con los ojos abiertos, pero es como si no estuviera. No me duele, no siento nada. Es como si me contemplara a mí misma desde bastante cerca. Y después todo se vuelve blanco. Cuando vuelvo en mí, me siento débil y cansada. —Mary miró los trocitos de zanahoria y los empujó a un cazo.

—¿Nunca te cortas al hacer esto? —preguntó Lilly con precaución.

—Rara vez. Casi siempre lo hago con cuidado —contestó, encogiéndose de hombros.

Mary agarró un manojo de puerros.

—Otras veces, como aquella tarde en la que el señor Shuttleworth estaba aquí... me empieza a doler la cabeza y me tiemblan los dedos, o se me quedan entumecidos. Sea como sea, me suele dar tiempo a llamar a mi madre o a irme a la cama para evitar caerme y hacerme daño.

Mary apoyó los codos en la mesa de trabajo.

—Pero, entonces, cuando me viene un ataque de ese tipo, sí que me siento muy mal, muy enferma. Primero tengo mucho calor, después mucho frío. Y todo empieza a girar a mi alrededor, a saltar, y me resulta muy difícil respirar. —Mary se puso rígida y prosiguió con la tarea de cortar las verduras—. Después empiezo a verlo todo negro, me despierto un cuarto de hora más tarde y veo a mi madre o a tu padre acompañándome.

—Qué horrible —murmuró Lilly, que no era capaz de apartar los ojos del afilado cuchillo que manejaba su amiga, tan cercano a sus pálidos dedos—. Rezo por ti, Mary —dijo en voz baja.

—¿Por qué? —preguntó Mary, haciendo una dolorosa mueca.

Lilly se quedó atónita.

—Bueno, pues por tu salud..., para que te cures, por supuesto.

—Ya oíste al doctor Graves —dijo Mary, encogiéndose de hombros—. No hay cura para mi enfermedad. Y Wiltshire ya tiene su milagro. —Por su cara cruzó una sonrisa—. No debemos ser codiciosos.

Terminó de cortar los puerros y miró a Lilly con cara seria.

—Si quieres rezar por mí, hazlo para que lleve esta cruz con la mayor alegría posible. Por que sea una bendición para mi madre... y para todos.

—Ya lo eres.

Mary asintió, agradeciendo el elogio.

—Una vez oí al doctor Foster decirle a mamá que debería mandarme a un hospital psiquiátrico. Solo una vez. Desde entonces no se le ha vuelto a permitir pisar esta casa.

—Tu madre tenía razón —dijo Lilly con mucho cariño—. No tienes por qué ir a un hospital, tienes que estar aquí, con los que te quieren.

—Ya lo sé, pero... —Mary dejó el cuchillo y se secó las manos con un paño—. Hay momentos en los que pienso que quizás ayudaría hablar con alguien que sepa cómo es. ¿Mi experiencia es igual a la de otras personas que sufren la enfermedad o es diferente? ¿Soy de verdad tan rara como me siento?

Lilly se dio cuenta de que tenía que volver a la tienda, así que se levantó del taburete.

—A eso puedo contestarte yo misma —dijo con gesto travieso—. La verdad es que eres muy, pero que muy rara, Mary Helen Mimpurse.

Mary sonrió e intentó darle un golpe en la falda con el trapo.

Capítulo 37

«Debemos confiar en el Supremo Hacedor y en su infinita sabiduría y justicia».

Almirante HORATIO NELSON

Ese mismo día, un poco más tarde, Lilly estaba muy ocupada preparando una decocción de camomila en el laboratorio-cocina. La vendían como tinte para el cabello y, con otra etiqueta, como elixir para la limpieza de los dientes y de las encías. Oyó a Charlie haciendo ruido en la tienda. Seguramente jugando con el conejillo de Indias.

—¡Charlie! —gritó, al tiempo que abría la gran olla que estaba en el fuego para comprobar si ya hervía el agua—. Recuerda que tienes que llevarle sus cápsulas a la señora Kilgrove. Están en el mostrador principal.

—Muy bien, Lilly. —Un momento después, Charlie gritó—. Al cobaya le gusta la camomila, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Al cobaya. ¿Le gusta la camomila?

Volvió a tapar la olla antes de contestar.

—Sí.

Justamente esa mañana había preparado un frasco de tabletas de camomila para la señora Kilgrove. Le asentaban el estómago y le facilitaban

el sueño. La mayoría de la gente prefería el té de hierbas para conseguir esos efectos, pero la señora Kilgrove no soportaba su sabor. «Huele a tabaco y sabe a forraje», se quejaba siempre. Lilly no le preguntó a la mujer, ya bastante mayor, cómo es que conocía el olor del tabaco o el sabor del forraje...

—¿Le doy un poco? —preguntó Charlie.

—Bueno, de acuerdo. Pero solo unas pocas tabletas. Del cajón.

Puesto que habían terminado con las existencias de camomila seca que quedaban en la botica, esa misma mañana Charlie y ella habían recogido en su jardín un buen montón de flores de la planta. Todavía le dolía la espalda del esfuerzo; el trabajo había resultado bastante tedioso, la verdad.

Lilly comprobó el fuego y añadió algunos trozos más de carbón para que el agua se mantuviera hirviendo. Ahora tenía que dejar que las flores se mantuvieran en remojo en el agua en ebullición durante media hora.

Tendría ocupado el fogón justo hasta que llegara la señora Fowler a preparar la cena. Estaba encantada de que su querida asistente hubiera vuelto a trabajar con ellos. No solo cocinaba, sino que se hacía cargo de la colada y limpiaba las zonas de vivienda.

Mientras algunas de las flores estaban en remojo, Lilly colocó las demás sobre estrechos lienzos de lino, y después agarró el primero y subió los tres tramos de escaleras hasta la zona más cálida y soleada del desván, donde tenían el herbario. Allí las flores se secarían al recibir la luz directa del sol a través de los cristales. Más adelante guardaría las flores secas en tarros herméticamente cerrados.

Al bajar las escaleras oyó el sonido de la campanilla de la puerta de entrada de la tienda. Se limpió las manos en el delantal mecánicamente y entró en la botica. Miró alrededor y se sorprendió al no ver a nadie. Pensó que quizá lo había oído porque Charlie se habría marchado. Hizo memoria y pensó que el muchacho se habría tenido que ir hacía unos diez minutos, pero la verdad era que, en aquel momento, no había oído la campanilla. ¿Qué habría estado haciendo desde que le recordó que tenía que llevarle las tabletas a la señora Kilgrove? Seguro que no podía haber empleado tanto tiempo en

darle un poco de camomila al cobaya, que además estaba en la jaula.

Aunque de entrada no le interesó el bichito, en estos momentos ya empezaba a disfrutar alimentándolo y cuidándolo. Hizo un gesto irónico. Ahora ya tenía tres «machos» a su cuidado en la casa. Pensando en eso, se volvió para salir al jardín y se dirigió a la zona de las zanahorias. El conejillo de Indias necesitaría bastante más alimento que unos mordisquitos de camomila.

La cabeza y los hombros de Francis asomaron por encima de la valla del jardín.

—¿Tanta hambre tienes? —le preguntó burlescamente al verla con la zanahoria llena de tierra en la mano.

—Pues la verdad es que sí que tengo hambre, pero esto es para ese roedor que me endilgaste.

—¡Ooh! —exclamó teatralmente—. Me llega al corazón que lo cuides con tanto mimo.

Enjuagó la zanahoria en el cubo de agua.

—Debo hacerlo. No ayudaría al negocio si permitiera la destrucción de la vida, en cualquiera de sus formas, roedores incluidos.

—Entiendo. De todas formas, si de verdad no lo quieres, supongo que podría regalárselo a la señora Kilgrove. Tiene un gato que siempre está hambriento.

—¡Ni te atrevas! —le riñó, sacudiendo hacia él la zanahoria de modo que lo salpicó con el agua de las hojas. El joven se protegió agachándose por detrás de la valla y ella regresó a la casa, moviendo la zanahoria y canturreando.

Francis la siguió impertérrito.

—¿Te importa que pase un momento para saludar a tu padre?

Dejó la puerta de la cocina abierta para que pasara.

—No me engañes. Sé que al único que quieres ver es al cobaya.

Pensó otra vez en Charlie. Esperaba que no se hubiera desviado del camino mientras iba a casa de la señora Kilgrove. La mujer quería su

camomila antes de cenar.

—He estado leyendo sobre la fiebre pulmonar —dijo Francis—. Espero que el doctor Graves le esté administrando nitrato de potasio o espuma de nitro.

—Mmm... —murmuró ella distraída, pensando en otra cosa.

Lilly volvió a entrar en la tienda y miró hacia el mostrador principal. El pequeño frasco de tabletas preparadas para la señora Kilgrove no estaba. O sea, que Charlie se lo había llevado.

—¿Tu padre está en la sala de curas? —preguntó Francis desde el umbral.

—En su cuarto —contestó señalando hacia arriba sin mirar.

Atrajo su atención un nuevo frasco de tabletas plateadas que había en el extremo del mostrador. El sol del final de la tarde provocaba destellos en el cristal y en las propias píldoras. Y entonces se dio cuenta. La tapa estaba doblada, y entre las píldoras plateadas había una amarilla.

«¡Dios mío, no...!».

Se volvió hacia el cajón del mostrador trasero. Soltó un grito ahogado y se llevó la mano a la boca.

El conejillo de Indias estaba muerto.



Lilly corrió a toda velocidad.

Solo se había detenido para gritarle a Francis y tomar un frasco de vomitivo, y volaba por la calle High tan rápido como podía.

—¡Charlie! —gritaba al tiempo que corría. Cruzó Sands Road y continuó por el estrecho y polvoriento sendero que llevaba a la casita de campo de la señora Kilgrove—. ¡Charlie!

Tenía que encontrarlo antes de que entregara esas tabletas... antes de que la señora se las tomara, costara lo que costase. Recordó lo que había escrito en la etiqueta: dos tabletas con cada comida. Dos tabletas... dos oportunidades. ¿Cuánto tiempo había estado allí, hablando de bobadas con

Francis, mientras Charlie llevaba el frasco equivocado a una mujer que no tenía la menor idea de lo que pasaba, ni podía tenerla? —«¡Dios mío, por favor...!».

Francis la alcanzó cuando llegó a la cancela de la señora Kilgrove. Allí estaba Charlie, justo al lado de la puerta ¿Cómo es que acababa de llegar? ¿Se habría parado de camino para visitar a Mary? Lo normal era que lo regañara cuando lo hacía, pero hoy le dio gracias a Dios.

—Charlie, espera, no...

Su hermano se acercó corriendo hacia ella. Estaba pálido.

—¡Lilly! Algo va mal. La señora se ha puesto mala. No sé qué hacer, iba a buscarte.

El pánico se apoderó de ella.

—¿Le diste las tabletas?

—Las estaba esperando, como tú dijiste —confirmó asintiendo.

«¡Oh, Dios! ¡Oh, no!».

—¿Qué es lo que ha tomado? —preguntó Francis, jadeando todavía después de la carrera.

Lilly entró en la casa sin contestar y sin pedir permiso. La señora Kilgrove estaba en un sofá, doblada sobre sí misma, agarrándose el abdomen y quejándose con sonidos guturales. Lilly se apresuró a ponerse a su lado, y en sus ojos había confusión y dolor, pero ni un indicio de que la hubiera reconocido. ¿Estaba ya experimentando el delirio?

Lilly abrió el frasquito del vomitivo e intentó metérselo en la boca. La mujer se defendió y estuvo a punto de hacer que a Lilly se le cayera el frasco de las manos.

—¡Fuera de aquí! —gritó la mujer, moviendo las manos como una posesa delante de la cara—. ¡Dejadme en paz, bichos amarillos!

—Señora Kilgrove —dijo Lilly, con toda la paciencia y seriedad que pudo—, aquí no hay abejas. Soy Lilly Haswell. Tiene usted que beber esto, y ahora. ¿Me entiende?

Francis se arrodilló junto a la mujer y la rodeó con los brazos de manera

firme pero con cuidado. Una vez hecho esto, Lilly logró administrarle una dosis bastante generosa del vomitivo. Inmediatamente, Francis se puso de pie y desapareció en la cocina.

—Charlie, corre y dile al doctor Graves que venga —ordenó Lilly—. O al doctor Foster. Dile que la señora Kilgrove ha tomado digital y que no era para ella.

Francis volvió en ese momento con una palangana y por poco se tropieza al oírla. Dejó inmediatamente la palangana en el suelo.

—Ya voy yo —dijo muy serio—. Soy más rápido.

Lilly asintió y colocó como pudo a la señora Kilgrove a su lado, en el extremo del sofá, sabiendo que de un momento a otro empezaría a vomitar. Lilly rezaba con desesperación. Rezaba por que Francis encontrara enseguida al doctor Graves. O incluso al doctor Foster, aunque sabía que estaba muy mayor como para correr y tardaría una eternidad en preparar su calesa. Se dio cuenta más tarde de que, si fuera él el que viniera, lo habría sabido todo.

Pero solo unos minutos más tarde volvió Francis acompañado del doctor Graves con el maletín en la mano. Los dos hombres respiraban con dificultad.

—Ya le he administrado un vomitivo potente —explicó Lilly—. Aunque incluso sin él ya se sentiría fatal, la pobre mujer.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —preguntó el doctor Graves.

—Yo misma llevo todo este tiempo intentando deducirlo.



Una hora más tarde, Lilly miraba muy apenada a la señora Kilgrove. El rostro arrugado de la mujer estaba ceniciento, y yacía en la cama completamente quieta, justo en el mismo lugar donde el doctor Graves y Francis la habían dejado. Lilly, con las mejillas llenas de lágrimas de remordimiento, le colocó por encima una manta para tapparle las piernas y el cuerpo, hasta la barbilla.

—No está durmiendo, señorita Haswell —dijo el doctor Graves muy serio—. Está inconsciente.

Lilly asintió. Las lágrimas, incontenibles, le caían a raudales por las mejillas.

—Parece que el corazón le late ya a un ritmo más normal, pero de forma irregular. Esperemos que el descanso la ayude a recuperarse.

—¿Cree usted que se recuperará? —preguntó Francis.

—No lo sé. Está muy débil. Es demasiado pronto para saber si ha sufrido un problema cardíaco irreversible. Le he administrado una dosis mínima de veneno de serpiente, lo que se usa en caso de insuficiencia cardíaca aguda. Ahora solo nos queda esperar y ver.

Una vez fuera de la habitación de la señora, Lilly se sentó en el sofá, con un pañuelo ya muy húmedo entre las manos. El gato de la señora Kilgrove intentó saltar a su regazo, pero ella lo devolvió al suelo con firmeza, pensando que no merecía tenerlo en sus brazos. Francis estaba sentado en un sillón de brazos justo frente a ella, con los codos sobre las rodillas e inclinado hacia delante. El doctor Graves permanecía de pie, con las manos apoyadas sobre la repisa de la chimenea, mirando al fuego.

—Creo que ya sé lo que ha podido pasar. —Tenía las mejillas húmedas por las lágrimas, y la garganta tirante—. Ya sabéis cómo es Charlie. Ha debido ponerse a contar las tabletas amarillas de camomila, y las nuevas píldoras plateadas seguramente captarían su atención. Normalmente no solemos tener píldoras plateadas, pero el doctor Foster se las prescribió a la señora Robbins para su hidropesía. Seguro que Charlie las sacó del frasco y se puso a contarlas también. No pudo resistir ponerse a contar esas bonitas cápsulas plateadas. Cuando le recordé que tenía que llevarle las píldoras a la señora Kilgrove, seguro que se puso nervioso y empezó a guardar las píldoras en sus frascos, y por error metió una o dos píldoras de digital entre las de camomila de la señora Kilgrove. Ni se daría cuenta. No tiene muy buena vista, el pobre. Y Charlie... —De repente se dio cuenta de que no había visto a su hermano durante la última hora. Miró a su alrededor, se levantó y lo buscó por toda la habitación—. ¿Dónde está Charlie?

—Cuando veníamos corriendo, él bajaba por la calle —dijo Francis—. Pensé que lo habías mandado a algún recado o algo así. Y, en fin... con todo

lo que ha pasado, se me olvidó por completo.

Empezó a llorar otra vez. Casi le dolían los músculos de la cara de tanto llanto.

—¡Pobre Charlie! No tiene intención de hacerle daño a nadie.

La expresión del doctor Graves seguía siendo sombría, pero Francis reaccionó rápido.

—¡Pues claro que no! Todos sabemos lo que aprecia a la señora Kilgrove.

—Charlie debe de estar asustadísimo con todo esto. Francis, por favor, encuéntralo. Seguro que está muy deprimido, me da miedo lo que pueda hacer.

Francis se inclinó hacia delante y tomó la mano de Lilly entre las suyas.

—No te pongas en lo peor. Estoy seguro de que está en el cementerio de la iglesia o algún otro de sus escondites favoritos. Tranquila, lo encontraré.

Le apretó la mano y la miró con ojos llenos de compasión. Lilly se dio cuenta de que el doctor Graves fruncía el ceño al verlos tomados de las manos justo en el momento en el que Francis se marchaba en busca de su hermano.

Capítulo 38

Muerte a causa de una hierba venenosa

«Wm. Ross tenía mucha práctica administrando hierbas, o al menos eso decía. Un día su hija arrancó una raíz de acónito en un jardín cercano. Él la confundió con otra planta y empezó a masticarla...».

Devizes & Wiltshire Gazette, 1833

Fiel a su palabra, Francis encontró a Charlie, medio escondido en el patio de la iglesia, y lo acompañó a casa con amabilidad. Tenía el pelo lleno de ramitas y de briznas de hierba, pero por otro lado no había sufrido ningún daño.

Durante dos días, Lilly, Francis, el doctor Graves y hasta el señor Shuttleworth se turnaron para acompañar a la señora Kilgrove, introduciéndole agua y sopa por la boca para evitar en lo posible que se le resecara demasiado, cambiándola de postura para prevenir escaras de decúbito y haciendo todo lo que estaba en su mano para cuidarla. Sin necesidad de hablarlo explícitamente, ninguno de ellos le mencionó el incidente al doctor Foster, pero Lilly pensaba que solo era cuestión de tiempo que todo el mundo en Bedsley Priors y Honeystreet lo terminara sabiendo.

Ya avanzado el segundo día, y tal como se temía Lilly, sonaron unos

fuertes golpes en la puerta. Se levantó de su asiento junto a la cama de la señora Kilgrove y avanzó por la casa despacio, temiendo el momento de abrir la puerta. Cuando lo hizo, el doctor Foster torció la boca, y sin decir una palabra, pasó junto a ella a toda prisa. Entró en el dormitorio de la señora, le tomó el pulso, apoyó la oreja sobre su pecho y le miró las pupilas, buscando reacciones. Mientras tanto, Lilly esperaba en el umbral de la puerta.

—Vaya, por fin ha ocurrido —dijo—. Los Haswell han matado a alguien. Lilly contuvo el aliento.

—Nosotros no hemos matado a nadie, señor, y le agradecería que dejara de gritar. —Por un momento, se sintió tentada de decirle que habían sido las píldoras que él mismo había recetado las que le habían causado el problema a la señora Kilgrove, pero inmediatamente se dio cuenta de que eso era absolutamente irracional. ¡Ojalá el doctor Graves le hubiera hecho el encargo a Shuttleworth's y no a ellos!

—Sí, todavía vive, pero apenas. Y apostaría a que le queda poco tiempo.

—¿No puede usted hacer nada? ¿O recomendarme que haga algo?

—Yo haré lo que pueda, pero no malgastaré mi tiempo ni mi conocimiento recomendándole a usted que haga nada, niña. Bastante se hace pasar ya por una persona dedicada a la medicina.

—No. Yo lo que hago es... —Se quedó dudando. ¿Tendría razón? Saber que había causado mal a una persona, o incluso que podría haberle ocasionado la muerte, era el peor sentimiento que había sufrido en toda su vida. Incluso peor que perder a su madre.

—Administración no prescrita de digital. A ese hermano suyo lo tendrían que haber enviado a algún lugar especializado y ponerlo fuera de la circulación; espero que esta vez me hagan caso...

La invadió una gran oleada de indignación que inmediatamente fue sustituida por un escalofrío una vez que comprendió el calado de sus palabras. Ese hombre tenía suficiente poder como para hacer eso.



Cuando Adam Graves llegó para hacer su turno, notó que la expresión de la señorita Haswell era muy sombría. Inmediatamente dedujo por qué.

—¿Ha venido el doctor Foster?

Ella asintió, dejándose caer en el sofá.

—Lo oyó en algún sitio y me lo preguntó directamente —dijo, sintiendo remordimiento—. No podía mentirle.

—Por supuesto que no —confirmó ella, suspirando con fuerza—. Casi nos acusó de hacer daño a propósito a la señora Kilgrove. Charlie jamás haría daño intencionadamente ni a una mosca. Y ella, que siempre es tan arisca con todo el mundo, adora a Charlie.

Ella negó con la cabeza una y otra vez. Estaba empezando a darse cuenta de las proporciones del desastre.

—Es tan inocente, tan infantil... Si lo arrestaran, si lo metieran en prisión, o en una institución para enfermos mentales, no lo soportaría. Y yo tampoco...

Las lágrimas caían en cascada por sus mejillas, y él se sintió incapaz de reconfortarla. Recordó la naturalidad con la que Francis Baylor le tomó la mano. ¿Por qué no podía hacer él lo mismo?

La joven se pasó un pañuelo primero por un ojo y después por el otro.

—Debo protegerlo. Lo quiero más que a mi propia vida. Por favor, doctor Graves... ¡ayúdele, se lo pido por favor!

Lo invadió el temor, antes que cualquier otro sentimiento.

—Lo intentaré, señorita Haswell, ¿pero qué puedo hacer yo? Seguro que sabe que Foster informará de esto al alguacil.

—¡Ese individuo! Todo el mundo sabe que Bill Ackers hace cualquier cosa por cualquiera que le meta una libra en el bolsillo.

—¿Pero no tendría que presentarles el caso a los magistrados locales para llevar adelante cualquier acusación de malas prácticas?

—¡Pero si fue un error! ¡Un accidente!

—En esta profesión no están permitidos ni los errores ni los accidentes —

dijo con toda la suavidad que pudo—. Usted debería saberlo.

Lilly hundió la cabeza entre las manos.

—Entonces fue culpa mía. Charlie actuó siguiendo mis órdenes.

—Señorita Haswell —empezó, al tiempo que suspiraba—, odio tener que ser tan directo, pero usted no tiene autoridad para dar órdenes. ¿Se da cuenta de lo que podría ocurrirle si usted es declarada culpable de envenenar a alguien?

—¿Envenenar...? ¡Qué pesadilla, Dios mío! Pero ¿es que no está viva todavía, o acaso va a morir sin remedio? ¡Por favor, que Dios permita que se salve, por su propio bien y por el nuestro!

Él se acercó lentamente al sofá.

—No sé lo que va a ocurrir. Podría salir adelante, pero no es seguro, ni mucho menos. No debe aferrarse a ello.

Volvió a esconder la cara entre las manos. Finalmente, se acercó a ella y, con cierta precaución, le puso la mano sobre el hombro.

—Yo podré sobrellevar el castigo, sea el que sea —dijo—. Pero Charlie tiene que seguir libre.

«¡Qué muchacha más estúpida!», pensó mientras rodeaba el sofá a grandes zancadas y se colocaba delante de ella.

—¿Sabe usted lo que está diciendo? Se ha deportado o encarcelado a muchas mujeres por mucho menos que esto. Y si el asunto llegara a oídos de la Excelentísima Sociedad de Boticarios, tendrían todo el derecho de expulsar a su padre, arrebatarle su tienda y dejarle fuera del negocio para siempre. La botica Haswell's que tanto ha luchado por salvar desaparecería sin dejar rastro.

—Pero Charlie es más importante que el negocio. Padre estaría de acuerdo conmigo.

—¿No se lo ha dicho? —exclamó, mirándola de hito en hito.

—Todavía no. Me da miedo cómo podría afectarle.

Se puso delante de ella con una rodilla en el suelo y la tomó de la mano. Pensó que no era precisamente ese asunto el que hubiera querido tratar en tal

postura.

—Díselo, Lillian; no puedes soportar esto sola. Yo haré todo lo que pueda por ayudar, pero me temo que no será suficiente.



Lilly estaba sentada en una butaca junto a la señora Kilgrove en el momento en que la mujer, por fin, abrió los ojos.

—¿Señora Kilgrove? —dijo mientras se acercaba y la tomaba de la mano, delgada como una tela de araña. La mujer le dirigió una mirada acuosa.

—¿Rosamond? —dijo con voz ronca—. Sabía que volverías. —Su cabeza osciló hacia un lado, y Lilly casi tuvo que pegar la oreja a sus labios para entender sus susurros—. Después de todo, ya volviste la primera vez.

—¿Qué quiere usted decir, señora Kilgrove? —preguntó Lilly, con el corazón acelerado.

Pero la anciana no respondió, limitándose a mirar hacia la mesita de noche.

—¿Por qué las velas tienen halos azules?

Después cerró los ojos y no dijo nada más.

Lilly se dio cuenta de que la señora Kilgrove estaba viendo visiones. Hasta la había confundido con su madre. Sin duda, lo que había dicho sobre «el primer regreso» de Rosamond no eran nada más que imaginaciones suyas.



Pese a las alucinaciones de la pobre mujer, una esperanza fugaz e incierta inundó el alma de Lilly. Inmediatamente la controló para evitar hacerse vanas ilusiones. Temiendo que la mujer evolucionara a peor, esperó y continuó rezando. Vino su padre, empujado por la doliente confesión de Charlie. No podía hacer nada, pero para ella fue un consuelo oírle confirmar que se había

hecho todo lo que se podía por la señora Kilgrove. Más tarde, y a instancias de Francis, el vicario pasó una hora con ella, confortándola y asegurándole con su suave voz que rezaría por la señora Kilgrove, por ella y por Charlie.

Esa misma tarde, la señora Kilgrove abrió los ojos de nuevo, se volvió hacia Lilly y le dedicó una débil sonrisa.

—¡Qué agradable me resulta despertarme y ver a alguien a mi lado! No había tenido ese placer desde que mi John me dejó, hace ya mucho tiempo.

—Me alegro de estar aquí —dijo Lilly—. ¿Me reconoce?

—¡Niña tonta! —susurró, frunciendo el ceño—. ¿Acaso no te conozco desde que naciste?

—Sí, claro, pero ha estado usted inconsciente. —No añadió que también había delirado—. ¿Qué tal se encuentra ahora?

—Rara. Me duele la cabeza. —Paseó lentamente la mirada por la habitación—. Y todo parece estar un poco... amarillo.

—Señora Kilgrove, ¿se acuerda de las píldoras que se tomó, las que le envié?

Entornó los ojos, intentando concentrarse.

—No sé... ¿esas que me ayudarían a dormir?

—Exactamente, y para que dejara de dolerle el estómago. Me temo que en el lote había una o dos píldoras inadecuadas. ¿Recuerda haberse tomado alguna de color plateado?

Hizo un gesto de disgusto.

—Muchacha, tengo casi ochenta años. Ya es bastante que recuerde cómo me llamo, así que del color de una píldora, tú dirás... ¿Cuándo fue eso?

—Hace tres noches.

—¿Tres noches? Algunas píldoras... —Se le cerraron los ojos otra vez.



A la mañana siguiente, cuando la señora Kilgrove se despertó, estaban con

ella Lilly y Charlie. El muchacho estaba sentado en un sillón junto a la cama, con el gato en su regazo. Cuando vio que la anciana abría los ojos, empezó a disculparse en voz alta inmediatamente.

—¡No sabe cuánto lo siento, señora Kilgrove! —exclamó, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

La señora Kilgrove se volvió hacia él y extendió una mano temblorosa para acariciarle el pelo.

—No tienes por qué hacerlo. No te echo la culpa, Charlie. Puede que por la parte de arriba seas un poco pequeño, pero eres la persona con el corazón más grande que conozco.

Charlie se mordió el labio inferior, que era más ancho de lo normal.

—Señora Kilgrove, ¿quiere un poco de agua?

—¿Qué pasa, que no hay té? —respondió la señora rápidamente.

Reprimiendo una sonrisa, Lilly se levantó para prepararlo. Mientras lo hacía, calentó una olla de caldo que había enviado amablemente la señora Mimpurse, que creía firmemente que la enferma recobraría pronto el conocimiento, y con él el apetito. Lilly esperaba que tuviera razón.



Francis Baylor estaba de camino para hacer su turno con la señora Kilgrove y, para ser sincero consigo mismo, también y sobre todo para ver a Lilly, que seguía lealmente al lado de la mujer. Sabía que se portaba como un estúpido. Graves era un médico educado en Oxford y encima guapo y de buena familia, y la estaba cortejando, o al menos eso parecía. Francis suspiró. De todas maneras, haría cualquier cosa por ayudarla.

Por el rabillo del ojo vio al doctor Foster entrando en los establos Ackers, el establecimiento de Bill Ackers, que había sido nombrado por el condado como alguacil de los pueblos de la zona.

Se le encogió el estómago al pensar en los problemas que Ackers podría causarles a los Haswell, pues sabía que el tipo era muy capaz de hacer tal

cosa solo por afán de notoriedad... y de dinero, si se terciaba. Francis se desvió de su camino, cruzó la calle y se acercó subrepticamente a la puerta de los establos.

—¿No va a cumplir con su deber, Ackers? —oyó decir a Foster con voz aguda—. Ha habido un crimen, ¿no se da cuenta? Un crimen diabólico.

Francis resopló quedamente. La cosa era peor de lo que había pensado.

—A usted le gustaría que fuera así, ¿verdad? —Bill Ackers hablaba de una forma heredada de muchas generaciones de familiares que jamás habían salido de Wiltshire—. Y de paso, que la botica Haswell's cayera en sus manos como fruta madura, ¿o no?

—No, la botica no me interesa.

—Bueno, pues mientras la mujer siga viva, no ha habido crimen, ni asesinato, ni nada, a ver si se entera. Y nadie es tan malpensado de creer que un pobre retrasado tuviera intención de hacerle ningún daño a la vieja.

—No sería nada bueno para usted que alguien pueda envenenar a una persona inocente en su jurisdicción sin ser castigado, Ackers.

—Bueno, Foster, no corra tanto. Sabe que estaré atento, y si pasa cualquier cosa, actuaré, se lo aseguro.

—Me alegra saberlo.

Hubo una pausa. Pensando que la conversación había terminado, Francis estaba a punto de marcharse cuando de pronto oyó hablar otra vez al doctor Foster.

—Señor Ackers, puede que le apetezca que sigamos hablando de esto en Hare and Hounds. Estando aquí de repente me ha entrado sed.

—Si paga usted, adelante —dijo Bill Ackers—. Siempre he sido un hombre de mente abierta.

Capítulo 39

«Un petirrojo en una jaula encerrado hace que todo el mundo esté preocupado».

WILLIAM BLAKE
Cantos de inocencia

A la mañana siguiente, mientras Charlie terminaba su desayuno de huevos revueltos con salchichas, Lilly salió un momento de la cocina y volvió enseguida con los brazos llenos.

—Tengo algo para ti, Charlie.

Masticando todavía, su hermano la siguió con la mirada mientras cruzaba la habitación. En el lugar de la mesa donde se solía sentar su madre, Lilly dejó una caja parecida a una sombrerera, pero con muchos agujeros para dejar pasar el aire. Miró con ilusión el rostro de su hermano. Aunque tenía poca memoria, le pareció distinguir en sus ojos azules un brillo de comprensión.

—Una vez tuve algo muy parecido —dijo, después de tragarse el último bocado.

—Desde luego que sí. Me alegro de que te acuerdes.

Por uno de los agujeros asomó por un momento una especie de destello blanco, que desapareció enseguida.

—¿Voy a tener un gatito? —preguntó Charlie, abriendo mucho los ojos.

—Abre la caja y lo verás —dijo Lilly, conteniéndose para hablar bajo y con calma.

Pese a ello, el muchacho todavía dudaba.

—Abre la caja sin miedo.

Charlie quitó la tapa con cuidado y contempló el gatito, algo más grande que un recién nacido, pero todavía sin desarrollar del todo. Asomó la cabecita con precaución y colocó las dos patas delanteras, blancas como la nieve, en el borde de la caja. Olfateó el aire y cuando Charlie le ofreció los dedos, los olfateó también.

—¡Hola, chico! —Charlie le dirigió a su hermana una mirada ansiosa—. Porque es un chico, ¿no?

—No soy demasiado experta en ese tipo de... identificaciones, pero el señor Fowler me ha asegurado que es macho.

—Mejor. Si fuera una gatita, me resultaría extraño llamarla *Jolly*.

Lilly sintió ternura y a la vez un poco de pena.

—¿Lo vas a llamar así?

—¿Es que no se parece al primer *Jolly*, Lilly? Yo no me acuerdo.

—Bueno, yo sí que me acuerdo, y la verdad es que se parece mucho a nuestro antiguo *Jolly*. Me atrevería a decir que este muchachito es su nieto o su sobrino nieto.

Pero, en ese momento, la sonrisa de Charlie se esfumó.

—Pero ella dijo que no volvería a tener un gato —dijo Charlie con tono vacilante.

—Ella... —Lilly dudó por un momento—. Madre ya no está. Y padre y yo queremos que lo tengas.

—¿Pero y si se marcha también, como el otro?

—Entonces te ayudaré a buscarlo —contestó rápidamente—. Además, lo vas a querer más y lo vas a cuidar mejor que nadie en Bedsley Priors. Como yo te quiero a ti.

El gatito acercó su hocico a la cara de Charlie y le husmeó la boca y la mejilla. Lilly sonrió entre lágrimas.

—Parece que ya le gustas muchísimo.

—Sí, eso parece. —Charlie acarició al gato—. O a lo mejor es por la leche que he tomado en el desayuno.

—Eres muy cariñoso con él.

—La señora Kilgrove me ha enseñado a portarme como les gusta a los gatos.

En ese momento le llamó la atención un movimiento, y Lilly vio a su padre apoyado en el cerco de la puerta. Se miraron unos segundos, marcados por el tictac del reloj, y se dio cuenta de que los suyos no eran los únicos ojos que estaban llenos de lágrimas.



Tres días más tarde, justo antes de la hora de cerrar, Bill Ackers entró decidido en la botica. Lilly sintió que el corazón se le aceleraba como si ella misma hubiera tomado digitalina. Ackers era un hombre alto y ancho de hombros, ya cerca de los treinta, y con los brazos tremendamente fuertes debido a su trabajo y a los muchos años de dedicarse a iniciar y detener peleas. Charlie se quedó helado, con la escoba en la mano y mirando al hombre de hito en hito.

—Aquí estás, Charlie Haswell, pequeño salvaje. He venido a por ti.

—¿Se ha muerto, señor Ackers? —preguntó Charlie, asustadísimo y sin poder cerrar la boca—. ¡Pobre señora Kilgrove, ya en el cementerio de la iglesia!

—No, todavía no. Pero no gracias a ti, ni a los tuyos.

—¡Loado sea Dios! —exclamó Lilly lanzando un suspiro de alivio.

—De todas maneras, has hecho algo malo y debes responder por ello, muchacho. Por eso he venido a llevarte conmigo.

—¿Al calabozo, señor Ackers? —preguntó Charlie.

—Sí.

—¡Señor Ackers! —protestó Lilly, presa del pánico—. Si alguien tiene culpa de algo, quien debe responder soy yo, no mi hermano.

—¿Entonces fue usted quien envenenó a la señora Kilgrove?

—¡Nadie «envenenó» a la señora Kilgrove! La palabra implica intencionalidad, ¿no es así? Se cometió un error, eso lo reconozco. Ella se tomó una píldora que no le correspondía, no un veneno. No lo es para alguien que goce de buena salud. Pero para una persona de ochenta años...

—Alguien entendido en la materia me ha dicho que darle a una persona una medicina equivocada es un delito, señorita Haswell, independientemente de la edad de quien la reciba. Y sabiendo que todavía podría llevarla a la muerte, ¿de verdad va a negarlo?

—No, por supuesto que hubo una equivocación. Y, por supuesto, me imagino que tendrá consecuencias. Pero fui yo quien cometió la equivocación, porque yo soy la responsable de la tienda.

—¿Lo es? ¿Su padre no tendría algo que decir al respecto?

—Mi padre se está recuperando de una enfermedad, así que yo he asumido la responsabilidad de forma temporal. Fui yo quien llenó el frasco de píldoras y quien dejó el otro frasco peligrosamente cerca. Lo único que hizo Charlie fue entregarlo.

—¿Me está diciendo entonces que fue usted quien puso en el frasco la píldora equivocada?

—Bueno... —empezó, tragando saliva—. En realidad yo no la puse físicamente en el frasco, pero la negligencia la cometí yo, sí.

—¿Y quién fue quien la puso allí «en realidad, físicamente»? —Creyó notar un brillo oscuro en sus ojos.

—¿Debo presentarme ante los magistrados, señor Ackers? —preguntó, intentando cambiar de asunto.

—Ya llegaremos a eso, sí. Habrá que esperar hasta la próxima sesión del trimestre, en Devizes. Aunque en el caso de su hermano, yo creo que los jueces de paz no se plantearán la cárcel ni la deportación.

—¡Ah! —Sintió un mínimo alivio.

—Tengo entendido que hay instituciones para imbéciles como Charlie en las que él esté a salvo y no pueda hacerle daño a otros.

El alivio se esfumó inmediatamente.

—¡Ni es un imbécil ni le hace daño a nadie!

—Pues hay una mujer a punto de morir, así que la cosa está bastante clara, aunque usted no la quiera ver, señorita. —Torció la boca con un gesto de maldad.

Lilly tuvo claro lo que había ocurrido. Miró al individuo con los ojos entrecerrados y la cabeza inclinada.

—¿Cómo es que sabe usted que existen instituciones de ese tipo? Ha sido el doctor Foster el que le ha sugerido todo esto, ¿verdad?

—Pues sí, le he pedido consejo al doctor. Pero actúo aplicando la autoridad que tengo. Igual debería detenerles a los dos hasta que se aclare todo. En Fisherton Anger hay una cárcel de mujeres.

—¡No! —La vehemencia de Charlie la sorprendió. La escoba que el muchacho sostenía entre las manos se cayó al suelo—. Lilly no hizo nada equivocado. No se equivoca nunca. Fui yo quien lo hizo, señor Ackers. No sé cómo, pero tuve que ser yo. Deje en paz a Lilly.

—Esto dice mucho en tu favor, Charlie. Me atrevería a decir que, después de todo, dentro de ti hay todo un hombre.

Charlie dio un paso adelante y Lilly lo agarró del brazo.

—¡Charlie, no!

—¿Lilly? —Su padre apareció en el umbral, con la tez pálida y mostrando cansancio y preocupación.

—¡Se está llevando a Charlie! —casi gritó—. Al calabozo.

—Todo es legal, Haswell —dijo Ackers—. Lo mantendré allí hasta que haya una vista.

—Pues lléveme a mí, Ackers —dijo su padre, dejándose caer contra el quicio de la puerta—. Al fin y al cabo, la tienda es mía.

—Me da la impresión de que apenas se tiene de pie, así que mal podría aguantar un proceso. Ni siquiera estaba en la tienda el día que pasó todo eso, ¿y ahora pretende asumir la responsabilidad? ¿O es que sí que estaba?

—No... lo sé. ¿Cuándo fue?

—Estuvo usted en la cama todo el día, padre —dijo Lilly en voz baja.

—Veo que hay un montón de Haswell deseando asumir la responsabilidad, o cubrirse unos a otros —espetó Ackers—. ¿Prefiere que meta a su hija en el calabozo, Haswell? Ahora solo hay un borracho, puede que no le vaya tan mal.

—¡Pues claro que no, hombre!

—No pasa nada, padre —dijo Charlie—. A mí no me importa. Aunque me importaría menos si en el calabozo hubiera ventanas.

—Si las tuviera la gente no lo llamaría «la casa ciega», ¿no te parece, chico? —El alguacil se volvió para mirar a Lilly—. Y decía que no es imbécil...

Su padre se lanzó a por él desde el umbral, pero trastabilló y estuvo a punto de caerse. Apenas pudo sujetarse en el mostrador de atrás.

Lilly corrió a ayudarlo y Ackers aprovechó la distracción. Agarró a Charlie del brazo y se lo llevó de la tienda sin ningún tipo de interferencia. No se comportó con violencia, pero caminó rápido, tirando con fuerza de Charlie como si fuera un pececillo que ha picado el anzuelo.

—¡Charlie! —gritó Lilly, al tiempo que intentaba mantener a su padre de pie.

—¡Cuida de *Jolly*! Y cuéntale a Mary lo que pasa, no vaya a ser que se preocupe si no voy y se ponga mala —gritó su hermano volviendo la cabeza.

—¡Iré tan pronto como pueda! —Pero la puerta ya se había cerrado, con el habitual sonido de la campanilla, así que estuvo segura de que no la había oído.

Su padre se inclinó un poco más, así que lo agarró de la mano y lo acompañó a la sala de curas sin que sufriera ningún daño. Se arrodilló frente a él, muy asustada al ver que tenía la cara grisácea y que le temblaba todo el

cuerpo—. ¿Estás bien?

—Tremendamente débil... —murmuró, dejándose caer en la camilla.

La verdad es que parecía peor que nunca. Y encima con Charlie en el calabozo. ¡Dos golpes tremendos a la vez! Lo cubrió con la manta y procuró que no se le notara el pánico al hablar.

—¿Qué le harán? ¿Lo van a azotar? ¿O lo internarán en una institución para deficientes mentales? ¿Serían capaces de deportarlo?

—No tengo ni idea. ¿Cuál sería el mal menor? ¿Por qué debemos rezar?

Su padre casi nunca hablaba de rezar, por lo que dedujo que estaría tan desesperado como ella.

—Por un milagro. Necesitamos otro milagro en Wiltshire.



Se sintió abrumada por la pena y el miedo. Con las lágrimas corriendo a raudales por las mejillas, Lilly salió de la tienda. Su primer impulso fue arrojarle a los brazos de la señora Mimpurse y de Mary, pero recordó que habían ido a visitar a la hermana de Maude, en Wilcot. También pensó en subir corriendo a la colina Grey pero, por una vez, la idea de estar en la soledad más absoluta no la atrajo. Ya se sentía suficientemente sola en ese momento.

Mientras vagabundeaba por el pueblo, decidió acercarse al tranquilo patio de la iglesia, con su cementerio al lado. Se detuvo en la puerta de la valla y finalmente se dio la vuelta y se dirigió a la vieja capilla. La puerta crujió al abrirla y accedió al sombrío y silencioso interior. Entró andando despacio pero, de todos modos, el ruido de los tacones de las botas golpeando el suelo de piedra rompió el silencio del lugar y su eco resonó en las paredes de caliza. Parecía no haber nadie, de lo que se alegró. No buscaba compañía humana, en absoluto. Atravesó la nave y se acercó al altar.

Se sentó en el banco delantero, donde los Haswell llevaban acomodándose cientos de años en los servicios religiosos. Donde su madre se

había sentado luciendo alguno de sus magníficos vestidos y sombreros adornados con plumas y su padre la levita azul oscuro de los domingos, con Charlie a su lado, mirando con sus pequeños ojitos los ventanales, sin duda contando el número de paneles y cristales individuales que los formaban. ¡Qué lejano le parecía el tiempo en que acudían allí como una familia completa! Algo que nunca volverían a hacer.

Lilly cayó de rodillas sobre el suelo de piedra, echando de menos aquel pasado, lo que había perdido... y también lo que probablemente perdería en un futuro muy cercano.

«¡Oh, Dios mío, salva a mi padre y a mi hermano. Ya he perdido a mi madre. No podría soportar perderlos también a ellos...».

No podía decir cuánto tiempo llevaba allí, de rodillas, con la cabeza inclinada y los ojos cerrados. Oyó vagamente el sonido de la puerta al abrirse, el eco de unos pasos caminando por la nave y el ruido de algo metálico. Pero tardó varios segundos en registrar de verdad tales sonidos. Cuando fue de nuevo consciente de sí misma, se avergonzó de estar en esa postura tan humillante e intentó ponerse rápidamente de pie. Solo para darse cuenta de que no era capaz.

—¿Lilly? —Alguien la llamaba con tono de sorpresa.

Al principio la iglesia parecía estar completamente en penumbra, pero cuando los ojos empezaron a acostumbrarse, vio en las cercanías el brillo de un farol o de una vela.

El que la había encontrado se arrodilló ante ella. Era Francis.

—¡Lilly! —La preocupación agudizó su voz, aunque dado el lugar en el que estaban, no llegó a gritar—. A ver, déjame que te ayude a levantarte.

—Creo que se me han dormido las piernas. Ni siquiera las siento.

La agarró de las manos para tirar de ella, pero dudó, y después le apretó los dedos con más fuerza.

—¡Tienes las manos heladas! —Se las soltó para agarrarle los brazos—. Poquito a poco, ¿de acuerdo? —Con mucho cuidado, muy despacio, la fue ayudando a sentarse en el banco. Mientras lo hacía, pensó que el ruido

metálico que había oído era el del farol golpeando el suelo. Su luz titilaba débilmente al final del pasillo.

—Bueno, y ahora vamos a darle un poco de calor a esos brazos y piernas. —Le frotó las manos, primero con fuerza, y después más despacio y con más detenimiento.

—Mis rodillas...

Lo único que quería transmitirle era lo rara que se sentía, entumecida pero, al mismo tiempo, sintiendo pinchazos, como si no pararan de clavarle agujas y alfileres. Pero Francis se tomó sus palabras como una petición y empezó a masajearle también las rodillas con ritmo y profundidad. Aunque sus masajes eran para que entrara en calor y llevaba el vestido de lana y la ropa interior, el acto no dejaba de ser muy íntimo. Al principio, los masajes le habían causado incluso algo más de dolor, pero ya empezaba a recuperar la temperatura normal del cuerpo.

Volvió a prestar atención a sus manos.

—Todavía las tienes frías.

Le permitió que le acariciara y le masajeara las manos y de repente empezó a llorar otra vez. Era maravilloso que alguien la cuidara y se preocupara por ella. Le asaltó un antiguo recuerdo, absolutamente vívido: su padre agarrándole la cara con las palmas de las manos. «La paciente no tiene fiebre, pero tanto sus pecas como lo guapa que es no tienen solución».

—Bueno, vamos a por más. —Francis le soltó las manos y se puso de pie. Inmediatamente echó de menos sus masajes, o más bien sus caricias.

Se volvió hacia el pasillo, recuperó el farol y se sentó de nuevo junto a ella.

—Pon las manos encima del farol para calentártelas.

Lo hizo inmediatamente.

—¿Puedo preguntarte por qué has venido aquí esta noche? —le preguntó —. ¿Por tu padre?

—Y por Charlie... —añadió después de asentir, notando que de nuevo se le llenaban los ojos de lágrimas. Le contó que el alguacil se lo había llevado,

así como el posterior colapso de su padre. A la oscura luz, más que verlo, sintió cómo negaba con la cabeza; sus manos evitaban que les llegara la mayor parte de la luz del farol.

El joven colocó el farol delante de ellos, se quitó la levita y se la colocó sobre los hombros, envolviéndola en aromas profundos y cálidos a hierbas y a humo de leña. Volvió a tomarla de las manos.

—¿Te importa que rece por ti?

—¿Ahora? —preguntó dudando.

Él asintió.

—¿En voz alta?

—A no ser que prefieras leerme el pensamiento —contestó, apretando los labios.

—Muy bien —concedió, mordiéndose el labio.

Francis inclinó la cabeza, y la luz del farol iluminó su perfil. ¿Cuándo se le había formado una mandíbula tan redondeada, y desde cuando empezaban a formársele sombras de barba al final del día?

—Dios todopoderoso, por favor atiende con compasión a la familia Haswell. Ayuda al pequeño Charlie a superar el peligro que se cierne sobre él. Alivia el dolor que le causa la enfermedad al señor Haswell y evita que sufra más daños. Concédete a Lilly fortaleza para soportar todas estas penas y consuélalos a todos. Concédenos todo esto por la gracia de nuestro Salvador, en cuyo santo nombre rezamos. Amén.

—Amén —repitió Lilly suavemente, fortalecida por sus nobles y sinceras palabras. Sintió un nuevo impulso de esperanza en lo más profundo de su ser.

Enseguida se sintió algo cohibida, allí sentada, muy cerca de Francis, en aquel lugar oscuro y silencioso. Apartó con suavidad la mano de entre las de él, se estiró y miró hacia el altar, del que solo se distinguían sombras a la tenue luz del farol.

—¿No tienes suficiente sesión de iglesia con el oficio del domingo? —le preguntó, un poco sorprendida por su presencia allí.

Él se echó hacia atrás en el banco.

—Bueno, con todo el trajín, los cambios de página en el libro de salmos, los cánticos de los himnos y el sermón del vicario... y no te equivoques, todo eso me parece bien, pero apenas queda tiempo para reflexionar con tranquilidad.

—¿No puedes hacerlo en donde vives? Ahora que el tejado ya está arreglado, quiero decir.

—Lo intento, sí —respondió tras soltar una risa apagada—. Pero ten en cuenta que me paso toda la jornada con el señor Shuttleworth y sigo con él cuando acaba. Es buena persona, y buen conversador, ya lo sabes, pero... le gusta mucho cantar, ya ves. Lo hace muy a menudo, por no decir casi siempre. Y con muchísimo entusiasmo.

Lilly rio entre dientes.

—La mayoría de los hombres se irían a la taberna, o a la cafetería.

—Sin duda. Pero yo no puedo permitirme ir cada día, como hace el señor Shuttleworth. Siempre tengo huevos, pan y queso en la despensa y muchas veces me hago la comida.

—Pareces muy preocupado por el dinero, señor Baylor. ¿Acaso el señor Shuttleworth no es generoso con tu salario?

—Es más que generoso. Yo... bueno, ahorro prácticamente todo lo que gano.

—¿Y para qué?

El joven respiró hondo y se movió inquieto en el banco.

—Hablemos de otra cosa.

—De acuerdo. ¿Y sobre qué reflexionas cuando vienes aquí?

Notó que se encogía de hombros.

—Pues sobre lo que me viene a la mente. En eso me parezco mucho a mi padre. Siempre hablaba de lo que iba a hacer antes de tomar decisiones.

—¿Con tu madre?

—Sí, también con ella. Mi padre era pescador en North Somerset. Siempre decía que si los mismísimos apóstoles le pedían al Señor que les

dijera dónde echar las redes, entonces él también tenía derecho a pedirle consejo. —La miró mientras se perdía el eco de sus palabras—. ¿Te sientes preparada para levantarte?

—Por supuesto. —Probó a ponerse de pie y él la tomó de la mano, colocándola sobre su brazo para que se apoyara.

—Te acompaño a casa —dijo, agarrando el farol.

—¿Y qué pasa con tu tiempo de tranquila reflexión?

—Bueno, parece que esta noche el Señor me ha conducido hasta aquí por otra razón.

Conforme salían hacia el patio, ella lo miró a la luz de la luna.

—¿De verdad has cambiado tanto? —preguntó.

—Espero ser más responsable que cuando solo era un muchacho, pero eso necesitará confirmación en su momento. —Caminó junto a ella por la calle High—. ¿Sabes una cosa? Hace una década, si se veía a dos jóvenes como nosotros salir de un edificio oscuro solos y juntos... bueno, sus padres los habrían obligado a casarse a la mañana siguiente.

—No te inquietes, señor Baylor —dijo riendo—. Nadie te obligará a ir al altar.

—No me inquietaba ni lo más mínimo.

Su tono fue serio, y ella se sintió un tanto desconcertada cuando cesó la conversación poco profunda que estaban manteniendo hasta ese momento, que fue reemplazada por un silencio incómodo.

Él se aclaró la garganta.

—Pero... supongo que ese será un privilegio reservado para otro hombre.

Ella dejó pasar el comentario. Hubiera sido prematuro e indiscreto que confirmara semejante suposición. El doctor Graves se había trasladado desde Londres para estar cerca de ella, según le había insinuado. Le agradecía que no la hubiera presionado con una declaración y que le estuviera dando tiempo para ayudar a su padre a que se repusiera. Y ahora para ayudar a Charlie. Le tenía mucho aprecio a Francis, pero no debía permitir que la distrajera o alejara de un caballero como el doctor Graves.

Cuando llegaron a Haswell's, Francis volvió a hablar:

—Seguiré rezando por todos los miembros de tu familia, entre otras cosas para que os volváis a reunir. —Le apretó la mano—. Y además veré qué se puede hacer.

Capítulo 40

«Una vez estuve perdido, pero me he encontrado, y estuve ciego, pero ahora puedo ver».

JOHN NEWTON
Amazing Grace, 1772

El edificio donde estaba el calabozo era una especie de granero circular con un tejado en forma de cono y, por supuesto, sin ventanas: «la casa ciega». La mayoría de los pueblos de Wiltshire y de los alrededores disponían de un lugar de tales características para encerrar temporalmente a los delincuentes.

Lilly llamó a la puerta, que por supuesto estaba cerrada.

—¡Charlie! ¿Estás bien?

Como no oía nada, pegó la oreja a la puerta. Oyó el ruido de alguien arrastrando los pies y después la voz de Charlie, aunque muy amortiguada.

—Esto está muy oscuro, Lilly. No se ve nada.

—Te sacaremos, Charlie. Tan pronto como podamos.

—No se ve nada...

Al notar la desazón en la voz de su hermanito, Lilly rompió a llorar otra vez, apoyando la frente contra la puerta.

—Intenta contar sonidos, Charlie —dijo, procurando hablar con una

calma que ni mucho menos sentía—. Cantos de pájaros, caballos que pasan. Todo lo que seas capaz de oír, ¿de acuerdo?

De momento no hubo respuesta.

—De acuerdo... —dijo el muchacho muy débilmente.

«¡Oh, Dios!», pensó Lilly. «¡Esto no es justo! ¡Por favor, ayúdanos...!».



—Se trata de una cuestión relacionada con medicamentos, con la botica —aseveró Charles Haswell, arrastrando los pies a duras penas por la sala de curas—. Quizá podríamos sugerirle a Ackers que informara del caso a la Sociedad de Boticarios para que fueran ellos los que decidieran las consecuencias que debería tener para mí, según su criterio.

—¿Usted cree que eso sería suficiente para Ackers? —preguntó Lilly, aliviada de ver a su padre al menos de pie. Esa mañana hasta se había encontrado con fuerzas para recorrer el pueblo e ir a hablar con Charlie a través de la puerta del calabozo. El doctor Graves le había prescrito jarabe de nitro, como había sugerido Francis. Estaba claro que la preparación había surtido ciertos efectos, aunque estaba por ver cuánto durarían.

—Pues no lo sé. Apostaría a que lo que quiere es obtener su trozo del pastel. O incluso peor, me temo que alguien maneje los hilos.

—¿El doctor Foster?

—No me sorprendería ni lo más mínimo.

Ella había pensado exactamente lo mismo.

—¿Crees que debería ir a ver al señor Ackers para que informe del caso a la Sociedad?

Charles Haswell, con gesto cansado, se pasó la mano por la cara.

—¿Bill Ackers escribir una carta? Estaría más dispuesto a creer que los cerdos son capaces de volar.



Lilly estaba tomándose un té cuando entró la señora Mimpurse por la puerta de la cocina. Cuando Lilly le contó lo que había pasado se puso muy furiosa y prometió ir a ver a Charlie tan pronto como pudiera.

Llevaba una bolsa de la compra de cuero algo gastado sujeta por las correas, y en la otra mano una jarra llena de líquido. Unos deliciosos efluvios a hojaldre y a especias inundaron la habitación, procedentes de la bolsa, evidentemente.

—Son dos estupendas empanadas de carne y patata y una jarra de té de miel. Los favoritos de Charlie.

Lilly se levantó de la mesa.

—¿Pero usted cree que Billy Ackers lo permitirá?

—A ese Billy Ackers déjamele a mí.

Su padre estaba en la sala de curas con el señor Fowler. Pero incluso aunque tuviera que dejar la tienda sola durante un rato no iba a perderse esta oportunidad de ver a Billy cara a cara.

Un cuarto de hora más tarde, con un abrigo y una manta entre las manos, Lilly andaba a grandes zancadas junto a la señora Mimpurse, que se dirigía muy decidida al calabozo siguiendo el seto. Lilly no tenía problemas para ir a su altura, pero Billy Ackers, a quien Maude había sacado a gritos de la herrería, iba tras ellas resollando.

—Date prisa, Billy. Estas empanadas no van a mantenerse calientes toda la vida.

Maude y Lilly llegaron primeras al calabozo y esperaron a que las alcanzara el alguacil.

—Vamos, Billy. Mi cafetería no funciona sola.

—Pues mi herrería tampoco —gruñó. Sacó un par de llaves grandes y oxidadas y abrió los cerrojos del calabozo—. ¡Ponte en la parte de atrás, Charlie! —ordenó.

—¿De verdad crees que un pobre corderito como Charlie se iba a escapar? —preguntó Maude, absolutamente incrédula.

—Bueno, bueno, dame esa comida.

—¡Ni lo pienses! ¿Por qué no puede salir aquí, a la luz del sol, y comérsela con dignidad?

—No está de vacaciones, amiga.

—Ni tampoco es un animal. Sal fuera, Charlie. Tengo una comida estupenda para ti.

Charlie emergió de la oscuridad y se quedó dudando en el umbral. A Lilly se le encogió el corazón cuando lo vio.

—¡Cariño mío! ¡Pobrecito! —exclamó la señora Mimpurse—. Sal tranquilamente, Charlie, despacio. No hay ninguna prisa.

Bill Ackers suspiró.

Mirándolo con perspicacia, la señora Mimpurse le dio una de las empanadas.

—Por las molestias, Billy.



Cuatro días más tarde, cuando llegó el correo, Lilly recibió dos cartas. Una de ellas era una factura normal y corriente, pero la otra hizo que le empezaran a sudar las manos.

Su padre estaba solo en la sala de curas, revisando el recién publicado vademécum de medicinas que le había prestado el señor Shuttleworth.

—Es una carta, padre, como me temía. De la Excelentísima Sociedad de Boticarios. Parece que, después de todo, el señor Ackers les escribió.

—Mira que me extraña.

—¿Y quién ha podido ser, si no? Foster no tiene nada que ver con los boticarios, ¿o sí? ¡Si nos desprecia a todos cada vez que tiene ocasión!

Se encogió de hombros, claramente desasosegado, y le acercó la carta, agitándola en dirección a ella.

—Léela tú.

Lilly rompió el sello y extendió el magnífico papel.

—«Corte de Investigadores de la Sociedad de Boticarios, Blackfriars, Londres».

—Deja a un lado la paja y busca las malas noticias —dijo, frunciendo el ceño.

—Muy bien. Se les ha informado que Charles Haswell III ha dispensado una droga adulterada y potencialmente peligrosa.

—¡Pero si no tienen la más mínima prueba! —estalló su padre.

—Si recibe alguna otra información adicional, la Sociedad no tendrá otra alternativa que tomar las medidas formales pertinentes, por lo que se actuaría contra la citada persona.

—¿«La citada persona»? ¿«Medidas formales»? ¿Y desde Londres? Bobadas. Menudo cuento por nada.

—No estoy tan segura de que sea un cuento.

—¿Entonces va a quedarse en eso? ¿En una amenaza? ¿Un golpe en los nudillos desde lejos?

—No me lo puedo creer —dijo Lilly—. ¿De verdad que se va a quedar en eso?

—¡Ojalá! Lo deseo fervientemente.

—Desearlo no es suficiente, padre. Tenemos que rezar por ello con mucha fe.

Su padre miró por la ventana de la sala de curas.

—Y ahora, si pudiera convencer a Ackers...

Los días pasaron con mucha lentitud, y a Lilly la espera se le hacía interminable. Pocas veces se había sentido tan desamparada, tan frustrada, tan asustada. Visitaba cada día a Charlie, al igual que la señora Mimpurse, Mary, Francis y su padre, cuando podía. Y también rezaba. Pero cuando Charlie estaba a punto de cumplir una quincena en el calabozo, su fe empezó a flaquear. ¿Acaso no había rezado con toda su convicción por el regreso de su madre y no se había producido? ¿Es que servía de algo?

Sin embargo, prácticamente de un momento al siguiente, todo se dio la vuelta. Su padre y ella estaban sentados a la mesa, muy abatidos delante de

sendos platos de comida, que ni querían ni prácticamente veían, y de repente vieron a Charlie en el umbral de la puerta. Aun sucio y oliendo fatal, verlo les resultó maravilloso.

—¿Hay comida para otro? —dijo, mirando el desayuno.

Lilly jadeó, se levantó casi de un salto y le dio un abrazo fortísimo, casi fiero, a su hermano pequeño. Su padre se levantó de la silla con las piernas temblorosas y apretó el hombro de Charlie antes de volver a dejarse caer pesadamente en la silla. Su mejoría había durado poco.

—Siéntate, Charlie. Casi no me lo puedo creer. Cuéntanos qué ha ocurrido.

El muchacho se sentó y los dos lo miraron con expectación. Charlie volvió a echarle un vistazo a su desayuno.

—¡Ah, toma! —dijo Lilly, pasándole el plato que ni siquiera había tocado.

Ambos esperaron con impaciencia mientras comía varios bocados, pero Lilly no logró resistir mucho tiempo.

—¿Qué ha pasado? —insistió.

Charlie se encogió de hombros y empezó a hablar con la boca llena de jamón frío.

—Pues que el señor Ackers ha venido esta mañana y me ha dicho: «Charlie, muchacho, hoy es tu día de suerte. El señor Marlow dice que trabajas para él y que quiere que vuelvas. Ahora él es responsable de ti, así que ya está bien de hacer de niñera».

Lilly negó con la cabeza, completamente asombrada.

—¡No me lo puedo creer! ¡El señor Marlow! Y después de haberte liberado del contrato.

—Puede que me necesite inmediatamente para volver a cuidar su precioso jardín.

Lilly dudaba de que el jardín necesitara sus cuidados con tal inminencia, pero evitó decirlo. No tenía la menor duda de la capacidad de influencia del señor Marlow sobre el alguacil, pues era el caballero que más tierras poseía

en la zona y, además, el futuro *baronet*. Además, ambos habían sido amigos de niños. Lo cierto es que se preguntó fugazmente cómo no se le había ocurrido pedirle ayuda ella misma.

—Bueno —dijo Lilly profundamente aliviada—. Pues tenemos que acercarnos a darle las gracias al señor Marlow en persona.



Después del desayuno, y tras darle a Charlie un buen lavado, ambos prepararon a *Pennyworth*, se montaron en la calesa y se dirigieron a Marlow House. Según se acercaban, Charlie vio al señor Timms recortando los aligustres cercanos a la fuente y le preguntó a su hermana que si le dejaba bajarse para hablar con él.

—Muy bien. Pero ven a la casa en cuanto termines.

Dirigió el carruaje a los establos, pero no fue Cecil Briggs quien se acercó a tomar las riendas, sino el mismísimo Roderick Marlow, vestido con ropa de montar y calzando botas Hessian.

Su súbita aparición la dejó sin aliento, además de ponerse roja como un tomate, pero fue capaz de hablar, eso sí, atropelladamente.

—Señor Marlow, he venido a darle las gracias.

Mientras alzaba la cabeza para mirarla, una lenta sonrisa iluminó su semblante.

—¿Su hermano ha sido liberado?

—Sí, gracias a usted.

—Me alegra mucho saberlo —dijo, mientras conducía la calesa hacia el patio de los establos.

Ella se puso de pie, preparándose para saltar; pero él alzó las manos, la agarró por la cintura y sin esfuerzo aparente la depositó con suavidad en el suelo. De nuevo sintió que se ruborizaba. Hubiera bastado que le tendiera la mano para ayudarla a bajar.

—Es usted muy amable. Charlie ha venido también, pero en cuanto ha

visto al señor Timms me ha pedido permiso para ir a hablar con él. Sé que también quiere darle las gracias. Voy a... —Se volvió para ir a buscar a Charlie, pero él la tomó por la muñeca, impidiendo que se alejara.

—Espere, por favor. —Agarrándola de la mano, la condujo hasta el pequeño despacho de los establos—. Me alegro por su hermano, pero no vaya a creerse que soy un santo del cielo. Tengo que confesarle que al hacerlo solo pensaba en usted.

Inspiró profundamente. Notaba que el corazón le latía con golpes secos y fuertes. ¿Es que su presencia le iba a producir siempre el mismo efecto?

—No sé qué decir.

—¿La señorita Haswell se ha quedado sin habla? —Sonrió abiertamente—. Eso sí que me deja asombrado.

Intentó devolverle la sonrisa, pero estaba tan sorprendida que solo consiguió que le temblaran los labios. Él negó lentamente con la cabeza.

—¿Qué haría un hombre para conseguir que una mujer lo mirara siempre del modo que me mira usted ahora? —Le pasó un dedo por el borde de la mandíbula y la barbilla—. Me gustaría muchísimo besarla, señorita Haswell.

Tragó saliva.

—También tengo que hacerle saber que es la primera vez que pido permiso para hacer tal cosa.

—¿Entonces eso significa que ha besado usted a muchísimas mujeres? —dijo con voz temblorosa.

—No podría decir que «muchísimas» —afirmó después de pensarlo brevísimamente—. Pero lo que tengo claro es que a usted nunca la he besado, señorita Haswell. Que yo recuerde.

Se quedó mirándolo, fascinada por sus ojos, distintos a todos los que había visto antes. ¿Uno era verde y el otro marrón?

—¿Señorita Haswell?

—¡Oh! —exclamó, sobresaltada—. Perdóneme.

—Bueno —dijo, bajando un poco la cabeza—, así podrá examinarme con más facilidad.

Y eso fue precisamente lo que hizo durante un momento. Examinó sus ojos, y las pestañas y cejas, muy oscuras. Sus prominentes pómulos y algunos retazos negros de barba encima de una piel pálida.

—¿Hay algo inapropiado? —preguntó—. ¿Algún resto de suciedad?

Negó con la cabeza sin dejar de mirarlo, fijándose esta vez en los finos labios y la nariz prominente, cuyas aletas parecían temblar ante su atenta inspección.

Cuando levantó de nuevo la mirada para fijarla en sus ojos, pudo observar que brillaban, como si retuvieran una sonrisa.

—¿Necesito alguna medicina de la botica, o bastaría con un beso?

—No puedo darle permiso para que me bese —dijo, mordiéndose el labio.

—Esa es la razón por la que nunca lo pido —murmuró él, suspirando fuertemente.

—Pero lo que quizá podría hacer, señor Marlow —empezó, elevando los hombros—, es darle a usted un beso en la mejilla por haber salvado a mi hermano.

—Ah, un beso de agradecimiento —dijo, alzando una ceja—. No son mis favoritos.

Sintiéndose ridícula, empezó a darse la vuelta.

—Bien, pues dejémoslo, entonces.

Él se movió lentamente para volver a colocarse frente a ella.

—No, por favor, no lo dejemos. No sabe hasta qué punto deseo un beso de agradecimiento suyo, señorita Haswell.

Se dio cuenta de que quizá se estaba burlando de ella, pero su gratitud superó cualquier otro sentimiento.

El joven volvió a inclinarse para acercar la cara. De no hacerlo así no habría podido llegar a alcanzarla. Se dio cuenta de que había colocado sumisamente las manos en la espalda. Deseó que no cambiaran de lugar de repente.

Se inclinó hacia delante despacio, buscando su mejilla. Pero en el último momento se movió y se encontró con los labios, que se juntaron durante bastante más que un momento. Un latido de corazón. Y otro. Y otro. Cuando se separó, ya no había ni rastro de sonrisa en los ojos de él.

Capítulo 41

«La moda impera entre condesas y reinas, y doncellas y ayudas de cámara bailan el vals entre las bambalinas...».

LORD BYRON

En el comedor de la cafetería Lilly estaba ayudando a Mary en la dura tarea de trasladar las mesas y las sillas a uno de los lados para poder barrer y fregar el suelo a fondo. Al ver la zona completamente despejada, como una pista de baile, Lilly levantó el palo de la escoba, con el cepillo hacia arriba, y simuló una reverencia.

—Estaría encantada de bailar con usted, señor —dijo. Dobló el codo para que el «caballero» inclinara a su vez la cabeza ante ella. Entonces agarró a su delgada pareja de baile y se puso a dar vueltas por el comedor a bastante velocidad.

Con su escoba en la mano, Mary sonrió y negó con la cabeza.

—No puedes librarte de la dama londinense que llevas dentro... —Hizo una pausa y estudió atentamente los pasos de baile que estaba dando Lilly—. Nunca había visto bailar así a nadie.

—Es uno de esos temidos valeses.

—¡No me digas! —dijo Mary jadeando, simulando vergüenza y estupor—. ¿Cómo te atreves a bailar con tu distinguida pareja algo tan escandaloso

que condenan todos los periódicos?

Lilly se detuvo y apoyó la escoba contra la pared.

—Pues sí, es ese baile. ¿Quieres que te enseñe los pasos?

—¡No, por Dios! —respondió Mary, fingiendo avergonzarse—. Soy demasiado correcta como para aprender siquiera algo tan escandaloso.

—¿La Mary Mimpurse que miraba a escondidas cómo se bañaba en el estanque de Owen todo el equipo de críquet? —preguntó Lilly levantando una ceja—. ¿Te han inoculado de repente la corrección?

Le quitó la escoba de las manos, se colocó delante de ella y la agarró por la cintura. Inmediatamente se puso a danzar, arrastrándola por la habitación, hasta que estuvieron a punto de chocar con un montón de sillas apiladas.

—¡Para, por favor, Lilly! —jadeó Mary—. ¡Me estoy mareando!

Lilly se detuvo inmediatamente, pero continuó sujetando a su amiga mientras recuperaba el equilibrio y el resuello.

—¿Estás bien? —le preguntó algo preocupada.

—Si lo que preguntas es que si voy a sufrir una crisis, la respuesta es no —contestó Mary, respirando con dificultad—. A no ser que te refieras a un ataque de mareo.

Cuando estuvo segura de que su amiga estaba bien, la soltó.

—Te aseguro que este baile no se interpretará ni se bailará en Wilcot —dijo Mary, colocándose una horquilla que se había soltado con tanto giro.

—Aunque así sea, me apetece muchísimo que llegue el baile campestre. —Lilly volvió a agarrar la escoba y se puso a barrer cerca del hogar, echándole un vistazo a Mary—. Y conozco a un cirujano-boticario que está deseando bailar contigo.

—A mí también me apetece bastante que llegue el baile —dijo Mary, conteniendo una sonrisa de placer.

Después de los duros días de encarcelamiento de Charlie, todos esperaban con impaciencia la fiesta de fin de verano de Wilcot, en la que se celebraban una feria y un baile. Mary y ella iban a ir con Charlie, el doctor Graves y el señor Shuttleworth. No les cabía duda de que Francis y Dorothea Robbins

también acudirían.



Pero el sábado su padre se despertó con fiebre y Lilly se vio obligada a quedarse con él.

—Pues entonces yo también me quedo —dijo Mary, aunque con el gesto claramente abatido.

—¿Y dejar que todas esas estupendas parejas bailen solo con la señorita Robbins? Me parece que no. Sabes que el señor Shuttleworth y Charlie se sentirían muy decepcionados si no asistieras.

—Seguramente, ¿verdad? —dijo Mary sonriendo.

—Por supuesto. Y ahora vete y baila hasta agotarte, querida. Te lo mereces.

—Supongo que tu ausencia me beneficiará, ¿no crees? —dijo Mary con un brillo de fingida malicia en los ojos.

—¡Oh! —exclamó teatralmente Lilly—. ¡Cuantísimo me van a echar de menos!

Esa tarde el doctor Graves visitó a su padre, le prescribió unos polvos contra la fiebre, un jarabe y reposo en cama. Se sintió decepcionado al saber que Lilly no iba a ir al baile de Wilcot.

—Yo tampoco iría —dijo con cierta vergüenza—, pero el doctor Foster me ha dicho que tengo que acudir. Dice que debo conocer a tantos posibles pacientes como pueda. Pero no bailaré, señorita Haswell, cuente con ello.

—¡No quiero contar con ello! Espero que baile, porque lo habitual es que haya más damas que caballeros, y no sería apropiado que se quedaran sin bailar.

Pensó en su primer baile con el doctor Graves, esperando que ninguna otra dama tuviera que sufrir una experiencia tan poco gratificante.

—No he venido aquí para bailar con otras damas, señorita Haswell —dijo él en voz baja.

Ella le dedicó una sonrisa tímida.

—Con que no disfrute excesivamente bailando con otras me doy por satisfecha.

—¿Acaso he disfrutado alguna vez bailando? —repuso él, con una gran sonrisa.



Lilly levantó la vista del libro y volvió a mirar el reloj de la sala de estar. Habían pasado ya dos horas, pero muy despacio; a ella le habían parecido muchas más. Su padre dormía tranquilamente y la novela que estaba leyendo no le terminaba de enganchar. Quizá debería dejarla e irse a la cama sin más.

De repente, oyó un ruido inesperado en la puerta de la sala de estar. Antes de que pudiera reaccionar entró Francis, apuesto como siempre y con un aspecto muy masculino gracias a la levita oscura y el sombrero en la mano.

—¡Francis! ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó al levantarse del asiento.

—No podía disfrutar sabiendo que tú no lo estabas haciendo.

Se sintió feliz al oírlo, pero inquieta al mismo tiempo.

—No tendrías que haber venido. No tiene sentido que nos perdamos el baile los dos.

—A mí no me importa.

—Pero la señorita Robbins dijo que bailabas muy bien.

—El señor Shuttleworth me ha enseñado unas cuantas cosas, lo reconozco. —Le brillaban los ojos—. Ha habido algo que ha merecido la pena ver, casi más que el propio baile: el señor Shuttleworth con levita púrpura y chaleco dorado marcando perfectamente los pasos de un cotillón.

—Me lo puedo imaginar —dijo, riendo entre dientes—. Pero también me habría gustado verte bailar. Seguro que la señorita Robbins contaba con que serías su pareja bastantes veces.

—Cuando me fui estaba bailando con el señor Marlow —dijo,

encogiéndose de hombros sin darle importancia—. Y el señor Shuttleworth iba a ser su siguiente pareja.

Se preguntó si se sentiría decepcionado. ¿Se habría marchado del baile por eso?

—Desde que llegaste no has tenido apenas ocasión de divertirte, señorita Haswell, y has trabajado muchísimo —dijo Francis—. Siento que te hayas perdido el baile. Espero que tu padre esté mejor.

—Sí, gracias. Ya no tiene fiebre. Ahora descansa tranquilamente.

—Bien, bien.

Durante un momento se quedaron de pie, como sin saber qué hacer, hasta que Francis volvió a hablar.

—Mary me ha contado la lección de baile que le diste. Siento mucho habérmela perdido.

—Jamás lo habría hecho delante de otras personas —dijo Lilly torciendo un poco el gesto.

Él sonrió y le brillaron los ojos, de color marrón chocolate.

—Como has dicho, no tiene sentido que los dos nos perdamos la diversión de esta noche, así que podríamos bailar aquí.

—¿Aquí? —preguntó, mirando la pequeña habitación con escepticismo.

—¿Por qué no? Podríamos probar con ese vals tan movido que me describió Mary. Aunque me sorprende que tus tíos permitieran un baile tan escandaloso.

—No hay nada escandaloso en la posición de lado, solo en la cercana —dijo, notando las mejillas acaloradas.

—¿Y cuál es la «posición cercana»? —preguntó él, acercándose un paso.

Sabía que debería haber rechazado su avance, pero se sintió extrañamente atraída hacia él, conmovida por el hecho de que hubiera dejado el baile por estar con ella y sorprendida al darse cuenta de que, en realidad, sí quería tocarlo.

—Pondría las manos aquí... —dijo, acercándose un poco con gesto

indeciso. Puso las manos sobre sus brazos y notó sus firmes músculos bajo las mangas de la levita.

—¿Y yo dónde tengo que poner las manos? —preguntó en voz baja, mirándola a los ojos.

Soltó el aire despacio, con los nervios a flor de piel y la garganta seca.

—En mi... cintura. —Se sintió aliviada por el hecho de que no tuviera que agarrarle las manos, porque notó que las tenía completamente húmedas de sudor.

La sujetó con firmeza de la cintura con sus grandes manos sin dejar de mirarla a los ojos. A tan corta distancia tenía dificultades para mantener la mirada.

—Ahora tú tienes que dar un paso adelante y yo hacia atrás.

Hizo lo que le dijo, pero la sujetó de forma que ella no pudo moverse hacia atrás y la mantuvo muy cerca de él. Notó cómo se le tensaba la mandíbula y cómo la miraba, de forma intensa y anhelante.

Ella apartó la vista, fijándola en la mano que tenía posada sobre su brazo.

—La pareja tiene que mantener la distancia apropiada —dijo, imitando el tono admonitorio del profesor de baile vienés que contrató su tía—. Los cuerpos no deben ni rozarse en ningún momento.

—Lástima —susurró Francis. Ella sintió su dulce aliento en la sien y en la oreja. Inclino la cara aún más hacia la de ella, pero siguió desviando la mirada. No debía permitir que las cosas fueran a más, ¿verdad? Era Francis... ¿qué estaba haciendo? Sabía que en cuanto lo mirara la besaría. Solo de pensarlo se le aceleró el corazón.

—Lilly —dijo él con voz ronca y urgente—. Dime que no es demasiado tarde para nosotros. Que tú y Graves no estéis todavía...

La puerta se abrió de repente y Lilly se retiró de inmediato.

El doctor Graves estaba allí, de pie, muy rígido, con la mano sobre el pestillo y con cara de asombro.

—He venido a ver qué tal estaban usted y su padre, pero por lo que veo estoy interrumpiendo. —Se dio la vuelta para irse de la habitación con

expresión desanimada.

—¡No, doctor Graves! ¡Pase, por favor! Solo estaba enseñándole al señor Baylor cómo se baila el vals.

Se dio la vuelta de nuevo y la miró fijamente. Después echó un rápido vistazo a Francis y, una vez más, volvió a fijar sus ojos en ella, esta vez con expresión fría y reprobadora.

—¿Cree que eso es adecuado, señorita Haswell?

«¿Se refiere a este baile en concreto o a la pareja?», pensó Lilly.

—Debe usted perdonarnos, doctor Graves. Francis y yo hemos crecido juntos y es normal que, de vez en cuando, actuemos como cuando éramos críos.

La miró un rato más y se aclaró la garganta.

—Ya veo. Está bien. —Se inclinó rígidamente—. Buenas noches.

No se despidió de Francis.

—Doctor Graves, no tiene por qué marcharse —insistió Lilly.

—La señorita Haswell no ha hecho nada inapropiado —dijo Francis, haciendo un gesto vago con la mano—. Fui yo quien promovió esto.

—No, Francis —lo contradijo Lilly—. He actuado sin pensar. Les pido a ambos que me perdonen.

La voz de su padre llegó desde el pasillo.

—Lilly, ¿va todo bien?

—Lo hemos despertado —dijo con gesto de arrepentimiento.

—Voy a ver qué tal está —dijo el doctor Graves con tono glacial—. Si no le importa. —Si las miradas mataran, Francis habría caído redondo allí mismo.

—Sí, por favor, doctor Graves —contestó inmediatamente Lilly—. Es muy amable de su parte preocuparse por él. Se lo agradezco.

Graves asintió y giró sobre sus talones. Tan pronto como hubo abandonado la habitación, Lilly se volvió hacia Francis sintiéndose arrepentida y desasosegada.

—Francis —susurró secamente—. No he debido permitir que esto ocurriera, me he equivocado. No sabía lo que estaba haciendo.

—Lo que pasa es que sientes algo por mí, Lilly. Sé que es así.

—Por supuesto que sí —dijo, exhalando un suspiro—. Pero no es lo que supongo que tú deseas que sienta. Francis, por favor, compréndeme. Yo no quiero para mí la vida que tú quieres vivir. No quiero pasarla en una botica. Nunca he querido.

El joven se pasó la mano por el pelo, moreno y denso.

—Es lo que conozco. Y es lo que quiero. ¿Estás sugiriéndome que lo abandone?

—No, claro que no, sigue con ello. Pero lo único que yo quiero es ayudar a mi padre a recobrar las fuerzas, enderezar el negocio y después dejar que él siga adelante.

—Pero sé cómo eres porque te he visto, Lilly: ayudar a la gente, aliviar su dolor... sé que eso te satisface tanto como a mí.

—Estás equivocado —contestó, negando con la cabeza para confirmar su aseveración—. He hecho lo que debía hacer, pero no lo he disfrutado. Ni tampoco aspiro a ejercer ninguna profesión. Después de todo, soy una mujer.

Francis hizo un gesto de pesar.

—Me doy cuenta de eso, Lilly, y me hace mucho daño, porque tus capacidades no tienen límite. Pero la Lilly Haswell que yo conocía jamás habría minimizado su sexo ni su capacidad de esa manera.

—Esa Lilly Haswell ya no está, se ha ido —dijo, aunque con más aspereza de lo que habría deseado.

Le brillaron los ojos de tristeza e irritación.

—No sabes hasta qué punto me apena oír eso —dijo, recogiendo su sombrero—. No voy a quitarle más tiempo. Buenas noches, señorita Haswell.

La formal despedida sonó burlona proviniendo de sus labios y le produjo una inesperada punzada de dolor.

Capítulo 42

«Yo, en pleno uso de mis facultades, memoria y entendimiento, y sabiendo que la muerte me llevará algún día no muy lejano a la última y deseada morada, redacto mis últimas voluntades y testamento...».

WILLIAM PHILLIPS
Caballero, 1786

Francis abrió la puerta de la cocina para saludar a Mary y esperando poder pedirle disculpas a Lilly, que iba por allí casi todas las mañanas.

Cuando el doctor Graves llegó a Bedsley Priors, Francis tuvo la tentación de rendirse, pero al ver que pasaban las semanas y no se anunciaba el compromiso, se permitió alimentar la esperanza y pensar que todavía tenía alguna posibilidad con Lilly. No obstante, tras su última conversación, Francis casi se sintió aliviado por el hecho de que pronto se marcharía.

Mary estaba de pie, como siempre, ante la mesa de trabajo, pero no sonreía y ni siquiera lo reconoció. Parecía mirar hacia delante, aunque sus manos se movían cortando algo distraídamente. El movimiento se hizo más lento y de repente sufrió una sacudida.

—¡Mary! —Atravesó corriendo la habitación, pero era demasiado tarde.

Cayó al suelo allí mismo y soltó un gemido sordo que precedió al sonoro y seco sonido del golpe de su cuerpo al caer.

Se arrodilló a su lado sobre el duro suelo de piedra. Vio que tenía una herida profunda y blanquecina en la frente y que empezó a manar de inmediato abundante sangre. También tenía sangre en los dedos de una mano, la que todavía sostenía el cuchillo.

Jane llegó corriendo desde la antecocina y dio un agudo chillido al ver la escena. La señora Mimpurse también llegó corriendo, sin duda tras oír el grito de la criada pronunciando el nombre de su hija. Jadeó y se tapó la boca con la mano, que temblaba visiblemente.

—¡Paños limpios! ¡Deprisa! —ordenó Francis.

La criada salió corriendo para cumplir la orden mientras el joven examinaba los miembros de Mary y le miraba las pupilas. Cuando volvió Jane, apretó uno de los paños contra la herida de la frente.

—Necesita un cirujano para cerrar las heridas. Envíe a alguien a buscar a Shuttleworth.

Tal como había deseado, aunque obviamente por distintas razones, Lilly apareció en el umbral de la puerta trasera.

—Ya voy yo —dijo, con expresión resuelta aunque con la tez muy pálida, casi blanca.

—Espera un momento —dijo Francis—. Creo que podría atenderla mejor en la sala de curas. Estoy seguro de que no tiene ningún hueso roto. Ayúdame a vendarle la mano y yo la llevaré.

Lilly asintió y lo ayudó diestramente a vendar la palma de la mano y el dedo heridos mientras la señora Mimpurse y Jane los observaban sollozando. Sí, sin duda sería mejor tratar a Mary en otro sitio, por muchas razones.

Mary abrió los ojos de repente.

—¿Qué ha pasado? —balbució. Tenía los azules ojos algo nublados.

—Te has cortado y necesitas un cirujano —dijo Francis—. Te vamos a llevar con el señor Shuttleworth.

No pudo evitar ver el gesto mortificado y dolorido que surcó su pálido

rostro. ¿Por qué no iba a querer Mary que la atendiera un hombre que le gustaba tanto y que a su vez le gustaba a él? «A no ser que el señor Shuttleworth no sepa...».

Lilly lo miró a él un momento y después a su amiga.

—Esta vez no hay manera de evitarlo, mi amor —le dijo con mucha suavidad.

Mary, resignada, asintió levisísimamente y sus ojos se volvieron a cerrar de inmediato.

«Por favor, que esté en la botica...», rogó Francis mientras la tomaba en brazos.



Lilly corrió junto a Francis mientras este transportaba a Mary con una fuerza impresionante. La señora Mimpurse iba tras ellos, con la mano sobre su ancho pecho y con expresión afligida. Cuando cruzaron Milk Lane, Lilly se alegró muchísimo al ver que el señor Shuttleworth abría la puerta de la tienda incluso antes de que llegaran. Probablemente los había visto desde lejos acercarse corriendo. Pareció alarmado y estupefacto al ver a la paciente que Francis llevaba en sus brazos con tanta determinación. La sangre ya empapaba los paños, tanto el de la mano como el de la frente.

—Se ha caído. Con un cuchillo en la mano —dijo Francis jadeando.

Durante una fracción de segundo Shuttleworth miró a Lilly.

La joven desvió la mirada casi inmediatamente.

Esperaron mientras el señor Shuttleworth aplicaba puntos con habilidad en la herida de la frente de la muchacha, así como en una de las más profundas de la mano. Mary se encontraba en un extraño estado de somnolencia, de modo que ni siquiera pareció notar el dolor de los puntos. No obstante, le aplicó láudano para paliar el que, sin duda, sentiría poco después.

Shuttleworth le aseguró a la señora Mimpurse que, en su opinión, ambas

heridas se curarían bien y en no demasiado tiempo. Le preguntó a la madre de Mary por las circunstancias del accidente y si había tenido algún otro parecido. Y cuando la señora Mimpurse, de forma muy tranquila, empezó a darle las explicaciones pertinentes, Lilly salió de la sala de curas.



Horas más tarde, Shuttleworth fue a buscar a Lilly, tal y como ella esperaba que ocurriera. Estaban solos en la tienda, pese a lo cual empezó a hablar en voz muy baja.

—No puedo creerme que no me haya enterado hasta ahora. ¿Lo sabe todo el mundo?

—Sí, todos los que son naturales de Bedsley Priors —confirmó Lilly, y suspiró—. Entre nosotros hablamos y cotilleamos con bastante libertad, pero con los que vienen de fuera, como es su caso, protegemos nuestros secretos.

—¿Por qué no me lo ha contado usted?

Lilly no fue capaz de mantener la mirada herida de sus ojos oscuros.

—Ella no quería que lo hiciera.

—Pero... eso no está bien. No es justo.

Se obligó a sí misma a mirarlo a los ojos.

—¿Qué hay de malo en que quisiera gozar de su compañía sin que saberlo contaminara su opinión sobre ella? ¿Procurar que su relación fuera la normal entre una dama y un caballero? Nunca había encontrado a nadie a quien le gustara o que la cortejara.

—De haberlo sabido, habría sido más cauteloso. No me habría permitido... —No terminó la frase, pero el significado era evidente.

—¿Pero por qué? Tampoco es tan malo, ¿no? Solo ha tenido ataques muy de vez en cuando, al menos hasta los últimos uno o dos años.

Él hombre se agarró con fuerza al borde del mostrador y cerró los ojos antes de hablar con un tono enormemente sombrío.

—Señorita Haswell, hace dos años trabajé en una institución para

epilépticos. No para aprender a tratar la epilepsia, pues la verdad es que se puede decir que no hay tratamientos que funcionen y que hagan descender la frecuencia de los ataques; y, por supuesto, se trata de una enfermedad incurable. Estuve allí porque en tales instituciones siempre hay mucha demanda de cirujanos. Adquirí mucha experiencia aplicando puntos a heridas de todo tipo, aliviando contusiones en la cabeza, reparando y entablillando huesos rotos, tratando quemaduras...

Se acordó de lo que le había contado el doctor Graves de esas instituciones y de su rechazo frontal a la idea de enviar a su queridísima amiga a algún sitio así. Pero vio que no tenía fuerzas para repetir tal opinión en ese momento. No tras contemplar la profunda decepción en el rostro y en la voz del cirujano.

El señor Shuttleworth inspiró profundamente y soltó el aire con fuerza, hinchando las mejillas.

—Se envía allí a los epilépticos para que vivan. Permanentemente, quiero decir. Y, señorita Haswell, apenas hay pacientes que superen los treinta años.



Mientras Mary se recuperaba de sus heridas, la señora Kilgrove también recuperó las fuerzas, con lo cual no hubo peligro de acciones judiciales respecto al accidente. Charlie, que al parecer no se había visto afectado negativamente por el periodo de cautividad, pasaba casi todo su tiempo libre con la anciana, siempre adorable e indulgente con él, y con su nuevo gato, *Jolly*.

La gratitud de Lilly hacia Roderick Marlow no desapareció, todo lo contrario. Pero la salud de su padre, el *baronet*, sí que empeoró. Después de gozar de una breve recuperación de la vitalidad en las semanas anteriores y posteriores al matrimonio, *sir* Henry cayó enfermo de nuevo. Unas noches antes llamaron a su padre para que lo fuera a visitar, y precisamente esa misma mañana uno de los criados de Marlow había ido a la botica para pedirle que volviera. Pero ese día Charles Haswell se había despertado

demasiado débil, así que Lilly tuvo que ir sola. El hecho pareció desasosegar al señor Withers, y al entrar en el dormitorio del *baronet* Lilly entendió por qué. Nunca había visto a *sir* Henry en un estado tan lamentable. Lo cierto es que se sintió aliviada al saber que también habían avisado al doctor Foster.

Al volver a casa desde Marlow House se sintió triste por la evolución tan negativa de la salud de *sir* Henry y de su propia incapacidad para ayudarlo. Por delante de ella oyó gritar a alguien. Se levantó las faldas y salió corriendo entre los árboles que la separaban de la granja Owen. Al llegar al claro se detuvo, asombrada. Se trataba de Roderick Marlow, que no paraba de golpear con los puños y de patear la valla de la porqueriza al tiempo que gritaba ininteligiblemente, desfogando su enfado, su pena o ambas cosas.

«Seguro que lo sabe», pensó.

Los cerdos de Owen salieron en desbandada hasta el extremo más alejado de la pocilga. El caballo de Marlow, con las riendas colgando y trotando de acá para allá, no paraba de relinchar. Estaba claro que no entendía el comportamiento de su dueño. Y lo mismo le pasaba a Lilly, que no salía de su asombro.

—¡Señor Marlow! Señor Marlow, cálmese, se lo ruego.

Se volvió para mirarla. Su expresión era salvaje.

—¿Que me calme? ¿Y cómo lo hago?

—Su padre está muy enfermo, lo sé, pero...

—Mi padre lleva muchos años físicamente enfermo, sí, unas veces más y otras menos, pero nunca ha perdido la razón. ¡Hasta ahora! —Enarboló por encima de la cabeza una hoja de papel, que inmediatamente arrugó haciendo una bola con ella y la arrojó al estanque, aunque se quedó algo corto.

—¿De qué se trata? —preguntó Lilly con precaución.

—Es una copia del testamento que acaba de redactar, que sustituye al anterior. Ha decretado mi ruina; o, para ser más exactos, la bruja roja lo ha convencido para que lo haga. Y ahora, cuando mi padre muera, ella se quedará con lo que, por derecho de nacimiento, es mío.

La cabeza empezó a darle vueltas.

—Pero... yo pensaba que la ley es tajante a ese respecto: el hijo mayor es el único heredero.

—Heredaré las tierras, sí, por supuesto. Pero para hacer frente a la exageradísima renta vitalicia que le lega, tendré que vender las acciones, la casa de Londres y no puedo ni pensar qué más.

—Pero está claro que no puede negarle una renta suficiente a la viuda de su padre.

—Ni se me ocurriría negarle eso, una renta, y más que suficiente. Pero la cantidad sobrepasa inimaginablemente ese concepto. No tendré dinero para pagar a mi administrador, a los criados... ¡ni siquiera podré calentar una casa tan enorme! Está claro que, cuando se casaron, padre le hizo creer que tenía más dinero del que disponía en realidad. Pero la verdad es que llevamos algún tiempo controlando los gastos. Ya se habrá dado cuenta de que solo tenemos dos carruajes y una casa en Londres bastante pequeña que no utilizamos durante la mayor parte del año. Apenas damos fiestas. No paramos de recortar, vivimos lo más austeramente que podemos. Hasta ahora nos las hemos arreglado, pero esto es el fin, sin remedio.

—¿Pero es que su padre no se ha dado cuenta? Está enfermo, puede ser que...

Siguió adelante como si no la hubiese oído.

—Puede que hasta tenga que vender la hacienda. La casa donde nací, mi propia casa...

—No sabe cuánto lo siento. Pero tiene que haber algún error, algún malentendido.

En solo dos zancadas se puso a su lado.

—Puede que tenga que dedicarme al comercio, como usted, señorita Haswell. —La agarró por los hombros para atraerla hacia sí, pero en sus ojos había rabia, no pasión—. ¿Cree que podría ser un buen carnicero? O puede que boticario... Usted podría enseñarme todo lo que necesito saber. Lo haría, ¿no?

—Señor Marlow, por favor. No...

Al darse cuenta de su expresión asustada, el fuego de sus ojos se apagó y dio paso a la tristeza.

—Disculpe mi estupidez, señorita Haswell. Se ha encontrado conmigo en mi peor momento. —Se agachó para recoger el sombrero y avanzó hacia el caballo—. Perdóneme, por favor. Debo hablar con mi padre para intentar darle la vuelta a la persuasión demoníaca que ha desarrollado sobre él esa mujer.

Lilly estaba perpleja.

—Pero... precisamente vengo de Marlow House. Su padre está en coma. Pensé que usted lo sabía.

—¡No! —exclamó, dándose la vuelta de nuevo y olvidándose del sombrero—. He estado con el abogado de mi padre toda la mañana. —El señor Marlow hundió los hombros estupefacto, se sentó en el suelo y se la quedó mirando—. ¿Desde cuándo?

—Ha debido de estar así toda la noche, pero no hay forma de saberlo. Withers dice que en principio pensaba que simplemente estaba durmiendo. Pero como no se despertaba, llamó a mi padre. Mi padre estaba indispuerto, así que acudí yo en su lugar.

Ella se sentó al lado de él y extendió las faldas sobre el suelo. Marlow estaba destrozado.

—El doctor Foster llegará en cualquier momento, supongo —añadió, intentando consolarle—. Lleva mucho tiempo tratando a su padre.

Se puso los codos en las rodillas, mirando hacia delante sin ver.

—De hecho, mi padre ha tenido relación con muchos miembros de la profesión médica, pero sin lograr el más mínimo beneficio. Y ahora esto. —Negó con la cabeza—. La última vez que hablamos discutí duramente con padre. Todavía no he sido capaz de olvidarme de ello, como es mi deseo. Y ahora no voy a tener manera de solucionarlo.

Inclinó la cabeza y la escondió entre los brazos.

—En coma —murmuró entre dientes—. Entonces es demasiado tarde. Todo está perdido...

Siguiendo un impulso, le puso la mano en el codo.

—Su padre podría recobrase. Lo ha hecho otras veces, recuérdelo.

Levantó la cabeza y la miró con los ojos brillantes y llenos de esperanza.

—Entonces, ¿podría recobrar el sentido en cualquier momento?

—No lo sé, pero es posible.

—Pues debo estar allí por si se despierta —dijo, levantándose rápidamente—. Para rogarle que cambie lo que ha hecho y... que me perdone.

Una vez dicho esto se dio la vuelta, montó sobre su caballo y salió a todo galope sin despedirse ni mirar atrás.



Esa misma noche, cuando Lilly le contó en confianza a la señora Mimpurse, antigua niñera del señor Marlow, los problemas por los que estaba pasando, ella movió la cabeza y torció la boca haciendo un gesto adusto.

—Todavía no está en la tumba y ya se están peleando por el dinero. ¡Menudo escándalo!

—¿Qué está pasando? —preguntó Mary según entraba del comedor. Todavía tenía la venda en la mano, pero se estaba curando deprisa y sin problemas.

—*Sir* Henry ha cambiado su testamento —explicó Lilly de nuevo—. La nueva *lady* Marlow recibirá muchísimo dinero, tanto que podría llevar a la ruina a Marlow House.

Mary arrugó la frente, confundida.

—Pero si quería el dinero y el título —empezó—, ¿por qué no casarse con el heredero, y así tendría ambas cosas? Seguro que tenía claro que *sir* Henry no iba a vivir muchos años.

—Puede que de verdad ame a *sir* Henry —conjeturó la señora Mimpurse, suspirando—. Y ahora el pobre hombre está inconsciente, menos de dos meses después de la luna de miel.

Lilly sabía que Maude apreciaba a su antiguo jefe, pero no podía creerse que Cassandra Powell fuera capaz de haberse casado con el *baronet*, que ya llevaba enfermo años, solo por amor.

—O puede que le gustara la idea de una asignación vitalicia como viuda, para gastarla como le pareciera conveniente.

La señora Mimpurse negó con la cabeza.

—La mayoría de las viudas solo obtienen una pequeña parte de la dote que aportan al matrimonio. Aparte de eso, tienen que estar a expensas de la generosidad del heredero de su marido.

Lilly reflexionó sobre eso.

—Entonces, quizá *lady* Marlow no quería depender de la generosidad de Roderick, y por eso convenció a *sir* Henry para que cambiara su testamento. Eso es lo que sospecha Roderick.

Esa situación sí le cuadraba a Lilly. Pero lo que no podía prever era el daño que eso podría causarles a todos.

Capítulo 43

«Aquel a quien se le ha concedido esa capacidad de curar podemos pensar que es un enviado del cielo».

RICHARD CUMBERLAND

Oda al doctor Robert James

La tarde siguiente llegó la llamada, lo cual no sorprendió demasiado a Lilly. En la nota, que se veía que había sido escrita apresuradamente, Roderick Marlow le pedía directamente a Charles Haswell que acudiera con todo su instrumental médico.

—No pensaba que me fueran a llamar después de que Foster atendiera ayer mismo a *sir* Henry —gruñó su padre mientras sacaba las piernas de la cama.

—Iré otra vez yo, padre. Usted aún no está bien.

—Se requiere específicamente mi presencia de forma inequívoca —espetó, levantando la hoja de papel—. No estoy en condiciones de negarme.

—Entonces iré con usted.

Preparó la calesa con *Pennyworth* y ayudó a su padre a subirse. Después colocó el maletín más grande en el suelo del carruaje.

Cuando llegaron, el señor Withers les abrió la puerta. Lilly se dio cuenta de que el hombre aún parecía inquieto, pero lo que realmente le sorprendió es

que no los acompañó hasta el dormitorio de su señor, tal como había hecho en todas las visitas anteriores.

Ayudó a su padre a subir el largo tramo de escaleras y a recorrer el pasillo que conducía a las habitaciones de *sir* Henry.

—Apóyese en mí, padre —dijo, agarrándolo del brazo—. Ya casi estamos.

Empujó la puerta y se quedó perpleja al ver al doctor Graves de pie en el vestidor de *sir* Henry.

—No esperábamos que estuviera usted aquí —dijo Lilly.

—Me ha llamado el señor Marlow.

—Y a nosotros también.

Antes de que alguno de los dos pudiera decir algo más, a su padre le fallaron las rodillas. El doctor Graves se apresuró a sujetarlo por un brazo al tiempo que ella lo agarraba del otro, y entre ambos lo sentaron en un sillón. Con las manos temblorosas, el boticario sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la frente, perlada de sudor.

—¡Qué cantidad de escalones!

Unos momentos después volvió a abrirse la puerta y entró el señor Shuttleworth con su bastón en la mano. Antes de darse cuenta de que había otras personas en la habitación, se quitó la elegante levita, y al verlos puso cara de asombro.

—¡Santo cielo! El viejo debe de estar pero que muy mal.

Lilly asintió. Su corazón empezó a latir con más fuerza al pensar en la explosión de pena y rabia de Roderick Marlow que había presenciado el día anterior. Fuera lo que fuese, lo que se avecinaba no iba a ser agradable.

Se abrió la puerta de la habitación interior, que daba al dormitorio privado de *sir* Henry, y entró Roderick Marlow. Se quedó de pie en el umbral, con las manos en las caderas, echando fuego por los ojos. Le pareció que tenía la cara incluso más demacrada que el día anterior, y sus extraños ojos, amenazantes y desenfocados, parecían los de un perro rabioso.

Al reparar en ella, pareció vacilar.

—Señorita Haswell... usted no debería estar aquí —espetó, y señaló la puerta extendiendo el brazo—. Venga, váyase.

Hizo un esfuerzo para mantener su mirada sin pestañear.

—Voy a quedarme para ayudar a mi padre a hacer lo que sea que necesite usted de nosotros.

—Como desee —dijo, tras dudar por un momento. Utilizó el brazo que había extendido para frotarse la parte de atrás del cuello—. No puedo decir que me sorprenda, la verdad. Todo el mundo sabe que la inteligente hija del boticario es quien dirige la tienda desde hace unos meses. La que maneja los hilos de la impotente marioneta que es ahora su padre.

Después de su reciente amabilidad no se esperaba eso y lo encajó como un golpe bajo. Su padre abrió la boca como si fuera a protestar, pero inmediatamente bajó la cabeza, completamente derrotado. Ella le apretó el hombro para animarlo.

—Charles Haswell es el mejor boticario que ha habido jamás en Wiltshire.

—Eso es lo que a todos nos gustaría creer. Hoy tendrá la oportunidad de demostrarlo. O de perder su reputación de una vez para siempre.

Asombrada, Lilly abrió la boca, pero no consiguió emitir palabra alguna.

Marlow entró en la habitación hablando como un poseso.

—¡A ver, ustedes, excelsos profesionales de la medicina! Todos ustedes dicen que tienen el poder de sanar las enfermedades y mejorar la salud de los enfermos, pero lo único que mejoran es sus propias bolsas. He leído los documentos que establecen a quién debe permitírsele tratar qué dolencias. Por lo que veo, no les interesan los pacientes, sino sus propios intereses profesionales y económicos.

Señaló con el dedo hacia la habitación de su padre.

—El doctor Foster se ha quedado aquí esta noche y parte de la mañana. Parece que todos ustedes han tratado a mi padre y lo han atiborrado de pociones y píldoras que, al final, lo único que han logrado es dejarlo completamente inconsciente. Todos han tratado a mi padre durante esta

última semana, ¿no es así? —. Hizo una pausa y atravesó a todos con la mirada.

Lilly estaba desconcertada. Aparte de su padre, no sabía que los demás habían estado visitando también a *sir* Henry. ¿Por qué no se lo había dicho nadie?

—*Lady* Marlow me hizo llamar hace tres días —se defendió el doctor Graves—. Hice lo que pude por *sir* Henry, aunque la verdad es que había muy poco que hacer, pero cuando me marché todavía estaba lúcido.

Su padre asintió, confirmando las palabras del médico.

—Esa misma tarde me llamaron para ver a *sir* Henry. Lo encontré débil, pero estable.

Las cejas del señor Shuttleworth estaban levantadas de forma poco natural, como si no diera crédito a lo que estaba oyendo.

—El abogado de *sir* Henry me pidió que emitiera una opinión sobre su estado hace dos días. Pensaba que su cliente no estaba recibiendo la mejor atención médica.

La mente de Lilly era un mar de confusiones que se traslucían en su expresión.

—El señor Withers nos avisó, quiero decir, avisó a mi padre, otra vez ayer. Yo acudí en su lugar.

El señor Marlow volvió a ponerse delante de ellos dando largas zancadas, impaciente.

—Y entonces cada uno de ustedes lo atiborró de elixires y pastillas que, en conjunto, lo han llevado al estado de coma en que se encuentra. Pues ahora trabajen juntos para que se recupere.

Lilly negó con la cabeza, completamente desalentada. *Sir* Henry ya estaba inconsciente el día anterior, pero no hizo ningún intento para autoexculparse. Para ella, si su padre tenía alguna responsabilidad, ella también. La última vez que vio a Roderick Marlow ya se dio cuenta de que buscaba a alguien a quien echarle la culpa. Y ahora parecía haber encontrado su cabeza de turco. Varios, para ser exactos.

—Sé que no van a intentar reanimar a mi padre por caridad —siguió Marlow—. Ni hacia él ni hacia mí. Y, por lo que se ve, la compensación económica tampoco ha sido motivación suficiente hasta este momento. Así que lo que pongo ahora encima de la mesa es la amenaza. El castigo. Yo no tengo poder para curar a mi padre, pero sí para arruinarlos a ustedes. Para destruir su credibilidad profesional, su reputación, la de todos y cada uno. ¿Sería más adecuado para ustedes, más eficaz en términos médicos? ¿Sanarán ahora a mi padre estando esto encima de la mesa?

Sintió el miedo como una arcada de bilis en la boca. Roderick Marlow seguramente estaría borracho, o hasta podría haber enloquecido. Nunca lo había visto en esa situación. Apenas era capaz de reconocer a ese hombre, furioso y desesperado, como el mismo al que había besado en los establos hacía muy poco.

Marlow se detuvo ante su padre y apoyó el cuerpo sobre uno de sus pies.

—Haswell, el hecho de que usted hiciera regresar de la muerte a mi abuelo se ha hecho legendario. Lo cual resultó muy conveniente para usted, para que la gente no tuviera en cuenta a su voluble esposa y a su estúpido hijo. Desde entonces han acudido a usted en masa buscando su consejo y sus supuestas curaciones. Ya ha vivido suficiente de su «milagro».

»Shuttleworth —continuó, volviéndose hacia el cirujano—, usted llegó a la zona enarbolando su experiencia adquirida por todo el mundo y sus remedios traídos de tierras muy distantes. Ahora tiene la oportunidad de superar a sus rivales.

»Y usted, doctor Graves —espetó, torciendo el gesto—. Usted, con su privilegiada formación en Oxford, que nos recuerda a todos una y otra vez, aproveche la ocasión para demostrar sus conocimientos, seguramente muy superiores a los de un cirujano o un boticario, ambos con una formación mucho menos amplia.

Volvió a poner los brazos en jarras.

—Personalmente, me da igual quién de ustedes lo logre. Pero si ninguno consigue que mi padre recobre la consciencia antes de morir, sus respectivos medios de vida morirán con él. —Miró una vez más a Lilly—. Señorita

Haswell, debería haberse marchado cuando tuvo la ocasión.



Roderick Marlow cerró dando un portazo y nadie habló ni se movió siquiera hasta que el eco del tremendo ruido se esfumó. Los cuatro entraron despacio en el dormitorio de *sir* Henry y se aproximaron a la cama. Estaba muy rígido y tenía la tez gris y cenicienta.

—¡Dios mío! Sí que está en las últimas.

El doctor Graves se inclinó para escuchar el corazón del enfermo. El señor Shuttleworth levantó los párpados caídos de *sir* Henry y le palpó el abdomen. Su padre lo agarró por la muñeca.

—El pulso es rápido, pero muy débil.

Empezaron a hablar del tratamiento de cada uno para intentar dilucidar si podrían haber entrado en conflicto.

—Yo le di una dosis de digital para la hidropesía, pero muy baja —informó el doctor Graves—. No puede haberle producido esto...

—¿Digital? —preguntó Shuttleworth, dubitativo—. ¿No cree que una infusión de enebro o de beleño habría sido menos arriesgada?

—Caballeros, por favor —intervino Lilly—. No nos tiremos los trastos a la cabeza. Intentemos encontrar una solución.

—¿Una solución? —exclamó el doctor Graves, alzando la voz con incredulidad—. Este hombre se está muriendo. No hay solución posible.

Lilly se concentró como pocas veces lo había hecho, indagando en su privilegiada memoria a la búsqueda de alternativas. ¿Podía ella, o alguno de los demás, encontrar una salida a esta tremenda situación? La verdad es que no había médico, cirujano ni boticario capaz de hacer algo por *sir* Henry. Ni por su desesperado hijo.

Necesitaban un milagro.



La puerta de la habitación se abrió de repente. Al volverse, Lilly vio a Francis Baylor en el umbral. Prácticamente había perdido el aliento. Se sintió inmensamente aliviada al verlo.

—¡Francis! ¿Te han convocado a ti también?

Francis echó un vistazo a la habitación y a todos sus ocupantes.

—No, pero la señora Mimpurse me contó lo del cambio de testamento. Al no encontrar al señor Shuttleworth ni a ninguno de vosotros me preocupé mucho. Pensé que sería mejor que viniera a ver si podía ayudar de alguna manera.

—¿Tienes en mente algún remedio? —le preguntó el señor Shuttleworth.

Francis entró en la habitación y puso la mano sobre la pálida frente del *baronet*. Parecía claro que el viejo no iba a seguir mucho tiempo en este mundo.

—Me temo que no. No obstante, he tenido que decirle a Withers que pensaba que sí solo para que me dejara entrar.

—¿Qué es eso del cambio de testamento? —preguntó el doctor Graves.

Lilly, hablando muy bajo, les contó confidencialmente lo que a su vez le había contado a ella el señor Marlow sobre el cambio en el testamento de su padre que, según sospechaba, era la razón fundamental de las amenazas proferidas hoy. A no ser que... ¿Sería el objetivo del joven Marlow lograr el perdón de su padre?

Se abrió de nuevo la puerta y Roderick Marlow entró en la habitación dando grandes zancadas.

—¿Qué es eso de que podría haber un remedio, Baylor? —preguntó desafiante.

—Tras haberlo examinado, creo que ninguno de nosotros puede hacer nada por *sir* Henry, excepto rezar.

Marlow extendió las manos mostrando su disgusto.

—Pero, señor Marlow, le sugiero que permanezca aquí con su padre —dijo Francis tranquilamente—. Pase a su lado todo el tiempo que pueda, señor Marlow. Háblele. Es probable que, aunque no pueda hablar, sí pueda oírle.

Los ojos de Marlow se iluminaron durante un momento.

—¿Cree usted realmente que podría?

Francis asintió.

—Creo que lo mejor sería que todos nosotros les dejáramos solos y en paz, señor.

—Ninguno de ustedes se va a ir a ninguna parte —espetó Marlow, cruzando los brazos y entornando los ojos—. No hasta que hayan hecho lo que deben. Para eso los he llamado.

—No vamos a marcharnos, señor. Solo vamos a pasar al vestidor. —Francis mantuvo la agresiva mirada de Marlow sin pestañear—. Le doy mi palabra, caballero; no nos marcharemos hasta que usted no nos lo indique.

Roderick Marlow dudó y se quedó mirando a Francis, como si midiera con la mirada al joven. A Lilly le sorprendió mucho que, finalmente, asintiera y volviera junto a su padre.

Los demás fueron andando hacia la puerta. El doctor Graves y ella agarraron cada uno un brazo de su padre y entre los dos lo condujeron hasta la butaca del vestidor. Francis se encargó de cerrar la puerta del dormitorio cuando todos habían salido.

Mientras ayudaba a sentarse al señor Haswell en el mullido sillón, Adam Graves recordó sin proponérselo la velada amenaza que le hizo *lady* Marlow a Roderick en la cima de Adam's Grave. ¿Tendría aquello alguna relación con lo que estaba pasando y con las amenazas que ellos habían recibido? ¿Era la nueva redacción del testamento, sobre todo la enorme cantidad que se le había asignado a ella, a lo que se había referido en aquel momento? Si se tratara de eso, no le sorprendía que Marlow estuviera fuera de sí.

Adam hizo un enorme esfuerzo para mantenerse en calma y pensar. Se volvió hacia el padre de Lillian.

—Señor Haswell, si es cierto que usted devolvió la vida a un hombre, ¿no sería capaz de repetirlo?

—De verdad, señor Haswell —dijo Shuttleworth, adhiriéndose a la petición—. Si fuera usted capaz de sacarnos de este embrollo, le estaría

eternamente agradecido.

La señorita Haswell colocó la mano sobre el brazo de su padre.

—Nosotros sabemos la verdad, ¿no es así, padre? Puede que sea el momento de hacerla pública.

Charles Haswell la miró como si fuera a negarse, pero finalmente suspiró.

—Yo no soy capaz de hacer milagros. Nunca lo he sido.

—Sin embargo, las noticias sobre eso han llegado muy lejos, incluso a Londres y Oxford —insistió Adam—. Ha pasado a convertirse en una especie de leyenda. Tengo entendido que, en ese momento, se encontraba allí el doctor Thomas Bromley y fue testigo de todo. Él certificó que aquel hombre estaba realmente muerto.

—Yo lo intenté todo —explicó el señor Haswell, asintiendo—, pero nada surtió efecto. No puse en práctica ninguna cura milagrosa. Lo que sí hice, presa de la desesperación, fue caer de rodillas, en esta mismísima habitación, y rezar por que se recobrara. —Haswell miró a su hija con los ojos bañados en lágrimas—. Mi hijita estaba junto a mí.

La señorita Haswell lo tomó de la mano. Ella también tenía lágrimas en los ojos.

—Puede que eso sea lo que haya que hacer ahora, otra vez —sugirió el señor Baylor en voz baja.

—Debo reconocer que hace mucho tiempo que no hago eso —dijo Charles Haswell inspirando profundamente.

La señorita Haswell mantuvo agarrada la mano de su padre y lo ayudó a ponerse de rodillas al lado del sillón. El señor Baylor se unió a ellos y los tres inclinaron la cabeza para rezar.

Adam los miró y se sintió avergonzado. A su lado, el señor Shuttleworth también parecía incómodo. Sus miradas se encontraron un momento y Adam se encogió de hombros. Consideró la posibilidad de arrodillarse junto a ellos, pero le pareció una tontería. Se dio cuenta de que Shuttleworth permanecía de pie, pero con los ojos cerrados. Él hizo lo mismo.



Arrodillada junto a su padre, Lilly sintió que empezaban a dolerle las piernas y pensó que su padre también se sentiría incómodo. Lo miró, pero todavía tenía los ojos cerrados y cara de intensa concentración. A su lado, Francis también mantenía los ojos cerrados y la frente apoyada sobre las manos entrelazadas. Como si estuviera sintiendo que lo estaba mirando, abrió los ojos y la miró. En un acuerdo tácito y silencioso, ambos se levantaron y, susurrando, animaron al señor Haswell a que se levantara y se sentara a descansar. Entre ambos lo ayudaron a acomodarse de nuevo en el sillón.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó *lady* Marlow, sorprendiéndolos a todos. Había entrado sin que nadie se diera cuenta. Llevaba un sencillo vestido de diario y su cabello pelirrojo mínimamente recogido. Se quedó de pie en el umbral de la puerta del vestidor, mirándolos a todos de hito en hito. Finalmente, fijó los ojos en el doctor Graves.

El médico se aclaró la garganta.

—El señor Marlow nos ha llamado a todos para ver qué podíamos hacer por *sir* Henry.

—¿Pero entonces qué hacen aquí fuera?

—Rezar —contestó Francis al ver que el doctor Graves dudaba—. *Lady* Marlow, me temo que poco se puede hacer ya por su marido —añadió en voz baja y triste.

Durante un momento, la mujer se quedó helada y sus labios formaron un óvalo rosa que denotaba genuina sorpresa.

—El señor Marlow está ahora a solas con *sir* Henry —explicó Francis—, despidiéndose.

Lady Marlow suspiró como si de repente se sintiera agotada. Arrugó la cara como si en un instante hubiera envejecido diez años.

—¡Pobre hombre! —murmuró sombríamente. Lilly se preguntó a cuál de los dos se referiría, si al padre o al hijo.

De repente se abrió la puerta del dormitorio y todos volvieron la cabeza a

la vez, aunque con cautela. Roderick Marlow apareció en el umbral. Las lágrimas le corrían inconteniblemente por las mejillas. Sin prestar atención al resto de personas que había en la habitación, buscó la mirada de Lilly.

—Le pedí perdón... y... me apretó la mano. —Su rostro se contrajo de la emoción—. Me reconoció...

Lilly también notó cómo las lágrimas empezaban a correr sus propias mejillas al entender el significado de lo que le estaba diciendo. No dejó de mirar sus ojos brillantes.



El resto del grupo también estaba conmovido y, por supuesto, aliviado al comprobar que Roderick Marlow había recuperado la cordura. En pocos minutos les dijo que podían marcharse, visiblemente arrepentido por su comportamiento, tan agresivo e irracional. Dada la situación de su padre, todos parecían más que dispuestos a perdonar al futuro *baronet, sir* Roderick Marlow.

Sir Henry no recobró la consciencia.

No hubo milagro. Esta vez las plegarias no obtuvieron respuesta.

¿O sí? Lilly recordó la cara de asombro y de alivio de Roderick Marlow cuando pronunció estas palabras: «Le pedí perdón y me apretó la mano. Me reconoció».

Así que, después de todo, quizá se había producido un nuevo milagro.

Capítulo 44

«¿Qué es una mala hierba?

Una planta cuyas posibilidades aún no han sido descubiertas».

RALPH WALDO EMERSON

Durante la febril actividad que siguió: llevar a su padre a casa y meterlo en la cama, contarle a Mary y a la señora Mimpurse todo lo que había pasado y controlar dónde estaba Charlie, Lilly no volvió a ver a Francis. Quería agradecerle que hubiera ido a Marlow House y hablar de los acontecimientos del día. Le habría gustado que fuera a la tienda al final de la tarde, pero ya era bastante tarde y estaba segura de que se habría retirado a descansar. ¿O se habría quedado allí como deferencia hacia el doctor Graves?

Cuando se puso por fin el camión y se fue a la cama no pudo dormirse. Aparte del estrés provocado por lo que había pasado, no podía dejar de pensar en Francis Baylor. Pese a que era el hombre más joven de todos los que se habían juntado ante el señor Marlow, había sido el que se había hecho cargo de todo y el que había sugerido que rezaran juntos. También recordó su rapidísima intervención tras la caída de Mary y lo enormemente amable que era con ella desde entonces.

Tampoco podía olvidarse de su figura, alta y atlética, de su fuerte mandíbula y el hoyuelo de la barbilla, de sus ojos color chocolate y su profunda mirada. Evidentemente, Francis Baylor había cambiado muchísimo desde su regreso a Bedsley Priors. ¿O era ella la que había cambiado?

Ahora entendía lo que la señorita Robbins había visto en Francis hacía mucho tiempo, y ella misma sintió una atracción parecida. Al pensar en la manera tan firme en que lo había rechazado sintió una fuerte punzada de arrepentimiento.

Lilly no paraba de dar vueltas en la cama. De todas formas, solo era un asistente, un empleado de botica. El doctor Graves era médico, y por tanto un caballero. Muy probablemente, con el tiempo se trasladaría a otro lugar a ejercer su profesión. Hasta es posible que volviera a Londres. En cierto modo, esos argumentos le parecían ahora bastante huecos e insustanciales.

No obstante, Lilly se preguntaba por qué de repente sentía cierta timidez al pensar en el momento en que volviera a ver a su viejo amigo. Con toda probabilidad Francis pasaría por la tienda al día siguiente, ¿no? Ya le daría las gracias al día siguiente, y seguramente se le habría pasado ese sentimiento tan extraño.



A la mañana siguiente alguien entró en la tienda y Lilly salió corriendo a recibirlo. Pero no era Francis. Ni Adam Graves. Se trataba del doctor Foster.

—Sé que es temprano y que sin duda se está recuperando de un día ajetreado como el de ayer —empezó, quitándose el sombrero—, pero me temo que debe dispensarme un remedio.

Su tono era sorprendentemente amable.

—Por supuesto. —Se trasladó al mostrador y tomó la pluma—. ¿Qué necesita?

Jugueteó con el ala del sombrero. Estaba nervioso, no había duda.

—Hierba de san Juan para infusión, en polvo. Para quince días, un gramo

por día.

—¿Para...? —preguntó, después de asentir.

Se le quedó mirando.

—Estoy seguro de que usted, siendo experta como sin duda lo es, sabe perfectamente para qué se utiliza esta hierba, señorita Haswell.

—Sí, lo sé, pero...

—Bien. Y también estoy seguro de que puede calcular el precio de cabeza, ¿o quiere que lo haga yo?

—Doctor, lo que necesito saber es quién es el paciente. Para nuestro registro.

—¡Vaya, vaya! ¡Llevan un registro! Haswell's está mejor gestionada de lo que creía.

¿Estaba siendo sarcástico? No sabía qué pensar.

—Gracias. Lo hacemos lo mejor que podemos.

Inspiró con fuerza durante un momento.

—Es para la señora Chester Somersby, de Honeystreet. ¿Conoce a la familia?

—Por supuesto que sí —contestó Lilly, bajando la pluma.

—La pobre mujer sufre de los nervios. ¿Tiene suficientes polvos a mano, o vuelvo más tarde a por el preparado?

Lilly se quedó mirando al hombre. ¿Acaso no sabía lo que estaba pidiendo?

—No me importa volver después —dijo.

—No puede.

—Pues claro que sí. No queda lejos.

—Lo que quiero decir es que no puede usted administrarle hierba de san Juan a esa señora. Una vez tuvo una reacción muy negativa cuando la tomó.

—No tengo noticias acerca de tal reacción —dijo, mirándola tranquilamente.

—Yo sí. Y también el doctor Graves. Pregúntele a él si no me cree.

La miró a los ojos con desfachatez.

—El doctor Graves sigue mis indicaciones y me mantiene informado de cualquier incidencia o irregularidad. No se preocupe, señorita Haswell. ¿Paso a recoger el pedido, digamos, a las cuatro? —Se volvió a poner el sombrero con habilidad, se dio la vuelta sin esperar su respuesta y salió de la tienda a toda prisa.

Lilly estaba asombrada. Sintió en el estómago una mezcla de enfado, angustia y temor. O bien no sabía lo que estaba haciendo, o lo fingía para sus propios fines. Fuera como fuese, la señora Somersby no era la única que corría peligro.



Estuvo tan ocupada durante todo el día que no tuvo tiempo para pedir consejo a nadie. Y a las cuatro en punto el doctor Foster entró en la tienda y se colocó ante ella; solo los separaba el mostrador, como una inútil barricada.

—¿Acaso se niega a dispensarme lo que le he pedido?

—Por lo que veo, no ha tenido la oportunidad de hablar con el doctor Graves. En cuanto lo haga, sabrá que...

—¿Sí o no? —preguntó bruscamente y elevando la voz—. ¿Me va a dispensar la medicina que le he prescrito a la señora Somersby o no lo va a hacer?

—No tengo ningunas ganas de pelearme con usted, doctor Foster. Pero, en conciencia, no puedo hacer lo que me está pidiendo.

—Por última vez, niña. ¿Se niega usted a proporcionarme la medicina que he prescrito?

—Sí, me niego —dijo, tragando saliva.

El hombre asintió, claramente enfadado, aunque no le pareció que estuviera sorprendido. Y también creyó notar que estaba satisfecho con lo que había ocurrido.



Aun dejando la tienda desatendida pese a que todavía no eran las cinco, Lilly subió casi corriendo por la calle High y recorrió la estrecha Milk Lane hasta llegar a Shuttleworth. Quería asegurarse de que el doctor Foster no había ido allí a obtener la medicina que quería administrarle a la señora Somersby. Vio al señor Shuttleworth de pie junto a su gran mostrador central secando frascos de cristal con medidas con un paño blanco e inmaculado. Suspiró aliviada cuando supo que el doctor Foster no se había pasado por la botica en todo el día. Apoyó los codos en el mostrador y le contó a Shuttleworth su discusión con el viejo médico.

—¡Vaya, querida! Me temo que eso no ha sido muy acertado —dijo el cirujano-boticario haciendo un gesto de disgusto.

Muy sorprendida, se echó para atrás. Lo que esperaba era un poco de comprensión.

—¿Y qué iba a hacer, si no?

—¿Pero negarse a hacerlo...? —Lionel Shuttleworth soltó el aire silbando un poco.

—No tenía elección.

—¿No lee usted los periódicos?

—Apenas tengo tiempo ni de leer las facturas ni de pasarlas al libro de contabilidad, o sea, que de los periódicos ni hablemos.

—¿Y no ha oído hablar de la Ley de los Boticarios, que se ha aprobado recientemente?

—Creo que Francis me dijo algo, pero no presté demasiada atención.

El señor Shuttleworth se inclinó hacia delante y notó la preocupación en sus ojos.

—Entre otras cosas, una cláusula de esta nueva ley impone graves sanciones a cualquier boticario que rehúse dispensar medicinas que haya prescrito un doctor.

—Me toma el pelo.

—Hablo completamente en serio.

—¿Desde cuándo lo sabe?

—Ha estado a la espera de aprobación del Parlamento durante bastante tiempo y entró en vigor el uno de agosto.

Con qué facilidad había caído en su trampa.



Adam Graves caminaba despacio por la calle High de camino a Haswell's para recoger dos recetas que había encargado. Sabía que la señorita Haswell le agradecía que le hiciera los encargos a ella, pese a que Shuttleworth's estaba más cerca de su consulta. Generalmente le gustaba utilizar esa excusa para poder verla. Pero hoy temía el encuentro que se iba a producir y las noticias que debía transmitir.

Cuando se enteró de que existía la posibilidad de una colaboración en el pueblo natal de la señorita Haswell pensó que se trataba de un regalo del cielo. Pero ahora estaba empezando a parecer una especie de prueba. Y parecía que finalmente la prueba iba a fallar.

Dudó al llegar a la puerta, suspiró profundamente y la empujó. La señorita Haswell hizo una inclinación de cabeza a modo de saludo. Esperó a que la señorita Primmel pagara sus compras y les dijera adiós a ambos antes de acercarse al mostrador.

La señorita Haswell le dio el pedido sin su habitual sonrisa y con expresión tirante.

—¿Ha hablado con el doctor Foster sobre la señora Somersby? Por favor, dígame que no ha obtenido la hierba de san Juan en otra botica.

—No, no lo ha hecho. Va a utilizar otro tratamiento.

—No sabe lo que me alivia saberlo —dijo, exhalando un suspiro—. Así que finalmente lo entendió, ¿no?

—Yo no diría eso. —Se sorprendió a sí mismo manoseando el paquete que le había dado—. Le describí la reacción de la señora Somersby, pero me

dijo que era más probable que la hubiera causado la verbena que usted sugirió para su... otro problema.

—Pero lo consulté con mi padre y él estuvo de acuerdo. La verbena no produciría...

—Sí, sí, intenté explicárselo, pero ni siquiera me escuchó.

—Tendría que haberlo obligado a que le escuchara.

—Me da la impresión de que no hago muchas cosas que usted piensa que debería hacer —dijo, bajando la mirada.

—Doctor Graves, no era mi intención... —Alzó un poco la voz y utilizó un tono conciliador.

—En cualquier caso —continuó él, haciendo un esfuerzo por retomar el asunto principal—, me temo que ha escrito a su asociación informando de su negativa a suministrarle la prescripción que hizo.

—¿A la Sociedad de Boticarios? —preguntó—. No me puedo creer que malgastara su tinta en eso, dado el escaso respeto que le tiene a la profesión.

—Creo que está equivocada, señorita Haswell. No detesta a los boticarios en general.

Vio que se mordía el labio. Estaba claro que comprendía perfectamente lo que le había dicho.

—Probablemente no ocurra nada. La última vez que tuvimos un problema con la Asociación, lo único que recibimos fue una advertencia.

Negó con la cabeza. «¿De verdad puede ser tan ingenua?».

—La ley ha cambiado mucho desde entonces.

—¿Y qué espera conseguir?

—Pues creo que es más que evidente. Quiere ver Haswell's cerrado, fuera del negocio.

Se quedó blanca.

—¿Y no puede usted hacer algo?

Ya estábamos otra vez. Era culpa suya. Otro fracaso.

—¿Qué quería que hiciera? —exclamó, alzando la voz—. ¿Robar su carta

del correo?

Notó su disgusto de un solo vistazo, así que respiró hondo e hizo un esfuerzo para hablar con calma.

—En este momento poco puedo hacer, pero quería avisarla. Y le haré saber todo lo que pueda averiguar.

—Gracias —murmuró.

Sintiéndose a un tiempo indignado y derrotado, se dio la vuelta y se marchó. ¿Por qué Lillian no había centrado sus críticas exclusivamente en Foster? Parecía que su asociación provisional no estaba funcionando en absoluto como había esperado.

Poco antes de llegar a la consulta de Foster, vio a Bill Ackers saliendo de ella. ¿Qué había ido a hacer allí el alguacil? Entonces se fijó en que el hombre contaba varios billetes de banco y se los guardaba en el bolsillo.



La semana siguiente, el doctor Foster llegó a la consulta acompañado de dos hombres.

—Graves, venga un momento.

A Adam no le gustó en absoluto la forma autoritaria del veterano médico de dirigirse a él. Pese a ello, se puso la levita, salió de su despacho y se dirigió al vestíbulo de recepción.

—Bueno, aquí lo tenemos —empezó Foster, dirigiéndose a sus visitantes—. Les presento al doctor Adam Graves, el joven asociado del que les he hablado. Aún le falta experiencia, pero está trabajando bastante bien. De momento.

Adam procuró no poner mala cara e hizo una inclinación para saludar a los recién llegados. Uno de ellos tenía aproximadamente la edad de Foster. Vestía bombachos y una levita negra de doble botonadura. Sobre el chaleco llevaba anudado un pañuelo de encaje. Tenía el pelo demasiado negro para un hombre de su edad, bastante superior a los cincuenta años, por lo que se

notaba a la legua que lo llevaba teñido. Completaban su atuendo unas lentes de ver de cerca y el bastón de paseo.

—Permítame que le presente a Mortimer Allen, un gran amigo, casi podríamos decir que de toda la vida —empezó Foster. El hombre inclinó la cabeza, pero no mostró excesivo interés en la presentación.

—Y este es John Evans, su... asociado.

Graves dedujo que el señor Evans rondaba la cuarentena, y vestía levita y pantalones sencillos, pero presentables. Se notaba que estaba en una forma física excelente, aunque no destacaba por su excesiva corpulencia. Su pelo, de color rubio oscuro, no era demasiado abundante, aunque le caía sobre la frente en una especie de flequillo.

—¿Qué tal está? —saludó Evans. El hombre lo miró de arriba abajo y Graves se sorprendió a sí mismo estirándose lo más que pudo.

—¿Y qué les trae por Bedsley Priors, caballeros? —preguntó Graves educadamente.

Mortimer Allen abrió un poco la boca, pero se volvió hacia Foster en lugar de contestar.

—Una simple visita —terció Foster—. Van de camino a Bath a tomar las aguas. La verdad es que yo no creo que aporten ningún tipo de beneficio medicinal, pero tienes mi beneplácito si deseas demostrarme que estoy equivocado, Mortimer.

—Sería todo un acontecimiento demostrar una equivocación tuya, te lo aseguro.

—Bueno, vamos arriba a tomar una copa de oporto y a fumar unos puros. También tengo arenques y queso, ambos de muy buena calidad.

—Te seguimos —dijo el tal Mortimer.

—Vayan ustedes, caballeros —dijo John Evans—. Les dejo, yo prefiero dar un paseo.

El individuo tenía un ligero acento que Graves no fue capaz de identificar del todo después de oír tan breves palabras.

—¿Está usted seguro, Evans? —preguntó Mortimer Allen.

—Claro que sí. Prefiero estar solo. Seguro que hay alguna taberna por aquí cerca.

—No llegue tarde. Mañana tenemos que levantarnos temprano.

—No lo he olvidado.

Los dos caballeros mayores subieron las escaleras hacia los aposentos privados de Foster.

—Si es usted tan amable de mostrarme el camino adecuado, no le molestaré más —dijo Evans mirando a Graves.

—¿Le importa que le haga compañía? —preguntó Graves, que sentía curiosidad por el individuo.

—Como quiera.

Mientras caminaban hacia la taberna Hare and Hounds, Graves logró identificar el origen de su acento. Las vocales alargadas, las consonantes algo duras, las erres muy sonoras...

—¿Es usted galés? —preguntó.

—Sí, de la tierra de Dios —respondió sonriendo.

Entraron en la pequeña y sombría taberna y se sentaron en sendas banquetas acodados en el mostrador de madera, que estaba bastante limpio y muy pulido. Había dos hombres mayores sentados en las sillas cercanas a la chimenea. Adam reconoció a uno de ellos, el señor Owen. Sus perros estaban acostados a sus pies. Se alegró de que los animales no le prestaran atención.

Una vez que Freddy McNeal les sirvió sus dos medias pintas, Graves empezó a tantear a Evans.

—Pero ahora vive en Londres, ¿no es así?

—Tenía que encontrar trabajo, y en la capital hay más posibilidades.

—¿Y cuál es su trabajo, si no le importa que le pregunte?

El hombre tardó un rato en contestar mientras sonreía de forma ligera y algo extraña.

—Estoy empleado en una empresa de caballerizas de la ciudad. Pero también trabajo para el señor Allen.

Antes de que Graves pudiera pedirle que se explicara mejor, Evans se le adelantó.

—¿Y usted? ¿Para quién trabaja?

—Pues... me gustaría poder decir que trabajo para mis pacientes. Pero, empleando sus palabras, trabajo para el doctor Foster.

Evans asintió y dio un sorbo a su cerveza negra.

—¿Cómo es?

—Tiene las cosas muy claras. Y es un médico con mucha experiencia.

Evans hizo un gesto.

—Perdone, y le ruego que no se ofenda, pero nunca he tenido muy buena opinión de los médicos, se lo digo con toda franqueza.

—¿Y puedo preguntarle por qué?

—Pues claro, vamos con ello. En los años de la peste, cuando los ricos salieron corriendo de Londres hacia el campo como alma que lleva el diablo, les siguieron todos los médicos, dejando que los pobres murieran sin recibir la más mínima atención por su parte. Y los cirujanos se fueron detrás. Sin embargo, los boticarios se quedaron, todos, como un solo hombre.

—Así que los admira.

—Sí, claro que sí. Cuando alguien está sufriendo, tenga o no dinero, los boticarios ponen encima de la mesa los triunfos de la baraja de los que disponen para atenderles. Y eso es lo que me exaspera de...

—¿De qué?

—No se preocupe. Hasta aquí la media pinta de charla amarga —dijo Evans al tiempo que se levantaba—. Y ahora me voy a la cama.

Capítulo 45

«¡Todos los médicos son, en mayor o menor medida, unos charlatanes!

... Y lo que dicen siempre suele ser inútil e insustancial».

El primer duque de Wellington

A la mañana siguiente, Adam Graves bajó casi corriendo las escaleras desde la tercera planta, en la que tenía sus aposentos, pero cuando llegó a la planta baja se detuvo, estupefacto. Allí estaba John Evans. La mirada amable de camaradería de la taberna y la ropa poco llamativa habían desaparecido del todo. En vez de eso, el hombre llevaba un traje azul brillante adornado con docenas de borlas doradas. Su mirada era dura y no permitió preguntas.

«¿Qué demonios...?»

Oyó voces procedentes de la escalera. Allí estaba el señor Allen, vestido de negro y sin adornos, seguido del doctor Foster, con una taza de té del desayuno todavía en la mano. Foster se quedó algo sorprendido al ver a su joven asociado, pero la sonrisa no desapareció de su bigotuda cara.

—Debo despedirme de ti, Mortimer —dijo Foster, ofreciéndole la mano libre—. Gracias por venir a enfrentarte a la situación solo como tú puedes hacer.

El señor Allen le estrechó la mano.

—No hay de qué. Te pido disculpas de nuevo por no responder personalmente a tu primera carta. Pero te aseguro que, cuando termine el día de hoy, estarás más que satisfecho.

¿Qué significaba todo aquello? A Adam empezaron a asaltarle unas sospechas.

John Evans abrió la puerta para dejar pasar al señor Allen, pero cuando salieron, Graves vio que John Evans se ponía delante y dirigía la marcha de ambos.

—Va a ser un gran día para la medicina, Graves. Un gran día.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Adam, alejándose de la ventana.

—Se va a hacer justicia, joven. Justicia para la gente de la calle y para el Real Colegio de Médicos.

—No tengo la menor idea de a qué se refiere, señor. ¿Tiene algo que ver con sus amigos?

—Desde luego. Aunque solo uno de ellos es amigo mío. Mortimer y yo nos conocemos desde la niñez. Su padre le habría mandado a Oxford con mucho gusto, como hizo el mío. Pero supongo que a Mortimer le gustaba ejercer el poder, que gozaba siendo un pez grande entre los peces chicos. Creo que sabía desde el primer momento que terminaría siendo uno de los dirigentes de esos exprimidores de escarabajos y fabricantes de pociones apestosas.

—¿Cómo?

—Sí. Mortimer es el Superior de los Vigilantes de la Sociedad de Boticarios.

A Adam se le encogió el estómago ante lo que eso significaba.

—Los dos tenemos amigos con capacidad de maniobra en el Parlamento —continuó Foster— y nos llevamos ayudando el uno al otro a lo largo de los años. Ya sabe, la carta de un amigo puede dar un giro radical a las votaciones sobre cualquier ley. Yo diría que ambos tenemos amplitud de miras. El otro individuo no es más que el ejecutor de los exprimidores de escarabajos y está

a las órdenes de mi amigo.

—El señor Evans hablaba muy bien. Como un caballero, diría yo.

—¿Un caballero? Un secuaz a sueldo —dijo Foster casi estremeciéndose.

—¿Y qué van a hacer? —preguntó Adam. La cabeza le daba vueltas.

—Pues simplemente poner en su sitio cosas que llevaban demasiado tiempo descolocadas, curar viejas heridas que supuraban desde hace décadas. Acabar con la negligencia, con la arrogancia. ¿Negarse a preparar una receta prescrita por un médico? ¡Imperdonable! La nueva ley lo deja claro como el agua —dijo entre dientes antes de llevarse de nuevo a la boca la taza de té.

—Si se refiere a los Haswell y a esa receta suya, sabe de sobra que su negativa a prepararla estaba absolutamente justificada.

—Eso lo dice usted.

—Tengo el historial del paciente, que deja constancia de ello.

—Y yo tengo la ley. Y al Superior de los Vigilantes de la Sociedad de Boticarios, a la que pertenece ese pomposo Haswell.

—Puede ser que se apoye en la letra de la ley, señor, pero no en su espíritu. ¿No le parece superior el juramento hipocrático que hizo en su momento? El mandato supremo debe ser salvar una vida, no la ley.

—Esa es una opinión muy radical, joven. Y en nuestra profesión las opiniones políticas radicales no son bienvenidas.

—Usted ha hecho que vengan aquí a propósito, ¿verdad? Un viaje a Bath, vaya excusa... Se encuentran muy lejos de su jurisdicción, ¿no le parece?

—¿Y ahora quién se está apoyando en la letra de la ley?

—Esto no está bien, ni es justo. En este caso, los Haswell no han hecho nada erróneo ni ilegal.

—¿Quiere decir que «ella» no ha hecho nada erróneo? Me he fijado en su interés por la joven Haswell. Pero quizá se me haya pasado por alto alguna nueva ley que permita a las mujeres diagnosticar y prescribir medicinas y remedios. ¿Es así?

Adam se dirigió hacia la puerta.

—¡Quédese aquí, Graves! Se lo advierto, no interfiera de ningún modo. Si lo hace, le advierto que le espera un futuro de lo más deprimente.

Adam Graves agarró el picaporte y sintió en la mano su fría y metálica realidad.



Lilly abrió la puerta de Shuttleworth's y se asomó. El cirujano-boticario estaba solo, embebido en sus libros de contabilidad.

—Señor Shuttleworth, ¿sabe dónde puede estar Francis? No lo he visto en los últimos dos días.

—¿De verdad que no lo sabe? —preguntó él a su vez, mirándola con cara inexpresiva.

—¿Qué tendría que saber? —Sus sentidos se pusieron alerta inmediatamente.

—El señor Baylor se ha marchado. Ha dejado el empleo.

—¿Pero por qué? —preguntó asombrada.

—Tenía otros planes. ¿No se los había contado?

—No. No me ha dicho nada...

—Bueno... —El señor Shuttleworth se ajustó el pañuelo con gesto nervioso—. No creo que deba contarle sus planes si él no lo ha hecho.

—¡Lilly! —Charlie llegó corriendo por Milk Lane, moviendo los brazos como las aspas de un molino—. ¡Francis se va! —Se detuvo cuando llegó a su altura, doblándose y jadeando mientras recuperaba el aliento—. Acabo de verlo ir hacia el canal, arrastrando su maleta.

Lilly se quedó mirando a su hermano, aunque apenas fue capaz de distinguirlo, ni a él ni lo que le rodeaba. Por fin se enderezó.

—¿Te acuerdas del día que llegó? ¿Cuando manchó los zapatos de padre?

Lilly salió corriendo.



Llegó al canal sin aliento. Pensó que los pulmones se le iban a salir por la boca, no solo por la carrera, una de las más rápidas de su vida, sino por el cúmulo de emociones que la embargaban. Allí estaba Francis, subiéndose a la barcaza de su primo, que estaba atracada cerca del puente de Honeystreet.

—¡Francis!

Al verla dejó la maleta y el sombrero en la cubierta y saltó a la orilla. Después caminó hasta ella, que aún estaba intentando recuperar el aliento.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A Londres.

—¿A Londres? —repitió, sin entender nada. La cabeza le daba vueltas. ¿Se lo habría contado y se le había olvidado? ¿Así se sentía una cuando se le olvidaban las cosas? ¿Desorientada, aturdida, irracionalmente asustada?

—Supongo que ahora me toca a mí conocer un poco de mundo —continuó él—. Aprender cosas. Mejorar.

—¿Sin despedirte?

Asintió con rostro contrito.

—Pero yo quería hablar contigo, darte las gracias. —Tragó saliva, o más bien, se tragó la bocanada de pánico que le había subido por la garganta—. ¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—No te inquietes, Lilly. —Su sonrisa era triste—. No es la última vez que vas a verme.

Pensó en la vana promesa que su madre le hizo a Charlie. Pensó en el señor Lippert, el boticario de Little Bedwyn, que se quedó en Londres porque había muchas más oportunidades que en las zonas rurales.

—Eso no lo puedes saber, Francis.

Inclinó la cabeza y se la quedó mirado fijamente.

Ella respiró hondo, haciendo un gran esfuerzo para mantener la calma.

—Ya que has decidido ir a Londres, me gustaría darte el nombre de un boticario muy amable y profesional que conocí allí.

—¿Un boticario? ¿En uno de esos elegantes bailes a los que acudías tan a

menudo?

Una vez más notó su mirada fija en ella.

—Fui a su botica unas cuantas veces, cuando me sentía sola, supongo. Cuando echaba de menos mi verdadera casa.

—Me sorprende que tuvieras tiempo para echar de menos Bedsley Priors.

—Bueno, no solo el pueblo en sí, sino a mi padre, por supuesto. Y a Charlie, y a Mary, y... a ti.

Con los ojos cosidos a los de ella, dio un paso hacia delante.

—Lilly...

—¡Señor Baylor! —Era una voz joven y femenina la que lo llamaba. Al volverse vio a la señorita Robbins sonriendo y despidiéndose con la mano desde el prado de Mill Lawn—. *Bon voyage!*

Francis devolvió el saludo con rapidez antes de volver a centrar su atención en Lilly. A ella le dolió darse cuenta de que a Dorothea Robbins sí le había contado sus planes, mientras que a ella no. ¿Estarían comprometidos, al menos de palabra? ¿Acaso se entendían? ¿Desde hacía cuánto? Notó que empezaba a temblarle la mandíbula.

—En cualquier caso —empezó otra vez para borrar esos pensamientos de su mente y para no echarse a llorar—, el nombre del boticario es Lippert. Su hijo y él fueron muy generosos dándome consejos para revitalizar la tienda cuando estaba en apuros. —Lilly se atrevió a echar un vistazo y llegó a ver la figura de la señorita Robbins, que se alejaba—. Y tiene una hija encantadora.

—¿Y a mí qué me importa eso? —espetó él, levantando una ceja con gesto escéptico.

—Pues que es una joven adorable a la que le encanta todo lo que tiene que ver con una botica. Le apetece pasar su vida allí.

—¿Y tú quieres que la conozca? —preguntó, frunciendo el ceño.

«¿Quiero?». Lilly dudó.

—Bueno, para el caso de que alguna vez necesites ver una cara amable en Londres. No abundan.

Se quedó mirándola y sacudió la cabeza despacio.

—¿De verdad es eso lo que quieres que me ocurra, Lilly? ¿Qué encuentre en Londres a una muchacha encantadora y no regrese nunca?

—¡No! Yo... —Vaciló. Se sentía confundida. ¡Naturalmente que quería que regresara... pero no por Dorothea Robbins. «¿Me habré equivocado? ¿Es posible que Francis no haya vuelto a dedicar sus atenciones a Dorothea Robbins después de que yo lo rechazara?». Decidió probar con una pregunta—. ¿Piensas regresar?

Dio un resoplido y torció el gesto.

—No lo sé. No hasta que tú... Es decir... —Se pasó la mano por el pelo—. Este es el motivo por el que he intentado marcharme sin decirte adiós. —Se aclaró la garganta—. Lilly, sé que el doctor Graves es médico, y que él...

—¡Vamos, Francis! —le gritó su primo desde la barcaza—. ¡Tenemos que zarpar! El encargado de las esclusas de Reading se va a la cama a las ocho.

Francis levantó una mano pidiéndole que esperara y miró otra vez a Lilly.

—Tengo que marcharme.

—Pero...

—¡Francis, no podemos esperar más!

El joven le agarró la mano a Lilly y se la apretó. Era mucho más grande que la de ella.

—No importa lo que decidas, espero que seamos siempre buenos amigos.

Se dio la vuelta y saltó a bordo. La tripulación inició inmediatamente las maniobras para zarpar.

—¡Escríbeme! —gritó ella mientras el bote empezaba a alejarse de la orilla.

Pero Lilly sabía que Francis no era de los que les gustaba escribir. Su pobre madre recibía una carta en Navidad y otra por su cumpleaños, y eso porque Lilly estaba allí para recordárselo.

Vio alejarse la figura de Francis, que levantó la mano para despedirse. Al

ver el gesto, sintió un dolor en el pecho y se le llenaron los ojos de lágrimas. El canal volvía a llevarse a una persona muy querida para ella.

Se sentía vacía. Confundida. Dolorida. ¿Acaso había querido decir lo que ella pensaba, o lo que esperaba? ¿Pero por qué lo esperaba, si no le gustaba la vida que podía ofrecerle Francis, la que él anhelaba? Aunque, en realidad, sí tenía esperanza. Se había dado cuenta demasiado tarde de que sí la tenía. ¿Y qué pasaba con el doctor Graves? Se había separado de sus raíces para ir junto a ella a Bedsley Priors. ¿No tenía cierto compromiso con él?

Gimió. Fue una especie de plegaria no articulada. Después respiró hondo, soltó el aire e inspiró de nuevo. Se detuvo y aspiró el aire fresco despacio, preguntándose a qué olía. Era a algo dulce y remotamente familiar, pero no logró identificarlo. Cerró los ojos y volvió a aspirar, disfrutando del dulce olor. Pero en ese momento una pestilencia acre lo contaminó por completo.

—¡Lilly! —oyó gritar a Charlie—. ¡¡Liii-llyyyy!!

Se dio la vuelta rápidamente y miró hacia el pueblo. Por encima de los tejados se elevaba una columna de humo rosado, y debajo, Charlie bajaba corriendo hacia ella por Sands Road.

Fuego. Cerca de la tienda. Su padre estaba en la cama. «¡Dios mío, no!». Lilly corrió hacia su hermano.

—¡Lo está quemando, Lilly! —gritó Charlie—. ¡Lo está quemando todo! ¡Ha roto los preciosos tarros del abuelo! ¡Todo!

Lilly salió corriendo.



Adam Graves dobló la esquina y avanzó por la calle High. Una columna de humo se elevaba desde la calle, a la altura de la puerta de la botica Haswell's. Ya se había reunido allí un pequeño grupo de personas. Mortimer Allen, de pie al otro lado de la calle, observaba las operaciones con frialdad y aparente desinterés. John Evans salió por la puerta de la tienda, lanzó una caja a la hoguera, se dio la vuelta y entró de nuevo en la tienda.

Mientras corría por los adoquines, vio a su vez al señor Shuttleworth acercándose con su extraño trotecillo.

De repente, delante de Adam se plantó Bill Ackers, bloqueándole el camino y la visión.

—¡Deténgase!

Intentó rodear al fornido individuo, pero Ackers lo agarró del brazo con mano de hierro.

—Quédese aquí, doctor Graves. Imagínese lo que haría Foster si supiera que se ha entrometido en esto.

El ayudante de Ackers, muy parecido a él en tamaño y fuerza, es decir, una mole de individuo, sujetó a Shuttleworth cuando el cirujano, con el pañuelo descolocado, se lanzaba hacia delante. Miró asombrado a Adam por encima del enorme hombro del ayudante.

—¡Por el amor de Dios, Graves! —gritó—. ¡Haga algo!

—No puede hacer nada, ni él ni nadie, para detener esto —dijo Ackers—. Haswell's está causando muchos problemas. Estos caballeros han venido de Londres con papeles legales. —Señaló a John Evans, que volvía a salir de la tienda con una caja de hierbas secas—. Ese tipo del uniforme raro me los ha enseñado. Todo es legal.

—¡Foster le ha pagado! —exclamó Adam—. Usted sabía perfectamente lo que iba a pasar hoy.

—Yo solo hago mi trabajo, que es mantener la paz, ¿o no? Si usted fuera listo, procuraría también mantener el suyo.

Adam dejó de resistirse y se soltó del alguacil.

—Muy bien. Y ahora márchese a su consulta. Lo que está pasando aquí no le concierne.

Adam dio un paso atrás y se refugió bajo las sombras del árbol de lima que crecía en el prado. A través de las ondas de denso humo que salía de la fogata vio a la señorita Haswell, que llevaba en una mano un grueso libro y con la otra sostenía a su padre por la espalda.

Sus ojos se encontraron un momento y los de ella se iluminaron, pero al

ver que permanecía allí de pie, sin moverse, miró para otro lado, con rostro de profunda decepción. Adam se dio cuenta de que estaba pasándole otra vez. Que, de nuevo, el miedo se había apoderado de él y lo había paralizado y dejado helado. Lanzó al cielo una plegaria extraña y silenciosa. «¡Dios bendito, ayúdame!».

El agente de la Sociedad de Boticarios sacó de la tienda un gran frasco del siglo XVIII con el emblema de los Haswell, y al verlo Adam sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Notó cómo le hervía la sangre, avanzó a grandes zancadas y se detuvo delante de John Evans, que dudó al reconocerlo. Se le endureció la mirada, ya dura y gris de por sí, y el acento galés sonó mucho más reconocible.

—¿Qué pasa, que en su opinión no trabajo lo suficientemente rápido? ¿Se trata de eso?

—Por favor, deténgase, señor Evans... John. Los cargos que ha presentado el doctor Foster no son justos.

—Pensé que trabajaba para ese hombre.

—Sí. Pero puedo demostrar que la persona a la que le prescribió esa receta habría muerto de habersele administrado la medicina requerida.

—En ese caso, explíquesele al Superior de los Vigilantes —dijo, señalando con la barbilla hacia Mortimer Allen, que estaba al otro lado de la calle.

—No, John, te lo explico a ti, que eres un hombre de honor. Tu jefe y el mío se han confabulado contra este boticario, contra Haswell. ¿De verdad vas a destruir el modo de vida y el legado de un hombre inocente? ¿De un boticario noble y entregado a sus pacientes durante toda su vida?

Evans dudó.

—Tengo un escrito con dos cargos, por si uno fuera poco. ¿Me está diciendo que ninguno de los dos es cierto? ¿Que... esto —dijo, señalando la pila de objetos quemados y destruidos— no se atiene a la ley? —Por un momento, los ojos del individuo se ensombrecieron, como si le pidiera por favor que lo negara, que le indicara que su acción no era culpable e injusta.

—¿Cuál es el otro cargo? —preguntó Adam con cautela.

—Que una tal Lilian Haswell, mujer, ha estado ejerciendo como boticaria, diagnosticando y dispensando medicamentos y remedios de manera ilegal por no tener la cualificación requerida para hacerlo. ¿Puede probar que ese cargo también es falso?

Una vez más, Adam dudó, atrapado por los ansiosos ojos del individuo, de penetrante mirada, que casi lo traspasaban.

—No... puedo.

El señor Evans pestañeó.

—Pero ese es un cargo menor, sin lugar a dudas —añadió enseguida—. No debe implicar un castigo tan duro, en caso de ser cierto, y además habría que probarlo. No es un cargo por adulterar medicinas ni se ha producido ningún daño a nadie. Su padre ha estado muy enfermo, y ella lo único que ha hecho ha sido ayudarlo y apoyarlo.

Un brillo de comprensión iluminó los ojos de Evans, como si se hubiera dado cuenta de que las razones de Graves para interponerse iban más allá de lo profesional. Lo miró durante un rato más y finalmente le pasó el gran frasco y se dio la vuelta.

—¿Por qué se detiene? —le gritó el Superior de los Vigilantes—. ¿Quién le ha dicho que lo haga?

—Esto va bastante más allá de nuestra jurisdicción. Ya he hecho todo lo que voy a hacer.

—¡Pero no hemos terminado!

—Sí, hemos terminado.

John Evans empezó a alejarse rápidamente por la calle. Las borlas doradas brillaban sobre el uniforme azul brillante. En él, el efecto era majestuoso. Adam Graves tuvo la certeza de que se trataba de un caballero en el más amplio sentido de la palabra. Un hombre al que merecía la pena conocer.

El Superior casi echaba espumarajos por la boca de pura indignación y parecía como si él mismo fuera a continuar la tarea. Pero, al observar la

cantidad de personas que se habían congregado y el hecho de que el fornido alguacil y su no menos poderoso ayudante se estaban retirando, lo reconsideró y echó a andar detrás del agente uniformado.

Allí, de pie, con el humo entrándole hasta los pulmones por los ojos, la nariz y la boca, Adam siguió sujetando el precioso frasco de los Haswell, sintiéndose derrotado e inútil. Empezó a avanzar lentamente hacia la señorita Haswell, que a su vez dio un paso adelante al ver que se acercaba a ella. Por las mejillas le caían lágrimas incontenibles. La miró a los ojos y le ofreció el tarro. Él pensó en el gesto como en una especie de proposición. La joven lo agarró sin decir nada y, durante un momento, ambos lo sujetaron. Pero finalmente fue él quien lo soltó, se dio la vuelta y se marchó. También tenía lágrimas en los ojos, pero tuvo claro que lo que las causaba era solo el humo.

Capítulo 46

«El pasado es el principio del principio...el crepúsculo del amanecer».

H. G. WELLS

Se perdió mucho. Pero se habría perdido mucho más, prácticamente todo, sin la intervención del doctor Graves.

No obstante, Lilly no se sorprendió cuando, dos días después, lo vio aparecer en la tienda con el equipaje y el maletín médico. Le sorprendió que se hubiera afeitado el bigote, pues la zona de piel pálida sobre el labio superior era perfectamente visible, y eso le hizo sentir algo parecido a cierta ternura maternal.

Antes de hablar se aclaró la garganta, por supuesto.

—Como sabe —empezó, hablando en voz baja—, vine aquí para ver si funcionaba una asociación provisional. Y no ha funcionado —concluyó, sonriendo con tristeza.

—Lo siento —susurró.

—He renunciado a mi relación profesional con el doctor Foster —le informó después de asentir levemente—, aunque estoy seguro de que él habría roto el acuerdo si yo no me hubiera adelantado.

—No le culpo de nada, ni de tomar esa decisión, por supuesto, ni de lo

que ocurrió aquel día.

—Llega un momento, señorita Haswell, en el que un hombre debe admitir su derrota —afirmó, mirando al suelo.

Ella sabía que no hablaba solamente de su profesión.

—Por supuesto que no debe andarse con más juegos en relación con el doctor Foster, pero ¿no podría usted establecerse por su propia cuenta? —Acompañó el intento con una sonrisa irónica—. Sé dónde puede contratar a un cirujano por muy poco dinero.

—Gracias, pero sé que este pueblo no da para dos médicos que compitan entre sí.

—¿Acaso Foster no tiene intención de retirarse?

Se encogió de hombros, dando a entender que tal decisión le resultaba indiferente.

—Me da igual. Yo me marcho a Londres.

—¿A ejercer allí?

—Sí, pero no la medicina privada. Ahora sé que no soy persona adecuada para eso. —Con un gesto de la mano, cortó de raíz las objeciones que iba a plantearle antes de que les pusiera voz—. Mi intención es regresar al hospital Guy. Me ofrecieron un puesto docente antes de venir aquí y lo rechacé. Pero ahora lo voy a aceptar. No tengo la menor duda de que eso lo haré bien, pues me gusta mucho la vida académica, la enseñanza —explicó, haciendo un esfuerzo por sonreír—. Lo que no se me da tan bien es enfrentarme a la vida real.

Hizo una inclinación y se marchó sin decir nada más. Lo observó mientras se alejaba de ella, lamentando que se hubiera trasladado hasta allí solo para acabar decepcionado. No obstante, sabía que no tenía capacidad para hacerlo feliz. Ni de completarlo como persona. Puede que con ese paso estuviera encontrando su verdadero camino, personal y profesional.



La limpieza de la tienda continuó. Dado el precario estado de salud de su padre y sus aún más precarias finanzas, no podían engañarse a sí mismos pensando que podrían restaurar la tienda y devolverle su antigua gloria. El daño había sido excesivo y, aunque su padre lamentaba extraordinariamente la hipotética pérdida, parecía de algún modo resignado a la desaparición de Haswell's. Incluso hasta aliviado por ello. Por su parte, ella sentía muchas emociones a la vez, que además eran contradictorias entre sí.

Les llevó varios días mirar entre los escombros, retirar las píldoras que se habían ensuciado, limpiar el suelo de los jarabes que se habían derramado y organizar el revoltijo en el que había quedado convertida la sala de curas. Además, su padre siempre había sido bastante desorganizado. Tanto su escritorio como los aparadores habían estado constantemente llenos de pilas de papeles que ahora estaban por el suelo, ocultos por los muebles, sobre los antepechos de las ventanas, etcétera. Lilly los recogió, los separó, los leyó, tiró cientos de ellos y llenó varios cubos de basura. «Si el oficial tenía la orden de quemarlo todo, ¿por qué no lo hizo con estos papeles?», pensó. De haberlo hecho no se vería obligada ahora a este frenesí de escoger, limpiar y tirar.

El gato de Charlie, *Jolly*, había salido huyendo de la casa durante el fuego y todavía no lo habían encontrado. Aunque el muchacho estaba muy desalentado, hizo lo que pudo para ayudar, dividiendo su tiempo entre Marlow House y la botica. En ese momento estaba fregando el suelo cerca del escaparate principal, completamente vacío, exceptuando el gran frasco emblema de la farmacia que el doctor Graves había salvado casi de milagro.

Aún en la sala de curas, Lilly se agachó para recoger un papel que asomaba por debajo del escritorio como un crío que estuviera sacando la lengua.

—Charlie, ven aquí un momento, por favor.

Su hermano no era inteligente, pero sí muy fuerte.

—Por favor, levanta la esquina del escritorio, anda. Los papeles de padre han volado por todas partes y, conociéndome, seguro que dejo sin recoger los que verdaderamente interesan.

Charlie levantó el pesado mueble y Lilly sacó el papel.

—¡Muy bien, Charlie, muchas gracias!

El muchacho sonrió sumisamente y volvió a su tarea. Iba a poner el papel en el montón de los que tenía que revisar y colocar, pero la letra le llamó la atención al verla. No era una factura de entrega, ni un anuncio de una sustancia química o de un específico. Se le erizó el vello del cuello y el corazón empezó a latirle a gran velocidad. Recordaba perfectamente esa letra, por supuesto que sí. Era la de su madre, sin lugar a dudas.

Temblando, se sentó en el escritorio de su padre y miró atentamente la carta. ¿Cuándo la habría escrito su madre? El papel empezaba a amarillear y tenía marcas, como una triangular, como si algo hubiera estado encima presionándolo durante mucho tiempo.

Había sido enviada a Charles Haswell, pero sin remite. Las marcas de franqueo postal ya eran ilegibles.

¿Desde dónde se habría enviado? ¿Desde algún lugar exótico, como siempre había pensado Lilly? ¿Desde sus habitaciones alquiladas de Londres? ¿O quizá desde una hacienda que tuviera una oficina postal cercana? Lilly se preguntó si su padre la habría leído y si la habría escondido durante todos estos años. Pasó una uña por el doblez. La cera, aunque amarilleaba, todavía mantenía la carta cerrada. Probablemente se habría perdido en el caos de la sala de curas de su padre y se habría caído allí sin que nadie la leyera. O quizás el sellado se habría reforzado por la presión del escritorio.

¿Contendría respuestas?

Por una parte, sintió la necesidad de abrirla en ese mismo momento. Pero por otra estaba demasiado cansada como para preocuparse. ¿De verdad quería saberlo?

Finalmente, se sintió obligada a subir las escaleras hasta el dormitorio de su padre. Le alivió verlo levantado y vestido, sentado delante del pequeño escritorio de la habitación y con la pluma en la mano.

La miró a través de sus nuevas lentes y le pasó la carta sin hacer el más mínimo comentario. Él le dio la vuelta y se incorporó en la silla, pero con la

cabeza inclinada hacia abajo.

—La he encontrado en la sala de curas, debajo de su escritorio.

No se movió.

—¿Sabe lo que contiene?

Movió la cabeza casi imperceptiblemente.

—¿Padre?

—No, pero me lo temo.

—¿Acaso podría hacernos más daño? ¿Después de todo este tiempo? — Lilly estiró el brazo con la palma de la mano hacia arriba. Su padre la miró por un momento con los ojos muy abiertos, pero enseguida volvió a agachar la cabeza. Le entregó la carta sin mirarla.

Ella la agarró y se acercó a la ventana, por la que todavía entraba luz y podría leer mejor. Abrió la cuarteada cera del sello y desdobló con cuidado el rígido y amarillento papel.

La primera línea ya contenía una indicación segura del momento en el que había sido escrita.

Ha pasado un año desde que me fui de Bedsley Priors.

Lilly siguió leyendo en silencio. El hecho de descubrir que su madre no había viajado por el Continente ni por los siete mares, tal como ella había imaginado en otro tiempo, no le sorprendió como lo habría hecho hacía unos años. En el momento en que había escrito la carta, su madre estaba viviendo en Londres bajo la protección de otro hombre. Pero ni siquiera eso fue lo que más le sorprendió.

—¿Qué quiere decir? —murmuró Lilly, y se puso a releer esa parte una vez más, esta vez en voz alta.

No te echo a ti toda la culpa, Charles. Sé que, como esposa, he sido una decepción y que rompí los votos de nuestro matrimonio incluso antes de que tú lo hicieras, y en muchos más aspectos. Había sido infeliz durante mucho

tiempo, como bien sabes.

Te dejo total libertad respecto a M., Charles. Sé que ella es la esposa de tu corazón. Y si esa pobre y afligida muchacha pudiera crecer con un padre, te digo de verdad que me sentiría muy reconfortada. Algo que necesito desesperadamente, puesto que la culpabilidad que siento por haber abandonado a L. y a C. es como un puñal que llevo clavado en el corazón...

Lilly se quedó helada, pero a la vez extraordinariamente agitada. Era como si pudiera sentir los nervios por todo el cuerpo: en el estómago, en las extremidades, en la espina dorsal. Su cabeza no paraba de dar vueltas, rebuscando recuerdos en la memoria y procurando que todos cuadraran, que aportaran sentido y lógica a lo que acababa de leer. «No puede significar lo que parece que significa. No es posible».

Miró a su padre y vio en sus ojos pena, pero también, y sobre todo, vergüenza. Durante mucho tiempo lo había considerado la víctima inocente de la situación. ¡Le había echado a culpa de todo única y exclusivamente a su madre! Culpabilidad, sí, pero también una cierta comprensión y, sobre todo, deseo de que regresara. ¿De qué servía una capacidad de recordar como la suya si todo había sido mentira?

—¿Es verdad? —preguntó Lilly—. ¿Tú y... la señora Mimpurse?

—Fue hace mucho tiempo.

Le temblaban las manos con las que sostenía la carta.

—¿Cuánto?

—Más de veinte años... mucho antes de que vuestra madre se marchara. Pensaba que ya lo habíamos superado.

—¿Y dónde estaba el señor Mimpurse?

—Fuera, como casi siempre, antes de que se marchara y ya no volviera.

—¿Quieres decir antes de que falleciera?

—Sería mejor que preguntaras eso a Maude.

—¿Quieres que le pregunte a tu amante? Creo que no lo haré. —Lilly no había utilizado un tono tan ácido con su padre en toda su vida.

Él hizo una mueca de dolor.

La indignación y la ira que sentía empezaron a dar paso a una frialdad interna que amenazaba con ahogarla.

—¿Qué significa eso de «si esa pobre y afligida muchacha pudiera crecer con un padre»? ¿Qué esperaba, que te casaras con la señora Mimpurse y criaras a Mary como si fuera tu hija?

Su padre la miró un par de segundos. Dos tictacs del reloj. Tres. Cuatro.

—Mary es hija mía.

Capítulo 47

«La compañía de los buenos amigos suele ser la mejor de las medicinas».

DOCTOR HILL

The Old Man's Guide to Health and Longer Life, 1764

Lilly irrumpió en la cafetería, pero esta vez por la puerta principal, no por la de la cocina. Mary la miró de soslayo mientras limpiaba una mesa, sorprendida por el ruido del portazo en la pared. Lilly notó vagamente que su amiga tenía lágrimas en los ojos, aparte de que los tenía inyectados en sangre y muy, muy tristes.

Al verla en ese estado, Lilly dudó. De repente no se sintió tan segura de si debía plantear inmediatamente lo que había averiguado.

—¿Qué ocurre? —preguntó, en vez de entrar por lo derecho.

Mary pasaba la bayeta por la mesa sin siquiera mirar la superficie. Su dedo solo tenía ya un pequeño vendaje.

—Ya sabía que era una tontería. ¿No te había dicho que cortaría inmediatamente después de que lo supiera...?

«¡Oh, no!».

—No sabes cómo lo siento.

—No le echo la culpa al señor Shuttleworth, pobre hombre. Es culpa mía

por no haberle contado desde el principio que yo no era la mujer que él pensaba que era.

Lilly respiró hondo.

—Tampoco eres la mujer que yo creía que eras —dijo con tono inseguro.

Mary la miró rápida e inquisitivamente. Por su parte, Lilly cruzó el comedor para ponerse a su lado.

—¿Qué sabes de tu padre?

Mary se puso tensa.

—¿Mi padre? Quieres decir... ¿Harold Mimpurse?

—¿Es eso lo que quiero decir? —preguntó Lilly en voz baja.

Mary se quedó muy quieta. Únicamente pestañeó varias veces. Lilly se dio cuenta de que sus ojos azules eran exactamente iguales que los de Charlie.

—¿Lo sabes? —preguntó Mary con indecisión.

Lilly asintió.

—¿Y tú?

—Sí.

Ambas oyeron un fuerte movimiento de sillas en el piso de arriba, y mientras estaban allí de pie, mirándose la una a la otra, Maude Mimpurse bajó rápidamente las escaleras. Se detuvo en el último escalón, apoyándose en el pasamanos para sujetarse, y las miró alternativamente.

Lilly se adelantó y le acercó la carta. Mantuvo un gesto impasible mientras la señora Mimpurse se quedaba sin reaccionar hasta que por fin agarró la carta y, tras leerla, se llevó al corazón una mano temblorosa. Después miró a Lilly con expresión avergonzada. Luego volvió los ojos trémulos hacia su hija.

—¿Lo sabías? —le preguntó.

—¿Que Charles Haswell es mi padre? —dijo Mary como si fuera algo indudable—. Sí, lo sé.

—¿Cómo? ¿Desde hace cuánto? —Maude estaba completamente

perpleja.

—Mi habitación está encima del comedor, igual que la tuya, y en esta casa se oye todo, como ya sabes. Una vez oí una conversación entre vosotros dos. Más bien era una discusión acerca de lo que había dicho el doctor Foster sobre mí. Pero incluso aunque no la hubiera oído sin querer, tenía la prueba delante de mis ojos, ¿no te parece? Recuerdo lo suficientemente bien a «mi padre» como para saber que por mis venas no podía correr su sangre, de ninguna manera. —Movi6 la mano abierta por encima de su cabeza—. ¿Y de d6nde podría proceder si no este pelo tan ridículo?

—Yo jamás lo pensé. Ni una sola vez —dijo Lilly sin poder respirar apenas—. ¿No te he dicho siempre que eres más inteligente que yo?

—No queríamos que nadie supiera que el señor Mimpurse no era tu padre —dijo Maude—. Tu reputación habría sufrido mucho.

—¿La mía o la de Charles Haswell? —Lilly se sorprendió al oír las palabras de Mary y percibir un rencor que nunca había visto en ella. Pero podía imaginarse perfectamente que su padre pusiera la preciosa reputación de Haswell, y la de su negocio, por encima de todo.

—Es perfectamente normal que estés enfadada —dijo Maude.

—Bueno, en realidad no lo estoy —dijo Mary, respirando hondo—. Y me alegro de que ella lo sepa.

Lilly se la quedó mirando, a esa muchacha que conocía desde siempre, pero a la que nunca había conocido de verdad.

—Que Lill haya descubierto que somos hermanas es lo único bueno que ha ocurrido hoy.

«¡Hermandas!».

—Eso, que somos hermandas, en realidad siempre lo he sabido —dijo Lilly con convencimiento.

Mary alzó las cejas con gesto escéptico.

—¿De verdad?

—Aunque durante más de un año se me haya olvidado.

—Lilly Haswell olvidándose de algo... —dijo Mary con una sonrisa

trémula—. Muchas novedades sorprendentes para un solo día.



Maude, Mary y Lilly se sentaron en la cocina, cerca de la chimenea, con un vaso de vino dulce en la mano, lo cual era verdaderamente excepcional.

—Fue más o menos un año después de que tu padre regresara a Bedsley Priors con su flamante esposa —empezó Maude—. Yo llevaba años enamorada de él y, de verdad, estaba convencida de que se casaría conmigo cuando volviera de su periodo de formación como boticario en Londres. Pero lo que pasó es que volvió a casa con una esposa preciosa.

Pese a todos los años que habían transcurrido, Maude tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No podía culparlo de nada. No estábamos comprometidos oficialmente. Y Rosamond era adorable, aunque casi desde el primer momento pareció estar arrepentida del matrimonio. Yo tenía el corazón roto, pero decidí seguir adelante lo mejor que pudiera. Me casé con Harold Mimpurse, aunque lo había rechazado previamente. Siempre había querido abrir una cafetería, una vez que mis años como criada habían pasado, y Harold prometió ayudarme. Esa fue la única promesa que cumplió. Tenía buen corazón, pero no sabía lo que era la constancia. —Miró a Mary—. Perdóname, hija.

Mary asintió.

—Una vez que lo licenciaron del ejército se pasaba mucho más tiempo fuera que en casa, como vendedor ambulante de objetos de cobre. Encontró una viuda en Reading y se quedaba más noches con ella que conmigo. Fue precisamente durante una de esas ausencias cuando tu madre se marchó por primera vez, antes de que nacieras.

—¿Por primera vez? —la interrumpió Lilly—. ¿Se había marchado antes? —Lilly recordó instantáneamente las palabras aparentemente incoherentes de la señora Kilgrove durante su delirio respecto al primer regreso de su madre.

Maude asintió.

—Charles y yo estábamos solos y sufriendo, así que cedimos a la tentación de consolarnos mutuamente. Yo pensé que, quizá y después de todo, finalmente terminaríamos juntos. Pero Rosamond volvió dos días después. Como si solo se hubiera ido de compras. No sé qué fue lo que le pudo contar a tu padre, adónde se había ido ni con quién, pero sí que me di cuenta de su conmoción y arrepentimiento. Charles y yo estábamos muy mortificados por lo que habíamos hecho, tanto que ni hablamos de ello durante años.

—Después de eso, el matrimonio de tus padres fue ejemplar, o al menos eso parecía. Al menos durante un tiempo. El señor Mimpurse también regresó al cabo de un tiempo, pero no puedo decir que su actitud fuera de arrepentimiento. Se volvió a marchar enseguida, mientras que Rosamond se quedó. ¿Cómo iba a decirle a Charles que estaba embarazada de él? ¿Justo cuando su matrimonio parecía finalmente asentarse sobre bases sólidas? ¿Y además sabiendo que Rosamond también se había quedado preñada? —Maude se detuvo y vació su vaso.

«¡Qué difícil debió de ser para ella!», pensó Lilly. Ella siempre había sabido que su padre y la señora Mimpurse se tenían mucho afecto, pese a que normalmente se hablaban con aspereza, pero no podía imaginarse que sus sentimientos fueran tan profundos.

—Cuando Rosamond estaba esperando, reconozco que me preguntaba si la criatura se parecería a Charles... y también me preguntaba si él se temería que no. —Dirigió una mirada cálida a Lilly—. Pero todos los que te vimos nada más nacer no dudamos ni por un momento de que eras hija de Charles Haswell, con aquellos rizos rojos cayendo sobre tu carita. Conforme crecías, empezaste a parecerte más a tu madre, pero sigues siendo muy similar a él en muchas cosas.

»Después de todo aquello, intenté por todos los medios hacerme amiga de tu madre. El hecho de tener dos niñas casi de la misma edad nos hacía contar con muchas más cosas en común que antes. No puedo negar que seguía teniendo cierto resentimiento, pero rogué a Dios que me concediera la capacidad de quererla, y creo que lo hizo.

Maude rellenó los vasos de las tres, aunque el único vacío era el suyo.

—Las cosas se fueron desarrollando sin mayores incidencias hasta que nació Charlie. Fue un parto complicadísimo. Tu pobre padre hizo todo lo que pudo, pero no fue suficiente. Hasta envió a la señora Fowler para que fuera a buscar al doctor Foster. Ese asqueroso individuo tardó muchísimo en acudir, tanto que Charles pensó que había rehusado. Foster no dio ninguna explicación por su tardanza. Creo que tu padre nunca se lo ha perdonado.

—No tenía la menor idea de eso —dijo Lilly, negando con la cabeza.

—Finalmente, se presentó con sus espantosos fórceps y una actitud de fría condescendencia y extrajo a la pobre criatura del vientre de tu madre. Hay que decir en su favor que reanimó al bebé. Lo cierto es que, cuando nació, el pobre Charlie estaba casi azul.

Maude movió la cabeza de lado a lado, pensativa.

—A partir de ese momento Rosamond se encerró en sí misma. Ni siquiera tu dulce carita la animaba.

Lilly sintió de nuevo en el pecho la familiar sensación de rechazo que tanto daño le había hecho en su momento.

—Ya en el primer cumpleaños de Charlie quedó claro que algo no iba bien. Casi nada captaba su atención. No quería que nadie lo tomara en brazos o lo acariciara. Empezó a gatear muy tarde, y también a tenerse de pie y andar. Pero ella se quedó.

Maude suspiró antes de continuar.

—Harold no. Cuando Mary cumplió doce años me dijo que no volvería. Yo no se lo conté a nadie. Confieso que sentí la tentación de decir que había muerto durante uno de sus viajes. La condición de viuda es menos vergonzante que la de esposa abandonada. Entonces, unos meses después, recibí una carta de la viuda de Reading y pensé que mis pensamientos habían atraído la muerte sobre él como una especie de maldición. Murió al caerse del caballo. ¿Os podéis imaginar? Él, un héroe de guerra. Si me llegan a decir que había muerto de sífilis, me habría parecido mucho más creíble. —Se tomó otro trago y miró las brasas de la chimenea.

»Rosamond no se fue hasta tres años más tarde. La vi marcharse casi arrastrando su maleta y vestida para viajar. Yo sabía que tu padre había ido a ver a *sir* Henry, así que corrí a vuestra casa a ver si Charlie estaba bien. Mary y tú ya íbais a casa de la señora Shaw. Le pregunté a la señora Fowler que adónde se había ido tu madre, pero me dijo que la señora no le había dicho nada, simplemente que cuidara del muchacho hasta que Charles volviera a casa. Corrí tras Rosamond en la dirección en la que la había visto irse. Lo cierto es que no la vi en la barcaza que avanzaba por el canal hacia el este, pero la señora Kilgrove sí. Dijo que la señora Haswell había embarcado con un hombre alto y de pelo oscuro con uniforme de la Armada. Ni que decir tiene que la vista de la señora Kilgrove ya en ese momento no era nada aguda.

«¿Quinn o Wells?», se preguntó Lilly removiéndose en la silla.

—En Londres me enteré de que mi madre, antes de conocer a mi padre, quería casarse con un oficial de la Armada, pero él se terminó casando con otra. —Se acordó de lo que le había contado el doctor Graves. ¿Primero la habría decepcionado Quinn y después Wells?

La señora Mimpurse asintió, mostrando su comprensión. Parecía exhausta tras contar toda la historia y tenía los ojos turbios y húmedos. Volvió a dirigir la vista a la carta, casi olvidada entre sus manos.

—Siempre me pregunté si tu madre había sabido, o adivinado, lo que ocurrió entre tu padre y yo. Y si eso tuvo algo que ver con su marcha. Pero después de que transcurriera tanto tiempo, esperaba que no hubiera sido la razón. —Se inclinó hacia delante y agarró los dedos de Lilly con la mano libre—. Lilly, te prometo que tu padre y yo estuvimos juntos solo esas dos noches de hace veinte años, y nunca más.

La joven asintió, sintiéndose aturdida y enferma tras oírlo todo.

—Siempre temí que fuera yo la que tenía la culpa.

—¿Pero por qué, querida?

Lilly respiró hondo para intentar mantener la voz firme.

—Unos días antes de que se marchara discutimos, ¿sabéis? Había

recibido una carta, lo que no era nada habitual, y no me dijo de quién era. Se enfadó mucho porque no dejaba de preguntarle. Por supuesto, ahora me pregunto si la carta era de un hombre. De ese oficial.

La señora Mimpurse reflexionó.

—Una carta podría explicar por qué se marchó en ese preciso momento. Pero por supuesto no fue culpa tuya —afirmó, apretando otra vez la mano de Lilly—. Si todas las mujeres se marcharan de sus casas después de discutir con una hija adolescente, no quedaría ninguna en Inglaterra viviendo en su propia casa. —La señora Mimpurse dirigió la vista a Mary, y ambas compartieron una mirada de complicidad.

Lilly sintió como si se hubiera librado de una pesada losa que le oprimía el pecho. Recogió con suavidad la carta de la mano de Maude y volvió a leer sus escasas líneas.

—Por lo que dice, es como si esperase que mi padre y usted se casaran. ¿Cómo iban a poder hacer eso?

Maude Mimpurse se estremeció y dio un profundo suspiro.

—Por supuesto, ¿cómo íbamos a poder hacer eso?



Una fresca tarde de otoño Lilly vio a Roderick Marlow de pie frente a la tumba de su padre con una capa de riguroso luto sobre los hombros. Hacía quince días que *sir* Henry había sido enterrado. Un gran número de habitantes del pueblo acudieron al funeral, entre ellos Lilly y su padre. Ya habían presentado sus condolencias, que fueron recibidas con educación, pero con cierta incomodidad. Pese a ello, al verlo allí en ese momento, solo, sintió la necesidad de hablar con él.

Cuando se volvió y la vio a su lado, la saludó con una inclinación de cabeza.

Se mantuvo junto a él durante unos momentos, mirando la tierra recientemente removida. Llevaría bastantes semanas elaborar la lápida.

—¿Qué va usted a hacer ahora? —preguntó en voz baja.

Él se limpió la nariz con un pañuelo e inspiró intensamente.

—Supongo que seguiré adelante y me casaré con una mujer rica —dijo con tono burlón—. Así podré sobrellevar la asignación de la viuda y me las arreglaré para gestionar adecuadamente la hacienda. No me cabe la menor duda de que mi padre me castigaría con una maldición eterna si la dejara perder.

—¿Y que va a ser de... la anterior señorita Powell? —preguntó tras un momento de vacilación.

—Era la esposa de mi padre —dijo, encogiéndose de hombros—, independientemente de cualquier otra cosa. Habrá un lugar para ella en Marlow House durante todo el tiempo que desee. Aunque dudo de que sea mucho. Una vez que reciba su parte, sin duda se marchará, e incluso puede que se vuelva a casar. No le guardo ningún rencor ni le deseo mal alguno.

—Me sorprende usted —afirmó—. Nunca le he considerado de naturaleza compasiva. Exceptuando la forma en la que se comportó con mi hermano y ayudó a su liberación, naturalmente.

La miró un momento y después desvió la mirada hacia el horizonte.

—Eso fue gracias a la intervención de su inteligente señor Baylor. Me hizo ver que Ackers, mi viejo amigo del colegio, estaba controlado por Foster como un caballo en un carruaje. A mí nunca me ha gustado ese pretencioso médico. Supongo que Baylor lo sabía y que lo utilizó para hacerme actuar. Haría lo que fuera para meterle un dedo en el ojo a ese hombre. —En ese momento volvió a mirarla—. Aunque, de haber sabido que me besaría usted por ello, lo hubiera hecho en cualquier caso.

«Francis. Otra vez. Siempre».

—La verdad es que tenía una deuda con Cassandra. Hace mucho tiempo la perjudiqué, me porté mal con ella, y creo que su boda con mi padre fue una venganza. Nunca lo ha admitido, pero... —No terminó la reflexión.

—¿Qué ocurrió? ¿Cómo la...?

Puso un dedo sobre sus labios.

—Vamos, vamos, señorita Haswell. ¿Acaso no ha aprendido nada de mí? Ese recuerdo desapareció hace tiempo y no tengo la menor intención de recobrarlo.

Volvió a dirigir la vista hacia la desnuda tumba de su padre, que resaltaba aún más al lado de la ostentación de la de su madre.

—Todavía me arrepiento de las duras palabras que le dediqué. Cómo me gustaría volver a verlo.

—Pero ya lo hará algún día —dijo ella en voz baja—. Después de todo, sabe dónde está.

Se encogió de hombros.

—Debo confesarle que nunca he compartido su fe, señorita Haswell.

—Siento oír eso.

—Supongo que la perdí en el momento en que perdí a mi madre. ¿Usted no?

Lilly suspiró profundamente mientras reflexionaba sobre ello.

—Quizá durante algún tiempo.

Se volvió hacia ella y apoyó las manos suavemente sobre sus hombros.

—No obstante, ¿no podríamos compartir otras cosas?

Negó con la cabeza y se desasió de él.

—Deje que me vaya, *sir* Roderick. Y yo haré lo mismo con usted.



Mary se quedó boquiabierta, pero inmediatamente continuó trabajando. Manipuló la masa, le dio la vuelta y la golpeó con las palmas de las manos.

—No, Lilly, no necesito...

—¡Pues claro que sí! Te mereces unas vacaciones en Londres. Mi tía me ha enviado una remesa extraordinariamente generosa de dinero, así que podemos ir y pasárnoslo estupendamente.

—No sé... ¿Y qué pasa con la cafetería?

—Padre está cada vez mejor y ha dicho que echará una mano, y lo mismo la señora Fowler, si hace falta. Todos hemos conspirado contra ti, Mary, así que cualquier objeción que pongas no servirá de nada.

Mientras separaba la masa en porciones, Mary parecía perdida en sus pensamientos y Lilly se temió que fuera a mencionar otra dificultad, la más difícil de contrarrestar. Pero no fue así.

—¿Podremos ir a comer a algún sitio muy refinado?

—¡Por supuesto! —respondió Lilly sonriendo.

—¿Y ver un par de palacios, o incluso alguno más?

—¡Todos los que quieras! Y cualquier otro sitio que te apetezca.

—Creo que disfrutaría muchísimo con eso, la verdad.

—Y yo disfrutaría muchísimo enseñándotelo y yendo contigo. Podríamos ir a una obra de teatro, visitar algunos museos, ir de compras...

—¿Y ver a Francis? —sugirió Mary maliciosamente.

La sola mención de su nombre hizo que Lilly sintiera una legión de mariposas volando por el estómago y que la invadieran la nostalgia y el arrepentimiento.

—Bueno, seguro que estará muy ocupado... haciendo lo que sea que haya ido a hacer en Londres.

—¿No te ha escrito?

Lilly negó con la cabeza e hizo un esfuerzo por hablar en tono intrascendente.

—Ni siquiera sé dónde se aloja. Le mandó a Charlie una carta por su cumpleaños, pero sin remite. —Al admitir que había buscado la dirección, Lilly sintió que las orejas le ardían y jugueteó con los guantes.

—No te preocupes —la tranquilizó Mary—. Seguro que tendremos otros muchos jóvenes guapos a los que mirar, ¿no crees? —Sonrió, y Lilly no pudo evitar imitarla.

Decidieron partir el siguiente viernes; Mary envió una carta a sus tíos informándoles de su visita y rogándoles que le indicaran cuándo les venía

bien que fueran. Buscó en su guardarropa y encontró dos vestidos que apenas se había puesto desde su regreso a casa, además de otros dos que pensó que le sentarían muy bien a Mary.

Fueron a una nueva sombrerería que habían abierto en el pueblo, que también vendía guantes, y a una modista de Devizes para encargarse de capas y abrigos. Planificaron juntas un itinerario de visitas e hicieron el equipaje.

La noche anterior a la partida, todos cenaron juntos. Su padre tenía muy buen aspecto, el mejor desde hacía muchos meses, y la señora Mimpurse parecía alegre, con las mejillas sonrosadas y una sonrisa constante en la boca. Mary estaba muy guapa con el vestido nuevo; además, se había peinado con unos rizos que había copiado de una revista de moda, *La Belle Assemblée*. Hasta acudió Charlie, con cierto retraso y completamente despeinado. Venía directamente del jardín, así que lo mandaron al pozo para que se adecentara.

—¡Caramba, Mary! —dijo cuando volvió de lavarse—. ¡Estás igual de guapa que las damas de los retratos que hay colgados en Marlow House!

Mary sonrió sin ponerse colorada. Sin duda se sentía guapa, además de estarlo.

Cenaron una sopa de verduras, lenguado a la plancha, carne de ternera, empanada de jamón y una gran variedad de verduras frescas y hervidas, pan, salsas y mermeladas. Las Mimpurse se superaron a sí mismas. Pero la mayor de las sorpresas se produjo al final, cuando Mary llevó a la mesa una magnífica tarta de novia rica con todos sus detalles. ¿O era una tarta de bautizo?

—¿Y esto por qué? —preguntó Maude muy sorprendida—. ¿Es que tienes que contarnos algo?

—No, no —dijo Mary, y esta vez sí que se puso como un tomate—. No me he ido por ahí ni me he encontrado un marido. Ni un bebé.

—¡Gracias a Dios! —murmuró su madre.

Mary siguió de pie junto a la mesa y, que Lilly recordara, hizo el primer discurso de toda su vida.

—No obstante, creo que sí hay algo que celebrar. Y por lo que dar gracias

a Dios. Y es que mi familia ha crecido de una manera magnífica y estoy muy agradecida por ello.

—Bien, bien —dijo Lilly, mientras levantaba un vaso. Miró a su padre y vio que sus ojos azules se llenaban de lágrimas. También lo vio echando una breve mirada a Maude, cuyos ojos también se humedecieron en silenciosa respuesta.

—Siempre he tenido la mejor de las madres que una hija podría desear... —empezó Mary.

Lilly no pudo sino asentir ante tal afirmación. Ella también había disfrutado de la mejor de las madres. De muchas maneras, Maude Mimpurse había sido una madre para ella durante mucho tiempo.

—Pero ahora también tengo un hermano...

—¡Venga, Mary, yo no soy tu hermano de verdad! —Charlie no había captado el cambio que se había producido en su relación, y Lilly no se lo reprochaba, pues las cosas habían salido a la luz demasiado recientemente.

—Y una hermana —dijo, mirando a Lilly con una sonrisa y los ojos brillantes. La voz de Mary se tornó algo ronca—. Y un padre.

Por las mejillas recién afeitadas de Charles Haswell empezaron a correr las lágrimas. Lilly observó a Charlie, que tenía dibujado en la cara un gesto de confusión y parecía que estuviera a punto de formular una pregunta. Así que se dirigió a él esperando que no sacara el tema del señor Mimpurse.

—A ti no te gusta la tarta, ¿verdad, Charlie?

Al oír eso se mostró casi indignado.

—¡Pues claro que sí! Y lo sabes perfectamente. ¡Padre! ¡A Lilly se le ha olvidado que me gusta la tarta! ¡Y además esta es mi favorita!

Mary miró a Lilly con gesto de complicidad.

—Entonces sírvete el primer trozo, Charlie. ¿Cómo lo quieres, grande o pequeño?

—Pues... uno enorme, Mary, por favor.

La situación estaba salvada.

Fue la noche más agradable de los últimos tiempos. Todos se quedaron a ayudar a limpiar y fregar los cacharros hasta que la señora Mimpurse les dijo a las muchachas que se fueran a la cama, que ella recogería y colocaría los platos y cubiertos en su sitio. Les recordó que tenían por delante un día intenso y que la diligencia a Londres no esperaría en caso de que se quedaran dormidas. En la puerta de la cocina, su padre abrazó suavemente a Mary antes de darle las buenas noches. Lilly también quiso lanzarse a los brazos de su amiga..., no, de su hermana..., pero Mary ya se había dado la vuelta, diciendo adiós con la mano de camino a su habitación. No pasaba nada. Tenían por delante toda una semana en Londres.



A la mañana siguiente Lilly se despertó pronto y se tomó bastante tiempo para arreglarse. Se sentía muy nerviosa porque iba a regresar a Londres. Sus vestidos no estarían a la última y tenía las manos bastante callosas por el trabajo con el almirez. Gracias a Dios que iba a llevar guantes. Le habría gustado que Mary se hubiera acercado a ayudarla con el pelo. No en plan criada, sino para ayudarla, como se ayudan las hermanas. Sintió vértigo al pensarlo, y por la semana que les esperaba. Guardó en la maleta las cosas que acababa de utilizar, el peine y el cepillo, la esponja dental y el alumbre de potasio y se aseguró una vez más de que tenía el dinero en el bolso de mano. Se puso el sombrero y la capa, deslizó la correa del ridículo en la muñeca y salió del dormitorio. Bajó las escaleras sin molestarse en no hacer ruido, pues si su padre todavía no se había despertado, debía hacerlo. Había insistido en que quería acompañarlas para despedirse de ellas. Pero no era su padre quien estaba de pie en la cocina-laboratorio esperando a que terminara de bajar las escaleras.

La que estaba allí era la señora Mimpurse, con un chal desmañadamente colocado sobre los hombros, encima del camión, con el pelo suelto y el gesto... roto. Las lágrimas y la angustia presidían su expresión y Lilly se quedó helada y horrorizada. Supo la verdad incluso antes de que la señora

Mimpurse pronunciara las siniestras palabras.

Tercera Parte

«Así termina la historia del boticario. Aunque esa denominación haya dejado de utilizarse, su arte todavía pervive, y aunque haya desaparecido gran parte de su antiguo misterio, sin duda sobrevivirá de algún modo, mientras la humanidad siga sufriendo y necesitando remedios naturales y medicinas para aliviar las enfermedades que sufre la carne mortal».

C. J. S. THOMPSON

Arte y misterio de la botica



«¡Dulce recuerdo! Movidado por el suave viento, doy la vuelta a mis velas para seguir el fluir del tiempo».

SAMUEL A ROGERS

Capítulo 48

«Recuerda, paseante, que ahora eres como yo fui y que yo soy ahora lo que tú serás. Ponte en paz con Cristo y, en su momento, SÍGUEME SIN PESAR».

EPITAFIO de 1715
Wiltshire Notes and Queries

Mary Helen Mimpurse falleció mientras dormía. Según su madre, y también según el señor Shuttleworth, que fue quien acudió de inmediato a atenderla, murió en paz. Ni su pálido y precioso rostro ni sus dedos presentaban el más mínimo signo de dolor o de sufrimiento, todo lo contrario: solo placidez y serenidad. El señor Shuttleworth explicó que en el asilo en el que había trabajado presencié casos semejantes, aunque no pudo ni pretendió explicar la causa de la muerte.

Lilly no pensaba que, de haber sabido que eran hermanas, hubiera podido querer a Mary más de lo que la quiso. Pero esa realidad sí que le hizo lamentar su fallecimiento con más intensidad, y probablemente durante más tiempo, toda su vida.

Le hubiera gustado mucho conocer antes la verdad, aunque sabía que tanto su padre como la señora Mimpurse habían tenido razones perfectamente explicables para mantener el secreto. Habría querido tener la oportunidad de

explorar, absorber, disfrutar el maravilloso y para ella extraño hecho de que tenía una hermana. ¿Acaso no lo había deseado siempre? Alguien con quien compartir vestidos y secretos sobre admiradores y cortejos. Alguien a quien ayudar, defender y pedir ayuda sin dudar de que iba a recibirla.

Y ahora quería poder volver a ver la querida cara de Mary y reconocer en ella todo lo que su ceguera no le había dejado ver. Los rasgos de Charles Haswell, aunque más redondeados, suavizados por los de Maude Mimpurse. Los ojos azules de su padre y de Charlie. El cabello pelirrojo de los Haswell, aunque algo más pálido, muy matizado por la calidad sedosa del pelo de Mary. ¿Y qué decir de su infalible memoria a la hora de recordar las recetas más complejas, no solo los ingredientes, sino los tiempos y las cantidades? Exactamente igual que Lilly con los remedios y medicamentos.

En esos momentos, Lilly se sentía culpable por la sutil superioridad que, a lo largo de los años, siempre había sentido sobre Mary respecto a la situación social, a la inteligencia e incluso a la belleza. «¡Qué equivocada estaba!», pensó. Mary era mucho más inteligente y mucho más adorable que ella.

Conforme pasaron los días, las semanas y los meses, el pesar por el pasado se transformó en lamento por un futuro que nunca llegaría. Lilly pensaba en todo lo que ya nunca podrían hacer juntas. Habrían sido tías de sus respectivos hijos, y sus hijos primos muy cercanos. Pensaba en las horas que habrían pasado, sentadas ambas en la cafetería de Mary, porque al final habría sido suya, tomando los magníficos dulces que ella preparaba y hablando de lo que sucedía en el pueblo y de los éxitos de sus respectivos hijos y nietos.

Cuánta alegría y consuelo habrían obtenido observando los rasgos familiares y reconociendo su origen, como en su propio caso. Se habrían hecho mayores juntas, pero seguirían viéndose como las jovencitas que fueron una vez, aunque todos los demás no vieran más que a dos viejas arpías. Bastante después de que sus maridos hubieran muerto, pues ya se sabe que los hombres suelen durar menos, recordarían cómo ellos les habían pedido en matrimonio al mismo tiempo, el mismo día incluso, y hasta cómo se habrían casado juntas. Por supuesto, en el caso de que Mary hubiera

podido casarse.

Lilly habría hecho lo posible por conseguirlo y lo habría logrado de alguna manera, estaba segura.

Charlie seguía acudiendo al jardín de la iglesia y al cementerio, como de costumbre. Ya no iba a contar muertos, sino a hablar con Mary. Se sentaba al sol, con la espalda apoyada en la tumba de *sir* Henry. Seguro que al viejo *baronet* no le habría importado, pensaba Lilly.

«Pobre Charlie». Había perdido a otra mujer a la que quería. Lilly rezaba para que no le pasara nada a ella misma, para que el que siempre sería su hermanito no se quedara nunca solo.

Desde el asalto y el incendio habían empezado a enviar a los pacientes y clientes a Shuttleworth's, o incluso al doctor Foster si el caso lo requería. Algunos de sus pacientes más antiguos, como la señora Kilgrove y el señor Owen, entre otros, seguían insistiendo en que no les tratara nadie que no fuera un Haswell, y tanto su padre como ella hacían lo que podían por ellos.

La primavera posterior a la muerte de Mary, Lilly y su padre cuidaron juntos el jardín de hierbas medicinales, y durante los meses de verano vendieron lo que cosechaban a Shuttleworth y a otros profesionales médicos del condado, aunque también al propietario de The George y a otros establecimientos hosteleros que no disponían de huerta propia. Ella, y a veces hasta su padre cuando su salud y condiciones se lo permitían, ayudaban en la cafetería ahora que no estaba Mary. Aunque ni su padre ni Maude lo admitieran, Lilly pensaba que los dos viejos amigos se consolaban enormemente con la compañía mutua.

Cuando llegó septiembre, Lilly recibió por fin una carta de Francis Baylor. Cuando la vio se le encogió el corazón y, apretándola contra su pecho, salió al jardín a leerla.

Querida señorita Haswell:

Acabo de enterarme del fallecimiento de la señorita Mary. Me quedé asombrado y sentí una pena tremenda, seguro que igual

que le debió de ocurrir a todo el mundo en Bedsley Priors, pero sobre todo a usted y a la señora Mimpurse. Cuenta usted con mi comprensión más profunda. De haberme enterado a tiempo, habría acudido al funeral, con la esperanza de haber aportado algo de consuelo a las familias en un momento tan amargo.

Aunque el lugar donde me hospedo suele cambiar bastante a menudo, sé que debía haberles hecho saber a usted y a su padre cómo ponerse en contacto conmigo. Tenía mis razones para no hacerlo en esos momentos, pero ahora me parecen absurdas, dada la magnitud de la tragedia que ha sucedido. Espero que me perdonen.

Estoy en Londres estudiando para convertirme en boticario cualificado. Según la actual ley que rige el acceso a la profesión y su ejercicio, debo obtener un certificado de la Corte de Examinadores para poder ejercer legalmente. No le conté mis planes porque, a decir verdad, no estaba seguro de ser capaz de superar el periodo de aprendizaje ni de tener la suficiente capacidad como para enfrentarme a los exámenes. Usted sabe mejor que nadie que nunca he sido un buen estudiante...

—Tonterías... —musitó, como si él pudiera oírla—. Eso fue cuando solo eras un crío. Cuando no ponías atención.

Tonterías, sí.

... No obstante, me está yendo bien. Además de los cinco años de aprendizaje que tuve la oportunidad de realizar con su padre, la nueva ley exige formación en anatomía, botánica, química, medicina y física, aparte de seis meses de prácticas hospitalarias. En estos momentos me encuentro realizándolas en el hospital Guy. Si Dios quiere, algún día tendré mi propio

establecimiento, ¿se lo puede creer? De vez en cuando veo por aquí al doctor Graves, aunque, por supuesto, él es profesor y yo un simple alumno. Me imagino que su vuelta a Londres significa que usted también volverá pronto por aquí, ¿no es así?

Seguí su consejo y fui a conocer al señor Lippert y a sus hijos. Me han recibido extraordinariamente bien en numerosas ocasiones. La señorita Lippert es tan encantadora como usted me la describió, y debo agradecerle que me brindara la oportunidad de conocer a esta agradabilísima familia. Entrar en su círculo me ha proporcionado una alegría y una capacidad de estar con personas encantadoras que, si tengo que serle sincero, no esperaba encontrar en Londres. Incluso el señor Lippert se ha ofrecido a venderme su tienda dándome pistas de que, en el lote, me llevaría también una esposa. Por supuesto, el caballero estaba bromeando.

Lilly inspiró profundamente. «¿De verdad que bromeaba?».

Francis continuaba la carta describiendo sus estudios tanto en los laboratorios como en los huertos de la Sociedad de Boticarios, así como sus andanzas por el hospital. Terminaba facilitando su dirección y preguntando cómo estaba su padre. Le dio muchos recuerdos para él y le confirmó que escribiría a la señora Mimpurse.

Firmaba como *FB*.

Nada de «con amor», ni «con cariño», ni siquiera «nos veremos pronto». Pero, después de un año, ¿qué podía esperar?

De todas formas, Lilly respondió a Francis a la dirección que le había dado describiéndole los síntomas actuales de su padre. También le explicó, en los términos más desapasionados y neutrales que pudo, cómo Haswell's ya no era ni volvería a ser el establecimiento que él había conocido. Le sorprendió que contestara con gran rapidez, proponiéndole que su padre

viajara a Londres. Thomas Bromley y un maestro boticario estaban investigando la fiebre glandular y pulmonar en el hospital universitario e igual podrían estar en condiciones de hacer algo por él. Dijo que se lo habría propuesto antes, pero que pensaba que Charles Haswell nunca se plantearía abandonar su tienda si seguía teniendo abiertas las puertas. Francis hasta se ofrecía a cederle sus aposentos o compartirlos con él. Indicaba que, si lo hacía, su padre no tendría nada que perder y bastante que ganar. A ella le pareció que no conocía a Charles Haswell tan bien como ella, que pensaba que su padre nunca acudiría a un hospital buscando atención médica.

Pero estaba equivocada.



En pocos días, ella y su padre hicieron los planes para viajar a Londres. Los tíos Elliott los habían invitado varias veces durante los últimos meses. Bueno, en realidad a ella. En todo caso, escribieron diciendo que estarían encantados de recibir su visita y que podían quedarse todo el tiempo que desearan, incluyendo a Charles. Pero su padre prefería acudir directamente al hospital. Estaba muy cansado de su enfermedad y deseaba empezar el tratamiento, si es que en realidad lo había, lo antes posible.

A Lilly le aliviaba que su visita no coincidiera con la parte más activa de la temporada, sino en otoño, una época mucho más tranquila. Viajaron a Londres en diligencia y alquilaron un coche de punto para que los llevara al hospital Guy.

Durante los últimos seis meses, Lilly había guardado luto y vestido solo de gris y negro, como era costumbre cuando fallecía una hermana. Pero ahora, un año después de la muerte de Mary, se había puesto uno de los mejores vestidos de paseo de sus días londinenses, aunque ya no estaba de plena moda y, además, se había arrugado bastante durante el viaje. Lo cierto era que no le importaba. Solo pensaba en Francis. Tenía muchas ganas de volver a verlo, pero conforme se iban acercando al hospital se iba poniendo más nerviosa y agitada.

Allí estaba. La valla de entrada y el edificio gris, que recordaba perfectamente. No obstante, le parecía muy lejano el momento en que lo había visitado, acompañada por el doctor Graves. Se preguntó si volvería a verlo y también se sintió nerviosa ante esa perspectiva. Esperaba que no le guardara rencor por todo lo que había ocurrido.

Agarró a su padre de la mano, respiró hondo y subió las escaleras para pasar entre las anchas columnas y la puerta de entrada en forma de arco que daba paso al vestíbulo y al pasillo principal.

Le sorprendió ver al doctor Graves esperándolos en la recepción. Su sonrisa parecía completamente sincera, aunque, como siempre, algo reservada, y se adelantó para darles la bienvenida.

—Señor Haswell —saludó a su padre, dándole la mano—. Bienvenido. Y señorita Haswell —inclinó la cabeza, y después dudó—, espero que... esté usted bien.

—Lo estoy —confirmó asintiendo—. ¿Y usted?

Se mordió los labios, pensativo.

—Pues... estoy como un pez al que han vuelto a meter en el estanque.

Ella abrió la boca para responder, pero dudó. ¿Quería decir que estaba contento de estar de nuevo en su elemento o que se sintió rechazado en Bedsley Priors? Antes de que pudiera decidir una respuesta adecuada, él volvió a dirigir la atención hacia su padre.

—Me temo que han llamado a Bromley para una urgencia, pero mientras vuelve seré yo quien supervise su caso, si es que cuento con su aprobación, naturalmente. —Tras informar de eso, se excusó para ir a ver si la cama del señor Haswell estaba ya preparada.

Francis apareció por el pasillo. Al verlos, aceleró la marcha hasta casi ponerse a correr y sonrió ampliamente. Cuando llegó hasta donde estaban ellos, estrechó la mano del padre de Lilly con mucho vigor.

—Señor Haswell, no sabe cómo me alegra que haya venido. Ha llegado justamente cuando dijo que lo haría.

—Sí, la diligencia ha sido muy puntual.

Se volvió hacia Lilly y de repente su expresión se volvió mucho más formal.

—Señorita Haswell —la saludó, haciendo una breve inclinación; ella respondió a su vez con una torpe reverencia, sorprendida por su fría acogida... hacia ella.

Graves regresó casi inmediatamente y Lilly se dio cuenta de que Francis dudaba.

—¡Ah, aquí está el doctor Graves! —Lilly vio cómo miraba alternativamente al médico y a ella con expresión inescrutable.

—El doctor Bromley ha preparado toda una batería de pruebas y tratamientos para usted, señor Haswell —informó Graves—. Espero que dentro de poco su enfermedad se alivie sustancialmente.

—Excelente —dijo su padre con tono animoso—. ¿Cuándo empezamos?

—Mañana por la mañana. Lo primero será ubicarlo en una cama confortable para que pueda descansar adecuadamente del viaje.

Su padre se volvió hacia ella y la miró con ternura.

—Creo que debemos despedirnos aquí, querida. Estoy seguro de que no querrás adentrarte en el pabellón de los hombres.

—¡Desde luego que no! —Su padre le dio un beso y ella lo abrazó—. Rezaré por ti cada día —susurró.

—Eso espero. —La agarró por la cintura y la miró a la cara directamente, como si quisiera aprenderse de memoria sus rasgos. Como si fuera una despedida definitiva. Lilly notó que empezaban a temblarle los labios y forzó una sonrisa.

—No temas —intervino Francis con tono seguro. Sintió cómo apoyaba la mano en su hombro—. Con tu doctor Graves aquí, queda en muy buenas manos.

Al oír eso, su sonrisa desapareció y frunció el ceño.

—Bueno —dijo el doctor Graves, dirigiéndose a su padre—. Sígame. Le enseñaré el camino. —Echó una mirada a Francis, arqueando las cejas—. ¿Señor Baylor?

Francis todavía estaba mirando.

—Enseguida voy para allá. Voy a acompañar a la señorita Haswell para ayudarla a tomar un coche de punto.

—Muy bien —asintió el doctor Graves, resignado, y empezó a andar acompañando a su vez a su padre.

Francis hizo un gesto con la mano hacia la entrada, indicándole a Lilly el camino. A ella le apetecía mucho quedarse sola con el joven. ¿Le diría algo? ¿Y ella a él? Tenía las palmas de las manos húmedas, al contrario que su boca, que se le había quedado repentinamente seca.

—¿Te quedas con tus tíos? —preguntó.

—Sí, en Mayfair.

—¿Qué tal lo lleva la señora Mimpurse?

—Lo mejor que se podía esperar. Aunque todavía no se ha recuperado, como es lógico.

Le agarró la mano, al tiempo que su gesto se volvía sombrío. Todo su brazo se puso a temblar.

—Una vez más te lo digo: siento no haber estado allí.

Ella asintió para mostrar que lo entendía y se sintió decepcionada porque le soltó la mano demasiado rápido. Se produjo un silencio incómodo, solo roto por el ruido de sus pasos. Nunca se habían comportado de una manera tan rígida y formal juntos. ¿Había durado demasiado tiempo su separación? ¿La situación era ya irreparable para ellos?

Cuando salieron al patio, a través de las columnas, Lilly rompió el silencio, quizá con excesiva viveza.

—¿Y cómo están los Lippert?

—La última vez que los vi estaban bien —respondió él, apretando los labios. Llegaron a la valla y Francis hizo una seña con la mano a un coche de punto que se aproximaba por la calle—. Desgraciadamente, hace bastante que no me acerco por allí. He estado muy ocupado preparando los exámenes. — Se volvió hacia ella con gesto dubitativo y finalmente se decidió a hablar—. Tu doctor Graves nunca ha explicado las razones que le llevaron a marcharse

de Bedsley Priors. Tengo que reconocer que me sorprendió que lo hiciera. Cuando recibí tu carta, deduje que tenía que ver con Foster y con el incendio. Supongo que está esperando a consolidar su posición profesional aquí para...

El conductor del carruaje lo detuvo justo delante de ellos, y su grito dirigido a los caballos interrumpió la conversación. Se bajó y abrió la portezuela. Francis le dio la dirección de destino y le pasó la maleta de Lilly. Después le ofreció la mano para ayudarla a subir.

Ella aceptó su ayuda y entró en el carruaje. Tras entrar, se la apretó con fuerza durante un momento, y después la soltó.

—Gracias —murmuró. ¿Por qué no encontraba las palabras para decirle que se había equivocado con él?

El conductor trepó a su asiento en el pescante mientras Lilly se acomodaba en el asiento interior y miraba a Francis a través de la ventana abierta.

«Última oportunidad, Lill», se dijo a sí misma. «Di algo. Di algo ahora». El corazón le latía desbocado y abrió la boca mientras buscaba palabras que resultaran adecuadas y comprensibles para él.

—¡Francis!

El joven alzó la barbilla para mirarla. Notó que le brillaban los ojos. ¿Quizá de esperanza? Ella dijo las palabras antes de perder el valor.

—No es «mi» doctor Graves.

Los ojos de Francis quedaron prendidos a los suyos mientras el cochero arreaba los caballos para poner en marcha el coche de punto.



Cuando llegaron a Mayfair, el cochero encontró sin problemas la calle en la que vivían sus tíos. Buscó el dinero para pagar el viaje, pero el hombre no se lo permitió, indicándole que el caballero ya lo había hecho. ¡Francis, que siempre era tan prudente con el dinero! Ahora se daba cuenta de que lo único que había estado haciendo era ahorrar para su formación. Agarró la maleta y

se detuvo frente a la fachada del edificio. Como era lógico, la casa le resultaba extraordinariamente familiar; sin embargo, le parecía que había transcurrido una eternidad desde que había dejado de considerarla su hogar.

Subió las escaleras y fue recibida por el adusto Fletcher, que apenas se permitió esbozar una sonrisa al verla. Dupree bajó las escaleras y pareció estar a punto de abrazarla, pero se lo pensó mejor y finalmente se limitó a hacerle una reverencia. Sus tíos sí que la abrazaron y le dieron una bienvenida de lo más calurosa. Se alegró muchísimo de volver a verlos.

Entrar en la habitación que había ocupado como propia durante un año y medio fue casi como visitar un museo del pasado. Allí estaban los mejores vestidos para bailes y fiestas, los zapatos y zapatillas, los adornos para el pelo y todo lo demás, exactamente como lo había dejado. Verdaderas reliquias de otra época, del pasado. En la mesa del vestidor encontró un anuncio de *The Times* que informaba acerca de la boda de Roger Bromley y Susan Whittier. Lilly sonrió, aunque con cierta nostalgia. Esperaba que Roger, finalmente, fuera feliz.

Antes de irse a dormir, se puso de rodillas al lado de la cama. Se dio cuenta de que nunca había hecho tal cosa durante los dieciocho meses que había pasado en esa casa. Sin embargo, ahora no podía imaginar no hacerlo.

Rezó por su padre, lejos de su casa y en un ambiente hospitalario, y por los médicos y farmacéuticos que lo iban a tratar. Rezó por Francis y por el doctor Graves. Y rezó por Charlie, por Maude Mimpurse y por su madre, estuviera donde estuviese.

Después se metió en la suave y confortable cama, con su colchón de plumas, sin poder evitar un pequeño suspiro de placer.

Sus tíos habían planificado una semana muy completa de salidas y acontecimientos sociales. A Lilly le habría gustado ir a visitar a su padre al hospital mientras seguía en la ciudad para ver qué tal se desarrollaba el tratamiento. Pero él había insistido muchísimo en que no se preocupara y en que dejara a los doctores hacer su trabajo mientras ella disfrutaba en Londres. Haría lo que pudiera para hacerle caso.

Los queridos tíos Elliott sin duda seguían deseando que volviera para

quedarse definitivamente, pero ella ya había decidido que eso no ocurriría. Solo volvería de visita, como esta vez. Aunque Londres le encantaba y lo pasaba muy bien allí, su hogar estaba en Bedsley Priors.

Capítulo 49

«Recuerda:
es igual de fácil casarse con una mujer rica que con una
pobre».

WILLIAM MAKEPEACE THACKERAY

Unos meses más tarde, en un lluvioso día de primavera, Lilly estaba en la cima de la colina Grey, mirando hacia el ahora húmedo valle, el canal y el pueblo, su pueblo. Las campanillas y los ciruelos estaban en plena floración y la neblina transportaba hasta allí su dulce esencia.

Le sorprendió un poco ver al señor Shuttleworth ascendiendo el sendero directamente hacia donde se encontraba ella. Una vez que llegó a la cima, se detuvo para recuperar el aliento.

—Me he vuelto demasiado sedentario. Sin ir más lejos, esta pequeña colina me ha parecido una montaña.

—Buenos días, señor Shuttleworth.

—Señorita Haswell —saludó con una inclinación de cabeza—. ¿Qué tal está su padre?

—Muy bien, muchas gracias.

—No sabe cuánto me alegra oír eso.

En Londres, su padre había seguido varias fases de tratamientos, entre ellos inhalaciones de acónito, y volvió a casa muy mejorado. En ese aspecto, el declive de Haswell's había producido ese beneficio inesperado, pero extraordinariamente positivo.

—Un penique por sus pensamientos —dijo.

—Pues... estaba pensando en Mary —confesó en voz baja y triste.

Él asintió haciendo un gesto de súbita pena.

—Supongo que me desprecia, señorita Haswell, porque defraudé a su amiga.

Tomó unas cuantas piedrecitas, se las colocó en una mano y con la otra las fue arrojando tan lejos como pudo, que no fue demasiado, la verdad.

—Supongo que soy cobarde. Pero la idea de unirme a una mujer, por muy querida que fuera, sabiendo que podría perderla en cualquier momento... no, no pude hacerlo.

«¿Acaso alguno de nosotros sabe el tiempo que va a vivir?», pensó Lilly, pero evitó decirlo en voz alta. Lo observó mientras se sacudía las manos sin darse cuenta de que se había manchado de polvo su habitualmente immaculada levita.

—Creo que lo entiendo, señor Shuttleworth, y sé que Mary lo comprendía también. Pero, por mi parte, habría dado lo que fuera por pasar algo más de tiempo con ella, independientemente del riesgo de perderla en cualquier momento.

La miró por un momento, y después volvió a desviar la vista hacia el pueblo.

—Eran ustedes amigas íntimas.

—Más que amigas. Éramos hermanas.

—¡Ah! —dijo, alzando la barbilla—. Lo había oído, pero no estaba seguro de si era cierto.

—Me alegro de que lo sepa. ¿No nos dijo una vez usted mismo que podríamos ser hermanas?

—Sí, dos verdaderos ángeles. Hermanas en espíritu.

En cierto sentido tenía razón. Mary y ella habían sido como hermanas incluso antes de saber que lo eran de verdad.

—Era una muchacha excelente, de verdad. Lamento no habérselo dicho más veces.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, y Lilly notó que a ella le pasaba lo mismo. Actuando de forma impulsiva, se acercó y lo tomó de la mano.

—Lo mismo que yo.

Él miró sus manos, juntas en ese momento, y después volvió la vista hacia el canal.

—Debo decirle que me marchó de Bedsley Priors.

Lilly negó con la cabeza. «¿Es que todo el mundo va a marcharse?».

—No puedo decirle que me sorprenda, pero no sabe cuánto lo siento.

—¿De verdad? Entonces podría venir conmigo. Ver un poco más de mundo, tal como me dijo un día que deseaba. El mar ha vuelto a llamarme y voy a hacerle caso. ¿Por qué no se viene conmigo? Ahora no hay demasiadas cosas que la aten a este lugar, ¿no es así?

Ella sonrió con cierta tristeza y el hombre le devolvió la sonrisa.

—De verdad que aprecio su compañía, señor Shuttleworth, incluso estoy por decir que más de lo que usted piensa. Pero... —suspiró— esta es mi casa. Por fin me encuentro a gusto aquí. Me pregunto... si usted se sentirá a gusto alguna vez en alguna parte —reflexionó.

Instantáneamente se arrepintió de lo que había dicho, pero le alivió ver que el hombre no parecía ofenderse.

—Yo también me lo pregunto —dijo, mirando al horizonte—. Pero no puedo evitar pensar que alguna vez encontraré ese utópico lugar. Algún día, en algún sitio, quizá detrás de esa colina, o de la de más allá. En el siguiente condado, o en el próximo puerto...

Asintió pensativa.

—Por lo que a mí respecta, no me gustaría vivir siempre de aquí para allá, sabiendo que en pocos meses, o años, terminaría yéndome de cualquier sitio. Lo he hecho una vez, pero me ha bastado. Desde la época que pasé en

Londres me he dado cuenta de que mis raíces están en Bedsley Priors.

—Sí, a veces es necesario que perdamos algo... o a alguien... para que nos demos cuenta de cuánto merece la pena.

Recordó que, una vez, Francis le había dicho algo parecido. Permanecieron callados durante un rato, cada uno pensando en lo que había perdido.

—¿Se marcha muy pronto? —preguntó ella finalmente.

—Tan pronto como pueda gestionarlo todo. He recibido una oferta al anuncio que puse en *The Times*. Si todo marcha según lo planeado, dentro de unos quince días habré vendido la tienda y estaré en condiciones de irme.

«Otro profesional de la medicina al que habrá que acostumbrarse», se quejó Lilly para sí.

—Me atrevo a decir que quien lo reemplace no se dará cuenta de la suerte que tiene, ahora que hay mucha menos competencia tras la marcha del doctor Graves y la desaparición de Haswell's.

—¿Su padre no se ha planteado volver a abrir?

—No, en principio no, aunque nunca se sabe. En todo caso, está ampliando el huerto de plantas medicinales. Le gusta la idea de sacar un buen beneficio de las «famosas» hierbas de Haswell.

—Pues entonces quizá debería cambiar su profesión a la de químico —bromeó el señor Shuttleworth.

—No, no estoy de acuerdo. Los Haswell son boticarios, del mismo modo que son ingleses. Uno no puede cambiar su nacionalidad así como así.

Una vez más rio entre dientes y asintió.

Durante unos minutos se quedaron allí, sin hablar, pero el silencio no les resultó incómodo. Abajo, en el canal, una barcaza se acercaba lentamente al puente de Honeystreet.

—Recuerdo el día que pasé por aquí y la vi asomada al puente —dijo por fin el señor Shuttleworth—. Una de mis tres adorables razones para establecerme en este lugar.

Asintió al recordarlo.

—¿Sabe usted si a la señorita Robbins le gusta el mar?

—¡Señor Shuttleworth! —Lilly se sintió a la vez divertida y perpleja—. ¿Habla usted en serio?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Pensándolo bien... es hija de un constructor de barcas —concedió Lilly.

—Eso es exactamente lo que estaba pensando.

Lilly se acordó de Francis.

—Creo que el señor Baylor también pensaba bastante en ella.

—¿Usted cree? Reconozco que le prestaba atención. Pero ni se podía comparar con la que le prestaba a usted. De todas formas, se marchó, así que me dejó el campo totalmente abierto.

Ella negó con la cabeza, sonriendo a pesar de sí misma.

—¿Cree que soy voluble, señorita Haswell? Debo protestar por ello. He sido en todo momento completamente leal a cualquiera de las tres que pudiera haber convencido de que se enamorara de mí... y que no se mareara en los barcos.

«Y que no tuviera ningún otro tipo de trastorno», pensó con tristeza, pero se abstuvo de decirlo.

—Bueno, pues... —Se frotó las manos en un gesto que a ella le pareció cómico, sin dejar de mirar hacia Mill House y el patio donde se acumulaban las barcas a medio construir—. Me pregunto si a la señorita Robbins le apetece correr aventuras.

Lilly siguió negando con la cabeza mientras lo veía alejarse.

Dándose cuenta de que se había entretenido demasiado, bajó corriendo por la falda de la colina barrida por el viento para llegar cuanto antes a ayudar a la señora Mimpurse y a Jane a servir la cena. Le gustaba ayudar en la cafetería. Lilly, aprovechando su facilidad y su costumbre de medir los ingredientes para preparar medicamentos, había tenido menos problemas de los que pensaba para aprender a preparar las recetas de cocina. De vez en cuando se acordaba de cómo Mary le tomaba el pelo diciendo que cocinar era

parecido a lo que ella hacía en la botica y que no debía presumir tanto. Ahora, al pensar en ello, se le encogía el corazón. De todas maneras, Maude tenía que supervisar su actividad bastantes veces, con la cabeza gacha sobre la mesa de trabajo, utilizando una pluma deshilachada y una hoja de papel escribiendo o revisando cantidades y tiempos. ¡Y pensar que Mary nunca se equivocaba! Lilly no era todavía una gran cocinera, pero mejoraba constantemente. Tenía dotes naturales: le gustaba el cuidado que había que poner con las medidas, la paciencia y la capacidad de observación que había que aplicar y la atención al detalle. A veces se ponía nerviosa cuando la señora Mimpurse decía que había que añadir «una pizca de esto y un poquito de lo otro», sobre todo cuando quería introducir alguna variación en un plato para experimentar y hacerlo más atractivo para los clientes. Ella estaba acostumbrada a la exactitud y se quedaba maravillada cuando la improvisación mejoraba sustancialmente los resultados. «Cuestión de práctica, nada más», solía decir Maude con modestia.

Cuando estaba de pie en donde Mary solía colocarse para trabajar en la vieja mesa, Lilly se sentía muy cercana a su hermana y amiga. Le gustaba mezclar la masa, suavizarla y trocearla. En realidad, tampoco era tan distinto de mezclar los componentes de las píldoras y trocearlas.

De todas maneras, se dio cuenta con sorpresa de que echaba de menos la actividad de la tienda. La costumbre no le había dejado darse cuenta de lo mucho que disfrutaba aplicando sus conocimientos para ayudar a la gente, y de hacerlo con tanta confianza y naturalidad como la que desplegaba Maude preparando postres o tartas. Francis tenía razón. Hasta echaba de menos el tacto del mortero y de la mano de moler y machacar, y cuando se llevaba uno a la cocina de la cafetería para moler semillas de especias veía que Maude se mordía el labio, pero la amable y querida mujer no protestaba ni decía nada.

Ahora, mientras rodeaba la esquina de la vicaría, aflojó el paso siguiendo una ya antigua costumbre. Cuando llegó a la cafetería y abrió la puerta, se detuvo como siempre para aspirar profundamente los dulces y familiares aromas. A café recién molido, a canela, a nuez moscada, a jengibre, a clavo...

«Huele a hogar».

Lo que no echaba de menos era el caimán.

Capítulo 50

Amor seco

«Un remedio muy conocido y apreciado».

Herbolario completo de Culpeper

Lilly se acordaba perfectamente, y eso que habían pasado años. Pero es que ella se acordaba de todo.

Recordaba el día en que Francis llegó en una barcaza, hacía más de siete años, completamente mareado, para ser aprendiz. Como solía, había estado asomada al puente de Honeystreet intentando descubrir a su madre en cada una de las barcasas que avanzaban por el canal y pasaban bajo el puente.

Allí estaba ahora, en una cálida tarde de primavera, quince días después de su encuentro con el señor Shuttleworth en la cima de la colina Grey. «Por última vez», se dijo a sí misma. Una vez más, buscando, intentando averiguar cuál era la voluntad de Dios con respecto al futuro, rebuscando en su memoria los momentos pasados con Francis Baylor, con Mary Mimpurse, con su madre, incluso con Roger Bromley y con el doctor Graves. Gente a la que había querido, pero a la que había perdido. Y ahora, en cualquier momento, el señor Shuttleworth se sumaría a la lista.

Vio acercarse una gabarra por el este, seguida de una barcaza.

Durante los meses en los que intentó gestionar y sacar adelante la tienda

de su padre había renunciado a esa costumbre por falta de tiempo. Pero ahora disponía de mucho más.

«¿Seguro que es así?», se preguntó. Hasta hacía poco pensaba que disponía de todo el tiempo del mundo precisamente para eso, para ver mundo y para disfrutar de él. Pero ahora se había dado cuenta de lo que la gente más sabia conocía desde siempre: nadie puede saber qué le deparará el futuro ni hasta qué punto el mundo estará abierto a su curiosidad. En otras palabras, hasta el futuro más inmediato, el mismísimo mañana, es impredecible.

Hasta hacía pocos años, Lilly había ansiado viajar y vivir aventuras lejos de Bedsley Priors. Pero la muerte y las pérdidas la habían colocado en su sitio, reduciendo sus ambiciones. Su telescopio ya no estaba fijado en el horizonte, sino más bien en las personas más queridas y cercanas, las que tenían un lugar en su corazón. El resto era como el agua que hervía durante un momento y después se evaporaba de inmediato: podía llenar de humedad las ventanas e impedir la visión durante un rato, pero a final desaparecía y dejaba tras de sí la más pura esencia de la vida. La familia. La fe. Los amigos y vecinos. La salud. Lo real, aquello por lo que Mary se había dejado hasta el último aliento. Literalmente.

Lilly reflexionaba sobre todo esto y, por fin, sabía que nunca iba a superar las pérdidas de quienes se habían alejado de ella. ¿Iba a volver a Londres para emprender una nueva búsqueda? No. Debía dejar ir lo que había perdido. Una vez más.

La gabarra pasó bajo el puente de Honeystreet con su enorme carga de carbón formando un oleaje artificial que hizo mecerse a los barcos más pequeños. Un tripulante se quitó la gorra a modo de saludo y ella inclinó la cabeza para devolvérselo. Sabía que debía volver ya. La señora Mimpurse y su padre iban a recibir a algunos vecinos y amigos para tomar el té y jugar a las cartas para dar por terminado el periodo de luto, aunque no fuera de un modo oficial, y querían que Lilly estuviera con ellos.

La barcaza se acercó, iluminada por los rayos dorados de la puesta de sol. Lilly vio dos figuras masculinas en el puente, junto al timón. Una de ellas la saludaba, agitando la mano.

De repente lo reconoció y se estremeció. Aunque estaba segura, se asomó un poco más, haciendo visera con la mano sobre los ojos para ver mejor.

«¡No puede ser...!»

Pero sí que era.

Por fin, ¡por fin!, Lilly contempló el rostro tan querido, tan anhelado, de la persona a la que tanto quería y echaba de menos.

La mano siguió moviéndose. Y oyó aquella voz tan familiar gritando su nombre.

—¡Lilly!

El corazón parecía querer salirse del pecho.

¡Era Francis, que regresaba a Bedsley Priors!

Incluso antes de que el bote hubiera amarrado, Francis pegó un salto desde la cubierta y aterrizó en el embarcadero sin preocuparse de lo que le pudiera pasar a la elegante ropa que llevaba puesta. Salió corriendo y se detuvo al llegar al puente, buscándola con una mirada ansiosa, que reflejaba tanto anhelo como el de ella.

Lilly se quedó donde estaba, todavía absolutamente paralizada por la sorpresa, a unos cinco metros de él.

—¡No tienes ni idea de hasta qué punto te he echado de menos! — exclamó. Los ángulos de su cara estaban más definidos que nunca, y sus ojos, grandes y profundos, la miraban con intensidad.

—¿De verdad? —Lilly tragó saliva.

—Todos los días, todos, pensaba en ti. ¿Por qué creías si no que tenía tanta necesidad de tener éxito?

Estaba sin aliento y lo único que era capaz de hacer era mirarlo.

—¡He aprobado los exámenes, Lilly! —dijo, casi gritando de alegría—. ¡Soy boticario diplomado!

De repente, la garganta se le secó, como si hiciera días que no probara el agua.

—Felicidades —acertó a decir, con voz muy ronca.

—Me voy a hacer cargo de Shuttleworth's. ¿No te lo ha contado? Me la deja en unas condiciones extraordinariamente generosas.

—¿Shuttleworth's? —preguntó Lilly, que se sentía atontada—. ¿El nuevo boticario eras tú?

Francis asintió vigorosamente.

—Aunque no pienso mantener el nombre de Shuttleworth's, por supuesto. Pensaba... —Dio un paso hacia ella—. Bueno, ¿qué tal te sonaría Baylor & Haswell?

A Lilly le pareció como si el corazón, que ya estaba latiendo a una velocidad alarmante, hubiera recibido una descarga de la novedosa máquina de electricidad. Respiró muy, muy hondo, al tiempo que temblaba, y fingió que encogía los hombros con desinterés.

—O Haswell & Baylor —propuso.

Él sonrió y abrió los brazos.

Lilly corrió a zambullirse en ellos.

Francis la agarró, la levantó en volandas y la apretó con fuerza contra el pecho. Poco a poco, fue bajándola hasta que volvió a ser capaz de poner los pies sobre las piedras del puente. La soltó, pero solo para tomarle la cara entre las manos. Lilly lo miró con todo el amor que sentía por él, y sus ojos de color chocolate parecieron fundirse con los de ella. Alzó la cabeza al tiempo que él la bajaba y finalmente sus labios se encontraron. Se dejó abrazar y besar apasionadamente, sin preocuparse por la gente que pasaba, ni por el canal, ni por ninguna de las barcas que en ese momento lo recorrían.

Epilogo

Como solía, caminé hacia el cementerio de la iglesia. Esta vez mi hermano Charlie no estaba allí. Probablemente estaría trabajando en los jardines de Marlow House, contando las semillas al tiempo que las plantaba, o las mariquitas, o las hormigas que andaban afanosas por el suelo, llevando alimentos al hormiguero. Y yo sabía que, a su propia y especial manera, estaba muy feliz.

Me detuve delante de una tumba, todavía muy nueva y sin desgastar por el viento, la lluvia, la humedad ni los líquenes. Pero, a mis ojos, estaba delante de otra tumba. De la suya.

El tío Elliott había enviado finalmente la carta que tanto había ansiado recibir. «Hemos encontrado a tu madre». En cuanto leí esas palabras, pensé que tenía que ir a buscarla inmediatamente, antes de que volviera a cambiar de domicilio, antes de que desapareciera otra vez.

Pero Rosamond Haswell ya no iba a marcharse a ninguna parte. Nunca.

Cuando los Elliott me llevaron «hasta ella», fue a un cementerio adonde me llevaron. Frente a un pedazo de tierra con una cruz provisional y con un nombre escrito sobre ella: R. H. Wells.

Su búsqueda, y la mía, se habían acabado.

Murió de tuberculosis en un hospital y se llevó al más allá todos sus secretos. Entre sus pertenencias encontraron un trozo de papel con el nombre y la dirección de Jonathan Elliott y el hospital envió un mensaje al tío, esperando, por supuesto, que se le abonaran los gastos. El tío Elliott estaba de viaje, pero en cuanto regresó pagó lo que se adeudaba y localizó la tumba, pero esperó a que yo llegara para decidir qué hacer.

No podía pretender que se la enterrara en el cementerio de Bedsley Priors, pues prácticamente durante toda su vida había querido escapar del pueblo. Pero estuve de acuerdo con los Elliott en adquirir una lápida en la que figurara su nombre legal. Rosamond Haswell había desaparecido y Rosamond Haswell había sido encontrada. Si «Rosa Wells» había deseado la tumba de una indigente, no íbamos a complacerla. Al fin y al cabo, los cementerios y las lápidas son para los vivos. Para los que necesitan un lugar en el que expresar su pena, un lugar en el que recordar y que visitar.

Se celebró un breve funeral en Londres. Apenas acudió gente. Jonathan y Ruth Elliott, Charles y Charlie Haswell, Maude Mimpurse, Francis y yo. Se publicó una pequeña esquela en *The Times*, pero no apareció ningún desconocido, ningún hombre que se apellidara Quinn, o Wells, o Dugan. Al final, solo se reunieron a despedirla los que eran de su sangre y los que la amaron.

Es lo que ocurre siempre.

Después del funeral, el tío Elliott me llevó a la biblioteca, me colocó algo en la palma y me cerró la mano con un suave apretón.

—Lo encontré entre las cosas de tu madre —dijo simplemente.

Cuando me dejó sola, abrí la mano. Se me aceleró el corazón al ver mi nombre escrito con letra reconocible aunque temblorosa. Era un trozo de papel con tres dobleces y noté que se había arrancado de una hoja más grande. Las palabras, emborronadas por la tinta que se había corrido en muchas de ellas, parecían nadar en mis ojos.

Es demasiado tarde para deshacer lo que he hecho.

Demasiado tarde para pedir perdón o para decirte que te quiero.

Pero lo que sí te ruego es que no sigas mis pasos.

Y, por favor, dile a Charlie que siento no haber vuelto, pese a que le prometí que lo haría.

Apreté con fuerza el papel, me lo llevé al pecho y lo mantuve allí. Cuando

volví a leer la nota, las lágrimas amplificaron la imagen, y solo en ese momento reconocí de dónde provenía el papel, de dónde había sido arrancado. Era grueso, estaba arrugado, tenía el color del té. Y formaba la curva de una esfera. Rota, arrancada...

¡Y pensar que yo había ansiado imitar su vida «aventurera»! Hasta había deseado que me llevara con ella. ¡Qué estúpida había sido!

El recuerdo de la tumba de mi madre se fue alejando y me centré en la que tenía delante, en el cementerio de la iglesia de Bedsley Priors. En la magnífica lápida por la que mi padre había pagado una gran suma de dinero y otra suma todavía mayor para grabarla. Ninguna lápida se había embellecido con tantas palabras, adornos y flores desde la de la primera *lady* Marlow. En principio, nos temimos que a la señora Mimpurse no le gustara que nos involucráramos tanto. Pero la querida mujer pareció entender perfectamente mi deseo de proclamar nuestro parentesco y el de mi padre de buscar una forma de expiación, pues aunque siempre había sido amable y cariñoso con Mary, mientras vivió nunca la había reconocido públicamente como su hija.

Recorrí con los dedos enguantados las ranuras de las fechas que indicaban la breve vida de mi hermana: 1795–1815. Muy breve, demasiado. Caí de rodillas sobre la piedra, calentada por el sol. Mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas mientras leía las palabras grabadas sobre la pulida piedra de granito, como un agridulce torrente en el que se mezclaban la pena, la satisfacción y el alivio.

*Aquí yace
Mary Helen Mimpurse,
hija del boticario.*

Sentí una mano sobre el hombro y miré hacia arriba. Francis había venido. Me ofreció la mano y me ayudó a ponerme de pie. Vi en sus queridos ojos comprensión y amor. Me besó con ternura y después me pasó el brazo por los hombros. Estuvimos un rato allí, sin hacer otra cosa que recordar. Después, andando agarrados de la mano, volvimos a nuestra tienda, a las inacabables actividades y los trabajos que tienen que llevar a cabo un boticario y su

esposa.

Nota de la autora

Mientras que la mayoría de las personas que visitaban Londres hacían cola para la noria del London Eye o se acercaban al palacio de Buckingham, yo arrastraba a mi sufrido marido a lugares menos visitados, como la Excelentísima Sociedad de Boticarios o el museo de la Farmacia. Y mientras otros turistas no paraban de sacar fotos del cambio de guardia, él apuntaba su cámara incansablemente a morteros y frascos de sanguijuelas. Agradezco enormemente su ayuda. No fuimos a visitar Bedsley Priors, fundamentalmente porque el pueblo solo existe en mi imaginación, aunque tanto Honeystreet como Alton Barnes, los dos en Wiltshire, sí son reales.

Estoy en deuda con John Williams, encargado y oficial del Salón de Boticarios, por el amable, interesante y muy informativo recorrido al que nos acompañó como guía, y por compartir con nosotros una historia, la de los boticarios, de la que se siente lógicamente orgulloso. Hasta se vistió con el traje ceremonial, salpicado de borlas doradas, que representan las flores que llevaban en la ropa los antiguos alguaciles para contrarrestar el olor nauseabundo de los años de la peste. Por necesidades de la ficción, me he tomado ciertas libertades a la hora de reflejar las informaciones que nos facilitó. Espero que, a modo de venganza, no se le ocurra venir a perseguirme con ese traje, porque verdaderamente impone.

También agradezco a Julie Wakefield, asistente del custodio del museo de la Real Sociedad Farmacéutica de Gran Bretaña, que nos acompañó en una detallada y fascinante visita que nos dejó muy clara la evolución de los tratamientos médicos desde los primeros tiempos hasta la actualidad. Ella

también se apiadó de mi marido, el pobre siempre al pie del cañón, y le ofreció un mullido sillón y un refresco mientras yo seguía con mi bombardeo de preguntas.

Como siempre, mi reconocimiento a los compañeros y amigos de la editorial Bethany House y un agradecimiento especial a Ann Parrish, Charlene Patterson, Jennifer Parker y a mis editoras, Karen Schurrer y Jolene Steffer. Y mi profundo agradecimiento a la autora Beverly Lewis, por su amistad y sus oraciones.

Saludos a las damas de Curves, que compraron muchos libros, y a Sarah, la técnica farmacéutica que logró llamar mi atención sobre el sistema de pesas y medidas de los boticarios tradicionales.

Agradezco las visitas de todas las personas que entran en mi página web y a las que han enviado amables mensajes de correo electrónico a propósito de mi primera novela, *Lady of Milkweed Manor*. Vuestras palabras de aliento me han ayudado muchísimo durante un montón de duras noches de escritura.

Gracias de todo corazón a Carlisa, mi primera lectora y muy querida hermana y amiga, así como a mis amigas Teresa, Berit, Gina, Suzy, Betsey, Patty, Lori y Mary, por todo el apoyo que me han brindado y por las horas de charla y diversión sobre el libro.

Y finalmente, gracias, como siempre, a mi marido y a mis hijos, que (¡casi siempre!) me han concedido tiempo y tranquilidad para escribir. Siempre agradeceré a Dios que me haya concedido teneros conmigo.

Preguntas para dialogar en grupos de lectura

1. ¿Qué le sugiere la cita inicial, que dice: «... la Providencia, en su infinita sabiduría, ha hecho que las cosas más comunes suelen ser también las más útiles y que, por esa misma razón, nuestra estupidez nos conduzca a despreciarlas...»?
2. ¿Cuándo se siente tentado a despreciar «las cosas más útiles» de la vida? ¿Qué le suele distraer de sus verdaderas prioridades?
3. ¿Qué le ha sorprendido del trabajo de los boticarios de principios del siglo XIX? ¿En qué se parecen y en qué se diferencian de los actuales farmacéuticos, médicos y herbolarios?
4. ¿Ha crecido usted echando de menos a alguna persona cercana: padre, madre, hermana, hermano, abuelos, etc.? ¿Encontró algún modo de rellenar el vacío?
5. Mary sufría epilepsia. ¿Sabe usted algo de la epilepsia o conoce a alguien que padezca la enfermedad? ¿Cómo ha evolucionado la opinión pública acerca de dicha enfermedad?
6. A Charles Haswell su orgullo le impedía pedir ayuda. ¿Usted procura bastarse a sí mismo en momentos de necesidad?
7. Al leer la novela, ¿sintió la necesidad de saber algo más de las andanzas

de la madre de Lilly, o le parece adecuada la forma en la que se trata el asunto en el libro?

8. ¿Ha tenido alguna vez la sensación de que solo desea algo, o estar con alguien, cuando no puede tenerlo? ¿Ha perdido algo, o a alguien, antes de apreciar lo que realmente significaba para usted?
9. Si tuviera la suerte de tener una memoria como la de Lilly, ¿qué momentos concretos le gustaría recordar con toda exactitud?
10. ¿Cuál de los pretendientes de Lilly es el que más le gusta? ¿Hubiera hecho usted la misma elección que ella?

La institutriz silenciosa

JULIE KLASSEN

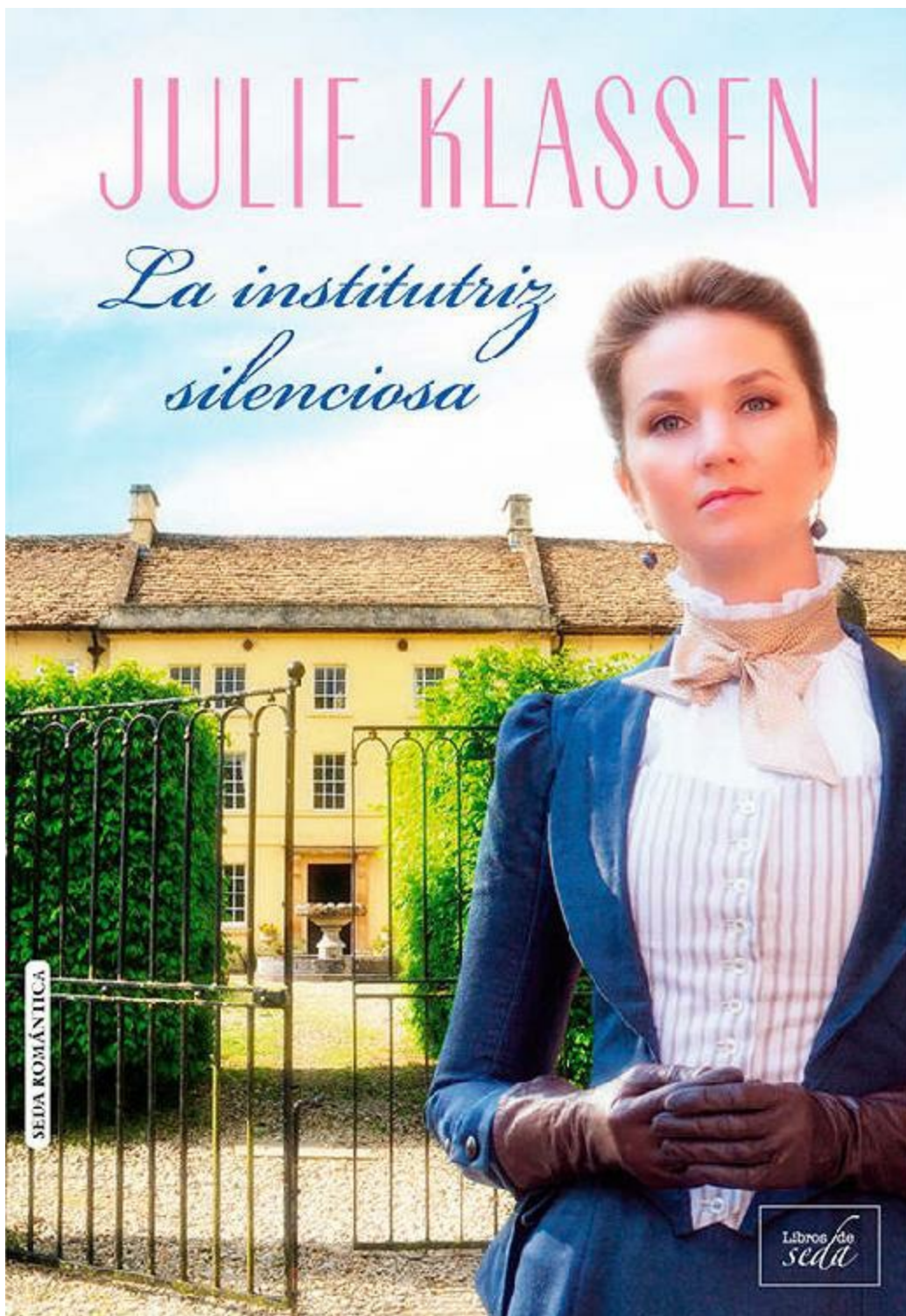
Creyéndose culpable de un crimen, Olivia Keene huye de su casa, topándose en el camino con una mansión en la que en esos momentos tiene lugar una fiesta magnífica. Sin embargo, no todo es tan bonito como aparenta.

Lord Bradley acaba de enterarse de un terrible secreto, algo que, de saberse, cambiaría su vida para siempre. Cuando avista una figura en la lejanía, teme que sea un espía o un ladrón a oídos del cual hayan llegado las devastadoras noticias. Pero se lleva una sorpresa mayúscula al descubrir que el intruso no es sino una mujer, o lo que queda de ella, con una grave herida en el cuello.

Temiendo que pueda divulgar su secreto, le ofrece un puesto en su casa y la encierra en su propiedad. Cuando los secretos que tanto Olivia como lord Bradley ocultan van saliendo a la luz, ¿conseguirán que su amor venza el oscuro pasado que ambos arrastran?

JULIE KLASSEN

*La institutriz
silenciosa*



SEDA ROMÁNTICA

Libros de
seda

El secreto de Pembroke Park

JULIE KLASSEN

Abigail Foster no quiere acabar siendo una solterona, pero sabe que su minúscula dote no le va a servir para incrementar sus encantos. Cuando los problemas financieros fuerzan a su familia a vender su casa de Londres, un extraño abogado aparece con una oferta increíble: pueden irse a vivir a una lejana casa señorial que lleva dieciocho años abandonada.

Los Foster emprenden viaje hacia la mansión de Pembroke Park y al llegar, se la encuentran tal y como sus últimos habitantes la dejaron en su repentina partida: con las tazas con el té reseco, ropa en los armarios, una casa de muñecas abandonada mientras jugaban con ella...

El atractivo pastor del pueblo les da la bienvenida, pero a pesar de que tanto él como su familia parecen saber algo del pasado de la casa, tan solo advierte a Abigail que tenga cuidado con los intrusos que lleguen atraídos por los rumores de que en la casa se oculta un tesoro...

JULIE KLASSEN

*El secreto
de Pembroke
Park*

ROMÁNTICA HISTÓRICA

Libros de
seda

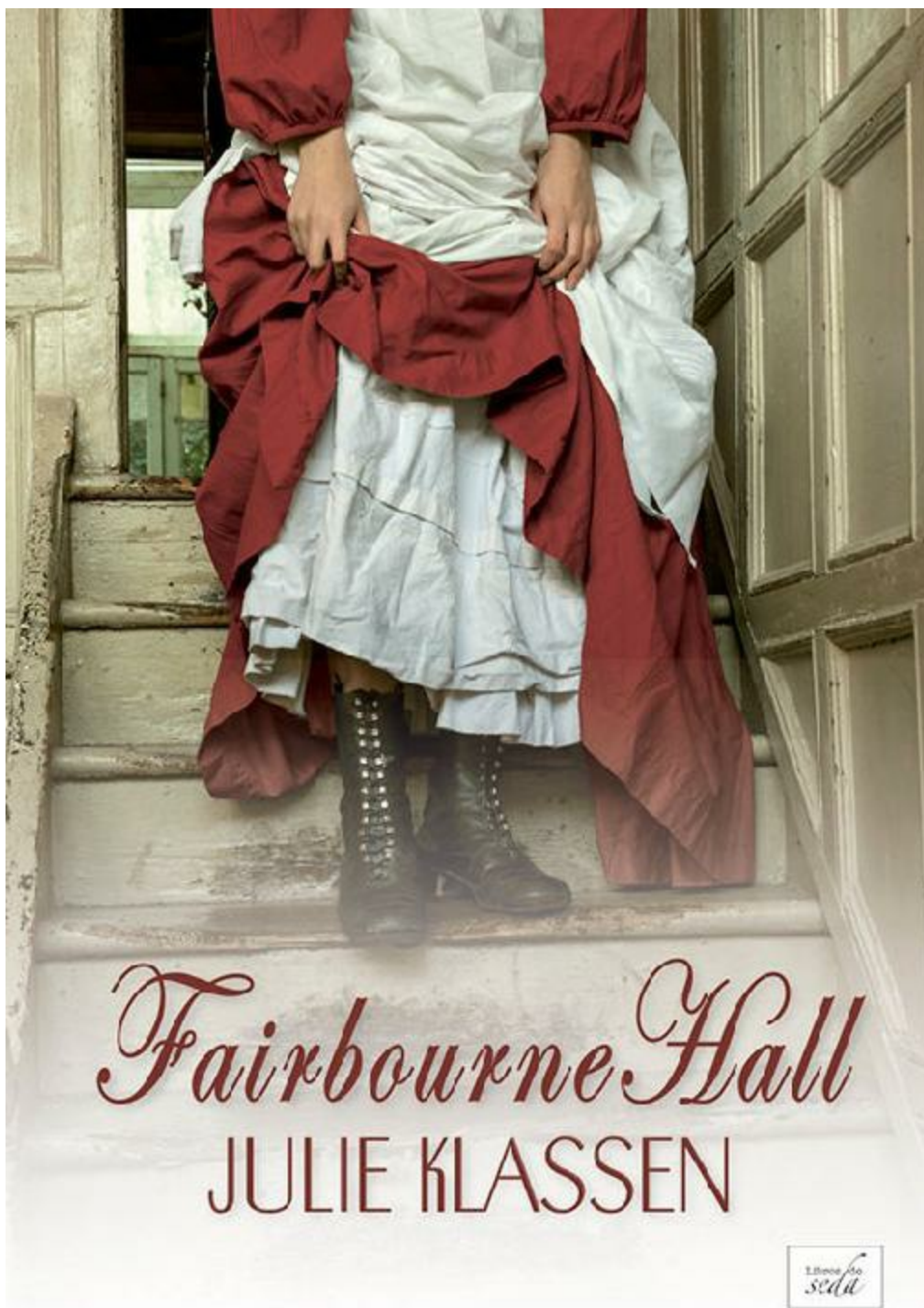
Fairbourne Hall

JULIE KLASSEN

Margaret Macy es una señorita mimada que se ve obligada a disfrazarse y huir de Londres para evitar casarse con un mal hombre al que no ama. Sin dinero ni un sitio adonde ir, pide trabajo como criada en la mansión de un antiguo pretendiente, Nathaniel Upchurch, al que una vez rechazó, pues en realidad estaba enamorada de su hermano.

Rogando a Dios porque ninguno de los hermanos la reconozca, ni tampoco ninguno de los visitantes de la casa, sabe que tiene que resistir trabajando como sirvienta al menos un año, el tiempo necesario para que herede la fortuna que le ha dejado una tía solterona. Entonces será libre.

Mientras trabaja, siendo como es una sirvienta invisible, va conociendo a los dos hermanos y se da cuenta de que, en su día, no juzgó bien a Nathaniel. ¿Será demasiado tarde para reavivar en él lo que hace tiempo sintió por ella? Para colmo, en la casa casi se produce un asesinato... y solo ella sabe quién ha sido.



Fairbourne Hall
JULIE KLASSEN

Edition
scd